

CARLOS MATA INDURÁIN

**FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA
(1818-1895)
LITERATURA, PERIODISMO
Y POLÍTICA**



CON PRIVILEGIO . EN NEW YORK . IDEA . 2018

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA
(1818-1895)
LITERATURA, PERIODISMO Y POLÍTICA

CARLOS MATA INDURÁIN

INSTITUTO DE ESTUDIOS AURISECULARES (IDEA)

COLECCIÓN «PEREGRINA», 6

CONSEJO EDITOR:

DIRECTOR: VICTORIANO RONCERO (STATE UNIVERSITY OF NEW
YORK-SUNY AT STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)

SUBDIRECTOR: ABRAHAM MADROÑAL (CSIC-CENTRO DE
CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES, ESPAÑA)

SECRETARIO: CARLOS MATA INDURÁIN (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)

CONSEJO ASESOR:

WOLFRAM AICHINGER (UNIVERSITÄT WIEN, AUSTRIA)

TAPSIR BA (UNIVERSITÉ CHEIKH ANTA DIOP, SENEGAL)

SHOJI BANDO (KYOTO UNIVERSITY OF FOREIGN STUDIES, JAPÓN)

ENRICA CANCELLIERE (UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI PALERMO, ITALIA)

PIERRE CIVIL (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)

RUTH FINE (THE HEBREW UNIVERSITY-JERUSALEM, ISRAEL)

LUCE LÓPEZ-BARALT (UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, PUERTO RICO)

ANTÓNIO APOLINÁRIO LOURENÇO (UNIVERSIDADE DE COIMBRA, PORTUGAL)

VIBHA MAURYA (UNIVERSITY OF DELHI, INDIA)

ROSA PERELMUTER (UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT CHAPEL HILL, ESTADOS UNIDOS)

GONZALO PONTÓN (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)

FRANCISCO RICO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA

/ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ESPAÑA)

GUILLERMO SERÉS (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)

CHRISTOPH STROSETZKI (UNIVERSITÄT MÜNSTER, ALEMANIA)

HÉLÈNE TROPÉ (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)

GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS (UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ESPAÑA)

EDWIN WILLIAMSON (UNIVERSITY OF OXFORD, REINO UNIDO)

Impresión: Ulzama Digital.

© Del autor

ISBN: 978-1-938795-51-0

Depósito Legal: M-29500-2018

New York, IDEA/IGAS, 2018

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA
(1818-1895)
LITERATURA, PERIODISMO Y POLÍTICA

CARLOS MATA INDURÁIN

*A mis padres,
Amancio y Andresa*

*A mis hijos,
Jeff y Peter*

*Y a mi esposa Mariela,
siempre*

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	13
ESTUDIOS	17
Navarro Villoslada (1818-1895). En el Centenario de la muerte del autor de <i>Amaya o los vascos en el siglo VIII</i>	19
La <i>Historia de la Imprenta Nacional</i> . Circunstancias de redacción y unas glosas mínimas a su Primera parte	39
Aspectos de oralidad y literalidad en <i>Amaya</i> de Navarro Villos- lada	65
<i>Doña Toda de Larrea</i> , «novela vascongada» inédita de Navarro Villoslada	79
Navarro Villoslada, poeta	103
Navarro Villoslada, periodista. Una aproximación	131
Navarro Villoslada y el carlismo: literatura, periodismo y pro- paganda	161
El archivo de Navarro Villoslada: breve historia y breve noticia de su contenido	215
TEXTOS	221
Antología poética	223
«A Jesús crucificado»	223
«Inconstancia»	227
«A Espronceda»	229
«Soneto. Al Dos de Mayo»	233
«[Sal de mi corazón, hondo secreto...]»	234

«Oración para después de haber comulgado»	234
«Al Niño Jesús»	236
«A Pío IX»	239
«Las ermitas. Epístola a don Manuel Pérez Villamil»	242
«Madrigal»	246
«A la Virgen del Perpetuo Socorro»	247
«Meditación»	251
«A un enfermo»	256
«A una enferma»	256
«Himno a Calderón»	257
«Romance fúnebre. El sepulcro»	260
«Romance»	263
«Anacreóntica»	265
«[Tengo poblada melena...]	266
«A la salida del sol. Soneto»	267
«Soneto»	267
«Soneto. Una noche de máscaras»	268
«El viento del mar. Imitación de Victor Hugo»	269
«Miserere»	270
«Décima»	271
«Consagración a María»	272
<i>Enamorar con peluca</i>	273
<i>Vida común</i>	303
Relatos literarios	345
«La muerte de César Borja»	345
«Un hombre público»	352
«Un hidalgo»	366
«País de efecto de luna»	370
«Mi vecina»	376
«Aventuras de un filarmónico»	382

Artículos periodísticos y políticos	393
«Madrid de arriba»	393
«El libro de Job»	399
«De la filosofía popular en España»	409
«De la lengua castellana como prueba de la ilustración espa- ñola»	415
«De la teología popular»	435
«La guerra contra los moros»	440
«El hombre que se necesita» (versión 1)	444
«El hombre que se necesita» (versión 2)	449
BIBLIOGRAFÍA	453

PRESENTACIÓN

Este año 2018 se cumple el Bicentenario del nacimiento de Francisco Navarro Villoslada (Viana, Navarra, 1818-1895), un autor que resulta conocido sobre todo por sus novelas históricas románticas: *Doña Blanca de Navarra* (1847), *Doña Urraca de Castilla* (1849) y *Amaya o los vascos en el siglo VIII* (1879), si bien cultivó todos los géneros literarios habituales en su época. Tuvo además una destacada actividad en el periodismo y en la política de su tiempo. Cada una de estas tres facetas (literato, periodista y político) por separado hace a Navarro Villoslada merecedor de un amplio estudio monográfico; todas ellas juntas lo convierten en una figura de primer orden en la historia del siglo XIX español¹.

Son precisamente esos tres distintos ámbitos de actuación los que he querido poner de relieve en este libro, ya desde su propio título: *Francisco Navarro Villoslada (1818-1895). Literatura, periodismo y política*. Y, en efecto, en el volumen se recogen diversos trabajos míos que abordan todos esos aspectos presentes en la vida y en la obra de Navarro Villoslada, al tiempo que se ofrece una antología de textos (literarios, periodísticos y políticos), incluyendo dos piezas de teatro hasta ahora inéditas: *Enamorar con peluca* y *Vida común*.

En la sección de «Estudios» he recopilado ocho trabajos anteriores² que, en conjunto, trazan un panorama bastante completo del personaje. Frente a las novelas históricas (hay, en cualquier caso, un trabajo dedicado a *Amaya*), he preferido privilegiar en esta ocasión otros aspectos menos conocidos (así, su obra poética, su labor en el periodismo, su relación con la política y, concretamente, con el carlismo,

¹ Y, sin embargo, es un autor que genera muy pocas novedades bibliográficas. En lo que va de siglo XXI —y dejando de lado mis propias aportaciones— solamente cabe mencionar los trabajos de Prieto Arciniega, 2000; Dendle, 2001; Álvarez Cruz, 2007; Eslava Ochoa, 2008; Maggi, 2008 y 2014; e Hibbs, 2015.

² En la primera nota al pie de cada uno de ellos se indica su procedencia.

una breve noticia de su archivo, más un acercamiento a dos obras que habían permanecido inéditas hasta hace pocos años, la novela *Doña Toda de Larrea* y su *Historia de la Imprenta Nacional*.

La sección de «Textos», que me parecía un complemento esencial para acercar a Navarro Villoslada al lector contemporáneo, se divide a su vez en diversos apartados: una «Antología poética» (una selección de 26 poemas, que ya edité en 1997 en el libro *Obra poética*, pero a los que he añadido ahora algunas notas aclaratorias más); la edición anotada de dos piezas teatrales breves conservadas en el archivo del escritor, *Enamorar con peluca* y *Vida común* (se trata de obras tempranas, con una calidad literaria quizá no excesiva, pero que ponen de manifiesto la dedicación de Navarro Villoslada al teatro desde su más temprana juventud); otro apartado con algunos «Relatos literarios» (seis textos, con los que he procurado que estuviesen representados la leyenda histórica, el artículo de costumbres y los cuentos de pura ficción); y, en fin, otro apartado de «Artículos periodísticos y políticos» (otros siete textos, uno de los cuales, el famoso «El hombre que se necesita», lo transcribo en dos versiones distintas). En este último apartado he intentado ofrecer textos que ejemplificasen diversas modalidades de artículos, desde el periodístico de tipo erudito al estrictamente político, si bien el corpus que he podido incluir (dadas las características y extensión de este libro) ha sido a la fuerza muy reducido. Como he indicado en alguna otra ocasión, la faceta periodística de Navarro Villoslada, y en especial su labor en *El Pensamiento Español*, sigue necesitando un estudio en profundidad y una antología mucho más completa.

Indicaré que, en el caso de mis estudios, los he reproducido tal cual se publicaron en su momento, limitándome a corregir las erratas detectadas y a introducir ligeros cambios estilísticos. El atento lector notará ciertas reiteraciones (al hablar, por ejemplo, de la biografía o de la producción literaria general de Navarro Villoslada, con algunos pasajes que figuran de forma parecida en varios lugares); sin embargo, he optado por respetar este formato para que cada trabajo pueda tener una lectura independiente). Por lo que respecta a los textos de Navarro Villoslada, les he añadido diversas notas (aspectos léxicos y morfológicos, alusiones histórico-culturales, etc.) para facilitar una mejor comprensión al lector de nuestros días. He unificado las graffias y el uso de mayúsculas y minúsculas de acuerdo con criterios modernos y

he desarrollado las abreviaturas, y en nota al pie he señalado algunas otras intervenciones puntuales realizadas sobre los textos transcritos³.

Para terminar, quiero expresar mi agradecimiento a Iñaki Suso Espadas, bibliotecario en la Biblioteca Pública «Navarro Villoslada» de Viana, por su impulso a la hora de plantear el proyecto de este libro y por su labor como intermediario con el Ayuntamiento de Viana; y, por supuesto, a la ilustre corporación municipal vianesa, en la persona de doña Yolanda González García, alcaldesa, por el generoso patrocinio de este libro, que viene a sumarse a otros anteriores dedicados a la figura de su ilustre paisano, Francisco Navarro Villoslada. Confío, en fin, en que estas páginas sirvan para seguir dando a conocer, más y mejor, al ilustre literato, periodista y político nacido y muerto en Viana.

Carlos Mata Induráin

Barañáin (Navarra),
agosto de 2018

³ En el caso de los artículos literarios y periodísticos, los textos que transcribo proceden, en su mayor parte, de Francisco Navarro Villoslada, *Obras completas*, ed. de Segundo Otatzu Jaurrieta, vol. III, Pamplona, Mintzoa, 1992. En mi edición he corregido las erratas evidentes y he tratado de solventar también los diversos errores de transcripción que se apreciaban.

ESTUDIOS

NAVARRO VILLOSLADA (1818-1895).
EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DEL AUTOR
DE *AMAYA* O *LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII*¹

Durante el presente año de 1995 se está conmemorando el Centenario de la muerte del escritor Francisco Navarro Villoslada, nacido en la ciudad de Viana (Navarra) en 1818. Y aunque se trata de un personaje de relevante importancia en la historia del siglo XIX español, su figura no resulta del todo conocida (si acaso, lo es por sus novelas históricas, y en particular por *Amaya*) ni ocupa siempre el destacado lugar de importancia que, sin duda alguna, merece. En cualquier caso, presenta Navarro Villoslada un carácter polifacético, ya que ejerció su actividad, con notable brillantez, en distintos campos: en el contexto de la novela romántica española, fue uno de los mejores cultivadores del género histórico en su versión seria y documentada, hasta el punto de haber merecido el sobrenombre de «el Walter Scott español»; como periodista, fue fundador, redactor y director de algunos de los periódicos más prestigiosos de su época e insigne adalid de la causa católica, lo que le hizo ganar el título de «el Veuillot de España»; y como político, tres veces diputado, una más senador y secretario personal de don Carlos de Borbón (Carlos VII).

Razones literarias (la muy tardía aparición de su última novela, así como la escasa atención prestada tradicionalmente a la novela romántica española), unidas a otras de tipo político (la adscripción ideológica del autor), han hecho que el de Viana haya permanecido, salvo contadas excepciones, en un injusto olvido durante bastante tiempo².

¹ Publicado originalmente en *Muga*, 94-95, enero de 1996, pp. 58-71.

² Los estudios más importantes sobre Navarro Villoslada son: Campión, 1880; Goy, 1913-1916; Quijada Cornish, 1918 y 1928; Simón Díaz, 1946 y 1956; Bergquist, 1978a y 1978b; Juaristi, 1987, pp. 117-135; Mina, 1988; Rubio, 1988; González Ollé, 1989. Una revisión completa de la figura y la producción literaria del

Y aunque algunas de sus obras se han reeditado con cierta frecuencia, su nombre no siempre resulta conocido para el público en general³. Con el presente artículo pretendo ofrecer un somero acercamiento a su vida, a su personalidad y a su producción literaria, en general, para centrarme al final en la que fue su obra maestra, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*.

1. DATOS BIOGRÁFICOS

La vida de Navarro Villoslada fue bastante agitada, y no estuvo exenta de episodios novelescos. Nacido el 9 de octubre de 1818, cursó sus primeros estudios en Viana, aficionándose desde joven a la lectura. El entorno medieval de su ciudad natal cala hondo en la mente de aquel inquieto muchacho, que empieza a sentir curiosidad por los tiempos pasados y a emborronar las primeras cuartillas con algunos versos y otros escritos. Entre 1829 y 1836 estudia Filosofía y Teología en Santiago de Compostela, donde prosiguen sus escarceos literarios. La experiencia de la guerra civil (la primera carlista), con la muerte de su tío Nazario en una emboscada tendida por los partidarios de Carlos V, deja una profunda huella en el alma del joven Villoslada. Desde entonces, los enfrentamientos fraticidas serán tema que se repetirá, casi como una obsesión, en muchas de sus obras.

Tras ingresar como alumno de la Escuela de Telégrafos de Logroño, en 1840 marcha a Madrid, donde cursará la carrera de Leyes. Comienza a colaborar en varios periódicos y, trabajando con denuedo, en 1846 llega a ser director, simultáneamente, del *Semanario Pintoresco Español*, del *Siglo Pintoresco*, de *El Español* y de su *Revista Literaria*. Por estas fechas publica sus novelas *Doña Blanca de Navarra* y *Doña Urraca de Castilla* (1847 y 1849, respectivamente). En 1850, la precaria salud de su esposa le obliga a alejarse de la Corte y se traslada a Vitoria, donde ejerce el cargo de secretario del Gobernador Civil de Álava. Poco después enviuda, quedando a su cargo dos hijas pequeñas.

autor se encontrará en mi libro (Mata Induráin, 1995a). Además, las revistas *La Avalancha* (en 1918), *Pregón* (en 1968) y *Pregón Siglo XXI* (en 1995) le han dedicado sendos números de homenaje.

³ Ver, a título de curiosidad, el artículo de *Diario de Navarra*, de 6 de septiembre de 1983, «¿Navarro Villoslada? ¿Quién fue ese señor?».

Vuelve a Madrid y retorna a la actividad periodística, relegando a un segundo plano su producción literaria (solo publica y estrena algunas piezas de teatro). Comienza a figurar también en la política, integrado en el grupo de los denominados *neocatólicos*, al lado de Nocedal, Aparisi y Guijarro, Tejado o Canga Argüelles. Durante el bienio progresista (1854-1856) colabora junto a González Pedroso, Garrido, López de Ayala, Selgas y Suárez Bravo en el periódico satírico *El Padre Cobos*, que contribuye a la caída del gabinete liberal de Espartero-O'Donnell. En 1856 entra en el Ministerio de la Gobernación; será sucesivamente oficial de los terceros, de los segundos y de los primeros. Al año siguiente es elegido diputado por Estella. Es nombrado además director de la *Gaceta de Madrid* y de la administración de la Imprenta Nacional. Comisionado por el gobierno, realiza en 1857-1858 un viaje a París y Viena para estudiar el estado de las imprentas nacionales en esos países.

A finales de 1859 funda, junto a otros socios, el periódico *El Pensamiento Español*, que se convertiría en el más destacado portavoz de la prensa *neocatólica*⁴, y del que acabaría siendo director y único propietario. En este diario puso Navarro Villoslada, durante más de once años, toda su alma y todo su corazón: desde sus columnas defendió las ideas tradicionalistas y católicas y a S. S. el Papa Pío IX al suscitarse la «cuestión romana», batiéndose en formidables polémicas con toda la prensa liberal. En 1865 y 1867 vuelve a ser elegido diputado para dos nuevas legislaturas, siempre por el distrito navarro de Estella.

El triunfo de la Revolución de septiembre de 1868 provocó el acercamiento de Villoslada y los demás *neos* al carlismo. En efecto, tras el destronamiento de Isabel II la legitimidad pasa a estar representada para ellos por don Carlos de Borbón y Austria-Este, cuyo partido es en aquel momento el que mejor podía defender los intereses católicos por los que venían luchando. En 1869 Villoslada es detenido y ha de pasar mes y medio en la prisión del Saladero de Madrid por haber publicado, antes de que lo hiciera la prensa oficial, una nota en la que avisaba de la intención del gobierno de incautarse todos los bienes eclesiásticos. Tras salir de la cárcel, se exilia para evitar nuevas persecuciones.

En París se pone a las órdenes del pretendiente, al que acompañará por Alemania, Suiza y Austria, y prepara algunos folletos de propa-

⁴ Ver Urigüen, 1986.

ganda carlista, siendo especialmente famoso el artículo titulado «El hombre que se necesita», en el que presentaba a don Carlos a los españoles como el único candidato al trono capaz de acabar con la anarquía reinante. Según afirmara Aparisi, con este escrito ganó para su causa a millares de partidarios. Desde finales de 1869 pasa a ser su secretario personal, pero, estando en Viena, el 25 de enero de 1870 se rompe una pierna y ha de permanecer cinco meses en cama, teniendo que abandonar el cargo. Esta es la razón de que no se encuentre en la famosa Junta de Notables de Vevey (a la que sí asistió su hermano Ciriaco, en representación de *El Pensamiento Español*).

En 1871 es elegido senador del Reino por Barcelona, circunstancia que le permite volver a España. Ejerce el cargo de secretario de la minoría carlista en el Senado. Se opone con Aparisi y otros a las medidas liberalizantes propuestas por el general Cabrera y discute con don Carlos, empeñado en seguir los consejos «cesaristas» de su secretario Arjona. Se muestra igualmente contrario a que toda la prensa carlista esté bajo la dirección de una sola persona, Cándido Nocedal. Al final, para no seguir oponiéndose en público a su rey, renuncia a la dirección de *El Pensamiento Español* y, desengañado, se retira de la política activa.

Entre 1872 (en abril estalla de nuevo la guerra carlista) y 1885 vive unos «años oscuros». Durante mucho tiempo se había dicho que Navarro Villoslada se retiró a su ciudad natal, ganándose así el sobrenombre de «el Solitario de Viana», y que allí, en la paz de la vida campestre, escribió la que sería su obra maestra, *Amaya*. El manejo de distintos documentos del autor⁵ permite afirmar que la realidad fue algo distinta. Navarro Villoslada se retira, sí, de toda actividad pública, pero continúa viviendo en Madrid la mayor parte del año, y es en los meses de verano cuando viaja al norte: visita su hacienda en Viana y descansa en alguna localidad de las Provincias Vascongadas. Después de varios años sin publicar, entregado a la política y el periodismo, en 1877-1878 vuelve a dar a las prensas algunos trabajos, sobre todo su novela *Amaya*.

⁵ Agradezco a los Sres. don Juan, don Mariano y doña Teresa Sendín Pérez-Villamil, bisnietos de Navarro Villoslada, las facilidades que en todo momento me han dado para consultar en sus domicilios particulares, en Madrid y Burgos, el magnífico archivo del autor que conservan.

Acabada la guerra, Villoslada se había negado a participar en la reorganización del partido carlista, alegando su deteriorado estado de salud. Pero en 1885, al morir Nocedal, acepta el nombramiento como jefe de la Comunión Tradicionalista de España y se convierte así en el representante de don Carlos en Madrid. Trata de poner orden en la dividida prensa tradicionalista, enzarzada en numerosas polémicas, pero algunos sectores le dirigen durísimos ataques (acusándole incluso de desertor y traidor al carlismo). Nuevamente desilusionado con la política, renuncia definitivamente a sus cargos y se retira, ahora sí, a Viana. En 1894 participa en la campaña contra las medidas fiscales anunciadas para Navarra por el ministro de Hacienda, Gamazo, colaborando con unas pocas líneas para el número único de *Navarra Ilustrada*. Sería su última intervención en un asunto público.

Al año siguiente, el día 29 de agosto, moría en la misma ciudad que le viera nacer, rodeado de su familia. A su funeral y entierro acudió el Ayuntamiento de Viana en pleno. Más tarde llegarían otros homenajes: la celebración del Centenario de su nacimiento en 1918, con la colocación de la placa conmemorativa en su casa natal, la erección del monumento en Pamplona y la publicación de un número especial de *La Avalancha*; la dedicatoria de calles (Navarro Villoslada, Amaya) y de un Instituto de Bachillerato en Pamplona; la celebración del 150 Aniversario de su nacimiento en 1968 (al que se sumó la revista *Pregón*); y ahora, en 1995, el Centenario de su muerte.

2. LA PERSONALIDAD DE NAVARRO VILLOSLADA

Los retratos que se conservan de Navarro Villoslada en su edad adulta nos muestran a un hombre delgado de cuerpo, de cabello, bigote y tez muy morenos, con unos rasgos faciales bastante duros, unos ojos de mirada seria y penetrante y un gesto un tanto adusto y malhumorado. ¿Se corresponde esa caracterización física con su retrato moral? En parte, esa imagen contrasta con la del hombre siempre afable y cariñoso, modelo de hijo, esposo y padre (dechado de todas las virtudes, como destaca en su biografía el Padre Goy) y bastante tímido a la hora de hablar en público (no así pluma en mano) que conocemos por otras fuentes. Muy probablemente ese carácter agriado que se adivina en sus facciones se deba a los numerosos sinsabores que hubo de padecer nuestro autor a lo largo de su vida, sobre todo por los muchos disgustos derivados de su actividad política y perio-

dística, pero a los que habría que sumar las molestias de su siempre quebrantada salud.

Un rasgo ineludible a la hora de trazar la etopeya del escritor navarro es, sin duda alguna, el de su acendrado catolicismo. Se le ha caracterizado, y no sin razón, como «católico a machamartillo», y es, en efecto, la defensa de la Iglesia católica la idea matriz que articula todo su pensamiento y la que explica su evolución política, desde un tímido liberalismo juvenil hasta las posturas ultramoderadas de su madurez. Hay que tener en cuenta que se educó en el seno de una familia de hondo espíritu cristiano, que él retrata en la tercera sección de su artículo «La familia en España»; y que más tarde recibió una severa formación al estudiar al cuidado de sus dos tíos, canónigos de la catedral de Santiago⁶. Ese espíritu cristiano y tradicional es el que se refleja no solo en su vida personal, sino en su actividad pública y también en todos sus escritos. Uno de sus libros de cabecera, además del *Quijote*, era la *Imitación de Cristo*, de Kempis. Sus máximas para su vida eran: «Obrar siempre como si estuviéramos en la hora de la muerte» y «La solución de todas las dificultades es Dios». Supo sufrir con cristiana resignación todos los ataques derivados de las polémicas en que participó, cuyos protagonistas descendían muchas veces al terreno de las calumnias y las injurias. Conoció también el sabor, doblemente amargo, de las descalificaciones procedentes de sus propios correligionarios, así como la dura experiencia de la cárcel, según queda dicho.

Fue Navarro Villoslada un trabajador infatigable: en sus primeros años en Madrid, después de pasar diez o doce horas en las redacciones de varios periódicos, todavía robaba horas al sueño para dedicarlas a sus producciones literarias. No es extraño que su salud comenzase a resentirse desde muy joven con estos excesos. Su capacidad de trabajo y su honradez fueron reconocidas públicamente tanto por José María Bremón, Gobernador Civil de Álava, cuyo secretario fue, como por el propio don Carlos de Borbón, quien en su *Diario* elogia además la franqueza y sinceridad del literato. Poseía una cultura considerable, merced a sus estudios de Teología, Filosofía y Leyes, además de la

⁶ En una carta de 1832 escribe a sus padres en Viana que su único esparcimiento consistía en ir «de casa al sermón y del sermón a casa». Incluso llegó a ordenarse de menores para poder cobrar los derechos de unas capellanías (antes, en Viana, había sido monaguillo de Santa María de Cuevas).

que le pudieron reportar sus viajes, bastante considerables para su época.

Es de destacar igualmente su carácter noble y honrado: él se hizo cargo de todas las deudas de *El Pensamiento Español*, y rechazó la proposición de Cándido Necedal de convertir el periódico en portavoz de la minoría que dirigía en el Parlamento, para seguir conservando su total independencia de criterios. Causa cuando menos admiración su tenacidad en la defensa de sus ideas, su coherencia de pensamiento, su rectitud insobornable, su energía a la hora de mostrar su rechazo a todo lo que no coincidiera con sus principios. A ello habría que añadir su modestia y sencillez: rechazó todo tipo de honores y reconocimientos públicos e incluso, según testimonio de su hija, la posibilidad de ser elegido académico de la Lengua.

3. SU PRODUCCIÓN LITERARIA

Dentro del terreno de la literatura, Navarro Villoslada es conocido fundamentalmente como novelista histórico; pero fue mucho más que un mero «Walter Scott navarro», mucho más que un imitador romántico y tardío de las novelas del escocés. Cultivó con acierto todos los géneros literarios del momento, en la narrativa, la lírica y la dramática⁷. Escribió algunas novelas no históricas como *El Antecristo* (1845), una narración folletinesca (género de moda en los años 40), que quedó sin concluir por la quiebra de *El Español*, periódico en cuyas páginas iba saliendo; o *Las dos hermanas* (1845), otra obra del mismo estilo, repleta de episodios a cuál más inverosímil. *Historia de muchos Pepes* (publicada en 1879 en el folletín de *El Fénix*), mejor escrita, es una novela pseudo-autobiográfica, que refleja el ambiente de los círculos literarios y periodísticos madrileños de mitad de siglo, que Villoslada conocía a la perfección. Está narrada en primera persona, por boca de un personaje caracterizado con rasgos picarescos llamado Pepe Gil.

Es también autor de numerosos relatos, algunos de los cuales están en la frontera entre el artículo de costumbres y el cuento («Un hombre arruinado», «Hacer negocios», «Un hombre público»). Otros, en cambio, pueden denominarse cuentos con toda propiedad («Mi vecina», «Aventuras de un filarmónico», «El remedio del amor» o «La luna

⁷ Ver las *Obras completas* publicadas en 1990-1992 por la editorial pamplonesa Mintzoa, en seis volúmenes.

de enero», divertida parodia de los excesos románticos). También escribió dos leyendas históricas relacionadas con Navarra: «La muerte de César Borja» (ocurrida en las cercanías de Viana) y «El castillo de Marcilla».

De su producción dramática, hay que mencionar *La prensa libre* (1844), comedia en verso en la que se aboga por la independencia de los periódicos; *Los encantos de la voz* (1844), intrascendente comedia de enredo, en un acto y en prosa, escrita en colaboración con Manuel Juan Diana; *Echarse en brazos de Dios* (1855), drama histórico en verso, que retoma algunos episodios de la novela *Doña Blanca de Navarra*; y la zarzuela *La dama del rey* (1855), con música de Arrieta, ambientada en la época de los Reyes Católicos, que se estrenó sin demasiado éxito.

Como poeta dejó un ensayo épico titulado *Luchana* (1840), sobre el asedio de Bilbao por los carlistas, en el que ataca furiosamente a Carlos V y a sus generales y elogia a Espartero. También escribió, desde sus años juveniles, numerosas composiciones poéticas (algunas han quedado inéditas), en las que predominan los temas de contenido moral y religioso (destacan «A la Virgen del Perpetuo Socorro», «A Pío IX», «Meditación», «Las ermitas», el madrigal «Fuente brota en mi valle...» y el villancico «Al Niño donoso...»). Como autor costumbrista dejó escrito «El canónigo» (1843), recogido en *Los españoles pintados por sí mismos*, «El arriero», aparecido en *El Siglo Pintoresco* (1846) y «La mujer de Navarra» (1873), bella estampa del carácter de las mujeres de su tierra, montañesas y ribereñas.

Entre sus obras menores habría que mencionar los folletos de propaganda política (*La España y Carlos VII*, «El hombre que se necesita»), las biografías (*Compendio de la vida de San Alfonso María de Liguori*, *Estudio histórico militar de Zumalacárregui y Cabrera*; de este libro solo escribió la primera parte, bajo el pseudónimo de Thomas Wisdom) y algunas traducciones (los primeros capítulos de *Agenor de Mauleón*, *el de la mano de hierro*, de Alejandro Dumas, *García Moreno, presidente de la República del Ecuador*, del Padre Berthe). También dejó numerosos trabajos inéditos.

4. SUS NOVELAS HISTÓRICAS

Escribió Navarro Villoslada tres novelas largas, a saber, *Doña Blanca de Navarra*, *Doña Urraca de Castilla* y *Amaya o los vascos en el siglo*

VIII. Las dos primeras aparecieron en 1847 y 1849, respectivamente, todavía a remolque de la moda de la novela histórica romántica, que en España triunfó entre 1834 (*Sancho Saldaña*, de Espronceda, *El doncel de don Enrique el Doliente*, de Larra) y 1844 (*El señor de Bembibre*, de Gil y Carrasco). En cambio *Amaya*, la que sería su obra maestra, tardaría todavía casi treinta años en ver la luz, cuando ya el Romanticismo era historia y estaban triunfando las producciones realistas de Alarcón, Valera o Pérez Galdós. *Amaya* fue, en acertada expresión de Jorge Campos, «una bella flor tardía». Además, la filiación política del autor hizo que su aparición fuera silenciada, en parte, por la crítica de signo liberal. Ambos factores se unieron para que la novela no tuviese toda la repercusión que, en otras circunstancias, podía haber alcanzado. Por el contrario, los sectores tradicionalistas la ensalzaron hasta límites insospechados, y su éxito local, en Navarra y las Provincias Vascongadas, fue arrollador: hay que tener en cuenta que de poco antes databa la ley de abolición de los Fueros vascos (tras la derrota carlista en la guerra de 1872-1876), y la novela de Villoslada — «centón de tradiciones éuskaras», según él mismo la define, por las leyendas y cantares que incluye— era una exaltación apasionada del carácter y las costumbres de los antiguos vascones. En el siguiente apartado me detendré algo más en el comentario de esta obra.

Doña Blanca de Navarra apareció primero en 1846, en versión más breve, con el título de *La princesa de Viana*. Narra las aventuras del valiente Jimeno (un supuesto judío que termina por ser hijo natural del rey Alfonso el Magnánimo) y los últimos días de doña Blanca, encerrada en el castillo de Orthez y envenenada finalmente por su hermana, doña Leonor de Foix. Al año siguiente, y en vista del éxito alcanzado, el autor se decidió a añadir una segunda parte, menos interesante, titulada *Quince días de reinado*, que describe la muerte de la asesina y completa el plan moral de conjunto.

Para *Doña Urraca de Castilla* (1849) aprovechó igualmente el autor una narración corta anterior, *El caballero sin nombre* (1847). A su vez, publicó un resumen de la novela con el título *El amor de una reina*. Esta novela de tema y ambiente gallegos, menos conocida y citada, cuenta las peripecias amorosas de la hija de Alfonso VI y las aventuras de Ramiro, el joven pajecillo del obispo de Compostela, don Diego Gelmírez, que resulta ser finalmente de noble ascendencia, hijo del caballero don Bermudo de Moscoso y heredero de sus estados de Altamira. La ficción novelesca se entreteje acertadamente con los

datos y episodios reales, resultando además muy lograda la reconstrucción de la época medieval, a partir del relato de la crónica conocida como *Historia Compostelana*. El autor se ayudó además para las descripciones del paisaje de unas notas tomadas en un viaje a las ruinas del castillo de Altamira, en Brión (La Coruña), realizado cuando estudiaba en Santiago.

Las novelas históricas de Navarro Villoslada deben ser juzgadas en su contexto literario, el de la novela histórica romántica. Hoy pueden parecernos ingenuas sus tramas, esquemáticos sus personajes y sencilla su estructura narrativa, e incluso puede hacérsenos farragoso su estilo, algo caduco y envejecido, difícil de leer. Sin embargo, era el tipo de novela que se escribía en su momento, siguiendo los patrones creados por Walter Scott. Estas tres novelas (y muchas otras de su tiempo) presentan unas características formales comunes. En cuanto a los elementos de intriga, todos los novelistas manejaban unos mismos recursos de acción aprendidos, sobre todo, en *Ivanhoe*. Se suceden los elementos dramáticos y folletinescos, muy poco verosímiles. El narrador, omnisciente en tercera persona, controla todos los hilos de la acción, dejando muy poca capacidad re-creativa al lector, al que le da todo hecho. La estructura es muy sencilla, siguiendo casi siempre un orden cronológico lineal. Los personajes son planos, están caracterizados maniqueamente, estilizados hacia el bien o hacia el mal: unos encarnan todos los defectos (doña Leonor, Atáulfo de Moscoso, Pacomio) y se nos hacen odiosos; otros, en cambio, son dechados de virtudes (doña Blanca, Jimeno, Ramiro, Amaya, García, Ranimiro) y se ganan nuestra simpatía. En las tres novelas hay un personaje femenino que simboliza todos los valores cristianos (Inés, Munima, la propia Amaya). Pero en su última obra, además de estos personajes-tipo cargados de simbolismo, Villoslada incluye otros que alcanzan la categoría de individuos, como Eudón o Teodosio, que tienen más vida, que van evolucionando y que se debaten entre dudas, pasiones y violentas luchas interiores.

Hay, además, algunas otras características que resultan peculiares del novelar de Navarro Villoslada. Es la primera la preocupación por la documentación histórica: aunque no están exentas de errores y anacronismos, su autor hizo un gran esfuerzo documental para ambientar adecuadamente sus obras, tomando datos de libros y archivos. Eso se refleja en el sabor arqueológico de algunos capítulos, cuando acierta con el «color local» o de época, en la descripción minuciosa

de vestidos, armas, mobiliario, edificios, costumbres, etc., y también en la inclusión de algunos arcaísmos lingüísticos. Esa voluntad «arqueológica» en la reconstrucción histórica del pasado, que se aprecia con la mera lectura de estas obras, se puede comprobar examinando los legajos conservados en su archivo (en los que se encuentran fichas y notas de lectura de las fuentes manejadas, planos, dibujos, mapas, etc.). La misma verosimilitud quería para sus descripciones del paisaje: de hecho, tomaba notas durante sus viajes (a Altamira, al valle de Goñi...) que luego aprovechaba para reflejar de forma fiel la naturaleza y los escenarios de la acción. Sin embargo, ese afán de verosimilitud no está reñido con la desbordada fantasía de que hace gala, que le lleva a añadir elementos legendarios y fabulosos, especialmente en *Amaya*.

Hay que destacar también el tono moralizante que da Navarro Villoslada a sus escritos, de acuerdo con las líneas generales de su pensamiento: además de en algunas afirmaciones que van salpicando las páginas de sus novelas, eso se observa en el triunfo de la «justicia poética», que hace que al final «los buenos» reciban su premio y «los malos», en cambio, su merecido castigo. Igualmente, se puede apreciar en ellas una visión providencialista de la historia: Dios interviene tanto en el curso general de la historia como en los hechos humanos particulares para guiar adecuadamente los acontecimientos hacia un fin último. Desde el punto de vista estilístico, cabe señalar la influencia cervantina, que se percibe en el empleo del humor y la ironía, presentes desde los propios títulos de los capítulos («Que está entre el sexto y el octavo, y no sirve para otra cosa», se titula el capítulo VII de *Doña Blanca*; «En que el autor hace dormir a sus personajes y quizá también a sus lectores», el I, III, III de *Amaya*).

En general es el de Navarro Villoslada un estilo sencillo, pulcro y cuidado, con preferencia por el empleo de símiles, frases hechas y refranes. Los períodos sintácticos, sin llegar nunca a alcanzar una extensión desmesurada, pueden quizá parecer demasiado prolijos para el gusto actual. Por otra parte, la sucesión de acciones lleva a que el *tempo* de sus novelas históricas sea bastante rápido, a veces con un ritmo casi cinematográfico. En fin, la abundante presencia de diálogos hace que su lectura sea más ágil y entretenida que lo que suele ser habitual en otras obras del género.

5. AMAYA O LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

Se publicó primero en el folletón de la revista *La Ciencia Cristiana* (1877-1879) y ese último año como libro, en tres volúmenes, en Madrid, por la Librería Católica San José. Por los documentos conservados, sabemos que su gestación fue muy lenta: la idea inicial la tenía Villoslada desde comienzos de los años 50, cuando coincidió en Vitoria con Pedro de Egaña y Augustin Chaho. Por esas mismas fechas hizo un viaje a caballo desde Viana al valle de Goñi, escenario luego de buena parte de la novela. El núcleo original era una obra titulada *El ermitaño. Leyenda épica*, centrada en el parricidio de Teodosio de Goñi y su posterior penitencia en la cima del monte Aralar. Al principio, ni siquiera figuraba el personaje de Amaya⁸, y la obra iba a titularse *Amagoya o el alzamiento de los vascos*. Sin embargo, se fueron añadiendo «por acumulación», es decir, según iba escribiendo cada entrega, numerosos personajes y episodios novelescos (el matrimonio de Ranimiro y Lorea, el brazalete de Amaya, el tesoro de Aitor...) que aumentaron considerablemente su extensión. Además de mucho tiempo, el autor puso en su redacción una importante carga sentimental, según él mismo confesó: «He derramado en *Amaya*, a falta de galas de ingenio, los más íntimos y puros afectos del corazón» (dedicatoria a los hermanos Manuel y Luis Echevarría); «Yo creí haber agotado mis lágrimas en escribir *Amaya*» (carta de 1880 a Manterola).

Se la ha calificado a veces como «la *Iliada* del pueblo vasco»⁹, lo que ha convertido a su autor en el «Cantor de la raza vasca», según reza la placa conmemorativa colocada en la fachada de su casa natal. El «Walter Scott de las tradiciones vascas» le llamó el Padre Blanco García. El profundo amor de Navarro Villoslada a la tierra de sus antepasados, los vascones, su respeto por las tradiciones de su patria y, en suma, el «acendrado amor a la tierra vascónica» demostrado en su última novela explican que el de Viana, navarro «por partida doble» (por su lugar de nacimiento y por su apellido), venga a figurar a veces entre «los vascos que escribieron en castellano»¹⁰.

⁸ Sin embargo, al final la heroína desempeñó un papel tan importante que su nombre pasó a ocupar el título; de esta forma, Navarro Villoslada es el «culpable» de que hoy lleven ese nombre tantas mujeres en nuestra tierra.

⁹ Ver López Sainz, 1977.

¹⁰ Ver Amézaga, 1977, I, pp. 228-229.

Ya he comentado que la novela fue silenciada en el momento de su aparición por la crítica liberal; de hecho, no hubo una nueva edición hasta el año 1909, al menos en forma de libro. Sin embargo, el éxito local (en Navarra y las Provincias Vascongadas) fue extraordinario y se le tributaron encendidos elogios. Esto no resultará extraño si consideramos que aparecía en un momento de gran efervescencia política y cultural; fácil es imaginar el calor con que sería recibida en los ambientes conservadores, en general, y por los fueristas de las cuatro provincias, en particular, una obra que exaltaba de forma tan extraordinaria los valores tradicionalistas y el carácter y las costumbres vascongadas: entusiasmó a Iturralde y Suit, el promotor, junto con Arturo Campión, de la Asociación Éuskara de Navarra, de la que Villoslada fue nombrado elegido miembro honorífico en reconocimiento a sus méritos vascófilos, y el propio Campión dedicó a la novela un interesante estudio crítico aparecido en 1880 en la *Revista Éuskara*. Más tarde, Unamuno confesó que *Amaya* fue una de las obras que en su juventud le llenaron de romanticismo el alma.

Ya en el siglo XX, su acogida ha seguido siendo considerable: se ha reeditado muchas veces, también con el texto abreviado, e incluso una versión, en castellano y en euskera, en forma de cómic. En 1920, en Bilbao, se estrenó el drama lírico *Amaya* de Jesús Guridi, con libreto de José María Arroita-Jáuregui, y, en 1952, inspiró una película con igual título.

La acción de la novela comienza, como es sabido, en el momento de la invasión musulmana el año 711. Godos y vascos, enfrentados en una guerra que dura tres siglos, se unen frente al enemigo exterior para defender lo que tienen en común: la religión cristiana. La Cruz acaba uniendo a los seculares enemigos, y de la unión de ambos pueblos —simbolizada por el matrimonio de Amaya y García— nace, según la tesis tradicionalista del escritor, una nueva realidad que será el embrión de España. La historia, la leyenda y la fantasía se dan continuamente la mano a lo largo de sus capítulos: los datos históricos y arqueológicos son más numerosos cuando el autor describe la civilización goda; en cambio, lo legendario y fabuloso predomina al hablar

de los vascos¹¹, sobre quienes la investigación historiográfica de la época disponía de menor número de noticias.

Estos últimos están vistos con notable simpatía por parte del autor. Su carácter se resume en las primeras líneas de la «Introducción» de la novela:

Los aborígenes del Pirineo occidental donde anidan todavía con su primitivo idioma y costumbres [...] no han sido nunca ni conquistadores ni verdaderamente conquistados. Afables y sencillos, aunque celosos de su independencia, no podían carecer de esa virtud característica de las tribus patriarcales llamada hospitalidad. Tenían en grande estima lo castizo, en horror lo impuro, en menosprecio lo degenerado; pero se apropiaban lo bueno de los extraños, procuraban vivir en paz con los vecinos, y unirse a ellos, más que por vínculos de sangre, con alianzas y amistad (p. 9).

Es el vasco un pueblo sencillo, «escogido por Dios para muestra perdurable de pueblos primitivos», que tiene una misión providencial que cumplir: la de defender su independencia y la independencia de España; de ahí que los vascos sean agresivos con quienes les atacan, pero pacíficos con los que respetan su modo de vida (cfr. pp. 95 y 130; el godo Pelayo, en la p. 302, reconoce expresivamente: «Como enemigos, leones; pero corderos como amigos»). Es un pueblo cuyos individuos aparecen adornados de virtudes: valor, honor, lealtad, constancia, justicia («Antes que la escualerría están la justicia y la verdad», dice Teodosio, p. 187); reciamente aferrados a sus costumbres, rudos y bravos, los vascos aman la libertad (cfr. pp. 10-11, 15, 38 y *passim*), pero tienen que vivir día y noche con las armas al alcance de la mano para defenderla. Separados del resto de Europa por el idioma y las costumbres, les une a otros pueblos la religión cristiana (pp. 527-528). Siguiendo las enseñanzas de su antiguo patriarca Aitor¹², han permanecido junto a sus montañas pirenaicas, porque saben que la riqueza corrompe; prefieren vivir pobres, pero libres, en sus abruptos valles a ser ricos, pero esclavos, en las fértiles llanuras que tienen cer-

¹¹ Empleo la palabra *vascos*, que es la que figura en la novela, desde su subtítulo, aunque sería más exacto hablar de *vascones*. Para mis citas, utilizaré la edición de San Sebastián, Tarttalo, 1991.

¹² Con esta novela Navarro Villoslada popularizó el personaje legendario creado por Augustin Chaho.

ca. Como dice Ranimiro, «la patria de los vascos son los Pirineos» (p. 258), montes que han sido por siglos el baluarte de su independencia (pp. 204 y 357).

Además de indómitos, los vascos son altivos («Nosotros sabemos morir, pero no aceptar humillación ni infamia», indica García, p. 249). Otra de las notas más destacadas es la de su «santa independencia», su «amor salvaje a la independencia», «su nunca domada independencia» (mito difundido por los fueristas vascos). Eudón lo señala expresivamente: «Dominadores del mundo he conocido; dominadores de los vascos, no» (p. 352). En muchas páginas de la novela quedan destacadas también su hospitalidad y la sencillez patriarcal que rige su sociedad, representadas por Millán y, sobre todo, por Miguel de Goñi.

Palabra clave para referirse al carácter vascongado es la de tradición. Dice Ranimiro: «En el pueblo vasco no se extinguen nunca los recuerdos. Dejaría de existir esa raza si llegara a perder la tradición» (p. 39); y Amagoya: «En la casa de Aitor se conserva, como archivada, la ciencia y doctrina de nuestros mayores» (p. 638). Eso se refleja en el respeto a los mayores: «Ningún hijo de Aitor desobedece a sus padres» (p. 55); «Nosotros no somos nadie delante de la gente de más edad» (p. 207); «No hay nadie superior al padre entre los vascos» (p. 402).

En cuanto a la religión de este pueblo, Navarro Villoslada se aleja de la verdad histórica al afirmar que los primitivos vascos fueron monoteístas (otro mito del fuerismo vascongado); así se refleja en el mandato dado por Aitor a sus hijos y sucesores: «Creed en un solo Dios remunerador y obedeced a vuestros padres» (p. 217). O como indica García: «Hay un Dios en el cielo y un pueblo vasco en la tierra», a lo que responde Miguel: «Eso es. Dios para disponer y nuestro pueblo para ejecutar» (p. 254). Sin embargo, los modernos estudios de antropología como los de Caro Baroja señalan que los primitivos vascos fueron politeístas. Otro error o anacronismo consiste en suponer cristianizados a todos los vascos en pleno siglo VIII (su cristianización fue varios siglos más tardía, y no se completó hasta el XIII o el XIV, especialmente en las zonas más inaccesibles del territorio). En algunos pasajes de la novela se habla de la antigua religión natural (pp. 47 y 209), particularmente al describir las celebraciones de la noche del plenilunio (pp. 212-213), con la sacerdotisa Amagoya, personaje

poético (y trágico) que simboliza y encarna el pasado pagano de los vascos.

En definitiva, Navarro Villoslada nos ofrece una visión idílica de la vida en la escualerría (emplea esta variante de la expresión *euskal-erría* o ‘pueblo vasco’): es un territorio donde no se conoce el crimen ni la mentira: «No hay entre los vascos un traidor ni un desleal», dice Munio (p. 344). De ahí que el asesinato de los dos ancianos de Goñi suponga un acontecimiento inaudito, mucho más al saberse que el asesino ha sido su propio hijo Teodosio.

La visión idealizada del pueblo vascongado incluye también una defensa de su idioma, reliquia de pasados tiempos que hay que conservar (cfr. pp. 10, 21, 127, 404, 423 y 598). Cuando Amaya habla a Teodosio en latín, la primera vez que se entrevistan, el joven responde altivo: «No quiero entender otro idioma que el de mis padres» (p. 157). El autor se encarga de destacar, por medio de intervenciones del narrador, la importancia del conocimiento de la lengua del «otro» para facilitar y posibilitar el mutuo entendimiento y la convivencia pacífica: en efecto, los godos que encarnan el espíritu de reconciliación (Ranimiro, Amaya), comprenden y hablan el vascuence; en cambio, Munio no ve en él más que un «guirigay» (p. 344), una lengua extraña con cuyos hablantes no se puede tratar ni hacerse entender.

Aparte de los nombres de Amaya y Asier, ‘fin’ y ‘principio’, que tanta importancia simbólica tienen, van salpicando las páginas de la novela otras palabras o expresiones vascas, que se escriben en cursiva (a veces con su significado entre paréntesis o en nota al pie); por ejemplo, *lauburu*, *zorico*, *Jaungoicoa*, *echecojaun*, *ilarguia*, *leheren*, *Basa-jaun*, *sagardua*, *jaiarin*, *ezcua*..., dando así un pequeño toque de «color local» lingüístico, y creo que los conocimientos del vascuence por parte del de Viana no serían mayores.

Más importantes son los cantares y las leyendas que se intercalan en las páginas del relato. Así, encontramos el canto de Aníbal (pp. 38-41), el canto de Altabiscar o Altobiscar (pp. 141-143), el himno de Lecobide y Uchin Tamayo (pp. 222-223) y la cancioncilla de Zara y Lelo (pp. 580 y 585-586); también hay una alusión al himno sobre el combate de Lara (p. 106). El autor los califica de «cantos éuscaros de tiempo inmemorial» (p. 325); del himno de Lecobide, en concreto, dice que es «el suspiro más lejano, más antiguo que nos ha dejado la musa éuscara, como un eco de la primitiva independencia, eco de

vida que va repitiendo la santa libertad de todos los siglos»¹³. Se mencionan las leyendas de Aitor (pp. 216-218), de Luzaide y Maitagarri (pp. 204, 207, 217 y 430), de Leheren o la serpiente de fuego (p. 218 y nota) y del Basajaun o 'Señor del bosque' (cfr. el capítulo II, III, IV: «En que se dice quién era el Basajaun y qué significa su nombre», especialmente la p. 571). Y, por supuesto, la leyenda de Teodosio de Goñi, con la aparición del infernal dragón y su derrota tras la aparición de San Miguel in Excelsis¹⁴.

Por lo que hace al contenido ideológico de *Amaya*, aquí se plantea toda una interpretación de los orígenes históricos de España que resume el ideario tradicionalista del autor: de la unión de vascos y godos nace una nueva entidad nacional basada en la unidad católica¹⁵. Los dos pueblos enfrentados tienen en común la religión cristiana: ante el peligro de la invasión musulmana, la Cruz les une en la «santa cruzada de la Reconquista»; juntos deben triunfar o juntos perecer. Será el matrimonio de García y Amaya el que simbolice la unión de los dos pueblos, culminando de esta forma el camino ya emprendido al casarse Lorea, la mayor de las descendientes del linaje de Aitor, con Ranimiro, «el godo más godo de todos los godos». Tras la invasión musulmana, se ha perdido la unidad territorial de los godos (al fragmentarse la península en varios reinos cristianos, los vascos seguirán gozando de su secular independencia, aunque integrados en un proyecto común), pero se ha alcanzado algo mucho más importante, la unidad espiritual, la unidad católica.

El hombre llamado a salvar a España será García (cfr. pp. 240, 247, 257-259, 276), depositario de todas las virtudes del pueblo vasco. Él será cabeza y origen de la monarquía pirenaica (el reino de Pamplona), tal como se muestra en la formulación de Teodomiro, que viene a sintetizar la nueva realidad histórica con la secular independencia vasca: «Vosotros los vascos, más afortunados que los demás, tenéis en vuestra inmemorial independencia un reino ya formado». En cualquier caso, ese nuevo reino estará encaminado a un fin providencial, para que en última instancia la unidad perdida se restablezca, para que «de cien reinos distintos, pero cristianos, torne a

¹³ Ver Juaristi, 1987, pp. 53-56, y el artículo del propio Villoslada «De la poesía vascongada», *El Pensamiento Español*, 12 de diciembre de 1866.

¹⁴ Ver Barella Vigal, 1985.

¹⁵ Para la tesis de *Amaya*, ver Juaristi, 1987, pp. 126-127, y Mina, 1988.

formarse la monarquía católica española» (p. 451). Ya Ranimiro le había recordado antes: «García, independencia, libertad y religión son hoy una misma causa» (p. 277). Bien aleccionado por el magnate godo, su pensamiento se resumirá en estas palabras: «Si España, si la religión peligran, tan cristianos son los godos como los vascos. Tan obligados estamos unos como otros a salvarla» (p. 279). Y ese mismo espíritu es el que alienta ya en los corazones de los demás guerreros vascos, como queda reflejado en un posterior diálogo entre García, Teodosio y Andeca: su conclusión es que ahora solo existe una nueva raza que se llama cristiandad, a la que pertenecen vascos y godos; los tres deciden morir juntos «por la gloria de Dios y el honor de la escuela» (p. 326).

6. OTRA «NOVELA VASCONGADA» INÉDITA

Entre los documentos conservados por los bisnietos del escritor, se encuentran distintas versiones de una novela histórica que no llegó a concluir, ambientada en la época de la conquista de Navarra. Los borradores figuran con distintos títulos (*El hijo del Fuerte*, *La madre de la Excelenta*, *Los bandos de Navarra*, *Doña Toda de Larrea*), pero corresponden todos a un mismo proyecto narrativo, cuyo título definitivo parece que iba a ser el de *Pedro Ramírez*. La idea al respecto es antigua: en 1847, en las líneas finales de *Doña Blanca de Navarra*, tras indicar que doña Catalina y don Juan Labrit (o de Albret), los últimos reyes navarros, fueron destronados por las tropas de Fernando el Católico, añade: «Pero de estos sucesos hablaremos, con el favor de Dios, en otra obra». La retomó en distintas ocasiones y llegó a leer, en abril de 1880, tres capítulos en una sesión literaria de la Juventud Católica, que fueron muy aplaudidos por los asistentes.

Con fecha de 20 de noviembre de ese mismo año, en carta a José Manterola, expresa: «Aún creo tener llanto en mi corazón y pulso en mi mano para emprender otra novela vascongada. / ¡Todos a una, amigo mío! ¡*Euskal Erria!* ¡Magnífica empresa y magnífica divisa!» En los últimos años de vida realizó un nuevo esfuerzo por concluirla, pero dado su delicado estado de salud comprendió que ya no podría culminar su empeño, y así lo anunció en unas líneas aparecidas en *Navarra Ilustrada* en julio de 1894:

Cómo se forman los reinos lo intenté demostrar en *Amaya*; cómo pe-
recen y caen desolados, he querido hacerlo patente en una obra sobre la

Conquista de Navarra que, en mi intención, sería el complemento de aquélla, si Dios me hubiese permitido concluirlo. Pero en esto no hay que pensar.

Este proyecto narrativo inédito resulta sumamente interesante por su tema y, aunque inacabado, se conservan completos varios capítulos. Pero de esta novela hablaremos, con el favor de Dios, en otra ocasión¹⁶.

¹⁶ Sobre ella versará mi comunicación para el próximo *Coloquio Internacional sobre la novela histórica (Homenaje a Navarro Villoslada en su Centenario)* que se celebrará (D. m.) en Pamplona los días 13-15 de diciembre de 1995, coorganizado por la Universidad de Navarra, la Universidad Pública de Navarra, el Gobierno de Navarra (Institución «Príncipe de Viana»), el Ateneo Navarro y el Centro Asociado de la UNED en Navarra. Ver Mata Induráin, 1996a.

LA HISTORIA DE LA IMPRENTA NACIONAL.
CIRCUNSTANCIAS DE REDACCIÓN
Y UNAS GLOSAS MÍNIMAS A SU PRIMERA PARTE¹

1. LA COMISIÓN PARA EL ESTUDIO DE LA IMPRENTA NACIONAL

La *Historia de la Imprenta Nacional de Madrid comparada con las del Estado en París y Viena*, inédita hasta la fecha, se conserva en el Fondo Navarro Villoslada, que forma parte en la actualidad del Archivo General de la Universidad de Navarra (AGUN). Para comprender mejor este trabajo del escritor vianés sobre la *Historia de la Imprenta Nacional de Madrid*, conviene examinar con algo de detalle su peripécia biográfica hacia mediados del siglo XIX. Después de enviudar en 1851, abandona el cargo de secretario del Gobierno Civil de Álava y se traslada a Madrid, instalándose en la calle de Tudescos. El primero de julio de 1853 consigue una plaza de oficial de los terceros en la Secretaría del Ministerio de la Gobernación², con un sueldo de 26.000 reales al año, que en el mes de octubre vería aumentado a 30.000 reales.

En agosto de 1854, tras subir al poder Espartero, queda cesante por Real Decreto. Varios escritores fundan el periódico satírico *El Padre Cobos*, con el objeto de combatir a los gabinetes nacidos de la revolución de 1854. En febrero de 1855 Navarro Villoslada se incorpora a su redacción cuando el periódico, inicialmente literario, se hace político. Acude los miércoles a la tertulia que se reunía en casa de Mariano Roca de Togores, marqués de Molins, a la que asisten literatos e intelectuales de renombre.

¹ El texto de este apartado procede de Ignacio Arellano y Carlos Mata Induráin, *La «Historia de la Imprenta Nacional», de Navarro Villoslada (primera parte). Estudio y edición*, Pamplona, Eunsu, 2012, pp. 17-21 y 29-54.

² Gracias a Egaña, amigo de Navarro Villoslada, que había sido nombrado ministro del ramo por Narváez. El 10 de julio le sustituye Mateo Benigno de Moraza como secretario del Gobernador de Álava.

El 15 de octubre de 1856 —con Cándido Nocedal como ministro de Gobernación en el gabinete Narváez— es nombrado oficial de los segundos (con sueldo de 32.000 reales) y el 26 de noviembre de ese año, asciende a oficial de los primeros (para ganar 35.000 reales). El 9 de mayo de 1857 es elegido diputado por primera vez, por Estella (distrito al que pertenecía Viana), integrado en el grupo neocatólico; volverá a serlo en otras dos ocasiones, siempre por la provincia de Navarra. El 8 de noviembre pierde su cargo en Gobernación: los sucesivos cambios de gobierno en breve lapso de tiempo hacen conocer de nuevo a Navarro Villoslada la amarga experiencia del cesante. Casualmente, vive ahora en la calle del Desengaño, núm. 15.

Sin embargo, al cesar como oficial de los terceros es nombrado director de la *Gaceta de Madrid* y de la administración de la Imprenta Nacional, con 24.000 reales de sueldo al año; estos puestos no los llegó a ejercer, ya que el 20 de noviembre fue comisionado por el gobierno de Bermúdez de Castro para estudiar el estado de la imprenta y el arte tipográfico en diversos países (hacia el 4 de octubre sale de Viana camino de París y el 3 de diciembre es sustituido por ausente³); caído el gobierno que le ha encargado el trabajo, se suspenden todas las comisiones anteriores, excepto la suya: «11 noviembre. Posada Herrera la prorroga por cuatro meses. No quise sueldo, 26 noviembre» (escribe en unas notas autobiográficas). Este viaje dio lugar a dos escritos: la *Historia de la Imprenta Nacional de Madrid comparada con las del Estado en París y Viena*, que ahora nos ocupa, y su itinerario *De Madrid a Viena y de Viena a Madrid*.

A finales de 1847 se halla en Venecia; regresa a España en marzo de 1858. En 1859 es redactor de *El Parlamento*. El 21 de junio Posada Herrera reclama el trabajo sobre la Imprenta Nacional; Navarro Villoslada contesta el 18 de julio, desde Viana, que no está concluido. El 9 de octubre sale de Viana para Madrid; vivirá ahora en la calle del Escorial y en octubre de 1860 se trasladará a la del Españoleto. En esta etapa de su vida, la intensa labor periodística y la actividad política le apartan de toda creación literaria. Finalmente, renuncia a todos

³ El 10 de diciembre de 1857 escribía *El Fénix*: «La comisión que lleva a Viena el señor Navarro Villoslada se reduce a estudiar los adelantos tipográficos de aquella capital. Este encargo es tanto más extraño cuanto que el señor Villoslada ha hecho dimisión de su destino de director de *La Gaceta*»; citado en *Veinticuatro diarios (Madrid, 1830-1900)*, vol. III, núm. 7.659 (Seminario de Bibliografía Hispánica de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, 1973).

sus empleos políticos⁴ y en los últimos meses de 1859 funda *El Pensamiento Español*.

Sin duda, a finales de 1859 o principios de 1860 Navarro Villoslada abrigaba la esperanza de que vieran la luz los resultados de su investigación sobre la Imprenta Nacional y, de hecho, encontramos una alusión maliciosa a la posible publicación de la memoria en la sección «Tamborilazos» de la revista *El Nene*, el 14 de abril de 1860:

Parece que el señor Villoslada va a publicar en breve las memorias sobre Viena, por las cuales ha venido recibiendo una gratificación del Estado. Esto se asegura, esto se murmura:

Y aunque las tales memorias
están pagadas muy bien,
al anunciar su salida
nadie nos querrá creer⁵.

Lo más probable es que Navarro Villoslada entregara, efectivamente, al Gobierno los resultados de su investigación y que, por la razón que fuera, no se considerara oportuna o conveniente su publicación. Después, el escritor debió de seguir trabajando en su *Historia*, pues la versión conservada que hemos transcrito va firmada al final en Madrid, a primero de diciembre de 1881. Que el objetivo final era la publicación del trabajo se desprende también de la nota manuscrita, correspondiente a Petra, una de las hijas del escritor, que precede a los folios que hemos transcrito:

Esta obra la entregó mi padre (q. e. p. d.) al Gobierno y le prometió publicarla en la Imprenta Nacional, que todavía existía.

⁴ Son varios los autores que señalan que en 1858 Navarro Villoslada abandona todos sus cargos públicos para dedicarse a *El Pensamiento Español*; quizá en ese momento se apartó de otras ocupaciones para empezar a organizar el nuevo diario, aunque no salió hasta 1860; cfr. por ejemplo lo que dice el vizconde de la Esperanza en 1871: «Por fortuna, en 1858 resolvió no volver a ser empleado del Gobierno, y gracias a esta determinación, heroica en nuestro país, pero saludable y plausible, el Sr. Navarro Villoslada se consagró a *El Pensamiento Español*» (*La bandera carlista en 1871*, p. 227). Pero ya el 24 de junio de 1857 se leía en *El Fénix* la siguiente noticia: «El señor Navarro Villoslada ha presentado la dimisión de la plaza de oficial del Ministerio de la Gobernación»; recogido en *Veinticuatro diarios (Madrid, 1830-1900)*, vol. III, núm. 7.667 (Seminario de Bibliografía Hispánica de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, 1973).

⁵ Dato mencionado por Simón Díaz, 1946, p. 181, nota.

No hizo nada, y aunque yo he procurado que no se perdiese, no he podido conseguir su publicación. Intenté que lo hiciese la Academia de la Historia por medio del R. P. Fita⁶ y tampoco obtuve resultado.

Ahora es cada vez más difícil porque ya se han escrito otras, según me dicen, muy buenas, que se refieren solo a la historia de la Imprenta Nacional.

En fin, añadiremos que, si bien Navarro Villoslada no logró su objetivo de ver publicado su trabajo, aprovechó parcialmente sus notas y la información recopilada para publicar, en los años 60 y 70, una serie de artículos divulgativos relacionados con la imprenta, el arte tipográfico y la historia del libro en España, que salieron sobre todo en *El Pensamiento Español*, *El Siglo Futuro* y *La Ilustración Española y Americana*, a saber:

—«La imprenta y la Inquisición», *El Pensamiento Español*, 31 de octubre y 24 de noviembre de 1866. Comienzo de una serie de artículos que apareció después, en 1870, con el título «De la Inquisición en sus relaciones con la civilización española: la vida intelectual de España y la Inquisición», en la revista *Altar y trono*⁷.

—«De los libros del rezo eclesiástico», *El Siglo Futuro*, 21 de abril, 12 y 19 de mayo y 2 de junio de 1877.

—«Apuntes sobre el grabado tipográfico en España», *La Ilustración Española y Americana*, año XXI, 1877, 102-103 y 130-134; *El Siglo Futuro*, 28 de febrero de 1877.

—«De las ediciones ilustradas con láminas en el siglo XVI», *La Ilustración Española y Americana*, 1877, 2, pp. 23-27.

—«De las ediciones ilustradas con láminas en el siglo XVII», *La Ilustración Española y Americana*, 1877, 2, pp. 151-155 y 411-414.

—«De las ediciones ilustradas con láminas en el siglo XVIII», *La Ilustración Española y Americana*, 1878, 2, p. 374.

⁶ Se refiere al Padre Fidel Fita, jesuita académico de número de la Real Academia de la Historia desde 1877. Partidario de la teoría del vasco-iberismo defendida por Wilhelm von Humboldt, se preocupó también por las inscripciones prerromanas.

⁷ Algunos artículos de la serie han sido reproducidos en Francisco Navarro Villoslada, *Obras completas*, vol. III, 1992, pp. 433-452, bajo el título «Estudios sobre la Inquisición española en sus relaciones con la civilización», en concreto, los titulados «De la filosofía popular en España», «De la lengua castellana como prueba de la ilustración española» y «La vida intelectual de España y la Inquisición. Resumen».

—«De las ediciones ilustradas con láminas en el siglo XIX», *La Ilustración Española y Americana*, 1879, 1, p. 6.

2. EL ENFOQUE DEL INFORME

Navarro Villoslada recibe oficialmente el encargo de comparar el estado de la Imprenta Nacional de Madrid con las de París y Viena, con el objetivo de proponer mejoras para la española. En realidad, los apéndices comparativos son bastante generales y sin mucha profundidad. En el resultado de su memoria destacan las consideraciones relativas a la propia situación nacional.

Su descripción y comentarios no son exactamente los de un técnico especializado, sino los de un interesado culto con inclinaciones literarias. Eso no significa que no se haya informado ni que sus datos carezcan de fiabilidad o valor objetivo. Como señala en la introducción, realiza una labor previa de examen documental de primera mano («Metido estaba en faena examinando legajo por legajo, papel por papel, tomando notas y sacando apuntes en cuartillas sueltas que luego clasificaba y ordenaba»), y utiliza sin duda todo tipo de papeles originales («he escrito este libro, y como está hecho en gran parte con datos que el Gobierno me permitió tomar en oficinas del Estado...»), entre ellos estadillos de cuentas, escalas salariales, contabilidades de bienes, etc., que le permiten a menudo ofrecer curiosas tablas contables de retribuciones y gastos, material al que se muestra muy aficionado, deseoso, sin duda, de consignar estos datos que considera importantes y dignos de conservarse, teniendo en cuenta sobre todo el estado caótico de los archivos españoles, al que califica, con metáfora de impresores, de verdadero «pastel»⁸. Baste citar como ejemplo su anotación de la primera plantilla de los empleados al instaurarse ya la Imprenta Real de modo estable:

Es esta sumamente curiosa por su sencillez; y como la primera con que se rigió la imprenta del Estado, me parece útil tenerla a la vista, sirviendo de punto de comparación para otras más complicadas que veremos adelante:

⁸ «Fácil me fue saber en poco tiempo lo que habían sido y eran a la sazón los dos institutos tipográficos del Estado en Austria y Francia, pero punto menos que imposible llegó a figurárseme algunas veces averiguar a ciencia cierta la historia de nuestra Imprenta Nacional. Era su archivo lo que en términos del oficio llaman los impresores un *pastel*».

Administrador	9.000	reales
Interventor	6.000	“
Regente de la Imprenta, a 12 reales diarios	4.380	“
Cinco escribientes, a 8 reales	14.600	“
Dos oficiales vendedores, a 8 reales	5.840	“
Un mozo del oficio, a 6	2.190	“
Dos mozos de la Imprenta, a 5	3.640	“
<i>Total</i>	45.660	“

Los correctores trabajaban a 6 y 7 reales de jornal; los compositores del molde y tiradores (cajistas y prensistas), a destajo.

Tenía la imprenta quince prensas, valuadas en 20.950 reales, y 1.584 arrobas, diez y nueve y media libras de letra fundida por Espinosa, el Catalán (probablemente Pradell), Ortiz, Merlo, Gil y Daoiz, o comprada en Francia e Inglaterra, cuyas fundiciones importaban 191.589 reales y 33 maravedís. Había entre ellas tres cuerpos de griego en *atanasia*, *lectura* y *breviario*; cuatro arrobas de hebreo, en *texto*, y alguna libra de *canto llano*. Todas habían pertenecido a don Francisco Manuel de Mena. Los fondos necesarios para el planteamiento de la nueva oficina, compra de papel y otros materiales, que calcularon en 376.785 reales, los anticipó la renta de Correos, a cuya dependencia se agregó el establecimiento; más tarde, del fondo de Mostrencos se adelantaron para el coste de algunas impresiones 180.000 reales, unos y otros a la calidad de reintegro.

Esta preocupación por las tablas económicas, de las que se hallarán bastantes ejemplos en su memoria, no se hace extensible a la sistematización de los detalles bibliográficos o más propios de la parte técnica de su informe, aunque no falta un capítulo entero (el IV) dedicado a elementos como los punzones y las matrices, si bien abordados desde un punto de vista esencialmente histórico. No es raro que se refiera a un impresor de manera perifrástica (‘un impresor que luego se haría famoso’, ‘un impresor noble que no temió mancharse las manos de tinta’...) sin consignar exactamente sus datos; o bien que aluda a un libro sin anotar cuál es y qué detalles lo definen: comenta, por ejemplo, en las primeras líneas de esbozo histórico inicial que «El primer libro impreso con caracteres fundidos y movibles, e indicación de lugar y fecha, apareció en Maguncia el año de 1457», pero no considera necesarias mayores precisiones. El lector no especialista se queda sin saber exactamente que se refiere al famoso *Salterio* de Maguncia,

terminado de imprimir el 14 de agosto de 1457, por Fust y Schoeffer, que, en efecto, introduce por primera vez iniciales de adorno rojas y azules, título de la obra, nombre del impresor y editor, lugar y fecha de impresión, además del escudo. Todas estas innovaciones se recogen en su colofón, el primero impreso en la historia del libro⁹.

La ausencia de esta clase de datos o de otros muchos que se hallan en libros de enfoque más especialista como pueda ser, por ejemplo, la *Tipografía española* de Fray Francisco Méndez (al que cita Navarro Villoslada), no se debe totalmente a la falta de formación profesional en las artes gráficas y sus secretos, sino a la idea general de la obra, a su enfoque y estilo, no exento de cierto tono divulgativo y de propósitos que pudiéramos llamar «patrióticos», en los que entran tanto un proyecto de mejora como una reivindicación de la producción impresa nacional, y por tanto de la cultura española. De «deber patriótico» califica su trabajo, y a menudo se hallarán observaciones en este sentido. Ahora bien, si el lector se toma el trabajo de comprobar los detalles que aporta Villoslada (nombres, fechas, sucesiones cronológicas, cantidades, etc.), algunos de los cuales confirmamos en nuestras notas al texto, advertirá que son de una gran fiabilidad, y que sin duda ha estudiado bien el tema. Los errores que comete responden al estado de la investigación en su tiempo, pero al parecer se halla perfectamente al tanto de lo que se sabe en el momento de escribir su memoria. Un caso interesante es el que se refiere al primer libro impreso en España y a la introducción de la imprenta en la Península. Escribe:

... la invención de Gutenberg se introdujo en Barcelona por el alemán Juan Gherlint el año 1468, siendo un libro de gramática latina el primero que hasta ahora se conoce impreso en España.

Recoge Navarro Villoslada la extendida idea de que el primer libro impreso en España fue la *Gramática* de Bartolomé Mates (*Grammatica seu libellus pro efficiendis orationibus*, también llamado *Pro condendis orationibus libellus*)¹⁰, acabado en la imprenta de Gherlint el 7 de octubre de 1468. Diversas razones (entre ellas un documento que

⁹ Ver Sarriá Rueda, 1994, pp. 40-42. Por cierto, en el colofón del *Salterio* se comió una errata: «spalmor[um]», donde debe decir «psalmor[um]». En la segunda edición de 1459 se corrige.

¹⁰ Ver Martín Abad, 2004, p. 48.

certifica la instalación de este impresor en Barcelona en 1486) prueban, sin embargo, que tal volumen debió imprimirse entre 1486 y 1499, por lo cual la fecha del colofón ha de ser una errata. El primer libro impreso en España, según nuestros actuales conocimientos, es el *Sinodal de Aguila fuente*, al que se había referido Diego de Colmenares en su *Historia de la insigne ciudad de Segovia* (1637) y del que no se habían localizado ejemplares hasta el descubrimiento de uno en la catedral segoviana por el canónigo don Cristino Valverde del Barrio, quien lo dio a conocer en su catálogo de incunables de la catedral en 1930. Fue impreso por Juan Párix en la segunda mitad de 1472¹¹. Pero Navarro Villoslada consigna lo que en efecto es doctrina aceptada como «último estadio de la investigación» en su época, lo que demuestra su buen grado de información.

3. EL PLAN DE LA OBRA

La memoria de Navarro Villoslada se organiza en tres partes delimitadas por fronteras cronológicas (de 1756 a 1808; de 1808 a 1857; de 1858 a 1880).

La mejor idea de su planificación la puede dar el índice general de estas partes, de las cuales solo editamos la primera en este libro.

INTRODUCCIÓN

PARTE PRIMERA. DESDE 1756 A 1808

Capítulo I. «De la imprenta de la *Gaceta*. Don Francisco Manuel de Mena»

Capítulo II. «Fundación de la Imprenta Real. Don Francisco Fernández de Rábago»

Capítulo III. «La Calcografía Real. Don José Antonio de Fita»

Capítulo IV. «Punzones y matrices. La fundición en la Imprenta Real»

Capítulo V. «La Administración de la Imprenta Real hasta 1808»

Capítulo VI. «De los periódicos oficiales y del periodismo en el siglo XVIII»

Capítulo VII. «Se prosigue la materia del capítulo precedente. Redacción de la *Gaceta* y del *Mercurio*»

¹¹ Ver Labandeira, 1977; Romero de Lecea, 1972; o el colectivo *Historia de la imprenta hispánica*, 1982. También Sarriá Rueda, 1994. Muy documentado es Martín Abad, 2003. Otros materiales en la compilación de Labandeira Fernández, 1999, *La Imprenta en España*. Preciosos son los dos volúmenes de Jurado, 1998. Para el caso concreto de Párix, ver el libro *Juan Párix, primer impresor en España*.

Capítulo VIII. «Las ciencias y la literatura en la Imprenta Real»

Capítulo IX. «De las imprentas del Estado extranjeras y su comparación con la de España en esta época»

El índice de la parte segunda es el siguiente:

PARTE SEGUNDA. 1808-1857

Capítulo I. «La Imprenta Real durante la guerra de la Independencia»

Capítulo II. «De la Imprenta Nacional desde el año 1820 a 1823. Dirección de don Eugenio de Tapia»

Capítulo III. «Restablecimiento de la Imprenta Real. Don Pedro de la Hoz»

Capítulo IV. «La Imprenta Nacional en los primeros años del reinado de doña Isabel II. Don Pablo Montesinos»

Capítulo V. «Administración de don Rafael María Baralt. Disposiciones del Sr. Bermúdez de Castro»

Capítulo VI. «De las artes gráficas en la Imprenta Nacional desde 1808 hasta 1858»

Capítulo VII. «De los servicios prestados por la Imprenta Nacional a las ciencias y las letras»

Capítulo VIII. «De las Imprentas del Estado en París y Viena desde 1808 hasta el presente»

El índice, en fin, de la tercera parte, es este:

PARTE TERCERA. 1858-1880

Capítulo I. «Se restablece la organización anterior al decreto de 10 de enero de 1858. Se suprime la Imprenta Nacional»

Capítulo II. «Restablecimiento de la Imprenta Nacional por el Sr. Sagasta. Comisión de examen nombrada por el Sr. Rivero»

Capítulo III. «Nuevo decreto orgánico y reglamento urgente. Don Francisco Silvela»

Capítulo IV. «Organización de las imprentas del Estado en París y Viena»

Se completa el índice del trabajo con un apartado final:

CONCLUSIÓN

I. «¿Debe tener el Estado imprenta propia?»

II. «Que las imprentas del Estado bien organizadas no ejercen monopolio»

III. «Reorganización de la Imprenta Nacional. Lo que puede ser hoy, lo que debe ser mañana»

4. GLOSAS A LA PRIMERA PARTE DE LA *HISTORIA DE LA IMPRENTA NACIONAL*¹²

La introducción de Navarro Villoslada constituye una especie de historia de la imprenta en pocas páginas, en donde traza sobre todo la instalación del nuevo invento en la Península, subrayando que «tuvimos imprenta un año antes que Venecia o Milán; dos años antes que París, lo cual escuece mucho a los franceses; tres años antes que Estrasburgo, donde Gutenberg concibió y meditó largo tiempo su invención maravillosa; catorce años antes que Viena...». Recoge la lista de ciudades que tuvieron imprenta desde 1468 (es la fecha que se atribuía a la *Gramática* de Mates) hasta 1500: menciona 24 lugares diferentes con imprenta. Puede el lector comparar la lista de Navarro Villoslada con otras de especialistas modernos, como esta que citamos de Amalia Sarriá Rueda, y se advertirá que no andaba muy descaminado:

La expansión de la imprenta en la Península toma impulso a partir de 1477. En este año tres españoles empiezan a imprimir en Sevilla. También en Tortosa se imprime en 1477. Enrique Botel se instala en Lérida en 1479, donde da a la luz veintitrés libros hasta 1495. En Salamanca y en Valladolid comienza la actividad impresora en 1481. En Zamora y en Burgos en 1482. En Gerona y en Murcia en 1483. En Tarragona, Toledo y Huete (Cuenca) en 1484. En Mallorca y en Híjar (Teruel) — donde se imprime en hebreo — en 1485. En San Cugat del Vallés (Barcelona) y en Coria (Cáceres) en 1489. En 1490 en Pamplona. En 1494 en Monterrey (Orense). En 1495 en Mondoñedo (Lugo). En 1496 en Granada y en 1499 en Montserrat. Una imprenta de caracteres hebreos bajo el nombre de Salomón ben Moise Levi Alkabiz imprimió dos obras en Guadalajara en 1482¹³.

En su repertorio de impresores está Villoslada igualmente bien informado, aunque, claro está, no puede citar a todos los importantes, faltando de su lista algunos de los fundamentales. Pero si faltan mu-

¹² Nos ocuparemos aquí solo de la primera parte, objeto de nuestra edición.

¹³ Ver Sarriá Rueda, 1994, p. 58. Para este impresor ver Ontoria Oquillas, 1991; Martín Abad, 2003, p. 77.

chos de los que son, todos los que cita son significativos del arte de imprimir en España. Baste recordar dos de ellos que, además de su importancia, reflejan una gran actividad desarrollada en varios centros, bien como impresores «itinerantes» (caso de Diego de Gumiel), bien como poseedores de «sucursales» en torno a un centro principal (caso de Brocar). Villoslada señala que Diego de Gumiel imprimió en Castilla, en Barcelona, y en especial en Valladolid. Este impresor burgalés (de Gumiel de Izán) fue editor de *Tirant lo Blanc*, entre otras obras como la *Scala Dei* de Frances Eiximenis. Tuvo talleres en Barcelona, Gerona, Valladolid y Valencia¹⁴. En cuanto a Brocar¹⁵, se refiere a él como «un impresor que se hizo luego famoso» y que pasó de Pamplona a Alcalá llamado por Cisneros. En efecto, en Alcalá imprime la *Biblia políglota complutense*, a la que dedica Navarro Villoslada un cumplido elogio, como cima de la impresión española y mundial de los primeros tiempos:

Porque, en efecto, la políglota de Alcalá de Henares, la primera en su género, es además el primer libro en que se emplearon ciertos caracteres exóticos, y la edición, que ha gozado, por su esmero y corrección singulares, de grande autoridad reconocida por los mismos papas. Asombra solo el considerar la grandeza del pensamiento de la *Biblia complutense*, concebido cuando contaba apenas medio siglo la invención de Juan Gutenberg, mas no son menos maravillosos los medios de que se valió Fray Francisco Jiménez de Cisneros para llevar a cabo esta obra.

En efecto, jamás se había visto cosa semejante, jamás se ha vuelto a ver en nuestro suelo. En España se hacían entonces no solo punzones de letra vulgar, sino caracteres orientales, algunos de ellos desconocidos a la sazón en la imprenta; aquí matrices, aquí fundiciones, aquí el papel y la tinta. En España se vio entonces y por primera, quizá por única vez, un conjunto tipográfico completo. El arte de grabar punzones nunca ha vuelto a florecer entre nosotros ni aun en tiempos de Ibarra, y solo veremos algo parecido a la tipografía complutense en la historia de la Imprenta Real.

Del esplendor de esta etapa se pasó a la decadencia progresiva, hasta que en el siglo XVIII la Imprenta Real vuelve, según Navarro Villoslada, a elevar los niveles de calidad del arte impresor. Esta insti-

¹⁴ Ver Sarriá Rueda, 1994, pp. 72-74.

¹⁵ Ver Martín Abad, 1991. Sobre Brocar ver además Cátedra, 1996; Rodríguez Pelaz, 1998; Martín Abad, 2003, pp. 77, 85-88...

tución será la verdadera protagonista de la historia que se narra a partir de este momento, empezando por el capítulo I, que gira en torno a la figura esencial de don Francisco Manuel de Mena, editor de la *Gaceta de Madrid* y causa más o menos directa, como se verá, de la fundación de la Imprenta Real.

Le preocupan a Navarro Villoslada las concesiones de privilegios. A lo largo de su memoria quedará clara su actitud de distribuir los trabajos oficiales para la Imprenta oficial y los particulares para las imprentas privadas. Además de las impresiones para el Estado, propugna que la Imprenta Real asuma ciertas empresas de alto coste y poca rentabilidad comercial (grandes ediciones, impresiones de lujo, etc.) que no podrían realizar los impresores particulares, pero que son muy importantes para la cultura nacional, y para el desarrollo y progreso de las artes y las letras, y de la misma imprenta. Es enemigo de los monopolios («monstruoso monopolio» o «insostenible derecho» le parece por ejemplo el concedido a Goyeneche para la *Gaceta*). Su capítulo I comienza con algunos comentarios sobre los periódicos de la Corte, en especial la *Gaceta de Madrid*¹⁶, cuyo privilegio de impresión concedió Carlos II al Hospital General de la Corte, y acabó en manos de Juan de Goyeneche, a quien confirmó el privilegio una real cédula del 22 de octubre de 1701, que reproduce parcialmente Navarro Villoslada.

Además de la *Gaceta* comenta Villoslada otras publicaciones como el *Diario de los literatos de España* y el *Mercurio histórico y político*, que tratará con más detalle en los capítulos VI y VII, dedicados a los pe-

¹⁶ Ver Núñez de Prado, 2002, pp. 149-151: «en 1661 tenemos ya la *Relación o gaceta de algunos casos particulares, así políticos como militares, sucedidos en la mayor parte del mundo hasta fin de diciembre de 1660*. La concibió como tal Fabro Bremundán y la imprimió, con licencia, Juan de Paredes, que era un impresor madrileño que tenía su establecimiento situado en la plaza del Ángel. Constaba de cuatro páginas en cuarto [...] no sin altibajos la *Gaceta* seguirá publicándose hasta 1690, momento en el que cambia el título por el de *Noticias ordinarias*. Y mantendrá esta denominación hasta 1697, año en el que por fin adquirió el nombre definitivo de *Gaceta de Madrid*, y que conservará hasta bien entrado el siglo XX. Aunque en 1837 una real orden la convirtió de hecho en el *Boletín Oficial del Estado*, aunque manteniendo su tradicional título». Ver Pérez de Guzmán, *Bosquejo histórico documental de la «Gaceta de Madrid»*. Escrito al entrar en el siglo IV de su existencia y para solemnizar la declaración de la mayoría de edad del rey don Alfonso XIII, Madrid, Imprenta sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1909; Núñez de Prado, 2002; y sobre la *Gaceta* y el *Mercurio*, Enciso Recio, 1957. También Pizarroso Quintero, 1994, p. 261.

riódicos en general (el VI) y en particular a la *Gaceta* y el *Mercurio* (el VII). Nuestro autor resume con claridad las concesiones legales y describe sucinta, pero precisamente, la organización de estas publicaciones hasta que la *Gaceta* pasa a la Corona y, abolidos los privilegios, se confía a la dirección del editor del *Mercurio*, don Francisco Manuel de Mena, «impresor y vendedor de libros, personaje tan modesto como notable». Villoslada evoca con simpatía y admiración la figura de Mena, a quien hace responsable último de la fundación de la Imprenta Real.

Mena, para publicar la *Gaceta*, compró una imprenta, cuyos caracteres y prensas pasaron luego a lo que sería la Imprenta Real, y organizó con sensatez los aspectos comerciales de la *Gaceta*. Pero la figura de Mena es importante sobre todo por su esfuerzo y lucha constante en mejorar la situación general de la imprenta:

No es, sin embargo, como impresor y administrador de la *Gaceta* y el *Mercurio*, ni como causa ocasional e inmediata de la fundación de la Imprenta Real, por lo que Mena debe pasar a la posteridad. Títulos más legítimos le dan el talento, perseverancia y modestia con que procuró sacar a la imprenta del miserable estado a que estaba entonces reducida.

Mena, con otros colegas, entabla pleito con el juez de imprentas Juan Curiel, que había publicado un reglamento considerado nefasto por los impresores y libreros¹⁷. Treinta y tres firmantes reclaman ante el Consejo de Castilla, pero una resolución real de 1754 ratifica las medidas. La insistencia de los mercaderes de libros consigue que en 1757 el juez de imprentas suavice la ley. Los detalles de los que se quejan los libreros se recogen en una minuta del propio Mena que Villoslada reproduce y que consta de seis puntos, algunos tan evidentes como el relativo a la tasa, ya que son la abundancia o la escasez y la demanda de los compradores las que determinan el precio real de los libros:

¿De qué sirve en un libro nuevo que se tasa por 60 reales, y por no tener despacho le vende su autor por papel viejo? De nada, de ocupar papel en la impresión y pagar 24 reales por la certificación de la tasa.

¹⁷ Para cuestiones de legislación y estos conflictos en el XVIII ver López Vidriero, 1994.

Pero en todos los tiempos resulta difícil limitar el intervencionismo de los burócratas y gobernantes. También se protesta de los salarios fijados para los censores (que han de pagar los impresores) o de la obligada intermediación del portero de la comisión de imprentas, que encarece todas las operaciones (punto 5 de la minuta)...

Algunas de las protestas fueron aceptadas. Carlos III procede a la abolición, por ejemplo, de la tasa, con algunas excepciones que responden al mantenimiento de un precio político para libros considerados necesarios (catecismos, cartillas de escuela...), o elimina el empleo de corrector de libros, que se llevaba, según la minuta de Mena, además de sus 3.000 reales de sueldo, 12 maravedís de derechos por cada pliego «que no ve, ni puede ver, pues no es posible que un hombre lea cien pliegos de papel, que son los que poco más o menos salen en España. Además que de su fe nada adelanta, pues solo puede advertir las erratas que hay en el libro, pero no enmendarlas. Esto debía hacerse al tiempo de imprimirse los pliegos, y no después» (Mena, punto 3 de la minuta)...

Otras muchas contribuciones hace Mena:

Pródigo de sus pensamientos, derramábalos en cualquier terreno donde pudieran germinar, contento con segar la mies en compañía de todos sus amigos, sin acordarse de que era el único que había sembrado. Seguro estoy de que Mena no se imaginó siquiera que su nombre había de figurar un día en la historia del arte de la imprenta; por lo mismo siento tanta complacencia en hacer justicia a su mérito, resucitando su nombre, que ha cerca de un siglo yace bajo la doble losa de la modestia y del olvido.

A su muerte Mena deja el arte de la imprenta en tales condiciones que puede procederse, sin traumas ni colisiones con las imprentas privadas, a la fundación de una oficina tipográfica del Estado. Las cuentas de la testamentaria de Mena arrojan una deuda con el Estado, que se solventa apropiándose este de los utensilios y materiales de la imprenta, dándole el nombre de Imprenta Real, cuya fundación y peripecias bajo la administración de don Francisco Fernández de Rábago constituye el tema del capítulo II.

Vuelve Navarro Villoslada a prestar detenida atención a los pormenores económicos y administrativos, que sin duda tiene a su alcance en los papeles facilitados por el Gobierno para el informe encarga-

do. Recoge la primera plantilla del establecimiento, los sueldos, tipos de letra de que dispone, modo de financiación, estructura del personal directivo y de los empleados; comenta virtudes y defectos de su reglamento; juzga el papel del conde de Floridablanca, que siempre le parece algo indeciso y aficionado a lo provisional; condena de nuevo la abusiva competencia que hace el Estado a los particulares («¿No es inicuo que el dinero que se saca por contribución de industria y comercio a los impresores y libreros, se emplee en crear una oficina pública, rival de las privadas, con capital ilimitado, y exenta además de los impuestos que abruma a los establecimientos análogos de particulares?»); detalla el número de prensas y fundiciones; comenta el grave problema de la sede, y la necesidad de construir un edificio nuevo, pues el de la calle Carretas se estaba hundiendo por la vibración de las prensas, sin que olvide consignar los desembolsos realizados para arreglar sin éxito el edificio. En su conjunto, el establecimiento funciona muy aceptablemente y consigue beneficios notables. En este capítulo la materia principal, como se ve, consiste en la organización administrativa. Asoma, sin embargo, algún pasaje de mayor inclinación literaria en sus reflexiones entre moralizantes y filosóficas sobre la ingenuidad de los primeros reglamentos, que califica de candorosos, vistos después a través del «amarillento vidrio del desengaño»:

Participan mucho de esta hermosa índole las antiguas leyes; porque es una verdad tan notoria como triste que, así en administración como en política, nos parece que a medida que vamos avanzando nos hacemos más desconfiados: las leyes, como los hombres, tienen de infancia el que todo se ve por el prisma de la inocencia, y llegan a la vejez, que lo contempla todo por el amarillento vidrio del desengaño.

Uno de los más interesantes capítulos, a nuestro juicio, es el III, excelente introducción a la Calcografía Nacional y sus principales producciones durante la época a que se refiere en estas páginas.

Villoslada traza la relación entre la Academia de San Fernando y el desarrollo del arte calcográfico. Con evidente agrado revisa las figuras de los principales artistas, y menciona algunas de las principales piezas debidas a sus lápices y buriles. Da noticias de Bernabé Palomino, Manuel Salvador Carmona, Fernando Selma, Rafael Esteve, Jerónimo Antonio Gil, Juan Minguet, Antonio Carnicero y otros de igual

relevancia¹⁸. En una curiosa comparación sacada del teatro pondera la importancia de dibujantes y grabadores en la realización de una obra perfecta; ambos deben trabajar con la misma inspiración:

Es algo parecido a lo que sucede con las obras teatrales: uno es el autor que crea el drama y otro el ingenio que le da vida en la escena. Cuando la obra cae bajo las garras de un mal comediante, queda destrozada; cuando el autor es Máiquez, Latorre o Romea, recibe todo el realce y esplendor con que fue concebida. La perfección del arte exige, pues, el concurso de dos genios: el del poeta creador y el del representante que siente la misma inspiración que aquel y sabe hacerla sentir a los espectadores.

Esa perfección se consigue, en efecto, y Villoslada apunta algunas notables ilustraciones que la demuestran (*El pasmo de Sicilia, La bendición de Jacob, La Caridad romana, La caza del avestruz, La pesca del cocodrilo, El dulce sueño de Jesús, La plegaria...*). En nuestras notas identificamos la mayoría y añadimos algunos datos que nos parecen pertinentes. Cita con especial elogio algunos libros o series: la de *Icones plantarum* (con ilustraciones de Cavanilles) o las ediciones de *Historia de la vida de Marco Tulio Cicerón* (con grabados de Carmona y otros) y el *Viaje a Constantinopla* de José Moreno, ilustrado por Baus, Barcelona o Enguídanos:

Atendiéndose principalmente en la Calcografía a la ilustración artística de los libros. Un año después de la fundación de aquel establecimiento mandose que a costa suya se estampasen las láminas del *Plantarum icones*, que hará inmortales a su autor don Antonio José de Cavanilles y a la imprenta en que salió a luz. Continuábanse además en dichas oficinas la colección de biografías y retratos de españoles ilustres.

Aquel mismo año publicó la *Historia de la vida de Marco Tulio Cicerón*, traducida por Azara [...], ilustrada con veinticuatro retratos de personajes célebres, militares, oradores y filósofos, copiados de los bustos originales, y veintisiete cabeceras y finales, copia también de medallas y monumentos contemporáneos, grabados por Carmona y otros profesores de igual mérito y celebridad. Se imprimió también en 1790 el *Viaje a Constantinopla*, de don José Moreno [...]. La *Vida de Cicerón* es para muchos

¹⁸ Ver Gallego, 1999 [1979]; Carrete Parrondo, 1989a 1989b y 1994; para los grabadores de la Real Academia de San Fernando, *Maestros del grabado. Siglo XVIII. Real Academia de San Fernando*, 1991, que incluye el estudio de Carrete Parrondo, 1991.

inteligentes la obra mejor impresa del siglo XVIII, aun teniendo en cuenta las de don Joaquín Ibarra, y el *Viaje* no desmerece mucho de ella.

Goya mismo realizó su serie de los *Caballos* de Velázquez en 1778, y sus *Caprichos* en 1797-1803¹⁹.

No faltan en este capítulo algunas noticias curiosas que evocan anécdotas personales, o episodios pintorescos que acercan los detalles cotidianos al lector. Por ejemplo, el de las pretensiones económicas de los grabadores y dibujantes, que al parecer no se detenían en pocas cosas:

Carmona, según cuentas que he visto de aquella época, se hacía pagar hasta 20.000 reales por abrir una lámina para un libro; por la del *Nacimiento* de Mengs, de 22 pulgadas, 8 líneas de alto y 16,7 de anchura, que se intentó grabar en España, pedían los profesores madrileños tres mil duros. Los dibujantes, y Carnicero en particular, no eran menos exigentes. Puede calcularse en unos diez mil reales uno con otro el coste de cada lámina de las treinta o cuarenta que lleva sueltas el *Quijote* de la Academia...

Ante las exigencias exorbitantes de los madrileños, la compañía formada por un grupo de nobles para el desarrollo del arte del grabado español, a pesar de sus deseos de proteger a los artistas nacionales, encargó la estampa del *Nacimiento* de Mengs al napolitano Rafael Morghen, que se la hizo en mucho menos tiempo y con un ahorro de 40.000 reales. Lo cual, como era de esperar, «excitó las quejas de los grabadores españoles». La citada compañía fracasó, entre otros motivos por el efecto de la Revolución francesa. Habían encargado los poco avisados nobles, confiando en una evolución política que no respondió a sus expectativas, una serie de trabajos a personas residentes en París:

Este error les fue sobremanera funesto. El menosprecio en que cayeron los asignados en Francia hizo que se pagara segunda vez lo que estaba ya abonado. Se perdieron dibujos y aun láminas. Los suscritores, que siempre fueron escasos en España y rarísimos fuera de ella, se desbandaron poco a poco.

¹⁹ Ver Francisco de Goya, *El libro de los Caprichos*, 1999.

Para ayudar (aunque en vano) a paliar este fracaso, se concedió a la compañía en 1798

el privilegio de introducir seis mil quintales de cacao y diez mil arrobas de azúcar de colonias extranjeras, pero no hicieron uso de él los directores, tanto por el sonrojo de semejante recurso como por ser completamente extraños al comercio.

Sea como fuere, estas iniciativas terminaron cuando la invasión extranjera «lo arrolló todo y los franceses se precipitaron como bandidos principalmente sobre las joyas artísticas nacionales», despojando la Calcografía de muchas láminas, si bien una buena parte se acabó salvando por la dificultad de transportar las pesadas planchas.

Uno de los más «técnicos» es el capítulo IV, que trata de elementos y aspectos esenciales de la industria impresora: los punzones y las matrices, su fabricación, los principales fundidores —incluye breves semblanzas biográficas de los más significativos—, calidades y tipos de letra... El autor vuelve a evidenciar un exacto conocimiento de la historia de la imprenta: precisa, por ejemplo, que la primera impresión del *Catholicon Iohannis Januensis* fue xilográfica y la segunda en caracteres movibles, los cuales fueron grabados letra por letra con separación y singularmente. Concede la categoría adecuada a los grandes tipógrafos, como Aldo Manucio o Plantino. Recuerda de nuevo la *Biblia políglota complutense*, ahora en su calidad de monumento tipográfico, cuyos caracteres se usaron después para otro gran monumento del arte de la imprenta, la *Biblia Regia* de Plantino, cuya riquísima colección de fundiciones pondera debidamente Villoslada. Como recuerda Teresa Santander²⁰:

El taller de Plantino disponía de mayor variedad de caracteres que cualquier otro taller de Europa. Tenía matrices cortadas por Roberto Granjon y Guillermo le Bé, de 29 clases diferentes, y un elevado número de prensas. [...] La *Biblia Regia*, en cinco lenguas, consta de ocho volúmenes de tamaño folio [...]. El texto del Antiguo Testamento se halla dispuesto en forma de doble página dividida en cuatro columnas donde figuran, de izquierda a derecha, texto hebreo y versión de la Vulgata, y en la página derecha la traducción latina de la *Septuaginta* y su texto griego. Al pie la paráfrasis aramea y la correspondiente versión latina. El

²⁰ Santander Rodríguez, 1994, p. 132.

Nuevo Testamento, también en cuatro columnas, lleva el texto siríaco y la versión literal latina de Guy Lefèvre de la Boderie a la izquierda, y a la derecha el texto griego y la traducción de San Jerónimo [...] el volumen sexto comprende una serie de gramáticas y léxicos griegos, siríacos, arameos y hebraicos...

Sin llegar a la perfección y alteza de las fundiciones plantinianas, algunos grabadores españoles desarrollaron una meritoria labor. Destaca entre ellos Eudaldo Paradell, o Pradell, que «pasa por ser el primero que ha grabado punzones en España. La real orden de 4 de agosto concediéndole la pensión de seis mil reales va precedida del siguiente epígrafe: “Pensión al primero que empezó a grabar letras en España”», prelación que niega Villoslada, recordando que Brocar (aunque fue alemán, según Villoslada) abrió ya punzones de letras orientales y que en tiempo de Fernando VI don Jerónimo Antonio Gil «grabó punzones que existen aún en la Imprenta Nacional, y son de tan buen gusto y correcta ejecución como los de Pradell. Hizo para la Biblioteca 6.600 punzones y 8.000 matrices».

La renovación de la tipografía, que hasta entonces dependía en su mayor parte de otros países, produce a lo largo del siglo XVIII hasta seis muestrarios²¹, empezando con el de Espinosa (1771). En 1777 sale la *Muestra de caracteres que se hallan en la fábrica del convento de San Josef de Barcelona*; en 1787 las *Muestras de los nuevos punzones y matrices para la letra de imprenta ejecutados por orden de S. M.*, probablemente todos de Gil, con caracteres occidentales y orientales, y ornamentos; la edición de 1799, *Muestras de los punzones y matrices de la letra que se funde en el obrador de la Imprenta Real*, citada por Navarro Villoslada, representa una fusión de los tipos elaborados por Gil y otros nuevos más modernos²².

Se detiene con alguna demora en el artífice Antonio Espinosa de los Monteros, protagonista de una pequeña historieta de tono cuasi picaresco que evoca de nuevo las peripecias anejas a las tareas y fatigas de la vida cotidiana. Según la semblanza de Villoslada, debía de ser este grabador de mala condición, que le llevaba a frecuentes conflictos con sus maestros y colegas. Se estableció en la Casa de Moneda de Segovia, dejando a su mujer («que tenía tanta travesura como el marido») en Madrid a cargo de un obrador de fundición de tipos, para el

²¹ Ver Santander Rodríguez, 1994, pp. 226-228 para todos estos muestrarios.

²² Ver Updike, 1922.

que usaba plomo viejo de canalones, sin la mezcla adecuada de aleación, artimañas y fraudes que no le impidieron el ascenso profesional y el reconocimiento de méritos no del todo justo:

Él iba haciendo a pellizcos los grabados en Segovia, y enviaba a Madrid matrices con las que su mujer fundía la letra. La buena señora aplicaba al vaciado las mismas reglas de economía doméstica que a su despesa: compraba en el Rastro el plomo viejo de canalones y vidrieras, y le echaba la menor mezcla posible, de tal modo que la letra vieja de Espinosa solía comprarse como plomo puro. Estableció luego una imprenta en Madrid y otra en Segovia, y se le acusaba de haber impreso clandestinamente, poniendo los nombres de Pamplona, Barcelona y otras ciudades de España en la portada. Todo lo cual no le impidió ser académico de mérito de la Real Academia de Nobles Artes, grabador principal de la Casa de Moneda de Segovia, y director de la Escuela de Dibujo en la misma ciudad.

A pesar de que «como grabador y fundidor es el que menos vale» de los citados por Villoslada, Ibarra le hizo el honor de elegir sus letras para la edición de uno de los libros más famosos de la tipografía española, el *Salustio* o *Conjuración de Catilina y la guerra de Yugurta*, cuyas ilustraciones se encargaron a los grandes dibujantes y grabadores (Mariano Salvador Maella, Manuel Monfort, Fernando Selma, Jerónimo Antonio Gil, Manuel Salvador Carmona, Juan de la Cruz Cano...) ²³.

Del mismo sabor pintoresco y algo humorístico es el episodio del italiano Vassallo, que se presenta en 1804 al Gobierno diciéndose inventor de la estereotipia. El ministro Ceballos, que, dicho sea de paso, no parece brillar por su agudeza, «sorprendido al pronto por este extranjero, estuvo a punto de confiarle la dirección del grabado y fundición de letra en la Real Imprenta», pero antes de llevar a cabo tal nombramiento se le piden algunas muestras de su habilidad. Las dio tan pobres que se le pagó, pero no se le hizo ningún otro encargo, y «se fue con su estereotipia a otra parte».

Otra vez, el desarrollo de esta rama del arte impresor se quiebra con la invasión francesa; Villoslada lo comenta de nuevo con un símil teatral: «toda nuestra riqueza artística tipográfica desapareció como por escotillón, toda se hundió».

²³ Ver Carrete Parrondo, 1994, p. 343.

El capítulo V abunda en la organización administrativa de la Imprenta Real hasta 1808, fecha que marca el límite de esta primera parte de su *Historia*. No hace al caso reiterar lo que se puede leer en la memoria de Navarro Villoslada acerca de las medidas administrativas de los responsables sucesivos de la Imprenta Real, y los esfuerzos por dotar a esta de un reglamento conveniente, especialmente por parte de don Juan Facundo Caballero, que además de las tareas propias de su cargo había de resolver peregrinos arbitrios que le eran propuestos, como el de cierto arbitrista, «hijo de aquellos tan justamente ridiculizados por Cervantes y Quevedo», que «ofrecía al rey levantar y mantener dos regimientos de milicias para la guarnición de Madrid, con tal de que se le concediese un sinnúmero de privilegios, entre otros el exclusivo de imprimir todos los documentos del Gobierno y de sus dependencias en la Corte». Con su aplicación consiguió Caballero llevar a la Imprenta Real a su mejor periodo, «si no de más pingües productos, de mejor administración económica y dirección facultativa». La decadencia inmediata solo se explica, de nuevo, por la invasión napoleónica y la guerra de la Independencia. Pocos meses después de una importante real orden de septiembre de 1807 relativa a la organización, tareas y prácticas de venta de la Imprenta Real, que supone, según Villoslada, un digno coronamiento de esta brillante época,

el subdelegado Caballero, el ministro Ceballos, el rey mismo habían desaparecido de Madrid. Nuevos hombres se apoderaron del trono, del ministerio y de la Imprenta, y desde que los intrusos pusieron su mano en nuestro floreciente establecimiento, cayó este de improviso como herido de un rayo.

Antes de narrar los acontecimientos que se desarrollan a partir de 1808, lo que corresponde a la segunda parte de su informe, Villoslada, atento siempre al mundo periodístico, va a dedicar dos capítulos enteros a los «periódicos oficiales y periodismo» en el siglo XVIII, el VI desde una perspectiva más general, y el VII centrado sobre todo (pero no únicamente) en las dos publicaciones más ligadas a la Imprenta Real, la *Gaceta* y el *Mercurio*.

Justifica la relativa amplitud de estas páginas no solo la comentada dedicación periodística del de Viana, sino el hecho histórico de que el mismo origen de la Imprenta Real «se debe principalmente a la

adquisición de un obrador tipográfico para el servicio de los periódicos del Gobierno».

Villoslada redacta dos capítulos que sintetizan la historia de las gacetas, revistas y periódicos, empezando por las publicaciones del Siglo de Oro, y desarrollando sobre todo el comentario de los dieciochescos, aunque señala sus obligadas carencias. Examinar todos los periódicos, con su nombre, forma y vicisitudes exigiría el trabajo de «varios monomaniacos».

Se centra, por tanto, de manera especial en los periódicos de la Corte y en sus mecanismos de venta y distribución, en los que destaca el papel de los ciegos y su Hermandad de la Visitación, estudiada modernamente por Jean-François Botrel²⁴. Con ribetes de cuadro costumbrista evoca la ansiedad del público para enterarse de las últimas novedades, agolpándose en la reja de venta de la calle Carretas, sede de la Imprenta Real:

Pero esto no puede darnos todavía cabal idea de la afición del público a las novedades. Donde hay que verlo es en la calle Carretas. Vendíanse allí los números un cuarto más barato, y la muchedumbre, dejando a los ciegos vociferar por calles y plazas, se agolpaban martes y viernes a la única reja de la imprenta de Mena, donde no había más que un despachante. Acudíase a tomar puesto, y los ciegos por un lado y los curiosos por otro, y los coches y los transeúntes pedestres armaban tal guirigay, y tantos alborotos y escándalos, que más de una vez hicieron necesaria la intervención de la justicia.

La *Gaceta de Madrid* es el periódico más importante, junto con el *Diario de los literatos* y el *Mercurio*. Villoslada recoge las tablas de ingresos de la *Gaceta* y el *Mercurio* de los años 1789 a 1793, que califica de exorbitantes, debidos a los sucesos de Francia, que provocaban enorme interés, y los grandes beneficios de los años 1802-1804.

No faltan los pleitos: los ciegos gaditanos se oponen a las correspondencias que el librero Mena quiere establecer en provincias para la venta del *Mercurio*; los redactores del *Memorial literario* solicitan (y consiguen de Floridablanca) un ajuste de los costes de franqueo, etc.

Aunque en el epígrafe del capítulo VII se mencionan expresamente la *Gaceta* y el *Mercurio*, en realidad trata Villoslada de muchas otras

²⁴ Para la Hermandad de ciegos de Madrid ver Gavira, 1927 y Botrel, 1973 (versión española, Botrel, 1993).

publicaciones del XVIII, que muestran los empeños ilustrados por extender las ciencias, artes y letras, con variada fortuna, desde el *Diario de los literatos* a las *Memorias eruditas* de Salafranca o los *Discursos mercuriales* de Graef, que fueron suprimidos por disimulada orden gubernativa. Despectivamente se recuerda la obra de don Francisco Mariano Nipho, o Nifo²⁵, «traductor destajista» que promovió infinito número de publicaciones de todo tipo²⁶. Don Ramón de la Cruz²⁷ le dedicó alguna composición en que se burlaba precisamente de los «hurtos» de Nipho:

Yo no extraño lo que dice
Nipho de mí, ni sus modos,
porque él dice mal de todos
y después se contradice.
Él es ingenio infelice
y, por más que use de tretas,
aquellas pocas pesetas
que con sus obras ganó
sabemos se las hurtó
a extranjeros y poetas.

De cada una de las numerosas publicaciones que cita, da Villoslada algún dato de sus fundadores, redactores, duración, temática o fortuna editorial. En su conjunto, el juicio que le merece el periodismo del XVIII no es muy positivo, y en sus conclusiones apunta los problemas básicos que le afectan:

Cavanilles, Cienfuegos, Iriarte, pocos más nombres ilustres cuenta el periodismo de España en el siglo XVIII. La mayor parte de los escritores de papeles públicos fueron malos traductores del francés o literatos adocenados.

Al ver la mezquina forma que a la sazón tenían estas publicaciones; al considerar que el primero de los periódicos oficiales, que producía mi-

²⁵ Para Nipho ver Entrambasguas, 1944; Enciso Recio, 1956; y Royo Latorre, 2005.

²⁶ *Cajón de sastre*, *Diario noticioso*, *Diario extranjero*, *El amigo de las mujeres*, *Estafeta de Londres*, *Correo General de Europa*, *Correo General de España*, *Correo de Madrid*, *El murmurador imparcial*, *El pensador cristiano*... Entre esta copiosa producción hay publicaciones políticas, religiosas, costumbristas, satíricas, literarias, para el público femenino, didácticas, internacionales y nacionales, etc.

²⁷ Citamos de López de Zuazo, 1994, p. 376.

llones al Estado, no pasaba de un pliego común de impresión y de 8 páginas en 4.º y el *Diario de Avisos* de 4; al recordar que todo estaba impreso con un mismo carácter de letra, sin divisiones, sin columnas, sin plecas, sin corondeles, y atestado de noticias extranjeras trasnochadas o viejas, por lo general de lejanas tierras, y que de noticias del reino solo se insertaban, después de pasar por el tamiz de la Secretaría de Estado, algún nombramiento o recepción de determinadas personas en la Corte, sin que los redactores pudiesen dejar traslucir el menor juicio, adverso o favorable, sobre ningún suceso, reducidos al triste papel de traductores o correctores de pruebas bajo la férula de los covachuelos, ocurre preguntar si los españoles del pasado siglo tenían siquiera idea de lo que debía ser un periódico.

Un tipo de instituciones influyentes en el mundo cultural y en el ámbito de las tareas propias de la Imprenta Real son las Academias que proliferan en el XVIII²⁸. Villoslada las analiza en el capítulo VIII, dedicado a las ciencias y la literatura en la Imprenta Real, aportando datos sobre todo de los trabajos que en la Imprenta se hicieron en colaboración o para las Academias, y también el apoyo que la institución tipográfica prestó a muchos trabajos académicos:

... no solo pagaba en esta época a las corporaciones literarias o personas dedicadas al cultivo de las ciencias y las letras impresiones de libros; favorecías también directamente con pensiones, ora perpetuas y transmisibles a los herederos, ora vitalicias, ora en concepto de gratificaciones y ayuda de costas.

Especialmente interesante es el catálogo de los principales libros que en la colección de *obras del rey* se imprimieron en los años de 1774 a 1790. Sin duda Villoslada los ha tenido a la vista, porque todos los datos editoriales que consigna son exactos, aunque a menudo incompletos (intentamos completarlos en nuestras notas al texto). Se trata en general de libros de excelente calidad en su impresión y ornamentos, ilustraciones y tipografía (entre ellos están los libros de arquitectura de Vitruvio; el poema *La música* de Iriarte, con buenas estampas; o la *Historia de la vida de Marco Tulio Cicerón*, que «pasa por ser el libro mejor impreso en aquellos tiempos»); en conclusión:

²⁸ Ver Comellas García-Llera, 2003.

Las *obras del rey* desde el punto de vista del arte constituyen la gloria más pura de la casa y elevaron su reputación artística hasta rivalizar con la imprenta de Ibarra y oscurecer las de Sancha, Cano, Marín y Compañía General de Impresores y contribuyeron a la propagación de ciertos libros científicos que, sin este u otro auxilio semejante, jamás hubieren visto la luz pública en nuestra patria.

Es curiosa la escasez de noticias propiamente literarias, en la acepción moderna de la palabra, que recoge. Apenas cita con elogio a Iriarte, y más que nada en cuanto a su actividad periodística. Nada se dice de obras específicamente de literatura, poesía, teatro, narrativa de ficción... Probablemente este tipo de publicaciones rara vez se imprime en los formatos de la Imprenta Real que más le interesa observar a Villoslada. Prácticamente en toda su memoria solo se refiere, en este ámbito, a la publicación de un *Cancionero General del siglo XV* y la de 1782 de una *Colección de poesías castellanas* con traducción en verso al toscano, por el conde don Juan Bautista Conti.

El capítulo final de esta primera parte que ahora editamos constituye una especie de apéndice breve, a modo de complemento muy sucinto de los anteriores, sin que constituya realmente una comparación sistemática de las imprentas oficiales de los distintos países. Villoslada se extenderá más en los apéndices, redactados parcialmente a modo de diario de sus trabajos en la Imprenta del Estado de Viena, sección que está por estudiar, ordenar y naturalmente editar. En una hoja añadida se pone el título de «Apéndices» a lo que había titulado primero «Tercera parte. Estado actual de las imprentas del Estado en Viena, París y Madrid. Capítulo V», título que se tacha para introducir otro: «De cómo está organizada la Imprenta Imperial y Real de Viena, y visita al establecimiento».

En el capítulo IX de la primera parte, que es lo que ahora nos atañe, traza la historia de los establecimientos de París y Viena, y da noticias de sus principales responsables, medios y obras. Es un capítulo de digna divulgación sin mayores pretensiones.

5. CONCLUSIÓN

Quien busque un dato concreto y erudito o un estudio sistemático sobre la Imprenta Real, probablemente no los encontrará en la memoria de Navarro Villoslada. No hallará precisas descripciones bibliográficas, distinción de ediciones o emisiones, transcripción deta-

llada de colofones, descripción de marcas de impresores o filigranas de papel...

Pero quien desee hacerse una idea sintética de la historia de la imprenta, en especial de la institución de la Imprenta Real, hallará en estas páginas una excelente introducción accesible a los no especialistas —como no lo era el propio autor— y sumamente fiable en la mayoría de los detalles que aporta. El manejo de documentos de primera mano constituye un valor añadido para los historiadores posteriores.

Los variados focos de interés que se tratan en este informe atañen tanto a los aspectos administrativos de la organización de la Imprenta, como a los detalles técnicos de las fundiciones, catálogos de publicaciones, o consideraciones sobre la Calcografía Nacional y sus estampas más notables, sin olvidar los periódicos y Academias de artes, ciencias y bellas letras.

En conjunto, esta *Historia de la Imprenta Nacional de Madrid*, de Navarro Villoslada, puede resultar una lectura útil a la vez que ofrece una relativa amenidad que no es frecuente en las obras de esta índole.

ASPECTOS DE ORALIDAD Y LITERALIDAD EN *AMAYA* DE NAVARRO VILLOSLADA¹

*Amaya*², la más famosa de las novelas históricas de Navarro Villoslada, publicada en forma de libro en 1879, es un libro interesante para estudiar algunos aspectos de la oralidad y la literalidad porque nos traslada, como su subtítulo indica (*Los vascos en el siglo VIII*), a una época histórica en la que la comunicación era eminentemente oral. Como veremos, la mezcla de personajes de distintas razas, culturas y religiones, a saber, vascos, godos y judíos, hace necesarias muchas indicaciones del narrador, consciente del problema que supone el empleo de distintos idiomas por parte de ellos. Algunos de los personajes son hombres orales, y alguno hasta se jacta de ello, al mostrar cierto desprecio por la letra escrita, como veremos. Sin embargo, existen muchos otros rasgos interesantes que trataremos de analizar.

1. EL VALOR DE UNA VOCAL

En el subgénero narrativo al que pertenece esta novela, el histórico, uno de los recursos habituales para mantener la intriga es la ocultación de la personalidad de alguno de los personajes. En nuestro caso, uno de ellos es conocido hasta por tres nombres distintos: Eudón, Aser y Asier. Ahora nos interesan los dos últimos. Cuando se presenta ante Amagoya, fiel guardadora de las tradiciones vascas, dice su verdadero nombre, que es el de *Aser*; pero ella no oye este nombre judío, sino que en sus oídos suena el de *Asier*, nombre que en vascuence significa ‘principio’ y que lo relacionaría con las proféticas palabras de Aitor, el patriarca de los vascos, «Amaya da asiera» (‘el fin

¹ Publicado originalmente en *TK. Boletín de la Asociación Navarra de Bibliotecarios*, 16, diciembre de 2004, pp. 171-181.

² Las citas serán por la edición de Madrid, Giner, 1979 (col. «La Novela Histórica Española», 23). He dedicado a este autor numerosos trabajos. Para un acercamiento de conjunto, remito a mi libro (Mata Induráin, 1995).

es el principio'). Esta confusión deriva precisamente de un fallo en la percepción oral. Veamos cómo lo explica el propio personaje, que está hablando de la buena acogida que tuvo al llegar al caserío de Amagoya:

—«¿Cómo te llamas?», me preguntó ésta. «Aser», le contesté sencillamente; y ella se inmutó, me miró de hito en hito como embebecida en hondas imaginaciones, como arrobada de los sentidos, y tan extraña escena terminó con un abrazo, durante el cual me daba el nombre de Asier. No la contradije, pues tan bien me iba con la añadidura de una letra a las de mi nombre. Había comprendido Amagoya que yo le respondí Asier, palabra vascongada que significa *Fin*³, y vos me explicasteis la importancia que tenía... (p. 450).

En efecto, no será lo mismo para el ambicioso Eudón ser un simple judío, personaje despreciable, situado en el último puesto del escalafón social de la época, que verse convertido en el profetizado y esperado Asier, vasco destinado a casarse con Amaya, para que el fin y el principio, el principio y el fin, se unan.

2. LA VOZ

Uno de los aspectos más interesantes relativos al estudio de la oralidad en esta novela lo podemos encontrar al rastrear las distintas indicaciones que sobre las modulaciones, las inflexiones o el timbre de la voz de los personajes va haciendo el narrador. Estas indicaciones relativas a la voz pueden ser acordes con el carácter habitual del personaje (es decir, refuerzan su caracterización psicológica) o bien corresponden a distintos estados de ánimo (ira, alegría, dolor, desesperación, etc.).

La voz de Amaya, la heroína, como no podía ser menos, es dulce y armoniosa. Ya desde el principio se nos dice que «cantaba como un ángel» (p. 36). Se habla también de «la dulcísima voz de Amaya» (p. 301) y del «suavísimo acento de la dama» (p. 167). En un pasaje determinado tiene que hacer frente a una turba de ciudadanos exaltados, y entonces les habla «con acento que ablandaba las rocas y amansaba las fieras» (p. 520). Sin embargo, en otro momento de tensión, al pensar que su amado García ha podido morir a manos de la multitud,

³ En realidad, *asier* o *hasier*, en vascuence, significa 'principio'.

pregunta por él «con un acento sordo y hueco, que nunca había salido de aquella garganta de ruiseñor» (p. 523). Como vemos, el propio narrador manifiesta el contraste entre su tono de voz normal y el de la ocasión presente.

La voz de Lorea, madre de Amaya, es también especialmente hermosa. Dice Ranimiro, su esposo: «Su voz era argentina, conmovedora y privilegiada. La misma, la misma voz, duque Favila, que acaba de resonar en este aposento con la canción de Aníbal» (p. 46). Es decir, la misma voz que la de Amaya, que acababa de entonar esa canción vascongada. Su voz puede ser «solemne y misteriosa» al referirse al cumplimiento de las profecías de Aitor, pero inmediatamente se torna en una voz «tan suave y tan hermosa que parecía del otro mundo» (p. 54).

Por lo que llevamos examinado, sabemos ya que la voz es un elemento importante que caracteriza a todas las mujeres descendientes del gran patriarca vasco Aitor: Lorea, Amaya, y también su tía Amagoya, como veremos después. De hecho, al final de la novela, Amagoya reconoce que su sobrina Amaya es verdaderamente la persona a quien corresponde conservar la tradición y los tesoros de Aitor precisamente por la voz, cuando canta de nuevo unas estrofas del canto de Aníbal:

Amagoya la escuchó con asombro, con embeleso, como quien percibe real y verdaderamente los ecos con que ha soñado.

—¡Amaya! —exclamó—. ¡Tú eres hija de Aitor! Eso no se aprende: eso se transmite, se hereda... ¡Amaya! ¡Tu madre cantaba así! ¡Tus antepasados cantaban así! ¡Yo canto así! ¡Amaya! ¡Tú no eres extraña en la familia de Aitor! ¡Su casa es tu casa!

—Y en ésta se han conservado fielmente —respondió la princesa— las tradiciones y cantares de la patria de mi madre (pp. 694-695).

En definitiva, esta voz especial es patrimonio exclusivo del linaje de Aitor, y se aprecia particularmente al recitar o cantar los textos transmitidos de generación en generación por vía oral.

Me he detenido en estos tres personajes femeninos por ser su voz un rasgo caracterizador esencial en ellos, una marca de pertenencia a la ilustre familia del viejo patriarca. Sin embargo, el narrador nos ofrece informaciones relativas a la voz de otros personajes. Por ejemplo, Plácida, mujer del anciano Miguel de Goñi, recuerda que han

muerto cuatro hijos suyos en la guerra secular que enfrenta a vascos y godos, pero afirma «con voz entera como la de una leona» (p. 62) que le quedan otros cuatro dispuestos al mismo sacrificio.

Ranimiro, padre de Amaya, es un guerrero godo que sabe alternar una severa rigidez con una dulzura amable, según con quién trate, y eso se refleja también en los cambios de su voz: «Parecía imposible [...] que aquella voz que vibraba de placer y cariño, hiciese de pronto estremecer con severo y a veces terrible acento» (p. 31).

Olalla, una jovencita labradora de gran desparpajo, posee una voz «de argentinos ecos» (p. 132) y su madre Petronila, apodada por los demás «la loca», canta o, mejor, recita «en perdurable tono de salmodia» de forma tal que parece «que llora con la voz, a falta de lágrimas» (p. 135). Esta aparente loca —en realidad muy cuerda— tiene la misión de salvar a los personajes principales acudiendo en su ayuda en los momentos delicados o de peligro para ellos. Sus apariciones suelen ser entonces bruscas, inesperadas, lo que hace que su tono de voz se corresponda con la situación:

Momentos después resonó dentro una voz estentórea que decía rugiendo, como una leona sorprendida delante de sus cachorros:

—¡Atrás, Abraham Aben Hezra, atrás!

[...]

—¡Atrás tú también, viuda de Basurde! —dijo la misma tremenda voz (p. 344).

En el diálogo que mantienen Asier y Munio en la página 380 vemos —¿oímos?— al primero expresarse con «severo y terrible acento», «con voz sorda, pero profunda y aterradora». En otro momento, se disfraza de Basajaun, personaje mitológico vasco, señor de la selva, para salir al paso de Teodosio de Goñi y provocar en él unos celos asesinos. Entonces, como corresponde al personaje que imita, emplea «una voz terrible, que más parecía rugido de fiera que humano acento», una voz «que asemejaba al rugido del león» (pp. 618 y 621, respectivamente).

Uno de los pocos personajes caracterizados negativamente en la obra es el falso ermitaño Pacomio —en realidad, un rabino judío padre de Aser—. Al ver desbaratados sus planes de venganza por la súbita aparición de Petronila que antes mencionaba, su voz refleja su temor, al convertirse en el «cavernoso acento del moribundo» (p.

344). En cambio, al reclamar a su hijo el secreto del tesoro utiliza una voz «hueca, perentoria, que no admitía réplica», «pavorosa, [...] sorda y seca» (pp. 442 y 447).

Por supuesto, las indicaciones de este tipo (si un personaje habla murmurando, en voz baja o gritando, con voz amable o enérgica...) abundan a lo largo de la novela y no es posible consignarlas todas aquí. Me he limitado a señalar aquellas que nos parecieron más importantes y significativas.

3. LA RECITACIÓN

Es un aspecto muy relacionado con lo que veíamos en el apartado anterior. A lo largo de la novela son varios los versos, coplas o canciones que se intercalan en la narración. Aquí vamos a referirnos a las indicaciones que va haciendo el narrador acerca de cómo se recitan o entonan tales cantos. En primer lugar, Amaya recita delante de su padre y de su tío el canto de Aníbal. El narrador es consciente de que no puede reflejar en el papel toda la belleza y el tono especial con que canta la heroína:

Después de algunos compases de música lánguida, comenzó la canción, de cuya inimitable sencillez y energía no pueden ser trasunto los siguientes versos:

Pájaro de dulce canto,
¿quién te retiene cautivo? (p. 40).

En una nota en la página 240, el autor siente necesidad de justificarse por no poder reflejar de un modo más acertado la belleza del canto vascongado de Amagoya:

Esta canción es intraducible e inimitable tanto en verso como en prosa; los idiomas modernos quedan vencidos por la sencillez, concisión y energía del original. En la necesidad de recurrir a las perífrasis, he dado preferencia al verso, pues que de poemas se trata.

Petronila, la loca, es un personaje que rara vez se expresa sino por medio de canciones:

—¿Y no se mueven sus labios más que para recitar canciones?

—Con las canciones lo expresa todo, como ruiñeñor con trinos y gorjeos, y las acomoda fácilmente a sus afectos o caprichos (p. 134).

Así, sabemos cómo canta en la página 150, gracias a la indicación del narrador:

Echóse atrás con ambas manos el cabello que le caía por la frente, y viendo acercarse al enemigo, tornó a su postura y balanceo de siempre; pero cantando, como si quisiera ser oída, con toda la fuerza de su poderoso acento.

O en la página 185, cuando se especifica: «... soltó la voz y se puso a cantar como loca».

Amagoya, como ya se dijo, es la anciana depositaria de toda la tradición vascongada, tradición que se ha conservado por transmisión oral. Ahora se dispone a cantar con su «accento sonoro y privilegiado» (p. 228). Muy interesante resulta la siguiente indicación del narrador:

Lo que vamos a escuchar no era canción, propiamente hablando, sino recitado en prosa semipoética, interrumpido de cuando en cuando por los acordes del arpa [...]. Semejantes noches estaban consagradas a la tradición, que la hija de Aitor quería conservar en toda su pureza. Pero en vano: las manos del hombre manchan cuanto tocan [...]. La noble anciana, haciendo resonar el instrumento con notas graves y llanas, comenzó su relato, dando a su voz cierta modulación que hacía verosímil las fábulas de Orfeo y Anfión, ponderados músicos de Grecia (p. 232).

Notemos que el narrador ha dicho: «Lo que vamos a escuchar...». Bien. Sigue a continuación el relato o texto recitado, que termina con esta nueva indicación del narrador:

La voz de la cantora se fue oscureciendo por grados y, al concluir el relato, quedó ahogada entre sollozos (p. 234).

Poco después, Amagoya entona otro canto, y de nuevo encontramos indicaciones del narrador al respecto:

Cantaba transportada, con un entusiasmo y, por consiguiente, con una fuerza, con una inspiración cual nunca igual había sentido (p. 239).

... la voz robusta, vibrante y arrebatadora de la Adivina... (p. 240).

Vuelve a cantar Amagoya en la página 350. Ha escuchado «uno de esos cantos éuscaros de tiempo inmemorial» entonado por unas «voces unánimes, acordes, espontáneas», y como ella siente la pasión o debilidad por el canto, se olvida de todo:

Más aún: oía cantar y cantó. Cantó con el mismo abandono y gallardía que en la cima de las rocas de Aitormendi; cantó mejor, porque ni la soledad la espantaba con su mudez, ni la indiferencia de los oyentes la arreciá; cantó en coro con ecos que respondían entusiastas a su acento [...]. La mayor parte del auditorio no había oído jamás aquella voz privilegiada, patrimonio exclusivo y signo característico de la familia de Aitor.

Ahora bien, no todo van a ser cantos armónicos y dulces voces. También nos encontramos con un pelotón de montañeses que desafinan completamente, pues «venían alegres como unas pascuas, cantando en horrible discordancia, que si desgarraba los oídos, resonaba sin embargo plácida en el corazón» (p. 257). A las veces lo que resuena —permítaseme la expresión— en las páginas de la novela es el grito de los vascos, ya de batalla, ya de victoria sobre el eterno enemigo. Se trata de «un grito alegre, gutural, vibrante y prolongado, que parecía superior al aparato eufónico del hombre» (p. 42).

Por último, me referiré a un aspecto que es fiel reflejo de oralidad; se trata del diálogo en verso improvisado por Amagoya y otros personajes. Dejaré la palabra al propio narrador, pues sus explicaciones son claras y explícitas:

Amagoya, como hemos visto, se había dirigido allá cantando, loca de entusiasmo, la derrota de los godos, el triunfo de la escualerría, las glorias de Asier. Cantando también le contestaba el pueblo; y entre la hija de Aitor y la gente del valle se entabló un diálogo de cantares, a que tanto se prestan el genio del idioma y la natural predisposición musical de los montañeses, que con admirable facilidad hablan, discuten y hasta disputan en verso, sin regla, sin arte y sin conciencia siquiera de su habilidad.

Esta costumbre de improvisar públicamente letra y música se conserva en nuestros días⁴ cual precioso resto de las antiguas contiendas de bardos, en que los actores, situados en opuestos bandos, se preguntan y se responden, sostienen tesis o causas distintas, alardeando de ingenio, compitiendo en voz y primores de talento ante un pueblo inteligente, apreciador de las travesuras y galas de la musa éuscara.

⁴ Se refiere a los modernos bertsolaris.

En esta forma singular de narraciones heroicas, que recuerda los primitivos tiempos de la tragedia griega y los improvisadores itálicos, Amago-ya entró a su auditorio de la nueva faz que habían tomado las cosas públicas; y el pueblo, como los coros del teatro antiguo, hacía reflexiones, expresaba su júbilo, dudaba y preguntaba: todo en cantos, en exaltaciones del estro, en torrentes de armonía (p. 457).

4. ALUSIONES AL LECTOR

Este tipo de marcas son relativamente frecuentes. He podido contabilizar unas 25 en las que se menciona la palabra *lector* o aparecen expresiones similares (por ejemplo, *el que esto leyere*). Existen otras relativas al receptor, en general, pero a nuestros efectos no nos interesan. Estas referencias son habituales en la novela decimonónica y nos vienen a indicar que la recepción de la obra es por medio de la lectura individual (si bien en el siglo XIX se sigue conservando, en algunos sectores, la lectura en voz alta ante un auditorio numeroso). En *Amaya*, las alusiones son del tipo siguiente: «como el lector se habrá figurado», «recordará el lector», «como supondrá el lector», etc. En una ocasión no figura en el texto, sino en el título de un capítulo: «En que el autor hace dormir a sus personajes y quizá también a sus lectores», con el habitual buen humor que caracteriza a Navarro Villoslada.

5. CONCIENCIA IDIOMÁTICA DEL NARRADOR

El narrador es consciente de que sus personajes pertenecen a tres pueblos bien distintos, el vasco, el godó y el judío, con las correspondientes consecuencias lingüísticas que ello acarrea, dado que no todos hablan el mismo idioma. Pues bien, el narrador tiene mucho cuidado en ir señalando cuál es el idioma en que se expresa un personaje o en que se desarrolla un diálogo: vasco, latín vulgar, latín sin corromper o hebreo. El hecho es importante, porque a veces se derivan consecuencias de que un oyente conozca o no el idioma que emplean sus interlocutores.

Puede considerarse un indicador de oralidad, si bien muy indirecto, el hecho de que algunos personajes empleen el vasco, dado que este idioma no conoce manifestaciones escritas hasta varios siglos

después de aquel en que se sitúa la acción de esta novela⁵. Aparte de las indicaciones del narrador señalando qué personajes o cuándo lo utilizan, algunas palabras y aun expresiones vascas tiñen sus réplicas e incluso el discurso del narrador. Son palabras como *ezpata*, *irrintzina*, *sagardua*, *lauburu*, *batzarre*, *Jaungoicoa*, *echecojaun*, etc.

Sea como sea, el vasco es el vehículo oral transmisor de toda la tradición y cultura vascongadas, como dice Amagoia a Asier: «Esa sabiduría que tú dices no es mía; es de nuestros antepasados, y yo no he hecho más que conservar el depósito con la debida pureza. Los conocimientos de nuestros padres eran sencillos, pero claros, y en el idioma éuscara brillan aún como rastros de luz» (p. 435). Como señala la misma Amagoia en otro lugar, gracias a su idioma y sus cantares heredados puede hablar «la antigüedad por boca de la tradición» (p. 228). Lo vemos también en este diálogo entre Amaya y Amagoia:

—Estoy admirada de vuestra sabiduría.

—No tiene por qué extrañarte; en la casa de Aitor se conserva, como archivada, la ciencia y doctrina de nuestros mayores.

—¿Por ventura se conserva en algún escrito?

—Nada; todo se fía a la tradición y a las canciones (p. 693).

6. FRASES HECHAS, MODISMOS, REFRANES

Su aparición es un rasgo claro, una huella de oralidad. Encontramos este tipo de expresiones tanto en el discurso del narrador como en las réplicas dialogadas de los personajes. Ofrezco un listado de algunas de ellas: *como Pedro por su casa*, *a humo de pajas*, *están a morder un piñón*, *sabe más que Salomón*, *de manos a boca*, *no tiene vuelta de hoja*, *alegres como unas pascuas*, *corrían como galgos*, *venía a todo escape*, *corría a todo correr*, *colorado como la grana*, *habéis sembrado vientos y recogéis tempestades*, *pálido como la cera*, *alto como una torre*, *quedarme mano sobre mano*, *el cuerpo les pedía jarana*, *claro como el sol que nos alumbra*, *corría como un gamo*, *echar la cuenta sin la huésped*, *vuelvo volando*, *haciendo de la necesidad virtud*, *a tontas y a locas*, *mudar de reyes como de camisa*, *a gusto del consumidor*, *loco de atar*, *como santo sobre peana*, *desayunarse* (en el sentido de ‘enterarse de algo’), *no cortarse ni con navajas de afeitar* (‘no sentir vergüenza’), *tengamos la fiesta en paz*, *tanto vales cuanto tienes*, *pelear*

⁵ El primer libro impreso en lengua vasca, *Linguae vasconum primitiae*, de Bernart Echapare, es del año 1545.

como un león, a falta de pan, buenas son tortas, yo tampoco suelo morderme la lengua, un clavo saca otro clavo, traía cara de pascuas, desapareció como un rayo, para cuando tú vienes, estoy yo de vuelta, no me llega la camisa al cuerpo, hombres de pelo en pecho, ¡zis, zas! ¡Linternazo y tente, perro!, volver a las andadas, ha venido el nublado después de recogido el trigo de las eras, de la noche a la mañana, quien debe y paga no debe nada, yo me lavo las manos como Pilatos, se me hace duro de tragar, hincar el diente (en sentido figurado, a una ciudad), por ahí me las den todas, hablad como Dios manda, no perder ripio, todo bicho viviente, lo cortés nada quita a lo valiente, aguar la fiesta, llevado como por arte de encantamiento, traer más hambre que un pajarillo en invierno...

Los casos más interesantes, a mi modo de ver, son aquellos en los que el narrador utiliza una expresión vulgar, pero añadiendo una coletilla, como si se justificara. Por ejemplo: Favila no dejaba a su sobrina «como vulgarmente se dice, ni a sol ni a sombra»; estaba «metido en sí, como vulgar, pero muy expresivamente, se dice»; cierta bota de vino quedó, «como suele decirse, pez con pez»; «las siervas que la seguían, y que nada tenían de deidades, sudaban y trasudaban, perdóneseme la expresión, por no quedarse atrás». En otra ocasión es un personaje quien dice: «Le han cerrado aturridos las puertas y, como solemos decir, le han dado con ella en las narices».

7. LOS DIÁLOGOS

El hecho más relevante que se puede señalar es la ausencia de los *verba dicendi* en los diálogos con relativa frecuencia. Tal sucede por dos razones fundamentales: 1) existen por lo general muy pocos interlocutores, dos o tres solamente, y el lector puede identificar perfectamente a quién corresponde cada réplica sin necesidad de que el narrador se lo indique; y 2) los personajes que hablan son varios, pero poco importantes en el desarrollo de la acción, de tal forma que resulta accesorio saber si el que habla es uno u otro. El primer caso es el más frecuente (*cf.* las pp. 171-172, 310, 368-369, 418-419, 622, etc.). De esta forma, obvio es decirlo, el diálogo resulta mucho más ágil. Por otra parte, en un par de ocasiones se nos escamotea un diálogo, que el narrador deja de ofrecernos:

¿De qué trataban los próceres godos? ¿De qué departían? ¿Quién tuviera acierto para repetir sus palabras! ¿Quién supiera expresar con frase

viva, natural y valiente lo que se dijeron y dejaron de decir aquellos personajes! (p. 318).

¿Sobre qué versó aquel diálogo? Ya lo supondrá el lector; excusado es decir cosas que tan fácilmente se adivinan (pp. 320-321).

8. OTROS INDICIOS DE ORALIDAD

En tres ocasiones el narrador se refiere con el verbo *oír* o *escuchar* a las réplicas de los personajes que nosotros, por supuesto, no oímos, sino que leemos. Una ya la he señalado antes, al hablar del recitado de Amagoya («Lo que vamos a escuchar...»). Las otras dos son las siguientes:

A juzgar por su exterior y por las palabras que le hemos oído... (p. 474).

Pasión no quita conocimiento, dice un refrán que rara vez ha podido aplicarse con tanta oportunidad como después de las razones que acabamos de oír a la princesa (p. 513).

En un caso se refiere incluso con este verbo, *oír*, a los razonamientos que se hace a sí misma Amaya de Butrón:

Al oírla hablar así consigo misma, y en lo más recóndito de su alma, tal vez pudiera sospecharse que... (p. 610).

En este tipo de novelas son a veces frecuentes los anacronismos. Dos de ellos se pueden relacionar en la novela que nos ocupa con lo oral y lo escrito. Veamos en primer lugar este diálogo y la apostilla del narrador, que es lo que nos interesa ahora:

- De donde resulta que los godos todavía no nos han conquistado.
- Porque no pueden.
- ¿Y por qué no pueden?
- Porque tenemos montañas inaccesibles.
- Y costumbres más duras y arraigadas que las montañas.

Si un taquígrafo de nuestros tiempos hubiese tomado nota del precedente diálogo, habría puesto entre paréntesis: rumores de aprobación (p. 119).

El otro anacronismo a que nos referíamos guarda relación con que «el achaque de saber noticias es antiguo», como dice el narrador, que añade a continuación:

A falta de periódicos y papeles volantes, extraordinarios y telegramas, que no se recibían en Cantabria, Nunilo, liberta de Favila y ama de gobierno, había ido después de comer a Varia y Lucronio a proveerse de telas, vajilla y comestibles, e inquirir y averiguar de paso lo que sucedía en el mundo, no por curiosidad ciertamente, sino por complacer a sus señores.

Esta excelente mujer, más provista de gacetillas de la capital y sueltos de sensación que de brocados, alhajas y vinos generosos que vendían mercaderes judíos recién llegados de Toledo, no titubeó en entrar detrás de los siervos que iluminaron la estancia, y con el respeto debido, pero también con la solemnidad del periódico serio que anuncia crisis radical o cambio de situación, dijo a Favila... (p. 67)⁶.

Por último, una expresión coloquial puede servir para facilitar un rasgo de humor, como es habitual en nuestro novelista:

El de la Berrueza fue el primero en contestar, pero en lenguaje mudo. Sacó la lengua; se relamió los labios, como si los tuviese bañados en miel; frunciólos luego, casi convirtiendo la boca en pico; alzó los ojos y enarcó las cejas, y aun autores graves afirman que dejó escapar esta palabra:

—¡Toma!

Pero este postrer detalle se me figura inverosímil (p. 284).

9. LO ORAL Y LO ESCRITO COMO TEMA

Amaya es también una novela histórica con una buena reconstrucción arqueológica, y eso se muestra asimismo al reflejar distintos aspectos relativos a la comunicación oral y escrita. Por ejemplo, se nos describen los libros que hay en la habitación del obispo de Pamplona (p. 481), se nos cuenta cómo en el palacio de Goñi nunca ha habido recado de escribir (p. 314), se nos dice qué personajes saben leer (es importante, porque se cruzan muchas cartas, manuscritos, mensajes secretos...), etc. Veamos, por ejemplo, este diálogo que nos revela cómo los principales caudillos vascones no saben leer. Pacomio les

⁶ Tal vez no esté de más recordar que Navarro Villoslada trabajó durante algún tiempo como taquígrafo en el Congreso de los Diputados y fue también, a lo largo de muchos años, redactor y director de varios periódicos.

muestra una carta redactada en latín y en hebreo, escrita por tanto con dos tipos de caracteres distintos:

—Lo mismo me da por unos que por otros.

—Vos, ilustre Iturrioz...

—Lo mismo digo.

—Señor de la Berrueza...

—Lo propio.

—No te canses, hermano Pacomio —le dijo Miguel—; esto sólo lo puede entender un hombre tan leído como García (p. 291).

Es más, Echeverría, un honrado labrador que vive cerca de las Dos Hermanas, muestra su desprecio por lo escrito:

—¡Valiente caso hará Munio de tiras de pergamino! El mismísimo que haría yo dentro de su pellejo. García, siempre has tenido para mí el defecto de confiar demasiado en vitelas, letras y sellos. Buena mano de laya para el campo, buenos dardos y guecias para la guerra, y tendrás buena cosecha de trigos y de laureles (p. 538).

En este sentido, cabe también reseñar el descubrimiento final del pergamino con la escritura auténtica del patriarca Aitor. Resulta en última instancia que a todo ese patrimonio de cultura oral vasca, de tradición transmitida de padres a hijos durante varias generaciones, se une ahora el refuerzo de su testimonio escrito en la primitiva lengua ibérica. En suma, al final Aitor no lo había dejado todo a la tradición, sino que legaba también algo consignado por escrito, con la correspondiente sorpresa para todos los vascones.

10. A MODO DE CONCLUSIÓN

He tratado de rastrear todos aquellos aspectos de la novela relacionados directa o indirectamente con lo oral y lo escrito (de ahí que mi trabajo reúna, en sus distintos apartados, materiales bastante heterogéneos). Y hemos podido ver que Navarro Villoslada reconstruye con bastante acierto la atmósfera de oralidad de la época histórica en que sitúa la acción de su obra (sobre todo en lo que concierne a los personajes vascos). ¿Qué función puede tener tal reconstrucción? Cabe señalar dos posibilidades:

1) El hecho se debe simplemente a la fidelidad que guarda el autor al presentarnos aquel momento histórico, es decir, esos indicios de

oralidad que he señalado son un simple reflejo de la realidad de aquel momento.

2) El autor, que se incluye dentro del grupo de escritores agrupados en torno a la Asociación Éuskara de Navarra y su portavoz, la *Revista Euskara*, es consciente del valor de esa cultura oral vasca y, con el amor que por ella muestra en las páginas de su novela, defiende de algún modo su conservación⁷. Debemos recordar al respecto que en 1876 entraba en vigor la ley de abolición de los Fueros vascos, y *Amaya* aparece en forma de libro en 1879 (antes, desde 1877, se había ido publicando como folletín en *La Ciencia Cristiana*). Tampoco debemos olvidar que el XIX es el siglo de los nacionalismos. Sin embargo, esta consideración nos aparta ya del tema de la oralidad y literalidad en esta novela, para entrar en el terreno de las interpretaciones ideológicas.

⁷ Para más detalles sobre esta cuestión, remito a Mata Induráin, 2000.

DOÑA TODA DE LARREA,
«NOVELA VASCONGADA» DE NAVARRO VILLOSLADA¹

1. INTRODUCCIÓN

Francisco Navarro Villoslada, nacido en Viana (Navarra) en 1818 y muerto en esa misma localidad en 1895, fue un personaje polifacético cuya figura merece ocupar un lugar destacado en el panorama del siglo XIX, y ello en el triple ámbito de la literatura, el periodismo y la política. Fue, en efecto, un brillante político, elegido tres veces diputado a Cortes por Navarra (en 1857 por Estella y en 1865 y 1867 por Pamplona) y una más senador (por Barcelona en 1871). Su evolución ideológica, supeditada siempre a la mejor defensa del ideario católico —columna vertebral de todo su pensamiento—, le llevó a entrar en las filas del partido moderado primero y del denominado *neocatólico* después, para convertirse finalmente, tras la Revolución de septiembre de 1868, en un destacado publicista del carlismo: secretario personal de don Carlos de Borbón y Austria-Este (duque de Madrid y pretendiente al trono español con el nombre de Carlos VII) en 1869, miembro de su Consejo Real y jefe del partido carlista en 1885-1886.

Política y periodismo fueron dos caras de una misma moneda, la de su vida pública, que procuraron a nuestro autor no pocos disgustos y sinsabores. Aunque no se le haya reconocido como tal, Navarro Villoslada fue uno de los más notables periodistas españoles del siglo XIX; no en balde recorrió todos los puestos dentro de la profesión, desde colaborador esporádico, pasando por redactor fijo, hasta fundador y director —y, en determinados casos, propietario— de algunas de las publicaciones periódicas más prestigiosas de su época. En rápida

¹ Publicado originalmente en *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, tomo LV, 2, 1999, pp. 395-417.

enumeración, cabría recordar su actividad en empresas de carácter tanto literario —tales el *Semanario Pintoresco Español* o *El Siglo Pintoresco*— como de índole política: así, *La España*, *El Padre Cobos* o, de forma muy especial, *El Pensamiento Español*, diario en el que puso toda su alma y todo su corazón entre 1860 y 1872 y desde el que se batió en innumerables polémicas con la prensa liberal. Especialmente famosa fue su serie de «Los textos vivos», contra la difusión de las ideas krausistas, panteístas y materialistas en la Universidad española. La producción periodística de Navarro Villoslada constituye una faceta sumamente interesante que está reclamando un estudio monográfico en profundidad².

En el terreno de la literatura, sus obras *Doña Blanca de Navarra* (1847), *Doña Urraca de Castilla* (1849) y *Amaya o los vascos en el siglo VIII* (1879) lo convierten en uno de los más genuinos cultivadores de la novela histórica romántica, género que se practicó profusamente en España, sobre todo en los años 30 y 40 del siglo XIX, siguiendo el patrón creado por el maestro escocés Walter Scott en *Ivanhoe*, *The Talisman* y el conjunto de las *Waverley Novels*. El escritor de Viana se acercó con mayor o menor acierto y asiduidad a muchos otros géneros literarios (la comedia, el drama histórico, la poesía, el artículo costumbrista, la leyenda histórica, etc.), pero la tendencia habitual de la crítica al encasillamiento suele dejar reducido su caudal literario — en las escasas líneas que por lo general se le dedican— a su producción como novelista histórico. En este sentido, podría afirmarse que Navarro Villoslada es un romántico rezagado que pertenece a una «segunda generación» de novelistas históricos (en la que se incluirían también Amós de Escalante, Emilio Castelar o Antonio Cánovas del Castillo) que escriben unas obras muy bien documentadas, rozando casi la erudición. Ha de entenderse además que es el suyo un romanticismo de signo conservador, acorde con su carácter católico, y también regionalista, por los temas, personajes y escenarios vasconavarros que presenta en sus novelas.

La conmemoración durante el año 1995 del Centenario de su muerte, con una serie de actos organizados para rendir homenaje a su memoria, tal vez haya servido para rescatar una figura que permaneció olvidada durante bastante tiempo, en parte por motivos literarios y en parte también por razones de orden ideológico. No me deten-

² Apunto algunas cuestiones en Mata Induráin, 1999b.

dré en la consideración de su biografía, de su personalidad y del conjunto de su producción literaria³; ahora me parece más interesante analizar una obra que permanecía inédita en el Archivo de Navarro Villoslada y que recientemente he publicado en la editorial Castalia (Madrid, 1998; colección «Clásicos Castalia», núm. 244): se trata de una novela histórica de tema vascongado titulada *Doña Toda de Larrea o la madre de la Excelenta*, ambientada en Bilbao y sus alrededores en el año 1483. Pero antes me parece oportuno ofrecer algunos datos sobre ese archivo en que se conserva esta pieza hasta ahora inédita.

2. BREVE NOTICIA SOBRE EL ARCHIVO DE NAVARRO VILLOSLADA

El ilustre vianés reunió a lo largo de su vida un considerable archivo que incluye materiales relacionados tanto con su actividad literaria (borradores manuscritos de obras inéditas, correspondencia con las casas editoriales y con otros escritores de la época...) como con su actividad pública en el periodismo y la política (abundante correspondencia y documentos que tienen que ver con los cargos que desempeñó y las personas que conoció, sobre todo dentro del carlismo). Aparte quedarían otros papeles que conciernen a su casa y hacienda (cartas familiares, información de fincas, capellanías y propiedades, etc.), menos interesantes para nuestro objeto. Este archivo ya fue consultado por otras personas que se acercaron a la figura de Navarro Villoslada y publicaron algunos estudios parciales, como el redentorista Padre Juan Nepomuceno Goy, la estudiosa de la Universidad de California Beatrice Quijada Cornish (ambos escribieron en torno a 1918, Centenario de su nacimiento) o el eminente filólogo José Simón Díaz, quien en los años 40-50 llamó la atención en un par de artículos sobre el injusto olvido de la figura de nuestro autor y dio además noticia de la existencia de su archivo⁴.

³ Para su vida y su obra puede consultarse mi libro (Mata Induráin, 1995a); y, de forma resumida, Mata Induráin, 1996d. Pueden verse también las actas del congreso celebrado en su memoria en 1995 en la Universidad de Navarra (Arellano y Mata Induráin, 1996).

⁴ De la existencia del archivo dio noticia Simón Díaz, 1946 (la referencia, en la p. 190, nota). Por mi parte, en los últimos años vengo aprovechando los ricos materiales de ese archivo, y he dado a conocer parte de la correspondencia inédita: ver Mata Induráin, 1996b, 1996-1997a, 1996-1997b, 1997a, 1997b, 1997c, 1997e, 1998a, 1998b y 1999-2000.

Después de la muerte del escritor, ese «magnífico archivo» —según lo calificó en su momento el propio Simón Díaz— lo conservaron primero sus hijas doña Blanca y doña Petra y, más tarde, los descendientes de esta última. Hasta fechas recientes lo guardaban los tres bisnietos de Navarro Villoslada, los Sres. Sendín Pérez-Villamil, don Juan, don Mariano y doña Teresa (†), en Madrid y Burgos. Pero, precisamente con motivo de la celebración en 1995 del Centenario, decidieron cederlo a la Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Navarra, donde se custodia en la actualidad y donde se está procediendo a su catalogación, de la que me encargo⁵.

En este interesante archivo se conservan numerosos trabajos literarios inéditos, de los que algunos se hallan en estado fragmentario o en mera fase de borrador, como simples apuntes para su posterior desarrollo. Pero otros aparecen con una redacción completa o casi completa, siendo los más importantes los siguientes: un *Itinerario de Madrid a Viena y de Viena a Madrid* y una erudita *Historia de la Imprenta Nacional comparada con las del Estado de París y Viena*, resultado de su viaje a Francia y Austria en 1857-1858 comisionado por el gobierno de Bermúdez de Castro; varias obras dramáticas, de distintos géneros, como *Un don Quijote al revés o Pródigo de sí mismo*, *Enamorar con peluca*, *El medio entre dos extremos o Ser esposa y madre fiel*, *Bajarse para triunfar*, *El Mariscal*, *La Penitente*; una novela de corte folletinesco titulada *La Niña de la Azucena* (en algunas versiones el título es *La Niña del Milagro*); y un atractivo proyecto narrativo histórico, ambientado en la época de los Reyes Católicos, que se titula globalmente *Pedro Ramírez* y que hubiese incluido cuando menos dos novelas distintas: *Doña Toda de Larrea o la madre de la Excelenta* y *El hijo del Fuerte o los bandos de Navarra*; quizá también una tercera, *El cuadrillero de la Santa Hermandad o los bandos de Vitoria*⁶.

Bajo esos títulos se presentan las distintas versiones conservadas, aunque no podemos saber a ciencia cierta cuál habría sido la articulación final de todas ellas si el autor hubiese podido darles la última

⁵ Debo agradecer a los Sres. Sendín Pérez-Villamil las facilidades que en todo momento me dieron para la consulta en sus domicilios de esos documentos, así como su interés para favorecer todas las iniciativas relacionadas con el mejor conocimiento de la figura y obra de su ilustre bisabuelo en estos últimos años.

⁶ Edito los cinco capítulos conservados de *El hijo del Fuerte* en mi libro *Viana en la vida y en la obra de Navarro Villoslada. Textos literarios y documentos inéditos* (Mata Induráin, 1999c, pp. 107-201).

mano y se hubiesen publicado en vida. El proceso de redacción de las novelas de Navarro Villoslada solía ser muy complejo, pues retomaba continuamente sus argumentos, añadiendo nuevos personajes y episodios a la trama central. En cualquier caso, lo importante es que todo ese proyecto narrativo que se presenta bajo el epígrafe genérico de *Pedro Ramírez* (porque ese es el nombre de un personaje que reaparece en todas las versiones) se sitúa en la época de los Reyes Católicos, lo que permite la inclusión de temas diversos pero relacionados todos ellos con Navarra y las Provincias Vascongadas: las luchas banderizas de Oñacinos y Gamboinos en Vizcaya y Guipúzcoa, de Ayalas y Callejas en Álava, de Agramonteses y Beaumonteses en Navarra; los últimos reyes privativos navarros, don Juan y doña Catalina de Albret; la muerte de César Borja ocurrida entre Viana y Mendavia en 1507; la conquista del Viejo Reyno en 1512 por las tropas de Fernando el Católico al mando del duque de Alba y la posterior incorporación a la Corona de Castilla, etc.

3. DATOS EXTERNOS SOBRE LA GÉNESIS DE *DOÑA TODA DE LARREA*

De todas las versiones incluidas en el proyecto del *Pedro Ramírez*, *Doña Toda de Larrea o la madre de la Excelenta* es la que ofrece un texto más amplio y depurado, de forma que puede leerse perfectamente como una novela completa, sin apenas lagunas. La reciente edición que he preparado supone que podamos añadir una más al corpus de novelas históricas publicadas de Navarro Villoslada. Espiguemos a continuación algunos datos externos sobre el proceso de redacción de esta obra. Por un lado, sabemos que el autor quería escribir una novela acerca de la conquista de Navarra, pues así lo anuncia en las líneas finales de *Doña Blanca de Navarra*⁷, y a esa intención declarada responden los borradores del *Pedro Ramírez* titulados *El hijo del Fuerte* o *los bandos de Navarra*.

Pero también podemos datar de finales de los años 40 su idea de redactar otra novela histórica, de tema vascongado, a tenor de las palabras de una carta que le dirige en 1848 Benito María de Vivanco.

⁷ Tras recordar la muerte del príncipe Febo, Navarro Villoslada comenta que los últimos reyes privativos de Navarra fueron Juan y Catalina de Albret, que cayeron destronados por las tropas de Fernando el Católico; y las últimas palabras de la novela son: «Pero de estos sucesos hablaremos, con el favor de Dios, en otra obra».

Conservada también en el archivo del escritor, la transcribo aquí corrigiendo algunas peculiaridades ortográficas del original:

Sr. D. Francisco Navarro Villoslada

Vitoria, 30 de noviembre de 1848

Mi apreciado amigo: las ocupaciones consiguientes a la proximidad de la reunión de Juntas y la celebración de estas, me han impedido contestar a usted tan pronto como yo deseaba; no me ha sido posible y espero me dispensará usted esta falta.

Me pregunta usted cuál es el rasgo más característico de estas provincias que presenta la historia de ellas, para poder escribir una novela como la de *Doña Blanca* y pintar en ella el carácter y costumbres del país: mucho tendríamos que agradecer a usted los vascongados si se decide a poner por obra su pensamiento y yo, por mi parte, le ruego encarecidamente no lo eche en olvido, y como prueba de mi deseo le diré a pesar de mi insuficiencia en dónde puede hallar asunto para el objeto que desea.

El rasgo más marcado de estos habitantes es el amor a sus instituciones y leyes y a la religión de sus padres; así se ve que los romanos no pudieron introducir ni las suyas ni sus dioses y el mismo Augusto no lo consiguió más que en algunos pueblos fundados por él y aun estas desaparecieron a los pocos años. Rasgos de generosidad y nobleza en medio de las luchas encarnizadas, se han visto no solo en las antiguas, sino en las de este siglo, y en la última muchísimas que se pueden probar y que las honran; pero casos aislados de nada valdrían a usted y creo lo mejor que se valga usted de lo que se ha escrito acerca de este país. Con ánimo de contestarle he leído algunos autores y enterádome de los que han escrito de estas provincias, y me parece el mejor arsenal para su objeto, si no el más verídico y respetable, la obra titulada *Bienandanzas y fortunas de Lope García de Salazar*. También podría usted consultar las averiguaciones del Padre Henao sobre las antigüedades de Cantabria; y la historia de la Casa de Lara de Salazar y Castro; el epitome de los Señores de Vizcaya de Navarro Larreátegui; y las Crónicas de don Sancho el 4.º, don Fernando el 4.º, don Alonso 11.º y don Pedro el Cruel.

Creo también que para formarse una idea de las costumbres de estos naturales es muy útil el diccionario geográfico de las provincias vascongadas publicado por la Academia, o la historia física de España de Boules y algunas revistas, principalmente la que se publicaba en Bilbao hace dos años.

Dispénseme usted mi tardanza en contestar como mi pesadez quizá en la relación de autores y disponga siempre con entera libertad y franqueza de su afmo. servidor y amigo Q. B. S. M.

Benito M.^a de Vivanco

Sin embargo, después de *Doña Blanca de Navarra* (1847) Navarro Villoslada escribe *Doña Urraca de Castilla*, aprovechando sin duda datos, materiales y experiencias de su estancia en Galicia durante su juventud; y tras de su publicación en 1849 pasan muchos años en los que el escritor vive envuelto en el torbellino de la política y la vida periodística, abandonando casi completamente su producción literaria, que solo retoma a partir de los años 70, con la aparición desde 1877, en el folletín de *La Ciencia Cristiana*, de *Amaya*. Es entonces cuando volvemos a tener noticias de ese otro proyecto que dejó arrinconado a finales de los 40. En efecto, el 16 de abril de 1880 el periódico *La Época* recoge la siguiente noticia: «El señor Navarro Villoslada leyó anoche tres capítulos de su inédita novela *Pedro Ramírez*, aplaudida calurosamente en la sesión literaria de la Juventud Católica».

Todavía más: el 20 de noviembre de ese mismo año escribe a José Manterola, director de la revista donostiarra *Euskal-Erria*, comunicándole que se encuentra con ánimo para escribir una nueva «novela vascongada»:

Yo creía haber agotado mis lágrimas al escribirla [se refiere a *Amaya*]; pero el ejemplo de ustedes [los redactores de *Euskal-Erria*] me enardece y aún creo tener llanto en mi corazón y pulso en mi mano para emprender otra novela vascongada. / ¡Todos a una, amigo mío! ¡*Euskal Erria*! ¡Magnífica empresa y magnífica divisa!

Y esta es la respuesta de Manterola, en carta de 22 de noviembre:

Celebro en el alma y felicito a V. de todas veras por su nuevo proyecto de novela vascongada, que desearé realice cuanto antes.

El renacimiento literario que comienza a efectuarse en nuestro país puede ser, y será desde luego, de grandes resultados, y escritores de la talla de V. no debían, no pueden permanecer cruzados ante tan consolador movimiento.

Trabajaremos todos de consuno, cuantos amamos de veras a este país, para restañar sus antiguas heridas, y prepararle un porvenir más risueño; tengamos fe en las virtudes y en la constancia de nuestra raza... y Dios proveerá lo demás.

Todo por la Euskal-Erria. Todo para la Euskal [Erria] sea nuestra constante divisa.

En resumen, Navarro Villoslada tenía desde finales de la década de los 40 la idea de escribir una novela de tema vascongado ambientada en la época de los Reyes Católicos; en los años 50 y 60 la abandonó, por estar ocupado con las actividades de su vida pública, y a finales de los 70 la retoma con ilusión. Pero a esa edad no tiene ya fuerzas y no puede acabar, ni la novela de tema vascongado (*Doña Toda de Larrea*) ni la que habría tratado específicamente de la conquista de Navarra (*El hijo del Fuerte*), viéndose obligado a abandonar definitivamente el proyecto del *Pedro Ramírez*, como anuncia en unas líneas publicadas en julio de 1894, un año antes de su muerte, en el número único de *Navarra Ilustrada*:

Cómo se forman los reinos lo intenté demostrar en *Amaya*; cómo perecen y caen desolados, he querido hacerlo patente en una obra sobre la conquista de Navarra que, en mi intención, sería el complemento de aquella, si Dios me hubiese permitido concluirla. Pero en esto no hay que pensar.

En fin, cabe añadir que este proyecto narrativo es recordado por Carmelo de Echegaray en su introducción a las *Obras de don Juan Iturralde y Suit*, vol. III, *Tradiciones y leyendas navarras*, Pamplona, Imprenta y Librería de García, 1916, cuando en la página CC escribe:

No fue Iturralde el único escritor de su tierra a quien estas postrimerías de la Monarquía navarra se ofrecieron como materia a propósito para una obra en que la Historia se presentase en forma novelesca y palpitante. El insigne Navarro Villoslada hubo de acariciar en algún tiempo la idea de componer una novela histórica basada en esos motivos, y hasta hubo de trazar algunos capítulos cuyo paradero ignoramos. Todavía convaleciente de unas fiebres, en 1892 volvió a coger con calor y entusiasmo la propia idea, y aun llegó a manifestar que, si Dios quería que saliese de aquella larga y penosísima convalecencia en que se le habían agotado las fuerzas, trataría de emplearlas en esa obra, «complemento del pensamiento de *Amaya*, pues en esta procuro exponer cómo se forman los reinos y en la otra quisiera demostrar cómo acaban»⁸.

⁸ En nota se indica que las palabras de Navarro Villoslada pertenecen a una carta escrita desde Viana el 5 de noviembre de 1892. Como podemos apreciar, es la misma idea que expresará públicamente en sus líneas de 1894 en *Navarra Ilustrada*.

4. DATOS INTERNOS: MATERIALES CONSERVADOS Y ARGUMENTO

Existen en el archivo de Navarro Villoslada varios legajos relacionados con el proyecto narrativo del *Pedro Ramírez* que contienen los distintos borradores literarios de *Doña Toda de Larrea* y *El hijo del Fuerte*; los textos principales de *Doña Toda* son los que he denominado en otra ocasión B y C, que suman 14 capítulos, en algo menos de 300 cuartillas⁹. Están además las notas que recogen la documentación acumulada por el autor sobre aquella época, que se refieren a personajes históricos: los «Reyes Católicos», «La Beltraneja», «El duque de Alba»...; a diversos aspectos histórico-institucionales: «Villas de Guipúzcoa. Épocas de su fundación», «1483. Autoridades en Vitoria», «Diputación o Gobierno de la Provincia», «Bandos de Ayalas y Callejas»; o a datos varios de la vida intrahistórica: «Luto (siglo XV)», «Toros embolados (siglo XV)», «Letras iniciales (siglo XV)», «Mancebías en Vizcaya (siglos XV y XVI)», etc. La existencia de todos estos materiales confirma la minuciosidad de Navarro Villoslada a la hora de reconstruir la época novelada hasta en sus más pequeños detalles.

En cuanto al argumento, la acción de *Doña Toda de Larrea* se sitúa en las Provincias Vascongadas, en agosto de 1483. La reina Isabel la Católica está en Vitoria y todos los vizcaínos creen que irá a Bilbao para jurar sus Fueros (ya los había jurado en Segovia como heredera de Castilla, pero prometió hacerlo en el propio Señorío si llegaba a reinar). Sin embargo, existe una dificultad para ello, y es que en Bilbao vive una dama, doña Toda de Larrea, con la que tuvo ciertos amoríos don Fernando el Católico siete años antes, cuando visitó el Señorío en 1476, también para jurar los Fueros. Fruto de esa relación nació una niña, María de Aragón, conocida por todos como «la Excelente», por lo excelente de su sangre. Doña Toda, lejos de ocultar su falta, hace gala de ella, educando a la niña con todo el boato de una princesa y sin avergonzarse de cantar públicamente una copla que claramente pregona su paternidad:

Por mi gran fortuna
hame un gran Señor:
rey es de Castilla
y rey de Aragón.

⁹ Para más detalles, ver Mata Induráin, 1996a.

Como es lógico, doña Isabel no desea presentarse allí donde se dan unas pruebas tan manifiestas de la infidelidad de su esposo, así que ordena a su maestre-sala, don Gutierre de Cárdenas, que ponga remedio a esa situación. Cárdenas envía a Bilbao a dos hidalgos castellanos, Rodrigo de Quincoces y Pedro Ramírez, con la excusa de fletar un barco para Flandes, aunque solamente el primero conoce el objeto real de su viaje: encerrar a doña Toda en un convento o casarla con un hidalgo que, a cambio de una buena dote, acepte no salir de su apartado solar; al mismo tiempo, han de llevarle a la niña, la Excelenta, para darle la alta educación que le corresponde pues, aunque bastarda, no deja de ser una hija del rey. Quincoces ve la posibilidad de que sea el propio Pedro Ramírez, mozo casadero y enamorado, quien se convierta en el esposo de doña Toda. Pero toparán con la oposición de un caballero bilbaíno, don Martín de Munguía, quien —perdidamente enamorado de la dama, a pesar de los continuos desplantes que de ella ha recibido— no deja de amarla y solicitarla con tenacidad de vizcaíno, aspecto este que se explota humorísticamente en la novela¹⁰.

Tras una serie de episodios que ocurren durante la romería a la Virgen de Begoña, en las inmediaciones de Bilbao (y que sirven para introducir elementos vascongados: los trajes de los aldeanos, las comidas, los bailes como el *aurreku* o el *zortziko*), llegamos al desenlace: pocos días después de la romería, Quincoces, Ramírez, doña Toda y su hija la Excelenta marchan de excursión a una finca de la dama. Pero, en vez de entrar allí, Quincoces ordena a la caravana que pase adelante. Doña Toda se inquieta y trata de alborotar, pero el anciano castellano la acalla diciendo que Ramírez y él actúan por orden del rey, a cuya presencia deben conducirla, ya que don Fernando no la ha olvidado y la está esperando. Sin embargo, una jornada antes de

¹⁰ Sobre el vizcaíno como tipo cómico que aparece en diversos géneros literarios desde el Siglo de Oro —en especial por su incorrecto empleo del castellano— existe bibliografía: ver Legarda, 1953 o Bijuesca, 1998. A este respecto ha escrito Jon Juaristi (1999, p. 42): «Desde el Renacimiento, las mal trabadas razones de los vascongados han constituido uno de los más socorridos motivos cómicos de las letras españolas. ¿Cómo olvidar, por ejemplo, la airada perorata del escudero vizcaíno de *El Quijote*? En canciones quinientistas, faccias del Siglo de Oro y villancicos dieciochescos, vizcaínos y guipuzcoanos han hablado su torpe castellano para deleite de los lectores hispánicos. Pero el mal castellano de los vascos era un artificio literario tan convencional como el sayagués de las comedias pastoriles».

llegar a Madrigal, Quincoces cuenta la verdad a la dama: llevan a la niña para educarla en ese convento; ella puede elegir entre profesar también o casarse con don Martín, que la sigue fiel. En un principio, doña Toda escoge el matrimonio con el hidalgo bilbaíno, pero ante la perspectiva de tener que separarse definitivamente de su hija, decide quedarse con ella en el monasterio de Madrigal. Años después muere en brazos de su hija, que también ha profesado y ha sido nombrada abadesa. Con el tiempo la Excelenta pasa al monasterio de las Huelgas de Burgos, donde llegaría también a ser abadesa.

En una versión se apunta la posibilidad de una fuga de doña Toda con su hija a Vitoria, acompañadas por don Martín. Es posible que Navarro Villoslada tuviese intención de complicar la acción con nuevas aventuras, según era su forma habitual de proceder. Pero, en última instancia, el desenlace final habría sido el mismo: la reclusión de las fugitivas en el convento de agustinas de Madrigal de las Altas Torres.

5. DOÑA TODA DE LARREA Y LA DAMA DEL REY

La novela guarda indudable relación con una zarzuela de tema vascongado, *La dama del rey*, que con libreto de Navarro Villoslada y música de Emilio Arrieta se estrenó el 7 de septiembre de 1855 en el Teatro del Circo de Madrid, publicándose ese mismo año¹¹. Ambas obras coinciden no solo en la ambientación cronológica y espacial (los alrededores de Bilbao, cerca del santuario de Begoña, un día de romería, en la época de los Reyes Católicos), sino también en buena parte del argumento, como veremos.

En efecto, *La dama del rey* comienza con tres coros de Vendedoras, Mancebos y Ancianos que, tras anunciar la llegada de la reina a

¹¹ *La dama del rey*, zarzuela en un acto y en verso, letra de don Francisco Navarro Villoslada, música de don Emilio Arrieta, Madrid, José Rodríguez, 1855; reeditada en Francisco Navarro Villoslada, *Obras completas*, ed. de Segundo Otazu Jaurrieta, vol. III, Pamplona, Mintzoa, 1992, pp. 15-52. Sobre esta pieza ver Premín de Iruña (pseudónimo de Ignacio Baleztena), 1949; y Cotarelo y Mori, 1934, pp. 515-516 (reproducido también en 1934, pp. 631-632). En la Biblioteca Nacional de España (Madrid) se conserva un parte de apuntar de *La dama del rey* (Sección de Música, sign. M 4.032). Asimismo, entre los fondos de la Sociedad General de Autores Españoles existe una versión de la partitura para piano y voz y otra para orquesta pequeña.

Vizcaya para jurar los Fueros del Señorío, entonan el coro «Árbol santo de Guernica»:

Árbol santo de Guernica,
de los cántabros solaz,
a tu sombra se guarece
nuestra dulce libertad.
¡Oh, bien hayan los monarcas
que a tu trono secular
la potente mano tienden
con munífico ademán!
Se ve entonces tu ramaje
de alborozo retemblar.
¡Corazón eres de un pueblo:
lo que él viva, vivirás!

Al caballero don Martín, enamorado de la villana Lucinda, le corresponde el alto honor de abrir el baile de la romería, eligiendo la pareja que desee; al declarar que será Lucinda, la condesa de Larrea, que quiere a don Martín, se siente desechada y pide a Andrés, el criado del caballero, que trate de enemistarlo con su amada. Pese a las protestas de Lucinda, consciente de la distancia que le separa del caballero, don Martín la elige como tenía pensado para abrir el baile; entonces la condesa de Larrea, celosa, los interrumpe y calumnia a la muchacha en público. Se sabe que hace siete años estuvo el rey don Fernando en Vizcaya y tuvo amores con una dama. Como Lucinda cuida a María —una niña de unos seis años, que le fue entregada por su madre para ocultar su deshonra—, la condesa manifiesta delante de todos que Lucinda es la dama del rey; según ella, así lo prueba el hecho de que la villana quiera a María como una madre a su hija.

Mientras tanto, la reina Isabel, enterada de la infidelidad de su esposo, ha enviado emisarios a Vizcaya en busca de la madre y de la niña, para casar decorosamente a la una y procurar el bienestar de la otra. Algunos de los rumores que circulan ahora señalan que la madre de la niña es la condesa: Pancracio, uno de los enviados, posee un retrato de la dama, que de hecho coincide con sus señas. Al verse en la necesidad de defender su honor amenazado, Lucinda afirma que fue la condesa quien le entregó a la niña. Pero al final la de Larrea confiesa la verdad y todo se aclara: la madre de María, la verdadera dama del rey, no fue ella, sino una hermana gemela suya que ya mu-

rió; agradece a Lucinda que haya guardado el secreto durante tantos años y, renunciando a su amor, le pide que se case con don Martín. Aparece en última instancia la reina, que une las manos de los prometidos, y el coro entona el *zortziko* final, que insiste en el juramento de los Fueros por doña Isabel:

La reina bienhechora
los santos fueros
viene a jurar.
Saluda a tu señora,
la buena madre,
feliz solar.
Trono un peñasco pobre:
copudo roble
será el dosel.
Latidos las entrañas
de las montañas
den a Isabel.

La relación entre ambas obras es patente: novela y zarzuela coinciden en lo esencial de la acción, la existencia en Bilbao de una «dama del rey» (en el sentido clásico de la palabra: ‘amante, manceba’) y de su hija; también en la importancia estructural de la escena del baile (en la novela importa saber si doña Toda baila con don Martín o con Pedro Ramírez, rivales por conseguir el amor de la bella vizcaína); e igualmente en los nombres de los protagonistas: la condesa de Larrea / doña Toda de Larrea; don Martín / don Martín López de Munguía; María / María de Aragón, la Excelenta. Por el contrario, en la obra narrativa se elimina todo lo relativo al personaje de la villana Lucinda, así como la historia, harto melodramática, de la hermana gemela de la de Larrea. Aunque no es posible saberlo a ciencia cierta, parece bastante razonable pensar que Navarro Villoslada preparó primero el libreto de la zarzuela y que entonces, al darse cuenta de las posibilidades del tema y de la historia esbozada, trató de desarrollar la misma acción por extenso, en forma narrativa, conservando algunos de sus personajes con sus mismos nombres y funciones. En ese caso, podríamos situar las primeras redacciones de *Doña Toda de Larrea* en torno al año 1855.

6. HISTORIA Y FICCIÓN EN *DOÑA TODA DE LARREA*

La historia que aquí novela Navarro Villoslada —los amores del Rey Católico con una dama bilbaína y la existencia de una hija natural— presenta grandes visos de verosimilitud. En primer lugar, resulta conocido el carácter rijoso de don Fernando, tal como señalan los propios cronistas de su reinado. Así, Hernando del Pulgar dejó escrito que «amaba mucho a la reina su mujer, pero dábase a otras mujeres». Por su parte, fray Hernando de Talavera reprendía en 1475 al monarca diciéndole que había de ser «mucho más entero en el amor y acatamiento que a la excelente y muy digna compañera es debido». «Con diecisiete años de edad, [...] había tenido ya dos hijos bastardos: Alfonso y Juana», escribe Luis Suárez Fernández¹². Y respecto a sus infidelidades amorosas, esto es, sus aventuras amorosas después de su matrimonio con doña Isabel, Joseph Pérez indica: «Después de su boda, Fernando tendría dos hijas naturales más llamadas ambas María de Aragón, que serían religiosas en Santa María de Gracia, convento de agustinas de los alrededores de Madrid»¹³.

La historia de los amores con la dama bilbaína era, pues, bien conocida. Veamos por ejemplo esta nota de Juan E. Delmas, que coincide plenamente con el argumento de la novela de Navarro Villoslada:

Larrea, Toda de.— Señora principal bilbaína, que en ocasión en que el rey don Fernando el Católico hizo estancia en la villa de Bilbao (1476) y luego de jurar los Fueros en Guernica, fue por él requerida de amores y muy solicitada, quedando encinta y dando a luz una niña que se llamó María, a la que apodaron *La Excelente* y a quien su madre crio sigilosamente. Ocurrió un regocijo público por un buen suceso que obtuvo la corona, y saliendo doña Toda con sus vecinas a bailar en la plaza, según era usanza en Bilbao, tuvo la debilidad de cantar esta copla: «Por mi gran ventura / hame un gran señor, / rey es de Castilla, / y eslo de Aragón». Súpolo la reina Isabel; y enviando ciertos caballeros a Bilbao con el falso propósito de que iban de paso a las guerras de Flandes, pidieron licencia a doña Toda para pasar una tarde a visitarla y despedirse de ellas, regalando algunas joyas a la madre. Esta, que vivía en la torre del Portal de

¹² Suárez Fernández, 1992, p. 46.

¹³ Pérez, 1988, p. 85. Doña Toda y su hija María de Aragón aparecen mencionadas varias veces en la obra de Fernando Vizcaíno Casas *Las mujeres de Fernando el Católico* (1988).

Carnicería Vieja, donde edificó su casa Diego de Echabbarri, observó que antes de amanecer el siguiente día llamaron a la puerta, y mandándola abrir penetraron en la habitación aquellos caballeros a cumplir con la promesa de la despedida, pero también a secuestrarlas, porque tapándoles la boca a la madre y a la hija, y sin que nadie lo observase, las transportaron, en acémilas preparadas en la calle, al monasterio de Madrigal, donde la Escelenta llegó a ser abadesa. Pasado algún tiempo y como ocurriesen en la real comunidad de las Huelgas de Burgos sucesos que la alborotaron, fue enviada por orden del emperador Carlos V, para que los apaciguase, nombrándola abadesa, donde murió. De la madre jamás se tuvo la menor noticia¹⁴.

Invencciones de Navarro Villoslada son, claro está, los distintos lances y episodios que ocurren en torno al personaje ficticio de Pedro Ramírez, como su enamoramiento de doña Toda y su rivalidad con don Martín de Munguía; pero todas esas aventuras inventadas son precisamente las que permiten el desarrollo de una novela histórica que, por lo demás, se basa en hechos realmente ocurridos o, cuando menos, altamente verosímiles.

Todo eso por lo que respecta a la historia particular de la protagonista. En cuanto al fondo histórico, la época de los Reyes Católicos —y, en concreto, la presencia de doña Isabel en Bilbao en 1483 para jurar los Fueros del Señorío de Vizcaya—, también está reconstruido con máximo acierto. Como suele ser práctica habitual en las novelas de Walter Scott, se ofrece al principio un cuadro panorámico de la época, a modo de telón de fondo, que en nuestro caso lo constituyen las luchas banderizas del País Vasco, recién apaciguadas por los Reyes Católicos; así se hace constar desde el principio:

Verdad es que se disfrutaba de paz y sosiego en el país; pero estaba tan fresca la guerra sostenida por sus naturales contra Francia y tan mal extinguidos los bandos y parcialidades, que procuró sofocar Enrique IV derribando hasta cierta altura los castillos y casas fuertes de los parientes mayores, que todo era preciso para atravesar con seguridad las llanuras de Álava, las gargantas de Guipúzcoa y las montañas de Vizcaya desoladas por Oñacinos y Gamboinos, Leguizamones y Avendaños, Ayalas y Callejas.

¹⁴ *Biografía de Claros varones de Vizcaya por D. Juan E. Delmas*, vol. IV, p. 121. Ver una nota similar en el *Diccionario Enciclopédico del País Vasco*, vol. VI, p. 129, sobre la hija, María Larrea.

Además, las páginas de la novela aparecen salpicadas por continuas referencias a hechos o personajes históricos concretos, que aumentan el grado de verosimilitud. Se habla, por ejemplo, del derribo de las torres de los nobles vascos en tiempos de Enrique IV (como en la cita anterior: el novelista lo atribuye al rey castellano, en vez de a las Hermandades de las villas), de la concesión a Bilbao en 1475 del título de Noble Villa, de la presencia del rey en Guernica en 1476 para jurar los Fueros, de la guerra contra Francia ese mismo año, de la armada fletada en las costas vascas para apoyar la Reconquista, de la división del Señorío en anteiglesias, de los cargos desempeñados por los Fieles Regidores; y se menciona a Gutierre de Cárdenas, maestre-sala de los reyes, a Juana la Beltraneja, al príncipe de Viana, etc. En conjunto, Navarro Villoslada nos ofrece una buena descripción de la situación histórico-política del Señorío de Vizcaya en ese tiempo, adherido de forma incondicional a doña Isabel y don Fernando desde el primer momento¹⁵.

Los Reyes Católicos aparecen en la novela como los artífices de la unidad nacional, poniendo paz entre los bandos y articulando los distintos territorios peninsulares. Ahora bien, dado que Fernando el Católico fue quien acabó unos años después con la independencia del reino de Navarra, resulta obvio que Navarro Villoslada no podía presentarlo con connotaciones totalmente positivas. De ahí que se destaque sobre todo la figura de la reina doña Isabel; aunque no es personaje protagonista, se habla de ella con frecuencia, siempre en tono idealizado, casi como si fuera una santa: es un «ángel de bondad y de justicia que se sienta en el trono de Castilla», una «magnánima y discretísima señora», «gloria de Castilla, consuelo y regocijo de los pueblos». No solo da en su Corte ejemplo de gravedad y recato, sino que se alaba además su «clarísimo ingenio»: sabe latín e impulsa el conocimiento de las humanidades entre sus damas. Más que bella, pasa por ser la mujer más hermosa de la Cristiandad. Pero su belleza femenina no está reñida con su «varonil resolución» para acudir solícita a remediar todos los males de sus pueblos: incluso cuando estaba embarazada no tenía inconveniente en viajar para acercarse a los campamentos y dar ánimo a sus soldados. Así nos la presenta el narrador:

¹⁵ Ver Sarasola, 1950.

La reina católica, que fue el primer hombre de España, sin dejar de ser la mujer primera de su siglo, tenía con su nombre, con sus hechos y su hermosura electrizados a todos sus vasallos. Los malos y soberbios la temían, los buenos y humildes la adoraban; los vascongados simpatizaron al punto con aquel espíritu recto, flexible y agudo como acero damasquino; con aquella voluntad pura, noble, inalterable como el diamante.

Todos, pero en especial los vizcaínos, sus vasallos más fieles, adoran e idolatran a doña Isabel: para ellos, su palabra es ley y basta escucharla para que sea obedecida.

El Rey Católico queda relegado a un segundo plano. Se elogia, por ejemplo, su bizarría y su valor en el combate: don Fernando es «el caballero más cumplido de sus reinos», «el más perfecto caballero de reinos que hicieran la flor de la caballería»; de «modales vivos y graciosos» y «continente gallardo», «es tan bizarro en la Corte como fuerte y sufridor de trabajos en el campo». Pero ha de tenerse en cuenta que todo el argumento de la novela se basa en el fondo en una de sus infidelidades amorosas, circunstancia que de forma tácita e indirecta —aunque no se exprese explícitamente— rebaja sin duda la categoría heroica del monarca, cuyo talante moral no resulta ni con mucho tan modélico como el de su esposa. Por eso también, en vez de alusiones específicas a don Fernando, son más frecuentes las referencias conjuntas a los dos esposos, como en este diálogo: «—Con vasallos como vos no puede haber malos monarcas en el mundo», comenta Pedro Ramírez, y un vascongado le responde: «—No habéis de decir eso, sino que con reyes como los nuestros no puede haber malos vasallos».

Vamos viendo que tanto los hechos que dan pie al argumento de la novela como el fondo histórico de la misma cuentan con una sólida base en la realidad. Pues bien, el relato es igualmente histórico en la «reconstrucción arqueológica» que lleva a cabo el autor, es decir, en la captación del espíritu o ambiente de aquella época pasada. Esa tarea de reconstrucción se manifiesta en la descripción detallada de armas, vestidos, mobiliario, edificaciones y costumbres sociales, que en ocasiones lleva aparejado el empleo de un léxico específico, patente de forma clara en el caso de las armas: *arnés, lanza, casquete, coraza, ballestas, arcabuces, paveses...* Ese mismo léxico especializado forma otros campos semánticos, como el de los tributos, el de las monedas,

el de la organización social u otros. Por ejemplo, al describir el puerto de Bilbao, el autor no se limita a decir que estaba lleno de embarcaciones, sino que distingue entre «carabelas y carabelones, galeras y galeones, fustas, pinazas y naos de gavia y de remo». Igualmente, al hablarse de los vestidos de los personajes, siempre se especifican calidades, materias o procedencias («una gorra de Milán con pluma y cintillo», un «tabardo de paños sin bordados»...). Esta es la descripción completa del traje y los adornos de doña Toda:

Vestía la dama brial azul de terciopelo liso, con tabardo de brocado de pelo carmesí con mangas bobas. La camisa bordada con sedas de colores asomaba un poco por el escote hasta la garganta. Caíanle hasta los hombros tocas blanquísimas y pendiente de ellas sobre el pecho una joya de oro con una F mayúscula de esmalte rosicler, que debía ser inicial del nombre de una persona querida, según la moda de aquellos tiempos.

La misma precisión apreciamos en la descripción arquitectónica del antiguo «Bilbao de las Siete Calles», muy lograda: entre otros lugares, se mencionan en la novela la torre de Arbolancha, la de Leguizamón, el puente de San Antón, la iglesia de Santiago, la de San Antonio, el arrabal de Achuri, el Arenal, el Portal de Arbolancha, el de Zamudio, la plazuela de Santiago o la calle de la Carnicería Vieja. Pero no solo se mencionan; algunos edificios, como la casa de doña Toda, aparecen descritos con sumo detalle, en su apariencia exterior y en los elementos de decoración que incluyen: se habla de «sillones de baqueta y bancos de nogal», «ricos tapices de Bruselas», «espejos venecianos» y «doseles o palios de damasco con franjas y rapacejos de oro». Como en sus otras tres novelas históricas, Navarro Villoslada es muy riguroso en todas sus descripciones, lo que contribuye poderosamente a dar sensación de autenticidad, aunque se corra el riesgo de que todas esas incrustaciones de signo erudito supongan una rémora para el normal desarrollo de la acción propiamente novelesca.

Respecto a las fuentes manejadas por el autor, se cuentan entre ellas historias de España, biografías de los Reyes Católicos y crónicas de su reinado y también obras de referencia sobre Navarra y las Provincias Vascongadas: Mariana, Garibay, Pulgar, Enríquez del Castillo, Prescott, Yanguas y Miranda, Iturriza... Como le indicaba Vivanco en su carta, todo un arsenal de datos y noticias curiosas lo pudo encontrar en *Las Bienandanzas e Fortunas que escribió Lope García de Sala-*

zar estando preso en la su torre de Sant Martín de Muñatones¹⁶, así como en las obras de Llorente¹⁷ y el Padre Henao¹⁸. Para las descripciones de lugares (también es rigurosa la localización espacial, con mención de abundantes topónimos de la zona: Abando, Guernica, Begoña, Villaro, los ríos Nervión, Cadagua e Ibaizábal, montes como Artagán, Zarantes, Meazábal o Altamira, la ermita de Santo Domingo, etc.) usó con seguridad el *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, de Pascual Madoz¹⁹ y, probablemente, el *Diccionario histórico-geográfico del País Vasco* publicado por la Real Academia de la Historia²⁰.

7. TÉCNICAS NARRATIVAS

En *Doña Toda de Larrea* encontramos el habitual narrador omnisciente en tercera persona que maneja a su antojo todos los hilos de la novela: cede la palabra a los personajes, dosifica la información para mantener la intriga y guía al lector, como si dijéramos, de la mano, mostrándole los puntos de interés en que debe fijarse. Su presencia organizativa resulta patente merced a la inclusión de muletillas del tipo «nuestros viajeros», «nuestros dos amigos», «la tarde en que da principio nuestra historia», «el excesivo lujo de que en otro capítulo nos hemos hecho cargo», «nuestro conocido y olvidado José Antón de Goyescogoechea», «la conversación que hemos visto»... Es un narrador que entabla diálogo con el narratario y que no ahorra alusiones de este estilo: «Con estos antecedentes ya puede comprender el lector qué impresión haría en el ánimo del mesonero de San Antón [...] la pregunta del joven hidalgo»; «Ya presumirá el lector que los suspiros no salían del lecho de Rodrigo de Quincoces»; «Nuestros lectores pueden imaginar que no echaría en saco roto este consejo».

¹⁶ Existe edición facsímil (Bilbao, Editorial Amigos del Libro Vasco, 1985, col. «Antiguos Recuerdos de Vizcaya», vols. I-IV) de la de Madrid, Librería de Gabriel Sánchez, 1884.

¹⁷ Juan Antonio Llorente, *Noticias históricas de las Provincias Vascongadas en que se procura investigar el Estado civil antiguo de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya y el origen de sus Fueros*, Madrid, Imprenta Real, 1806-1808, 5 vols.

¹⁸ Gabriel de Henao, *Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria*, Zaragoza, Juan Lanaja, 1637; Salamanca, por Eugenio Antonio García, 1691.

¹⁹ Madrid, Tipografía Madoz y Sagasti, 1845-1850, 16 vols.

²⁰ Madrid, 1802, 2 vols. Existe edición facsímil, Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, 1968.

La presentación de la historia es lineal, sin que se den casos de prolepsis o *flash-back*; se sigue el orden cronológico de los sucesos, que no se dilatan demasiado en el tiempo: toda la acción se encierra entre los días 14 y 17 de agosto de 1483, dejando aparte las jornadas finales que dura el viaje hasta Madrigal, que es un tiempo elidido.

Es un narrador que de vez en cuando introduce afirmaciones de tono moral y validez universal como comentario a sucesos particulares que ocurren a los personajes. Es además consciente de la distancia temporal que le separa de la época narrada, y él mismo lo pone de manifiesto, comparando «estos siglos civilizados» con los pasados tiempos de barbarie de la Edad Media. Otras alusiones anacrónicas al hoy del autor se aprecian cuando compara el trato amable del mesonero José Antón con «la interesada afabilidad de nuestros modernos posaderos», o cuando afirma taxativamente: «Los señores de entonces no hacían consistir su dignidad en dos horas de antesala. Tenían más confianza en su propia fuerza y menos acreedores que los de ahora».

Una técnica muy frecuente en la novela histórica romántica española (en *Doña Blanca de Navarra* la usa con profusión el propio Navarro Villoslada) era la mención de crónicas que el narrador-autor fingía seguir, valiéndose también en ocasiones de la superchería de los «papeles hallados»: la historia que contaba no era original suya, sino que la había encontrado casualmente y se limitaba a darla a las prensas. En *Doña Toda de Larrea* solo se habla en determinado momento de los «acontecimientos que estamos desenterrando del sepulcro de las crónicas», alusión que, por otra parte, puede referirse a las crónicas históricas reales. Otra estructura narrativa muy repetida era la ocultación de la verdadera personalidad de alguno de los personajes: aquí, Rodrigo de Quincoces y los lectores saben muy pronto que doña Toda es la madre de la Excelenta, no así el cándido Pedro Ramírez. Algunos objetos empleados con valor simbólico —otro recurso habitual en el género— son la sortija que da Ramírez al pescador, el ramillete de flores que desea la Excelenta, el collar que llevan madre e hija con la inicial F o el que da Pedro Ramírez a la niña con las iniciales F e I. En cambio, no se recurre, como en muchas otras novelas del género y de la época²¹, a la entrada de elementos de superstición popular.

²¹ Ver Mata Induráin, 1995b (2.^a ed., 1998).

8. PERSONAJES

Son en general tipos planos, de una sola cara, que no evolucionan a lo largo de la novela, ya que el autor apenas se detiene en la introspección psicológica. El más destacado es, sin duda, el de Pedro Ramírez, «mozo galán, vivaracho y ambicioso», cortés y discreto, pero ingenuo, que desde el principio se gana todas las simpatías del lector. Calificado como «el discurredor, el de ingenio travieso», dotado de «imaginación vivísima», aparece caracterizado como un caballero andante, adornado con algunos rasgos quijotescos como el de su extremada cortesía con las damas, que repercuten en el nivel de la expresión²². Su compañero, el sensato Rodrigo Pérez de Quincoces, «gordo como un prior, sesudo como un flamenco y callado como un tronco», es el reverso de la medalla, su complemento perfecto: «Él habla, yo ejecuto», afirma este último. Dotado de un instinto penetrante, representa la astucia de la madurez; además, como indica Ramírez, es «más largo de manos que de lengua, más buen ejecutor que orador». En fin, doña Toda de Larrea es la más hermosa dama de Vizcaya, «un verdadero portento de hermosura» (solo comparable con la de la reina doña Isabel). Simboliza también el amor maternal, pues defiende a su hija María como una leona a sus cachorros, sin consentir en separarse de ella. Su carácter altivo y desdeñoso con don Martín y con todos sus pretendientes no es en el fondo más que vanidad, al sentirse herida en su orgullo por el olvido del rey don Fernando.

Junto a estos tres personajes principales, encontramos en la novela algunos otros interesantes en su tipicidad. Martín López de Munguía es el constante y orgulloso enamorado de doña Toda, «franco y sencillo en extremo, liberal y generoso», pero terco y cabezón a fuer de vizcaíno: «Yo no mudo nunca de parecer» es frase que define perfectamente su carácter obstinado. Su tío Juan de Arbolancha se caracteriza por dos rasgos, la profunda religiosidad y su generoso sentido de la hospitalidad; es además un padre amoroso cuya casa constituye «un modelo de buenas costumbres». Por último, Leonor, su joven hija, pone la nota melancólica con sus miradas lánguidas, al verse desdeñada en su amor por su incorregible primo Martín.

²² Para este aspecto, ver Mata Induráin, 1997d y 1999a.

9. PECULIARIDADES Y RASGOS ESTILÍSTICOS

Doña Toda de Larrea presenta las mismas características que las otras tres novelas históricas de Navarro Villoslada. Por ejemplo, el gusto por ambientar la acción en una época de división y crisis o el sentido providencialista de la historia (el ascenso al trono de los Reyes Católicos es providencial para conseguir la unidad católica de España). Dos características peculiares del novelar del vianés, que aparecen aquí confirmadas, son la importancia estructural de los diálogos, casi siempre ágiles y amenos, y la inclusión de rasgos humorísticos. Así, la presencia de personajes vizcaínos se explota cómicamente, bien por sus mal concertadas razones al hablar en castellano: «—Escarricasko, jauna [...], noticias traes, que vizcaínos para, más que vale plata»; bien por la longitud de sus apellidos, como el de José Antón de Goyeascogoechea, que suscita este comentario de Pedro Ramírez: «—¡Diablo! [...] Dicen que Jerjes sabía de memoria los nombres de todos sus soldados: a buen seguro que los soldados de Jerjes no eran vizcaínos». Otro rasgo estilístico es la influencia cervantina, que se detecta en el empleo de algunas expresiones como *gritos descomunales*, *cepos quedos*... o de refranes y frases hechas que esmaltan el discurso del narrador y de los personajes («echar la cuenta sin la huéspedea» o «no os arriendo la ganancia» son dos de las favoritas de nuestro escritor).

Como es sabido, Navarro Villoslada fue nombrado miembro honorario de la Asociación Éuskara de Navarra —promovida en Pamplona por Juan Iturralde y Suit y Arturo Campión— en reconocimiento al sentimiento vascófilo que impregnaba todas las páginas de *Amaya*, un «centón de tradiciones éuskaras», según definición de su propio autor. Su publicación coincidió con un momento histórico crítico —tras la derrota carlista en 1876 y la subsiguiente abolición de los Fueros vascos— en que la identidad cultural vasco-navarra se veía seriamente amenazada. No extrañará, por tanto, que la aparición de *Amaya* fuera saludada con entusiasmo por los sectores tradicionalistas de las Cuatro Provincias y que su autor fuera aclamado como «el Walter Scott de las tradiciones vascas» o, con mayor exageración, como «el Homero de Vasconia». En cualquier caso, puede afirmarse, sin lugar a dudas, que *Amaya* marcó un importante hito en el terreno

de la literatura fuerista, sirviendo de modelo de inspiración para numerosos literatos de épocas posteriores²³.

Pues bien, al igual que hiciera en *Amaya*, el escritor de Viana exalta también en esta nueva novela el carácter del pueblo vascongado, que conserva inalterada la pureza de sus costumbres; unas costumbres sencillas y nobles que se han mantenido incólumes a lo largo de los siglos porque constituye aquel un país idólatra de sus tradiciones. Los vascongados, aquí en concreto los vizcaínos²⁴, dóciles y respetuosos siempre con sus superiores, son presentados en *Doña Toda de Larrea* como los vasallos más leales con que cuentan los Reyes Católicos: ellos fueron los primeros que se alzaron para defender a doña Isabel y don Fernando en los años indecisos de la lucha por la sucesión de Enrique IV en Castilla. Nadie les gana en lealtad y amor a sus monarcas; a Isabel, en concreto, más que amarla, la idolatran. Ahora bien, ese respeto hacia las autoridades (los reyes, los Fieles Regidores de las anteiglesias...) se extiende en general a todas las personas mayores, constituyendo algo sagrado, como se explica a los forasteros:

—Aquí el respeto de los muchachos principia por el padre de familia, llamado *echecojauna*, señor de casa, y acaba por el señor del país, a quien vosotros llamáis rey, o por mejor decir, acaba por el Señor de lo Alto, Jaungoicoa, único nombre que aquí damos a Dios. Señor es el padre, señor el rey, señor es Dios.

Se alude a la belleza de las mujeres de la tierra (en especial a la de doña Toda) y a la hidalguía universal de los vizcaínos: «—¿Pues no sabéis que aquí todos somos nobles?», comenta don Martín a Ramírez; y a continuación se lo aclara con estas palabras:

—Es fuero fundado en que la nobleza consiste en la antigüedad y limpieza del solar; ¿y qué pobre vizcaíno dejará de probar que descende de sangre no contaminada con la de los moros, godos y romanos, que jamás han poblado estas montañas? Nosotros los caballeros no les llevamos más

²³ A este respecto puede consultarse Juaristi, 1987, y el capítulo «Vascomanía» de su libro *El bude melancólico* (1997, pp. 35-63; especialmente, sobre el de Viana, pp. 39-43).

²⁴ Puede verse en el libro de Legarda (1953) la revisión de varios tópicos sobre el vestido, la belleza de las mujeres, la hidalguía universal, el mal castellano hablado por los vizcaínos, etc.

ventaja que en la hacienda; en haber dejado de gastar abarcas algunos años antes.

Ese «igualitarismo democrático» se aprecia también en el baile, donde los nobles no tienen inconveniente en codearse con los villanos. El narrador-autor apostilla que «aun hoy día, en que se hacen sentir más las diferencias sociales, la más encopetada señora del país no desairaría nunca al que la pidiese para el baile aunque fuese el labrador más humilde».

Otro rasgo notable del carácter vascongado es la hospitalidad sin límites: Juan de Arbolancha reprocha a Ramírez y Quincoces que se hayan alojado en el mesón en vez de acudir directamente a su palacio; el Fiel Regidor tiene la casa llena de invitados para la comida de la romería, pero todavía le parecen pocos (igual que a Miguel de Goñi en *Amaya* cuando la boda de su hijo Teodosio). Ese proverbial sentido de la hospitalidad va unido al patriarcalismo y al profundo espíritu religioso de los vascos. Por ejemplo, al describir la romería a la Virgen de Begoña (que sirve de paso, como ya apunté, para introducir varios apuntes folclóricos sobre el traje, la música del silbo y el tamboril o el baile del *auresku* y el *zortziko*) comenta el narrador:

Todos se dirigían al célebre santuario y, desde el punto mismo en que por primera vez se aparecía a sus ojos, todos se descubrían la cabeza y hacían la señal de la cruz, y rezaban una Salve a la Virgen, Nuestra Señora.

En fin, también se destacan las armonías del vascuence, «cuya antigüedad le hace parecer hermano de todos los idiomas primitivos». De hecho, en la novela se incluyen algunas palabras y expresiones vascas, cuya traducción se consigna al lado, si no es que queda aclarada por el contexto: *mutil* ‘muchacho’, *Zenaide zu*²⁵ ‘¿Qué desea?’, *nescacha polita* ‘muchacha bonita’, *Escarricasko*, *jauna* ‘gracias, señor’, *sagardua* ‘sidra’, *echecojauna*, *Jaungoicoa*, *motzas*, *zorico*, *aurescu*; incluso se juega con el significado aproximado en vascuence del apellido de la protagonista, *Larrea*, al comentarse que doña Toda es dura y espinosa con los hombres (esto es, ‘esquiva’) como una zarza.

²⁵ Navarro Villoslada escribe así, seguramente de oído, la expresión «Zer nahi duzu?».

NAVARRO VILLOSLADA, POETA¹

Además de otros variados géneros literarios, Navarro Villoslada cultivó también la poesía lírica. Sin embargo, esta actividad poética del de Viana es, sin duda alguna, una faceta prácticamente desconocida, para el público en general y para la crítica especializada en particular. La he intentado recuperar en este libro, ofreciendo en el corpus completo de sus poesías (todas las que publicó en vida y varias más que dejó inéditas). Y, dado que apenas se había comentado nada de la faceta de Navarro Villoslada como poeta, he querido que el análisis que precede a los textos de sus composiciones líricas, fuese bastante detallado, dando un comentario temático, métrico y estilístico de esos poemas.

1. NAVARRO VILLOSLADA, POETA

En el número de *Pregón* de 1968 José María Corella ofrecía un artículo titulado «Navarro Villoslada, autor dramático», queriendo resaltar con ese epígrafe que el de Viana también había escrito piezas dramáticas. Pues bien, me ha parecido oportuno calcar el título para destacar ahora la actividad poética de nuestro escritor: Navarro Villoslada también fue poeta, aunque en las historias de la literatura española casi nunca se suele mencionar esta faceta. Igualmente, en las antologías de poesía española, en general, o específicas del siglo XIX², ni es mencionado ni se incluye ninguno de sus poemas. Es más, ni siquiera todos los críticos que han estudiado la historia literaria de

¹ Adapto aquí las páginas introductorias de Francisco Navarro Villoslada, *Obra poética*, estudio preliminar y edición de Carlos Mata Induráin, presentación por Kurt Spang, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1997, concretamente las pp. 23-24 y 27-54.

² Así sucede con el libro *Poesía española del siglo XIX*, ed. de Jorge Urrutia, Madrid, Cátedra, 1995, que incluye sin embargo poesías de otros autores mucho menos conocidos.

Navarra y que, por tanto, han dedicado unas líneas al escritor vianés, dicen algo al respecto (así sucede, por ejemplo, en la antología realizada bajo la dirección de Ignacio Elizalde). Por supuesto, no es que Navarro Villoslada sea el primer poeta del momento en que vivió, eso es evidente; pero cuando menos debería conocerse que escribió poesía y que, si no todas, algunas de sus composiciones poseen cierta calidad y algunos aciertos notables.

Así pues, esta parte de su producción no había sido estudiada hasta ahora. Todo lo más, se pueden espigar algunas breves opiniones de quienes han hablado de él: Ferrer del Río, en 1849, ya señaló que había escrito «varios ensayos dramáticos y algunas poesías notables»³; Laurentino María Herrán⁴ indica que fue «menos poeta que novelista», pero «sin embargo, también escribió versos aceptables»; Manuel Iribarren indica que «fue un correcto y entonado poeta» y añade: «Su “Oda a la Virgen del Perpetuo Socorro” es buena prueba de su inspiración y capacidad poética»⁵; Celia López Sainz señala: «Como poeta cultivó con fortuna la oda heroica y la sagrada; también la sátira, que lanzó contra sus enemigos»⁶; en fin, José Ramón de Andrés Soraluze afirma que «la poesía es consustancial al arte de Villoslada»⁷. Así es, si tenemos en cuenta las numerosas poesías que esbozó, especialmente en sus años de juventud, y que se conservan entre los papeles de su Archivo⁸ (son, sobre todo, anacreónticas que siguen el modelo de Meléndez Valdés, o versos de entonación patriótica, cuyo modelo sería Quintana). El Padre Juan Nepomuceno Goy, que pudo manejar esa documentación, fue el primero en llamar la atención al respecto:

³ *Álbum biográfico*, Madrid, Oficinas del *Semanario Pintoresco Español*, 1849, p. 87.

⁴ Herrán, 1955, p. 382. Reproduce algunos versos «Las ermitas», indicando que es una composición «curiosa por su tono polemista frente a la concepción inglesa de la vida, en que hace la apología de las ermitas marianas que siembran el suelo de España».

⁵ Iribarren, 1970, pp. 157-158.

⁶ López Sainz, 1977, p. 383.

⁷ *Gran Enciclopedia Navarra*, vol. VII, p. 110.

⁸ El Archivo de Navarro Villoslada, conservado hasta fecha reciente por sus bisnietos, los Sres. Sendín Pérez-Villamil, en Madrid y Burgos, fue cedido a la Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Navarra —con motivo del Centenario de 1995—, donde actualmente me ocupo de su estudio y catalogación. Una vez más debo recordar la generosidad de los descendientes del escritor, que me han dado todo tipo de facilidades para cuantas investigaciones he emprendido sobre su ilustre antepasado.

De Navarro Villoslada poco o casi nada se ha escrito hasta ahora. Pero aun entre los que le conocen por orales referencias serán contados los que se hayan formado de él una idea justa como poeta. [...] Villoslada fue poeta, y poeta fecundísimo, y poeta verdaderamente inspirado. Hasta cierta época, muy cerca del 50, escribió versos, iba a decir a granel⁹.

Este trabajo pretende, por tanto: 1) dar el corpus completo de las poesías líricas publicadas de Navarro Villoslada¹⁰ (que se encuentran dispersas en diversas revistas, algunas de carácter local como *La Avalancha*, la *Revista Euskara* o *Euskal Erria*, y otras cuya consulta solo es posible en hemerotecas: *Boletín del Instituto Español*, *El Arpa del Creyente*; al final, en la Bibliografía, doy las referencias completas de dónde se localizan); 2) añadir algunos textos inéditos especialmente interesantes por su calidad o por su valor documental; y 3.º) ofrecer un intento de ordenación temática del conjunto de su poesía, con una breve glosa o comentario de cada composición.

2. LA PRODUCCIÓN POÉTICA DE NAVARRO VILLOSLADA

En total ofrezco 31 poemas publicados y 23 inéditos. Todos ellos podrían agruparse por sus temas en varios apartados que, de mayor a menor importancia, serían: 1) poemas de tema religioso; 2) poemas de tema moral; 3) poemas de tema político; 4) poemas «de circunstancias»; 5) poemas amorosos; 6) poemas satíricos y burlescos; 7) otros poemas varios. Veamos:

2.1. Poemas de tema religioso

En la temática religiosa encuentra el escritor de Viana su vena más inspirada. Conociendo su carácter y su pensamiento, no extraña que así sea. Incluyo en este apartado los números 5, 15, 17, 18, 19, 20, 23, 28, 31, 49, 50, 51, 52, 53 y 54. Algunos de sus títulos son ya bien

⁹ *La Avalancha*, 1914, pp. 113-114. Comenta además: «¿Quién dirá que no era poeta el autor del “Himno a Calderón”, de una contextura tan recia, tan viril, tan limpia de ripios banales, que recuerda las más lapidarias estrofas de Núñez de Arce?». Y añade más tarde (*La Avalancha*, 1914, p. 246) que en los años 40 Navarro Villoslada escribió «un lujoso tren de poesías, algunas de ellas dignas de asomarse a la posteridad sin sonrojo, antes con mucha ufanía».

¹⁰ Excluyo su ensayo épico *Luchana*, que es poesía narrativa: un largo poema en endecasílabos heroicos, distribuidos en tres cantos.

significativos; así, escribió una «Oración para después de haber comulgado» (núm. 18), que es una lira, dividida en 10 formas paraestróficas con la rima habitual 7a 11B 7a 7b 11B, que presenta los beneficios que el Cuerpo de Cristo, verdadero alimento espiritual del cristiano («dulce manjar»), reporta a su alma:

Dentro de mí no cabe
el gozo en que rebosan mis entrañas;
en bálsamo süave,
en aromas extrañas,
en olas de tu gloria el alma bañas.
Vestido de hermosura,
vienes, Señor, iluminando el viento,
para colmar de hartura
este labio sediento,
y tu esencia me das en alimento.

El yo lírico, en comunión con Dios, no desea romper ese estado de gracia y exclama: «Antes, ¡ay!, de pecar venga la muerte». E insiste en la misma idea en las palabras finales: «¡Ahora que estás conmigo / torna al Cielo, mi Dios, que yo te sigo!».

Por el contrario, «Miserere» (núm. 49), romance en -í, es un lamento del yo lírico que se dirige compungido a Dios pidiendo compasión. Se trata, claro está, de una paráfrasis del salmo 51 (50): «*Miserere mei, Deus, secundum misericordiam tuam...*». Su estructura es circular: comienza con un «¡Compadécete, Dios mío, / compadécete de mí; / por tu gran misericordia / ten piedad de este infeliz!»; y termina —después de los yerros del pecador, que con sus actos ha negado en reiteradas ocasiones a Dios— con estas palabras: «¡Perdón, Dios mío, perdón; / ten piedad de este infeliz!». Por su tema podría relacionarse con el núm. 53, el romance en -á que comienza «¡Cuál yace desamparada...!», que versa sobre la cautividad de la ciudad de Jerusalén como consecuencia de haberse apartado de Dios el pueblo elegido de Judá (fechado el 20 de julio de 1842).

Del año 1841 es el poema titulado «A Jesús crucificado» (núm. 5), que se divide en tres partes diferenciadas: en la primera, formada por 7 octavas agudas (o italianas) de versos endecasílabos, clama contra el pueblo judío que, en lugar de agradecer a Dios los inmensos favores que le ha concedido, da a su Hijo muerte, y muerte de cruz; en la

segunda (9 redondillas) se dirige a Jesús, que ha muerto para redimir al hombre y hacerlo eterno, aunque este le paga con sus pecados:

En tu ardiente caridad,
mueres con dulce consuelo
porque las puertas del cielo
abres a la humanidad.

[...]

Mueres en expiación
de los crímenes del mundo;
y él, más y más furibundo,
¡te destroza el corazón!...

En la tercera parte, en fin, se vuelve a las octavas agudas, pero esta vez con versos decasílabos; el poeta¹¹ pide primero al Dios vengador y justiciero que castigue al mundo por sus pecados: «¡Viva el justo no más en la tierra!»; pero a continuación se arrepiente y termina solicitando la clemencia de Dios para todos.

El reverso de esta composición es la dedicada al Niño Dios. «Al Niño Jesús» (núm. 19) es un villancico que tiene toda la gracia de la poesía popular, de la que toma el verso repetido «madre, la mi madre»¹²: «De entre los versos de arte menor compuestos por Villoslada no hay nada como su clásico “Villancico”, que no tiene par en todo el Cancionero español»¹³. La afirmación de Juan Marín del Campo resulta exagerada en exceso; pero es cierto que su sencilla versificación (se trata de un romancillo con rima aguda en -ê) da al conjunto un aire de suma ligereza, de alegría casi infantil. Merece la pena repetir aquí el comienzo:

¹¹ Aunque soy consciente de que «poeta» y «yo lírico» son instancias diferentes, utilizo indistintamente ambos términos, dado que los dos se identifican plenamente en estas composiciones.

¹² El verso aparece, por ejemplo, en el cantar tradicional: «Madre, la mi madre, / guardas me ponéis...». Se repite también a modo de estribillo en la poesía de José Iglesias de la Casa que comienza «Diz que un caballero / dicho don Dinero...» (cfr. *Tesoro del Parnaso Español*, ed. de José Quintana, pp. 532-533). Es igualmente el primero de una célebre composición de Vicente Rodríguez de Arellano que comienza: «Madre, la mi madre, / yo tengo un aquel, / que dentro del pecho / siento no sé qué». El ritmo es similar y también hay un diálogo entre la niña enamorada y la madre, que le ofrece la solución a sus penas y preocupaciones: en este caso, que se case con el doncel que ocupa sus pensamientos.

¹³ Marín del Campo, 1911, p. 217.

Al Niño donoso
nacido en Belén
unos llevan leche
y otros llevan miel.
Yo que nada bueno
tengo que ofrecer,
madre, la mi madre,
¿qué le llevaré?

En 1867, para el álbum del Centenario del martirio de San Pedro y San Pablo, escribió Navarro Villoslada un poema titulado «A Pío IX»¹⁴ (núm. 20). Está compuesto en séptimas, una estrofa muy poco utilizada por nuestros poetas¹⁵ (aquí el esquema de rima que se sigue es AABBC'BC', con versos decasílabos), y rematado con dos serventesios, también de decasílabos, con las rimas pares oxítonas: AB'AB'. El poeta se presenta como un soldado del ejército pontificio que, aunque herido y con escasas fuerzas, está dispuesto a darlo todo por la defensa del Papa:

Estoy enfermo, Padre querido:
yo de tu ejército soy un herido.
Por ti la sangre del alma he dado;
mi pobre ingenio yace agostado:
humos de inválido mis ansias son.
Mas si mi numen cayó postrado,
aún tiene lágrimas mi corazón.

Se identifica plenamente con todas las penas y sufrimientos de Pío IX, y se muestra preparado para obedecer sus consignas, aunque se considera la última oveja de la grey del Papa: «Palabras tuyas serán mi arenga» (esto es, precisamente, lo que hizo Navarro Villoslada desde *El Pensamiento Español*); concluye con estas palabras que dirige a su canto para que las transmita al Pontífice: «Dile que aún guardo para el

¹⁴ Figura a veces con otro título: «El Papa. Oda escrita para el álbum destinado al Sumo Pontífice, en celebridad del centenario de San Pedro y San Pablo».

¹⁵ Ver Domínguez Caparrós, 1993, p. 207: «Se llama “septeto”, “séptima” o “septilla” a toda estrofa de siete versos. No son muy frecuentes estas estrofas en la poesía castellana»; cita sendos ejemplos de Dionisio Ridruejo, Rubén Darío y Fray Luis de León.

combate, / si Dios me alivia, lanza y broquel; / que si mi frente la muerte abate, / mi último aliento será por Él».

Una de sus composiciones más destacadas de este grupo es la titulada «A la Virgen del Perpetuo Socorro» (núm. 23), escrita en 1886, ejemplo representativo de los poemas inspirados por la piedad y el sentimiento religioso del autor¹⁶. Desde el punto de vista métrico, se trata de una silva (8 formas paraestróficas, que oscilan entre los 11 y los 25 versos cada una). Presenta a la Virgen, siempre dispuesta a ayudar y consolar al cristiano, como fuente de todas sus fuerzas: «¡Victoria! ¡Con tu amor nada me espanta!, / que teniéndote a ti lo tengo todo». El poeta le pide: «¡No mires que amo mal, mira tan solo / cómo amarte quisiera!»; y termina solicitando su protección para él y para el país, amenazado por la impiedad:

¡Estrella de la mar, muestra tu lumbré!
 ¡No dejes naufragar la muchedumbre
 que te tiende en su anhélito los brazos!
 ¡Que no caiga al profundo
 su integérrima fe rota en pedazos!
 ¡Socorro! —¡Salva al mundo!
 ¡Mira que perecemos, Madre mía!
 ¡Salva a España infeliz, que en Ti confía!

El poema «A mis hijas» (núm. 28) fue compuesto, al parecer, en un momento en que el autor se encontraba bastante enfermo; ante la posibilidad de la muerte, encomienda a sus hijas, todavía pequeñas, a la Virgen. Está escrito en 9 octavillas agudas, de versos octosílabos (el esquema es abbc´deec´). El yo lírico —el propio autor— encomienda a sus hijas a María:

Al pie de María os puse
 para pasar este día;
 seguid al pie de María
 y no temáis ni lloréis.

¹⁶ «Su oda “A la Virgen del Perpetuo Socorro” es un verdadero modelo de oda religiosa y una síntesis tan sincera como brillante de la fe del autor», se lee en el *Diccionario Enciclopédico Espasa*, tomo XXXVII, p. 1293, s. v. Navarro Villoslada. Manuel Iribarren, 1970, pp. 157-158, señala también que esta composición es «buena prueba de su inspiración y capacidad poética».

La misma protección para las hijas se pide a María en la composición que he titulado «Versos a la Santísima Virgen» (núm. 31); el Padre Goy reprodujo una versión breve, de tan solo ocho versos, de este romance con rima en -ó, indicando que estaban compuestos para festejar el primer día en que el poeta comulgó junto a sus dos hijas, Blanca y Petra:

¡Virgen Santa!, el que te implora
es un pobre pecador;
pero es un padre, Señora,
¡es un padre, y Madre sois!
Miradme: en ardiente abrazo
dos niñas estrecho, dos
ángeles que en tu regazo
anidarán desde hoy.

La versión que yo reproduzco, más extensa, permite concluir que se trata de una composición escrita al enviudar el poeta en 1851 y quedar a su cargo las dos niñas pequeñas. En fin, también de tono mariano es el núm. 52, una breve lira (de 6 formas estróficas) que comienza «Sentí en el alma un fuego...» y que en una de sus versiones se titula «Confianza». Aquí se habla del poder intercesor de la Virgen María como medianera entre Dios y los hombres: el emisor, femenino en este caso, no se siente capaz de elevarse hasta la altura de la divinidad si no le guía la «amorosa protección» de la Madre de Misericordia. Y lo mismo el núm. 54, formado por cinco serventesios (endecasílabos en rima ABAB), titulado precisamente «Consagración a María».

Otros poemas, de temática bíblica, nos ofrecen una enseñanza: «La profanación del templo. Ejemplo bíblico» (núm. 15) es una poesía — una silva, con 12 formas estróficas, que oscilan entre los 6 y los 25 versos—, de marcado tono narrativo, en la que se cuenta el castigo sufrido por el caudillo Heliodoro al intentar apoderarse del tesoro del templo de Jerusalén, guardado por el sacerdote Onías. El castigo que recibe Heliodoro por parte de los ángeles del Señor al intentar poner sus manos en los objetos sagrados queda como ejemplo para los impíos. «Ejemplos sacados de la Sagrada escritura» (núm. 17) es una exposición en 11 redondillas de la historia del buen samaritano, con una exhortación final a imitarlo. En fin, los núms. 50 y 51, dos déci-

mas, la primera «Sigue a quien siempre te espera...», con rima abbaaccddc, es una invitación a echarse en brazos de Dios, quien solo pide amor a cambio de los bienes que nos da, incluyendo el sacrificio de su Hijo en la Cruz. A la segunda, «El diablo se puso a orar...», le falta un verso (abbaac[c]ddc), aunque hace sentido, y presenta cierto tono burlesco: el diablo, que sufre todos los dolores del infierno, se lamenta de su vida, que transcurre en un mar de lágrimas y penalidades.

2.2. Poemas de tema moral

Incluyo en este apartado los poemas 8, 21, 22, 24, 25, 26, 27 y 29. «Las ermitas. Epístola a don Manuel Pérez Villamil» (núm. 21) es una composición de tono grave y solemne, merced a los tercetos encadenados que la componen. Con evidente exageración indica Juan Marín del Campo a propósito de estos versos:

Como no sean los de Núñez de Arce en el *Raymundo Lulio*, o algunos de la *Epístola moral a Fabio*, no los hay mejores en toda la literatura castellana. Y a mayor abundamiento, en ellos se canta la fe de España (que no morirá) y el amor del pueblo español a María Santísima nuestra Señora¹⁷.

La belleza que el poeta contempla desde la cima de una montaña, la belleza de la creación, es pálido reflejo de la Belleza divina; allí, en la cima, el corazón se ensancha y se siente más próxima la presencia de Dios:

Más cerca estoy del cielo en esta altura
y, al ver la tierra alrededor del monte,
a más grandeza aspiro y hermosa.

Quiero campos sin lindes ni horizonte,
grandeza a quien no humille otra grandeza,
sol que nunca se eclipse ni trasmonte.

Los cielos son espléndida corteza
del cielo que del alma ven los ojos,
de otra Beldad reflejo esta belleza.

Yo necesito amor que no da enojos,
palabra que da vida y que no engaña,
adorar a mi Dios puesto de hinojos.

¹⁷ Marín del Campo, 1911, p. 216.

A continuación pide a su alma (con eco de los *Salmos*): «Canta al Señor, ánima mía, canta; / y en Dios, que es mi salud y mi consuelo, / gózate siempre, en alegría santa». La composición continúa con el elogio de las numerosas ermitas levantadas por la piedad de los españoles («santas ermitas nuestro suelo esmaltan»), en las que viven en retirada y piadosa vida numerosos penitentes. Y finaliza con un marcado tono de exaltación mariana:

¡Qué dulce es ver tu altar, oh Virgen pura!,
y que desde él me diga tu mirada:
«Por mí se va al amor y la ventura».
Yo adornaré con flores tu morada,
yo regaré con lágrimas tu suelo,
yo encenderé tu lámpara apagada.
Y ardiendo en gratitud y en santo celo,
desde esta cumbre que a lo grande excita,
bajo la inmensa bóveda del cielo,
yo cantaré tu solitaria ermita.

Un poema similar es «Meditación» (núm. 24), escrito en 1885, compuesto por 22 octavillas agudas de versos heptasílabos (el esquema de rima es abbc'beec'); como indica el título, se trata de una meditación del yo lírico, del alma del poeta, en una noche tranquila que invita a reflexionar (en el fondo, un eco lejano del salmo 8, el «Himno de la noche serena»: «¡Oh Señor, Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre por lo ancho de la tierra!»). Dios ha concedido innumerables beneficios al hombre, pero este, en lugar de mostrarse agradecido, le ofende con sus pecados; sin embargo, Dios envía a su Hijo Jesucristo para redimir al género humano. El poeta se pregunta por las razones que hacen a Dios conceder tales pruebas de amor a un ser tan insignificante y mezquino como el hombre. Está muy bien lograda la estructura circular del poema: al final se repiten los cuatro primeros versos de la primera octava (aunque los cuatro siguientes constituyen una *variatio*, a modo de conclusión), de forma que las octavas primera y última vienen a enmarcar la meditación del hombre propiamente dicha.

El soneto «A un enfermo» (núm. 25) presenta el dolor como una vía que nos puede acercar a Dios; el poeta le recuerda al enfermo que, aunque ha sido olvidado por todos en el mundo, Dios lo tiene

presente, y él debe tener presente a Dios. Cuenta Navarro Villoslada con otro soneto similar, titulado «A una enferma» (núm. 27), que podemos suponer inspirado por la enfermedad de su esposa, ya que está fechado en Vitoria, 1849: el dolor se ha cebado en esta «infeliz», «ángel hermoso», pero ella lo ha sabido aceptar con resignación cristiana.

El «Madrigal» que comienza «Fuente brota en mi valle...» (núm. 22) —por el lugar de nacimiento del autor suele ser citado a veces con el título «Madrigal al valle de Viana»— desarrolla una alegoría: la función de la fuente constituye un modelo para el hombre, que debe hacer el bien en su paso por la tierra para alcanzar la salvación. En este poema, y en el siguiente, la palabra *madrigal* que figura en el título no tiene el significado habitual en métrica (poema breve, normalmente de tema amoroso, formado por endecasílabos y heptasílabos). Está compuesto por dos estrofas de siete versos, que riman 7- 5a 7- 5a 5b 7- 5b, siendo las rimas consonantes.

El otro «Madrigal» es el que empieza «Niña, la de ojos negros...»¹⁸ (núm. 26), cuyo tema no es amoroso, como hace suponer la lectura de los primeros versos; el poeta contrapone aquí dos tipos de belleza, la de los sentidos (representada por la niña de ojos negros) y la del alma (simbolizada en la niña inocente y pura); esta última es la verdadera belleza, porque dura y resplandece por toda la eternidad. También son dos estrofas de versos heptasílabos y pentasílabos, con la misma combinación métrica que en el anterior, solo que aquí las rimas son asonantes.

El mismo tema desarrolla «La mujer y la flor. Balada» (núm. 29), poema que puede fecharse en 1866¹⁹; se trata de una especie de diá-

¹⁸ El título es «En un álbum. Madrigal». La primera parte del título responde al conocido uso social del siglo pasado consistente en que las señoritas y damas de la burguesía llevaban un cuaderno en el que los admiradores que frecuentaban sus tertulias podían estampar algunos versos o una frase ingeniosa. Entre los papeles de Navarro Villoslada se conserva el «Álbum de doña Teresa Luna de Villoslada», la esposa del escritor, que incluye algunos dibujos a la acuarela del propio don Francisco y composiciones poéticas firmadas por Eduardo González Pedroso, Ignacio José Escobar, Eulogio Florentino Sanz, Ramón de Navarrete, Miguel Agustín Príncipe...

¹⁹ Se publicó en *La Avalanche*, núm. 564, 24 de octubre de 1918, con la siguiente nota al pie: «La Superiora general de un instituto recientemente establecido en Pamplona, sobrina del inolvidable Ortí y Lara, conservaba estos delicados versos que, con ocasión de hallarse el insigne Navarro Villoslada en Córdoba el año 1866, hospedado en casa de los padres de la expresada religiosa, dedicó a la madre de esta el

logo entre la mujer (en sus distintos «estados» de niña, joven, mujer casada y mujer cristiana) y la flor (capullo, flor y flor marchita). Al final, prevalece la opinión de la mujer cristiana: la belleza física es flor de un día, que pronto se agosta; la verdaderamente importante es la belleza del alma, que permanece por siempre:

Flor tan bella a la aurora,
seca a la tarde,
de la mujer pagana
fuieste la imagen.
Quien solo viva
para la tierra, solo
vivirá un día.
[...]
La hermosura del rostro
pasa cual sombra,
pero el alma sencilla
siempre es hermosa.
¡Rica hermosura,
que ni soplo de muerte
seca ni arruga!

Desde el punto de vista métrico, el poema consta de cuatro partes distintas: la primera la forman cuatro octavas agudas de versos decasílabos, con una rima variante frente a la que suele ser habitual en esta estrofa: ABAC'DC'DC'. La segunda la componen cuatro quintillas, con rimas distintas (abaab; abbab; abaab; abbab). En la tercera utiliza un esquema similar al que veíamos en los dos «madrigales» anteriores, siete estrofas que riman 7- 5a 7- 5a 5b 7- 5b, en asonante. La cuarta parte, como remate, la constituyen dos quintillas (abaab; abaab).

Similar en cuanto al tema es el poema núm. 8, «Inconstancia», que nos habla de una «bellísima ingrata», de una mujer frívola «que hiere y se va», dejando defraudados a todos sus admiradores; pero al final el poeta le advierte de que llegará un día en que su hermosura, tan inconstante como ahora ella se muestra, desaparecerá como el humo. La lectura de las nueve primeras octavillas agudas (rima abbc'deec', con versos hexasílabos) plantea el tema galante de los desdenes de la

ilustre escritor navarro la bonita poesía con que hoy queremos honrar *La Avalancha*.— (N. de la R.).».

hermosa; es en la última cuando se produce un quiebro, al introducirse los versos que encierran la enseñanza moral.

2.3. *Poemas de tema político*

Algunos de los poemas que estudio aquí podrían agruparse con los del siguiente apartado, pues si bien son políticos por el contenido, su redacción está motivada por una circunstancia concreta. Sin embargo, el mayor predominio del tono político permite esta separación. Incluyo aquí los poemas 1, 2, 3, 4 y 33.

La guerra civil fue una preocupación constante para Navarro Villoslada. En los años 30, cuando era muy joven, vivió de cerca la primera guerra carlista, con sucesos luctuosos que le afectaron personalmente (la muerte de su tío Nazario en una emboscada de los carlistas). Desde entonces, el enfrentamiento civil es tema que se repite casi obsesivamente en los escritos de nuestro autor. Así, dedicó algunos poemas a la consecución de la paz, tan anhelada por él, en los que se manifiesta a la vez su admiración por Espartero. El himno «A la Paz» (núm. 1) canta, en 13 serventesios con rima aguda en los pares (AB'AB'), la unión alcanzada tras el Acuerdo de Vergara, que puso fin a la guerra, al tiempo que dedica a Espartero algunos elogios (le llama «Duque omnipotente» y «Duque vencedor»). Empieza con unos versos que transmiten la sensación de alivio que invade al poeta —y al país entero— al producirse el cese de las hostilidades:

¡La Paz!... No es ilusión: esos acentos,
que la grata emoción hace temblar,
no son los ecos bélicos, sangrientos,
que nunca debe España resonar.
Es el grito magnífico que lanza
el Ebro, proclamando ¡Unión y Paz!,
harto ya de rencores y matanza,
desnublada, por fin, su torva faz.

Habla de la desmedida ambición del pretendiente carlista, al que llama «imbécil tirano», y de la «máscara engañosa» y del «pérfido puñal» de sus partidarios. Aparece personificado el río Deva, testigo del abrazo de Vergara entre Espartero y Maroto, que trae por fin la paz a Cantabria (es decir, a las Provincias Vascongadas, según una vieja tradición que procede del siglo XVI).

Otro himno lo escribió, precisamente, para la entrada del general victorioso en Logroño: es la letra del «Himno que cantaron las Niñas al Excmo. Sr. duque de la Victoria, el día 23 de setiembre de 1839 en esta Ciudad» (núm. 2), formado por un coro (un serventesio de rima aguda AB'AB'), que se repite a modo de estribillo martilleante, y 7 octavas agudas (ABBC'DEEC', rimando los versos oxítonos en asonante). Todos los versos son decasílabos. Los que se repiten son claros: «¡Lance el grito anhelado la España / de Victoria, de Unión y de Paz; / nunca ya de Discordia la saña / oscurezca su espléndida faz!». También aquí se elogia al «venturoso Espartero» y a la joven Isabel II, vista como «angélica reina», a la que se opone la Discordia. Habla de la unión de Castilla y Navarra «en un pueblo compacto, español», frente al cual han de temblar todas las naciones extranjeras que intenten amenazarlo.

Más adelante dedicó a Espartero un soneto que se conserva en una hoja suelta en la Biblioteca Nacional de España (Madrid); va encabezado con estas palabras: «La sección de Artes del Instituto Español, al Excmo. Señor duque de la Victoria y de Morella» (núm. 3). Nos lo presenta no solo como protector del trono huérfano, sino también como mecenas de la vida cultural: «¡Ah!, si es tu acento, Duque, omnipotente, / las artes y el saber siéntanle amigo / y del polvo erguirán la yerta frente».

El poema titulado «Al otoño de 1833» (núm. 4) está dedicado al estallido en esa fecha de la guerra de los Siete Años (cuyo fin celebraba en el núm. 1): la llegada del otoño no viene acompañada esta vez de las típicas escenas de la vendimia y los tiernos juegos con la amada, sino de un cruel enfrentamiento civil. La Discordia ha llegado a Iberia, trayendo consigo «llanto, desolación, infanda guerra»:

*¡Guerra, guerra!, clamó con voz tronante;
y retumbaron ¡Guerra! los collados,
al estrépito horrendo conturbados;
¡Guerra! gritó Pirene vacilante.
El Ebro turbulento,
cubriendo su cristal de nieve fría,
¡Guerra! en sus hondas grutas repetía²⁰.*

²⁰ Aquí pueden apreciarse ciertas reminiscencias de «El Dos de Mayo» de Juan Nicasio Gallego, en concreto de estos versos: «“¡Venganza y guerra!” resonó en la tumba. / “¡Venganza y guerra!” repitió Moncayo; / y al grito heroico que en los

Al bélico alarido,
escondiendo la faz entre las manos,
España dio un gemido,
gritando con horror: *Guerra entre hermanos*.

Se suceden las imágenes pastoriles de otros años, que la guerra ha desbaratado (tópico del «*Ubi sunt?*»). Luego el otoño aparece personificado y el yo lírico se dirige a él para preguntarle por las causas de esta sinrazón en el suelo hispano: «¡Otoño, otoño, y cuánto me estremece / tu nombre aborrecido, / tan grato en otro tiempo, tan querido!». Métricamente, el poema es una silva dividida en 21 formas paraestróficas de desigual longitud, que van desde los 3 a los 19 versos.

«El eco de España libre. Himno» (núm. 33) es una composición inédita, fechada en Viana, a 24 de octubre de 1835, en la que clama por la libertad y contra la tiranía; presenta un indudable valor documental ya que, en el estribillo, el que acabaría siendo con el correr de los años secretario personal de Carlos VII repite ahora estos otros versos: «Libertad es el numen de España; / nunca el libre dará un paso atrás; / antes muerte que infame coyunda: / Carlos quinto en el trono jamás». Pide, además, la marcha del ministro Toreno. Es una composición en versos decasílabos. El cuerpo del poema lo forman 7 octavas agudas, con la variante de rima AB'CB'DE'FE', más el coro ya citado, con rima - A' - A'. El ritmo del decasílabo, con acentos en 3.^a, 6.^a y 9.^a sílabas, y la abundancia de rimas agudas (en todos los versos pares de cada estrofa) dan al poema una marcada sonoridad, un ritmo parecido al de una marcha militar²¹.

aires zumba, “¡venganza y guerra!” claman Turia y Duero. / Guadalquivir guerrero / alza al bélico son la regia frente, / y del Patrón valiente / blandiendo altivo la nudosa lanza, / corre gritando al mar: “¡Guerra y venganza!”» (cito por *Las cien mejores poesías del siglo XIX*, ed. de Narciso Alonso Cortés, p. 21).

²¹ De hecho, en los himnos o en las letras para ser cantadas es característica «de género» la presencia de las rimas agudas que confieren al poema ese ritmo reiterativo; recuérdese, por ejemplo, la famosa elegía «El dos de mayo de 1808» de Juan Bautista Arriaza, parte de ella escrita en cuartetos de endecasílabos con rima aguda en los pares.

2.4. *Poemas «de circunstancias»*

Además de algunos de los anteriores, poemas propiamente «de circunstancias» son los números 13, 14, 30, 32, 35 y 38. El más interesante es, sin duda alguna, el titulado «A Espronceda» (núm. 13), una silva, formada por 12 formas paraestróficas (cuya longitud oscila entre los 4 y los 14 versos), que compuso a la muerte del poeta²². Navarro Villoslada le dedica varios elogios (le llama «inmortal poeta» y «Bardo de Occidente», encomia su «undívago canto»); y clama contra la muerte que se lleva a los mejores escritores de España: «... y ayer nos robas al profundo LARRA / y hoy al noble y magnífico ESPRONCEDA». Para el autor, Espronceda es un genio que basta a engrandecer un siglo; sin embargo, los elogios llegan tarde, no en vida, sino a la hora de la muerte (se desarrolla aquí la conocida sentencia: «*Non laudes hominem in vita sua; lauda post mortem*»; estas tres últimas palabras encabezan la composición a modo de lema):

¡Murió, murió! Veréis cómo crueles
 en su tumba los hombres amontonan
 palmas tardías, flores y laureles,
 y al que daban ayer ingratas hieles,
 hoy cadáver sombrío le coronan.
 ¡Corona maldecida,
 si por ella los genios dan la vida!

Escribió también un «Himno a Calderón» (núm. 30), al que califica de «Lumbrera de la Europa, / de Iberia noble orgullo»; el poeta llega a decir, en su alabanza, que el Señor sonríe al escuchar los sonos del vate español. La ocasión para componerlo pudo ser el traslado, en 1841, de los restos de Calderón desde la iglesia de San Salvador al cementerio de la Puerta de Atocha, en Madrid, o bien, la celebración en 1881 del segundo Centenario de su muerte. El himno consta de un coro, que es una cuarteta de heptasílabos con rima consonante

²² En una versión manuscrita figura con el título «A la muerte del joven poeta don José de Espronceda». En el número de *El Arpa del Creyente* en que se publicó la poesía se anotaba al pie: «Esta composición fue leída por su autor en el salón del Museo, en la misma noche y en el mismo sitio en que estaba citado para leer nuestro ilustre y malogrado consocio, y un día después de su arrebatada muerte».

aguda en los versos pares (7- 7a' 7- 7a') y 9 octavillas agudas, también de versos heptasílabos, con esquema de rima abbc'dec'.

Otros poemas son menos importantes. El núm. 14 es un soneto dedicado «Al Dos de Mayo», de obligado tono patriótico: canta al «árbol de libertad» que crece en España, y afirma que todos los españoles se alzarán unánimes en su defensa (como frente a los ejércitos napoleónicos) si alguien pretende derribarlo. El núm. 32 es una «Oda al excelentísimo Sr. don Rafael de Múzquiz y Aldunate, arzobispo de Santiago», fechada en 1835, que contiene un elogio desmedido de su pariente²³, sin mayor interés, a lo largo de sus 17 formas paraestróficas (una lira). El inédito «Romance fúnebre. El sepulcro» (núm. 35), con rima -á o, es interesante por estar dedicado a la muerte, a manos de los carlistas, de su tío Nazario, el 6 de noviembre de 1835, cuando escoltaba el correo de Viana a Logroño. Este suceso explica el odio del joven Villoslada a los carlistas, que ya hemos podido apreciar en algunos poemas anteriores, y que también aparece manifiesto en su ensayo épico *Luchana*. Está fechado «1836. Enero o febrero»²⁴. En fin, el núm. 38 es un soneto «A la vuelta a España de la reina Cristina», en el que el poeta celebra el regreso de la soberana para proteger al pueblo, al trono y a sus augustas hijas (consta el día de su redacción: 15 de marzo de 1844).

2.5. Poemas amorosos

No son muy abundantes los poemas que Navarro Villoslada dedica al análisis del sentimiento amoroso *stricto sensu* (serían los números 10, 16, 39, 45 y 48; de ellos, tres inéditos), si bien poemas que se incluyen en otros apartados abordan otros aspectos del amor: a sus hijas, a Dios, a Cristo crucificado, a la Virgen María, al Romano Pontífice, etc.

Una bella composición es el soneto que comienza «Sal de mi corazón, hondo secreto...» (núm. 16): al notar la aguda punzada de los «negros celos», el yo lírico se decide a confesar su amor a su ingrata enemiga («un impío corazón de roca»), sentimiento que había man-

²³ Sobre Múzquiz y Aldunate puede verse el libro de Juan Cruz Labeaga y Eliseo y Pelayo Sainz Ripa *Tres obispos vianeses* (1997).

²⁴ Figura copiado en una carta a su madre, firmada con pseudónimo, por la escasa confianza en el correo durante la guerra. La cuartilla presenta un roto que impide leer parte de algunos versos.

tenido hasta entonces oculto. No menos hermoso resulta otro soneto, el núm. 45, que empieza «El ave de dulcísima garganta...»: igual que el pájaro no necesita decir cuáles son las penas de amor que canta, ni la flor dirigirse al sol que le da vida con sus rayos, así el yo lírico, que sufre el dolor de la ausencia, tampoco necesita pronunciar las palabras «Yo te amo» para que su amada conozca lo que siente por ella. En el Archivo del escritor se conservan dos versiones de este soneto, y luego reproduzco la que me parece más acabada; no obstante, ofrezco aquí la otra, que figura bajo el enigmático —y habitual, en autores de la época— título «A...», fechado en Vitoria, a 30 de agosto, pero sin indicación de año:

El ave de dulcísima garganta,
del solitario bosque moradora,
¿ha menester decir a quién adora
cuando en noche serena amores canta?

La triste flor que lánguida levanta
su alegre frente al sonreír la aurora,
se tiñe en dulce fuego y perlas llora,
¿tiene que revelarnos quién la encanta?

Y yo, que de tu ausencia los enojos
con ansias mil devoro en el retiro,
porque con labio trémulo te llamo;
yo, que revivo al fuego de tus ojos
y nuevo sol en tu sonrisa miro,
¿yo he menester decirte que te amo?

El núm. 10 es un «Epitalamio», escrito en 1837, y publicado después con el título «A Laura después de su boda». El yo lírico, que se queja de nuevo de su desamor, canta en cambio el «himeneo venturoso» de Laura con su amado, un guerrero fuerte que solo se rinde a la fuerza del amor; incluye un «Canto del trovador», de marcado ritmo musical, que ensalza el poder del sentimiento. Es una composición dividida en cinco partes, que adoptan fundamentalmente la forma de una silva, aunque la segunda (que consta de versos endecasílabos), la tercera y la cuarta están rematadas con una octava aguda de versos heptasílabos (abbc'addc'); todo ello sirve de introducción al «Canto del trovador», formado por 9 serventesios de versos dodecasílabos, con rima aguda en los pares: AB'AB' (en un caso la rima es imperfecta, asonante en vez de consonante: *mil* / *sufrir*).

El núm. 48 lleva por título «Romance», y comienza «Cuando estrellas silenciosas / tranquila huella la luna...»; en realidad, las formas métricas son variadas²⁵: el comienzo es romance en -ú a, pero luego el diálogo entre la niña y su madre va en redondillas, se vuelve después al romance en -ú a y se remata con una quintilla (de rima ababa). Laura, una joven de catorce años, nota en su interior una alegría desconocida al escuchar a un doncel que toca el laúd; lo cuenta a su madre, que decide entonces mantenerla encerrada en casa, pero ya no hay remedio, porque el amor ha prendido en su pecho:

Es inútil precaución
que cierres, madre, las puertas
al que roba mi afición:
de par en par tiene abiertas
las puertas del corazón.

El autor se inspira aquí en el poema «Blanca flor. Canción romántica», de Bartolomé José Gallardo, que también se estructura como una discusión entre una madre y su hija, que lamenta su reclusión. En el poema de Gallardo, «la bella niña cenceña» está enamorada de un caballero que le canta una canción con su laúd y repite a modo de estribillo el verso «las puertas del corazón»²⁶. Compárense además los versos citados, los últimos del poema de Navarro Villoslada, con los cuatro primeros de esta otra composición:

¿A qué es puertas y ventanas
clavar con tanto rigor,
si de par en par abiertas
tengo las del corazón?

²⁵ La mezcla de diversas formas métricas es habitual en composiciones dialogadas de este estilo; recuérdese, por ejemplo, el famoso romance de Lope de Vega que comienza «El tronco de ovas vestido / de un álamo verde y blanco...» (ver Lope de Vega, *Rimas humanas y otros versos*, ed. Antonio Carreño, núm. 7, pp. 32-34), que combina romance y redondillas.

²⁶ El tema es de raigambre clásica; cfr. el cantar tradicional: «Madre, la mi madre, / guardas me ponéis; / que si yo no me guardo, / mal me guardaréis»; o las palabras de Cervantes en *El celoso extremeño*: «... lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes, cuando la voluntad queda libre».

Por último, el núm. 39 es otro romance («Cuán rápidas a tu lado / las alas baten las horas...»), este inédito, del año 1844, que canta el sentimiento de un yo lírico indeciso, que se debate entre la amistad y el amor: lo que siente «es un amor sin deseos, / es una amistad celosa», pero añadiendo al final que «si es amor sobra respeto, / si amistad, cariño sobra».

2.6. *Poemas satíricos y burlescos*

Se trata de varios epigramas, unos publicados (núms. 6, 7, 9, 11, 12) y otros inéditos (núms. 34, 36, 41, 42), sin mayor trascendencia²⁷. Para ellos elige las siguientes formas estróficas: versos octosílabos en rima aabbcc (núm. 6); redondilla (núms. 7, 9, 41); quintilla (núms. 11 y 12, con rimas ababa), cuarteta (núm. 34), octavilla (núm. 36 y 42, con rimas ab'b'ac'd'd'c' y abbacd'd'c, respectivamente). El más interesante es el 42: se trata de una parodia del tipo romántico («el hombre del siglo»), tanto en su aspecto físico (tiene «poblada melena», «tremenda pera y bigote»), como en su comportamiento, que se reduce a su afición por las mujeres y el dinero.

Burlesca es la «Canción» (núm. 43) que comienza «La niña angelical / que amé con frenesí...»: el yo lírico relata en cuatro cuartetas de heptasílabos²⁸ con rima aguda (a'b'a'b') cómo un rival ha conquistado a su amada, pero sonríe desdeñoso, porque muy pronto aparecerá otro galán que enamorará a la niña y que, por tanto, les dejará iguales a los dos. En fin, el núm. 46 es un divertido soneto burlesco «Una noche de máscaras»²⁹, interesante por su rima aguda (en -é, -í, -ú y -ás), que busca y consigue lograr un efecto humorístico. Como el propio título indica, la «historia» que se cuenta ocurre en un baile: el yo lírico se enamora de una dama «bailando un rigodón», pero aparece un rival y ambos se desafían; mientras ocurre el duelo, del que los

²⁷ De esos epigramas inéditos, el primero lleva fecha de 1835; el segundo está recogido en el primer número del *Semanario de Erudición, Literatura y Bellas Artes*, una revista manuscrita redactada por Navarro Villoslada, con fecha 22 de mayo de 1836; en fin, el núm. 42 lleva al final, entre paréntesis, la indicación «15 a la noche paseando».

²⁸ Presenta la peculiaridad en las cuartetas segunda y cuarta de ser el cuarto verso un decasílabo, a modo de epifonema que remata el pensamiento: «... que sí dijo también a otro señor» y «... nos dejarás iguales a los dos».

²⁹ Beatrice Quijada Cornish reprodujo un borrador manuscrito de este poema al frente de su trabajo «Francisco Navarro Villoslada» (1918).

dos salen bien librados, la dama se ha marchado con otro galán; entonces el yo lírico, en vez de lamentarse, se olvida de ella y busca una nueva conquista. La reflexión moral aparece en los dos últimos versos, cuando escuchamos una segunda voz, que se ríe de quienes malgastan su vida de forma tan frívola: «Yo me río de cien que, como tú, / de la cuna al sepulcro no hacen más». Como vemos, el autor insiste de nuevo en la inconstancia amorosa de estas jóvenes damas (cfr. el núm. 8, con mayor contenido moral).

2.7. Otros poemas

Aunque sea un recurso fácil, me ha parecido conveniente crear un apartado distinto para cuatro poemas (los núms. 37, 40, 44 y 47, todos ellos inéditos) que no encajan bien, sin forzar la clasificación, en ninguno de los anteriores. El núm. 37, «A la muy amable sociedad Filo-armónica», es un canto (una silva de 15 formas paraestróficas, de entre 5 y 14 versos) de elogio a la música: tras recordar a los músicos míticos Anfión y Orfeo, se mencionan los nombres de compositores (Bellini, Gomis, Rossini) y cantantes (la Malibrán) modernos, que son «músicos celestiales»: «¡Salud, hijos del canto! / ¡Gloria y loor eterno a vuestro nombre!». También se citan óperas famosas como *Atala*, *La gazza ladra* o *Moisés en Egipto*. Quizá se trate de alguna composición de circunstancia, para alguna reunión del Liceo, o bien responda simplemente al interés y admiración del vianés por la buena música, que puede sublimar y elevar el corazón del hombre con su melodía y armonía: «¡Oh victoria del músico inspirado!». De hecho, se conservan notas autógrafas de Navarro Villoslada con apuntes diversos sobre música, y tiene además un cuento, «Aventuras de un filarmónico», cuyo joven protagonista es un melómano impenitente. El poema data del 14 de enero de 1837.

La «Anacreóntica» que lleva el núm. 40 y que comienza «Dime, Clori hechicera...» no pasa de ser un juvenil ejercicio poético, un romance de heptasílabos (romance endecha) con rima *-í a* que describe algunas escenas de vida pastoril y constituye una versión del tópico del «Menosprecio de corte y alabanza de aldea». Es una modificación de otra «Anacreóntica» fechada a 11 de marzo de 1834, que comienza «Dime, amada Silena...», de la que aprovecha varios versos.

El núm. 44 es un soneto, «A la salida del sol», en que se describe la belleza de ese momento; al contemplarla, el yo lírico bendice a

Dios, que ha sabido crear al astro rey. Como vemos, el tema no es propiamente religioso; pero el autor trasciende la mera descripción de la naturaleza pues encuentra en ella, como elemento de la Creación, un motivo para ensalzar a la divinidad. El núm. 47, «El viento del mar», es como indica el subtítulo una imitación de Victor Hugo, en concreto del poema «Une nuit qu'on entendait la mer sans la voir»³⁰. Cabe destacar la musicalidad «machacona» de los decasílabos, que se ve reforzada por la repetición a modo de estribillo de dos versos onomatopéyicos de vibrantes y bilabiales: «Con su trémula trompa retumba / el horrisono viento del mar» (los versos que se repiten en el poema de Hugo son: «Le vent de la mer / Souffle dans sa trompe»). Como aquel, consta de cinco estrofas, aquí de versos decasílabos que riman ABBC'DEEC' (octavas agudas o italianas; en el original francés son estrofas de nueve versos con rima abbacdc). La versión es bastante literal, si bien Villoslada se centra en la descripción de la tempestad y de los esfuerzos de los marineros por hacerle frente en el barco; lo más destacado es la sonoridad de los versos agudos y de los sonidos paronomásticos. En cambio, la composición de Hugo — también de bella sonoridad, pero menos «ruidosa» — da pie a la reflexión y está cargada de más sentimiento y de más profunda melancolía.

2.8. Otros materiales poéticos

Aparte de los poemas inéditos que reproduzco en esta edición, existen en el Archivo de Navarro Villoslada muchos otros materiales poéticos que, bien por su estado fragmentario, bien por su escasa calidad literaria, no es posible reproducir aquí. No obstante, haré una breve reseña de los mismos, por dos razones: en primer lugar, porque su mera existencia demuestra materialmente la afición del autor a cultivar la poesía, desde sus años mozos hasta casi el final de sus días. En segundo término, porque esas composiciones esbozadas e inacabadas reiteran temas y motivos presentes en su obra poética, confir-

³⁰ Pertenece al libro *Les voix intérieures* y está fechado a «17 juillet 1836»; en el manuscrito lleva el título «Le vent de la mer»; cfr. Victor Hugo, *Œuvres poétiques*, vol. I, *Avant l'exil 1802-1851*, édition établie et annotée par Pierre Albouy, pp. 988-889 (texto del poema) y 1515-1516 (comentario). Agradezco a mi colega Rosa Fernández Urtasun sus valiosas observaciones sobre el texto del original francés.

mando, por ejemplo, su preferencia por una poesía de honda inspiración religiosa.

A título de curiosidad mencionaré algunos «poemas» que un jovencísimo aprendiz de poeta dedica a algunos familiares o conocidos: así, un soneto acróstico dedicado a su madre (las iniciales forman la frase «O[h] María del Pilar»), que se incluye en una carta de 8 de febrero de 1832, una «Epístola a doña Josefa Navarro», un «Soneto a la profesión de la hermana María de la Asunción Lloreda» (seguido de la anacreóntica «Ángeles divinos, / celestes aletas...») y, sobre todo, el curioso «Panegírico español. Poema a la profesión de la hermana María de los Ángeles, en el siglo doña Dominica Navarro, por su sobrino don Francisco Navarro a los trece años, nueve meses y veinte y tres días de su edad» (en efecto, la composición está fechada en Santiago a 2 de agosto de 1832); con esa edad —tan meticulosamente consignada—, su inspiración le llevó a redactar nada menos que las 29 octavas heroicas de que consta el poema. Como no podía ser menos, sus versos, muchos de ellos mal medidos y rimados, no tienen ningún valor literario³¹, pero constituyen una prueba de la afición a escribir «a sílabas contadas» de su autor. Otros poemas de circunstancias son una «Sátira en tercetos endecasílabos contra el autor de un papel intitulado Los amores mal cumplidos o la desgracia de una joven», «A los días de mi madre. Fantasía», «A Nieves y Blanca. Improvisación para recitarse al piano», otro poema que empieza «Antes que al mundo viniera / la hermosa Blanca que vi...», o un himno para cantar en una fiesta de la Virgen de Nuestra Señora de Nieves, en Viana.

Algo más interesantes, aunque sin pasar todavía de ser meros ensayos juveniles, son algunos ejercicios poéticos de imitación de autores y estilos: varios borradores del año 1832 de una «Égloga a Felicio» (nombre poético que encubre a su amigo Félix Erenchun), que en otra versión figura como «Égloga entre los pastores Francenio y Felicio», más tarde retomada como «La ausencia. Égloga entre Felicio y Anfriso, pastores» (noviembre de 1835); un poema dedicado a «La

³¹ En cualquier caso, al final se ha introducido una indicación que manifiesta su temprana voluntad de estilo (su deseo de retocar y pulir sus obras) digna, como señaló Simón Díaz, de don Juan Manuel: «Está por limar y se reputará por falsa la que no lleve mi firma. *Navarro*. Soy testigo. *Erenchun*». También en el manuscrito del soneto y anacreóntica antes mencionados indica que los redactó «a los 14 años no completos de mi edad» y que «están ambos por limar».

catedral de Santiago» (empieza «¡Salve, gigante túmulo que escondes / entre las nubes hórridas la frente!...»); y otras composiciones de los años 30 y 40 que fluctúan entre la influencia neoclásica y la romántica: «La educación. Poema», «La Corina», un poema fechado en diciembre de 1838 que empieza «Tal vez orando en soledad profunda / en lóbrega espelunca sepultado...», «El Canto» (con versos de potente musicalidad: «Al brillo de un rayo que lejos retumba / un gótico alcázar se ve descollar...»), el romance «Dos plegarias» (sobre la oración de dos musulmanes, hombre y mujer, en la ciudad de Granada); algunos títulos resultan significativos en lo que tienen de románticos: «La soledad. Idilio», «La melancolía» (fechado a 20 de octubre de 1840), «Incertidumbre», «La tempestad», «Un túmulo», «El sepulcro»... El joven poeta se ejercitaba además con algunas traducciones de textos ajenos («Boileau a su jardinero», los famosos versos del comienzo de la *Divina comedia* «En medio del camino de la vida / hálleme en selva oscura...», una versión del poema sobre el caudillo vasco Lekobide, etc.). De la época de Santiago es también un diálogo titulado «Mis censores».

En algunas de estas composiciones inacabadas se aprecia la veta jocosa del autor («Salvador, Salvador, voto va a Cribas / que me deja tu carta patitieso...», varios epigramas y charadas³², o apunta el tema amoroso, como en unos versos populares titulados «Lenguaje. El pueblo. Costumbres. Agudezas» (una de las coplillas reza: «Cuántos hay que te dirán: / “Salada, por ti me muero”, / y yo no te digo nada / y soy el que más te quiero»). Tema amoroso más claro en borradores como las composiciones que comienzan: «Por las rizadas ondas palpitantes / del azulado mar / tiendo los vagos ojos anhelantes / de ti, mi hermoso bien, sentado al par»; «Huye un momento de mi amante pecho, / imagen de mi amor idolatrada»; o «Desde que el claro sol de mi ventura / se hundió tras luengo duelo en el ocaso...».

Pero, sin duda alguna, los más numerosos e importantes son los temas religiosos, que se vierten en poemas que constituyen glosas de mandamientos («Respeto a los padres», «No matarás», «No mentir»,

³² Por ejemplo: «Aplicase la una dos / a descubrir lo escondido / y la segunda primera / úsase para dar brillo. / Tercera primera llevan / camorristas y asesinos. / Cuarta y segunda en las tiendas / pero no es buena en el vino. Cuarta repara el estómago / y mi todo los navíos» (la respuesta es *Calafate*). La hija del escritor, refiriéndose a estas charadas, ha anotado: «Estos versos los hizo Papá en una de sus enfermedades el año 1893».

«No hurtar»), o de obras de misericordia («Dar de beber al sediento», «Consolar al triste», «Hospitalidad», «Caridad», «Penitencia»). Otros retoman pasajes y personajes bíblicos: «El incrédulo confundido», «Los grandes y los pequeños», «El poder de la oración», «Estaciones de Semana Santa» (una serie con temas como «Lavatorio de los pies», «Institución del Santísimo Sacramento», «La oración del Huerto. Meditación», «Prisión de Jesús...»). Alguno de estos poemas es de alabanza a Dios: «Voz del Señor, que hierve dentro el pecho / en magníficas olas de armonía...», sin que esté ausente tampoco la inspiración mariana, como en el que comienza «Pegado al polvo el confundido rostro, / Virgen María, a tus sagradas plantas...».

2.9. Resumen métrico

En los poemas de Navarro Villoslada se aprecia cierto gusto por la experimentación, si atendemos a la variedad de metros y estrofas que utiliza en las 54 composiciones que estudio y reproduzco³³. Ofrezco a continuación un resumen con los versos y estrofas (o formas estróficas) utilizados por Navarro Villoslada en estos 54 poemas.

De los versos de arte menor, emplea el hexasílabo (núms. 8 y 19); el heptasílabo (núms. 10, 24, 30, 40, 43); y el octosílabo (núms. 5, 6, 7, 9, 11, 12, 17, 28, 29, 34, 35, 36, 39, 41, 42, 48, 49, 50, 51 y 53). En cuanto a los de arte mayor, encontramos decasílabos (núms. 2, 20, 29, 33, 43, 47); endecasílabos (núms. 1, 3, 5, 14, 16, 21, 25, 27, 38, 44, 45, 46 y 54), y dodecasílabos (núm. 10). Hay también combinaciones de versos de arte mayor y menor; así, de heptasílabos y endecasílabos (núms. 4, 10, 13, 15, 18, 23, 32, 37, 52); o de heptasílabos y pentasílabos (núms. 22, 26, 29).

Por lo que toca a las estrofas y formas estróficas, tenemos: tercetos encadenados (núm. 21); serventesio (núms. 1, 2 y 54, de versos endecasílabos; de decasílabos en el núm. 20, y de dodecasílabos en el 10); cuarteta (núm. 34, cuarteta aguda de heptasílabos en los núms. 30 y 43; cuarteta aguda de decasílabos en el 33); redondilla (núms. 5, 9, 17, 41, 48); quintilla (núms. 11, 12, 29, 48); séptima (núms. 6, 7, 20, 22, 26, 29); octava aguda o italiana (núm. 5; de hexasílabos en el núm. 8; de heptasílabos en 10, 24 y 30; de octosílabos en el 28, y de decasílabos en 2, 5, 29, 33, 47); octavilla (núms. 36 y 42); décima

³³ Si un poema combina dos o más tipos de versos o estrofas, repito la referencia en cada apartado.

(núms. 50 y 51); soneto (núms. 3, 14, 16, 25, 27, 38, 44, 45, 46); silva (núms. 4, 10, 13, 15, 23, 37); lira (núms. 18, 32, 52); y romance (núms. 31, 35, 39, 48, 49 y 53; en el núm. 19 romancillo y romance endecha en el 40).

Cabría destacar la afición de Navarro Villoslada a las rimas agudas o italianas, que aparecen en España durante el Neoclasicismo y se difundieron en el Romanticismo³⁴ (recuérdese la célebre «Canción del pirata», de Espronceda). En un soneto, el poema núm. 46, utiliza la rima aguda en todos los versos, hecho que obedece aquí a la búsqueda de un efecto humorístico. Por último, en los sonetos prefiere la rima CDC DCD para los tercetos (núms. 3, 14, 16, 25, 27 y 46), frente a la forma CDE CDE (núms. 38, 44 y 45).

2.10. *Final*

La vocación poética de Navarro Villoslada, lo mismo que la periodística, le viene de muy temprano. Por las mismas fechas en que redactaba revistas y periódicos manuscritos, en sus años de estudiante en Viana y en Santiago de Compostela, se dedicaba también a emborrionar numerosas cuartillas con sus primeras composiciones en verso. De esa actividad de los años 30 y primeros 40 no interesan tanto los resultados obtenidos, sino el dato de que esa afición poética existía. Otra prueba de su destacada facilidad para la versificación la hallamos en los endecasílabos heroicos de su ensayo épico *Luchana* (escrito en 1837 y publicado tres años después). Sin embargo, desde 1846 su carrera literaria se decantaría por la prosa, en concreto, por el género de la novela histórica. Es más, incluso esa carrera literaria se vería perjudicada por la intensa dedicación del escritor a actividades ajenas como la política y el periodismo. Navarro Villoslada se preocupó de ir recogiendo sus composiciones poéticas en álbumes y cuadernos, quizá pensando en una posible publicación de sus composiciones en un volumen. Pero, enfrascado en otras luchas, esa tarea no se realizó. Ocupada como estuvo su atención por otras preocupaciones, no tuvo tiempo de dar la última mano a sus poemas borradores o de publicar en volumen las composiciones que ya había publicado.

Las 54 poesías que recojo en *Obra poética* de Navarro Villoslada forman un corpus considerable. Creo sinceramente que alguna de ellas podría figurar con merecimiento en las antologías, si no de la

³⁴ Ver Quilis, 1969, p. 107.

literatura española general, cuando menos en las del siglo XIX. Ahora bien, para que eso suceda, primero tienen que ser conocidas. Y ese es el principal objeto de esta edición: rescatar del olvido una parte de la producción literaria de un autor que, en el panorama de las letras navarras, ocupa un lugar destacado.

Las poesías ya publicadas fueron reproducidas siguiendo un orden cronológico (en el apartado de Bibliografía del libro pueden verse las referencias exactas de su publicación y, en su caso, las veces que se han reimpresso). Por lo que respecta a las inéditas, seguí en la medida de lo posible el que estimaba fue su orden de composición, aunque no todas están fechadas. Estas composiciones hasta ese momento inéditas (las numeradas de la 32 a la 54) habrán de ser juzgadas con mayor benevolencia por el lector: como es lógico, procuré elegir aquellas que presentaban una mayor calidad literaria, o bien, otras que eran representativas, por su tema o por su estilo, del quehacer poético de su autor. Muchas de ellas se conservan en copias limpias que podemos dar casi con seguridad por definitivas. De otras, en cambio, hay más de una versión, o están en borradores con algunas enmiendas y tachaduras, y es posible que, si Navarro Villoslada se hubiese decidido a darlas a la estampa, las habría retocado con una última mano que les diese una perfección más acabada.

NAVARRO VILLOSLADA, PERIODISTA. UNA APROXIMACIÓN¹

1. NAVARRO VILLOSLADA, UN GRAN PERIODISTA NAVARRO

Francisco Navarro Villoslada, nacido y muerto en Viana, Navarra (1818-1895), ha sido un personaje injustamente relegado por la crítica, durante mucho tiempo, a un segundo plano de importancia. En las Historias de la literatura española, unas pocas líneas o unos pocos párrafos han bastado siempre para dar una breve noticia de sus tres novelas históricas (*Doña Blanca de Navarra*, 1847; *Doña Urraca de Castilla*, 1849; y *Amaya o los vascos en el siglo VIII*, 1879) y para situarlo, como romántico rezagado, de signo conservador, entre los seguidores españoles de la moda iniciada por Walter Scott con *Ivanhoe*, *El talismán* y la serie de las *Waverley Novels*. Y es cierto que han sido esas tres obras —y particularmente *Amaya*— las que han asentado la fama, mayor o menor, del escritor vianés. Pero conviene no olvidar que Navarro Villoslada fue algo más que un mero imitador, más o menos afortunado, del maestro escocés («el Walter Scott español», «el Walter Scott de las tradiciones vascas», como se le ha denominado).

En primer lugar, dentro de su producción literaria es posible encontrar obras de los más variados géneros, como la novela folletinesca (*Las dos hermanas*, *El Antecristo*), la novela de costumbres modernas (*Historia de muchos Pepes*), el cuento («La luna de enero», «Mi vecina», «Aventuras de un filarmónico»...), la leyenda histórica («La muerte de César Borja», «El castillo de Marcilla»), el artículo de costumbres («El canónigo», «El arriero», «La mujer de Navarra»), la poesía épica (*Luchana*) y lírica («A la Virgen del Perpetuo Socorro», «Al Niño Jesús», «Las ermitas», «Meditación», etc.), la comedia humorística de equívoco-

¹ Publicado originalmente en *Príncipe de Viana*, año LX, núm. 217, mayo-agosto de 1999, pp. 597-619, con una dedicatoria «A la Dra. Carmen Saralegui».

cos (*Los encantos de la voz*), la comedia de contenido ideológico (*La prensa libre*), el drama histórico (*Echarse en brazos de Dios*) o la zarzuela (*La dama del rey*), dejando aparte obras menores como biografías, traducciones y opúsculos de propaganda política². González Ollé ha afirmado taxativamente que «es el escritor más fecundo y más rico en registros de toda la literatura navarra»³.

Por otra parte, Navarro Villoslada fue un personaje con una intensísima actividad pública durante buena parte de su dilatada vida, y ello en la doble vertiente de la política y el periodismo, dedicaciones íntimamente relacionadas en muchas circunstancias de su quehacer. De pensamiento tradicionalista, su ideario católico (de católico «a machamartillo», según se suele precisar) le hizo pasar primero del partido moderado al denominado *neocatólico* y, después, tras el triunfo revolucionario de 1868 y el hundimiento del trono isabelino, de ese al carlismo junto a Cándido Nocedal, Antonio Aparisi y Guijarro, Gabino Tejado, el conde de Canga-Argüelles y otros. Fueron las propias circunstancias políticas del país las que motivaron esa evolución, que en ningún caso fue brusca, sino lenta y progresiva, buscando siempre el campo desde el que mejor pudiera defender los ideales de que era portavoz. En el desempeño de su carrera pública fue sucesivamente secretario del Gobierno Político (del Gobierno Civil) de Álava en 1850-1853, oficial en el Ministerio de la Gobernación en 1853-1854 y 1856-1857, tres veces diputado, siempre por Navarra (en 1857, por el distrito de Estella, en 1865 y 1867 por Pamplona), senador del Reino por Barcelona en 1871, secretario personal de don Carlos de Borbón y Austria-Este (Carlos VII) a finales de 1869 y, más tarde —a la muerte de Nocedal padre— su representante en Madrid en 1885-1886.

Su actividad periodística, verdaderamente ingente, está, como ya apuntaba, indisolublemente unida a su faceta política. En efecto, Navarro Villoslada sostuvo siempre las ideas católicas que son la base de su pensamiento (defensa de la Iglesia, del Papado y su poder temporal, de la unidad católica de España...) con igual eficacia y tenacidad

² Una revisión completa de la vida, la personalidad, la actividad política y las obras de Navarro Villoslada puede verse en mi libro (Mata Induráin, 1995a), donde dedico las pp. 207-237 a su «Producción periodística»; ahí se encontrarán tratados con mayor detalle y con referencias bibliográficas algunos de los aspectos que aquí me voy a limitar a exponer someramente.

³ González Ollé, 1988, p. 111.

desde la tribuna de las Cortes que desde las columnas de los incontables periódicos en los que trabajó. La denominación de *publicista* le cuadra a la perfección: fue un incansable polemista, sobre todo en *El Pensamiento Español*, enzarzado en numerosas y agrias disputas con todos los diarios progresistas; fue adalid de la causa católica, hasta el punto de merecer el sobrenombre de «el Louis Veuillot español»; y también uno de los portaestandartes de la bandera con los principios de «Dios, Patria y Rey», por ejemplo con su folleto *La España y Carlos VII* (París, Adrien Le Clere, 1868) o su artículo «El hombre que se necesita», publicado en el antedicho diario el 11 de diciembre de 1868, que se hizo famosísimo, que fue reproducido varias veces en hojas sueltas y que, al decir de Aparisi, ganó para el carlismo a millares de españoles.

Considerada en conjunto, su producción periodística es verdaderamente importante. Desde finales de los años 30, en que la inicia, hasta 1872, en que la abandona temporalmente por los amargos sinsabores y los infructuosos sufrimientos de la vida pública que minaron su salud, la actividad desplegada por Navarro Villoslada es intensísima: trabajó, y no como mero colaborador esporádico, sino como redactor y en ocasiones director, en multitud de publicaciones periódicas. Después de su retirada en marzo de 1872 de *El Pensamiento Español*, y tras el paréntesis de la segunda guerra carlista (1872-1876), volvió a publicar trabajos literarios y eruditos, desentendiéndose un tanto del periodismo político, al que solo retornó en 1885-1886 para poner orden, de parte de don Carlos, en la dividida prensa tradicionalista. No obstante, en julio de 1894 —un año antes de su muerte, con la salud ya muy deteriorada— todavía tuvo ánimo para dictar unas líneas que se incluyeron en el número único de *Navarra Ilustrada*, en protesta contra las medidas fiscales propuestas para esta provincia por el ministro de Hacienda, Germán Gamazo⁴. Valorada, pues, globalmente esa actividad que desarrolló, con algunos intervalos, durante más de cincuenta años, creo que no resulta exagerado calificar a Navarro Villoslada como el periodista navarro más importante del siglo XIX, tanto por la cantidad como por la calidad de sus escritos. Y, pese a ello, no existe un solo trabajo de cierta entidad que se

⁴ Sobre Gamazo y la *Gamazada* pueden consultarse, entre otros, los trabajos de Llanos y Torriglia, 1942; García-Sanz Marcotegui, 1993; Esarte Muniáin, 1993; y Larraza Micheltorena, 1995.

centre en esa faceta. José Simón Díaz se planteó en cierta ocasión un estudio antológico de su actividad en *El Pensamiento Español*, pero desgraciadamente no pudo en último término llevarlo a efecto⁵.

Hace unos años, en 1995, se conmemoró el Centenario de su muerte, circunstancia que tal vez haya logrado sacar del olvido, siquiera temporalmente, la figura de Navarro Villoslada. En otras ocasiones se ha querido reivindicar la importancia de algunas vetas ocultas de su rica y polifacética personalidad dedicando trabajos específicos a «Navarro Villoslada, autor dramático» o a «Navarro Villoslada, poeta»⁶. Quisiera añadir ahora esta contribución al estudio de «Navarro Villoslada, periodista». Ahora bien, ha de entenderse que este artículo no pretende —ni puede— ser en este momento un estudio exhaustivo de su actividad periodística, tarea que requeriría una paciente labor de consulta en hemeroteca (repasando todas y cada una de las publicaciones en las que estampó su firma), sino una visión panorámica y una breve glosa de los hitos principales de la misma. De ahí el matiz del subtítulo, «Una aproximación». Además, este trabajo quiere ser una llamada de atención y, al mismo tiempo, una invitación. Llamada de atención sobre la importancia y calidad de la producción periodística salida de la ágil y vigorosa pluma del ilustre vianés. Invitación, en el sentido de que esa copiosa e interesante producción constituye un material de estudio prácticamente virgen que espera —y necesita— una investigación monográfica, en profundidad, inexistente hasta ahora, y que sin duda alguna merece la pena abordar⁷.

2. ALGUNOS JUICIOS SOBRE NAVARRO VILLOSLADA PERIODISTA

Aun a riesgo de resultar un tanto prolijo, me gustaría antes de nada ofrecer en orden cronológico algunas valoraciones que se han hecho sobre la actividad periodística de Navarro Villoslada. En la

⁵ Agradezco a José Simón Díaz las noticias que sobre ese proyecto me ha proporcionado en distintas cartas y conversaciones telefónicas, así como la amabilidad e interés con que acogió desde el primer momento mis consultas sobre sus acercamientos —ya bastante lejanos en el tiempo— a la figura de Navarro Villoslada.

⁶ Zalba, 1918; Corella, 1968 y 1995; Mata Induráin, ed. de Francisco Navarro Villoslada, *Obra poética* (1997).

⁷ Estudios monográficos de este tipo sobre periodistas navarros completarían, desde otra perspectiva, los panoramas generales ya trazados sobre la prensa en Navarra en el siglo XIX. Pienso en los trabajos de Calzada, 1964, y, sobre todo, Imbuluzqueta Alcasena, 1993.

mayoría de los casos son breves apuntes, que consignan, sí, la existencia de esa faceta y su importancia (como veremos, se destaca sobre todo su larga etapa en *El Pensamiento Español* y, en particular, su famosa serie de «Los textos vivos», contra la heterodoxia en la Universidad española), pero que en ningún caso —salvo unas pocas excepciones— han originado un comentario más detallado de la misma.

En una reseña de *Doña Blanca de Navarra* publicada el 31 de diciembre de 1848 en el *Semanario Pintoresco Español* podemos leer:

Lástima y lástima grande que quien tan felices disposiciones manifiesta para el cultivo de este difícil género de literatura ocupe el tiempo en esa lucha de estériles resultados a que arrastra el periodismo político.

El anónimo comentarista invita al autor a dedicarse exclusivamente a la producción novelística, para poder dar a sus obras un mayor sello de calidad y acabada perfección. Será esta una apreciación con la que coincidirán luego otros críticos: si Navarro Villoslada se hubiese dedicado exclusivamente a la literatura, en vez de dilapidar su tiempo y sus esfuerzos en la política y el periodismo, su caudal de obras habría aumentado considerablemente y, en consecuencia, posiblemente también su fama y nombradía. Habría podido, por ejemplo, dar la última mano a los numerosos borradores de obras inéditas que se encuentran en su archivo⁸, y en concreto a un proyecto narrativo titulado genéricamente *Pedro Ramírez*, que incluía tres nuevas novelas históricas, ambientadas en tiempos de los Reyes Católicos y —la última de ellas— en el momento de la conquista de Navarra y su anexión a Castilla⁹.

El vizconde de la Esperanza (¿seudónimo de Julio Nombela?), en *La bandera carlista en 1871*, habla de él como escritor católico que ha conseguido «una de las reputaciones más sólidas y más completas de cuantas hay en España», destacando que en sus primeros años en Ma-

⁸ Conservado hasta 1996, en Madrid y Burgos, por sus tres bisnietos, doña Teresa, don Mariano y don Juan Sendín Pérez-Villamil, a quienes agradezco las facilidades dadas en todo momento para su consulta en sus domicilios. Con motivo del Centenario de la muerte de su ilustre bisabuelo en 1995, tomaron la decisión de ceder dicho archivo a la Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Navarra.

⁹ Ver Mata Induráin, 1996a. He transcrito y anotado ambos textos en sendas publicaciones: Francisco Navarro Villoslada, *Doña Toda de Larrea o la madre de la Excelenta*, Madrid, Castalia, 1998; *El hijo del Fuerte* (los cinco capítulos conservados) en Mata Induráin, 1999c, pp. 107-201.

drid publicó «notables artículos, políticos unos, literarios en su mayor parte», y que ha hecho de *El Pensamiento Español* «uno de los periódicos más notables, no solo de España, sino de Europa», con mención especial a dos series de artículos, «Los textos vivos» y «La Inquisición en sus relaciones con la sociedad española».

José Fernández Bremón, en una nota necrológica recogida en *La Ilustración Española y Americana* el 8 de septiembre de 1895, lo califica como «periodista insigne» y expresa la que es la primera valoración, altamente positiva, de su quehacer en este terreno:

Polemista formidable por su ilustración, la sagacidad de su inteligencia, la fina y punzante ironía con que se burlaba del adversario con cortesía aparente; periodista de pluma siempre gallarda, ha sido uno de los maestros que hicieron mejor papel cuando escribía un Lorenzana, y no nos explicamos que haya muerto sin ingresar en la Academia de la Lengua: buscaban su firma y leían sus artículos por saborear la elegancia de su dicción y su vigor de pensamiento aun aquellos que detestaban la intención de sus escritos. Lástima grande que la obra principal de aquel insigne escritor haya caído en ese río que todo lo arrastra de la prensa y no pueda formar cuerpo. Merecería, sin embargo, dejar memoria, siquiera en forma de soberbios fragmentos, en algún libro, de seguro muy notable.

De hecho, sabemos, por unas notas autógrafas de doña Petra Navarro Villoslada, la hija menor del escritor, que su padre fue invitado a entrar en la Real Academia Española en distintas ocasiones, pero que rechazó la propuesta, igual que otros reconocimientos públicos, dada su extrema modestia. Pero sigamos adelante.

Entre 1913 y 1916 apareció en la revista *El Perpetuo Socorro* una «biografía espiritual» de Navarro Villoslada debida al redentorista Padre Juan Nepomuceno Goy¹⁰. En distintos apartados de este trabajo («El periodista católico», «Campañas gloriosas», «El Veuillot español») se refiere al gran periodista que alentaba en el alma del navarro:

¹⁰ Padre Juan Nepomuceno Goy, «Flores del cielo. Don Francisco Navarro Villoslada», *El Perpetuo Socorro*, enero de 1913–octubre de 1916; biografía reproducida en *La Avalancha*, 1914–1917 y, parcialmente, como prólogo de las *Obras completas* de Navarro Villoslada, vol. I, Pamplona, Mintzoa, 1990, pp. 11–95. Más tarde el Padre Goy publicó «Francisco Navarro Villoslada. Católico. Político. Literato», semblanza previa en su edición de las *Obras completas de Navarro Villoslada*, Madrid, Fax, 1947, pp. V–XVI.

así, le llama «periodista ilustre, insobornable y siempre en la brecha», uno de los más «consumados maestros del periodismo español», actividad en la que «tanto hubo de descollar, tanto se había de distinguir y tan indeleble trazo había de dejar». Y, con el tono habitual de su estilo, exclama: «¡Villoslada periodista! He ahí la misión a que Dios le llama, he ahí el palenque en que *pro aris et focis* va a reñir tan gloriosos combates este nuevo cruzado de la buena causa». Señala que tras su etapa de preparación en la década de los 40, en los años 50 y 60 estaba ya capacitado para ganar gloria y renombre como periodista católico, destacando su labor en *El Padre Cobos* y, sobre todo, al frente de *El Pensamiento Español*:

Nunca fue Villoslada tan grande como cuando, después de un largo noviciado de periodista, se entregó con todo el empuje de su alma y con toda la lozanía y fuerza de su talento a la defensa de los principios católicos, desde las columnas del periódico por él fundado, por él dirigido, y al cabo, por él solo sostenido literaria y económicamente; el nunca bastante admirado mientras existió, ni bastante llorado después de muerto, *El Pensamiento Español*.

En definitiva, para el Padre Goy Navarro Villoslada constituye un «admirable dechado de periodistas» que llevó a cabo briosas campañas por la Religión y por la Patria, por Dios y por España, en las cuales «se acreditó de teólogo y dialéctico de los de la vieja estirpe española» y como «campeón de Cristo contra el liberalismo»; considera la suya un «alma gemela de la de Luis Veuillot», por las analogías que presenta con el gran periodista francés de *L'Univers*. Más adelante, en 1947, el Padre Goy prologaría unas *Obras completas de Navarro Villoslada* publicadas por la editorial Fax, comentando que en los años 40 era ya «periodista laureado» y refiriéndose a su etapa en *El Español*, *La España* y *El Pensamiento Español*, pero sin aportar ninguna valoración novedosa.

Cejador, en su *Historia de la Lengua y Literatura castellana* (Madrid, Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1917), lo califica de «gran periodista», en tanto que Fitzmaurice-Kelly, en una obra similar, su *Historia de la literatura española*, opina que «Villoslada malgastó sus fuerzas en el periodismo»; la afirmación ha de entenderse en el sentido, antes comentado, de que este ejercicio le privó de contar con una producción literaria mayor. Por su parte, J. Luis Martín

Mengod lo sitúa junto a otros tradicionalistas como Balmes, Llauder, La Hoz, Nocedal y Bolaños, «ilustres periodistas que pueden ponerse en parangón con los más significados del campo liberal y sobrepujar a los primeros de estos en talento, actividad, donosura y mérito»¹¹.

Con motivo del Centenario de su nacimiento, la revista pamplo-nesa *La Avalancha* le dedicó en 1918 un número extraordinario; en esas páginas, el obispo A. A. de Calahorra y La Calzada le llama «periodista de incorruptible pluma y candente causticismo», reseñando de nuevo la famosísima serie de «Los textos vivos». En el mismo número podemos espigar algún otro juicio: por ejemplo, Juan Marín del Campo destaca su carácter de periodista católico como Donoso Cortés o Ramón Nocedal; después de preguntarse por la cantidad de publicaciones que dirigió o en las que escribió, reconoce que «su mejor periódico fue *El Pensamiento Español*, en cuyas trincheras se ganó, como quien dice, el tercer entorchado Navarro Villoslada». Y puntualiza: «Quiero decir que por las batallas que aquí batalló y aquí ganó nuestro D. Francisco fue llamado entre nosotros “el Luis Veuillot español”»; sigue, pues, en esto al Padre Goy, mencionando igual que aquel que su mejor aportación fue la serie de «Los textos vivos».

Beatrice Quijada Cornish, profesora de la Universidad de California (Berkeley), publicó también en 1918 un importante trabajo de 85 páginas¹² en el que repasaba su vida y sus obras. Sin detenerse demasiado, comentaba su actuación en algunos periódicos y afirmaba: «Journalistic and political work [...] formed so great a part of his life». Sobre la etapa en *El Pensamiento Español*, calcando palabras de doña Petra, la hija del escritor, decía: «In this review he put his whole heart and soul»; «Villoslada was its life and soul». Al final, en un apéndice, añadía «A preliminary list of periodicals with which Villoslada was connected either as contributor, editor or director», con los títulos que en aquel momento pudo reunir.

Otra persona que en su momento dedicó bastante atención al literato navarro fue el antes mencionado José Simón Díaz, quien en 1946 aludía a su «muy intensa» labor periodística, anunciando una investigación específica sobre *El Pensamiento Español*: «En sus artículos editoriales fue esbozando todo un programa ideológico, digno de

¹¹ Prólogo a Navarro Cabanes, 1917, p. 14.

¹² Quijada Cornish, 1918.

especial estudio, que haremos en otro lugar»¹³. Mencionaba la serie «El Catolicismo y la enseñanza en las Universidades», en la que se incluían «Los textos vivos»; y se refería además con cierta extensión a la polémica con Andrés Borrego por la quiebra de *El Español* en 1848, reproduciendo en apéndice diversos documentos al respecto. También destacaba «su idealismo y su honradez» en una polémica con Nocedal de 1867, de la que luego diré algo; y más adelante hablaba de «su prosa casi siempre periodística», que impregna incluso el estilo de sus novelas. En 1947, en el índice de *El Arpa del Creyente*, volvía a tratar de «el gran periodista que se llamó Navarro Villoslada». Y en 1956, en un artículo complemento del de diez años antes¹⁴, señalaba que su paso por *El Padre Cobos* supuso en Navarro Villoslada la aparición de «una nueva faceta: la de escritor político», que posteriormente habría de inspirar «muchas páginas espléndidas, perdidas sobre todo en la colección de *El Pensamiento Español*», lamentándose de que no hubiesen sido en absoluto tenidas en cuenta al publicarse unas supuestas *Obras completas* en 1947 (la antes mencionada de Fax, al cuidado del Padre Goy).

Otra fecha importante para el recuerdo del escritor navarro fue 1968, cuando se cumplió el 150 Aniversario de su nacimiento. La pamploesa revista *Pregón* le dedicó unas páginas especiales en su número de otoño, en las que Faustino Corella recordaba que Navarro Villoslada «bullía tremendamente en los círculos políticos, literarios y periodísticos con una personalidad extraordinaria»; y añadía: «La labor que desarrolló en la prensa, vista ahora en conjunto, no es exagerado calificarla de asombrosa. La realizó de una manera admira-

¹³ Según me informa el propio José Simón Díaz, este trabajo iba a ser publicado en Vitoria, contando con alguna subvención de la Diputación de Álava (hay que recordar que Navarro Villoslada vivió algunos años en Vitoria, donde fue secretario del Gobernador Civil); el estudioso había realizado varios trámites con Antonio Mañueco Francos, Secretario del Consejo Provincial de Cultura, pero finalmente tan loable iniciativa no llegó a buen puerto. En cualquier caso, como testimonio de ese proyecto quedan en el Archivo Histórico Provincial de Álava, en Vitoria, algunos materiales (copias de varios artículos de Navarro Villoslada en *El Pensamiento Español*) remitidos por Simón Díaz desde Madrid. Simón Díaz opina que, aunque en algunos artículos Navarro Villoslada vertió opiniones equivocadas (por ejemplo, al valorar algunas cuestiones relacionadas con los Estados Unidos), el conjunto de su producción resulta muy interesante, siendo él un «extraordinario periodista».

¹⁴ Los dos importantes trabajos de Simón Díaz son: «Vida y obras de Francisco Navarro Villoslada» (1946) y «Para la biografía de Navarro Villoslada» (1956).

ble y constante, día tras día», recordando que Simón Díaz le calculaba más de seiscientos artículos, y destacando su ingente tarea en *El Pensamiento Español*, con la que ejerció una poderosa influencia en la opinión pública nacional:

Causa verdadera sorpresa repasar la colección de dicho periódico, y ver la cantidad de trabajos escritos con un acierto, claridad y profundidad de doctrina que no parecen publicados hace cien años, sino que están redactados para estos tiempos.

Otros testimonios: Servando de Viguri Aramayona, en un artículo de *Vida vasca* de 1969, recuerda el «bagaje extraordinario de conocimientos» (de Filosofía, Teología y Jurisprudencia) con que se inició y distinguió en el periodismo; José María Corella, en su *Historia de la literatura navarra* (Pamplona, Ediciones Pregón, 1973), elogia la «gran cantidad de artículos y ensayos de excelente factura» que escribió; Ignacio Elizalde habla en 1977 de «su eficaz y asombrosa labor en el periodismo» (*Navarra en las literaturas románicas*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1977). En un trabajo de 1988, González Ollé señala que el de Viana «pronto se entregó de lleno, profesionalmente, a tareas periodísticas, en todos sus aspectos», y que fue autor de «millares de artículos»; y en su *Introducción a la historia literaria de Navarra*, del año siguiente, insiste en su carácter de «fecundo y activo periodista». José Ramón de Andrés Soraluze afirma en la correspondiente entrada de la *Gran Enciclopedia Navarra* (1990) que «fue el periodismo lo que le atrajo con fuerza, y desde los 19 años, en que realizó sus primeras armas en *El Correo Nacional*, no cejó en esta actividad hasta el final de su vida. La inquietud política corre pareja con la periodística»; destaca que fue colaborador asiduo de más de una quincena de periódicos, fundador de tres rotativos y director de cuatro. Segundo Otatzu Jaurrieta, editor en 1990-1992 de sus *Obras completas* en seis volúmenes (Pamplona, Mintzoa), habla de este «gran periodista, de reconocimiento nacional», y reproduce en el volumen III una selección de sus artículos periodísticos (literarios y políticos). Ainhoa Arozamena Ayala (en la *Enciclopedia Ilustrada del País Vasco*, San Sebastián, Editorial Auñamendi, 1992) se refiere también a «sus innumerables artículos y colaboraciones periodísticas».

Otro novelista vianés, Pablo Antoñana, vinculado por razones biográficas a don Francisco, ha expresado en distintas ocasiones su

idea de que dedicó más tiempo a la política y el periodismo que a la literatura, en perjuicio de esta. Lo imagina como: «Un hombre constantemente echado sobre un trozo de papel de escribir. [...] Redactor jefe, director, propietario, su vida es un lápiz, un tintero, el papel secante». Es más, para él la actividad como periodista —y político— ha de anteponerse a la de literato:

Poeta a su aire, comediógrafo de poca monta, novelista para almas sin complicaciones, si este hombre ha sido algo, y dejado su huella marcada en la tierra que pisó, ese algo es hombre vertido hacia afuera: político y periodista.

Y añade: «Periodista integral, es devorado por el tiempo. Si algo hace bien este hombre es renglones que mueren al día siguiente». Más recientemente, en una «Evocación sentimental de Navarro Villoslada», tras aludir a sus facetas literarias, insiste en la misma idea:

... pero donde se encuentra en su ser, a gusto o a disgusto, es en el periodismo. En él su figura coge verdadera grandeza y es donde aparece su talla combativa y polémica. Abanderado de los ideales e intereses de la Iglesia Católica, utiliza el periódico y con él la política en su defensa. Parece que catolicismo-política-periodismo forman en él fraguada masa¹⁵.

En fin, además del Padre Goy, Quijada Cornish y Simón Díaz, quienes al hablar del personaje en general han dedicado algunas líneas al periodista, solamente tres personas, por lo que conozco, han prestado atención específica a esta importante faceta de Navarro Villoslada: se trata de Carlos Rivero, Hortensia Viñes Rueda y Jesús Tanco Lerga.

Carlos Rivero publicó un artículo en *Gaceta de la Prensa Española*, año XVIII, núm. 167, 15 de mayo de 1965, pp. 50-57, titulado «Francisco Navarro Villoslada, una primera figura del periodismo carlista»; tras los titulares «Son memorables sus polémicas con las más brillantes plumas del siglo XIX» y «El sectarismo de la crítica no reconoció los valores de su obra literaria», destaca fundamentalmente su actividad en *El Pensamiento Español*, afirmando que «le correspondió

¹⁵ Las primeras referencias en *Diario de Navarra*, 9 y 16 de febrero de 1969; la «Evocación sentimental» se ha publicado en Arellano y Mata Induráin, 1996, pp. 13-25.

primer papel en una de las etapas más intensas, sugestivas y polémicas del Periodismo nacional»; lo considera «triunviro del gran periodismo carlista», junto a Gabino Tejado y Cándido Nocedal; señala que eligió el periodismo «como el mejor instrumento para la difusión y defensa de su credo político»; que se curtió desde mozo «en el duro batallar del Periodismo» en las redacciones de varias publicaciones; que era «hombre perfectamente dotado para realizar su arduo menester» al frente de *El Pensamiento Español* y que «poseía la vigorosa contextura intelectual que se requería para mantener un tú a tú con las personalidades más conspicuas del periodismo rival»; destaca además otras cualidades como «su prosa clara, densa de conceptos, tallada en un castellano muy abundante y puro», su «bien cimentada cultura humanística», su «solidez doctrinal», su «arrojo personal» y su «experiencia periodística». Considera que su mejor artículo político es «El hombre que se necesita», del que reproduce algunos párrafos, y del que comenta: «Naturalmente, este artículo figura en las antologías del pensamiento tradicionalista, pero puede figurar también entre los más cabales e ilustrativos ejemplos del mejor Periodismo —en forma y fondo— de ideas». El trabajo de Rivero es una valoración positiva de Navarro Villoslada como periodista, lo más extenso que hasta la fecha se había escrito al respecto, pero no está exento de algunos errores: da el año 1862 para ese artículo de 1868 y considera que *El Pensamiento Español* fue periódico carlista desde sus orígenes en 1860, cuando lo fue solamente desde el estallido de la Revolución de septiembre del 68 y el hundimiento en Alcolea del reinado de Isabel II.

Hortensia Viñes habló sobre Navarro Villoslada el 21 de marzo de 1991 en un ciclo de «Periodistas navarros contemporáneos», organizado por la Asociación de la Prensa de Pamplona en colaboración con la Caja de Ahorros Municipal de Pamplona, ciclo en el que se trató además de Eladio Esparza, Raimundo García *Garcilaso*, Ángel María Pascual y Manuel Aznar. Después de destacar sus cualidades como novelista, dotado de un gran sentido de la intimidad histórica de los pueblos, glosó su actividad en algunos periódicos, fruto de su trabajo de documentación en la Biblioteca y la Hemeroteca nacionales. Viñes destacó que Navarro Villoslada fue un hombre con un gran sentido de las raíces históricas de su pueblo, de Navarra, pero dotado al mismo tiempo de una curiosidad y de una inquietud intelectual que pudo desarrollar en el ejercicio de su carrera periodística, y que le llevaron a ser uno de nuestros «navarros universales», un trabajador

infatigable que vivió plenamente inmerso en el mundo cultural y político de su tiempo¹⁶.

Por su parte, Jesús Tanco contribuyó a la celebración del Centenario de la muerte de Navarro Villoslada con un artículo aparecido en el número 5, San Fermín de 1995, de *Pregón Siglo XXI*, «De cómo Navarro Villoslada hizo honor a su apellido y a su profesión periodística», en el que destaca su carácter de «periodista vocacional»: «Navarro Villoslada no fue sólo un gran periodista, a la vista está; ante todo el periodismo en él fue su principal medio de vida, su profesión y su vocación. Antes que literato, que político, fue considerado como periodista». Habla de él como antecesor de la «escuela navarra de periodistas», hombres entrañados en la tierra y con una honda base filosófica y teológica, entre los que cabe citar a Eladio Esparza, Manuel Aznar o Joaquín Arrarás. Añade que Navarro Villoslada «hizo de todo en el periodismo», pues fue desde simple colaborador hasta propietario de algunos diarios. En fin, repasa su actividad, concluyendo que «en el periodismo fue un trabajador incansable» y un destacado publicista en numerosas polémicas y campañas de propaganda¹⁷.

3. NAVARRO VILLOSLADA, PERIODISTA DE VOCACIÓN

En el archivo de Navarro Villoslada se conservan algunos números de unas revistas manuscritas (*La Mariposa*, *Estudios y Ociosidades*, *Semanario de Erudición*, *Literatura y Bellas Artes*, *Semanario de Mitología*) en las que el joven aprendiz de escritor probó en los años 30 sus primeras armas en la profesión de literato y periodista. Corresponden a sus años de estudios en Viana y en Santiago de Compostela, y en ellas iba vertiendo sus primerizos poemas, sus opiniones sobre temas diversos

¹⁶ Agradezco a Hortensia Viñes su amabilidad al comentarme personalmente estas ideas, resumen sucinto de su intervención en ese ciclo de conferencias.

¹⁷ Estas ideas sobre «La obra periodística de Navarro Villoslada» las expuso también Jesús Tanco en sendas conferencias pronunciadas en Viana, el 16 de diciembre de 1995; y en Pamplona, el 2 de abril de 1996, durante los actos de celebración del XXV Aniversario del Instituto «Navarro Villoslada». En ellas insiste en la idea de que el de Viana fue un profesional del periodismo y paradigma, en concreto, del periodista carlista. En fin, yo mismo he tratado también de destacar el carácter polifacético del ilustre vianés y la importancia de su actividad periodística al titular «Francisco Navarro Villoslada: político, periodista, literato» una conferencia, organizada por el Ateneo Navarro, pronunciada en Pamplona el 14 de diciembre de 1995 en el marco del *Congreso Internacional sobre la Novela Histórica (Homenaje a Navarro Villoslada)*, y cuyo texto figura publicado igualmente en sus actas (Mata Induráin, 1996c).

(historia, geografía, música, pintura...), reseñas de sus lecturas, etc. Evidentemente, la calidad de los escritos contenidos en estos «periódicos», sus primeros escarceos juveniles, no es mucha, pero los menciono porque demuestran documentalmente la tempranísima vocación literaria y periodística de aquel inquieto muchacho. Y es que, como indica el Padre Goy, «parecía que Villoslada había venido al mundo con la pluma en la mano», y que el periodismo, en concreto, «lo llevaba en la sangre».

Esos fueron los primeros pasos de una fecunda y brillantísima carrera que se iniciaría de una forma más palpable con la aparición en 1840-1842 de sus primeras colaboraciones en publicaciones de segundo orden: la *Revista de Galicia*, el *Gabinete de Lectura*, el *Boletín del Instituto Español*. A la *Gaceta de Madrid*, de la que fue colaborador entre abril y septiembre de 1840, dio varias críticas literarias (más adelante, en 1846, volvería a ser redactor de esta publicación; y en 1857 sería nombrado su director, aunque no llegó a tomar posesión del cargo por encontrarse de viaje por Europa, comisionado por el gobierno de Bermúdez de Castro para el estudio de la imprenta y el arte tipográfico en Francia y en Austria).

Más importante fue su paso, todavía en los primeros años 40, por *El Correo Nacional* y *El Corresponsal*. En 1842, con tan solo veinticuatro años, funda y dirige su primera publicación, *El Arpa del Creyente*. A partir de ahí, se produce el salto a los periódicos y revistas de mayor calidad y prestigio: el *Semanario Pintoresco Español*, *El Siglo Pintoresco*, *El Español* y su *Revista Literaria*, *La España*, *El Padre Cobos* y *El Pensamiento Español*, a los que dedicaré unas líneas en el siguiente apartado. Pero además de en los citados, Navarro Villoslada publicó de forma esporádica en *El Regenerador* (del que fue también director), *La Esperanza*, *Altar y Trono*, *El Museo Universal*, *La Ilustración Española y Americana*, *Diario de Manila*, *La Ciencia Cristiana*, *Euskal Erria*, *Revista Euskara*, *El Fénix*, *El Siglo Futuro*, *La Ilustración Católica*, *La Restauración*... Y también habría que rastrear la presencia de su firma o sus iniciales en publicaciones tan diversas como *La Risa*, *Espectador*, *El Manzanares*, *El Mundo*, *La Cruz*, *La Defensa de la Sociedad*, *El Parlamento*, *La Regeneración*, *La Paz*, *La Fe*, *El Correo Catalán*, y en otras publicaciones menores vinculadas al carlismo: *El Nuevo Constantino*, *Conspiración*, *Unión*, ¡*Viva el Rey!*, *Lo que se va y lo que se viene*, *El Buen Príncipe*, *La Corte del Rey*, sin olvidar tampoco que *La Avalancha*,

El Pensamiento Navarro o *Diario de Navarra*, entre otros periódicos, han reproducido artículos suyos después de su muerte.

Tras esta rápida enumeración no extrañará que puedan contarse por centenares, y casi por miles, los artículos, así literarios como políticos, que a lo largo de los años salieron de la pluma de Navarro Villoslada para vivir la efímera vida de la columna periodística, en colaboraciones que eran a veces, como en *El Pensamiento Español*, prácticamente diarias. Él mismo, al volver a la actividad política tras un paréntesis de tres lustros, iniciaba su conocida carta a los directores de *La Fe*, de 12 de marzo de 1886, con estas palabras: «Periodista de toda mi vida...».

Navarro Villoslada dio siempre muestras de una sorprendente capacidad de trabajo: en 1846, a los seis años de su llegada a Madrid, dirigía simultáneamente cuatro publicaciones de importancia nada desdeñable: el *Semanario Pintoresco Español*, *El Siglo Pintoresco*, *El Español* y la *Revista Literaria* de este periódico. A él le gustaba redactar con reflexión, de ahí que el 29 de agosto de 1860 se burlase en *El Pensamiento Español* de aquellos que escribían lo que buenamente podían «dos horas antes de la publicación de sus mal trazados renglones»¹⁸. No extrañará, por tanto, que, durante esa etapa de frenética actividad, pasara cada día diez o doce horas en las distintas redacciones, ni que después, al llegar cansado a casa, todavía robase horas al sueño para dedicarlas a sus proyectos literarios, sus novelas y dramas. Tampoco sorprenderá que, en consecuencia, este febril y agotador ritmo de trabajo trajese repercusiones negativas para su estado de salud, que fue siempre delicado.

Otro rasgo que caracteriza su actividad periodística es su carácter honrado, independiente e incorruptible; como director de influyentes periódicos, no era extraño que algunas personas le ofreciesen dinero, ya para que hablara en cierta forma, ya para que callara determinados sucesos. El navarro no aceptó jamás esos intentos de soborno, sino que en todo momento escribió o calló lo que su recta conciencia le dictaba. Según unas notas autógrafas de su hija doña Petra, esto fue lo que contestó una vez que le hicieron un ofrecimiento semejante:

¹⁸ Las palabras de Navarro Villoslada me recuerdan una conocida frase de Aparisi y Guijarro: «No gusto del periódico porque, si bien se considera, el periódico es un libro mal hecho, un libro cuyas hojas se escriben todos los días muy de prisa».

Me hacen ustedes caer en la cuenta de que soy periodista, y que esta profesión está rebajada por muchas personas. Yo, si escribo en este sentido o en el otro, es porque lo siento así, y creo ir por el camino recto; pero me creería rebajado si aceptase dinero por ello.

En 1865, cuando además de acceder a la dirección se convirtió en propietario único de *El Pensamiento Español*, se hizo cargo también de todas sus deudas, que eran cuantiosas, y consta que no empezó a cobrar ni un solo real de vellón por su trabajo hasta que no las hubo satisfecho todas.

Otra prueba de su honradez profesional la tenemos en la indignada respuesta que dio a Cándido Nocedal en 1867, cuando este intentó aprovechar la crisis económica por la que atravesaba ese rotativo para convertirlo en el portavoz de la minoría ultramoderada que presidía en el Congreso. Pero *El Pensamiento Español* había expresado varias veces, desde el prospecto en que se anunciaba su aparición, su carácter totalmente independiente de cualquier partido u hombre público, y el de Viana quiso permanecer fiel a ese propósito. Nocedal le hizo ver entonces que, si le obligaba a fundar otro periódico para difundir sus ideas, tal vez él, viudo que tenía que mantener a sus dos hijas pequeñas, saldría perjudicado económicamente, a lo que contestó con dignidad: «Si a mis hijas les falta el porvenir de *El Pensamiento*, no les faltará, mediante el Cielo, la honra de su padre». En este sentido, podría decirse que hizo suyo el lema de Veuillot: «Me gusta más un periódico católico muerto que vendido», prefiriendo arriesgarse a que *La Constancia* (nombre del periódico que Nocedal se vio forzado a crear) acabase con su diario antes que traicionar su independencia y su intención, varias veces manifestada, de servir únicamente a la causa católica y de atender exclusivamente a las indicaciones que le pudiesen llegar desde la Santa Sede (a través de las encíclicas y demás documentos pontificios).

Con igual resignación cristiana aceptaba Navarro Villoslada todas las burlas e injurias que se dirigían contra su persona; el 9 de octubre de 1860 comenta en el periódico que sus rivales solamente le responden «con diatribas, porque no pueden ni saben contestarnos con razones». En una carta al «Sr. Don Emilio Castelar» publicada el 20 de noviembre de 1862 insistía en afirmar que aceptaba «ser insultado dondequiera por la santa causa de la verdad», y que no respondería a las ofensas porque las recibía por una justísima causa, tomándolas

«como la mejor recompensa que en este mundo pueden alcanzar mis humildes esfuerzos en favor de la Religión católica». En fin, ya el 27 de junio de 1861 había dejado claro que solo era capaz de sufrirlo todo por la grandeza de las ideas que estaba defendiendo:

El escritor de un periódico de orden no tiene ni honra ni vida segura. Para ser tolerado por la Revolución es menester no atacarla donde más le duela; para ser admitido al goce de la libertad, es forzoso hacer el sacrificio de la parte más noble de la libertad. ¿Quién resiste un día y otro día este género de ataques, más de una vez combinados con los del Gobierno? ¿Quién tiene fuerzas para aguantar a todas horas las calumnias, los improperios, las amenazas menos encubiertas? Si nosotros defendiésemos una causa menos digna, habríamos arrojado mil veces ya la pluma, porque no hay nada en el orden puramente humano que merezca tanto sacrificio; pero cuando contemplamos el altísimo objeto adonde nos dirigimos, todo nos parece poco para inmolarlo en aras del deber. Solo sentimos no ser sensibles a la fuerza que nos hacen nuestros enemigos, para tener siquiera algún mérito en perdonarlos.

Por último, para concluir este apartado, mencionaré un par de reflejos que de su actividad periodística encontramos en sus obras literarias, a saber, en la comedia en verso *La prensa libre* (1844) y en la novela pseudobiográfica *Historia de muchos Pepes* (1879). En la obra teatral, con una honda carga de ideas, Navarro Villoslada aboga por la completa independencia de los periódicos, al tiempo que refleja perfectamente la precariedad con que se mantenían muchas publicaciones de la época: los redactores protestan porque no se les pagan los atrasos que se les deben, apenas hay original que dar al regente de la imprenta, etc. Igualmente, se alude al poder de la prensa, al continuo recurso a las calumnias y los ataques personales y a otros aspectos de la vida periodística; como muy bien destacó Simón Díaz, de no ser por la temprana fecha de estreno y publicación, podríamos pensar que lo descrito en *La prensa libre* era trasunto de circunstancias que vivió personalmente el autor en *El Pensamiento Español*. Por otra parte, *Historia de muchos Pepes* es un fiel reflejo del mundillo periodístico madrileño de mediados de siglo, que su autor conocía a la perfección, al tiempo que nos ofrece jugosos comentarios sobre asuntos diversos: la importancia que ha cobrado la prensa en los últimos años, la dirección y organización de un periódico, la verdadera procedencia de las noticias del extranjero (todos afirman manejar la prensa de varias

naciones, cuando solo se traduce de la francesa), la calidad distinta de unos y otros periodistas, las ventajas que reporta a los periódicos ofrecer un número escandaloso antes que uno insustancial...

4. PRINCIPALES PERIÓDICOS EN LOS QUE TRABAJÓ

Grosso modo, se pueden destacar dos grandes etapas en la actividad periodística de Navarro Villoslada, una primera (años 40) en la que priman las colaboraciones literarias o de crítica literaria; y una segunda (años 50 y 60) en la que se dedica fundamentalmente al periodismo político. Una etapa de transición podría estar representada por *El Padre Cobos* (1854-1856), periódico de intención política, pero expresada en escritos que pasaban por el tamiz de la sátira literaria.

A partir de 1872, tras su desilusionada retirada de *El Pensamiento Español*, nuestro periodista ya no estará vinculado de forma tan directa y absorbente a ningún periódico: desde 1877 volverá a dar a las prensas colaboraciones literarias (*Amaya* en el folletín de *La Ciencia Cristiana*, *Historia de muchos Pepes* en el de *El Fénix*), que alternará con otros trabajos eruditos o de carácter divulgativo («De la poesía vascongada», «De lo prehistórico en las Provincias Vascongadas», «La vida y las escuelas literarias», «De los libros del rezo eclesiástico», «Apuntes sobre el grabado tipográfico en España», «De las ediciones ilustradas con láminas en los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX», «Harmonía entre la ciencia y la fe», aparecidos sobre todo en *El Siglo Futuro*, *La Ilustración Española y Americana* y *La Ilustración Católica*); e incluso aceptará temporalmente la invitación de don Carlos en 1885 para mediar en las estériles polémicas que enfrentaban a distintos sectores de la prensa tradicionalista (con nuevas colaboraciones de tipo político, aunque muy pronto, en el año 86, se retiraría nuevamente desencantado). Pero tras la segunda guerra carlista Navarro Villoslada ya no será el alma de ningún periódico: no le quedaban ánimos ni fuerzas, tras los desengaños anteriores, para volver a intentarlo, ni siquiera para tratar de resucitar, como muchas veces se le sugirió, el que fue «su» periódico por excelencia, *El Pensamiento Español*. Probablemente el de Viana había agotado ya todas las ilusiones que en su día pusiera en la lucha periodística, de ahí que ahora se dedicara a sus trabajos literarios, a verter en *Amaya*, como dice en su dedicatoria a los hermanos Echeverría y Peralta, «los más íntimos y puros afectos del corazón».

Así pues, en este repaso por los principales periódicos en los que colaboró, incluiré tres apartados: uno para las publicaciones literarias, otro para las de tipo político y un tercero especial para *El Pensamiento Español*.

4.1. Publicaciones literarias

Situémonos de nuevo a la altura de 1840. Un joven y emprendedor Navarro Villoslada llega a Madrid dispuesto a estudiar Jurisprudencia y a darse a conocer en el mundillo literario de la Corte, ya que desde provincias era poco menos que imposible. El bagaje que le acompaña no es nada despreciable: además de sus vivas inquietudes literarias, lleva consigo los conocimientos de una sólida educación (sus años de estudios de Filosofía y Teología en Santiago de Compostela, con sus tíos canónigos), una increíble capacidad de trabajo y un corazón lleno de ilusiones. Junto a su vocación, es la necesidad de costearse las matrículas de la Universidad lo que le empuja al periodismo, una forma relativamente fácil de conseguir un dinero que necesitaba para no resultar oneroso a su familia, acomodada, pero que había visto mermada su hacienda durante la guerra de los Siete Años.

El escritor en ciernes, que ya había estrenado sus primeras armas en el periodismo, se incorpora el 1 de abril de 1840 a la redacción de *El Correo Nacional*, periódico moderado, monárquico y fiel a la Constitución de 1837, que había sido fundado en 1838 por Andrés Borego. Allí pudo conocer a dos de las figuras más importantes del periodismo nacional, Santos López Pelegrín (*Abenamar*) y Antonio María Segovia (*El Estudiante*), al tiempo que se puso en contacto por vez primera con otros personajes señeros de la política y la literatura: Alcalá y Galiano, Donoso Cortés, Ríos Rosas, Pacheco, Oliván, Bravo Murillo, Pérez Hernández, Campoamor, García Tassara...

Mucho debió de aprender a su lado el novel periodista, porque ya en 1842 lo encontramos tomando la iniciativa de fundar y dirigir por su cuenta su primera publicación, *El Arpa del Creyente*, que vivió de octubre a diciembre de ese año (no desapareció, sino que se fusionó con *El Reflejo*, de orientación muy similar). Se trata de una revista que defiende un cristianismo a lo Chateaubriand y Lamartine y que, junto a la barcelonesa *La Religión*, de Roca y Cornet, fue órgano del post-romanticismo conservador (su título, el mismo que el de una obra de Herculano, resulta bien significativo). Su orientación quedó

reflejada en una exposición programática de Navarro Villoslada titulada «Influencia del Cristianismo en la Civilización» que salió en los números primero y tercero de la revista; aquí publicó además sus artículos «El día de difuntos», «Job», «Ruinas» y la poesía «A Espronceda» que leyó en el Liceo tras su muerte.

Ahora hemos de centrar nuestra atención en dos revistas *pintorescas* que, a la postre, acabarían fundiéndose en 1848: el famoso *Semanario Pintoresco Español*, fundado en 1836 por Mesonero Romanos, y *El Siglo Pintoresco*, creado en 1845 por Vicente Castelló. El de Viana fue director del *Semanario* entre enero y junio de 1846 (devolviéndole su primitiva calidad, que había decaído notablemente durante la dirección de Gervasio Gironella en 1842-1845), y de la parte literaria de *El Siglo* hasta julio de 1846. En ambas redacciones se codea de nuevo con personajes que son primeras figuras del Romanticismo español: Mesonero Romanos, Hartzenbusch, Zorrilla, Bretón de los Herreros, Ochoa, Campoamor, Romero Larrañaga, Baralt, *El Solitario*, Amador de los Ríos, Villegas, Diana, Tejado (de varios de ellos se conservan cartas en el archivo del escritor). En el *Semanario* publicó, entre 1841 y 1855, las poesías «Al otoño de 1833», «A Jesús crucificado» y el soneto que comienza «Sal de mi corazón, hondo secreto...», los relatos «El remedio del amor» y «La luna de enero», la novela corta *El amor de una reina*, las leyendas «La muerte de César Borja» y «El castillo de Marcilla», los artículos «Telégrafos españoles», «Antigüedades» y «El mundo nuevo. Hacer negocios», así como la «Introducción» al año 1846; en *El Siglo* aparecieron «El arriero» (artículo de costumbres), «El fin del mundo» (artículo divulgativo), «La profanación del templo. Ejemplo bíblico» (poema), *La Princesa de Viana* y *El caballero sin nombre* (anticipos respectivos de sus novelas *Doña Blanca de Navarra* y *Doña Urraca de Castilla*).

En fin, para acabar con este primer grupo de publicaciones, hay que recordar la *Revista Literaria*, «Periódico semanal de Literatura, Bellas Artes y Variedades», que era suplemento de *El Español*, otro rotativo de Andrés Borrego (ver *infra*). Bajo la atenta dirección de Navarro Villoslada trabajaban los redactores Hartzenbusch, Tejado, Rossell y Valladares y Garriga; otros colaboradores eran Manuel Cañete y José Amador de los Ríos. En sus páginas ganó el de Viana inmenso prestigio como crítico literario imparcial y cualificado; tanto es así que destacados dramaturgos como Bretón de los Herreros o el propio Zorrilla, que comenzaba a triunfar, le enviaban respetuosas

cartas a las que acompañaba una luneta para que pudiera asistir al estreno de sus piezas y procurase reseñarlas en las páginas de la *Revista*. Un importante artículo que merece la pena mencionar de entre los de crítica es el titulado «Novela española»; y entre los de creación, pueden citarse «Madrid de arriba», «País de efecto de luna» (publicado otras veces como «La luna de enero»), «Un hombre público», «Mi vecina» o «Aventuras de un filarmónico».

4.2. Publicaciones políticas

Para el Padre Goy, todas las aportaciones que Navarro Villoslada ha llevado a cabo en el periodismo hasta este momento no son más que «rasguños» o «esbozos» de su carrera posterior, la que desarrollará fundamentalmente en *El Español*, *La España*, *El Padre Cobos* y, sobre todo, en *El Pensamiento Español*. Repasémosla brevemente.

En 1845 Andrés Borrego inicia la andadura de *El Español*, periódico conservador, independiente de grupos políticos, que se opuso a los gabinetes de Narváez e Istúriz. Redactores destacados eran Vélaz de Medrano, Barzanallana, Garrido, Grijalba, Gálvez y González Pedroso; y su director, desde 1846, Navarro Villoslada. Borrego, como propietario, era quien dictaba la línea ideológica: «En punto a elogiar o vituperar, excepto en los juicios literarios, deseo sin excepción ser consultado, pues es el único privilegio que me reservo», escribía. Se ha comentado (así el Padre Goy) que Navarro Villoslada abandonó este periódico en 1848 por la publicación, sin su permiso, de un artículo favorable al restablecimiento de la Milicia Nacional, principal apoyo de los revolucionarios; de hecho, se conserva el borrador de una carta suya a los redactores, de 26 de marzo, protestando enérgicamente por no haber sido consultado al respecto. Ahora bien, la correspondencia con Borrego y con Joaquín Alonso, el administrador, muestra claramente que su salida se debió a la situación de quiebra económica: cansado de no cobrar lo que se le adeudaba, llegó a pedir el embargo de los bienes de este periódico, en cuyo folletín se habían publicado sus novelas *Las dos hermanas*, *Doña Blanca de Navarra* y *El Antecristo* (de esta solo la primera parte; de hecho, no llegó a escribir la segunda debido precisamente al hundimiento del periódico).

Tras ese fracaso, Navarro Villoslada se integró inmediatamente en otro proyecto, la fundación junto al fuerista alavés Pedro de Egaña de

La España, periódico moderado y monárquico —«de gobierno, pero no del Gobierno», según expresión del propio don Francisco—, que vivió hasta 1868 y que pretendía la aglutinación en su entorno de todos los ciudadanos españoles honrados. Entre los periodistas que estaban a las órdenes del periodista navarro, de nuevo director, encontramos algunos nombres repetidos (Hartzenbusch, Rossell, Valladares y Garriga, González Pedroso) y otros nuevos (José de Selgas y Carrasco, Ceferino Suárez Bravo, José María Bremón).

La actividad de Navarro Villoslada en este periódico fue también considerable. Solo en el primer mes de vida de *La España*, de 11 de abril a 11 de mayo de 1848, escribió varios editoriales sobre las bodas reales; emprendió una campaña contra el embajador inglés, Bullwer-Lytton, que había maquinado en favor de la boda de doña Isabel con el infante Enrique y que trabajaba para que alcanzase el poder en España el partido progresista; procedió a la defensa de doña María Cristina de Borbón, la reina gobernadora, desterrada de España; y apoyó la iniciativa de amnistía para que regresaran a España los exiliados de anteriores guerras o pronunciamientos militares, solicitando que se aplicase con la mayor extensión posible.

El Padre Cobos, publicado durante el Bienio Progresista (1854-1856), fue en sus primeros números un «Periódico de Literatura y Artes», que pronto pasó a ser «Periódico de Política, Literatura y Artes». Los seis redactores de esta publicación satírica que dirigía sus acerados dardos contra los gabinetes de Espartero-O'Donnell fueron Selgas, López de Ayala, González Pedroso, Garrido, Suárez Bravo y Navarro Villoslada, quienes escribían colectivamente y no firmaban ninguno de los artículos por temor a posibles represalias personales; de hecho, las recogidas de sus números eran muy frecuentes. Especialmente famosas fueron sus secciones de «Indirectas» (breves agudezas sobre asuntos varios¹⁹) y «Fisonomías de las sesiones» (caricaturas de las intervenciones parlamentarias de los diputados progresistas), llenas de sátiras mordaces, que se unían a las de *La Regeneración* y *La Estrella* para combatir todos los aspectos negativos de aquel «Reino de Trapisonda» en que se había convertido España tras el triunfo revolu-

¹⁹ Cfr. la composición poética de Juan Eugenio Hartzenbusch, «Las indirectas del *Padre Cobos*», *Semanario Pintoresco Español*, 14 de enero de 1855, reproducida en *Fábulas*, pp. 152-154. Ver también el apartado «*El Padre Cobos* y los periódicos similares» del libro del Padre Blanco García (1891, vol. II, pp. 245-247).

cionario. *El Padre Cobos* se caracterizó por su excepcional gracia y su travieso ingenio, y por su estilo elegante, incisivo, alegre pero no chocarrero. En cualquier caso, dado el carácter anónimo e incluso colectivo de todas sus colaboraciones, resulta difícil discernir lo que pertenece a cada uno de los redactores. Su campaña de desprestigio contribuyó a la caída de Espartero, y una vez conseguido su objetivo, el periódico desapareció.

Llegamos así a la fundamental etapa de *El Pensamiento Español*, periódico del que Navarro Villoslada fue fundador, redactor, director y, desde 1865, también propietario único, como queda dicho. Dada su trascendencia, bien merece que le dediquemos un capítulo aparte.

4.3. *El Pensamiento Español*

Máximo representante del *neocatolicismo*²⁰ y, desde 1868, uno de los más destacados diarios carlistas, este periódico fundado por Navarro Villoslada, Gabino Tejado y José Alonso Ibáñez, marqués de Santa Cruz de Inganzo —que eran inicialmente propietarios por partes iguales—, salió a la luz por vez primera el 2 de enero de 1860 y vivió hasta 1874. Empezó siendo un diario de la mañana, pero desde el 3 de abril de 1860 pasó a ser vespertino; en 1864 cambió su subtítulo de «Diario de la tarde» por el de «Diario Católico», y en 1866, este por el de «Diario Católico, Apostólico, Romano». Sus redactores más destacados fueron, además de los tres fundadores, Eduardo González Pedroso, Esteban Garrido, Valentín Gómez, Juan Manuel Ortí y Lara, el marqués de Valdegamas, Luis Echeverría y Rafael Muñiz de Tejada, algunos de ellos procedentes de *El Padre Cobos*, todos dependientes ideológicamente de Balmes y de Donoso Cortés y amigos personales de Cándido Nocedal. Enfrente tuvieron a toda la prensa progresista y democrática (*La Época*, *El Diario Español*, *Las Novedades*, *La Discusión*, *El Contemporáneo*...), con la que en numerosas ocasiones hubieron de batirse en toda la línea, en respuesta a las andanadas ideológicas que contra ellos lanzaban. No puedo detenerme ahora en un estudio completo de la actividad de Navarro Villoslada en este periódico²¹, así que me limitaré a enumerar sus hitos principales.

²⁰ Ver Urigüen, 1986.

²¹ Ver *Veinticuatro diarios (Madrid, 1830-1900)*, tomo III, entradas núms. 7250-7683 (Seminario de Bibliografía Hispánica de la Facultad de Filosofía y Letras de

1860. Desde el primer número del periódico (2 de enero de 1860, «La guerra contra los moros»), dedica varios artículos de elevado tono patriótico a comentar la campaña de Marruecos. Navarro Villoslada concibe la guerra de África como una guerra de civilización española y católica: la religión católica, que es el alma y la vida del pueblo español, el rasgo más destacado de nuestro carácter y la fuente de todas sus grandezas, es el espíritu que ha de animar a la lucha para que el año 1860 se convierta en un segundo 1808. Es más, considera la guerra una epopeya puesta por la Providencia al alcance de los españoles para unirlos en torno a los «dos eternos ejes de nuestra política de todos los tiempos: la Religión y la monarquía», la fe y el patriotismo. La guerra, siempre odiosa, resulta en este caso una causa justa, noble, grande y santa; pese a sus nefastas consecuencias, es mejor una guerra extranjera de colonización que una contienda civil entre hermanos²². Una vez lograda la victoria, expresará su desilusión, porque el gobierno español debía haber sido mucho más exigente en los tratados de paz, con ventajas proporcionadas a los sacrificios que el triunfo militar había costado en sangre y dinero: se había firmado una «paz chica» para la que fue una «guerra grande». En cualquier caso, insiste en la necesidad de no perder lo ganado fuera con «el Simún de las revoluciones interiores».

1861. Inicia en el mes de noviembre su famosísima serie de «Los textos vivos», que se prolongará varios años, para combatir el sistema filosófico krausista importado de Alemania por Julián Sanz del Río y, en general, las ideas materialistas, racionalistas y panteístas que se difundían en España desde la Universidad Central de Madrid. Con los artículos agrupados bajo ese epígrafe común (los «textos vivos» criticados eran los profesores, frente a los «textos muertos» de los libros)

Madrid, 1973), donde se encontrará un listado bastante completo con los artículos de Navarro Villoslada en *El Pensamiento Español*.

²² El tema de la guerra civil se repite de forma casi obsesiva en los escritos de Navarro Villoslada, desde que en 1835 se produjera la muerte de su tío Nazario, miembro de la Milicia Nacional que escoltaba el correo de Viana a Logroño, en una emboscada de los carlistas. Así, las divisiones de bandos (beaumonteses y agramonteses en *Doña Blanca de Navarra*; partidarios de la reina de Castilla y León, de su esposo Alfonso el Batallador y del infante Alfonso Raimúndez en *Doña Urraca de Castilla*) o los enfrentamientos entre pueblos y razas distintas (vascones, godos, judíos y musulmanes en *Amaya*) que presentan sus novelas pueden fácilmente considerarse trasuntos de las luchas civiles del borrascoso siglo XIX español.

emprendió una briosa campaña contra aquellos sistemas de pensamiento que encerraban, en su opinión, ideas revolucionarias y heterodoxas, además de errores dogmáticos. Algunos de los personajes criticados fueron Francisco de Paula Canalejas, Rafael López Uribe, Julián Sanz del Río, Pedro Mata, Alfredo Adolfo Camus, Fernando de Castro, Emilio Castelar, Francisco Fernández González o Laureano Figuerola. Menéndez Pelayo, en su célebre *Historia de los heterodoxos españoles*, señaló que todos estos artículos de Navarro Villoslada constituían una «revista inapreciable del movimiento heterodoxo en la Universidad». De «máquina de guerra contra la heterodoxia universitaria» los calificó asimismo el Padre Blanco García. La serie alcanzó enorme resonancia pero, como dejó señalado Simón Díaz, los descendientes espirituales de aquellos tuvieron buen cuidado en hacer que se olvidara tanto la campaña como a quien la impulsó²³.

1861-1865. Defensa de Pío IX y del poder temporal del Papado al suscitarse la denominada «cuestión romana»: la idea de Cavour y Víctor Manuel II para la formación del reino de Italia en torno al Piamonte pasaba por la unificación de todos los territorios de la Península, sin excluir los Estados Pontificios. Todos aquellos acontecimientos (expulsión de los austríacos de la Lombardía, insurrección de la Italia central para unirse al Piamonte, expedición de Garibaldi a las Dos Sicilias...) fueron seguidos con enorme expectación en España. Desde que en 1861 se proclamó en Turín el reino de Italia hasta que cuatro años después O'Donnell afirmó en el Parlamento que la cuestión romana nada tenía que ver con España, Navarro Villoslada dedicó numerosos y apasionados artículos a esta cuestión: «Defensa del Papado», «Defensa de Roma», «Defensa de Pío IX», «Imitación de Pío IX», «Principios de la guerra contra el poder temporal del Papa», «¡Socorro al Papa!» son algunos títulos harto significativos. En ellos condenaba la «vergonzosa neutralidad» de las potencias europeas, consentimiento que en el fondo favorecía a la Revolución. Cuando el gobierno español se decidió finalmente a reconocer el reino de Italia en 1865, el de Viana escribió un duro artículo el 2 de agosto titulado «El reconocimiento», insistiendo en que aquella no era solo

²³ Para todas estas cuestiones, puede verse el libro de Campomar Fornieles, 1984, con diversas alusiones a Navarro Villoslada. En la p. 22, por ejemplo, leemos: «*El Pensamiento Español* de Navarro Villoslada y otras publicaciones íntegro-carlistas fueron responsables del desprestigio de los catedráticos heterodoxos, quienes acababan finalmente por perder sus cátedras».

una cuestión política, sino también y sobre todo religiosa. Más tarde el Sumo Pontífice quiso agradecer las campañas que en su defensa había sostenido *El Pensamiento Español*, y el 2 de marzo de 1867 envió a la redacción una carta de felicitación con su bendición apostólica: «Dilectis Filius Rectori et Scriptoribus ephemeridis cui titulus *El Pensamiento Español*. Matritum», que Navarro Villoslada guardó como inapreciable tesoro.

1865. Escribe la serie de artículos «Los católicos y las elecciones», en la que llega a la conclusión de que para los católicos es un deber moral acudir a las urnas y votar en conciencia a candidatos que puedan representar y defender las ideas e intereses de la Iglesia católica en el Congreso y el Senado.

1867. Defensa de la independencia de criterios del periódico ante la injerencia de Nocedal padre, polémica ya comentada que obligó a este a la fundación de *La Constancia*.

1868. Triunfo de la Revolución septembrina y paso al carlismo de Navarro Villoslada y los demás *neos*. Publica sin firma el artículo «El hombre que se necesita» presentando a los españoles a don Carlos (Carlos VII es ese hombre que se necesita en España para acabar con la anarquía y el caos desatados por la Revolución).

1869. Detención de Navarro Villoslada y su hermano Ciriaco, administrador del periódico, que pasan cuarenta y cinco días en la dura prisión del Saladero de Madrid. Don Francisco había publicado un artículo titulado «Una parodia» en el que anunciaba, antes de que lo hiciera la prensa oficial, el propósito del ministro Ruiz Zorrilla de incautarse todos los bienes eclesiásticos. El aviso del batallador periodista navarro permitió que muchos de ellos se salvaran.

1871-1872. Protesta contra las medidas liberalizantes del general Cabrera; rompe el silencio pactado por la prensa carlista defendiendo a don Carlos de los ataques contenidos en un famoso folleto del diputado Múzquiz; se manifiesta contra el cesarismo propugnado por Arjona, secretario del pretendiente; y se opone duramente al nombramiento de Cándido Nocedal como director único de toda la prensa carlista. Estas polémicas y discrepancias con el duque de Madrid le fuerzan a abandonar la dirección de *El Pensamiento Español* en 1872. El 15 de marzo se despide de los lectores con el artículo «Una promesa cumplida», dejando la dirección a Luis Echeverría.

Esa docena de años, 1860-1872, en los que Navarro Villoslada trabajó intensísimamente en *El Pensamiento Español* pueden resumirse

en unas pocas palabras afirmando que toda su actividad fue un batallar continuo contra el liberalismo, condenado por la encíclica de Pío IX *Quanta Cura* y su complemento, el *Syllabus*, en que se recogían todas las proposiciones políticas y filosóficas consideradas erróneas por la Santa Sede. Las ideas de Navarro Villoslada se repiten durante años con machacona insistencia: solo donde está el espíritu de Dios está la verdadera libertad; el espíritu del siglo, que engendra inmoralidad, no es el espíritu de Dios; el racionalismo, el panteísmo, el liberalismo filosófico son la Revolución que busca «la destrucción del nombre cristiano»; combatir la religión católica es combatir la civilización y el verdadero progreso del linaje humano; el liberalismo es el protestantismo disfrazado con formas políticas; la Revolución es antimonárquica, antidinástica y anticatólica; Pío Nono es la Civilización, y frente a él se alza la barbarie; ante el error y la falsedad no caben las medias tintas, ni los titubeos, ni las vacilaciones; la indiferencia es un crimen y, por consiguiente, solo se puede estar o con el Papa o contra el Papa; a un lado se alzan el derecho, la ley y la verdad, al otro la fuerza, el capricho y el error; hay que tomar medidas urgentes y contundentes frente a los revolucionarios, «los nuevos bárbaros de Occidente», porque «con paños calientes no se cura la gangrena»; el catolicismo es el rasgo más destacado del carácter nacional español: ser anticatólico es ser antinacional; la unidad religiosa es el baluarte de la independencia de España, desde los tiempos de la Reconquista hasta sus días, etc.

Todo ello expresado muchas veces en un tono cuasi-catastrofista: habla de «la época apocalíptica que tal vez ha comenzado», porque se vive un momento crítico «para la monarquía y para la Religión» y ya «huele a Revolución»; como «el abismo llama al abismo», tras la Revolución vendrá «el cisma, la herejía, el protestantismo», etc. Pero sin caer nunca en una completa desesperanza: «La Revolución será cuando más el partido de lo presente; pero la reacción es irremisiblemente el partido de lo porvenir». Como ha indicado Seoane, el estilo de *El Pensamiento Español* es «contundente, axiomático, maximalista, con continuas antítesis: lo blanco y lo negro, el mal y el bien, revolución y tradición, liberalismo y catolicismo»²⁴. Ese maniqueísmo y ese tono dogmático de estar siempre en posesión de la verdad absoluta son características que impregnan la mayoría de los artículos de Navarro

²⁴ Seoane, 1983, p. 255.

Villoslada. Sirvan como ejemplo estas palabras de 10 de septiembre de 1860: «Ha llegado el caso de obrar con decisión y energía. O con el Pontífice o contra el Pontífice; o con la Iglesia o contra la Iglesia; o con el Papa o con el Rey excomulgado». En otro orden de cosas, son muy frecuentes y características de su estilo las abundantes referencias mitológicas y a la antigüedad greco-latina, en general, y otras que demuestran sus amplias lecturas de los clásicos de la literatura española y universal (el *Romancero*, Cervantes, Lope, Calderón, Dante, Shakespeare...).

Navarro Villoslada sufrió mucho en estos doce años de luchas periodísticas y políticas, en estas virulentas polémicas que las más de las veces resultaban totalmente infructuosas porque ni unos ni otros se mostraban dispuestos a ceder ni un solo ápice en la defensa de sus respectivas posiciones. En cierta ocasión habla en un artículo de «esta borla de doctor en desventuras que ha puesto en mi frente la divina Providencia». Y no es infrecuente encontrar en otras páginas del periódico sinceras alusiones a sus dolores y sufrimientos. Por ello, además de su inteligencia y erudición, necesarias para exponer sus argumentos y refutar los de los «contrarios» (se resistía a llamarlos enemigos), cabe elogiar en Navarro Villoslada su unidad de pensamiento: tenaz hasta la intransigencia, ha de admirarse el hecho de haber sido siempre coherente consigo mismo, con sus ideales y principios, hasta las últimas consecuencias, en el contexto de esa «guerra sin cuartel» entablada entre el Liberalismo y el Catolicismo, entre la Revolución y el Orden. Como escribía el 17 de septiembre de 1862, la quintaesencia de sus ideas era: «Ante todas cosas católicos; siempre y a todo trance con la Iglesia y para la Iglesia».

Al repasar la colección de *El Pensamiento Español* sorprende la variedad de temas de que trata Navarro Villoslada en sus editoriales y artículos: no habla únicamente de cuestiones políticas (nacionales y extranjeras), filosóficas y religiosas (para lo que estaba ampliamente preparado por sus estudios de Leyes, Filosofía y Teología), sino que también aporta sus opiniones sobre economía, relaciones internacionales, industria, mercados, vivienda, asociaciones de trabajadores y, en fin, acerca de todos los temas de actualidad de su época. Una prueba de su fina percepción de la realidad y de la necesidad de modernizar el país es su artículo de 9 de abril de 1862, «Los buques coraceros», en el que, tras comentar la eficacia de esos barcos acorazados en un enfrentamiento naval en la guerra entre el Norte y el Sur de

los Estados Unidos, advierte al gobierno español que debe suspender la construcción de «buques ordinarios» para emprender la de «buques con coraza». Treinta y seis años después España enviaría a Cuba y Filipinas una escuadra de cruceros con casco de hierro pero sin cubierta protectora (y que incluía todavía algún arcaico navío, como el *Castilla*, con casco de madera) para que fuera destruida en Santiago y Cavite, en sendos simulacros de batallas navales, precisamente por la robusta armada norteamericana, en concreto, por la infinitamente superior potencia de fuego de sus cruceros y cañoneros acorazados *Olimpia, Baltimore, Boston, Raleigh, Concord, Petrel...*

Tras su marcha del periódico, del que salió cansado y, en cierto modo, derrotado, el escritor de Viana hubo de retirarse, como dice el Padre Goy, «al cuartel de los inválidos políticos». Y esta vez no resulta desmesurado el elogio del redentorista cuando afirma que: «Con las columnas de *El Pensamiento Español* se ha formado [...] el airoso, robustísimo fuste sobre que se levanta el grandioso monumento de la fama de Navarro Villoslada»²⁵, aunque esa actividad no haya tenido la atención y los estudios que por su interés sin duda merece.

5. VALORACIÓN FINAL

A la vista de todo lo expuesto, puede afirmarse sin ningún tipo de vacilación que Navarro Villoslada es uno de los grandes periodistas españoles del siglo XIX; y, de entre los periodistas navarros de esa centuria, seguramente el primero. Lo es por la inmensa actividad que desplegó como colaborador, redactor y director de numerosos e importantes periódicos. La absorbente entrega a esta actividad periodística le impidió la realización de otras obras que se habrían sumado a su caudal literario, pero, precisamente por ello, debe estudiarse para completar el conocimiento de su producción y advertir la unidad de su pensamiento en todos sus escritos.

Periodista activo y brioso, coherente con sus ideas, honesto y disciplinado, inteligente e incluso erudito, Navarro Villoslada desarrolló una brillantísima carrera a lo largo de varias decenas de años. Se le han calculado entre 600 y 1.000 artículos periodísticos —de tipo literario, histórico y político—, pero creo que habría que aumentar considerablemente esa cifra, pues es seguro que, además de las colaboraciones firmadas, publicó numerosos editoriales (artículos «de

²⁵ Goy, *La Avalancha*, 1914, p. 282.

redacción» se denominaban también entonces), reseñas y críticas literarias y artículos de fondo sin su firma en los distintos periódicos en que trabajó. El ejemplo más patente de esto es el de *El Padre Cobos*, donde todas las colaboraciones fueron anónimas. En cualquier caso, parece evidente que el periodista de Viana pudo ejercer una influencia altamente significativa en la opinión pública de su época, sobre todo si tenemos en cuenta que en algunas publicaciones —ahí está el ejemplo señero de *El Pensamiento Español*— sus colaboraciones, a lo largo de muchos años, fueron casi diarias.

Esta aproximación a Navarro Villoslada periodista solo pretendía ser un pequeño repaso de su actividad global en este terreno, sin ánimo de exhaustividad. Por consiguiente, es mucho más lo que se podría añadir, abordando estudios parciales sobre cada periódico y, de forma muy especial, sobre *El Pensamiento Español*. El camino queda señalado y hecha la invitación para el estudio en profundidad del mejor periodista navarro del XIX y, valorada su producción en conjunto, también de uno de los nombres más destacados en el panorama periodístico español de su momento. Como antes apuntaba, el hecho de que hasta ahora esta faceta haya estado desatendida casi por completo no resta un ápice de valor ni de calidad al conjunto de su copiosa e interesante producción periodística.

NAVARRO VILLOSLADA Y EL CARLISMO: LITERATURA, PERIODISMO Y PROPAGANDA¹

Francisco Navarro Villoslada (Viana, Navarra, 1818-1895) fue un personaje polifacético que brilló en varios campos: como literato, en el contexto de la novela histórica romántica española, es uno de los mejores cultivadores del género en su versión seria y documentada, hasta el punto de haber merecido el sobrenombre de «el Walter Scott español». Como periodista, fue fundador, redactor, director (y hasta propietario, en algún caso) de algunos de los periódicos más prestigiosos de su época (*El Correo Nacional*, *El Arpa del Creyente*, el *Semanario Pintoresco Español*, *El Siglo Pintoresco*, *El Español* y su *Revista Literaria*, *La España*, *El Padre Cobos* y *El Pensamiento Español*, por citar solo los más importantes), y también insigne adalid de la causa católica, lo que le valió el título de «el Veuillot de España». Y, en fin, como político, fue tres veces diputado (resultó elegido en 1857, por Estella, y en 1865 y 1867, por Pamplona), una más senador (por Barcelona en las elecciones de 1871) y, entre finales de 1869 y principios de 1870, secretario personal del duque de Madrid, don Carlos de Borbón y Austria-Este (Carlos VII). Cada una de estas facetas (literato, periodista y político) por separado hace a Navarro Villoslada merecedor de un amplio estudio monográfico; todas ellas juntas lo convierten en una figura de primer orden en la historia del siglo XIX español.

En los tres terrenos de la literatura, el periodismo y la política defendió siempre las ideas tradicionalistas, que son la piedra angular en la construcción de su pensamiento. En efecto, tanto por su propia actuación pública como por su labor periodística y propagandística,

¹ Publicado originalmente en el volumen colectivo *Imágenes. El carlismo en las artes. III Jornadas de estudio del carlismo. 23-25 septiembre 2009. Estella. Actas*, Pamplona, Gobierno de Navarra (Departamento de Cultura y Turismo-Institución Príncipe de Viana), 2010, pp. 161-207.

fue uno de los más destacados publicistas de la causa carlista. Por ejemplo, de su folleto «El hombre que se necesita», dedicado a presentar a los españoles a don Carlos como el hombre necesario para acabar con la anarquía reinante en el país tras la revolución septembrina de 1868, se dice que ganó a millares de partidarios para el carlismo.

Dentro ya del terreno de la literatura, Navarro Villoslada suele ser recordado fundamentalmente como un romántico rezagado que se sumó a la moda de la novela histórica a la manera de Walter Scott. Publicó *Doña Blanca de Navarra*, en 1847, y *Doña Urraca de Castilla*, en 1849; después, tras un paréntesis de casi treinta años en los que se vio envuelto en el torbellino de la política y el periodismo, apareció su obra más famosa, *Amaya o los vascos en el siglo VIII* (1879). Pero también produjo obras pertenecientes a otros géneros literarios: fue novelista de folletín, poeta (épico y lírico), dramaturgo, autor costumbrista, cuentista... Novelas suyas no históricas son *Las dos hermanas*, *El Antecristo* e *Historia de muchos Pepes*; de entre sus artículos costumbristas destacan «El canónigo», «El arriero» y «La mujer de Navarra»; «La luna de enero», «Aventuras de un filarmónico» y «Mi vecina» son algunos divertidos cuentos, mientras que «La muerte de César Borja» y «El castillo de Marcilla» pertenecen al género de la leyenda histórica. Como autor dramático, se dedicó tanto a la comedia de asunto serio (*La prensa libre*) o de tono humorístico (*Los encantos de la voz*), sin desdeñar tampoco el drama histórico (*Echarse en brazos de Dios*) e incluso una incursión en la zarzuela (escribió el libreto de *La dama del rey*, al que puso música Emilio Arrieta). A todo ello habría que añadir sus poesías y otros trabajos menores, biografías y traducciones.

En estas obras de ficción de Navarro Villoslada no aparece tratado el carlismo como tema literario, pero sí que reflejan perfectamente el ideario tradicionalista y cristiano de su autor. Particularmente interesante en este sentido es *Amaya*, donde —además de muchos elementos romántico-legendarios— se da entrada también a una tesis ideológica, con una interpretación sobre los fundamentos políticos de la monarquía católica española.

1. PRINCIPALES HITOS BIOGRÁFICOS Y SEMBLANZA IDEOLÓGICO-MORAL

Al recorrer la biografía de Navarro Villoslada en busca de su relación con el carlismo, encontramos tres momentos claves: 1) el de sus andanzas europeas con don Carlos y, después, su trabajo como representante del pretendiente en Madrid (1869-1872); 2) lo que en otra ocasión² he llamado «los años oscuros» (1872-1885) de su vida; y 3) una breve vuelta a la actividad política en 1885, a la muerte de Nocedal padre. Será en 1868 cuando se produzca su paso al carlismo, pero convendrá recordar, siquiera someramente, los datos anteriores de su biografía.

El futuro escritor nace en Viana el 9 de octubre de 1818, y allí permanece hasta 1829, educándose en el seno de una familia de firmes creencias religiosas. Entre 1829 y 1836 vive en Santiago de Compostela con sus tíos canónigos, y allí estudia Filosofía y Teología. Entre 1836 y 1840, mientras se desarrolla la Primera Guerra Carlista, está de nuevo en Viana. En noviembre de 1835 había muerto en una emboscada de los carlistas su tío Nazario, que escoltaba el correo de Viana a Logroño, hecho que le impresionó profundamente. Hace guardias como miembro de la Milicia Nacional y ayuda a rechazar a los *facciosos* —así llamaba entonces a los carlistas— que atacan Viana. Comienzan ahora sus primeros intentos literarios serios. La experiencia de la guerra civil deja una profunda huella en el alma del joven Navarro Villoslada, que se trasladará a su literatura. Tímidamente liberal, por tradición familiar, en estos años mozos, dedica algunas poesías a Espartero y comienza a trabajar como alumno de la Escuela de Telégrafos de Logroño.

En 1840 se traslada a Madrid para estudiar Leyes, la carrera por excelencia. Para costear sus gastos comienza a colaborar en varios periódicos, y de tal forma destaca en aquel mundillo que en 1846 llega a ser director, simultáneamente, de cuatro importantes publicaciones de la capital: el *Semanario Pintoresco Español*, *El Siglo Pintoresco*, *El Español* y su *Revista Literaria*. Casado en 1847 con la vitoriana Teresa de Luna, traslada su residencia a la capital alavesa, donde pasará a ser secretario del Gobernador Civil. Para entonces ha publicado ya

² Ver Mata Induráin, 1995a, pp. 52-56. En este trabajo aprovecho lo que expuse en esa monografía sobre la biografía, la actividad política y la producción literaria de Navarro Villoslada, y remito a ella para más detalles.

sus dos primeras novelas históricas, *Doña Blanca de Navarra* (1847) y *Doña Urraca de Castilla* (1849).

Muerta su esposa, entre 1853 y 1869 retorna a la actividad periodística en Madrid, relegando a un segundo plano su actividad como literato (solo publica y estrena algunas piezas de teatro), y comienza a figurar también en la política. Durante el Bienio Progresista (1854-1856) colabora en el periódico satírico *El Padre Cobos*, junto a González Pedroso, Garrido, López de Ayala, Selgas y Suárez Bravo. En 1856 entra en el Ministerio de la Gobernación, en el que será sucesivamente oficial de los terceros, de los segundos y de los primeros. Al año siguiente es elegido diputado por Estella. Es nombrado además director de la *Gaceta* de Madrid y de la administración de la Imprenta Nacional. Comisionado por el gobierno, realiza en 1857-1858 un viaje a París y Viena para estudiar el estado de las imprentas nacionales en esos países.

Durante todos estos años, se va destacando dentro de las filas moderadas el grupo denominado *neocatólico*, formado por donosianos y nocedalinos. Portavoz destacado de esa corriente será el periódico *El Pensamiento Español*, fundado por Navarro Villoslada y otros socios a finales de 1859, en el que pondría durante más de diez años toda su alma y todo su corazón. «Católico a machamartillo», desde sus columnas defenderá las ideas tradicionalistas y católicas y al Papa Pío IX cuando se suscite la «cuestión romana», batiéndose en formidables polémicas con toda la prensa liberal. Navarro Villoslada da a su periódico, del que con el tiempo sería director y único propietario, un carácter independiente de todo partido y de toda persona pública, lo que le llevó a enemistarse con Cándido Nocedal, que deseaba fuese portavoz de su grupo parlamentario. En 1865 y 1867 es elegido diputado para dos nuevas legislaturas, ahora por Pamplona.

Y llevamos así al momento de su paso al carlismo. El triunfo de la Revolución de septiembre de 1868 provocó el acercamiento de Navarro Villoslada y los denominados *neocatólicos* (Nocedal, Aparisi y Guijarro, Canga Argüelles, Tejado...) al carlismo. En efecto, tras el destronamiento de Isabel II la legitimidad estará representada para ellos por don Carlos de Borbón y Austria-Este (Carlos VII), y se unen a él por ser su partido el que mejor podía defender, en aquel determinado momento, los intereses católicos por los que venían luchando. En 1869 Navarro Villoslada es detenido y ha de pasar mes y medio en la dura prisión del Saladero de Madrid por haber publi-

cado, antes de que lo hiciera la prensa oficial, una nota en la que avisaba de la intención del Gobierno de incautarse todos los bienes eclesiásticos. Tras salir de la cárcel, se exilia para evitar nuevas persecuciones.

En París se pone a las órdenes del pretendiente, al que acompaña por Centro-Europa, y prepara algunos folletos de propaganda carlista, siendo especialmente famoso el artículo titulado «El hombre que se necesita», en el que presentaba a don Carlos a los españoles como el único candidato al trono capaz de acabar con la anarquía reinante en España. Según dijera Aparisi, este escrito ganó para su causa a millares de partidarios. Desde finales de 1869 pasa a ser secretario personal de don Carlos pero, estando en Viena, el 25 de enero de 1870 se rompe una pierna y ha de permanecer cinco meses en cama, teniendo que abandonar el cargo. Esta es la razón de que no se encuentre en la famosa Junta de Notables de Vevey.

En 1871 es elegido senador del Reino por Barcelona, circunstancia que le permite volver a España. Ejerce entonces el cargo de secretario de la minoría carlista en el Senado. Se opone con Aparisi y otros a las medidas liberalizantes propuestas por el general Cabrera y discute con don Carlos, empeñado en seguir los consejos “cesaristas” de su secretario Arjona. Se muestra igualmente contrario a que toda la prensa carlista esté bajo la dirección de una sola persona, Cándido Nocedal³. Al final, para no seguir oponiéndose en público a su rey, renuncia a la dirección de *El Pensamiento Español* y, desengañado, se retira de la política activa.

Entre 1872 (en abril estalla de nuevo la guerra carlista) y 1885 vive unos «años oscuros». Tradicionalmente se venía diciendo que Navarro Villoslada se retiró a su ciudad natal, ganándose así el sobrenombre de «el solitario de Viana», y que allí, en la paz de la vida rural, escribió la que sería su obra maestra, *Amaya*. El manejo de distintos documentos del autor⁴ me permite afirmar que la realidad es otra. Navarro Villoslada se retira, sí, de toda actividad pública, pero continúa viviendo en Madrid la mayor parte del año, y es en los me-

³ Ver Mata Induráin, 1999-2000.

⁴ El Archivo de Navarro Villoslada se conserva en la actualidad en el Archivo General de la Universidad de Navarra, tras su cesión por los bisnietos del escritor. Puede verse una descripción preliminar de este archivo en Mata Induráin, 1995a, pp. 487-538. Ver también Mata Induráin, 1998a.

ses de verano cuando viaja al norte: visita su hacienda en Viana y descansa en alguna localidad de las Provincias Vascongadas.

Después de varios años sin publicar, entregado a la política y el periodismo, en 1877-1878 vuelve a dar a las prensas algunos trabajos, sobre todo su novela *Amaya* (primero en el folletín de la revista *La Ciencia Cristiana*; en 1879 en forma de libro). En reconocimiento a sus méritos vascófilos es elegido miembro de honor de la Asociación Éuskara de Navarra.

Acabada la guerra, Navarro Villoslada se había negado a participar en la reorganización del partido carlista, alegando su precario estado de salud. Pero en 1885, al morir Nocedal, acepta el nombramiento como jefe de la Comunión Tradicionalista de España para ser el representante de don Carlos en Madrid. Trata de poner orden en la dividida prensa tradicionalista, enzarzada en numerosas polémicas, pero algunos sectores le dirigen durísimos ataques (y le acusan, incluso, de desertor y traidor al carlismo). Nuevamente desilusionado con la política, renuncia definitivamente a sus cargos y se retira, ahora sí, a Viana. En 1894 participa en la campaña contra las medidas fiscales anunciadas para Navarra por el ministro de Hacienda Germán Gamazo, escribiendo unas pocas líneas para el número único de *Navarra Ilustrada*. Sería su última intervención en un asunto público. Al año siguiente, el día 29 de agosto, moría en la misma ciudad que le viera nacer, rodeado de su familia.

Los setenta y siete años de su peripecia vital recorren más de tres cuartos del convulso siglo XIX español, desde el Trienio Liberal hasta la minoría de edad de Alfonso XIII. En medio, el final del reinado de Fernando VII y la conclusión del Antiguo Régimen, todo el reinado de Isabel II, con sus regencias y la sucesión de distintos gobiernos liberales, la revolución septembrina de 1868 que la destronó, el corto reinado de Amadeo I, el fallido ensayo de la I República, la Restauración Borbónica con Alfonso XII y la alternancia en el poder de conservadores y liberales, gracias al turno pacífico de Cánovas y Sagasta. Y todo ello en medio de incontables pronunciamientos militares y de continuas guerras, en el interior del país (las tres carlistas, los alzamientos cantonalistas) y en el extranjero (en África y en las colonias americanas).

Tanto los sucesos españoles como los acontecimientos que se producen en el resto de Europa (sobre todo los movimientos revolucionarios de 1848 o la unificación de los territorios italianos en torno al

Piamonte) marcarán profundamente el carácter de Navarro Villoslada y ejercerán influencia capital en algunos momentos concretos de su vida. Por ejemplo, el hecho de haber vivido como miembro de la Milicia Nacional, cuando mozo, las experiencias bélicas de la guerra de los Siete Años y, especialmente, la luctuosa muerte de su tío Nazario en una emboscada de los carlistas, impresionaron vivamente la imaginación del joven aprendiz de literato; desde entonces, el tema de la guerra civil, el enfrentamiento entre hermanos, reaparecerá de forma casi obsesiva en sus escritos. La denominada «cuestión romana», la dramática situación del Papa Pío IX “encarcelado” en el Vaticano tras perder los Estados Pontificios, inspiraría algunas de las más apasionadas páginas de nuestro periodista católico, que le ganaron el calificativo de «el Luis Veuillot de España».

Y es que un rasgo ineludible al hablar de su personalidad es el de su enorme fe religiosa. En efecto, Navarro Villoslada fue ante todo un hombre de profundas convicciones: la defensa de los intereses de la Iglesia católica y del poder temporal del Papado constituye la piedra central de su pensamiento y es lo que explica, junto a las circunstancias históricas del país, su evolución ideológica. Esa evolución, lejos de ser brusca, se fue produciendo lentamente, en un paulatino proceso de moderación que le llevó desde un tímido liberalismo en sus años de juventud hasta las posiciones “ultramontanas” de su madurez en el carlismo, pasando por dos etapas importantes, primero entre los moderados, luego al lado de los denominados *neocatólicos* (los Aparisi y Guijarro, Tejado o Nocedal padre, que en 1868 se pasarían en bloque al carlismo). Intransigente en el terreno de las ideas y los principios, Navarro Villoslada era sin embargo afable y cordial en el trato con todos, hasta con sus propios rivales políticos. Su espíritu conciliador se percibe igualmente en sus novelas, de forma muy especial en *Amaya*, donde es la unión de los antiguos enemigos, godos y vascones, aparentemente irreconciliables, la que da paso a una nueva realidad histórica, el embrión de la nacionalidad española y de la monarquía católica de la Edad Media.

Se pueden añadir otros rasgos que completan su retrato moral: fue persona honrada, y así, siempre rechazó enérgicamente los intentos de soborno que se le propusieron para que comentase o callase determinados asuntos en sus periódicos. Gustó siempre de mantener el carácter independiente de las publicaciones que dirigía, como lo demuestran sus enfrentamientos con Cándido Nocedal en 1867 y con el

propio don Carlos en 1872. Unía a su natural timidez la más extrema modestia, ya que jamás aceptó los reconocimientos públicos, por ejemplo, la honrosa posibilidad de ingresar en la Real Academia Española. Hombre muy apegado a la familia, tras perder a su esposa en 1851 permaneció fiel a su memoria (sin pensar jamás en volver a contraer matrimonio pese a tener solo treinta y tres años al enviudar) y se dedicó a educar a sus hijas. Además de estos amores familiares, tuvo Navarro Villoslada otros no menos intensos: amó a su vieja y noble ciudad natal de Viana, y desde los puestos públicos que ocupó gestionó siempre que pudo las ayudas que pudieran contribuir a su desarrollo; amo también a su Navarra, como mostró, por ejemplo, al añadir su autorizada firma a las protestas de *la Gamazada* en 1894; amó igualmente a la tierra vascongada (baste recordar su *Amaya*, donde traza con vigor y entusiasmo las costumbres, las tradiciones y el carácter de los primitivos vascos; en reconocimiento de ello, ya lo indiqué, fue nombrado miembro de honor de la Asociación Éuskara de Navarra); y, finalmente, amó, como buen patriota, a España (unas pocas horas antes de morir todavía reclamaba a su familia noticias acerca de la insurrección cubana).

2. NAVARRO VILLOSLADA Y EL CARLISMO: POLÍTICA, PERIODISMO Y PROPAGANDA

Ya he señalado que, desde la triple plataforma de la literatura, el periodismo y la política, el de Viana fue uno de los mayores adalides de la causa católica de su tiempo; y como político, fue defensor acérrimo de esas mismas ideas tradicionalistas, tres veces diputado, una más senador y secretario personal de don Carlos de Borbón y Austria-Este. Y ya hemos visto que un rasgo ineludible a la hora de trazar la etopeya del escritor navarro es, sin duda alguna, el de su acendrado catolicismo. Se le ha caracterizado, y no sin razón, como «católico a machamartillo», y es, en efecto, la defensa de la Iglesia católica la idea matriz que articula todo su pensamiento y la que explica su evolución política, desde un tímido liberalismo juvenil hasta las posturas ultramoderadas de su madurez. Hay que tener en cuenta que se educó en el seno de una familia de hondo espíritu cristiano, que él retrata en la tercera sección de su artículo «La familia en España»; y que más tarde recibió una severa formación al estudiar al cuidado de sus dos tíos, canónigos de la catedral de Santiago. Ese espíritu cristiano y tradicio-

nal es el que se refleja no solo en su vida personal, sino en su actividad pública y también en todos sus escritos. Uno de sus libros de cabecera, además del *Quijote*, era la *Imitación de Cristo*, de Kempis. Sus máximas para su vida eran: «Obrar siempre como si estuviéramos en la hora de la muerte» y «La solución de todas las dificultades es Dios». Supo sufrir con cristiana resignación todos los ataques derivados de las polémicas en que participó, cuyos protagonistas descendían muchas veces al terreno personal de las calumnias y las injurias. Conoció también el sabor, doblemente amargo, de las descalificaciones procedentes de sus propios correligionarios, así como la dura experiencia de la cárcel, según queda dicho.

Examinemos ahora con más detalle la actividad política de Navarro Villoslada en el carlismo, y luego comentaré en otro apartado sus trabajos de propaganda carlista.

2.1. La actividad política de Navarro Villoslada en el carlismo⁵

Navarro Villoslada fue designado para ocupar la Secretaría de don Carlos el 18 de septiembre de 1869. Sin embargo, pudo desempeñar durante muy poco tiempo este cargo, por culpa de un desgraciado accidente: en efecto, el 25 de enero de 1870, estando en Viena, se rompió una pierna y hubo de permanecer convaleciente durante cinco meses en el palacio del duque de Módena, siendo sustituido en el desempeño de sus comisiones por Cavanilles⁶. Esta es la razón de que su nombre no figure en las actas de la famosa Junta de Notables que se celebró en la casa palacio de La Faraz, en La Tour de Peilz (Vevey, Suiza), reunida el día 18 de abril de ese mismo año. (Sí acudió su hermano Ciriaco Navarro Villoslada, en representación del periódico *El Pensamiento Español*, del que era administrador.) En cualquier caso, fue nombrado por Real Decreto de 23 de abril miembro del Consejo Provisional de Su Majestad. Con posterioridad, las circunstancias le convirtieron en el representante de don Carlos en Madrid en 1885-1886⁷. En el terreno de la propaganda

⁵ Ver Urigüen, 1981. De gran interés para conocer detalles de la participación de Navarro Villoslada en la organización del partido carlista son las *Memorias y diario de Carlos VII* (1957), que citaré abreviadamente como *Diario*. También ofrecen importantes noticias Ferrer, 1941-1960, Goy, 1947 y Oyarzun, 1969.

⁶ Goy (1947, p. XII) sospecha que tuvo que haber otras razones, desconocidas, para que Navarro Villoslada abandonase el puesto.

⁷ Ver Mata Induráin, 1998b.

política, debe recordarse que es autor de dos importantes obras, el folleto *La España y Carlos VII* (París, Adrien Le Clere, 1868) y el artículo «El hombre que se necesita»⁸.

Convendría comentar la evolución ideológica de su pensamiento hasta llegar a ese momento clave que es el año 1868. A lo largo de su larga vida, Navarro Villoslada sufre un cambio en sus planteamientos políticos, y este cambio puede sorprender enormemente si solo se compara el punto de comienzo y el punto de llegada, sin considerar la situación política del revuelto siglo XIX español y sin tener en cuenta las circunstancias particulares de la vida del escritor. Es un hecho que ha sido observado por diversos autores y que motivó, en vida de Navarro Villoslada, diversos reproches y acusaciones por parte de sus enemigos políticos. Ocurre, en efecto, que quien en su ensayo épico *Luchana* aplicaba duros calificativos («verdugo feroz», «monstruo impune») a Carlos V y a sus generales, acabó por ser, andando el tiempo, secretario personal de Carlos VII, nieto de aquel, y uno de los más firmes defensores de la causa carlista. Cuando esta composición se publicó en 1840, llevaba una interesante dedicatoria del escritor a su madre, fechada el 10 de noviembre, a la que pertenecen estas palabras:

Este es el poema que a principios del año 37 se complacía usted en escuchar de los labios de su hijo, conforme de su rudo ingenio iba brotando. Mi corazón entonces hervía de entusiasmo, porque yo también, como los héroes de mi canto, combatía en Navarra por la Libertad⁹.

En ese mismo ensayo épico, Navarro Villoslada cantaba a Espartero, el vencedor de Luchana; más adelante le tributa nuevos encendidos elogios en otros poemas, cuando el general entra victorioso en Logroño, y muestra su adhesión a él cuando en 1841 sustituye a María Cristina en la regencia, durante la menor edad de Isabel II; en cambio, en el Bienio Progresista de 1854-1856, atacó duramente al

⁸ *El Pensamiento Español*, 11 de diciembre de 1868. Este artículo, difundido con algunas modificaciones en hojas sueltas (y reproducido después en multitud de ocasiones), ganó, al decir de Aparisi y Guijarro, a millares de partidarios para la causa de don Carlos.

⁹ Navarro Villoslada, *Obras completas*, III, p. 55. Recordemos que Navarro Villoslada formó parte de la Milicia Nacional que se opuso en Viana a los carlistas.

general desde las columnas del periódico satírico *El Padre Cobos*, contribuyendo con su pluma a su desprestigio y final caída del poder.

Creo que existen, sin embargo, razones suficientes para explicar estos cambios de actitud, tan radicales en apariencia, pero que obedecen en realidad a una evolución ideológica coherente con las ideas del escritor. Hay que tener en cuenta, en primer lugar, que los padres de Navarro Villoslada, unos propietarios de Viana, eran liberales, entendido este adjetivo en el sentido específico de ‘partidarios de la reina niña Isabel’. Recordemos también que su padre fue subteniente de la Guardia Nacional y que el propio Francisco, como miembro de la Milicia Nacional que constituía la guarnición de Viana, tomó parte en algún enfrentamiento armado con los carlistas. Reparemos igualmente en la fecha en que escribe *Luchana*, 1837; podemos suponer que la mente del jovencísimo escritor estaría fuertemente impresionada por la muerte en una emboscada de los carlistas de su tío Nazario, miembro también de la Guardia Nacional. La tradición familiar y el dolor provocado por la pérdida de su tío pueden ayudarnos a explicar su acendrado odio a los carlistas y la admiración por Espartero en unas fechas en las que, no lo olvidemos, tiene menos de veinte años.

Tras abandonar Espartero la regencia en octubre de 1843, comienza en España la denominada Década Moderada (1844-1854); Navarro Villoslada, alarmado quizá por la ola revolucionaria que sacude a Europa en 1848 —que consigue destronar al rey Luis Felipe en Francia—, irá también evolucionando progresivamente hacia el moderantismo: recordemos que ocupa el puesto de secretario del Gobernador de Álava, cuando está en el poder Narváez, y más tarde entra en el Ministerio de la Gobernación, gracias a Egaña primero y a Nocedal después. Esta actitud de moderación se acentuará durante el Bienio Progresista: la reina, que ve en peligro su corona, llama a Espartero, que llega de nuevo al poder, pero ahora el de Viana combatirá desde *El Padre Cobos* a los gabinetes revolucionarios presididos por el general. En los años siguientes (los del «Gobierno largo» presidido por O'Donnell entre 1857-1863 y los finales del reinado de Isabel II) Navarro Villoslada irá acercándose cada vez más, hasta identificarse con ellos, a los denominados *neocatólicos*: el núcleo de este partido, que estaba representado por Cándido Nocedal en el Congreso y por Antonio Aparisi y Guijarro en el Senado, era la defensa de los intereses católicos: según ellos mismos dirían, constituían un par-

tido netamente católico, católico antes que político (o, dicho de otro modo, político solo para mejor defender el ideario católico). Después del triunfo de la Revolución de septiembre de 1868, los *neos* pasarían en bloque al carlismo y, desde ese momento, Navarro Villoslada se distinguirá como uno de los mayores defensores de la causa carlista¹⁰.

Ha llegado así a un punto totalmente contrario a aquel del que partía, pero entre 1837 (fecha de composición de *Luchana*) y 1868 (paso de los *neocatólicos* a las filas carlistas) median treinta años: no es que Navarro Villoslada haya cambiado de bando político; se trata más bien de una evolución gradual, siguiendo una línea de progresiva moderación en sus ideas, desde sus inicios tímidamente liberales hasta llegar a unas posiciones claramente ultraconservadoras. Y, por supuesto, no es el suyo un cambio por motivos de interés personal: su actuación política está subordinada en todo momento a la defensa de sus profundas convicciones religiosas; él, como los demás *neocatólicos*, considerará que el partido carlista es el que, en aquel preciso momento revolucionario del 68, mejor podía asumir la defensa de sus ideas, la defensa de la Iglesia católica, y esta y no otra será la razón de su incorporación al carlismo.

Sin embargo, el hecho —innegable— de su llegada al carlismo después de unos inicios, en su juventud, más o menos liberales, no pasó desapercibido en su momento, ni dejó de ser aprovechado por sus enemigos. Así, en medio de una de las numerosas polémicas que sostuvo desde *El Pensamiento Español*, Navarro Villoslada fue acusado de traidor por Emilio Castelar con estas duras palabras:

Yo no quiero paz, tranquilidad, bienestar a costa de mi conciencia, a costa de mi dignidad; yo no quiero que las gentes cuando me vean pasar digan: «Ayer perteneció a una junta revolucionaria, y hoy a una cofradía; ayer escribió artículos y odas en favor de Espartero [aunque esto no lo podrían decir de mí, porque yo jamás adulo al poderoso, ni aunque el poderoso sea liberal]; ayer escribió artículos en favor de Espartero desde la *Gaceta*, y hoy es redactor de un diario neo-católico; ahí va el apóstata, el traidor, el que se vuelve siempre al sol que más calienta». Yo no po-

¹⁰ Vizconde de la Esperanza, 1871, pp. 227-228: «Educado en medio de una familia sumamente cristiana y piadosa, aunque liberal, tanto él como su familia han ido comprendiendo que los principios liberales se oponían al catolicismo, y de aquí que haya ido pasando desde el liberalismo moderado hasta el carlismo, teniendo el gusto de ser seguido en esta marcha natural y lógica por todos los individuos de su familia».

dría sufrir esto, yo no alargaría la mano a un amigo por miedo a que me negara la suya; ¡ay!, yo me moriría de vergüenza. ¿Qué quieren Vds.? Eso va en caracteres¹¹.

Interesante y muy esclarecedora —por matizar sus orígenes liberales— resulta la comedida respuesta de Navarro Villoslada:

Cuando Vd. quiera hablar de mí, sin exponerse a faltar a la verdad, por supuesto indeliberadamente (porque le hago la justicia de creer que está mal informado), acuda Vd. a mí, Sr. Castelar, que yo le prometo no engañarle, ni ocultarle nada de lo que en su concepto pueda perjudicarme. Yo he sido algo liberal, pero muy poco liberal, tan poco, que mucho antes de publicarse *El Pensamiento Español*, la *Iberia* me llamaba *encarnación viva del neocatolicismo*, la misma *Iberia* que, ahora que no puede negar que soy lo que Vds. dicen *neo-católico*, afirma con pasmosa frescura que antes era yo liberal. No he escrito nunca nada, a Dios gracias, contra la Religión católica, porque nunca me ha faltado la fe y siempre de corazón he estado sometido a la autoridad de la Iglesia. *Por lo mismo creo yo que Dios me ha hecho reflexionar y me ha iluminado para conocer que no podía ser buen católico siendo liberal, por poco que fuese*, entendiendo por liberalismo no el deseo de verdadera libertad, sino el de toda libertad nacida del principio protestante del libre examen. En este sentido, pues, he dejado de ser liberal o de tener apariencias de liberal, seguro, sin embargo, de ser más amigo de la verdadera libertad que usted y que la *Iberia*. Si por eso me llamaba Vd. *apóstata y traidor*, a mí no me ofende Vd., sino a sí propio¹².

Y en otra ocasión, cuando de nuevo los diarios progresistas le recuerdan su pasado liberal, Navarro Villoslada lo aceptará, sin pretender negarlo ni ocultarlo, pero reconociéndose en la actualidad como declarado antiliberal:

¹¹ Navarro Villoslada reproduce estas palabras de Castelar en su carta de contestación, publicada en *El Pensamiento Español* el 20 de noviembre de 1862; la apostilla entre corchetes es suya.

¹² Navarro Villoslada, *El Pensamiento Español*, 20 de noviembre de 1862 (la cursiva de la frase es mía). Terminaba con estas palabras: «En cuanto a mi vida pasada, ahí está, pueden ustedes hacer de ella todo cuanto se les antoje. Si necesitan Vds. datos, aún tiene tiempo para proporcionárselos, mas no para defenderse de injurias y calumnias, su afectísimo seguro servidor q. b. s. m. *Francisco N. Villoslada*».

En efecto, yo no he sido siempre carlista; yo soy realmente nuevo en el partido carlista, pero tengo por timbre y por gloria el haber sabido inspirar confianza tal a los carlistas, que la mayor y la más ilustre parte de los antiguos me honra con su amistad y me tiene por suyo. Y ciertamente no se equivocan. Suyo es mi amor a la Religión católica, suyos son mis principios, suya mi intransigencia con el liberalismo¹³.

Don Carlos recoge en su *Diario* otro testimonio interesante del que fue, durante algunos meses, su secretario personal; según refiere, Navarro Villoslada le había dicho en una ocasión: «Que él consideraba como perdidos los años que no había sido carlista, y... ¡qué mayor gloria para un hombre que llamarse español y carlista!»¹⁴. Vemos, por tanto, que su evolución ha sido lenta, pero constante, y que ha estado supeditada siempre y en último término a su deseo de defender la causa católica: después de esos tanteos juveniles en el liberalismo, comienza su carrera política entre los moderados; cuando eso ya no le parece suficiente, ingresa en las filas de los *neocatólicos*, en las que pronto destacaría; y, finalmente, cuando el trono de Isabel II se hunde en el puente de Alcolea, la única solución posible para él —y muchos otros— será el paso al carlismo.

No puedo detenerme ahora en el comentario detallado de la actuación política y periodística del Navarro Villoslada moderado y *neocatólico*, y de toda su actividad durante años en *El Pensamiento Español*, sus polémicas con Nocedal padre, etc., y paso directamente a examinar el Navarro Villoslada carlista.

El año de 1868, ya lo he señalado, es muy importante para la trayectoria política de Navarro Villoslada. Lo es por el triunfo de la

¹³ Citado en *Diario*, p. 384. El Padre Goy ve precisamente un motivo de elogio en este cambio de actitud: «Hay que confesarlo, porque la verdad a ello obliga, ni es un crimen que mancille la limpieza de un hombre: el que andando los años había de ser el más firme apoyo de la causa legitimista en España y el más fiel de los consejeros de Carlos VII, ahora [en los años 30] ninguna simpatía sentía hacia Carlos V; era por familia isabelino, y no queremos darle otro calificativo; el otro apellido que tan de ordinario llevaban los partidarios de esta augusta niña no cuadra en manera alguna con la religión a toda prueba del joven Navarro Villoslada. Para aquellos que vean un timbre de gloria en pertenecer al bando legitimista, este timbre lucirá más acrisolado en la frente de aquel hombre que por sí mismo supo conquistarlo, arremetiendo para ello la heroica y temeraria empresa de escaparse del campo contrario» (Goy, 1914-1917, p. 113).

¹⁴ *Diario*, p. 266.

Revolución de septiembre, que facilitará el acercamiento entre *neocatólicos* y carlistas, separados hasta entonces por la cuestión dinástica: la caída del trono isabelino tras el pronunciamiento el día 18 de Serrano, Prim y Topete, y los posteriores ataques revolucionarios a la Iglesia, propiciarán la fusión de ambos grupos en una Comunión Católico-Monárquica, «después de casi veinte años de luchar ambos por los mismos fines desde dentro de las dos dinastías borbónicas»¹⁵. Para los carlistas, don Carlos representaba la legitimidad; los *neocatólicos*, más que el candidato legítimo al trono, verán en él al hombre que puede gobernar a España «en católico», lo que motiva su paso en bloque al carlismo¹⁶. Por tanto, Navarro Villoslada llega a este partido no tanto por convicción o legitimismo dinástico, sino porque considera que la unidad religiosa es la base de la unidad política y nacional de España y, en este momento revolucionario, solo don Carlos parece capaz de garantizarlas, y porque dentro de su partido es donde mejor podrá seguir defendiendo los ideales católicos¹⁷ por los que venía luchando en los años anteriores: «El paso de su admiración por Espartero a la militancia en el partido carlista solo tiene una explicación: su acendrado catolicismo», escribe Ainhoa Arozamena Ayala¹⁸.

Desde el 20 de septiembre *El Pensamiento Español* hace continuas llamadas para la unión de todos los católicos españoles; el 18 de diciembre un grupo de destacadas personalidades se reúne en casa del Marqués de Viluma y deciden asociarse para defender la unidad católica y la libertad de la Iglesia (*El Pensamiento* da cuenta de la reunión el día 29); nace así la Asociación de Católicos, formada por hombres de diversas asociaciones políticas y religiosas, entre los que se cuenta Navarro Villoslada:

Ya desde las primeras reuniones que se celebraron en casa del Marqués de Viluma, se advirtieron dos tendencias opuestas entre las personas que formaron el núcleo originario de la Asociación de Católicos. De una parte estaban Viluma, Vinader, La Fuente, Garvía, Pérez Hernández y

¹⁵ Ver Urigüen, 1981, II, p. 619.

¹⁶ Ver Galindo Herrero, 1955, p. 10.

¹⁷ «El único partido que en su programa defendía la supremacía de la Iglesia en la sociedad era, indiscutiblemente, el carlista y por este motivo los *neos* pasan a engrosar sus filas, no sin antes especificar el contenido que para ellos tienen las tres palabras del lema carlista: Dios, Patria, Rey» (Urigüen, 1981, II, pp. 634-635).

¹⁸ Arozamena Ayala, 1992, p. 157.

otros significados católicos isabelinos; y por la otra, personas tan vinculadas al carlismo como el Conde de Orgaz, Aparisi Guijarro, La Hoz, Treilles y Noguerol, Villoslada y Tejado. Los primeros pretendían que no entrasen a formar parte de la Junta Superior personas sujetas a compromisos políticos muy acentuados que pudieran dar cierto colorido político a la Asociación. Opinaban otros que la presencia de hombres tan significados políticamente en la defensa del catolicismo como Cándido Nocedal y Aparisi Guijarro, contribuiría a dar prestigio a la sociedad ante la opinión pública y proponían nombrar presidentes a ambos políticos, a Nocedal para la acción y a Aparisi para el consejo¹⁹.

Como señala Román Oyarzun, entre 1868 y 1872 el carlismo conoce un inesperado ascenso al convertirse en factor aglutinante de diversas fuerzas: todos los antirrevolucionarios que vieron amenazadas la patria y la religión fijaron sus ojos en el joven don Carlos²⁰. Los *neocatólicos*, en concreto, serán los que aporten al carlismo los cuadros dirigentes, los oradores y publicistas más brillantes²¹; el propio don Carlos reconoció que su partido carecía de cabezas pensantes, lo que hacía más valiosa la llegada de aquellos:

Esta es una época de verdaderas conquistas para el partido carlista. En París vinieron los que se llaman neocatólicos, que nos trajeron verdaderas eminencias entre hombres de letras, buenos escritores y hombres políticos; la mayoría del antiguo partido no conoció entonces el bien inmenso que esto nos proporcionaba. Pues necesitábamos hombres así; el partido de mi abuelo tuvo buenos generales, guerrilleros heroicos, pero ningún hombre político; los que más figuraron entonces no pasaron de medianías; en los restos de ese partido yo encontré mucha lealtad, mucho corazón, mucha consecuencia, abnegación sin límite, pero no había un gran hombre; los neocatólicos nos trajeron algunos; su conducta fue

¹⁹ Urigüen, 1981, II, pp. 717-718.

²⁰ Ver Oyarzun, 1969, pp. 268-271: «El carlismo, casi muerto, empezó a ser mirado como una remota esperanza, como un núcleo de atracción de elementos católicos y conservadores, y a él se fueron aproximando los neocatólicos, con don Cándido Nocedal, Aparisi y Guijarro, Navarro Villoslada, Gabino Tejado y otros» (p. 271).

²¹ Conde de Melgar, 1940, p. 9. El Padre Goy (1914-1917, p. 271) escribe, con su habitual tono, que «Villoslada fue el hombre providencial enviado por Dios para encauzar los derroteros de gloria a ese gran partido en días de marejada y de revuelta».

digna: vinieron a nosotros porque su conciencia, su patriotismo, les dijo: «Ahí está vuestra bandera»²².

También Urigüen ha destacado la capacidad organizativa de estos hombres recién llegados al carlismo²³. *El Pensamiento Español*, *La Lealtad* y *La Regeneración*, diarios neocatólicos, se convierten ahora en portavoces del carlismo, junto a *La Esperanza*. En los años 1868-1869 se desarrollará una intensa campaña de propaganda carlista en la que se trata de presentar al pretendiente ante los españoles; también don Carlos se hizo eco en su *Diario* de esa actividad desplegada por sus partidarios²⁴. Navarro Villoslada escribió dos folletos titulados *La España y Carlos VII y Dios, Patria y Rey*²⁵; pero más importante fue el editorial titulado «El hombre que se necesita», que publicó, sin su firma, el 12 de diciembre de 1868 en *El Pensamiento Español*; este artículo, en el que presentaba a don Carlos como el único capaz de acabar con la anarquía que reinaba en España, fue reproducido en hojas sueltas y repartido por toda España; también salió en *Le Monde*, de París, diario católico legitimista que favorecía la propaganda carlista, señalando que el programa de don Carlos era el programa de todo príncipe católico²⁶. Fue uno de los escritos propagandísticos que llevó más prosélitos a la causa de don Carlos²⁷.

Pero pese a su adhesión a don Carlos, en 1869 los *neos*, según escribe Navarro Villoslada, siguen manteniendo que son «católicos antes que políticos, católicos sobre todo; y políticos solo por la necesidad de defender al catolicismo en ese terreno que es hoy el campo de batalla escogido por nuestros enemigos»²⁸. En enero de ese año él y su hermano Ciriaco serían detenidos y permanecerían encarcelados

²² *Diario*, p. 376.

²³ «La coordinación entre los *neos* y D. Carlos es perfecta. Aquellos le visitan en París a partir de 1868 y se sienten acogidos y comprendidos. El duque de Madrid, por su parte, después de muchos años, encuentra un equipo ágil, organizado, maduro, pero no anciano, como eran los carlistas que hasta entonces había tratado, y confía plenamente en él» (Urigüen, 1981, II, p. 651).

²⁴ *Diario*, p. 376.

²⁵ Más adelante dedico un apartado específico al comentario de estos opúsculos políticos.

²⁶ Ver Navarro Cabanes, 1917, p. 59.

²⁷ Ver Burch y Ventós, 1909, p. 88.

²⁸ Navarro Villoslada, «La juventud católica», *El Pensamiento Español*, 7 de enero de 1869 (ver Urigüen, 1981, II, pp. 634-635).

durante algo más de un mes por la publicación en *El Pensamiento Español* de un documento oficial que no se había hecho público todavía: se trataba de una circular del Ministerio de la Gobernación anunciando el inventario y confiscación de los objetos de valor artístico e histórico del patrimonio eclesiástico. La circular iba precedida de un artículo titulado «Una parodia», en el que se comparaba la orden de Ruiz Zorrilla de apropiarse de todos los bienes «el mismo día y a la misma hora» con la medida de expulsión de los jesuitas por Carlos III, en la que también se ordenaba apoderarse de sus personas a un mismo tiempo en toda España²⁹. Poco después de quedar en libertad, Navarro Villoslada huye de España para evitar nuevos excesos contra su persona por parte de los revolucionarios; marcha a Francia y se pone a las órdenes de don Carlos: desde el 18 de septiembre de 1869 será su secretario particular; le acompaña por Alemania y Austria, encargándose de los asuntos políticos del partido; pero debido al accidente que sufre el 25 de enero de 1870 en Viena, ya comentado, debe ser sustituido por Cavanilles; sin embargo, parece que era el navarro quien seguía inspirando los documentos del pretendiente:

El general Cabrera estaba acostumbrado a perdonar agudezas que no eran de don Carlos, sino del señor Navarro Villoslada, que desde Viena y con la pierna rota era, según cuenta la fama, quien redactaba entonces la correspondencia, no haciendo otro oficio que el de portapapeles el aparente secretario, señor Cavanilles³⁰.

El Padre Goy comenta que, aparte de este desgraciado accidente, quizá hubo otras razones ocultas para que Navarro Villoslada abandonase la Secretaría de don Carlos:

Don Carlos le tomó por consejero y secretario general. ¡Lo que hubiera ganado la comunión tradicionalista si Villoslada hubiera sido más tiempo consejero de don Carlos! Pero Villoslada, político avizor, algo vio que le desengañó para siempre y le impidió seguir al lado de don

²⁹ Sobre esta detención, ver Ferrer, 1941-1960, XXIII, pp. 89-90.

³⁰ José Indalecio Caso, *La cuestión Cabrera*; citado por Ferrer, 1941-1960, XXII, p. 154. Más adelante Cabrera decide que sea Ros de los Ursinos quien sustituya a Navarro Villoslada y en este sentido escribe al pretendiente el 4 de marzo de 1870; don Carlos, sin embargo, nombraría secretario al conde de Samitier, y a Ros de los Ursinos subsecretario.

Carlos. Creemos hay aquí un secreto de delicadeza que se llevó a la tumba *el solitario de Viana*³¹.

El 18 de abril de 1870 se celebra en la casa palacio de La Faraz, en La Tour de Peilz, Vevey (Suiza), la famosa Junta Magna que reúne a los notables del carlismo³², en la que no participa Navarro Villoslada, que se encontraba convaleciente todavía; sí su hermano Ciriaco, en representación de *El Pensamiento Español*. En cualquier caso, por Real Decreto de 23 de abril de 1870 se constituye el Consejo Provisional de Su Majestad, y entre sus miembros sí figura Francisco Navarro Villoslada, como ya indiqué.

En 1871 se produce un incidente entre don Carlos y Navarro Villoslada; este se opone a la decisión de la Junta Central del partido carlista de ir a las elecciones del 3 de abril en coalición con los republicanos y los radicales de Manuel Ruiz Zorrilla, para tratar de derrostrar al gobierno de Sagasta. El 24 de enero de 1871 el de Viana propone, en un artículo publicado en su periódico, la consulta de una junta de teólogos para determinar si es lícita esa coalición electoral con los tradicionales enemigos. Este escrito no agradó al pretendiente³³, quien escribió a Navarro Villoslada indicándole que no publicase

³¹ Goy, 1947, p. XII. La misma idea expresan estas palabras de López Sainz: «Ocupó aquel puesto hasta enero de 1870. Se rompió una pierna en Viena y no pudo seguir a don Carlos en la agitada vida que este llevaba de viajes y conspiraciones. Sin embargo, hubo quienes sospecharon que la auténtica razón de abandonar el puesto fue ciertas conductas extrañas dentro del carlismo y con las que no estaba de acuerdo. Él jamás reveló nada a este respecto» (1977, p. 382). Ignoro lo que pueda haber de cierto en estas afirmaciones.

³² «La reunión de Vevey, en abril de 1870, marca ya el cénit de la influencia neo-católica así como la ruptura definitiva entre D. Carlos y el Conde de Morella», es decir, el general Cabrera (Urigüen, 1981, II, p. 653). Oyarzun, 1969, p. 288 comenta: «Hicieron esfuerzos notabilísimos para conseguir una cordial compenetración entre don Carlos y Cabrera varias personalidades eminentes del partido: Aparisi y Guijarro, Navarro Villoslada, etc., pero todos los más nobles esfuerzos de estos y otros adalides carlistas se estrellaron ante la realidad adversa». El Padre Goy señala que fue Navarro Villoslada quien «desenmascaró» a Cabrera, descubriendo sus verdaderas intenciones; Cabrera, en efecto, terminó por reconocer en 1875 a Alfonso XII.

³³ «En esto llega Aparisi para darme más datos sobre el asunto Villoslada, que es grave. Parece que este ha publicado un artículo en *El Pensamiento* criticando la resolución de la Junta Central de acudir los carlistas a las urnas y anatemizando la coalición con los republicanos. Leo dicho artículo y lo encuentro feroz, escrito con intención dañada y capaz de hacer mucho mal» (*Diario*, p. 264).

más artículos en ese sentido, en contra de lo acordado por la Junta, acción que constituiría un grave desacato a su autoridad real:

Querido Villoslada: He leído con gran sentimiento un comunicado que ha aparecido en *El Pensamiento* del día 24 y acabo de recibir aviso de que Ciriaco amenaza con publicar un artículo tuyo que tiene en su poder, semejante al primero, que tú no podrás menos de condenar, pues se dicen en él cosas deplorables. Ya sabes cuánto te quiero; pero no puedo menos que pedirte como amigo y mandarte como rey que no lo publiques. Quiero que se obedezcan los acuerdos de la Junta de Madrid, que aprobé y apruebo de nuevo. Repito que ya sabes cuánto te quiero y de ahí podrás colegir cuánta sería mi pesadumbre si me viese en el caso... que no quiero tener ni como posible. Tu affmo., *Carlos*³⁴.

Don Carlos se muestra enérgico al comentar en las páginas de su *Diario* este incidente provocado por la actitud de Navarro Villoslada:

Lo de Villoslada me ha afligido, pues le he querido y le quiero. No comprendo su conducta actual. Sé lo que vale. Muchas veces he admirado su tesón, su firmeza, su recto juicio; esta vez su conducta no es digna de él, es censurable; comprendo que debe castigarse y no vacilo en castigarla, pero siento que un hombre de quien dije convencido: «Ese es mi hombre», siento que obre así. Esperemos que la súplica del amigo y el mandato del rey le hagan efecto. Si estas dos cosas no le hacen efecto, ni tiene corazón ni es monárquico puro como yo creía. Pero no lo puedo creer, son demasiado grandes las cualidades de Villoslada para que persista; y si persiste mi buen Villoslada, mi querido Villoslada se habrá muerto para mí y tendré que llorarlo...³⁵

Como vemos, está incluso dispuesto a prescindir de él y de *El Pensamiento Español* si no le obedece y se retracta³⁶. Algunos periódicos contrarios, como *El Debate*, anunciaron una posible separación de

³⁴ *Diario*, p. 266.

³⁵ *Diario*, p. 269.

³⁶ Así, escribe: «Obraré con energía, por más que yo sea amigo de Villoslada y por ser amigo suyo siento en el alma que un hombre a quien he dado toda mi confianza, de quien esperaba mucho, se declare en rebeldía y me obligue, tal vez, a lo que yo ni quiero pensar. [...] Villoslada se pone frente a frente a mi Gobierno y esto no debe tolerarse; es demasiada ambición, sería un precedente fatal para fundar en España un gran Gobierno, para lo cual se necesita ante todo justicia, y justicia igual para todos» (*Diario*, pp. 265-267).

Navarro Villoslada y de Gabino Tejado del partido carlista para formar un partido independiente; pero el propio Villoslada salió al paso desmintiendo tales rumores. En una carta al general Elío explica que su artículo del 24 de enero, motivo de la polémica, figuraba como una carta escrita por un suscriptor y que, si la coalición con los republicanos salía mal, no estaría de más que algún periódico carlista se hubiese opuesto a ella³⁷. Estas aclaraciones y disculpas fueron aceptadas por don Carlos, y el duque de Madrid le volvió a dar su confianza. En efecto, ese mismo año se van a celebrar elecciones y es su deseo, expresado el 24 de febrero, que se proponga como candidatos por Navarra a Cruz Ochoa, Múzquiz y Bobadilla, para diputados, y para senadores a Ochoa de Olza, Zabalza y Navarro Villoslada, «si es que la salud de este lo permite». Este año de 1871 resultó elegido senador por Pamplona y por Barcelona, lo que facilitó su regreso a España desde su confinamiento en Francia (aunque en última instancia los esfuerzos de la oposición hicieron que se anulase su elección por Pamplona)³⁸. De esta elección se hace eco el barón de Artagán en su libro sobre los políticos del carlismo:

En las Cortes de don Amadeo de Saboya formó parte de la Minoría parlamentaria Católico-Monárquica, como Senador del Reino por Barcelona, distinguiéndose con sus discursos, especialmente en la memorable sesión celebrada en el Senado el día tres de junio de 1871³⁹.

Y el vizconde de la Esperanza señala que fue precisamente en esa sesión cuando pronunció su primer discurso político, en el que «trazó con elocuencia la situación de los pueblos, conducidos por el liberalismo a la destrucción y la ruina»⁴⁰. Este discurso, relativo a la reforma del reglamento de la Constitución de 1869, fue calificado por el Pa-

³⁷ «Villoslada, interpelado por Elío sobre la conducta de *El Pensamiento*, contesta que no ve gran mal en eso, que es la opinión de un escritor, ya que, si la coalición sale frustrada, nos convendrá que uno de nuestros órganos la haya combatido. Cuestión de periodismo y de suscripciones» (*Diario*, p. 274).

³⁸ Ver Quijada Cornish, 1918, p. 71.

³⁹ Barón de Artagán, s. a., p. 119.

⁴⁰ Vizconde de la Esperanza, 1871, p. 229, quien añade a continuación: «El Sr. Navarro Villoslada es seguramente uno de los hombres más importantes y más considerables del partido legitimista. Por lo mismo, quizá no le faltan enemigos; pero cualquiera que sea la suerte que alcance el partido en donde milite, su influencia no podrá menos de pesar siempre en los destinos del mismo».

dre Goy como «una pieza oratoria modelo, rebosante de vida, de sinceridad y de entusiasmo».

En el mes de abril de 1871, Navarro Villoslada es nombrado secretario, junto con Bobadilla, de la Junta Directiva de la minoría carlista, y forma parte de la comisión especial del Senado⁴¹. Por otra parte, Aparisi recomienda a don Carlos que lo nombre individuo del Centro de la Frontera; el 9 de marzo de 1871 escribe el pretendiente a su secretario Arjona:

Al Centro de la Frontera. / Teniendo noticia cierta de que la salud de don Francisco Navarro Villoslada se ha restablecido hasta el punto de que le consiente servir activamente a mi Causa, y conveniendo en gran manera utilizar en pro de ella su celo, lealtad e inteligencia, / Vengo en nombrarle individuo del Centro de la Frontera. / Siendo, por tanto, cuatro los que la forman, el voto del Presidente será de calidad, y decisivo en caso de empate. / Tendreislo entendido y lo trasladaréis al interesado para su cumplimiento. / Dios os guarde.— *Carlos*⁴².

El *Diario* de don Carlos resulta muy interesante, pues trae varias noticias respecto a la labor de Navarro Villoslada dentro del partido⁴³. Muy poco después de su nombramiento como individuo del Centro, el 4 de abril el duque de Madrid da una escueta noticia, que resulta sorprendente: «Villoslada quiere retirarse» (p. 442); en la p. 443, en el extracto de las cartas recibidas ese día, lo aclara: «Carta de Villoslada, del 29, haciendo dimisión del cargo de individuo del Centro de la

⁴¹ Ver Urigüen, 1981, II, pp. 837-838, nota, que remite a *El Pensamiento Español*, 25 de abril de 1871.

⁴² *Diario*, pp. 393-394 (corresponde al 14 de marzo). El día 17 (p. 399) anota: «Villoslada acepta el cargo de individuo del Centro». Y a continuación extracta las diversas cartas que le ha traído Arjona: «Número 5 (El Centro al Rey). 16 de marzo. Que ha recibido el nombramiento de Villoslada, que le ha trasladado y tomado posesión» (p. 403). Más adelante (p. 412) expone su idea de reducir el Centro a dos personas, Villoslada y Elío. El Centro de la Frontera constituía el enlace entre don Carlos y la Junta Central Católico-Monárquica en Madrid.

⁴³ Así, el 29 de marzo, el pretendiente extracta varias cartas y copias que le ha traído Elío: «Apuntes de Villoslada para organizar las oposiciones en las Cortes. Son buenos, aunque pecan de un poco reglamentarios (*¡Oh tempora, oh mores!*). [...] Nota de Villoslada probando que sería una atrocidad dar a Nocedal la jefatura del partido en el Parlamento. [...] Nota de Aparisi aprobando el trabajo de Villoslada, pero insistiendo en su opinión de que se agreguen a la Junta Central Nocedal y Tamayo» (*Diario*, p. 433).

Frontera, fundada en el mal estado de su salud y la necesidad de ir a Madrid, aunque sea temporalmente, a reponerla, a arreglar sus asuntos y celebrar los contratos de boda de su hija mayor, que acaba de casarse sin esa formalidad». Sin embargo, la verdadera razón no era esa; el 5 de abril anota don Carlos que Navarro Villoslada ha llegado con Arjona, y comenta:

He hablado poco con Villoslada esta noche porque es muy tarde y viene muy cansado; pero bastante para comprender que insiste en la dimisión presentada, no por las razones que expuso, sino porque no encuentra ninguna formalidad en el Centro y porque este sistema de contemplaciones le disgusta y lo encuentra fatal en estos momentos. En una palabra, le parece sobradamente ridículo que se reúna un Centro de conspiradores con la publicidad y el aparato con que lo hace, para no hacer nada en resumen y quiere reservarse para una ocasión mejor, pues comprende que esto se viene forzosamente abajo. Dice que es preciso conspirar a lo Mazini [*sic*] y a lo Leden-Rollin [*sic*]. Espero que me traiga ideas, pues decir esto no lo es todo. Veremos mañana⁴⁴.

Y más adelante comenta los planes de Navarro Villoslada para organizar la actividad de los carlistas; don Carlos se muestra escéptico esta vez respecto a la viabilidad de las ideas de su consejero, del que dice esperar más. Veamos:

En la larga conferencia que he tenido con Villoslada he visto que en el fondo piensa como yo y tiene las mismas ideas de un cambio radical de sistema en mi política, que debe fundarse en el secreto y la acción; pero también he comprendido que no las tiene tan claras respecto al modo de ponerlas en práctica. Ahí está la dificultad. Me propuso un sistema por Comandantes Generales, en vez de Centros, que obedeciesen a agentes secretos desconocidos de ellos, que dependiesen directamente de mí, que desarrolló bastante bien; pero no supo contestar a las objeciones que yo le oponía, y luego no había pensado bastante en el modo de efectuarlo ahora mismo, que comprende ser de absoluta necesidad. Estaba vacilante. Propuso varios otros, poco practicables sin grandes reformas, y siempre tropezaba en la falta de hombres y de dinero. Quedó finalmente en enviarme dentro de unos días un plan para que yo lo examine y tome la resolución que crea más ventajosa.

⁴⁴ *Diario*, p. 445.

Hace tiempo que yo pienso en lo mismo y que doy pasos preparatorios, que se reducen a marchas, contramarchas, reconocimientos del terreno y de nuestras fuerzas, y creo que a pesar de no tener una idea completa la tengo mucho más clara que Villoslada, de quien esperaba más luces de las que veo que tiene. Arjona también piensa en esto, pero no resuelve el problema, aunque le creo bastante inteligente para resolverlo probablemente de modo más práctico que el mismo Villoslada⁴⁵.

A finales de 1871 y principios de 1872 don Carlos y Navarro Villoslada volverían a estar enfrentados por diversos motivos. En estos momentos el de Viana es contrario a la participación de los carlistas en las elecciones y a su intervención en el sistema parlamentario liberal; en diciembre de 1871 le es enviado un oficio por el que se desautorizan dos artículos que había escrito en *El Pensamiento Español* manifestando su opinión en ese sentido⁴⁶. Al mismo tiempo, eleva una exposición a don Carlos protestando por la jefatura de Cándido Nocedal, que por sendas Reales Órdenes, ambas de 4 de diciembre de 1871, había sido nombrado presidente de la nueva junta de elecciones y director de toda la prensa carlista; se opone con gran firmeza a esta medida, no tanto por su enfrentamiento con Nocedal desde 1867⁴⁷, sino porque le parece mal que una sola persona, independientemente de quien sea, controle toda la prensa tradicionalista:

O el director general de la prensa imprime a esta una marcha idéntica, o no; si lo primero, como la dirección es la esencia de la propiedad, una dirección idéntica, identifica la propiedad particular, convirtiéndola en colectiva, que es el principio de la *Internacional*; si lo segundo, si a cada periódico imprime una marcha distinta, el periódico mejor dirigido será el privilegiado y acabará con aquellos que lleven peor dirección. De todas maneras, el director de la prensa puede matar el día que quiera al pe-

⁴⁵ *Diario*, pp. 447-448 (6 de abril). El 8 de abril, entre los encargos a Arjona, que sale para Bayona, está el de «verse con Villoslada, pedirle la nota que me prometió, y explorar su modo de pensar» (p. 451).

⁴⁶ Ver Urigüen, 1981, II, p. 1016.

⁴⁷ «Desde 1867 [...] Villoslada y Nocedal mantenían una guerra fría que había llevado al primero a desaconsejar a D. Carlos cualquier trato con D. Cándido. Las iniciativas de este último eran rechazadas por Villoslada, quien se mostraba contrario a la lucha electoral y a la intervención parlamentaria. En 1870 y 1871 Villoslada se había negado a secundar la campaña electoral, y solo una orden tajante de D. Carlos le decidió a insertar en su periódico los manifestos y resultados electorales» (Urigüen, 1981, II, p. 1056).

riódico que se le antoje, si procede con pasión o con parcialidad, y de seguro los mata a todos si es recta e imparcial. [...] Con este ataque ¿no pueden justificar los liberales la desamortización sin contar con la voluntad de la Iglesia, las incautaciones, las anexiones, por causa de la utilidad pública, y lo que es igual, la legalidad de la *Internacional*?⁴⁸

Para Navarro Villoslada la dirección única es un atentado contra la independencia de los periódicos; se considera desligado de la obediencia al jefe de la prensa carlista en tanto no obtenga contestación de don Carlos a la petición que le ha dirigido y se niega a acudir a las reuniones que tenían lugar en casa de Nocedal en las que se decidían los asuntos que debía debatir la prensa carlista. Acusado de rebeldía, se quejará de los ataques de que es objeto desde *La Esperanza*, «superiores a los que jamás nos ha lanzado la *Iberia*», su tradicional enemigo. Considera altamente perjudicial para el partido la conducta de Nocedal y le pide que, si es un buen carlista, se retire en interés del mismo. Urigüen, al comentar este incidente, destaca la sutileza de los argumentos del de Viana:

La habilidad de Villoslada para justificar su actitud es extraordinaria; él no ha iniciado la campaña contra Nocedal; pero desde las altas esferas del partido se han producido quejas, dimisiones y hasta deserciones por su nombramiento, por su falta de tacto, por su autoritarismo; Nocedal —dice— debe marcharse y abandonar la dirección de la prensa carlista⁴⁹.

Este nuevo incidente entre Navarro Villoslada y Nocedal se complica porque en esas mismas fechas —enero de 1872— se produce otra polémica en el seno de la prensa tradicionalista: el día 8 los diarios carlistas habían publicado un suelto en el que se instaba a todos sus redactores a cesar en sus polémicas públicas, debiendo dirimirse sus diferencias ante el duque de Madrid. Pero entonces apareció un folleto del diputado carlista Joaquín Múzquiz titulado «Realidad de la fusión» en el que, tras verter graves acusaciones contra Nocedal y el propio don Carlos, proponía ir a la lucha armada. Navarro Villoslada no pudo permanecer en silencio y el 12 de enero publicó un editorial

⁴⁸ Navarro Villoslada, «La dirección de la prensa», *El Pensamiento Español*, 17 de enero de 1872; citado por Urigüen, 1981, II, pp. 1061-1062.

⁴⁹ Urigüen, 1981, pp. 1059-1060.

de *El Pensamiento Español*, «El folleto del señor Múzquiz», en el que comentaba su contenido y defendía a don Carlos de los ataques de Múzquiz. Ha roto el pacto de silencio de los periodistas carlistas, pero tiene la excusa de que también *La Reconquista*, periódico de Melgar afecto a Nocedal, había defendido a este en un suelto. En cualquier caso, *La Regeneración* y *La Esperanza* afearon su conducta por desobedecer una orden superior.

Por otra parte, el 20 de enero todos los diarios católico-monárquicos publicaron una Real Orden de don Carlos por la que se nombraba a Nocedal vicepresidente de la Junta Central Católico-Monárquica. Ese día, *El Pensamiento Español* daba cuenta de un telegrama de Arjona, secretario de don Carlos, en el que se comunicaba que este había desestimado la representación de Navarro Villoslada a que antes aludía para evitar que la dirección de toda la prensa tradicionalista recayese en una sola persona. Navarro Villoslada decide entonces abandonar la polémica para acatar las órdenes de su rey. Sin embargo, ese mismo día, 20 de enero, Nocedal publica en *La Esperanza* un artículo titulado «Doctrina carlista» en el que, sin mencionar expresamente ni a Navarro Villoslada ni a *El Pensamiento Español*, condena enérgicamente su actitud, que considera de grave insubordinación, por haber discutido en público las órdenes de don Carlos, lo que supone un menoscabo del principio de autoridad y es claro síntoma de «contagio de liberalismo»⁵⁰.

El 14 de febrero de 1872 la Secretaría de don Carlos envía una circular a todos los diarios católicos, excepto a *La Regeneración* y a *El Pensamiento Español*, felicitándoles por su conducta política; evidentemente, esto suponía una callada condena de la actitud mantenida por Canga Argüelles y Navarro Villoslada en sus periódicos. Este último no comenta nada en su diario, decidido como estaba a no provocar otra polémica ni a enfrentarse públicamente a su rey; sin embargo, él y otros tres “excomulgados” (Canga Argüelles, Aparisi y

⁵⁰ «Nosotros que queremos y tenemos rey que reine y gobierne, no podemos discutir públicamente las órdenes del Rey. Eso es liberal; eso es parlamentario. Sostener eso significa haberse contaminado, siquiera sea momentáneamente, sin saberlo y sin quererlo, con la ponzoña del liberalismo, que por todas partes derrama sus pestilentes miasmas» (citado por Urigüen, 1981, II, p. 1074). *El Pensamiento Español* había dedicado ese mes varios artículos a comentar la auténtica doctrina carlista: «Nuestra filosofía política» (8 de enero de 1872), «Nuestra política interior» (17 de enero) y «Nuestra empresa» (18 de enero).

Tejado) elevan una exposición de veintiún folios a don Carlos, fechada el 23 de febrero de 1872, en la que manifiestan su lealtad y su deseo de corregir lo que consideran una injusticia: el haber sido reprendidos en público en vez de recibir una amonestación o advertencia privada; al mismo tiempo, se oponían a los manejos de Arjona para convertir a don Carlos en un César:

Desde mayo [de 1871] a esta parte [febrero de 1872], por arte de no sabemos quién, se está verificando en la gobernación del partido carlista una transformación dolorosa que comienza a hacerse pública en la doctrina y en la conducta. La monarquía cristiana se retira y abre paso al cesarismo⁵¹.

La respuesta de don Carlos, enviada el 7 de marzo, como siempre a través de su secretario Arjona, es contundente:

Señores conde de Canga Argüelles, don Francisco Navarro Villoslada, don Gabino Tejado y don Antonio Aparisi Guijarro. Muy señores míos: El Rey nuestro señor (q. D. g.) me manda contestar a ustedes desestimando la exposición que le han elevado con fecha 23 de febrero. Cumplimiento orden de S. M. El Rey no descende al terreno de las personalidades. La política del Rey es siempre la misma; escrita está en su cartamanifiesto. Rigidez en los principios. Llamamiento a todos los españoles de buena voluntad. Ser Rey de veras y no sombra de Rey, porque en todos los tiempos y singularmente en los de revolución, el que no manda es mandado, el que no arrastra es arrastrado. Soy de ustedes atento seguro servidor, q. b. s. m. *Emilio de Arjona*⁵².

Navarro Villoslada decide entonces apartarse de *El Pensamiento Español* para no tener que volver a criticar en público a don Carlos, dejando la dirección a Luis Echevarría⁵³. Frente a don Carlos y mu-

⁵¹ En la misma exposición figuraban estas palabras: «¡Venga el rey cristiano y sea bendito! ¡El César, jamás!». Varios autores señalan que esta exposición, de la que encuentro borradores entre los papeles de Navarro Villoslada, parece inspirada por Aparisi. El tono del documento es firme y, en el fondo, bastante duro.

⁵² Citado por Ferrer, 1941-1960, XXIII, II, p. 184.

⁵³ «Y dejó el periódico, aunque de aquella prensa saliera el pan y el porvenir de sus hijas» (Goy, 1947, p. XII). La hija del escritor apunta en sus notas: «Papá le dijo [a don Carlos]: “Si V. M. necesita de mi periódico, ahí está a su servicio, pero yo dejo la dirección”. Una cosa así poco más o menos». El escritor se despidió con estas palabras: «El día en que podamos o debamos escribir en *El Pensamiento*, o escribire-

chos veteranos de la primera guerra, que creían necesario echarse de nuevo al monte, los *neocatólicos* o “legalistas” —y entre ellos nuestro hombre— eran partidarios de esperar una coyuntura favorable para que el partido alcanzase el poder por vías pacíficas⁵⁴. La decisión del duque de Madrid de alzar en armas a sus partidarios en abril de 1872, junto a todas las polémicas que acabo de reseñar, hicieron que Navarro Villoslada se sintiera de nuevo desengañado y se alejara del carlismo (o, al menos, de la actividad pública al frente del carlismo). Ya he señalado antes que se ha venido repitiendo siempre que en este momento se retira a Viana, donde permanecería aislado por espacio de varios años. No obstante, sabemos que sigue viviendo en Madrid; Ferrer —al hablar de la organización política del carlismo entre enero y julio de 1873, es decir, ya iniciada la guerra— señala:

Al amparo del Centro Hispano Ultramarino, con plenos poderes conferidos, se reorganiza una Junta Central carlista en Madrid, que presidía el Conde de Orgaz, y de la que formaban parte La Hoz, Vildósola y Navarro Villoslada, que inmediatamente se dedicó a organizar otras juntas provinciales y locales con el objeto de auxiliar a los carlistas en armas⁵⁵.

Ignoro si Navarro Villoslada siguió colaborando con el carlismo alzado en armas durante los años que duró el conflicto (y, si fue así, en qué pudo consistir su actividad). Parece claro que abandonó toda actividad directiva, pero no sería extraño que continuara de una forma u otra dentro del partido o en contacto con él. Además, resulta cuando menos sorprendente que en sus apuntes autobiográficos, en los años 1872-1876, no existan referencias de ningún tipo a la marcha de la guerra. ¿Quiso tal vez silenciar sus actividades durante este periodo? Es un asunto que requeriría una investigación más profunda y que dejo, de momento, en manos de los historiadores.

mos bajo nuestra firma, o lo anunciaremos con franqueza. Ese día llegará, y llegará quizá muy pronto. ¿Cómo ha de venir? No lo sabemos. Puede traerlo el peligro, puede traerlo el amor. Nosotros esperamos en nuestro Rey lo traiga el amor y no el peligro... Ahora si el llamamiento a la vida pública viniese en alas del triunfo y de la gloria, entonces sí que no responderíamos a él» (citado por Quijada Cornish, 1918, p. 75).

⁵⁴ Ver Oyarzun, 1969, pp. 289-290 y 311.

⁵⁵ Ferrer, 1941-1960, XXV, p. 28.

Una vez acabada la guerra, el carlismo vuelve a entrar dentro del orden constitucional legal y trata de reorganizarse. El 8 de abril de 1879 se celebra una junta en la redacción de *La Fe* para preparar su participación en las elecciones de ese año; de nuevo es Ferrer quien indica que a esa reunión asistió Navarro Villoslada; y anota: «Navarro Villoslada, enemigo de las elecciones en tiempo de don Amadeo, ahora es partidario de la lucha parlamentaria»⁵⁶. El 4 de mayo hay otra reunión en casa de don Vicente de la Hoz para seguir discutiendo sobre la actuación del partido y presentar un proyecto a don Carlos, pero en esta ocasión, dice Ferrer, no están presentes Navarro Villoslada, ni Nocedal ni Tejado.

Por estas fechas surge de nuevo la idea de formar una gran asociación en la que tuvieran cabida todos los elementos tradicionalistas, con independencia de su procedencia política; un grupo que pudiese aglutinar a todas las fuerzas católicas del país y que entrase en la lucha legal. Alejandro Pidal y Mon, que había defendido la idea en periódicos como *La España Católica*, *La España*, *El Fénix* o *La Unión*, funda la Unión Católica, que data como grupo político con fines electorales de 1881⁵⁷. Pero el Padre Goy hace la siguiente puntualización: «Nos urge decir que Navarro Villoslada no perteneció jamás a la Unión Católica. Antes bien, reconoció como verdadera utopía el que, sin renunciar nadie a ninguna convicción, pudieran verse reunidos en un campo neutral tirios y troyanos, blancos y negros, liberales y tradicionalistas»⁵⁸. De nuevo ahora vamos a encontrar al de Viana enfrentado con Cándido Nocedal. Este pensaba que los carlistas no debían ocupar ningún puesto público ni cargos de responsabilidad; debían permanecer al margen de toda actividad, sin colaborar de ninguna forma con la nueva legalidad establecida:

Nocedal representaba el abstencionismo. Su lema: «A la restauración pasando por el diluvio». Exigía un total abstencionismo. Villoslada juz-

⁵⁶ Ferrer, 1941-1960, XXVIII, p. 43. Más adelante (pp. 67-68) leemos: «Se constituyó la Junta Central de la romería [la tercera romería] después de una reunión celebrada el 30 de enero de 1882 bajo la presidencia del Cardenal Moreno, Arzobispo de Toledo. [...] No asistió, por estar fuera de Madrid, el Barón de Saugarién [*sic*, por Sangarrén], y por enfermo Navarro Villoslada».

⁵⁷ Ver Mata Induráin, 1996-1997a.

⁵⁸ Goy, 1947, p. XIII. Sobre la Unión Católica, ver Ferrer, 1941-1960, XXVIII, pp. 55-61.

gaba altamente impolítica la tal abstención, imposible por lo demás en la práctica. Creía, casi parodiando las palabras de Tertuliano, que los carlistas debían entrar en todas partes: en la cátedra, en el foro, en las academias, en el Municipio y en el Parlamento, llevando a dondequiera la integridad de su fe: quería hacer entrar el carlismo en la vía legal. Nocedal quería que saliera de los cauces legales para ir a estacionarse en la vía muerta de la abstención. Esto hizo que hombres de sana intención y de excepcional valía desertaran del carlismo⁵⁹.

En efecto, el comportamiento de Nocedal hizo que la prensa carlista se dividiese⁶⁰; después de su muerte, ocurrida el 16 de julio de 1885, don Carlos escribe a Navarro Villoslada desde Venecia (allí, en el Palacio Loredan, tenía el duque de Madrid su residencia habitual) pidiéndole consejo:

Venecia, 26 de julio, 1885 / Mi querido Villoslada: hace mucho tiempo que no te escribo, pero no por eso creas que se haya entibiado en lo más mínimo el cariño que siempre te profesé. / No he perdido ocasión de preguntar noticias tuyas a todas cuantas personas he visto que te conociesen, y nunca se borran de mi memoria los servicios y la compañía que te debí durante nuestra permanencia en Suiza. Si en todo este tiempo no nos hemos visto, no ha sido ciertamente porque a mí me faltasen deseos. Estos no son hoy menos vivos que antes, y el mayor gusto que podrías darme sería responderme anunciándome tu visita, pero si tu salud o tus asuntos no te permiten tomarte esta molestia, te ruego a lo menos que no me prives de tus consejos. / Bien sabes lo que yo estimo tu parecer. Con decir que lo aprecio en lo que vale no hay mayor encajecimiento. Te ruego, pues, que me digas tu opinión sobre lo que convenga hacer después de la muerte de Nocedal. / Antes de decidirme a nada deseo saber lo que piensan los que bien me quieren, y naturalmente te incluyo a ti como uno de los primeros. / Pruébame que no me equivoco contestándome pronto, y no dudes nunca del cariño de / Tu afmo. / *Carlos*.

⁵⁹ Goy, 1947, p. XIII.

⁶⁰ Su periódico, *El Siglo Futuro*, mantuvo una dura polémica en 1880 con *El Fénix*, de Pidal y Mon, y atacó con virulencia a *La Fe*, de Vildósola; finalmente, Nocedal consiguió acabar con este periódico.

Navarro Villoslada, pese a su poca salud⁶¹, acepta ser el representante de don Carlos en España⁶², ejerciendo la jefatura de la Comunion Tradicionalista y la dirección general de la prensa, cargos ambos que ansiaba Ramón Nocedal, hijo de don Cándido. Trata de poner orden en la prensa carlista; Melgar le escribe el 4 de febrero de 1886: «Hoy necesita S. M. recurrir a los buenos oficios de usted y le encarga interponga su autorizada influencia entre *El Siglo Futuro* y *La Fe* para que no se renueven las polémicas pasadas ni se susciten otras nuevas». El 12 de marzo de 1886, con el epígrafe de «Documento importante», Navarro Villoslada escribe una carta a *La Fe* en la que desautoriza a los periódicos tradicionalistas que censuran a los obispos. El día 31 reprueba un artículo de José María Settier titulado «Un peligro para la Iglesia católica», aparecido el 10 de febrero en *La Ilustración Popular Económica*, de Valencia⁶³. Esta carta supuso también que firmasen la paz *La Tradición*, de Salamanca y *La Fe*. Igualmente, fue desautorizado el diario tradicionalista *La Verdad*, de Santander⁶⁴; como consecuencia de esta intervención de Navarro Villoslada resultó, en fin, la desaparición temporal del *Diario de Sevilla*:

Como se puede ver en la historia de aquella época, la alta y serena intervención del benemérito tradicionalista Navarro Villoslada logró que en el campo carlista no se continuara el triste espectáculo de continuas condenaciones en la prensa de este partido, no sucediendo lo mismo en

⁶¹ En el borrador de respuesta, con fecha 3 de agosto, escribe a don Carlos: «Valgo poco o, por mejor decir, no valgo nada; y si en otros tiempos pudo acaso V. M. pensar de mí otra cosa, hoy no hallaría más que ruinas, polvo y ceniza de aquel pobre secretario que V. M. se dignó tener a su lado». Y Melgar le escribe desde Venecia el 19 de noviembre de 1885: «Muy al alma ha llegado al Rey el interés que V. se toma en su servicio y los pasos que está dispuesto a dar, a pesar del mal estado de su salud».

⁶² En un borrador de carta a don Carlos, fechado en Madrid, a 3 de agosto de 1885, escribe Navarro Villoslada: «Obre V. M. como príncipe católico de corazón, con actividad y energía, que solo de esta manera logrará la más ardua de todas las empresas posibles, que no es la de fundar una monarquía, sino la de restaurarla».

⁶³ Ver Navarro Cabanes, 1917, p. 72.

⁶⁴ «El 10 de abril del 86 fue desautorizado por el señor Navarro Villoslada “por su rebeldía contra la Carta aprobada por don Carlos sobre conducta que debía seguir la Prensa Carlista”» (Navarro Cabanes, 1917, p. 139).

el campo integrista, sobre todo después de la escisión de Nocedal del partido carlista⁶⁵.

No obstante, Navarro Villoslada fue duramente atacado por algunos sectores, que llegaron a tildarle de traidor a las ideas tradicionalistas. Este nuevo desengaño⁶⁶, unido a su precaria salud, le decidió a retirarse de nuevo de la vida política⁶⁷; el 19 de abril envía una carta a Venecia haciendo renuncia de todos sus cargos:

Señor / Por terminante prescripción del facultativo que me atiende en mis dolencias, el cual es uno de los más antiguos y acreditados de Madrid, tengo que dejar en absoluto de leer periódicos y de ocuparme con las cosas públicas, y no puedo por lo tanto continuar ni un día más en las comisiones que V. M. se ha dignado encomendarme. / Hago, pues, completa renuncia de todas, para que V. M. en vista de ella, y dirigiendo como dirige personalmente los negocios concernientes a su Causa, disponga lo que más convenga. / Forzado por motivos superiores a mi voluntad a tomar esta resolución, siempre tendré grabado en mi alma el más profundo agradecimiento por la confianza que V. M. me ha dispensado. / He perdido en el desempeño de mi cargo la salud y la honra que llaman política: la restauración de mi salud queda en manos de Dios; la honra, es decir, la vindicación de mi acendrada lealtad y desinteresados servicios, queda en manos de V. M. / A los R. P. de V. M. / Madrid, 19 de abril de 1886.

El 25 le contesta don Carlos aceptándola, no sin antes hacer un vivo elogio de sus cualidades⁶⁸. Ramón Nocedal confiaba en que

⁶⁵ Burch y Ventós, 1909, p. 203, nota. La escisión integrista de Ramón Nocedal se produciría definitivamente en 1888.

⁶⁶ El 24 de abril escribe Navarro Villoslada a Melgar: «Nadie desapasionadamente puede sospechar de mí, ni desconocer mis servicios, ni el desinterés con que he arrojado mi posición por la ventana; no he querido ni pedir cesantía, a la que creo tener derecho, y sin embargo se me llama... ¿A qué recordarlo? Larga es ya mi vida, innumerables los ataques que he sostenido con la prensa liberal, y jamás, jamás me ha tratado esta como ahora la prensa carlista».

⁶⁷ «De estas luchas salió agigantada su figura con la grandeza del sacrificio y de la humillación. Entonces este veterano del catolicismo y de la política tradicional se retiró al cuartel de los inválidos políticos» (Goy, 1947, p. XIII).

⁶⁸ «Y aunque tu honra no necesita de garantes para los que te conocen tan íntimamente como yo te conozco, quiero que sepas tú y sepan todos que, acostumbrado a ver entre mis partidarios la fidelidad llevada hasta el heroísmo, creo que si entre

ahora sí se le concedería la jefatura del partido carlista, pero tras la marcha de Navarro Villoslada don Carlos nombró un directorio compuesto por los generales Cervera, Maestre, Martínez Fortún y Valdespina⁶⁹. Nocedal hijo emprendió entonces desde su periódico, *El Siglo Futuro*, diversos ataques contra el pretendiente, al que llegó a acusar de liberal (su actitud de rebeldía fue imitada por otros periódicos, destacando *El Tradicionalista*, de Pamplona) y, finalmente, provocó la escisión del partido, al separarse con los denominados *integristas*⁷⁰, entre los que figuraban muchas de las personalidades del carlismo:

De entre los neo-católicos, Aparisi y Villoslada serán los que experimentarán mayor transformación política, pues siendo los dos en un principio indiferentes, desde 1868 aceptarán por convicción la legitimidad, y ya nunca abandonarán el partido. En cambio Tejado, Vinader, Ortí y Lara, y Ramón Nocedal entre otros, se separarán del duque de Madrid en 1888, y tras ellos los herederos de este grupo político-religioso que en 1889 se desintegra dentro del carlismo⁷¹.

Todavía en septiembre de 1888 don Carlos vuelve a escribir personalmente a Navarro Villoslada⁷² para pedirle de nuevo su colaboración; esta vez se trata de que participe con algún trabajo en el periódico *El Correo Español*:

Venecia, 12 de septiembre de 1888 / Mi querido Villoslada: Llauder funda en Madrid un periódico que será órgano oficioso de la Causa y en el cual aparecerán las disposiciones oficiales. Naturalmente desea que entre sus colaboradores figure tu nombre, como el del más ilustre de nuestros periodistas. / Estoy seguro de que pidiéndotelo yo no le negarás tu concurso. No quiero imponerte fatigas capaces de alterar tu salud, pero

ellos hay muchos que se te puedan comparar como fieles, no existe ninguno que en ese terreno se pueda vanagloriar con justicia de aventajarte».

⁶⁹ Ver Galindo Herrero, 1955, p. 13.

⁷⁰ El 10 de julio 1888 era expulsado de la Comunión Tradicionalista; el día 30 veintitrés periódicos firmaban una «Manifestación de la prensa tradicionalista» en su apoyo; la división estaba ya consumada.

⁷¹ Urigüen, 1981, II, pp. 624-625. El lema de estos integristas sería «Dios y Patria», resultando para ellos indiferente la forma de gobierno; ver Oyarzun, 1969, p. 308.

⁷² He transcrito varias cartas inéditas cruzadas entre Navarro Villoslada y don Carlos; ver Mata Induráin, 1997b.

espero que de vez en cuando y en los asuntos y momentos que te plazcan, prestes al diario de Llauder la valiosa ayuda de tu pluma y la autoridad de tu nombre, tan respetado por todo buen español y tan querido siempre para mí. / Este será un nuevo servicio que habrá de agradecerte la Causa y una prueba más de que sabrás corresponder al cariño verdadero que te profesa / Tu afectísimo / *Carlos*.

Pocas son ya las noticias sobre actividades públicas de Navarro Villoslada. En los años 1889-1890 se celebró el XIII Centenario de la conversión de Recaredo al catolicismo, circunstancia que motivaría el despliegue de una intensa actividad carlista para celebrar la unidad católica de España. El 2 de febrero de 1889 don Carlos confía al Marqués de Cerralbo la presidencia de la Junta Conmemorativa, que estaría compuesta por un presidente y once vocales; el almanaque carlista para 1890⁷³ señala además la elección de dos vicepresidentes, Hermenegildo Díaz de Cevallos y Navarro Villoslada. Es de suponer que los cinco años que le restaban de vida permaneció retirado ya por completo de la vida política en Viana. No obstante, volvió a tomar la pluma para oponerse a las medidas que el ministro de Hacienda Germán Gamazo quiso aplicar a Navarra, tratando de imponerle las mismas cargas fiscales que a las demás provincias de la nación. Esta actitud provocó la popular reacción de la sociedad navarra, que se movilizó en defensa de sus Fueros. Navarro Villoslada contribuyó en el número único de *Navarra Ilustrada*, que se publicó con este motivo en julio de 1894. Esta fue la última intervención pública de Navarro Villoslada en un asunto relacionado con la política.

2.2. *Los opúsculos de propaganda carlista y una biografía de Zumalacárregui*

De toda su producción periodístico-propagandista relacionada con el carlismo, hay que mencionar de forma muy especial los folletos titulados *La España y Carlos VII* y *Dios, Patria y Rey* más el artículo «El hombre que se necesita», así como el trabajo *Estudio histórico militar de Zumalacárregui y Cabrera*, libro del que solo escribió la primera parte (la relativa a Zumalacárregui), publicada bajo el seudónimo de Thomas Wisdom.

En el apartado anterior me he referido con bastante detenimiento a la actividad política de Navarro Villoslada y he explicado su paso

⁷³ Bilbao, Redacción de *El Basco*, 1897, p. 135.

desde las posiciones *neocatólicas* a la defensa de la causa carlista. Ese paso de todos los *neocatólicos* se produce en 1868, al estallar la Revolución de septiembre: con el destronamiento de Isabel II, el país se queda sin rey, y los carlistas llevan a cabo en los años 1868-1869 una intensa campaña de propaganda para presentar a los españoles al pretendiente, don Carlos de Borbón: Aparisi y Guijarro publica *El rey de España, La cuestión dinástica y Los tres Orleans*; Tejado escribe *Toda la verdad sobre la presente crisis y La solución lógica de la presente crisis*; Manteola redacta *Don Carlos o el petróleo, Don Carlos es la civilización y El espíritu carlista*; Pagés y Beltrán da a las prensas su *Carlos VII el restaurador y la cuestión española*; también aparecen otros muchos folletos anónimos, como el titulado *La salvación de España*. En estos momentos en los que el trono está vacante, la propaganda carlista, apoyada también en casi un centenar de periódicos de todo el país, trata de mostrar la necesidad de una monarquía tradicionalista y católica tras el evidente fracaso de la monarquía liberal⁷⁴. Navarro Villoslada escribió y publicó el 12 de diciembre de 1868 en *El Pensamiento Español*, sin su firma, el famoso artículo «El hombre que se necesita», dentro de esa corriente de mitografía política en torno a la figura de don Carlos; de este trabajo llegó a afirmar Aparisi y Guijarro que ganó para la causa carlista a millares de católicos⁷⁵. A él pertenecen estas palabras:

Queremos un hombre para toda la nación, y no para uno ni dos ni tres partidos; un hombre que mande con justicia, que gobierne con la moral del Evangelio, que administre con el orden y economía de un buen padre de familia. / Se necesita un hombre que sea hijo de las entrañas de la patria, que tenga los sentimientos hidalgos y generosos del pueblo español, su ardiente fe, su valor caballeresco, su constancia tradicional. / Se necesita un hombre que diga al padre de familia: «Tú eres el rey de tu casa»; y al municipio: «Tú, el rey de tu jurisdicción»; y a la

⁷⁴ Ver Palacio Atard, 1981, p. 469 y Urigüen, 1981, II, pp. 657-658.

⁷⁵ «De este artículo se hicieron reproducciones en hojas sueltas que se difundieron por toda España. Todavía a comienzos del siglo XX sobre el año 1900 se ha reproducido en forma de folleto» (Ferrer, 1941-1960, XXIII, p. 24, nota). «De este folleto se tiraron miles de ejemplares, tantos que su cifra resulta extraordinaria para su época y la nuestra» (Galindo Herrero, 1955, p. 11). Carlos Rivero, tras señalar que «es un modelo de prosa periodística, diáfana, directa, esclarecedora», añade: «Naturalmente, este artículo figura en las antologías del pensamiento tradicionalista, pero puede figurar también entre los más cabales ejemplos del mejor periodismo —en fondo y forma— de ideas» (1965, p. 56).

diputación: «Tú, la reina de la provincia»; y a las Cortes: «Yo soy el rey». [...] «Yo lo perdonaré todo, lo olvidaré todo; quiero ser padre antes que rey: mis brazos se extenderán más pronto para abrazar que para mandar». / Este es el gobernador cristiano; este es el príncipe católico; este es el hombre que se necesita: el hombre que piden de lo íntimo de su corazón cuantos en las angustias de una situación cuyo origen quisiéramos olvidar exclaman: «¡No ha de haber un hombre que nos saque de esta anarquía!... ».

En el artículo, tal como figura en *El Pensamiento Español*, no se menciona el nombre de don Carlos; en cambio, en otras versiones que lo reproducen, aparte de otros cambios y supresiones, se añade al final (quizá siguiendo una versión más breve impresa en hojas sueltas) un párrafo en el que se le nombra explícitamente:

Pues este hombre libertador que tanto desea el pueblo español, este hombre que reúne en sí completamente las ideas expresadas, este hombre o príncipe que se necesita en España, es el Sr. don Carlos de Borbón y de Este, hijo de cien reyes españoles y representante del derecho y de la legitimidad. Este es el hombre providencial que nos ha deparado Dios para poder salvar a España de la anarquía en que vive, de la ruina a donde llegó en treinta y cinco años de un reinado de calamidades, de un reinado ganado por la traición y fundado en el derecho de usurpación.

Por otra parte, Palau y otras obras de referencia indican que escribió tres folletos, que corresponden a esa campaña de propaganda emprendida por los publicistas del carlismo: *La España y don Carlos*, París, 1868; *Dios, Patria y Rey*, Madrid, 1868; y *La solución española en el rey y en la ley*, Madrid, 1869. Dedicaré unas líneas al comentario de estas tres obras⁷⁶.

⁷⁶ Antes de nada, quiero llamar la atención sobre la confusión creada, a mi entender, por un comentario de Antonio Palau y Dulcet relativo a estos tres folletos en su *Manual del librero hispanoamericano*; al mencionarlos entre las obras de Navarro Villoslada, anota entre paréntesis: «Jaime del Burgo», palabras que llevaron a Juan Ignacio Ferreras (1979) a sospechar que ese nombre, Jaime del Burgo, era un seudónimo utilizado por Navarro Villoslada; así, en su *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Cátedra, p. 86, señala: «Burgo, Jaime de [sic; en la p. 443 escribe Jaime del Burgo], seudónimo de Francisco Navarro Villoslada (?). Existe un escritor carlista de la actualidad (1970) que utiliza este seudónimo»; la equivocación se repite en algún otro trabajo; en realidad, las palabras de Palau remiten a Jaime del

De *La España y don Carlos* afirma Julio Nombela que «fue el primer folleto que apareció en París» en defensa de Carlos VII⁷⁷; pues bien, en la Biblioteca Nacional de España encuentro un opúsculo de dieciséis páginas con una ligera variación en el título, *La España y Carlos VII*; es anónimo, pero los datos de edición coinciden con la referencia que se da para la obra de Navarro Villoslada: París, Imp. Adrien Le Clere, rue Cassette 29, 1868. Consta de cinco apartados: «Anarquía», «Ojeada retrospectiva», «Transición», «Crisis actual» y «Solución»; esta no es otra sino la monarquía católica de Carlos VII. El folleto está fechado, al final, en París, 4 de noviembre de 1868. Nombela, en su obra *Detrás de las trincheras*, Madrid, M. G. González, 1876, reproduce varios fragmentos de *La España y don Carlos*, que coinciden con los de *La España y Carlos VII*. Parece, por tanto, que se trata de la misma obra, y que pertenece a Navarro Villoslada.

El segundo trabajo, *Dios, Patria y Rey*, no he conseguido localizarlo; sin embargo, Nombela cita algunos fragmentos del mismo en el ya mencionado libro *Detrás de las trincheras*, fragmentos reproducidos a su vez en un estudio de 1993 de Juan María Sánchez-Prieto⁷⁸. Las palabras de Navarro Villoslada insisten en el respeto de don Carlos a los fueros y franquicias de los distintos territorios del país; dado el título del folleto, es posible que el autor analizara también en él los tres elementos que componen el lema carlista.

Por lo que hace al tercer folleto, creo que la atribución a Navarro Villoslada puede ser errónea. Existe, sí, una obra titulada *La solución española en el rey y en la ley. Opúsculo político por Antonio Juan de Vildósola*, Madrid, A. Pérez Dubrull Editor, 1868 (tiene varias ediciones en este año y es probable que volviese a reeditarse en 1869, año que se da para la obra de Navarro Villoslada). Cabe la posibilidad de que se hubiesen publicado dos folletos con el mismo título; sin embargo, podría también ocurrir que el parecido fonético de ambos apellidos, *Vildósola / Villoslada*, hubiese motivado la confusión de Palau, repetida después mecánicamente por otros autores. Es, simplemente, una hipótesis; en cualquier caso, no encuentro por ningún lado otro

Burgo, historiador navarro que ha centrado sus investigaciones en el siglo XIX y el carlismo, aunque, ciertamente, la redacción se puede prestar al equívoco.

⁷⁷ Nombela, 1876, p. 166. Ver también Vizconde de la Esperanza, 1871, pp. 110-118; y del Burgo, 1953-1960, III, p. 26.

⁷⁸ Sánchez-Prieto, 1993, pp. 343-344.

opúsculo distinto, con el mismo título, que pudiera ser el de Navarro Villoslada.

Añadamos a estas piezas la biografía escrita, al parecer, por Navarro Villoslada, aunque se presenta como una traducción, del general carlista Tomás de Zumalacárregui. El libro lleva el siguiente título: *Estudio histórico militar de Zumalacárregui y Cabrera por Wisdom. Traducción del inglés. 1.^a parte. Zumalacárregui*, Madrid, Pinto, impresor, calle de la Bola, n.º 8, 1890 (Biblioteca del periódico *La Fe*). En el prólogo, «El Traductor» afirma que va a verter al castellano la obra de un tal Sir Thomas Wisdom, teniendo a la vista el original inglés y fragmentos de la traducción francesa; llama la atención sobre los elogios que la figura de Zumalacárregui merece a un escritor que es inglés «y quizás protestante». Sin embargo, las notas que Palau y Jaime del Burgo dedican a esta obra indican que se trata de un subterfugio y que no hay tal traducción⁷⁹: el nombre de Wisdom sería un seudón-

⁷⁹ Ver Palau y Dulcet, 1948-1977, XXVIII, p. 148: «El autor —dice Azcona— a pesar de ser protestante es legitimista y admirador de Zumalacárregui. El mismo Azcona lo supone traducido al castellano por Ángel Salcedo Ruiz. / Pero testigos de autoridad afirman que es una simulación y que no hay traductor, pues el autor es Francisco Navarro Villoslada y no existe edición original en inglés. Ver más detalles en Jaime del Burgo». Por su parte, del Burgo (1953-1960, V, pp. 796-797) escribe: «A este respecto, y a título informativo, transcribo a continuación una curiosa noticia que me proporcionó don Anselmo González del Valle, residente en Algorta (Vizcaya): “En el libro recientemente publicado sobre la bibliografía de Zumalacárregui se deja en la indecisión cuál sea el verdadero autor de la célebre biografía del gran general, publicada bajo el nombre de Wisdom, protestante y supuesto inglés del séquito de Lord Eliot, cuando vino a tratar del canje de prisioneros. Pues bien, puede V. tener por seguro que el único y verdadero autor de esa obra fue don Francisco Navarro Villoslada y no don Ángel Salcedo (que no hubiera guardado el silencio cuando antaño se discutió), ni ningún otro. La noticia se la dio a mi padre don Ceferino Suárez Bravo, íntimo amigo, así como de Villoslada, con quien trabajó toda su vida en el periodismo carlista (fue también secretario de don Carlos VII y el redactor personal del célebre Manifiesto de Morentin) y de mi padre, a quien en prueba de esa gran amistad dedicó su no menos célebre novela *Guerra sin cuartel*. Él fue quien ante la extrañeza de mi padre por los elogios y ditirambos que ‘el inglés’ dedicaba a Zumalacárregui, se echó a reír y le descubrió el secreto que por entonces convenía guardar para dar realce a aquellos elogios, inesperados de tal procedencia. Si ahora coge V. el libro y lee cualquier capítulo suelto, el estilo del gran novelista le saldrá al encuentro desde las primeras líneas, estilo muy distinto del tan mesurado del Sr. Salcedo de la *Historia de España* y del *Máximo*, cronista de *La Lectura Dominical*” (Algorta, 24-XII-54). / Considero este testimonio de la mayor seriedad y lo hago constar aquí. Resultaba un poco sorprendente que Azcona, que toda la vida se dedi-

nimo de Navarro Villoslada y la obra, original. Así, al presentar los juicios sobre el general de la primera guerra como pertenecientes a un inglés —y además partidario de la reina Isabel, según declara— se consigue supuestamente una mayor verosimilitud e imparcialidad: de esta forma, el lector puede pensar que los elogios a Zumalacárregui no resultan desmedidos, pues no proceden de una persona del mismo campo carlista, sino de un periodista ajeno a la causa que hace además protestas de exactitud histórica (ver la p. 278); esto explicaría el interés por mantener en secreto el nombre del verdadero autor.

La obra consta de treinta y tres capítulos; algunas de las notas que se añaden al pie figuran como de la Redacción de *La Fe*; otras como del traductor; y otras, en fin, no llevan ninguna indicación. Para tratar de probar la paternidad de la obra, podrían señalarse algunos pequeños indicios que coinciden con características del estilo de Navarro Villoslada; pero, en cualquier caso, la ficción de la traducción se mantiene en todo momento: por ejemplo, se señala en nota que determinada palabra figura en español en el original inglés; o se introducen constantes notas que recuerdan que el autor es inglés y protestante, razón por la que comete errores e inexactitudes o incurre en exageraciones (curiosamente, la cantidad de notas disminuye, hasta casi desaparecer por completo, desde el momento en que comienza el estudio militar propiamente dicho); veamos unos ejemplos:

Solo nos resta añadir que, aunque el autor del folleto solo se ocupa en la parte religiosa y política de nuestras guerras civiles incidentalmente y como de pasada, se deslizan de su pluma errores notabilísimos y juicios muy equivocados, que suplirá el buen sentido de nuestros lectores, sabiendo que es inglés y quizás protestante o racionalista el que los profiere («Prólogo» del traductor).

Todo lo malo que puede decir (y algo dice) Mr. Wisdom en este capítulo, puede perdonársele en gracias de esta hermosa confesión (p. 24, nota).

có a la búsqueda de obras referentes a Zumalacárregui, no hubiera citado en su *Bibliografía* la edición inglesa del pretendido periodista inglés Wisdom, agregado al ejército real». Ahora bien, si esto es así, ¿será también de Navarro Villoslada un artículo titulado «Recuerdos de la guerra (La misa de campaña)», *Biblioteca Popular Carlista*, XXIV, 1897, pp. 116-118, que menciona Jaime del Burgo también como de Thomas Wisdom?

Nunca fue absoluta nuestra Monarquía, como el mismo Mr. Wisdom reconoce más adelante al decir que respondía a las aspiraciones y era eco fidelísimo de los deseos de nuestro pueblo, y además declara que estaba moderada por la Iglesia. Contradicción en que parece mentira incurra un escritor del talento de mister Wisdom (p. 25, nota).

Mr. Wisdom dice en redondo que todo el alto clero se afilió al liberalismo, lo cual no es cierto, y nos ha parecido conveniente corregirlo en el texto.— (Nota del traductor) (p. 29).

No hemos querido suprimir ni atenuar ni un concepto, ni una frase del original en esta descripción de los curas de campo, para que así, sobre algunas ligeras inexactitudes que comete el autor inglés, resalte mejor el colorido que ha sabido comunicar ese mismo autor a la descripción. Solo se nos ocurre decir por nuestra parte: ¡bendita sea la clase que hasta de escritores enemigos en Religión, y extranjeros, merece tantos elogios! (p. 35, nota).

Algunas inexactitudes comete, sin duda, el autor inglés en esta descripción de los curas de campo; pero el fondo no puede dudarse que es exactísimo y encierra preciosas confesiones para un protestante, como lo es, sin duda, Mr. Wisdón (*sic*; p. 39, nota).

En resumen, cabe decir que la obra es un continuo elogio de la figura del general Zumalacárregui, de su talento militar, de su genio estratégico. El estudio resume sus campañas desde sus primeros hechos de armas hasta su muerte durante el sitio de Bilbao, del que no era partidario; antes ha añadido el autor unos capítulos más genéricos: «Consideraciones generales sobre la guerra de guerrillas», «La cuestión política en España», «Antecedentes de la guerra civil» y «Consideraciones generales sobre las campañas de Zumalacárregui».

3. EL CARLISMO EN LA PRODUCCIÓN LITERARIA DE NAVARRO VILLOSLADA

El tema del carlismo no lo encontramos en el plano argumental de su narrativa: es decir, el de Viana no escribe novelas o cuentos ambientados en las guerras carlistas, pero sí se aprecia cierto reflejo del conflicto civil en su poesía temprana (curiosamente, como ya señalé, vamos a encontrar un Navarro Villoslada anticarlista a la altura de 1837).

3.1. Elogios a Espartero y ataques a los carlistas: «Luchana» y otros poemas

De su época juvenil en Viana datan los borradores de algunos dramas históricos y de algunas comedias, así como un ensayo épico titulado *Luchana*⁸⁰ (escrito en 1837, pero no publicado hasta 1840), sobre el levantamiento del cerco de Bilbao tras la derrota de los carlistas por las tropas de Espartero en la Nochebuena de 1836. En él ataca furiosamente a Carlos V y a sus generales y elogia al duque de la Victoria.

Se trata, como indica el subtítulo, de un «ensayo épico», dividido en tres cantos, y su tema es el tercer asedio de Bilbao por los ejércitos carlistas en 1836, concretamente su derrota en el puente de Luchana frente a las tropas del general Espartero⁸¹. Navarro Villoslada había redactado algunos borradores de esta obra en 1837, con el título de *Bilbao libre* o *El sitio de Bilbao*. En la dedicatoria, «A mi madre doña María del Pilar Navarro Villoslada, de Navarro», fechada en Madrid, 10 de noviembre de 1840, escribe su autor:

Este es el poema que a principios del año 37 se complacía usted en escuchar de los labios de su hijo, conforme de su rudo ingenio iba brotando. Mi corazón entonces hervía de entusiasmo, porque yo también, como los héroes de mi canto, combatía en Navarra por la Libertad, y el estruendo de los combates no ensordece a otro grito que no sea el de la gloria. Creación del momento, obra de circunstancias, debió publicarse en aquel tiempo a juicio de uno de nuestros más acreditados literatos

⁸⁰ *Luchana. Ensayo épico dividido en tres cantos* (1.º *Los carlistas*; 2.º *Bilbao*; 3.º *Espartero*), Madrid, Imprenta del Colegio de Sordomudos, 1840. Utilizo la edición de *Obras completas* (1992), III, Pamplona, Mintzoa, pp. 53-91.

⁸¹ Los combates se produjeron a la bayoneta calada y bajo una fuerte nevada; la victoria de Espartero supuso la liberación de la ciudad asediada y un duro revés para los planes del pretendiente al trono. Sobre el mismo tema versa el cuarto episodio de la tercera serie de los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós, que lleva el mismo título que la obra de Navarro Villoslada. Sobre esta opina Peers (1954, pp. 366-367): «Aunque solo tiene 48 páginas, el poema ostenta el pretencioso título de “ensayo épico”, y muy bien pudiera ser que en un principio el autor pensara darle mayor extensión. Con el entusiasmo bastante natural en un joven de veintidós años, Navarro rechazó el encanto de la leyenda medieval por el interés vivo de la guerra carlista, recientemente terminada. [...] La selección era acertada, toda vez que el episodio, sobre ser pintoresco y conmovedor, reviste importancia histórica por salvarse con él Bilbao, constituyendo el momento en que empezó a cambiar el curso de la guerra carlista. Sin embargo, Navarro Villoslada no hizo ningún otro ensayo en este género».

[Ventura de la Vega, que elogió la obra]; pero la voz franca y sencilla de mi conciencia condenaba tanto apresuramiento, y mucho más en este poema concebido en los primeros albores de la juventud. Circunstancias a la verdad no muy poéticas me precisan hoy a desoírla, y felizmente para mí, tal vez se haya renovado la oportunidad de su publicación (p. 55)⁸².

El arranque del canto I, «Los carlistas», tiene resonancias clásicas (recuerda el famoso «Arma virumque cano...» con que comienza Virgilio su *Eneida*):

Canto el asedio de Bilbao, y canto
del salvador ejército la hazaña.
Vierte a mis labios pródigo tu encanto,
genio sublime y tutelar de España;
vierte, y el mundo escuchará mi trompa
retumbando en las márgenes de Ibero,
y el magnífico triunfo de ESPARTERO
del habla hispana con la regia pompa (p. 57).

Notemos el tono solemne, altisonante, que proporciona a la composición el endecasílabo, así como la mención elogiosa de Espartero desde los primeros versos, que indica por dónde marcha la intención del joven poeta. Viene inmediatamente después la tópica invocación, no a las musas sino, en este caso, al «genio sublime y tutelar de España»; y una queja por la destrucción de la nación: la risa y el placer han huido del suelo patrio y en su lugar solo queda llanto y amargura, viudez y orfandad, «sangre y cenizas». El poeta culpa a don Carlos de la catástrofe nacional:

¿Y un hombre goza
tranquilo horriblemente, sordo, helado
cual verdugo feroz en el suplicio;
y tanta sangre con serenos ojos
mira, y tantos despojos
de su loca ambición en sacrificio?
El monstruo impune alienta
tras de máscara infame en sus horrores,

⁸² Recordemos una vez más que Navarro Villoslada formó parte del cuerpo de la Milicia Nacional establecido en Viana para hacer frente a los carlistas.

para saciarse, ¡oh, patria!, en tus dolores.
Tus ayes son su música armoniosa,
su arrullo de los libres el sollozo;
míralo allí que en insolente gozo
tiende a Bilbao la vista codiciosa.

Para que no queden dudas sobre la persona a la que se refiere, se anota al pie de página: «Don Carlos». El poema sigue con este tono duro contra los carlistas: el pretendiente «sonríe con estúpida jactancia»; se le compara con un tigre saciado en sangre; es un «déspota ambicioso»; sus consejeros son «áulicos viles»; el general Eguía es «arrogante» y merece el sobrenombre de «el déspota del Miño» (porque fue capitán general de Galicia, según se anota al pie); Villareal es un «adalid rebelde», etc. Se recuerda la muerte de Zumalacárregui en el asedio de junio de 1835 y se describe brevemente el campo carlista: los trajes, las diversiones de los soldados que «con bélico instinto / sostienen [el asedio] por difícil y penoso, / no por ciega adhesión a Carlos quinto» (p. 62). A continuación, se aparece a don Carlos una «fatídica deidad» —«el Despotismo»—, que le recrimina por su debilidad y le exige todavía más sangre y más tiranía:

¿Y tu inflexible voluntad, ya ciego,
rindes a la opinión? Déspota imbécil,
¿te amedrentó la sangre! ¿No es la sangre
el sabroso licor de los tiranos?
Tu sed de dominar sáciese, y junto,
afirmese mi trono en Occidente.
Los que libres se aclaman hoy ufanos
estas cadenas besen: ¡cual torrente
corra hirviendo su sangre!...

Por último, el Despotismo le previene contra un guerrero —«De libertad espléndido lucero»— que puede aparecer en Luchana, y le advierte de que «La suerte de Bilbao es la de España»: los nombres de Luchana, Vergara y Morella serán fatídicos para él, añade⁸³. Tras este aviso, don Carlos queda terriblemente abrumado.

⁸³ Luchana, ya lo he dicho, fue el escenario de la derrota carlista durante el tercer asedio de Bilbao; Vergara contempló en 1839 el abrazo de Maroto y Espartero, que puso fin a la primera guerra carlista, al menos en territorio vasconavarro; Morella, plaza fuerte de los carlistas, fue también tomada por Espartero en 1840, lo que

El canto II, «Bilbao», nos traslada del real de don Carlos al interior de la ciudad cercada, que se encuentra «de valor y constancia apercebida» (p. 65). El autor recuerda que ya ha rechazado dos embates y afirma que está preparada para repeler uno más; Bilbao se ha convertido en un símbolo de la resistencia española contra el tirano que quiere acabar con su libertad:

¡Jamás tu frente,
heroica Bilbao, ante la Patria
alzarás con rubor! ¡Tu pecho encierra
mayor sublimidad; valor inmenso,
que a los siervos y déspotas aterra!
Allí veo a tus vírgenes hermosas
a su amante ceñir la espada fuerte,
mostrándoles la senda de la muerte
o de Victoria y Libertad gloriosas.
¡Cuál inflaman los trémulos ancianos
el pecho de sus hijos!
«¡Ah! ¡Nunca transigir con los tiranos!
¡O muerte o libertad!», dicen briosos (pp. 66-67).

Pero al esfuerzo y heroico valor de los bilbaínos, los carlistas oponen su «pérfida astucia» y consiguen abatir las defensas de San Mamés, objetivo más asequible por hallarse alejadas de la ciudad. Pese a ello, los propios soldados carlistas, al ver sus numerosas bajas, «con vista amenazante al cielo miran, / maldiciendo al tirano fementido, / que los inmola sin piedad... y expiran» (p. 68). Al final, el «vil conquistador», el «vándalo tenaz», el «déspota ambicioso» (o sea, don Carlos) se hace con la posición; pero este hecho de armas no le reporta más que «infanda gloria». Después de esta victoria parcial, el pretendiente solo pide venganza a sus soldados:

«¡Venganza, sí!, ni tregua, ni sosiego
en nuestra armada mano:
ni paz hasta abatir su orgullo insano.
Arda en el pecho el iracundo fuego;
y... ni piedad, ni compasión: el día

supuso el final de la campaña en el Maestrazgo y el término definitivo de la guerra civil.

llegó del exterminio, ¡a muerte y saco!
Hartémonos por siempre en sangre impía» (pp. 69-70).

Y si antes la deidad del «Despotismo» anunciaba a don Carlos el nombre de su enemigo, el general Espartero, ahora es el río Nervión quien, personificado, se levanta de su cauce para dirigir estas palabras a los carlistas:

«¡Miserables —gritó—, tendéis en vano
la cadena opresora!
¡Nunca Bilbao sucumbirá al tirano!
¡Guay, si en Luchana el adalid se muestra,
irresistible, aterrador!: su diestra
espantadora empuñará el acero;
sus ojos irritados
os sorberán, cual vértigo, hacinados.
¡Guay, si asoma ESPARTERO!» (p. 70).

Sigue después la descripción de un bombardeo sobre Bilbao; el poeta se dirige entonces en segunda persona a la ciudad: «¡Ay, triste!, al cielo solo / sucumbirás; los débiles mortales / jamás pudieran domineñar tu frente: / admirarte y callar érales dado, / ¿pero vencerte?... ¡a brazo omnipotente!» (p. 72). Se cuentan los estragos que causan las bombas entre mujeres, ancianos y niños; también entre los hombres, que mueren gritando «¡Bilbao y Libertad!». Todos los defensores de la ciudad están animados por el «genio de Numancia». Sigue un canto a la libertad: «¡Divina Libertad, bendita seas!», cuyos ecos hacen amedrentar al «rudo Despotismo». Por último, se describe un asalto de los carlistas a las murallas de la ciudad: se combate cuerpo a cuerpo, hasta que la «arrogancia insana», «la rabia impotente / del bárbaro enemigo combatiente» se tiene que dar por vencida; los carlistas son rechazados. Don Carlos contempla con vergüenza y cólera la derrota de sus tropas; el eco le trae repetido el grito de los héroes bilbaínos de «¡Libertad y Bilbao!» (el final es similar al del canto I, pues terminaba con el nombre de Luchana zumbando en su cabeza como una profecía, fatídica para él).

El canto III, «Espartero», comienza con una invocación a Flavia, que es el nombre antiguo de Bilbao, ciudad que se encuentra ya casi destruida y «abandonada / del cielo y de la tierra»; pero entonces se presentan, al grito de «¡Libertad! ¡Isabel! ¡Bilbao!», las tropas de Espar-

tero, cuyo nombre «es el baldón de los tiranos»; así, frente al «vándalo brutal» que trata de domeñar a Bilbao, se alza ahora la figura de un «magnánimo caudillo», de un «caudillo valiente», de un «ínclito guerrero» que viene a liberarla:

¿Quién es el hombre audaz, quién el gigante
que tantas huestes arrollar pretende
sin contarlas? ¿Quién es? Al Despotismo
hoy hace rechinar; en ira enciende,
y del abismo
los pavorosos ángulos retiemblan.
¿Quién le infunde temor? ¿Quién su memoria
con fantasmas terríficos agita?
Es, ¡oh, Dios!, ESPARTERO,
el hijo predilecto de Victoria,
¡el rayo de los déspotas!... (p. 82).

Bajo una intensa tormenta de lluvia y truenos, «¡Acero con acero, siervo y libre / a muerte traban singular batalla!», cerca del puente de Luchana; y pese al odio manifestado por el poeta contra don Carlos y sus tropas, no deja de reconocer que se trata de una guerra entre hermanos españoles⁸⁴, y alza su voz en protesta:

¡Sangre al error y a la ambición vertida!
¡Toda española!... en clamorosa nube
al trono de Dios sube,
¡y enfurece su diestra, que extendida
maldiga sin piedad al que primero
en lucha fratricida
sacrílego empuñó villano acero! (p. 85).

Eso sí, el poeta inculpa de este derramamiento de sangre al «feroz tirano»; siguen las imprecaciones contra don Carlos: «Mas, ¡ay!, este, sereno, / impasible se goza, / de infames lisonjeros rodeado / que a su ambición sonríen, en el seno / de los pueblos incautos que destroza» (pp. 85-86). Al final, la batalla se va decantando a favor de los asediados, que pueden gritar: «¡Victoria y Libertad!»; y el Nervión,

⁸⁴ La obsesión de Navarro Villoslada por el tema de la guerra civil se hace patente en muchos de sus escritos, especialmente en sus novelas históricas, cuya acción se sitúa siempre en momentos de luchas internas y guerras de bandos.

tinto en sangre, «Descansa ya, Bilbao —dijo rugiendo—: / ¡apareció en Luchana el deseado! »; los gritos se repiten: «¡Libertad, Isabel!»; animados por la presencia de Espartero, los bilbaínos esparcen la muerte entre el «feroz carlino»; en Bilbao tremola el estandarte «De libertad indómita, española». El poeta se dirige con un apóstrofe a la ciudad, ya libre de su «verdugo»; recuerda los «númenes gigantes» que han inspirado su mente para poder cantar este episodio; entona un canto a la Patria, «la madre España», que todavía engendra héroes como «los Cides y Guzmanes», y recuerda los tiempos de su lucha con Roma, con el galo, con los árabes, así como las batallas gloriosas de Numancia, Pavia y Lepanto; después de un «¡Salud, héroes, salud!», el poema se cierra con estas palabras: «Nunca los cielos ínclita victoria / al sufrimiento y al valor negaron».

En definitiva, *Luchana* muestra ya la facilidad para la versificación del joven Navarro Villoslada (que tiene unos diecinueve años al redactarlo). El autor, impresionado por los sucesos que le ha tocado vivir en persona (especialmente por la muerte de su tío Nazario en una emboscada de los carlistas), se muestra maniqueo en la presentación de los protagonistas de su «ensayo épico»; denuesta a don Carlos —al que presenta como déspota, tirano y enemigo de toda libertad— y a sus generales, y elogia sin mesura a Espartero y a los defensores de Bilbao.

Los elogios a Espartero que hemos visto en *Luchana* se repiten en algunos otros poemas de hacia esas mismas fechas, como en este soneto dedicado por «La sección de Artes del Instituto Español, al Excmo. Señor duque de la Victoria y de Morella»:

Tu voz de trueno, irresistible, alanza
rauda legiones mil a la victoria,
y embriagada en el humo de la gloria,
torna a la cuja la triunfante lanza.

¿Y el vapor de sacrílega matanza
de Iberia empañará la noble historia?
Habla, y un día de inmortal memoria
hollará la discordia y la venganza.

De las augustas lágrimas testigo,
ora tu voz las seca blandamente,
y duerme el trono huérfano a tu abrigo.

¡Ah!, si es tu acento, Duque, omnipotente,
 las artes y el saber siéntanle amigo
 y del polvo erguirán la yerta frente.

En fin, también podemos transcribir, a título de curiosidad, otra composición titulada «El eco de España libre. Himno», con un esquema acentual que le da un ritmo muy marcado, y que repite un significativo estribillo:

*Libertad es el numen de España;
 nunca el libre dará un paso atrás;
 antes muerte que infame coyunda:
 Carlos quinto en el trono, ¡jamás!*

Si el Divino Hacedor formó al hombre
 a su imagen, es libre cual Él.
 ¡Caigan, pues, los tiranos del trono!,
 ¡fuera infames del regio dosel!
 Sus derechos ya el pueblo conoce,
 y en España reclama una ley
 que haga al Rey protector de su pueblo,
 no a los pueblos vasallos del Rey.

Libertad etc.

Son sagrados los Fueros del hombre,
 que jamás mendigó esclavitud,
 ni más Rey arbitrario se acata
 que el del Cielo, do hay patria y virtud.
 Nunca en vano juró el hombre libre
 odio eterno a la vil opresión;
 nunca en vano blandió el fuerte acero,
 tremoló de la patria el pendón.

Libertad etc.

Los hipócritas viles blasonan
 de ministros de un Dios celestial
 y defienden la fe entre asesinos
 ostentando la cruz y el puñal.
 Sepan ya que su máscara infame
 para siempre en Iberia cayó
 y alejose el feroz fanatismo
 que el Averno iracundo abortó.

Libertad etc.

Su ambición y su crimen ocultan
 en ridículo humilde sayal;

religión en sus labios resuena
y arde en su alma el furor infernal.
¡Fuera! ¡Fuera!, cayó vuestro imperio
y odio eterno la patria os juró,
esta patria a quien honran los libres,
los esclavos y déspotas no.

Libertad etc.

Cual se alejan nocturnas tinieblas
a los rayos fulgentes del sol,
alejad, consejeros odiosos,
vuestro espectro del trono español.
La nación ya cansada de ultrajes
despertó y levantó la cerviz,
y no sufre ministros vampiros
que se nutren de sangre infeliz.

Libertad etc.

Desengáñate, excelsa Cristina;
no desoigas de España la voz
y desprecia los torpes consejos
de un ministro insolente y feroz.
Ante el regio dosel candoroso
do se ostenta inocente Isabel
con falaces lisonjas de oprobio
os deshoja, Señora, el laurel.

Libertad etc.

«¡Caiga, caiga Toreno!», es el grito
que repite la noble lealtad.
«¡Garantías! ¡Un código sabio!
¡Isabel! ¡Buena fe! y ¡Libertad!»
Mas si el trono se opone a los Fueros
que los pueblos reciben de Dios,
la constancia es virtud española:
¡ay de España!, Señora, ¡ay de vos!

Libertad etc.

3.2. Amaya

Amaya o los vascos en el siglo VIII, el canto de cisne de la narrativa de Navarro Villoslada, fue en acertada expresión de Jorge Campos «una bella flor tardía», que no podía ya influir en el panorama literario nacional, si bien alcanzó un considerable éxito local entre los sectores tradicionalistas de las Provincias Vascongadas y Navarra: la

obra venía a sumarse al movimiento de resurrección cultural vasconavarro, emprendido para defender una identidad propia y unas peculiaridades que se veían amenazadas por el liberalismo centralizador y uniformista después de la derrota del carlismo en la guerra de 1872-1876 (cuya primera consecuencia fue la abolición de los Fueros vascos en esa última fecha). *Amaya*, una exaltación del carácter y las tradiciones de los antiguos vascones, fue denominada como «la epopeya —o la *Ilíada*— del primitivo pueblo vascongado», y valió a Navarro Villoslada el ser nombrado miembro honorario de la Asociación Éuskara de Navarra, impulsada en Pamplona por Juan Iturralde y Suit, además de algunos pomposos y exagerados calificativos como el de «Homero del solar navarro» o el de «Walter Scott de las tradiciones vascas». En cualquier caso, hay que destacar que ese amor a la antigua Vasconia que destila la última novela del vianés no era exclusivista en un buen patriota como él, cuyo horizonte de miras fue siempre España; de hecho, *Amaya* es también una interpretación mítica de los orígenes de la nación española: la tesis allí defendida es que la unidad católica de España se logró en pleno siglo octavo merced a la unión de vascos y godos, enemigos seculares que se fusionan en la Cruz para hacer frente al peligro común que viene de fuera, la Medialuna de los musulmanes.

Se publicó primero en el folletón de la revista *La Ciencia Cristiana* (1877-1879) y ese último año como libro, en tres volúmenes, en Madrid, por la Librería Católica San José. Merced a los documentos conservados, sabemos que su gestación fue muy lenta: la idea inicial la tenía Navarro Villoslada desde comienzos de los años 50, cuando coincidió en Vitoria con Pedro de Egaña y Augustin Chaho. Por esas mismas fechas hizo un viaje a caballo desde Viana al valle de Goñi, escenario luego de buena parte de la acción de la novela. El núcleo original era una obra titulada *El ermitaño. Leyenda épica*, centrada en el parricidio involuntario de Teodosio de Goñi y su posterior penitencia en la cima del monte Aralar. Al principio, ni siquiera figuraba el personaje de Amaya, y la obra iba a titularse *Amagoya o el alzamiento de los vascos*. Sin embargo, se fueron añadiendo «por acumulación», es decir, según iba escribiendo cada entrega, numerosos personajes y episodios novelescos (el matrimonio de Ranimiro y Lorea, el brazalete de Amaya con la leyenda «Amaya da asiera», el tesoro de Aitor...) que aumentaron considerablemente su extensión. Además de mucho tiempo, el autor puso en su redacción una importante carga senti-

mental, según él mismo confesó: «He derramado en *Amaya*, a falta de galas de ingenio, los más íntimos y puros afectos del corazón» (dedicatoria a los hermanos Manuel y Luis Echevarría); «Yo creí haber agotado mis lágrimas en escribir *Amaya*» (carta de 1880 a José Manterola).

Se la ha calificado a veces como «la *Ilíada* del pueblo vasco»⁸⁵, lo que ha convertido a su autor en el «Cantor de la raza vasca», según reza la placa conmemorativa colocada en la fachada de su casa natal en Viana. El «Walter Scott de las tradiciones vascas» le llamó el Padre Blanco García. El profundo amor de Navarro Villoslada a la tierra de sus antepasados, los vascones, su respeto por las tradiciones de su patria y, en suma, el «acendrado amor a la tierra vascónica» demostrado en su última novela explican que el de Viana, navarro «por partida doble» (por su lugar de nacimiento y por su apellido), venga a figurar a veces entre «los vascos que escribieron en castellano»⁸⁶.

La novela fue silenciada en el momento de su aparición por la crítica liberal; de hecho, no hubo una nueva edición hasta el año 1909, al menos en forma de libro. Sin embargo, el éxito local (en Navarra y las Provincias Vascongadas) fue extraordinario y se le tributaron encendidos elogios. Esto no resultará extraño de entender si consideramos que aparecía en un momento de gran efervescencia política y cultural; fácil es imaginar el calor con que sería recibida en los ambientes conservadores, en general, y por los fueristas de las cuatro provincias, en particular, una obra que exaltaba de forma tan extraordinaria los valores tradicionalistas y el carácter y las costumbres vascongadas: entusiasmó a Iturralde y Suit, el promotor, junto con Arturo Campión, de la Asociación Éuskara de Navarra, y el propio Campión dedicó a la novela un interesante estudio crítico aparecido en 1880 en la *Revista Éuskara*. Más tarde, Unamuno confesó que *Amaya* fue una de las obras que en su juventud le llenaron de romanticismo el alma.

La acción de la novela comienza, como es sabido, en el momento de la invasión musulmana el año 711. Godos y vascones, enfrentados en una guerra que dura tres siglos, se unen frente al enemigo exterior para defender lo que tienen en común: la religión cristiana. La Cruz

⁸⁵ Ver López Sainz, 1977, pp. 379-384. El propio autor definió su novela como un «centón de tradiciones éuskaras».

⁸⁶ Ver Amézaga, 1977, I, pp. 228-229.

acaba uniendo a los seculares enemigos, y de la unión de ambos pueblos —simbolizada por el matrimonio de Amaya y García— nace, según la tesis tradicionalista del escritor, una nueva realidad que será el embrión de España. La historia, la leyenda y la fantasía se dan continuamente la mano a lo largo de sus capítulos: los datos históricos y arqueológicos son más numerosos cuando el autor describe la civilización goda; en cambio, lo legendario y fabuloso predomina al hablar de los vascos⁸⁷, sobre quienes la investigación historiográfica de la época disponía de menor número de noticias.

Por lo que hace al contenido ideológico de *Amaya*, en la novela se plantea toda una interpretación de los orígenes históricos de España que resume el ideario tradicionalista del autor: de la unión de vascos y godos nace una nueva entidad nacional basada en la unidad católica⁸⁸. Los dos pueblos enfrentados tienen en común la religión cristiana: ante el peligro de la invasión musulmana, la Cruz les une en la «santa cruzada de la Reconquista»; juntos deben triunfar o juntos perecer. Será el matrimonio de García y Amaya, como queda indicado, el que simbolice la unión de los dos pueblos, culminando de esta forma el camino ya emprendido al casarse Lorea, la mayor de las descendientes del linaje de Aitor, con Ranimiro, «el godo más godo de todos los godos». Tras la invasión musulmana, se ha perdido la unidad territorial de los godos (al fragmentarse la Península en varios reinos cristianos, los vascos seguirán gozando de su secular independencia, aunque integrados en un proyecto común), pero se ha alcanzado algo mucho más importante, la unidad espiritual, la unidad católica.

Así pues, la tesis ideológica de *Amaya* —obra que a veces se ha querido interpretar como cercana a un proto-nacionalismo vasco— incluye más bien una visión *españolista* de la historia, que no deja de ser reflejo del ideario tradicionalista de su autor. Cabe destacar además que Navarro Villoslada, que quedó muy marcado por los luctuosos sucesos de la Primera Guerra Carlista, ambientó siempre sus novelas históricas en momentos de profundas crisis, de enfrentamientos y guerras civiles (así sucede en *Doña Blanca de Navarra*, *Doña Urraca de Castilla*, *Amaya* y *Doña Toda de Larrea o la madre de la Excelenta*) que,

⁸⁷ Empleo la palabra *vascos*, que es la que figura en la novela, desde su subtítulo, aunque sería más exacto hablar de *vascones*.

⁸⁸ Para la tesis ideológica de *Amaya*, ver Juaristi, 1987, pp. 126-127 y Mina, 1988.

de alguna manera, vienen a ser trasunto de las carlistas. En fin, finalizaré diciendo que en todas ellas, frente a las posturas de conflicto y división, el autor hace aparecer su espíritu conciliador.

EL ARCHIVO DE NAVARRO VILLOSLADA: BREVE HISTORIA Y BREVE NOTICIA DE SU CONTENIDO¹

A lo largo de su vida Francisco Navarro Villoslada reunió un archivo considerable que fue conservado por sus descendientes. Hace unos años, con motivo de la celebración en 1995 del Centenario de su fallecimiento, sus tres bisnietos, doña Teresa, don Juan y don Mariano Sendín Pérez-Villamil, decidieron generosamente donarlo a la Universidad de Navarra, para su custodia y catalogación completa, donación que se hizo efectiva al año siguiente. Los fondos del archivo fueron incorporados a la Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Navarra, pasando luego a formar parte del Archivo General de la Universidad de Navarra (AGUN), donde se conservan en la actualidad, totalmente catalogados y a disposición de los investigadores.

El archivo de Navarro Villoslada incluye borradores de obras literarias, documentos de tipo político (incluyendo correspondencia inédita del propio Carlos VII, de Cándido y Ramón Nocedal, de Arjona, de Melgar, del barón de Sangarrén, etc.), un rico epistolario en el que no faltan las cartas de destacados literatos de su época (Mensonero Romanos, Hartzenbusch, Zorrilla, Bretón de los Herreros, Navarrete, Romero Larrañaga...), junto con otros documentos menos interesantes para nuestro objeto (cartas familiares, información de fincas y propiedades, rentas, etc.).

Se trata, en conjunto, de un copioso archivo que hasta la fecha muy pocas personas habían consultado, pese a que José Simón Díaz dio noticia de su existencia (lo calificaba además como «magnífico archivo») en un trabajo de 1946.

¹ El texto de este apartado procede de Ignacio Arellano y Carlos Mata Induráin, *La «Historia de la Imprenta Nacional», de Navarro Villoslada (primera parte). Estudio y edición*, Pamplona, Euns, 2012, pp. 21-27.

1. BREVE HISTORIA DEL ARCHIVO

Navarro Villoslada tuvo dos hijas, doña Blanca y doña Petra, la menor, a quien correspondió la custodia del archivo. El hijo de doña Petra y don Juan Sendín, don Francisco Sendín Navarro Villoslada casó con doña Mercedes Pérez-Villamil, y fruto de este matrimonio fueron don Juan, don Mariano y doña Teresa Sendín Pérez-Villamil, bisnietos del escritor y últimos poseedores del archivo, hasta su donación a la Universidad de Navarra en 1996.

Doña Petra dedicó parte de su tiempo a ordenar el archivo, clasificando sus documentos en legajos, añadiendo etiquetas, epígrafes y valiosas notas aclaratorias que facilitan mucho su consulta. En vida de las hijas del escritor consultaron esos papeles el Padre Juan Nepomuceno Goy y Beatrice Quijada Cornish². Tanto el sacerdote redentorista como la estudiosa de la Universidad de California (Berkeley) se interesaron por ellos para la realización de sendos trabajos sobre Navarro Villoslada que publicaron en torno al año 1918, fecha del Centenario de su nacimiento. Además, ambos fueron informados personalmente por doña Petra.

Cuando fallecieron las hijas del escritor (doña Petra a finales de 1928, doña Blanca en abril de 1931), el archivo pasó a su nieto, don Francisco Sendín Navarro Villoslada, que falleció en 1936, heredándolo su viuda, doña Mercedes Pérez-Villamil. Ella fue quien atendió las consultas de Simón Díaz en los años 40, a propósito de sendos artículos³, publicados en 1946 y 1956, en los que el erudito profesor llamaba la atención sobre el olvido en que se encontraba la figura del novelista. En el primero, «Vida y obras de Francisco Navarro Villoslada», escribía:

Uno de los escritores españoles modernos menos estudiado hasta la fecha es el novelista Francisco Navarro Villoslada. Motivos ideológicos, que ya no pueden subsistir, influyeron de manera decisiva en este olvido⁴.

² Ver Goy, 1913-1916; biografía reproducida en *La Avalancha*, 1914-1917, y parcialmente como prólogo de las *Obras completas* de Navarro Villoslada, vol. I, 1990, pp. 11-95; y Quijada Cornish, 1918 y 1928.

³ Simón Díaz, 1946 y 1956.

⁴ Simón Díaz, 1946, pp. 169.

Y diez años después, en «Para la biografía de Navarro Villoslada», artículo complemento del primero, insistía:

En 1946 publiqué un estudio sobre la vida y los escritos del novelista español del siglo XIX Francisco Navarro Villoslada y, desde aquella fecha, el desdén de historiadores y críticos literarios hacia esa figura ha seguido contrastando con el aprecio del público, que motivó la reimpresión de varias de sus obras y que la más famosa, *Amaya*, inspirase una película⁵.

Ya en el primer trabajo (p. 190, nota) hablaba Simón Díaz del «magnífico archivo de los descendientes de Navarro Villoslada, en Madrid», que solo pudo consultar —advierde— cuando ya estaba totalmente compuesto su artículo; por eso se limita a dar en apéndice 82 documentos que, aparte las partidas de nacimiento y defunción del escritor, están relacionados con la quiebra económica de *El Español* y la subsiguiente polémica desatada (son, sobre todo, cartas de su propietario, Andrés Borrego). Posteriormente, aprovechó varios de los *Índices de publicaciones periódicas* para ir reproduciendo algunos documentos interesantes; así, en el del *Liceo Artístico y Literario* aparecieron reproducidas cartas remitidas a Navarro Villoslada por Manuel Bretón de los Herreros y Julián Romea; en el de *El Arpa del Creyente* reprodujo «casi íntegramente» los documentos relacionados con esta publicación, la primera fundada y dirigida por Navarro Villoslada en 1842; en fin, en el del *Semanario Pintoresco Español* volvía a recordar la existencia de este «magnífico archivo particular» y ofrecía cartas de numerosos remitentes a Navarro Villoslada: Eduardo Asquerino, José María Avrial, Ramón de Campoamor, Alfredo Adolfo Camús, Manuel Juan Diana, Ángel Fernández de los Ríos, Eustaquio Fernández de Navarrete, Antonio Ferrer del Río, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Eduardo González Pedroso, Juan Eugenio Hartzenbusch, Ramón de Mesonero Romanos, Rafael Monje, Ramón de Navarrete, Mariano Roca de Togores, Tomás Rodríguez Rubí, Gregorio Romero Larrañaga, Eduardo Vélaz de Medrano, Benito Vicetto y Pérez y José Zorrilla⁶.

⁵ Simón Díaz, 1956, pp. 117.

⁶ *Semanario Pintoresco Español* (Madrid, 1836-1857); *Liceo Artístico y Literario* (Madrid, 1838); *El Arpa del Creyente* (Madrid, 1842). Las cartas de Bretón de los Herreros a Navarro Villoslada las reprodujo también en *Berceo* (Logroño), II, 1947, pp. 29-32.

En fin, al morir en 1958 doña Mercedes, la viuda del nieto de Navarro Villoslada, la custodia del archivo correspondió a sus tres hijos, quienes lo dividieron en tres legados: don Juan Sendín Pérez-Villamil guardaba en Burgos la parte que le correspondió en el reparto y sus hermanos, don Mariano y doña Teresa, conservaban sus respectivos lotes en Madrid. Después de Simón Díaz, nadie había vuelto a interesarse por el archivo familiar hasta que, más recientemente, Carlos Mata Induráin trabajó con él, en Madrid y Burgos, en el curso de sus investigaciones para la realización de su tesis doctoral, *Francisco Navarro Villoslada (1818-1895) y sus novelas históricas*. Esa investigación iba a ser, en principio, solamente un análisis de las novelas históricas del vianés pero, a la vista del estado de la cuestión (la inexistencia de un trabajo que abarcase de forma completa su figura) y de la posibilidad de enriquecer la aportación con la consulta de los interesantes materiales del archivo, los objetivos de la misma se ampliaron hasta convertirla en una revisión completa de la vida, la personalidad, la actividad política y periodista y la producción literaria de Navarro Villoslada.

Con motivo de la celebración en 1995 del Centenario de la muerte de Navarro Villoslada, sus tres bisnietos, doña Teresa, don Juan y don Mariano, tomaron la plausible iniciativa de volver a unir el archivo en un legado único y cederlo a una institución para su custodia y estudio, para evitar precisamente la dispersión y posible pérdida del mismo. Su deseo manifiesto, expresado en las cláusulas de cesión del mismo a la Universidad de Navarra, fue que, una vez restaurada la unidad del legado documental, no se enajenase, y que fuese accesible a todos los investigadores interesados en su consulta. En un primer momento, Carlos Mata Induráin realizó una catalogación previa del archivo, completada, cuando quedó incorporado a los fondos del Archivo General de la Universidad de Navarra (AGUN), por los profesionales de este centro.

Desde 1995 hasta la actualidad, Carlos Mata Induráin ha trabajado con los ricos materiales del archivo de Navarro Villoslada, transcribiendo y publicando algunos trabajos literarios inéditos (los de mayor interés y calidad literaria). En concreto, dos novelas históricas sobre el reinado de los Reyes Católicos y la conquista de Navarra: *Doña Toda de Larrea o la madre de la Excelenta*, Madrid, Castalia, 1998 (col. Clásicos Castalia, núm. 244); y *El hijo del Fuerte o los bandos de Navarra*, en Carlos Mata Induráin, *Viana en la vida y en la obra de Navarro Villosla-*

da. *Textos literarios y documentos inéditos*, Viana, Ayuntamiento de Viana, 1999. Además, ha rescatado y dado a la luz diversos documentos valiosos, sobre todo la correspondencia relacionada con la actividad política y literaria del escritor⁷.

2. BREVE NOTICIA DE SU CONTENIDO

Los documentos de que consta el archivo se conservaban, en buen estado, en varias carpetas y cajas; dentro de cada una de ellas los documentos se guardan en diversos legajos. Aparte de los títulos que introdujo el propio escritor, la antigua ordenación principal que se puede apreciar corresponde, como ya se indicó, a una de sus hijas, doña Petra, quien además de agrupar documentos en legajos y carpetas con sus correspondientes epígrafes, añade a veces algunas interesantes notas aclaratorias. En general, los títulos de las carpetas y legajos que existen son bastante precisos, pero en ocasiones contienen más cosas de las que indican esas etiquetas generales. Otras veces —aunque menos frecuentemente— ocurre al revés: falta algo de lo que se anuncia en la etiqueta, por haberse cambiado de lugar.

Una somera revisión de los materiales basta para comprobar la existencia de interesantes documentos que guardan relación tanto con la actividad política y periodística de Navarro Villoslada como con su faceta de literato. Reseñaremos ahora algunas de las obras que dejó inéditas, que no siempre están completas: a veces lo que se conserva no es más que el plan o argumento, unas ideas esbozadas en unas pocas líneas, de novelas o de obras dramáticas. En otros casos sí se trata de obras acabadas.

Dejando aparte los borradores de poemas, numerosísimos, especialmente de los años 30, mientras estudiaba en Santiago y durante su permanencia en Viana antes de marchar a Madrid (composiciones primerizas), y algunas revistas manuscritas como *La Mariposa*, *Estudios y Ociosidades* o *Semanario de Erudición, Literatura y Bellas Artes*, se conservan: un *Semanario de Mitología*; unas *Lecciones o documentos prácticos de pintura*; un *Ensayo sobre los poetas satíricos*; un proyecto de obra titulada *El libro de los niños. Cuentos, ejemplos, fábulas, historias, máximas, etc. para el uso de los niños*. Resultado de su mencionado viaje en comisión oficial de 1857-1858 fueron su voluminosa *Historia de la Im-*

⁷ Ver Mata Induráin, 1996b, 1996-1997a, 1996-1997b, 1997a, 1997b, 1997c, 1997e, 1998a, 1998b y 1999-2000. Y también Eslava Ochoa, 2008.

prenta Nacional de Madrid comparada con las del Estado en París y Viena y sus impresiones de viaje Itinerario de Madrid a Viena y de Viena a Madrid.

Por lo que respecta a obras dramáticas, se conservan borradores de *El emisario*, comedia en tres actos y en verso (incompleta, del año 1839); y algunos apuntes de *La heroína*, drama; *Vida común*; *El nigromante*, zarzuela; *El titiritero*, disparate chino en un acto; y *Un don Quijote al revés o Pródigo de sí mismo*. Completas hay una comedia en cinco actos, de ambiente inglés, titulada *Bajarse para triunfar*; *El medio entre dos extremos, o sea, Ser esposa y madre fiel*, drama trágico en dos actos (de 1836); y *Enamorar con peluca*, pieza cómica en un acto en prosa y verso (de 1838); hay también borradores de *La imprenta*, que luego fue *La prensa libre*. Muy interesantes resultan los borradores de obras dramáticas relacionadas con el tema de su novela *Doña Blanca de Navarra*...

Hay un plan y varios capítulos de una novela titulada *La Niña de la Azucena* (en otras versiones el título es *La Niña del Milagro*). Por lo que se conserva, parece tratarse de una narración de corte folletinesco. Mucho más importantes resultan las distintas versiones conservadas de un proyecto narrativo, el *Pedro Ramírez*, que Navarro Villoslada tenía en mente desde fechas muy tempranas.

En fin, en el archivo se conserva además correspondencia de distintos descendientes del escritor relacionada con la inclusión de las obras literarias de Navarro Villoslada en los folletines de distintos periódicos o revistas y con la publicación de sus novelas en varias casas editoriales, o la mantenida con CIFESA (Compañía Industrial Film Español Producción, S. A.) a propósito del rodaje de la película inspirada en *Amaya*, que dirigió en 1952 Luis Marquina.

TEXTOS

ANTOLOGÍA POÉTICA

A JESÚS CRUCIFICADO¹

I

Ni sol ni luz: oscuridad y espanto
cubren la faz del consternado mundo;
y el ancha tierra², en rebramar profundo,
con terremoto cruje aterrador.
Su misterioso velo rasga el Templo;
arroja sus cadáveres la tumba;
y por el aire tenebroso zumba
de sombras mil fatídico clamor.

Desgájanse los árboles añosos
y las rocas durísimas se hienden;
y su carrera rápida suspenden
estrellas mil y mil, muerta su luz.
¿Será que el orbe se desquicia entero?
¿Torna al lóbrego caos la natura?
—¡No!, que muerte al Señor le da su hechura³:
¡muerte a su Dios en afrentosa cruz!

En torno del patíbulo, rugiendo,
vedlo allí del Gólgota en la cumbre,
insultando su blanda mansedumbre,

¹ Incluido en Francisco Navarro Villoslada, *Obra poética*, ed. de Carlos Mata Induráin, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1997, núm. 5, pp. 85-90. Todos los textos de esta selección poética los tomo de esta edición, reproduciéndolos con ligeros retoques y añadiendo algunas breves notas explicativas.

² *el ancha tierra*: *sic* en el texto de Navarro Villoslada. Estos versos evocan las señales ocurridas en Jerusalén a la muerte de Cristo.

³ *su hechura*: el hombre, criado a imagen y semejanza de Dios.

cubriéndole de befa y de baldón.
 ¿Estás desamparado, Jesús mío?
 ¿Elevas, ¡ay!, los moribundos ojos?...
 ¿Qué pides al Señor en tus enojos?...
 «—¡Perdón para los míseros, perdón!»

¡Sacrílegos!, tened⁴ la horrenda mano
 armada contra el Dios omnipotente;
 temblad⁵ que arrugue la serena frente
 y desaparezca⁶ el mundo pecador.
 Esos cárdenos labios ultrajados,
 que el polvo vil de vuestros pies afea,
 dijeron a la nada: «El orbe sea»,
 y la nada fue el orbe encantador.

¿A taladrar os atrevéis las plantas
 engendradoras del crujiente trueno,
 que turban de los ángeles el seno
 cuando miden la vaga inmensidad?
 ¿En su rostro ponéis la cruda mano?
 ¡Frágil cetro le dais ignominioso,
 y en su trono magnífico y lumbroso
 anonada su augusta majestad!

Insano pueblo, de tu Dios verdugo,
 ¿no pisaste del mar las hondas grutas,
 al rauda soplo del Señor enjutas⁷,
 palpitando de miedo el corazón?
 ¿Y las domadas olas no bramaban,
 en montes dividiéndose de espuma?
 ¿Quién las contuvo, di, cual leve pluma,
 y encima las soltó de Faraón?

⁴ *tened*: detened.

⁵ *temblad*: temed.

⁶ *desaparezca*: ha de editarse así, y no *desaparezca*, para la correcta medida del verso endecasílabo.

⁷ Aluden estos versos al hecho de que Dios separó las aguas del mar Rojo para que pasara el pueblo judío tras escapar de la esclavitud de Egipto. Y los de la estrofa siguiente, al maná que Dios le dio como alimento durante su larga travesía por el desierto en su marcha a la tierra prometida.

¿Y quién fue tu caudillo en las batallas,
bajo sus anchas alas encubierto?
¿Quién te condujo, quién, por el desierto,
derramando en tus labios el maná?
¿Al verle, por tu amor, manso cordero,
tu ingratitud le desconoce y niega?...
¡Ay, si un día le ves que airado llega,
cual león tremebundo de Judá!

II

¿Quién te puso, Jesús mío,
esa corona de abrojos,
sin que tus augustos ojos
helaran su brazo impío?

¿Quién te robó la color
de las rosadas mejillas?
¿Quién tus sagradas rodillas
descarnó con tal horror?

¿Fue el pueblo que regalabas⁸
con blanda mano, amoroso,
y, cual padre cariñoso,
por su bien te desvelabas?

¿Fue la viña que plantaste
frondosa, lozana y pura,
y con llanto de ternura
siglos y siglos regaste?

¿Fue la adúltera Sión,
que moraba entre tus brazos,
la que te arranca a pedazos
la vida, sin compasión?

¡Ay, cuanto más te atormenta,
es tu cariño mayor;
una palabra de amor
desvanecerá su afrenta!

⁸ *regalabas*: mimabas, cuidabas.

En tu ardiente caridad,
mueres con dulce consuelo
porque las puertas del cielo
abres a la humanidad.

Haces que a Luzbel asombre
y que, tras sueño de muerte,
en tu regazo despierte
para ser eterno el hombre.

Mueres en expiación
de los crímenes del mundo;
y él, más y más furibundo,
¡te destroza el corazón!...

III

Justo Dios, vengador del diluvio,
Dios de fuego en la infanda Sodoma,
¿cuándo, cuándo tu cólera asoma,
cuándo sorbe a la ingrata Sión?
¿No cercaste el Edén de querubes
que vibraban flamígero acero?⁹
¿Quién dio muerte al profano boyero?
¿Quién la diera a Natán y Abirón¹⁰?

Levantaos, león adormido;
sacudid la erizada melena,
y lanzad el rugido que atruena
y estremece del hondo a Salén¹¹.
Ese pueblo de entrañas de acero
desdeñó tu filial mansedumbre...
¡Vea, pues, la terrífica lumbre
de tus ojos airados también!

⁹ ¿No cercaste ... *flamígero acero*?: tras la expulsión de Adán y Eva del Paraíso, Dios puso como guardián un ángel con espada de fuego.

¹⁰ *Datán y Abirón*: estos dos hijos de Eliab, de la tribu de Rubén, lideraron, junto con Coré, el hijo de Yishar, una revuelta contra Moisés y Aarón (*Números*, 16).

¹¹ *Salén*: Salem es uno de los nombres antiguos de Jerusalén.

¡Que desborde tu justa venganza
cual torrente de lava inflamado,
y derribe y devore al malvado
que su frente elevó contra Ti!
¡Viva el justo no más en la tierra!
¡Pero, no..., no, mi Dios! ¡Ten clemencia!
Todo el orbe firmó tu sentencia...
¡Ay, qué fuera del mundo y de mí?

INCONSTANCIA¹²

¡Mírala dormida!...
Su lecho es de flores;
millares de amores
velándola están.
¡Mírala!..., no temas,
que el mundo reposa
si duerme la hermosa
que hiere y se va.

Feliz fuera el orbe
si tan dulce sueño
con blando beleño¹³
pudiese alargar.
Porque... ¿tú no sabes?
¡Sus ojos dan muerte!
¡Tiembla no despierte¹⁴,
que hiere y se va!

Tal velo te ofusca
al sentir su fuego,
que solo ves luego
sus gracias no más;
y cuando anhelante

¹² *Obra poética*, núm. 8, pp. 9396.

¹³ *beleño*: planta con efectos adormecedores.

¹⁴ *¡Tiembla no despierte...!*: teme por si despierta.

los brazos le tiendas,
arranca tus vendas,
te hiere y se va.

Su trémula boca
parece un capullo
abierto al arrullo
del aura fugaz.
Al ósculo¹⁵ incita
de bálsamo llena;
¡mas no!... que envenena
con él y se va.

Su túrgido¹⁶ pecho
de nítida nieve
un áspid aleve
oculta falaz.
Si aspiras de cerca
del pecho el aroma,
el áspid asoma,
te hiere y se va.

¡Delirio es amarla!...
Mas, ¿quién no delira
si esbelta la mira
y ufana danzar?
Flotando sus trenzas
en bello trastorno...,
pasmados en torno
nos deja y se va.

¡Cuál corre en el prado
desnuda la espalda,
revuelta la falda
del viento al soplar!
Exánime un día
volé tras su huella...
¡Ay!, no, no era aquella
que hiere y se va.

¹⁵ *ósculo*: beso.

¹⁶ *túrgido*: turgente, abultado.

Su blanda mirada
traspúsome al cielo;
postrado en el suelo
la quise adorar;
y cuando extasiado
«¡Mi Dios!» la decía...
se vuelve la impía,
sonríe y se va.

De engaño en engaño
saltando se aleja...,
mil víctimas deja
su raudo pasar.
Veloz mariposa,
doquier fugitiva,
cien cálices liba,
los hiere y se va.

¡Oh, tiembla, inconstante,
bellísima ingrata,
si el tiempo arrebató
tu encanto fatal!
Que si ora¹⁷ sonríes
del triunfo segura,
también la hermosura
cual humo se va.

A ESPRONCEDA¹⁸

Lauda post mortem (Salomón)

¿En dónde, en dónde estás? ¿Por qué tu acento
en las sublimes bóvedas no zumba,
de pompa y majestad poblando el viento?
¿En dónde estás? El eco de una tumba
responde solo a mi clamor inquieta;

¹⁷ ora: ahora.

¹⁸ *Obra poética*, núm. 13, pp. 106-110.

el alma busca al inmortal poeta,
por él demanda al mundo, en torno mira,
y el mundo calla y con dolor suspira.

¡Oh, vive aún! La multitud ansiosa,
al dulce imán de su lira portentosa,
estremeciendo de placer resuena.
¡Ven, Espronceda, ven!...

... ¡Partid, amigos,
Espronceda murió! ¿Quién me dijera
que, do su canto retumbar debía,
mi acongojado pecho,
en lágrimas deshecho,
su arrebatado fin anunciaría?

Yo vi, muerte cruel, con turbios ojos
cercado el corazón de horror y espanto,
en lúgubre silencio¹⁹ sacrosanto,
tus ínclitos trofeos y despojos.
Yo vi su frente hollada
por tu arrogante planta descarnada.
Vi su labio marchito y sin murmullo
como desierto cauce de un torrente,
que a los páramos dio frescor y arrullo;
el labio que riente
dulcísimos amores derramaba,
y lágrimas tan dulces arrancaba,
y al sol dijo potente:
«Yo quiero hablarte, sol, oye, detente»²⁰.

¿Por qué con fauces hórridas y hambrientas
vas, oh muerte, a los genios acechando,
y, al necio y al malvado desdeñando,
de víctimas ilustres te alimentas?
¿Por qué, si ves sobre el error inmundo
descollar una frente, donde el horno

¹⁹ *horror y espanto ... lúgubre silencio*: nótese la acumulación en estos versos de adjetivos y expresiones de tono romántico.

²⁰ Parafrasea el primer verso del conocido himno «Al Sol» de Espronceda: «Para y óyeme, ¡oh Sol! Yo te saludo...».

de eterna inspiración arde fecundo,
 vas revolando en torno,
 y sobre ella te ciernes con graznido,
 y la contemplas leda,
 y descienes cual rayo desprendido,
 clavabas allí tu garra,
 y ayer nos robas al profundo LARRA²¹,
 y hoy al noble ESPRONCEDA?²²

¿Por qué?... ¿No lo sabéis? ¿Cuánta amargura
 al recordarlo siento! ¿Acaso visteis
 a la fragante rosa
 descoger de carmín templado en nieve
 el tímido botón al alba hermosa?
 ¿No visteis cómo el céfiro se embebe
 en sus blandos olores, sin hartura?
 ¿Y que la flor amiga
 tanto y tanto perfume le prodiga,
 que agota el cáliz de su esencia pura,
 y lánguida fallece y sin aroma,
 cuando la noche en el cenit asoma?

Flores los genios son, flores del cielo:
 su ardiente inspiración es el perfume;
 cuanto más lo esparcen por el suelo
 más presto su existencia se consume.

Así Byron pasó; Gomis, el Tasso,
 la Malibrán de voz encantadora,
 y Fígaro, Bellini y Garcilaso²³;
 así la flor de tu fecunda vida,

²¹ Larra se había suicidado el 13 de febrero de 1837, a los veintisiete años de edad. Espronceda murió el 23 de mayo de 1842.

²² Nótese en estos versos la anáfora de la copulativa y.

²³ Navarro Villoslada menciona entre estos genios que son «flores del cielo» a poetas (Byron, Tasso, *Fígaro*, o sea, Larra, y Garcilaso), compositores (Gomis y Bellini) y cantantes (la Malibrán). José Melchor Gomis, compositor nacido en Onteniente (Valencia), 1791-1836, escribió la ópera *Aldeana* y la cantata *El invierno*. María de la Felicidad García de Malibrán (1808-1836) fue una cantante de gran talento musical, hija del compositor y cantante Manuel García, y autora de algunos nocturnos, romanzas y cantatas. En fin, Vicente Bellini (1802-1835) es el autor de la célebre *Norma*.

doliente trovador, mustia, inodora,
vino volando al suelo desprendida.

¡Murió, murió! Veréis cómo crueles
en su tumba los hombres amontonan
palmas tardías, flores y laureles,
y al que daban ayer ingratas hieles,
hoy, cadáver sombrío, le coronan.
¡Corona maldecida,
si por ella los genios dan la vida!

«Este laurel y efímeros inciensos
mezquinos son. Mortales, Dios es justo,
la aureola de númenes inmensos
ciñe al cantor de la virtud robusto.
Tras ella voy. Adiós.» —Dijo Espronceda,
y elevose magnífico al Olimpo,
y aquí dejó sobre la yerta losa
su abandonada lira silenciosa.
¡Venid, mirad! Los vientos doloridos
con sus lánguidas alas la tocaron,
y ni aun siquiera débiles gemidos
de sus sensibles cuerdas arrancaron.

¿Quién osa levantarla? ¿Quién del suelo
osa encumbrarse al vuelo
del águila caudal²⁴, seguir sus giros,
perderse entre cien orbes, sin más guía
que su audaz fantasía,
y al mundo tornar luego con suspiros?
¿Quién la tronante y férvida armonía,
la desmayada languidez remeda
del undívago²⁵ canto de Espronceda?
¿Quién a la triste España
consolará de pérdida tamaño²⁶?

Nosotros no: los que tu voz oímos,
Bardo del Occidente,

²⁴ *águila caudal*: águila real.

²⁵ *undívago*: «Que ondea o se mueve como las olas» (*DRAE*).

²⁶ *tamaño*: tan grande.

de admiración y miedo enmudecimos;
y al ensayar el cántico doliente,
rotas las venas del amargo llanto,
en manos del dolor se ahoga el canto.

Lamenta, España, tu orfandad: no queda
remedio a tu aflicción. Pero si un día
tu almo²⁷ seno fecundo
brotase²⁸ un Espronceda,
calma el dolor profundo,
que basta un genio a engrandecer un siglo,
cual basta un sol a iluminar un mundo.

SONETO. AL DOS DE MAYO²⁹

Cual palma orillas del fecundo Nilo,
árbol de Libertad crece en España;
y con su pompa tiende en la campaña
plácida sombra y bienhechor asilo.

En brazos de los céfiros tranquilo,
no temas, no, del huracán la saña;
ni que blandiendo asome gente extraña³⁰
contra tu erguido tronco aleve filo.

¡No!, que el pueblo español alzado al punto
a tu defensa volará cual rayo,
del pueblo de otros tiempos fiel trasunto.

²⁷ *almo*: nutricio.

²⁸ *brotase*: hiciese brotar.

²⁹ *Obra poética*, núm. 14, p. 111. Ofrezco la versión publicada en *Espectador* en 1843, mejor en mi opinión que la aparecida posteriormente en *Corona fúnebre del 2 de mayo de 1808* (Madrid, Imprenta de la viuda de don R. J. Domínguez, 1849), donde figura 1842 como año de composición.

³⁰ *extraña*: extranjera.

Será cada español un don Pelayo;
 será cada ciudad otra Sagunto
 y cada nuevo sol un Dos de Mayo³¹.

[SAL DE MI CORAZÓN, HONDO SECRETO...]³²

Sal de mi corazón, hondo secreto
 del amor que mi pecho despedaza;
 rompe una vez la bárbara mordaza
 que me impuso tiránico el respeto.

El profundo desdén osado reto
 con que el ángel que adoro me amenaza;
 siguiendo el rumbo que el deber me traza
 a más fiero martirio me sujeto.

Hundí en silencio mi osadía loca;
 callé por no estrellar amor tamaño
 contra un impío corazón de roca³³.

Mas hoy que se conjuran en mi daño
 negros celos también, sal de mi boca,
 sal a ver si me mata un desengaño.

ORACIÓN PARA DESPUÉS DE HABER COMULGADO³⁴

¡Bendito Dios del Cielo,
 que mi seno escogiste por morada!
 ¡Inefable consuelo

³¹ *don Pelayo ... Sagunto ... Dos de Mayo*: quedan aquí equiparados estos tres símbolos de la resistencia “española”, frente a los musulmanes, los romanos y los franceses, respectivamente.

³² *Obra poética*, núm. 16, p. 118.

³³ *un impío corazón de roca*: el poema se inserta en la tradición del petrarquismo amoroso, en la que la amada siempre es *más dura que el mármol* (Garcilaso) a las quejas del enamorado.

³⁴ *Obra poética*, núm. 18, pp. 122-124.

del alma enajenada,
que en tus brazos se duerme regalada!

Señor de los señores,
que en cien mundos y cien moras estrecho,
¿cómo, buscando amores,
desciendes a mi pecho,
y en él tu trono deslumbrante has hecho?

Ángeles y querubes
con santa emulación mi gloria miran
y en nacaradas nubes
se acercan, se retiran,
y tanta dicha atónitos admiran.

Sí, que en blando regazo
tu Madre te estrechó recién nacido,
con menos fuerte abrazo
que a mi seno querido
con vínculos de fuego te has unido.

Dentro de mí no cabe
el gozo en que rebosan mis entrañas;
en bálsamo süave,
en aromas extrañas³⁵,
en olas de tu gloria el alma bañas.

Vestido de hermosura³⁶,
vienes, Señor, iluminando el viento,
para colmar de hartura
este labio sediento,
y tu esencia me das en alimento.

¿Quién para dicha tanta,
para tanto favor, quién es el hombre?
Ánima mía, canta

³⁵ *aromas extrañas*: el sustantivo admite en la lengua clásica la concordancia femenina.

³⁶ «Vestido de hermosura» es verso de clara reminiscencia sanjuanista; recuérdese la respuesta de las criaturas en el «Cántico espiritual»: «Mil gracias derramando / pasó por estos sotos con presura, / y, yéndolos mirando, / con sola su figura / vestidos los dejó de hermosura».

de Dios el santo nombre³⁷,
y haz que al impío su bondad asombre.

¡Oh, cuál me saboreo
con tu dulce manjar! ¿Y he de perderte,
dulcísimo recreo,
después de poseerte?
Antes, ¡ay!, de pecar venga la muerte.

De tu pecho la llaga
es manantial perenne de dulzura;
y el que en ella se embriaga,
lejos de su onda pura,
¿dónde templa su sed sin amargura?

¡Oh buen Jesús!, el mundo,
desde tus alas visto al blando abrigo,
inspira horror profundo.
¡Ahora que estás conmigo
torna al Cielo, mi Dios, que yo te sigo!

AL NIÑO JESÚS³⁸

Al Niño donoso
nacido en Belén
unos llevan leche
y otros llevan miel.
Yo que nada bueno
tengo que ofrecer,
madre, la mi madre,
¿qué le llevaré?
Hilando en la vela
de mi tía Inés,
unos villancicos
hube de aprender.

³⁷ *Ánima mía, canta / de Dios el santo nombre*: la expresión es claro eco de los *Salmos* bíblicos.

³⁸ *Obra poética*, núm. 19, pp. 125-130.

Al Niño esta noche
 festejar pensé,
 cantando las coplas
 al son del rabel.
 Con otros mancebos
 allí estaba Andrés,
 aquel zagalillo
 que baila tan bien.
 De mi voz prendado
 quedó al parecer;
 me miró, mirele,
 suspiró, y se fue.
 Ayer todo el día,
 ¡qué día el de ayer!,
 del alba a la noche
 cantando pasé.
 Andrés me escuchaba
 con tanto placer,
 que por darle gusto
 ronca me quedé.
 Ya no puedo cantos
 al Niño ofrecer;
 madre, la mi madre,
 ¿qué le llevaré?
 En un canastillo
 con arte junté
 seis bollos, dos tortas
 y medio pastel.
 Ufana con ellos
 echeme a correr...
 Como un corderillo
 seguíame Andrés.
 Husmea los bollos,
 levanta el mantel,
 los toma, los deja,
 los vuelve a coger.
 Una de las tortas
 me comí con él,
 luego un bollo, y otro,

y aun otro después.
Cuando tres quedaron
yo me acongojé:
vergüenza me daba
llevar solo tres.
Seguimos comiendo,
¿que había de hacer?
Yo comer, comía,
¡pero bien lloré!...
Sin tortas el Niño
se queda por él;
madre, la mi madre,
¿qué le llevaré?
La cándida rosa
que adorna mi sien,
después del fracaso
llevarle pensé.
Cata que el goloso
me asalta otra vez,
la rosa pidiendo
que llevo a Belén.
Le ofrezco mil otras
de nuestro vergel,
pero Andrés se empeña
en que esa ha de ser.
Con ceño le miro,
me llama cruel,
y adentro en el alma
sentí no sé qué.
Temblaba el mancebo,
temblé yo también,
y mano a mis trenzas
eché sin saber.
¡Ay, madre del alma!,
creerlo podéis:
la flor a sus manos
cayó... sin querer.
Por él soy al Niño
tres veces infiel;

madre, la mi madre,
¿qué le llevaré?

La madre.

—Hija arrepentida,
ven conmigo, ven;
cuando al Niño veas,
póstrate a sus pies.
Llora, que tu llanto,
tu amor y tu fe
le saben más dulce
que leche con miel.
Su bendita Madre,
si llorar te ve,
te alzaré en sus brazos,
llorando también.

A PÍO IX³⁹

Estoy enfermo, Padre querido:
yo de tu ejército soy un herido.
Por ti la sangre del alma he dado;
mi pobre ingenio yace agostado:
humos de inválido mis ansias son.
Mas si mi numen cayó postrado,
aún tiene lágrimas mi corazón.

No sientes penas, ¡oh Rey mendigo!,
que yo no sepa llorar contigo,
ni afanes tienes que yo no tenga,
que al pecho mío no den solaz.
Palabras tuyas serán mi arenga;
la paz que esperas será mi paz.

³⁹ *Obra poética*, núm. 20, pp. 131-134.

En esta tierra que el Betis baña
fuego despiden campo y montaña;
y con las nieves en cruda guerra,
solo consiente la altiva sierra
mantos de rosas, rizos de flor.
En naranjales que el valle encierra
cantan las aves, locas de amor.

Y en este campo, que de amor late,
yo, siervo inútil para el combate,
paso las horas yerto y sombrío,
mirando el agua correr del río,
y al pie sentado de humilde cruz.
O ya estás muerto, corazón mío,
o ya ni el cielo tiene aquí luz.

Pero de pronto grato silbido
del Pastor santo llegó a mi oído,
y vio su imagen la fantasía,
que en blanda queja me reprendía
por el silencio de mi laúd.
Y la vergüenza del alma mía
me dio este canto, me dio salud.

Hoy que en la fiesta mayor del siglo
vences a tanto fiero vestiglo⁴⁰,
y entre Pontífices reinar te veo,
¿quién pone trabas a mi deseo?
¿Quién niega cantos en tu loor?
Yo te saludo, gran Macabeo⁴¹,
vuelto a la vida, lleno de ardor.

Cuando el impío, del Trono afrenta,
cetro de caña poner intenta
donde Dios puso llaves del Cielo;
cuando los brazos con dulce anhelo
tiende a tus brazos la humanidad,

⁴⁰ *vestiglo*: monstruo horrible y fantástico.

⁴¹ *gran Macabeo*: en la tradición bíblica, los Macabeos son siete hermanos que fueron martirizados junto a su madre, según narra el segundo libro de los *Macabeos*. Son héroes nacionales del pueblo judío.

y en medio se alza con faz de hielo,
seca de envidia, la Libertad;

en ira santa mi pecho estalla,
y el dardo aguzo de la batalla.
Pero, rendido por la dolencia,
caigo en el lecho con impaciencia,
mientras⁴² el combate cruje sin mí...
¡Y yo aquí solo con mi impotencia,
y otros, oh Padre, luchan por Ti!

Vuela, airecillo de la montaña,
con los amores de toda España,
con sus virtudes de rico aroma:
llega hasta el Trono que se alza en Roma;
la dulce carga sacude al pie;
con el arrullo de la paloma,
dile al gran Pío, dile mi fe.

Vuela, y no temas hallarte solo;
que allí del Austro y allí del polo,
de donde el alba perlas derrama⁴³,
de donde muere del sol la llama,
van mil Apóstoles, Príncipes van,
y en vario idioma su voz proclama
una fe misma y un mismo afán.

Junta a sus preces mi ruego ardiente;
mi ósculo al suyo, Padre clemente;
que en este día de desagravios
van los pequeños entre los sabios,
y última oveja soy de tu grey.
Si Rey te llaman augustos labios,
los más humildes llámente Rey.

.....

Ruin testimonio del amor mío,
débil suspiro del corazón,

⁴² *mientras*: es necesaria esta forma (no desconocida en la lengua clásica), en lugar de *mientras*, para que pueda haber sinalefa y lograr así la medida del hemistiquio (cinco sílabas).

⁴³ *el alba perlas derrama*: imagen poética tópica para el rocío del amanecer.

pégate al polvo que huella Pío,
voz del doliente, triste canción.

Dile que aún guardo para el combate,
si Dios me alivia, lanza y broquel⁴⁴;
que si mi frente la muerte abate,
mi último aliento será por Él.

LAS ERMITAS.

EPÍSTOLA A DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL⁴⁵

«Solo estoy de la sierra en la alta cumbre,
bajo la inmensa bóveda del cielo,
del sol naciente a la rojiza lumbre.

Tiende a mis pies el águila su vuelo,
su anchura el valle cóncavo dilata,
sereno mar azul parece el suelo.

Aquel torrente de bruñida plata
brota de aquí y al prado se derrumba,
de roca en roca, en fácil catarata.

Si en el hondo su estrépito retumba
y ensordece los truenos, aquí muerto
llega, como el suspiro de la tumba.

Y el céfiro que bulle en campo abierto,
y las fuentes que quiebran sus cristales,
y el silbo del pinar en el desierto;

y la fiera que surca los jarales,
de los cuervos rastreros el graznido,
del ruiseñor los trinos celestiales,

todo lejano y sordo y confundido,
son de la altiva cumbre el canto mudo
que siente el corazón más que el oído.

⁴⁴ *broquel*: escudo.

⁴⁵ *Obra poética*, núm. 21, pp. 135-142.

Mi mente aquí se ensancha, el labio rudo
no puede ya expresar mi pensamiento...
¡Campo de soledad⁴⁶, yo te saludo!

¡Fragosísima sierra, firme asiento
de la sencilla dignidad humana,
déjame respirar tu puro aliento!

Déjame en esta cima soberana
mi frente reclinar, y sin hartura
los besos recibir de la mañana.

Más cerca estoy del cielo en esta altura
y, al ver la tierra alrededor del monte,
a más grandeza aspiro y hermosura.

Quiero campos sin lindes ni horizonte,
Grandeza a quien no humille otra grandeza,
sol que nunca se eclipse ni trasmonte.

Los cielos son espléndida corteza
del cielo que del alma ven los ojos,
de otra Beldad reflejo esta belleza.

Yo necesito amor que no da enojos,
palabra que da vida y que no engaña,
adorar a mi Dios puesto de hinojos.»

Dije, y en el riñón de la montaña
alzarse vi maravilloso templo
que hasta el desierto de ellos puebla España.

Allá en la oscura Albión⁴⁷ quintas contemplo,
del verde campo escándalo y adorno,
moradas del placer, del arte ejemplo.

Mas de alcázar y parques veo en torno
chozas de yerto hogar que no dan humo,
gentes que mueren de hambre en el contorno.

⁴⁶ *Campo de soledad*: este sintagma recuerda, siquiera indirectamente, el famoso comienzo de la «Cancón a las ruinas de Itálica» de Rodrigo Caro: «Estos, Fabio, ¡ay, dolor!, que ves ahora / campos de soledad, mustio collado, / fueron un tiempo Itálica famosa».

⁴⁷ *la oscura Albión*: Inglaterra.

No sabe el español, según presumo,
gozar sin que otros pechos se alborocen,
de solitaria dicha hacer consumo.

Locos caballerescos se conocen
aquí, no del deleite cenobitas
que su ventura en murallar⁴⁸ se gocen.

Palacios de opulentos sibaritas
no ostentan nuestros campos solitarios;
pero hay en cambio altares, hay ermitas.

Brindando a la piedad y hospitalarios,
en oscura hondonada, en alto risco,
descuellan templos, cruces, campanarios.

Hallé en la soledad mi dulce aprisco,
mi puerto en este océano fragoso
de jaras, de madroño y de lentisco.

¡Silencio! Agudo, alegre y bullicioso
el eco vibrador de las campanas
suena, y el grave canto religioso.

¡Silencio! Aquí las voces soberanas
del pueblo en penitente romería;
aquí la pompa y devoción cristianas.

«¡Santa María!», clama en letanía,
y el desierto también de hueco en hueco
repite la oración: «¡Santa María!»

¿Qué corazón tan desabrido y seco
no se derrite en lágrimas? ¿Qué labio
no quiere unir su voz del monte al eco?

Del tiempo y sus rigores en agravio,
cuándo se alzó esta humilde arquitectura
inquiera el erudito, cuente el sabio.

Venciendo de las selvas la espesura
llega aquí el ignorante, y reza, y llora,
y consolado vuelve en su ternura.

⁴⁸ *murallar*: amurallar.

Aquí el enfermo su salud implora,
y sano o resignado se levanta,
y hasta el proscrito se detiene y ora.

Canta al Señor, ánima mía, canta⁴⁹,
y en Dios, que es mi salud y mi consuelo,
gózate siempre en alegría santa

porque miró la fe de nuestro suelo,
y sonrió al mirarlo, y lo bendijo,
y derramó sobre él perlas del Cielo.

«Sea la gente más devota —dijo—
de mi Madre Purísima», y fue España,
y vino aquí María con su Hijo.

Y la han visto el pastor en su cabaña,
en Covadonga nuestro rey primero⁵⁰,
y el soldado en su tienda de campaña.

Y la lleva en su pecho el pordiosero,
Fernando en el arzón de regia silla⁵¹,
por blasón de su escudo el caballero.

Y la piedad, fecunda a maravilla,
cuaja de ermitas campos y lugares,
los bosques, el peñón, del mar la orilla.

Por eso nuestras quintas son altares;
y si alcázares rústicos nos faltan,
hay para el pobre asilos a millares.

Y desde el pico en que los corzos saltan
a la campiña en que se duerme el río
santas ermitas nuestro suelo esmaltan.

⁴⁹ *Canta al Señor, ánima mía, canta*: nuevo eco de los *Salmos*.

⁵⁰ *en Covadonga nuestro rey primero*: alusión a don Pelayo y su victoria en Covadonga (722) sobre los musulmanes, que se considera el inicio de la Reconquista.

⁵¹ *Fernando en el arzón de regia silla*: se refiere al santo rey don Fernando, quien, en efecto, llevaba sobre el arzón de la silla, cuando peleaba, una imagen de la Virgen «de marfil, de una tercia de longitud» (ver Ansón, 1988, p. 222). Y era práctica habitual entre los caballeros cristianos medievales, como apunta el verso siguiente.

¡Qué dulce es cuando sopla el cierzo frío
el abrigo del templo al caminante!
¡Qué apacible su sombra en el estío!

Y al creerse perdido el que anda errante,
dulce es la amiga voz de la campana
que le dice: «¡Aquí estoy, sigue adelante!».

Y cuando, fatigado de la insana
ambición en que hierve el necio mundo,
busco la soledad y la mañana,

y con incierto paso y vagabundo
voy contemplando absorto la natura,
y me sumerjo en éxtasis profundo,

¡qué dulce es ver tu altar, oh Virgen pura!,
y que desde él me diga tu mirada:
«Por mí se va al amor y la ventura».

Yo adornaré con flores tu morada,
yo regaré con lágrimas tu suelo,
yo encenderé tu lámpara apagada.

Y ardiendo en gratitud y en santo celo,
desde esta cumbre que a lo grande excita,
bajo la inmensa bóveda del cielo,
yo cantaré tu solitaria ermita.

MADRIGAL⁵²

Fuente brota en mi valle
que a los pastores
calma la sed, y riega
campos de flores;
y en blanca nube
tendida por las auras
al cielo sube.

⁵² *Obra poética*, núm. 22, p. 143. Impreso a veces con algunas variantes: v. 5, y luego en nube; v. 14, subir.

.....

¡Bendito de la fuente
sea el destino,
que nos traza y enseña
nuestro camino!
¡Cruzar el suelo,
haciendo bien a todos,
volar al Cielo!

A LA VIRGEN DEL PERPETUO SOCORRO⁵³

La vencedora luz de la mañana
derramando alegría, el eco lento
de trémula campana
que retumba sonoro en mi aposento,
despiértanme a porfía
para que eleve a Ti, Virgen María,
mi primer pensamiento.
Todo en torno revive,
y en reflejos de amor al cielo sube
vida que el orbe de tu amor recibe:
resplandor de tus ojos es el día;
la arbolada nube,
tu maternal sonrisa; el aura pura,
tu aliento; y en las perlas de la aurora
contemplo de tu pecho la ternura,
que en mi mente confundo
tu inefable hermosura
con todo cuanto bello encierra el mundo.

¡Gloria a Jesús, que me la dio por Madre,
cuando en hora solemne,
por rescatarme indemne,
entregaba el espíritu a su Padre!
¡Gloria al Señor que de mi Madre es Hijo!

⁵³ *Obra poética*, núm. 23, pp. 144-149.

¡Y a Ti, oh Virgen, mis cantos y loores,
mi corazón, en pena o regocijo!
Tú con potente brazo,
me ciñes en desmayos y dolores;
Tú me ofreces abrigo en tu regazo
cuando, aterido en el mundano hielo,
suspiro por el fuego de tu cielo.

Siempre atento el oído,
con desvelo de Madre, a mi gemido,
cuando me mira a mí, todo es dulzura;
cuando mira al Señor, todo lo alcanza⁵⁴.
¿Quién pone valladar a mi esperanza
ni en mi queja amargura?
Del Perpetuo Socorro el dulce nombre
se goza en recibir, y dice al hombre:
«Ven; si te abrasan lágrimas y duelos,
desengaños en loco desvarío,
mi corazón es fuente de consuelos:
aplaca en mí tu sed, y no se harte
tu pecho de beber, que el pecho mío
nunca se ha de cansar en consolarte.»

Madre, el león rugiente la bizarra
melena agita, hambriento:
me ve, me acosa, y al festín sangriento
las fauces abre y la espantosa garra.
«¡Socorro, Madre!» —La implacable fiera,
que se gozaba ya con mis despojos,
baja ante Ti los ojos,
humilla la cerviz y se estremece,
y con sordos rugidos
en el antro infernal desaparece.
«¡Victoria! ¡Honor a Ti!» —Bajo tu planta
yace el soberbio, y del mundano lodo
el humilde en tus brazos se levanta.
¡Victoria, con tu amor nada me espanta!,
que teniéndote a Ti lo tengo todo.

⁵⁴ *cuando mira al Señor, todo lo alcanza*: se habla aquí de la Virgen María como medianera (intercesora) entre los hombres y Dios.

Madre, yo soy un niño
 en la vida que lleva al alto asiento.
 Sea tu diestra, en maternal cariño,
 de mi inexperto andar sostenimiento.
 Vacilo, Madre mía;
 me desvanece el mundo todavía:
 ten compasión del que a subir empieza
 camino de la Cruz y desmayado
 contempla su aspereza.
 No me vea otra vez encenagado;
 que habiendo conocido tu pureza,
 tengo horror al pecado.

De tu insondable abnegación en palma,
 bendijo Dios tu alma.
 Reina de Cielos eres,
 porque fuiste entre todas las mujeres
 la más humilde. ¡Dame al hondo abismo
 de mi nada llegar; seguir tus huellas,
 para alcanzar por ellas
 conocerme a mí mismo!
 Dame decir al Verbo,
 si en calma o tempestad a mí se inclina:
 «Señor, yo soy tu siervo:
 cúmplase en mí tu voluntad divina».

Entendimiento, voluntad, memoria
 arrojo en tu crisol y dulce fuego.
 Mía será la escoria;
 tuyo el ruego acendrado⁵⁵ de mi ruego.
 Y si todo es impuro, todo vano,
 desoye, ¡oh Virgen!, mi clamor insano.
 Si regalos te pido y me das penas,
 ¡bendita seas! Si me das cadenas,
 flores serán viniendo de tu mano.
 Y si de amor el manantial se obstruye,
 y el alma yerta y fría
 se consume en letal melancolía,

⁵⁵ *crisol ... escoria ... acendrado*: usa aquí Navarro Villoslada términos relacionados con la fundición y purificación de los metales.

y la unción del espíritu rehúye,
¡convierte el pedernal en blanda cera,
derrite en mí los témpanos del polo!
¡No mires que amo mal, mira tan solo
cómo amarte quisiera!

¿No ves la tempestad que el mundo corre
cuando la plebe ruge y alborota,
y el huracán de la impiedad azota
la incontrastable torre
de nuestra santa fe? —¡Vuela, socorre
al Pastor de tu grey encarcelado⁵⁶!
Contra todas las obras del Eterno
todas las potestades del Averno
formidable clamor han levantado,
juntas embisten al ingente solio
que sobre escombros e ignominia loca,
sobre el imperio vil del Capitolio,
sentó tu Hijo en perdurable roca.
Contra Aquel que tuviste en las entrañas
se revuelven con bárbaro coraje
montañas y montañas,
en espuma y fragor del oleaje.
¡Estrella de la mar, muestra tu lumbre!
¡No dejes naufragar la muchedumbre
que te tiende en su anhélito los brazos!
¡Que no caiga al profundo
su integérrima⁵⁷ fe rota en pedazos!
¡Socorro! ¡Salva al mundo!
¡Mira que perecemos, Madre mía!
¡Salva a España infeliz, que en Ti confía!

⁵⁶ *al Pastor de tu grey encarcelado*: se alude a la situación de Pío IX, aprisionado en el Vaticano en el contexto político de la unificación de Italia.

⁵⁷ *integérrima*: superlativo de *íntegra*.

MEDITACIÓN⁵⁸

Tranquila está la noche,
sereno el firmamento;
duerme en la selva el viento,
duerme en silencio el mar.
Y del triste horizonte
la luna se levanta,
como plegaria santa
desde fúnebre altar.

Remóntate, alma mía,
también en manso vuelo,
por ese limpio cielo
de estrellas y zafir;
y cruza de los astros
la inmensa muchedumbre,
los piélagos de lumbre
de tormentoso hervir.

Espíritus angélicos
te prestarán sus alas,
sus rozagantes galas,
sus cánticos de amor.
Y en dulce arrobamiento,
salvando los espacios,
reposa en los palacios
del Sumo Criador.

Yo te adoro, bien mío:
yo creo firmemente
que estás aquí presente,
dentro y fuera de mí.
Te he visto en las alturas,
te veo en los abismos,
y en mis latidos mismos
tu palpar sentí.

Tú dijiste, y fue el mundo,
surgiendo de la nada⁵⁹;

⁵⁸ *Obra poética*, núm. 24, pp. 150-157.

su mirada es tu mirada,
tu voluntad, su ley.
Tus brazos lo sustentan,
tu corazón lo absorbe:
das un paso y el orbe
se inclina ante su Rey.

Aterras cuando enciendes
y apagas luminares,
que giran a millares
de soles en redor.
Me espantas cuando crujen
y tiemblan las montañas,
si el fuego en sus entrañas
serpea atronador.

Y no menos me abisman
los abreviados mundos,
donde átomos fecundos
se gozan en vivir;
y en una sola gota
tienen campos y flores,
y batallas y amores
en rápido bullir.

Si en lo mínimo asombras
y en lo máximo espantas,
en medio a glorias tantas
y tanta majestad,
tu vida es un latido
de amor, y amor tu esencia,
amor tu providencia,
tu gozo, caridad.

Tú calmas el anhélito
de toda criatura;
y solo es hermosura
la lumbre de tu amor,
que el trono del empíreo,

⁵⁹ *Tú dijiste, y fue el mundo, / surgiendo de la nada:* se alude al momento de la Creación del mundo.

los astros rutilantes,
los átomos errantes
circunda en esplendor.

Y rotas en torrentes
de amor las cataratas
sobre el hombre desatas
el pecho paternal.
Diríase que agotas
el corazón deshecho,
por ablandar su pecho
de seco pedernal.

En el Edén le diste
morada transitoria,
y tu manto de gloria
por abrigo y dosel.
Con tus ojos parece
que sus ojos codicias,
y han sido tus delicias
morar siempre con él.

«¡Señor! ¡Señor!» te dicen
la aurora en dulce llanto,
las aves con su canto,
las fieras al bramar,
los volcanes que asordan,
los vientos que batallan,
los rayos cuando estallan
y, alzando el pecho, el mar.

Los que tu trono cercan,
ángeles y querubes,
en refulgentes nubes
de nácar y carmín,
te aclaman «¡Santo! ¡Santo!»
pulsando el arpa de oro;
«¡Santo!», no más, el coro
en que arde el serafín.

Y solo entre los seres,
hechura de tu mano,

predilecto el humano
«¡Padre!» te llama a Ti.
Y ese nombre inefable
Tú en mis labios lo pones:
en las dulces lecciones
de Jesús lo aprendí.

Que no en tronante carro,
ni en lluvias de centellas,
ni triturando estrellas
buscas mi corazón;
sino en fragantes auras,
y arrebol y rocío,
llamándome «¡Hijo mío!»,
gozando en el perdón.

Tanto amor paga el hombre
con ofensa infinita.
Luzbel lo precipita
por abismos sin luz.
Y del Cielo descende,
por redimirle, el Verbo:
toma forma de siervo,
muere en muerte de cruz.

No hay más allá. —¿Qué digo?
Su amor omnipotente
confundirá mi mente
con prodigio mayor.
Dios sube al Cielo, y queda
vivo aquí, en sacramento,
y entrega por sustento
su carne al pecador.

«Venid a mí —nos dice—
los que gemís en llanto:
dolores y quebranto
también yo conocí.
Puerto del que zozobra,
bálsamo en toda herida,

resurrección y vida
solo hallaréis en Mí.

»No sucumbáis al peso
de tanta y tanta ofensa:
misericordia inmensa
guardo al pobre mortal.
Venid, que en vuestra casa
no hay mayor regocijo
que cuando llama el hijo
pródigo⁶⁰ en el umbral.

»Soy Pastor que abandona
por la oveja perdida
toda la grey, y olvida
por ella mil y mil;
y hasta encontrarla cruza
breñas, cumbres y faldas,
y en sus mismas espaldas
la conduce al redil.

»No doy mi cuerpo al ángel,
ni en mi sangre lo anego:
solo el honor entrego
de mi alma al hombre infiel.
Y el que mi cuerpo y sangre
dignamente recibe,
en Mí reposa y vive,
en Mí mora, y Yo en él.»

.....
.....

Tranquila está la noche,
sereno el firmamento:
duerme en la selva el viento,
duerme en silencio el mar.
Desata, Padre mío,

⁶⁰ *hijo / pródigo*: la parábola del hijo pródigo (*Lucas*, 15, 11-32), junto con la parábola de la oveja perdida (*Lucas*, 15, 1-7), aludida en la estrofa siguiente, y la de la moneda perdida (*Lucas*, 15, 8-10) conforma una trilogía que recibe la denominación tradicional de parábolas de la misericordia o de la alegría.

mis terrenales lazos,
que yo solo en tus brazos
aspiro a reposar.

A UN ENFERMO⁶¹

¿Todavía, infeliz, siguen tus ojos
al mundo, sordo a tu clamor doliente,
que las espaldas vuelve indiferente
huyendo del dolor que le da enojos?

Así, cercado el corazón de abrojos,
y de tinieblas y livor la frente,
víboras mil, de ponzoñoso diente,
se ceban de tu vida en los despojos.

Alza el rostro una vez; en tus dolores
del humo terrenal sacude el velo
que te oculta de Dios los resplandores.

Y sentirás aún dulce consuelo;
será tu llanto bálsamo de amores,
y tu dolor fugaz, puerta del Cielo.

A UNA ENFERMA⁶²

¿Por qué tu pecho, cándida paloma,
que de bondad destila rica esencia,
fiero dolor con bárbara inclemencia
por blanco eterno de sus iras toma?

¿Perdiste acaso el primitivo aroma
y el sereno mirar de la inocencia?

⁶¹ *Obra poética*, núm. 25, p. 158.

⁶² *Obra poética*, núm. 27, p. 160.

¿Alguna vez siquiera en tu dolencia
la negra hiel a tu semblante asoma?

¡Suspirando por Dios, de ti olvidada,
Él infundió en tu alma generoso⁶³
la dulzura y valor de su mirada!

¿No eres tú, la infeliz, ángel hermoso,
quien al verte sufrir tan resignada
no tiemble al contemplarse venturoso?

HIMNO A CALDERÓN⁶⁴

Coro

¡Salud, honor y gloria
al genio vencedor!
Al través de cien siglos
deslumbra su esplendor.

1.º

Lumbrera de la Europa,
de Iberia noble orgullo,
tu sonoro arrullo
su vida prolongó.
Enmudeció tu lira
y moribunda España
después de tanta hazaña
también enmudeció.

⁶³ Enmiendo *generosa* por *generoso*, por la rima con *hermoso* y *venturoso* del terceto siguiente: en efecto, *generoso* es un predicativo de *Él* (Dios), no calificativo de *alma*; el error de imprimir *alma generosa* se explica por la mera contigüidad de ambas palabras.

⁶⁴ *Obra poética*, núm. 30, pp. 171-175.

2.º

«Sea un vate en el mundo
—dijo el Señor un día—
que yo mismo sonría
de su laúd al son.»
Y rásgase el Olimpo,
de luz al orbe inunda,
de flores le circunda
y nace Calderón.

3.º

Sus flébiles⁶⁵ suspiros
de un ángel son despojos;
el fuego de sus ojos
prestole un serafín.
Y su dorada pluma,
raudal de pompa y gala,
cortada fue del ala
de un bello querubín.

4.º

Dulcísima armonía
de insólitos acentos
atónitos los vientos
oyeron resonar.
De un mundo al otro mundo
veloces la llevaron;
a un dios se figuraron
los hombres escuchar.

5.º

Ve Calderón al pueblo
en que nació brioso,
leal, pundonoroso

⁶⁵ *flébiles*: lamentables, tristes, lastimosos.

y ardiente como el sol.
 Ve los demás y dice
 erguido y altanero:
 «El universo entero
 debe ser español».

6.º

Los héroes de Grecia,
 los tirios y romanos
 se tornan castellanos
 en su mente inmortal.
 Y las augustas sombras
 de gozo sonreían
 cuando su imagen vían⁶⁶
 más noble y colosal.

7.º

Levanta del sepulcro
 la coronada frente,
 poeta omnipotente,
 respóndeme, ¿qué ves?
 Estáticas de asombro
 a tu divino acento
 naciones ciento a ciento
 postráronse a tus pies.

8.º

De nada sirve al hombre
 ceñir con real decoro
 de perlas, plata y oro
 la envanecida sien.
 En las aras del Genio
 se enciende y arrebatá,

⁶⁶ *vían*: por *veían*, forma usual en la lengua clásica.

y perlas, oro y plata
arroja con desdén.

9.º

Álzate de la tumba
y el gran misterio dime
de tu ingenio sublime,
sombra de Calderón.
¿La veis? ¡Callad, mortales!
La sombra rasgó el velo...,
su diestra indica el cielo;
su izquierda el corazón.

ROMANCE FÚNEBRE. EL SEPULCRO⁶⁷

Tendió, sembrado de estrellas,
la noche su negro manto⁶⁸;
pálida brilla la luna
con melancólicos rayos.
Un sordo céfiro bulle
en los sauces agobiados;
medrosas sombras ocultan
un sepulcro solitario.
Cerca la fúnebre losa,
carcomida por los años,
mustia yedra envejecida
con amorosos abrazos.
Todo es en torno silencio,
frías tinieblas y espanto;
solo una dama lamenta

⁶⁷ *Obra poética*, núm. 35, pp. 188-192.

⁶⁸ *Tendió, sembrado de estrellas*, / *la noche su negro manto*: el negro manto de la noche es un tópico poético muy repetido en la literatura áurea. Baste recordar ahora el famoso romance que comienza «Sale la estrella de Venus / al tiempo que el sol se pone / y la enemiga del día / su negro manto descoge».

en la tumba de Nazario⁶⁹.
 La triste cabeza apoya
 entre sus brazos nevados;
 pálido tiene el semblante
 y el cabello destrenzado.
 De lágrimas un torrente
 manan sus ojos hinchados...
 Así a Venus representan
 al bello Adonis llorando⁷⁰.
 Rompe el medroso silencio,
 al cielo oscuro mirando;
 cantad, Musas, lo que dijo,
 que mi voz se ahoga en llanto:
 «En vano con voz doliente,
 mil suspiros exhalando,
 a mi esposo llamo inquieta
 por valles, bosques y prados.
 Nadie responde a mis voces;
 sordo está el mundo a mi llanto;
 el eco solo resuena
 en las rocas retumbando.
 ¿Dó van las antiguas risas
 y los placeres pasados?
 ¿Dónde está el florido lecho,
 del amor dulce regalo?⁷¹
 ¡Ay, Dios!, veloces huyeron,
 cual humo se disiparon...
 ¡Ah, solo veo una tumba
 de mi esposo malogrado!
 Vuelvo doquiera los ojos
 y todo es horror y espanto...;
 doquiera veo a mi esposo

⁶⁹ *Nazario*: así se llamaba un tío del joven aprendiz de escritor, muerto en una emboscada de los carlistas. El romance está inspirado, entonces, por este luctuoso suceso.

⁷⁰ *Venus ... al bello Adonis llorando*: según la mitología, el dios Marte, celoso, se transformó en jabalí y destrozó al hermoso Adonis con sus colmillos ante las lágrimas de su amada Venus.

⁷¹ *¿Dó van ... Dónde está...?:* tópico literario, de gran raigambre, del *Ubi sunt?*

en negra sangre bañado.
Miradlo allí, con la muerte
espantosa reluchando;
al cielo pide venganza
de los monstruos sanguinarios.
¿Eres tú, dulce amor mío,
el que con tiernos abrazos
dichosa un tiempo me hacías?
¿Eres el mismo, oh Nazario?»
«¡El mismo!»... dijo una voz
cual de trueno que ha estallado;
«¡El mismo!» valles y montes
repitieron asombrados.
Las horrorosas tinieblas
cual niebla se disiparon;
celeste luz ilumina
el ámbito solitario.
Entre purpúreas nubes,
cual las del sol en ocaso,
un majestuoso varón
aparece recostado.
Cándida túnica ciñe,
le adorna vistoso manto
del color que ostenta el cielo
cuando él brilla más alto.
Entre sus negros cabellos
tiene un laurel enlazado,
mil trofeos a sus pies,
dorada palma en sus manos.
Aromáticos perfumes
difunde por todos lados;
música angélica suena
que entonan himnos sagrados.
«Es mi esposo», arrebatada
de gozo exclamó llorando,
y cual imán al acero
ansiosa corre a abrazarlo.

Mas, ¡oh dolor!, desaparece⁷²
 la visión, y entre sus manos
 el aire tan solo estrecha
 en vez de su esposo amado.
 Tornan las densas tinieblas
 que disipara el encanto
 y la esposa sin ventura
 ya torna a su llanto amargo.

ROMANCE⁷³

¡Cuán rápidas a tu lado
 las alas baten las horas
 vertiendo del albo seno
 blando rocío de aromas!
 Y lejos de ti, ¡cuán lentas
 el pie mueven perezosas
 como si abrojos hollaran
 sombrías y melancólicas!
 La caravana que en pos
 del sepulcro de Mahoma
 surca piélagos inmensos
 de arenas abrasadoras,
 del sol, de sed y cansancio
 a rendir su aliento próxima,
 y en un oasis encuentra
 agua, verduras y sombra;
 el náufrago que, luchando
 con alborotadas olas,
 se ase al arbusto que crece
 en las grietas de la roca,
 no precian la fuente, el nido
 y la orilla salvadora
 cual yo la dulce mirada

⁷² *desaparece*: y no *desaparece*, para lograr la medida del octosílabo.

⁷³ *Obra poética*, núm. 39, pp. 201-204.

que tú me tiendes, señora.
¿Con qué hechizos me alucinas?
¿Qué mágica luz te adorna
si la beldad que deslumbra
no es de tu frente aureola?
La discreción a raudales
de tus rojos labios brota
y su murmullo es más dulce
que el de la fuente sonora.
Yo no sé lo qué me pasa:
amor, ambiciones, glorias,
todo en el pórtico olvido
del alcázar donde moras.
Y de tu imagen guiado
entro con el ansia sola
de merecer tu sonrisa
que mi esperanza corona.
Entonces se me figura
que sus alas protectoras
me tiende un ángel del Cielo
y que me duermo a su sombra.
Parece que de mi infancia
los cándidos días tornan,
que blandamente una madre
mece una cuna de rosas.
¿Es esto amor? No, mis labios
pronunciarlo apenas osan
y el corazón se revela
y palpita sin zozobras.
¿Es amistad? No, ¡cuán fría
es esta voz en mi boca,
qué inmenso vacío deja
en mi corazón, señora!
Es tener mi alma abismo
de pasiones generosas;
es un amor sin deseos;
es una amistad celosa.
Es ternura, es gratitud,
llama que arde y no devora,

leve aliento que no empaña,
 luz que no produce sombra.
 Sentirlo sé, no explicarlo,
 y, en confusión tan dudosa,
 si es amor sobra respeto;
 si amistad, cariño sobra.

ANACREÓNTICA⁷⁴

Dime, Clori hechicera,
 ¿es verdad que no envidias
 de bulliciosas cortes
 las soñadas delicias?
 Cuando admiramos juntos
 en la aldea tranquila
 los sencillos placeres
 de su inocente vida;
 cuando tus trenzas de oro
 orna tu mano linda
 de blancas azucenas
 y rosas encendidas;
 o cuando en la pradera
 bailas con tus amigas
 cual salta el corderillo
 al despuntar el día;
 mientras que yo, pulsando
 mi ya templada lira,
 embebecido canto
 lo que el amor me inspira;
 o del risueño Baco
 el licor sin medida
 bebiendo en hondas tazas
 entre frondosas viñas;
 ¡si en mis amantes brazos
 cansada te reclinas

⁷⁴ *Obra poética*, núm. 40, pp. 205-207.

como en su blando nido
 la mansa palomilla!,
 entonces abrasado
 mi corazón se agita
 y arden en viva llama
 mis rosadas mejillas.
 Mis ojos bulliciosos
 te miran, tú me miras⁷⁵
 y un indecible gozo
 más y más nos anima.
 Con su manto de rosas
 nos cubre la alegría
 y bullen los amores
 en rededor y giran.
 ¡Ah!, que si tú recuerdas
 todas estas delicias
 que pródiga reparte
 la aldea sin mancilla,
 reniegas de la Corte⁷⁶,
 de sus mentidas risas,
 de sus falsos amores
 y esclavitud continua.

[TENGO POBLADA MELENA...]⁷⁷

Tengo poblada melena
 rizada desde el cogote,
 tremenda pera y bigote
 y voz de ánima en pena.
 Chupo el dinero a un vestiglo
 de antigua arrugada faz;

⁷⁵ *te miran, tú me miras*: en el original, *te miran y tú me miras*; pero se necesita aquí un verso heptasílabo, no octosílabo, por lo que suprimo la conjunción *y*.

⁷⁶ *aldea ... Corte*: otro tópico literario manejado por el autor, el de la alabanza de aldea y menosprecio de Corte.

⁷⁷ *Obra poética*, núm. 42, p. 209.

no dejo a un marido en paz
pues soy ¡el hombre del siglo!⁷⁸

A LA SALIDA DEL SOL. SONETO⁷⁹

Muestra al dormido mundo tu semblante,
potente sol, engendrador del día,
de fuego, de esplendor y de alegría
inundando la tierra agonizante.

La humilde flor y el álamo gigante,
cuajados de vistosa argentería⁸⁰,
al ver huir la sombra y niebla fría
su yerta frente elevan anhelante.

Te canta el ave, el río sonoro
la luz te roba en límpidos espejos,
el universo por tu Dios te aclama.

Y yo al mirar tu curso majestuoso,
tu inmensa luz, tus vívidos reflejos,
a Dios bendigo que encendió tu llama.

SONETO⁸¹

El ave de dulcísima garganta,
del solitario bosque moradora,
¿necesita decir qué penas llora
cuando a la noche en su retiro canta?

La pobre flor que lánguida levanta
la frente alegre al sonreír la aurora,

⁷⁸ *¡el hombre del siglo!*: se parodia aquí, en tono burlón y desenfadado, el tipo del romántico.

⁷⁹ *Obra poética*, núm. 44, p. 211.

⁸⁰ *cuajados de vistosa argentería*: por las gotas de rocío que los cubren.

⁸¹ *Obra poética*, núm. 45, p. 212. En el estudio sobre «Navarro Villoslada, poeta» puede leerse una versión distinta de este soneto.

¿tiene que proclamar que al sol adora,
al sol en cuyos rayos se amamanta?

Y yo que de tu ausencia los enojos
con triste son lamento en mi retiro;
yo que con labio trémulo te llamo;

yo que revivo al fuego de tus ojos
y nuevo sol en tu sonrisa admiro,
¿he menester decirte: «Yo te amo»?

SONETO. UNA NOCHE DE MÁSCARAS⁸²

Bailando un rigodón me enamoré.
Antes de hacer el *solo* tuve el *sí*.
Iban a pronunciar el *ce finit*⁸³
cuando con un rival me tropecé.

Me desafía. Voy. No le maté...,
ya se sabe, pero él tampoco a mí.
En busca luego de mi Inés volví,
y cenando con otro la encontré.

Quise matarme allí en el ambigú⁸⁴;
se acerca otra mujer; me mira y ¡zas!...
a la pérfida mando a Belcebú.

¿Qué, te ríes de mí, querido Blas?
—Yo me río de cien que, como tú,
de la cuna al sepulcro no hacen más.

⁸² *Obra poética*, núm. 46, p. 213.

⁸³ *ce finit*: así lo escribe el autor, en vez de *c'est fini*.

⁸⁴ *ambigú*: mesa o mostrador donde se colocan los alimentos para que los comensales se sirvan libremente; y, en los teatros, el espacio del vestíbulo donde se ofrece un refrigerio a los espectadores.

EL VIENTO DEL MAR.
IMITACIÓN DE VICTOR HUGO⁸⁵

1.º

¿Dónde nace este sordo rugido?
¡Escuchad!... En el piélago siento
hondas voces, gemidos sin cuento,
roncos truenos temblando rodar.
Blandos ecos lejanos suceden
y el silencio después de la tumba...
*Con su trémula trompa retumba
el horrísono viento del mar.*

2.º

Ni una estrella al confín se deslumbra,
gruesa lluvia las playas azota
y soberbia la mar se alborota
y a los montes parece amagar.
Catarata rugiente formando
al abismo veloz se derrumba.
*Con su trémula trompa retumba
el horrísono viento del mar.*

3.º

El piloto del sueño profundo
se despierta y la vida recobra
para ver al bajel que zozobra
en la pérvida arena encallar.
Rugen ya sobre el mísero barco
olas mil enalzada balumba.
*Con su trémula trompa retumba
el horrísono viento del mar.*

⁸⁵ *Obra poética*, núm. 47, pp. 214-216.

4.º

Amainar quiere el uno las velas,
tarde ya, que los vientos rasgaron
y la entena y mesana⁸⁶ troncharon
de sus alas al raudo agitar.
Todos gimen, la frente aterrada;
su clamor por el ámbito zumba.
*Con su trémula trompa retumba
el horrísono viento del mar.*

5.º

¿Dó te escondes, benéfica estrella,
luz hermosa que el náufrago ansía?
Rompe el velo de bruma sombría,
sal estragos y horror a mirar.
¡Ah!, descubre tu faz al marino
si no quieres que triste sucumba.
*Con su trémula trompa retumba
el horrísono viento del mar.*

MISERERE⁸⁷

¡Compadécete, Dios mío,
compadécete de mí;
por tu gran misericordia
ten piedad de este infeliz!
La sombra de tu mirada
puede solo descubrir
del piélago de mis culpas
el negro abismo sin fin.
Yo seguía tus senderos,

⁸⁶ *la entena y mesana*: en náutica, *entena* es la verga de las velas latinas, y *mesana* el mástil situado más a popa.

⁸⁷ *Obra poética*, núm. 49, pp. 224-225. Es paráfrasis del Salmo 50 (51), «Miserere mei, Deus, secundum misericordiam tuam».

yo, Señor, te conocí:
 el único⁸⁸ bien que puede
 hacer al hombre feliz;
 y después de conocerte
 yo te olvidé y te ofendí:
 a tu luz cerré los ojos
 y tu voz no quise oír.
 Cuando me decías: «Vuelve»,
 «No quiero», te respondí;
 y mil veces me llamabas
 y te negué más de mil.
 Su faz cubrieron los ángeles
 con sus alas de carmín
 y debajo de sus alas
 yo los sentía gemir.
 Me mirabas compasivo
 y en el rostro te escupí.
 ¡Perdón, Dios mío, perdón;
 ten piedad de este infeliz!

DÉCIMA⁸⁹

Sigue a quien siempre te espera⁹⁰,
 pide a quien se goza en dar
 y tiene en todo pesar
 consolación verdadera.
 No hay nadie que más te quiera
 ni que sepa amar mejor.
 Él de tu vida es autor
 y Él por ti murió también,
 y en cambio de tanto bien
 solo te pide tu amor.

⁸⁸ *el único*: el texto original trae *en el único*, que hace el verso largo; enmiendo su-
 primiendo *en*.

⁸⁹ *Obra poética*, núm. 50, p. 226.

⁹⁰ En otra versión de esta décima, el primer verso dice *Busca* en vez de *Sigue*.

CONSAGRACIÓN A MARÍA⁹¹

Vengo a tus pies con sumo regocijo;
vengo a ofrecerte, ¡oh Madre!, el corazón:
Tú de hoy en más me adoptarás por hijo;
tuyos de hoy más mi cuerpo y alma son.

Guía en la noche al pobre peregrino
de un astro fiel la dulce amiga luz,
y Tú también con resplandor divino
llevando vas mi alma hasta la Cruz.

Sin protector en este mundo insano,
triste de mí, tendré que perecer;
mas clamo a Ti y Tú me das la mano,
y mi dolor conviertes en placer.

Tu corazón recogerá mi llanto;
¡oh Madre!, en él feliz me esconderé.
Dame a gustar su delicioso encanto;
méteme en él y nunca de él saldré.

Sea tu altar consolador asilo;
hálleme en él la muerte junto a Ti:
mi pecho allí la abrazará tranquilo;
mi única voz será tu nombre allí.

⁹¹ *Obra poética*, núm. 54, pp. 233-234.

ENAMORAR CON PELUCA
COMEDIA EN UN ACTO EN VERSO Y PROSA¹

Personas

Don Blas, gracioso
Don Joaquín, galán
Don Leandro, *id.*
Don Paco, *id.*
Don Gerónimo, *id.*
Antonio, criado
Doña Rosa, dama
Pepa, criada

Actores²

Sr. don Serapio Urra
Sr. don Francisco Navarro
Sr. don Calixto Greño
Sr. don Leonardo Aguinaga
Sr. don Antonio Luco
Sr. don Fausto Zúñiga
Sra. doña Eugenia Luco
Sra. doña Dolores Luco

Madrid.— Casa de don Blas.

El teatro representa un gabinete con una puerta al frente; a la izquierda una alcoba, que se supone tiene paso a las habitaciones de casa; a la derecha una mesa con cubierta y tocador.

Escena Primera

Antonio y Pepa.

PEPA

¡Chit, chit!, ¿dónde está el amo?

¹ Pieza teatral inédita conservada en el Archivo de Navarro Villoslada (Archivo General de la Universidad de Navarra). Tras el título figura: «Su autor / F. N. V.»; y al final del texto: «Viana y abril 26 de 1838 / Francisco Navarro Villoslada».

² Esta comedia, del año 1838 (obra juvenil, por tanto, de Navarro Villoslada), habría sido representada en Viana por el propio autor (en el papel de don Joaquín) y sus amigos, lo mismo que sucediera con otra pieza inédita, el drama trágico *El medio entre dos extremos*.

- ANTONIO Encajándose el vestido de máscara, ahí en esa alcoba.
- PEPA Mucho nos vamos a reír esta noche: ¡con setenta años y de máscara!
- ANTONIO No grites mucho, que aunque es más sordo que una tapia..., con todo...
- PEPA Bien sé yo de dónde proviene todo. Está chocho con su Rosita. ¡Enamorarse el amo! A la vejez, viruelas³.
- ANTONIO Pero ¡vaya un galán más cumplido! Sordo, trémulo, sin dientes, sin pelo y sin...
- PEPA Sin juicio; dilo de una vez. Que el diantre⁴ me lleve si tiene dos adarnes⁵. ¡Pensar que doña Rosita le ama!
- ANTONIO Chica, chica, rueda la bola⁶. Cada loco con su tema⁷: te aseguro que no solo piensa que doña Rosa le corresponde, sino que se muere por él.
- Dentro don Blas tose.*
- PEPA ¡Échale galgos con esa perruna!⁸ ¡Imaginar ese estafermo⁹ que siquiera le mire sin asco esa señora! Más quisiera acostarme con un difunto que no con ese vejestorio tabacoso... La gota, el emplasto de malvas, la tos, la ayuda... ¡Uf!, aparte, aparte, y cuanto más lejos, mejor.
- ANTONIO Vamos, Pepa; no hagas tantos melindres... A mí no se me pasan las cosas... ¿Te parece que no lo

³ *A la vejez, viruelas*: refrán conocido, que se emplea cuando sucede algo fuera de ocasión o tiempo.

⁴ *diantre*: eufemismo por *diablo*.

⁵ *si tiene dos adarnes*: 'si tiene un poco' (de cordura, se entiende).

⁶ *rueda la bola*: expresión que significa que se deja que las cosas sigan su curso.

⁷ *Cada loco con su tema*: refrán todavía en uso hoy día.

⁸ *¡Échale galgos con esa perruna!*: *¡échale un galgo!* es exclamación popular empleada para indicar que alguien será difícil de atrapar o que al responsable de algo ya no se le podrán pedir responsabilidades. Pero aquí la frase vale más bien '¡Menuda obstinación con esa idea!'.

⁹ *Estafermo*: «Persona que está parada y como embobada y sin acción» (*DRAE*).

sé? También a ti te requiebra, y te juro que estoy en brasas siempre que le veo echarte la mano... Ganas me dan de tirarle por los cabellos y arrancarle...

PEPA La peluca inglesa.

Dentro don Blas tose y dice: «Cuidado con reñir, Antonio».

ANTONIO No, señor, somos moros de paz¹⁰. [*A Pepa.*] El viejo oye voces y le parece que reñimos. Conque dime...

PEPA ¡Hola!, ¿con celos me vienes? Antonio, hablemos en plata¹¹: mientras su bolsillo esté gordo, no debes reparar en niñerías: el caso es chupárselo poco a poco, hasta llegar a tener un dote¹² regular; entonces... ¡agur, señores, buen viaje!, y largo: lo dejamos plantado y santas pascuas.

ANTONIO Pero, ¿no acabas de hacer ascos?... Yo me desespero... ¡Qué mujeres!... El diablo que las entienda.

PEPA ¿Sabes que me gustas cuando te enfadas? Mira, Antonio: tú y yo somos dos, y los dos nos hemos de casar porque los dos nos queremos. ¿A qué quieres entrar en más honduras?

ANTONIO Pero ese viejo...

PEPA ¿No ves lo que todos se divierten a sus expensas? Esta noche misma ha dispuesto un baile de máscaras, aquí en su casa, únicamente para que su ninfa¹³ venga a distraerse. —La pobre doña Rosita,

¹⁰ *somos moros de paz*: durante la Reconquista, y frente a los *moros de guerra*, existían los *moros de paz*, que eran los que mantenían relaciones pacíficas con los cristianos, comerciaban y pagaban tributos, servían de intermediarios, etc.

¹¹ *hablemos en plata*: hablemos claro.

¹² *un dote*: hoy escribiríamos más bien *una dote*. Luego encontramos también *el dote*.

¹³ *su ninfa*: su amada.

ya se ve, necesita disipar el *esplín*¹⁴.— Él pensará, muy sí señor¹⁵, estarse a su lado toda la noche, como un poste, hablándola al oído; metiéndola caramelitos en la boca¹⁶; mirándola a la cara, como un bobo; colgado de sus ojos y sus labios, y en lo mejor del caso llegará el querido de doña Rosa, el lechuguino¹⁷ don Joaquín, que hará una seña a su Rosita, y cáteme usted¹⁸ aquí al vejete plantado llorando como un niño, deshaciéndose en lamentaciones de novela, mientras su ingrata¹⁹ se menea gentilmente al compás de una mazurca²⁰, a la par de don Joaquín. Y ve aquí cómo el bobo de nuestro amo don Blas gasta su dinero para que otros se diviertan.

Dentro.

DON BLAS	Pepa, ¿está ahí mi peluca?
PEPA	Sí, señor.
DON BLAS	¿Eh?
PEPA	(¡Que el diablo te lleve!)
DON BLAS	¿Eh?
PEPA	Que sí, señor. (¡Sordo maldito!)
ANTONIO	Pero contigo, vamos claros...

¹⁴ *esplín*: del inglés *spleen*, «Melancolía, tedio de la vida» (*DRAE*). Termino muy usual en la literatura romántica, en una época en la que el hastío de la vida era la «enfermedad del siglo».

¹⁵ *muy sí señor*: muy seguro de sí mismo.

¹⁶ *hablándola al oído; metiéndola caramelitos en la boca*: casos de laísmo, frecuentes en Navarro Villoslada.

¹⁷ *lechuguino*: «Persona joven que se compone mucho y sigue rigurosamente la moda», o «Muchacho imberbe que se mete a galantear aparentando ser hombre hecho» (*DRAE*).

¹⁸ *cáteme usted*: vea usted.

¹⁹ *su ingrata*: alusión al tópico literario de la «ingrata amada enemiga», desdeñosa con el enamorado que la galantea.

²⁰ *mazurca*: «Danza de origen polaco, de movimiento moderado y compás ternario» (*DRAE*).

- PEPA Déjame hablar. Luego mi señora doña Rosa se acordará de su amante fantasma, y pasará por delante de él; y una seña o una sonrisa bastan para que el cornudo del viejo diga cayéndosele la baba: «¡Angelito de Dios!, mucho me quiere».
- ANTONIO Pero si lo tuyo pasa a cosas de bulto...
Tose don Blas al salir.
- PEPA Chitón, el amo.

Escena II

Don Blas vestido de máscara, sin careta y sin peluca, y dichos.

- DON BLAS Dame, Antonio, la peluca que está peinada a la inglesa. *Tose.*
¡Qué plomo! Jesús, no es esa.
Todo lo embrolla y trabuca.
El tiempo está, vive Dios,
para estar así... *Tose.* ¡Qué maza²¹!
- PEPA ¿Con tan gentil calabaza²²
y de máscara?...
- DON BLAS ¡Ay, qué tos!
Tose.
- ANTONIO ¡Aquí está!
Se la da a don Blas.
- DON BLAS *A Pepa, después de ponérsela.*
¿Te gusto?
- PEPA Sí.
- DON BLAS ¿Qué dices, mujer?
- PEPA ¿Yo? Nada.

²¹ *maza*: «Persona pesada y molesta en su conversación y trato» (DRAE).

²² *calabaza*: calva, calavera.

- DON BLAS ¿Eh? ¿Eh? ¿Que está mal peinada?
¿A ver? Estoy bien así.
Se mira a un espejo.
- ANTONIO ¿Ya se ha puesto usted los dientes?
- DON BLAS ¿Eh?
- ANTONIO (¡Dios te confunda!, vaya.
¡Qué sordo!... Pasa de raya.)
- DON BLAS ¿Gordo? Te digo que mientes.
¿Gordo? Pues ¿has visto un talle
más fino y pulido? ¿Ves?
- ANTONIO Por más que ande usted²³ en dos pies,
bruto parece en la calle.
- DON BLAS De gusto..., tienes razón.
¿Está todo ya dispuesto?
¿Luces, música? ¿Está puesto
el ambigú²⁴ en el salón?
- ANTONIO Sí, señor. Dos onzas de oro
van gastadas esta noche.
- DON BLAS Bueno. ¿Y has enviado el coche
a Rosita, el bien que adoro?
- ANTONIO Sí, señor.
- PEPA (Lindos amores.)
- ANTONIO Y al cafetero de enfrente
se le debe la aguardiente,
ítem más, y los licores...
Y... nada más.
- PEPA (¡Vaya un bobo!
Chuparle lo que podamos,
que nosotros engordamos
con bobos.)

²³ *usté*: esta forma vulgar resulta aquí necesaria para la medida del verso, y lo mismo más abajo en otras ocasiones.

²⁴ *ambigú*: «comida compuesta de platos normalmente fríos que se sirven todos a la vez» (DRAE).

DON BLAS ¿Qué hablas de lobo?

PEPA Que no se acordaba Antonio
 se le deben al cerero...
 Siete y dos y llevo cero...
 Noventa reales.

DON BLAS ¡Demonio!
¡Bribones!... ¡Qué tararira!
No es posible.

PEPA No hay remedio.

DON BLAS ¡Noventa reales!

PEPA Y medio,
para que no haya mentira.

DON BLAS ¿Y las dos onzas?

ANTONIO *Asustado.* ¡Por Dios!

PEPA *A Antonio.* No te aturdas. *A don Blas.* Por el traje una y por este plumaje.
(Y la otra para los dos.)

DON BLAS Vamos, me voy a arruinar...
Pero se muere por mí
aquel ángel; solo así
tal gasto puedo aguantar.

ANTONIO ¿Quién? ¿Doña Rosa? ¡Ay, qué potro!

DON BLAS ¿Eh?

ANTONIO Si ella triunfa es a costa.

PEPA Calla.

DON BLAS ¿Quién viene en la posta?

PEPA Ella.

DON BLAS ¡Si está aquí!

PEPA Pues otro.

ANTONIO Mientras usted los regala,
 con su amante don Joaquín...

DON BLAS ¿Que falta el primer violín?
Pues búscalo, enhoramala.

- ANTONIO ¿Es usted de cal y canto?
- DON BLAS ¿Eh?
- ANTONIO (¡Qué sordo! El diablo lleve
al que a cortejar se atreve
con tantos años y tanto...)
- DON BLAS ¿Músicos de canto?... No,
no son precisos y cuesta...
Que vengan los de la orquesta
para el baile, ¡y se acabó!
- PEPA ¿También dará usted una vuelta?
- DON BLAS Si se empeñase Rosita...
Pero esta gota maldita...
y esta luna tan revuelta...
- PEPA Bien, bien; pues danzar aprisa.
(¡Un vejestorio asqueroso
con este humor!... ¡Qué gracioso!
No puedo tener la risa.)
- DON BLAS ¿Qué hablas ahí?
- PEPA Digo a Antonio
que parece usted un mozo
que apenas le apunta el bozo.
- DON BLAS Las chicas son el demonio.
Se oye dentro gritería y chillidos de máscaras.
- ANTONIO Señor, la gente; ya grita.
¿No las oye usted chillar?
- DON BLAS ¿Eh?
- ANTONIO La máscara: a bailar.
Dándole la máscara.
- DON BLAS ¿Si habrá venido Rosita?
Pepa, ¿voy bien por detrás?
Deja que me mire un poco.
Se mira al tocador y se pone la máscara.
Ella me va a volver loco.

PEPA (¡Hace tiempo que lo estás!)
Vase don Blas dando cabriolas y chillando como máscara.

Escena III
Antonio y Pepa.

ANTONIO ¡Jesús, qué peste!... En mi vida
 vi un hombre por el estilo:
 ¡oliendo de media legua
 a muerto, y tan presumido!

PEPA No seas tonto; si tiene
 lucido y franco el bolsillo,
 ¿qué se nos da que de sesos
 esté el infeliz vacío?
 Cuentas claras: la función
 para nosotros se hizo.
 ¿Cuánto has ahorrado? Sé franco.
 ¿Hay para el dote?

ANTONIO Escasito.

PEPA Pues nada importa: esta noche
 lo hemos de tener cumplido,
 si me ayudas a un proyecto.

ANTONIO Cuenta con todo mi auxilio;
 pero... será un disparate.

PEPA ¿Disparates yo?

ANTONIO Pues dilo.

PEPA Ya sabes tú que nuestro amo
 le ha regalado el vestido
 de máscara a doña Rosa;
 el objeto es muy sencillo...

ANTONIO Vamos, para conocerla
 sin descubrirse.

- y dentro de tres domingos
boda *me fecit*²⁶. ¿Que sí?
- ANTONIO Lo que tú quieras... ¡Dios mío!
¡Seis onzas! Deja que bese
la tierra que pisas.
- PEPA Juicio,
y no haya en casa dos locos
y a los dos²⁷ a un tiempo mismo
engañe.
- ANTONIO Máscaras²⁸ vienen;
vámonos de aquí; es preciso
para disponerlo todo.
- PEPA Que ya llegan: anda listo.
Vanse por la puerta de la [izquierda.]

Escena IV

Doña Rosa y don Joaquín.

Saldrán vestidos de máscara y al llegar al fondo se quitan las carátulas.

- DON JOAQUÍN ¡Gracias a Dios que podemos
respirar lejos al fin
de ese viejo moscardón
que no nos deja vivir!
Toda la noche a tu lado,
sin apartarse de ti,
requebrándote al oído...
¡No lo podía sufrir!
¡Qué moscardón!

²⁶ *boda me fecit*: la expresión latina *me fecit* (literalmente, ‘me hizo’) se usaba, acompañada de un nombre, para indicar la persona que había fabricado un objeto o arma. Aquí está utilizada simplemente en tono festivo: ‘boda tenemos’.

²⁷ *dos*: añadido esta palabra para completar el sentido.

²⁸ *Máscaras*: en el ms. «Mascas», por *lapsus calami*, que enmiendo.

DON JOAQUÍN Ningún obstáculo
me separa ya de ti.
Ninguno, Rosa, si me amas.
¿Quieres ser mía? Habla, di.

DOÑA ROSA Pero ¿cuándo te ha venido?

DON JOAQUÍN Rosa, hoy mismo. ¿Me amas?

DOÑA ROSA Sí.

DON JOAQUÍN ¡Dicha inefable!... ¡Oh delirio!

DOÑA ROSA Seré tu esposa, Joaquín;
y a ese viejo presumido
hemos de burlar aquí.

DON JOAQUÍN ¿Cómo?

DOÑA ROSA A la vista del mundo
se lo sabremos decir,
que cortejar con emplastos,
fuente³⁰, gota y peluquín...
Tose don Blas.

DON JOAQUÍN ¡Chito³¹, ya viene!

DOÑA ROSA Con él
nos hemos de divertir.
Vanse por el frente.

Escena V
Don Blas.

DON BLAS Toda la casa corro
en busca de mi Rosa;
y a fe que ya me canso...
que esta maldita gota...
luego esta tos... *Tose.* ¡Jesús!
¿Dónde estarás, pichona?

³⁰ *fuelle*: llaga, herida que supura.

³¹ *Chito*: chitón, silencio.

Algunos envidiosos
 de tu gusto y mi gloria
 te detendrán, y tú,
 llorando sog a sog³²,
 de mí te acordarás,
 de tu don Blas que adoras.
 Bien pensado, es el caso
 no común en la historia...
 ¡La niña enamorarse
 de mí ciega!... ¡Monona!³³
 Yo no soy de esos jóvenes
 botarates, y en boga
 están esos troneras³⁴
 para amantes ahora.
 Y con todo la pobre,
 la infeliz está loca
 por su don Blas... ¡Qué momos³⁵,
 qué risas con su boca
 me hace la chica! ¡Pobre!
 Por mí se muere... ¡Hola!³⁶

Escena VI

Don Blas y Pepa.

Pepa, vestida de máscara igual que doña Rosa y con la careta puesta, hará señas a don Blas para que apague la luz hasta que, viendo que no lo entiende, le da ella misma un soplo, cuando abajo se indique.

³² *llorando sog a sog*: deforma humorísticamente la expresión *llorar hilo a hilo* 'llorar mucho'.

³³ *¡Monona!*: otra de las muchas expresiones coloquiales que abundan en la pieza: 'muy mona'.

³⁴ *troneras*: en sentido figurado y coloquial, *tronera* es «Persona de vida disipada y libertina» (DRAE).

³⁵ *momos*: *momo* es «Gesto, figura o mofa que se ejecuta regularmente para divertir en juegos, mojigangas y danzas» (DRAE).

³⁶ *¡Hola!*: voz para llamar a otro, normalmente un sirviente.

DON BLAS ¿Dónde estabas metida?
 ¿Eh? ¿Qué dices, hermosa?
 Grita más, que no entiendo.
 No temas nada, tonta:
 estás junto a don Blas,
 y aunque venga Mahoma...
 ¡Qué bajo hablas! Maldito
 si te entiendo una jota.
 ¿Eh? ¿Que quieres bailar?
 ¡Cuánto mejor, hermosa,
 es estar disfrutando
 de tu habla seductora!

Apaga Pepa la luz y se quita la careta.

 ¿Apagaste la luz?...
 ¿Qué demonios de cosas
 estás ahí revolviendo?

PEPA ¿Don Blas?

DON BLAS ¿Qué dices, Rosa?
 Grita así. Bien, ya te oigo.
 Me hacías creer ahora
 que estaba un poco sordo:
 ¡no faltaba otra cosa!

PEPA (Veremos si lo estás
 para abrirme la bolsa.)

DON BLAS ¿Eh? Con ese barullo
 nada se oye. Preciosa
 estás con ese traje.
 ¿Yo qué tal? Sin lisonja.
 No sé si has reparado
 mi peinado a la moda...
 ¡Por fuerza estar a oscuras!
 ¿Por qué has sido tan tonta
 de apagar esa luz?

PEPA No quiero que nos oigan,
 ni nos vean.

PEPA Luego un no sé qué..., un... así...
que me encanta y enamora.

DON BLAS Por supuesto; y luego dicen
que soy viejo: envidia, y gorda.

PEPA Me parece usted un modelo
de hermosura. Sin lisonja.

DON BLAS Y eso que tú no me has visto
con mi peinado de moda.

PEPA (¡Vaya un majadero! Vamos,
un breve asalto y se toma
este castillo. ¡Valor!)

DON BLAS Lo que es color no me sobra;
pero, en fin...

PEPA Yo me contemplo
la mujer más venturosa...

DON BLAS ¿Mi esposa? Tú lo serás.

PEPA Pero, don Blas, hoy me ahoga
un pesar.

DON BLAS ¿Qué tienes?, di.

PEPA No es nada, un negocio de honra.

DON BLAS Habla claro.

PEPA Que mi prima
la Marquesa estrenó hoy sola
un elegante vestido
que le ha costado seis onzas,
y se ha burlado de mí
ante la tertulia toda.

DON BLAS ¿Qué boda, ni qué demonios?

PEPA Esa mujer orgullosa
me insulta, porque no puedo
llevar este lujo.

DON BLAS ¡Tonta!...
Mientras viva yo, no llores
por esas simplezas. Toma.

Saca un bolsillo y se lo da.

PEPA ¿Qué me da usted?

DON BLAS Yo no sé
si son ocho, o seis... No importa.

Dentro.

DON JOAQUÍN Cayó el bobo.

PEPA *Fingiendo ternura.* ¡Don Blasito!

DON BLAS Al cabo, has de ser mi esposa.

PEPA (Sí, de Antonio, en el instante.)
¡Jesús, la gente, y yo sola
aquí con usted...!

DON BLAS ¿Qué haré?

PEPA Escondarse, que ya asoman⁴¹.

Escóndese el viejo debajo de una mesa y deja caer la peluca.

(Yo recogí mi dinero:
buenas noches, y hasta otra.
A todo el mundo convidado,
que luego será mi boda.)

Escena VII

*Don Leandro, don Paco, don Gerónimo, don Joaquín.
De máscara todos, pero se quitan las caretas al entrar.*

DON PACO (¿Dónde se ha escondido?)

DON LEANDRO (Debajo la mesa⁴².)

DON JOAQUÍN (Pues arrimémonos bien, para que oiga.)

Se reúnen alrededor de la mesa.

⁴¹ *Escondarse, que ya asoman*: en las comedias de enredo del Siglo de Oro, un lance típico era el de esconderse el galán (que se estaba viendo con su dama) ante la llegada inesperada del padre o del hermano de ella; aquí, por inversión cómica, quien se esconde es el vejete galán, que será burlado.

⁴² *Debajo la mesa*: forma usual en la lengua clásica.

- DON GERÓNIMO Aquí tomaremos el aire libre. ¡Qué sofoco!
- DON PACO Sudando estoy a mares. ¡Jesús, qué calor! ¡Hola, don Joaquín, ¿conque usted es el de la broma? Muchas gracias.
- DON JOAQUÍN ¿No me ha conocido usted?
- DON PACO De ningún modo; si no, ya le tenía a usted dispuesta una carda⁴³ mediana.
- DON LEANDRO Antes de todo, don Joaquín, que sea enhorabuena.
- DON GERÓNIMO ¿De qué? ¿De alguna conquista?
- DON LEANDRO Nada de eso: hoy ha conseguido el empleo que solicitaba.
- DON PACO Y
- DON GERÓNIMO Que sea enhorabuena.
- DON JOAQUÍN Gracias, señores.
- DON BLAS (A mí me lo tiene que agradecer. Yo he hecho el empeño, por contentar a Rosita.)
- DON JOAQUÍN Luego me tendrán ustedes que dar otra.
- DON BLAS (Estos plomos no se irán de aquí nunca; ¡ay, mis espaldas!)
- DON GERÓNIMO ¿Pues qué tenemos?
- DON JOAQUÍN Que me caso.
- DON BLAS (¡Diantre!)
- DON PACO (Gritar bien⁴⁴, para que lo oiga el viejo.)
- DON LEANDRO ¿Y cuál es la novia?
- DON JOAQUÍN ¿Han visto ustedes una máscara vestida de [...]?⁴⁵
- DON BLAS (¡Estoy en brasas!)

⁴³ *carda*: «Amonestación, reprensión» (DRAE).

⁴⁴ *Gritar bien*: uso del infinitivo con valor de imperativo (por «Gritad bien»), usual en el habla coloquial.

⁴⁵ *una máscara vestida de [...]*: queda en el ms. un hueco en blanco, para completar de acuerdo con el vestido de la representación concreta que se hiciese.

- DON PACO ¿Que toda la noche ha sido perseguida por ese chocho de don Blas?
- DON BLAS (¡Por vida!)
- DON JOAQUÍN La misma.
- DON BLAS (¡Mientes con toda tu boca!⁴⁶)
- DON PACO Pues corrían voces de que os la soplab a ese brujo.
- DON BLAS (¡Si tendría⁴⁷ peluca, saldría a arrancarte la lengua!)
- DON JOAQUÍN Yo descansaba tranquilo en la constancia y en el amor de Rosita.
- DON BLAS (¡Pues vaya un bruto! Si se va a casar conmigo.)
- DON JOAQUÍN Nunca ha tenido otro amor.
- DON BLAS (¡Mientes!)
- DON PACO ¿Sabes lo que debías hacer con el viejo? Desollarlo vivo, por haber tenido la osadía de cortejarla.
- DON BLAS (¡Uf!... No puedo resistir más.)
- DON LEANDRO Yo lo metería en un baño de yelo para templar el ardor de su sangre.
- DON BLAS (Y lo harán esos malditos.)
- DON JOAQUÍN Por mi cuenta corre que no quedará sin castigo.
- DON BLAS (No hay aguante. ¡San Antonio bendito! Una peluca y salgo a confundir a esos bribones.)
- DON GERÓNIMO A lo menos sin un buen estirón de orejas no se debe escapar.
- DON BLAS (Bonitas están para eso con la erisipela⁴⁸.)

⁴⁶ *¡Mientes con toda tu boca!*: expresión para reforzar la falsedad de las palabras del otro personaje. Felipe, en *La hija del avaro. Comedia en dos actos traducida del francés por don Emeterio Suazo* (1840), exclama: «¡Mientes con toda tu boca, bellaco!»; y Marcela, en *Angelina o el honor de un brigadier*, de Enrique Jardiel Poncela, dirá: «¿Qué te piensas? ¿Qué estoy loca? / Mientes, con toda tu boca! / Mientes, con todos tus dientes».

⁴⁷ *Si tendría*: sic en el original; lo correcto sería *Si tuviera*.

⁴⁸ *erisipela*: «Inflamación microbiana de la dermis, caracterizada por el color rojo y comúnmente acompañada de fiebre» (*DRAE*).

- DON GERÓNIMO Mucho nos hemos de reír con ese Matusalén⁴⁹.
- DON BLAS (¿Que me van a freír en una sartén? ¡Judíos!⁵⁰)
- DON LEANDRO Señores, ¿a quién se le ha perdido una peluca?
- DON BLAS (Esto solo faltaba.)
- DON PACO Calla. Si es la de don Blas. ¿Quién demonio la habrá traído aquí?
- DON JOAQUÍN No estará muy lejos el amo.
- DON BLAS (Más quisiera que me llevaseis el corazón que no mi peluca.)
- DON LEANDRO Él pensó hacer con ella su conquista.
- DON JOAQUÍN Sí, la de Rosita, mi esposa.
- DON BLAS (¡Es mucha tema⁵¹! ¡Demonio, que es mía! ¡Yo reviento!)
- DON PACO Mazurca tocan: señores, en baile⁵².
- DON GERÓNIMO (No ha sufrido mala felpa⁵³ el vejestorio.)
- DON JOAQUÍN Vamos a bailar, y para sainete nos queda la peluca de don Blas.
- DON PACO Yo voy a lucirme con ella. *Se la pone.*
Vanse.

Escena VIII

Don Blas.

Sale de debajo la mesa⁵⁴ sudando, sin poder ponerse derecho.

⁴⁹ *Matusalén*: persona de edad muy avanzada, por alusión al personaje bíblico (el octavo patriarca antediluviano, hijo de Enoc, padre de Lamec y abuelo de Noé, que según el *Génesis* vivió 969 años).

⁵⁰ *¡Judíos!*: voz usada aquí como insulto.

⁵¹ *tema*: obstinación, manía.

⁵² *en baile*: o sea, 'en posición de baile'.

⁵³ *felpa*: rapapolvo o zurra de golpes (ver *DRAE*).

⁵⁴ *debajo la mesa*: ya se anotó que es forma usual en la lengua clásica.

DON BLAS

¡Con un batallón de diablos
 marchad de aquí! ¡Qué sofoco!
 ¡Jesús, yo me vuelvo loco!
 Yo salgo echando venablos⁵⁵
 si se detienen un poco!
 ¡Decir el otro bribón
 que se casa con Rosita,
 que es suyo su corazón!
 Eso quisiera: ¡maldita
 sea tal generación!
 ¡Y llamarme brujo y raro
 cuando Rosa ha dicho aquí
 que soy un buen mozo!... Sí,
 esto es pura envidia... Claro,
 no me la pasáis a mí.
 ¡Llevarse el otro bergante
 mi peluca!..., ¡mi tesoro!
 ¡Cuando saben que la adoro
 poco menos que a mi amante!⁵⁶

Pausa.

Si la criada o Antonio
 se acercasen por aquí,
 otra peluca de allí
 me trajeran. ¿Qué demonio
 dirían al verme así?
 Pero no parecen⁵⁷. ¿Pepa?
 Más vale apagar la luz... *La apaga.*
 y aunque entren, ninguno sepa
 que soy calvo: ¡ay, Dios, qué cruz
 me habéis dado! ¿Antonio? ¿Pepa?

⁵⁵ *echando venablos*: diciendo improperios.

⁵⁶ Redondilla en un pasaje de quintillas.

⁵⁷ *no parecen*: no aparecen.

DOÑA ROSA Tenéis razón.
 DON JOAQUÍN (Ve ligera:
 reiremos a su escote⁵⁸.)
 DOÑA ROSA ¿Y la voz?
 DON JOAQUÍN La fingiré.
 DOÑA ROSA Pues yo quedaré en acecho
 con aquellos.
 DON JOAQUÍN Muy bien hecho.
 DOÑA ROSA Y con luces entraré.
 Vase.

Escena X

Don Blas y don Joaquín.

DON BLAS Yo, Rosita, no te entiendo
 ni siquiera una palabra.
 DON JOAQUÍN Estoy un poquito ronca. *Fingiendo la voz.*
 DON BLAS Pobre, estarás constipada.
 Yo también. *Tose.* Con este cierzo...,
 esta tos... *Tose.* ¡Jesús!, me enfada.
 DON JOAQUÍN ¿Tenéis frío en la cabeza?
 DON BLAS ¿Cerveza? No está aprobada
 para la tos; mejor es...
 DON JOAQUÍN ¿Qué es esto que toco? ¿Es calva?
 DON BLAS (¡Adiós, ya me han descubierto!)
 DON JOAQUÍN ¿Eh? *Haciéndole burla.*
 DON BLAS ¡Rosa, Rosa de mi alma!
 DON JOAQUÍN ¿Qué decís?
 DON BLAS Mira, no quiero
 a mi esposa ocultar nada.

⁵⁸ *a su escote*: a su costa.

- Es cierto que lo que tocas
en mi cabeza es la calva...
- DON JOAQUÍN ¿Y llevaba usted peluca?
- DON BLAS Sí, pero, hablándote en plata,
es porque es moda; si no,
nunca peluca llevara...
- DON JOAQUÍN Ni fuera usted calvo.
- DON BLAS Así es.
- DON JOAQUÍN ¡Jesús, la moda es extraña!
Yo me arranco los cabellos
desde esta noche o mañana.
- DON BLAS Así lo debes hacer
para seguir la elegancia,
como tu amante don Blas.
- DON JOAQUÍN Voy a estar enamorada
de todos los calvos.
- DON BLAS ¿Eh?
(Si la niña es una alhaja;
todo disimula. ¡Perla!
Aunque le confiese que
soy un poco sordo... vaya,
lo va a creer al instante.)
- DON JOAQUÍN ¿Disponemos para Pascuas
nuestro feliz himeneo⁵⁹?
- DON BLAS ¿Dices que me meo? ¡Calla!
Será sin sentir.
- DON JOAQUÍN No es eso.
- DON BLAS ¿Queso? Mejor es tortada⁶⁰:
ya iremos al ambigú...
(Ni un dulce tengo, ¡qué lástima!)

⁵⁹ *himeneo*: matrimonio.

⁶⁰ *tortada*: «Torta grande, de masa delicada, rellena de carne, huevos, dulce, etc.»
(DRAE).

DON JOAQUÍN (Es de mármol el buen hombre.
¿Y este emplasto, este fantasma
es mi rival? Me avergüenzo:
pero el pobre, ¡bien lo paga!)

DON BLAS ¿Eh?

DON JOAQUÍN Don Blas, decía...

DON BLAS ¿Eh?

DON JOAQUÍN ... que mucho el tiempo retarda
nuestra boda.

DON BLAS Rosa mía,
deja que bese tus plantas...
¿Tú lo dices? Cuando quieras.
Se arrodiilla.

DON JOAQUÍN (Pues no es chiquita la dama.)
Rosa, la luz; pronto, luz.

DON BLAS Sí, por la cruz sacrosanta,
yo lo juro que has de ser
tú mi esposa idolatrada.

DON JOAQUÍN Luz, o reviento de risa.

DON BLAS ¿Que se haga aprisa? Bien, vaya:
será para cuando gustes;
si quieres, para mañana.

Escena última

*Don Blas, don Joaquín, don Leandro, don Paco, don Gerónimo
y doña Rosa, que entran con luces en la mano.*

DON PACO ¿Qué es esto, señor don Blas?

DON BLAS ¡La gente! ¡Y yo sin peluca!

DON GERÓNIMO ¿Os ha dado un accidente?

DON BLAS Esta es mi esposa futura.
Le coge la mano a don Joaquín.

que es ridículo, imposible,
*enamorar con peluca*⁶⁶.

⁶⁶ *enamorar con peluca*: el último verso consigna el título de la obra, siguiendo una práctica habitual en muchas piezas dramáticas clásicas.

VIDA COMÚN
COMEDIA EN UN ACTO EN PROSA

PERSONAS¹

Don Manuel de Pinto
Don Juan Valdemoro
Doña Claudia, esposa de Pinto
Doña Marcela, esposa de Valdemoro
Antonio, sobrino de Pinto
Cecilia, hija de Valdemoro
Don Alberto de Santoña, amigo de Pinto
Tomasa, criada de los Pinto
Pepa, criada de los Valdemoro

Escena I

Cecilia. Antonio.

CECILIA Pero, vamos a cuentas, señorito: ¿Qué se ha hecho usted en Barcelona en todo un año de ausencia?

ANTONIO Nada..., lo que se llama nada.

CECILIA ¿Cómo es eso? ¡Un empleado de la nación, un funcionario público!

ANTONIO Por lo mismo he podido pasarme sin hacer nada.

¹ Añado este cuadro de personajes, que no consta en el manuscrito, así como la indicación «Comedia en un acto en prosa». Respecto al título, en el ms. figura tachado otro: *Dos tocas en un hogar* (véanse las líneas finales, también tachadas, de la obra, que reproduzco en nota).

- CECILIA Pero, señor..., ¡un oficial décimo de las oficinas de Hacienda!...
- ANTONIO Esa es la razón. ¿Cómo quieres que a mí me cayese nada que hacer, si había nueve delante de mí ocupados de lo propio que yo?
- CECILIA Y entonces, ¿quién despachaba...?
- ANTONIO ¿Los expedientes? Se despachan solos, o no se despachan, o los despacha el meritorio², por aquello de que el último mono³ es el que se ahoga.
- CECILIA ¿Y qué utilidad reporta?...
 ANTONIO ¿Puedes dudarle, Cecilia del alma? ¿Tendría yo, si así no fuera, seis mil reales de renta que me dan derecho a un destino de doce mil, cuyos doce mil del pico me darán derecho a tu blanca mano?... ¡que beso!
- Le besa la mano.*
- CECILIA Cepos quedos⁴, señor libertino. ¿Quién le manda tomarse lo que no quiero darle?
- ANTONIO Resabios de financiero.
- CECILIA ¡Bribonzuelo! ¿Sabes que te has hecho muy atrevidillo desde que saliste de tu familia? *Aparte.* Es lo único que le faltaba para ser un muchacho completo.
- ANTONIO ¿Atrevido? ¿Qué quieres? He llegado a comprender que en esta época es lo que hay que ser en el mundo.
- CECILIA Venírsenos ayer desde Barcelona, dejándolo todo abandonado, ¡y sin licencia!

² *meritorio*: «Persona que trabaja sin sueldo y solo por hacer méritos para entrar en una plaza remunerada» (*DRAE*).

³ *el último mono*: *ser alguien el último mono* es «Ser una persona insignificante, no contar para nada» (*DRAE*); aquí, ‘el que se lleva la peor parte del trabajo, el que carga con todo’.

⁴ *Cepos quedos*: expresión de sabor cervantino, repetida en muchas obras de Navarro Villoslada.

ANTONIO ¡Vamos! No vuelvas a repetirme el sermón que ayer me echó de sobremesa mi señor tío, y la plática que encima me encajó tu señor papá. ¿Qué hacía yo en Barcelona? Ya lo sabes: nada. ¿Quién conocía allí mis méritos? ¿Quién premiaba mis servicios?

CECILIA ¿Cuáles?

ANTONIO Mujer, ¿te parece poco haber estado cavilando día y noche en cobrar esos miserables seis mil reales de sueldo? Dos noticias vinieron a sacarme de mi estupor: la reunión de nuestras dos familias en un mismo cuarto, y la crisis ministerial. Llego a saber que el horizonte está turbio; que un cierto amigo de mi tío es el candidato para el Ministerio de Hacienda, y dije para mí: «Antonio, ¿qué te haces en Barcelona olvidado...».

CECILIA ¡Eso no!

ANTONIO ... oscurecido, postergado y no comprendido de ese vulgo de contribuyentes? A Madrid, a Madrid, donde a río revuelto...⁵ Y luego, eso de saber que por la reunión de tu familia y la mía habíamos de vivir bajo un mismo techo, en dulce armonía, dulce preludio de aquellos dulcísimos días en que... en que...

CECILIA ¿En que...? ¡Buenos méritos has hecho para que yo te quiera! ¡Salirme ahora con que has estado ocioso todo el año!

ANTONIO ¿Eres tú por ventura el jefe de la oficina, Cecilia? Deja que te examine a ver si traes aquellos anteojos verdes, montados en una nariz de berenjena... ¿Eres el inspector, o siquiera el ministro del ramo?

⁵ a río revuelto...: ... *ganancia de pescadores* es como sigue este refrán, todavía de uso corriente hoy día.

- CECILIA No, señor, pero estoy muy interesada en saber tus ocupaciones; porque como la ociosidad es madre de todos los vicios⁶, y vicio es estar enamorado...
- ANTONIO ¡Cómo!
- CECILIA *Con viveza.* En Barcelona; en Barcelona, se entiende.
- ANTONIO ¿Conque es decir que me amas?
- CECILIA Conque es decir que todos sois unos bribones... ausentes y presentes. Que os olvidáis de las pobresillas...
- ANTONIO De ti no, Cecilia mía. Al margen de los expedientes trazaba tu retrato con lápiz; en las carpetas te escribía versos; el respaldo de las circulares me servía de borrador de tus cartas; y al pie de las sumas, en vez de totales, ponía tu dulce nombre, Cecilia, mi prometida, ¡mi hermosa Cecilia!
- CECILIA ¡Cáspita! ¡Y luego dices que no has trabajado!
- ANTONIO Bien merezco aspirar a los doce mil del pico.
- CECILIA Y a lo que sigue a los doce mil.
- ANTONIO Entretanto, querida Cecilia, me tomo un abrazo.
- CECILIA No por cierto, atrevido.
- ANTONIO No me sirven excusas: me figuro que eres un contribuyente, y yo comisionado de apremios⁷: notifico, embargo y...
- CECILIA Déjate, que cuando estemos casados...
- ANTONIO Entonces seré yo el embargado. Suspendamos, pues, la ejecución. Puesto que yo consiento, que tú consientes, que tus padres consienten, poco nos falta.

⁶ *la ociosidad es madre de todos los vicios*: esta formulación es refrán bien conocido.

⁷ *comisionado de apremios*: es lenguaje de la Administración pública decimonónica; Rojo, personaje de *La piedra angular* de Emilia Pardo Bazán, le explica a Moragas: «Entonces —contestó el hombre sombríamente, recapacitando para recordar el nuevo peldaño de la escala social que rodara—, entonces... me metí a comisionado de apremios».

- CECILIA El empleo.
- ANTONIO Si no es más que eso, dalo por hecho. Mi primo Leoncio, director de ese periódico de la tarde, titulado *El Crepúsculo Vespertino*, me acaba de decir que está nombrado ministro de Hacienda aquel don Alberto de Santoña⁸, amigo de mi tío, compañero de infancia.
- CECILIA ¿Qué sirve eso? Los ministros no gustan de los recuerdos de la infancia, porque...
- ANTONIO Deja el porqué. Sin embargo, para una friolera⁹ como esa... Además de que Santoña no es de esos... Le conozco bien.

Escena II

Los mismos. Santoña.

- SANTOÑA *Desde afuera.* Gracias, niña. Que no se incomode; no tengo prisa... Vengo por todo el día. Esperaré aquí dentro.
- ANTONIO ¡Esa voz!... Parece la de... *Viéndole entrar.* ¡El mismo!
- CECILIA ¿Quién?
- ANTONIO ¡El ministro del ramo! ¡Y yo aquí sin real licencia!
- SANTOÑA *Saludando.* Señorita...
- ANTONIO ¡Buena la hemos hecho!
- SANTOÑA ¡Cómo! ¿Usted por aquí, Antoñito?
- ANTONIO No, señor..., no estoy aquí... He venido dando un paseo... Como ahora se está haciendo el ca-

⁸ *Alberto de Santoña*: en el ms., *Juan de Santoña*, que corrijo para unificar el nombre de este personaje.

⁹ *friolera*: tontería, cosa sin importancia.

- mino de hierro¹⁰... Será un gusto cuando toda España esté cruzada...
- SANTOÑA Sí, pero entretanto habrá venido usted...
- ANTONIO Volando, como quien dice.
- CECILIA A darle a usted la enhorabuena.
- SANTOÑA ¿A mí? ¿De qué?
- CECILIA Del Ministerio de Hacienda.
- SANTOÑA No admito.
- CECILIA ¿La enhorabuena?
- SANTOÑA El Ministerio. Justamente por huir de compromisos y de amigos que me importunan vengo aquí a pasar dos o tres días oculto en casa de mi amigo Pinto, mientras se pasa la crisis... Como estos barrios son tan pacíficos y retirados...
- CECILIA ¡Qué desgracia!
- ANTONIO ¡Y yo que creí que era usted mi jefe!
- CECILIA Y a nosotros que nos hacía falta que fuese usted nuestro jefe, siquiera por un cuarto de hora.
- SANTOÑA No es mucho pedir. Según eso, Antoñito trataba de ascender.
- CECILIA Buena falta nos hace.
- SANTOÑA ¡Cómo! ¡A su edad tener seis mil reales!
- CECILIA Para un soltero, ya puede pasar; pero... cuando hay otras obligaciones...
- SANTOÑA ¿Qué es eso? ¡Calle! Pues ahora veo que usted está aquí como en familia... ¿Se ha casado usted, por ventura? Y esta señora, ¿será su esposa de usted?
- CECILIA Todavía no; pero es lo mismo.
- SANTOÑA ¡Lo mismo! Pues entonces, ¿dónde estoy? Vengo aquí, me apeo del coche, pregunto por mi amigo

¹⁰ *el camino de hierro*: 'el ferrocarril'; calco del francés, *chemin de fer*.

- Manuel de Pinto... Me dicen que luego viene; entro aquí y me encuentro...
- ANTONIO En su casa, señor de Santoña; o por mejor decir, en su media casa; porque mi tío y su señora viven en compañía de sus antiguos amigos los señores de Valdemoro, padres de esta señorita.
- SANTOÑA ¿Conque las dos familias viven en un mismo cuarto?
- CECILIA Como hermanos, todos muy bien avenidos. Mis papás viven en las habitaciones de la derecha, y los tíos de este caballero en las de la izquierda; esta es una sala común a las dos familias.
- ANTONIO Un terreno neutral.
- SANTOÑA En el que ustedes se encontrarán frecuentemente.
- CECILIA No, señor. Si vino ayer Antoñito de Barcelona. Si hubiese sido usted ministro siquiera para traerlo aquí de oficial primero, o de cualquier cosa... ¡Tiene una letra tan bonita!
- SANTOÑA ¡Hola! ¿Conque usted la conoce?
- CECILIA ¡Si no hacía otra cosa que escribirme cartas y versos!
- ANTONIO ¡Calla, maldita! ¿Te parece que me acreditas para un ministro de Hacienda diciendo que hago versos?
- SANTOÑA ¡Vamos, vamos! ¡Ya veo que no son los padres los únicos que aquí están de acuerdo!
- CECILIA En viviendo juntos, todos estamos como ángeles.
- SANTOÑA ¿Pero qué diantres de idea ha sido la de reunirse Pintos y Valdemoros¹¹?
- CECILIA ¡Como los cuartos han subido tanto!...

¹¹ *reunirse Pintos y Valdemoros*: los nombres de los personajes son los de dos localidades madrileñas muy cercanas entre sí, que figuran en la frase hecha *estar entre Pinto y Valdemoro*, con la que se indica que algo está indeciso o vacilante.

- ANTONIO ¡Y como han puesto juntos una fábrica de chocolate!...
- CECILIA ¡Y como al fin y al cabo habíamos de parar en eso!
- SANTOÑA ¡Ya!
- ANTONIO ¡Y aquí tenemos jardín y... todo!
- SANTOÑA ¡Y todo! ¡Ya! Vaya, pues yo no vengo de visita. Voy a dejar la capa y estos papeles, y bajaremos al jardín a buscar a mi amigo.
- Vanse Santoña y Antoñito.*
- CECILIA ¿Pepa? *Sale Pepa.* Toma esa capa y esa cartera: son de un amigo del señor Pinto; llévalas a su cuarto.
- Vase.*

Escena III

Pepa. Tomasa.

- PEPA ¡Un amigo del señor Pinto! Me ha hecho gracia. ¿Soy yo criada del señor Pinto? *Llamando.* ¿Tomasa?
- TOMASA *Entrando.* ¿Qué hay?
- PEPA *Señalando la capa y la cartera.* Eso es de tu amo; llévalo a la izquierda.
- TOMASA ¡Miusté qué Dios!¹² ¡Llamarme para eso! Llévalo tú, que yo estoy espumando el puchero.
- PEPA A mí no me pagan tus amos, y no me da la gana de servirlos de balde¹³.
- TOMASA ¡Habrase visto la señorona! ¡Si se le caerán los anillos por levantar esos trapos!¹⁴ ¿No guiso yo la comida para tus amos?

¹² *¡Miusté qué Dios!:* exclamación de contrariedad '¡Vaya por dónde!'; *miusté* es pronunciación vulgar de la criada por *mire usted*.

¹³ *servirlos de balde:* caso de loísmo.

PEPA Lo mismo que yo cuando estoy de semana¹⁵; pero fuera de eso, el que quiere criados, que los pague.
Doña Claudia aparece en el fondo.

Escena IV

[Dichos. Doña Claudia.]

DOÑA CLAUDIA ¿Qué ruido es ese?

PEPA Nada, señora: aquí no hay ruido ninguno; le decía a Tomasa que si me necesita para cualquier cosa no tiene más que dar un grito, y vengo volando. *Aparte.* ¡Que se fastidie!
Vase.

DOÑA CLAUDIA ¡Qué genio tan bueno tiene esa chica! Vamos, recoge esas cosas y llévalas a nuestro cuarto. Ya sabes que tenemos huésped... Un ministro, ¡casi un ministro!

TOMASA Sí, señora. ¡Qué poco a los Valdemoros les llegan estas visitas!

DOÑA CLAUDIA Anda, hija mía, eres una criada excelente. Oye, Tomasa: será preciso que vengas a vestirme para recibir al huésped.

TOMASA *Llevándose la capa y demás.* Bien está.

¹⁴ *¡Si se le caerán los anillos por levantar esos trapos!*: no se le caerán a uno los anillos (por hacer algo) es frase popular para indicar que una persona no perderá su estatus o reputación por ocuparse de una tarea que puede considerarse menor.

¹⁵ *estoy de semana*: el *mayordomo de semana* es la «Persona que en la casa real servía, la semana que le tocaba, a las órdenes del mayordomo mayor, y en su ausencia le suplía» (DRAE). La expresión se usa también en la milicia: *sargento de semana*.

Escena V

Doña Claudia, y luego doña Marcela.

DOÑA CLAUDIA *Sola.* ¿Qué dirán los Valdemoros? «En casa de los Pintos un diputado, un hombre que estaba para ser ministro.»

DOÑA MARCELA Buenos días, doña Claudia.

DOÑA CLAUDIA Felices, doña Marcela. ¡Jesús, que día tan hermoso!

DOÑA MARCELA ¡Soberbio! ¿Va usted a trabajar?

DOÑA CLAUDIA Sí, señora. [*Aparte.*] No le diré nada del huésped para que no se mude de traje.

Se sientan a coser.

DOÑA MARCELA ¿Y mis agujas inglesas? ¿Quién ha revuelto mi almohadilla? ¡Jesús! Este es el inconveniente de tener una pieza donde jamás está una sola.

DOÑA CLAUDIA Eso se remedia fácilmente con que cada cual trabaje en su cuarto; y usted no estará tan mal, amiga mía, porque como tonta ha escogido lo mejor.

DOÑA MARCELA En efecto, tuve el talento de contentarme con lo que ustedes me han dejado. *Aparte.* ¡Envidiosa!

DOÑA CLAUDIA *Aparte.* Cedamos: si comenzamos así, no acabaremos nunca.— Présteme usted el dedal, amiga mía.

DOÑA MARCELA Con mucho gusto, querida.

DOÑA CLAUDIA ¿Y su hija de usted?

DOÑA MARCELA No andará lejos de su sobrino de usted. Ha llegado ayer, y hacía un año que no se veían. Tendrán de consiguiente muchas cosas que decirse.

DOÑA CLAUDIA ¡Ay, amiga mía, para nosotras ya se han acabado esas cosas!

DOÑA MARCELA ¿Qué cosas?

DOÑA CLAUDIA Quien nos diga cosas.

- DOÑA MARCELA Según... Yo no he renunciado todavía... ¿Somos acaso algunos vejestorios? ¿Cuántos años me lleva usted?
- DOÑA CLAUDIA *Desentendiéndose.* Y su esposo de usted, ¿dónde ha ido esta mañana?
- DOÑA MARCELA A pescar al canal. Como no tiene nada que hacer en la fábrica... ¿No esperará¹⁶ usted hoy visita ninguna?
- DOÑA CLAUDIA Sí, regularmente vendrá a comer con nosotros don Alberto Santoña, diputado a Cortes y...
- DOÑA MARCELA ¡Hola! Pues en ese caso me alegro de que usted me lo advierta para ponerme un poco decente.
- DOÑA CLAUDIA ¡Cómo! Es persona de mucha franqueza, y sería una ridiculez andarse mudando. No hemos de ir a ponernos vestidos de terciopelo de parte de mañana.
- DOÑA MARCELA *Aparte.* Porque no los tienes.— Pues bien, si usted se presenta así, haré yo lo mismo. ¿Ha comprado usted la tela para la sillería?
- DOÑA CLAUDIA Sí, raso de lana, fondo verde con guirnaldas de rosa.
- DOÑA MARCELA *Levantándose.* ¡Verde! ¡Jesús, qué horror! ¡Si fuese encarnado con dibujos amarillos!
- DOÑA CLAUDIA Usted se chancea. ¡Amarillo y rojo!
- DOÑA MARCELA ¿Es decir que yo tengo mal gusto?
- DOÑA CLAUDIA No diré tanto; pero a lo menos tiene usted un gusto muy patriótico: son los colores nacionales.
- DOÑA MARCELA Y verde y rosa rabian de verse juntos.
- DOÑA CLAUDIA Pues he comprado verde, y será verde.
- DOÑA MARCELA El verde me ataca a los nervios, y será rojo.
- DOÑA CLAUDIA Cuidado, señora; no abogue usted con tanto calor por lo rojo¹⁷, que estamos en malos tiempos.

¹⁶ *esperará*: restituyo la segunda *r*, que no se ve en el ms.

¹⁷ *no abogue usted con tanto calor por lo rojo*: el rojo es el color símbolo de la revolución.

DOÑA MARCELA Ni usted por lo verde, porque dirán que son ustedes aficionados...

DOÑA CLAUDIA Pues ha de ser verde; verde y rosa.

DOÑA MARCELA Encarnado y amarillo.

DOÑA CLAUDIA Pues yo tengo en casa la tela y voy a comenzar a partir.

DOÑA MARCELA Corriente; pero como hay doce sillas, y yo mando en seis, y en las seis mías no manda nadie más que yo, las haré encarnadas y amarillas. Y con respecto al sofá...

DOÑA CLAUDIA Ni yo ni ninguno de los míos se ha de sentar en sofá rojo.

DOÑA MARCELA Yo tengo derecho a la mitad, y la mitad del sofá no será verde.

DOÑA CLAUDIA Ni la mía encarnada, que ya estoy harta de ser condescendiente.

DOÑA MARCELA Estoy segura, segurísima de que su marido de usted aprobará mi pensamiento, porque siempre somos de un gusto.

DOÑA CLAUDIA ¡Pinto!

DOÑA MARCELA Sí, señora; Pinto es un hombre de talento, fino, amable, obsequioso... Y detesta lo verde, como yo lo detesto.

DOÑA CLAUDIA Señora..., celebro mucho que estén ustedes tan conformes... No deja de ser una satisfacción para su mujer...

DOÑA MARCELA ¡Ay, ay, ay! ¿Tendrá usted celos, por ventura?

DOÑA CLAUDIA Silencio, señora. Aquí viene Tomasa. Tenga usted prudencia, a lo menos delante de los criados.

Aparece Tomasa con el vestido en la mano y doña Claudia vase corriendo antes de que lo advierta doña Marcela, y dice al marcharse: «¡Torpe! ¡Ven enseñando el vestido para que vea que voy a mudarme!».

Escena VI

Doña Marcela, y luego Santoña, Pinto y Antonio.

DOÑA MARCELA ¡Estoy segura de que esa mujer se va derecha a la cocina a preparar algún flan o plato de crema para obsequiar a ese personaje! ¿Si querrá disputarnos la administración de loterías que pretende mi marido? Preparémonos a la lucha. Voy a ponerme el vestido de terciopelo, que está flamante, y como soy más joven y tengo mejor cuerpo que ella... Se va a morir de envidia.

Va a salir por el fondo.

PINTO *Desde adentro.* ¡Si no lo acabo de creer! ¿Aquí Santoña? ¡Mi amigo de la infancia!

DOÑA MARCELA *Volviendo.* Ya es tarde; pero lo mismo viene. Afortunadamente, si yo quiero tomar un aire distinguido, y poner en juego los recursos de mi conversación...

Siéntase con afectación y se pone a trabajar, como quien no ve a nadie.

SANTOÑA *Entrando metido en conversación con Pinto. Antonio escuchando un poco detrás.* Pues sí, amigo mío, tú me darás asilo en tu casa mientras no se haya pasado el chubasco.

PINTO Pero, hombre, sabes que me parece absurdo, inverosímil que no quieras ser ministro de Hacienda.

SANTOÑA Te hablaré con franqueza: no todo es oro lo que reluce¹⁸. No quiero ser ministro en el actual gabinete porque... porque no puede durar cuatro días¹⁹; y si tengo paciencia lo seré de fijo con el

¹⁸ *no todo es oro lo que reluce*: refrán de uso todavía vigente, más frecuente con el orden *No es oro todo lo que reluce*.

¹⁹ *no puede durar cuatro días*: la obra refleja una realidad social en la España isabelina, el frecuente cambio de gabinetes por las continuas crisis de gobierno.

gabinete que le ha de suceder, y entonces entraré con otras condiciones de estabilidad.

PINTO ¡Vamos! Ahora ya comprendo tu desinterés y tu...

ANTONIO *Aparte.* ¡Si yo pudiese hacer que el Ministerio cayese cuanto antes! Tendría mi empleo de doce mil reales, y la mano de Cecilia.

SANTOÑA ¿Estás?

PINTO ¡Toma! Al cabo de la calle²⁰.

ANTONIO ¡Que no fuese yo la reina²¹ siquiera por un día! ¿Quién me había de quitar mi empleo de doce mil reales? Pero... ¡calla!... Sí... ¡Esto es!... ¡Justo! ¡Voy a derribar el gabinete!

Vase.

Escena VII

Dichos menos Antonio.

SANTOÑA *Reparando en doña Marcela.* Señora, estoy a los pies de usted.

DOÑA MARCELA *Levantándose y fingiendo sorpresa.* Caballero... Pero, si no me engaño, es usted el señor de Santoña. *A Pinto.* Querido amigo, ha hecho usted mal en no habernos prevenido; tanto Claudia como yo hemos sido sorprendidas... así de esta manera... incoherente.

PINTO ¡Bah! ¿Qué importa eso? El señor es persona de confianza. *Aparte a Santoña.* Chico, no les haga caso: desde la mañanita están más espetadas que un diplomático; ¡creo que se acuestan con el corsé!

²⁰ *estar al cabo de la calle:* estar enterado.

²¹ *la reina:* se refiere a doña Isabel II.

- SANTOÑA *Riéndose.* Perdone usted, señora, este... abuso de confianza.
- PINTO Vamos, déjate de tonterías. ¿Qué te ha parecido *mi* jardín?
- SANTOÑA ¡Magnífico!
- PINTO ¿Y *mi* galería?
- SANTOÑA ¡Soberbia!
- PINTO ¿Y *mi* fábrica de chocolate?
- SANTOÑA ¡Sublime!
- PINTO ¿Y *mi* casa toda? ¿No es verdad que *mi* casa...?
- DOÑA MARCELA Ya podía usted decir *nuestra* casa, *nuestro* molino, *nuestra* galería y *nuestro* jardín, señor Pinto.
- SANTOÑA Dice bien la señora. Tú te olvidas de la razón social «Pinto, Valdemoro y Compañía».
- PINTO Tiene usted razón, señora. Confieso que soy un bestia.
- SANTOÑA No he tenido el gusto de ver a la señora, sino muy raras veces; pero te juro que jamás²² separaré de mi memoria a dos familias tan dulcemente unidas.
- PINTO *Aparte.* ¡Si lo supieras bien!
- SANTOÑA Ignoraba la resolución que habíais tomado de vivir en una misma casa. Te confieso que me ha sorprendido agradablemente. Esta unión parece una cosa de la Edad de Oro²³. Creo haberte oído

²² *jamás*: añadido esta palabra para completar el sentido.

²³ *Edad de Oro*: en la mitología griega, etapa inicial de las edades del hombre en la que se vivía en un estado ideal o utopía, cuando la humanidad era pura e inmortal. Don Quijote dedica uno de sus célebres discursos a este tema: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes [...]. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella sin ser forzada ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso

antes de ahora hablar de la señora y de su marido con el entusiasmo de la amistad; y yo lo confieso: cuando renuncie al bullicio del mundo, cuando me retire de los negocios públicos, anhelaré una suerte como la tuya. Una casita linda y retirada en la misma Corte, con vistas al campo, con su jardincito, su fuentequilla, su galería para tomar el sol en invierno... Esto es lo que se llama vivir en la Corte disfrutando al mismo tiempo de la vida de aldea²⁴. ¡Y luego tener dentro de casa los amigos, vivir en compañía tan grata, saboreando esta igualdad de humor, esta conformidad de opiniones y de gustos! Y si alguna nubecilla se levanta en este cielo esplendente de felicidad, ahí están dos mujeres amables, encantadoras, dos ángeles de dulzura, de bondad, de...

DOÑA MARCELA *Con afectada modestia.* Caballero... ¡Basta, que me sonrojo!

SANTOÑA Fuera modestia, señora. ¡Si eso se está leyendo en los ojos!...

PINTO *Aparte.* ¡Cómo se conoce que acaba de llegar! *Llevándole aparte.* Escucha, hombre: ¿Has pensado en mi sobrino? Te lo pregunto a propósito de la amistad.

SANTOÑA Descuida, que si a mis manos llega la cartera de que voy huyendo...

PINTO Basta. ¡No sabes tú cuánto me alegraría! ¡Esos pobres chicos se quieren, y es preciso acabar con ellos cuanto antes!

DOÑA MARCELA *Aparte observándolos.* Le está hablando bajo... Se sonríe... ¿A que está solicitando nuestro empleo? *Alto.* Señor de Santoña, *Le coge del brazo y lo lleva*

seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían», etc. (*Quijote*, I, 11).

²⁴ *vivir en la Corte disfrutando al mismo tiempo de la vida de aldea*: subyace en el fondo de esta formulación el tópico clásico del «menosprecio de Corte y alabanza de aldea».

- a la ventana. ¿ha visto usted qué vista tan deliciosa tenemos aquí por la parte de Alcalá?*
- SANTOÑA²⁵ *Tomando los lentes y mirando. ¡Magnífico panorama! Aquí en primer término estos rastrojos...*
- PINTO *Y allí en segundo término...*
- SANTOÑA *¡Esos rastrojos!*
- DOÑA MARCELA *Y luego en lontananza...*
- SANTOÑA *¡Soberbio! En lontananza... aquellos rastrojos.*
- PINTO *No te entusiasmes tanto... ¡Cuidado!*
- DOÑA MARCELA
Y SANTOÑA *Volviéndose. ¿Qué hay?*
- PINTO *Ese maldito Valdemoro con su afición a la pesca... ¡Nada! ¡Ya has caído en el anzuelo! Le enseña una caña, cuyo anzuelo se ha clavado en el frac de Santoña. Pinto tira de ella como si estuviera pescando. ¡Mal haya la costumbre de dejarse en donde quiera los anzuelos y las cañas!*
- SANTOÑA *¡Cuidado, que me picas!*
- DOÑA MARCELA *Caballero, yo siento mucho que por culpa de mi marido...*
- SANTOÑA *Que se ha sacado el anzuelo. No haga usted caso, señora: esto no vale nada.*
- PINTO *Vamos, no puedo concebir que haya entes racionales que se diviertan con la pesca.*
- DOÑA MARCELA *Sí, que puede usted hablar con sus gusanos de seda.*
- PINTO *Sí que hablaré, y hablaré muy alto y muy gordo. ¿Los has visto? ¿Has visto mis cajas de huevos de la China? Ya me van dando magníficos resultados. ¡Catorce gusanos tengo, catorce gusanos! ¡Oh, voy a traértelos, voy...!*

²⁵ En el ms., por error, *Sangüesa*.

Escena VIII

*Doña Marcela. Santoña*²⁶.

- DOÑA MARCELA Es todo un hombre de bien nuestro amigo Pinto... pero aquí le falta algo. *Dándose en la frente.*
- SANTOÑA Pues yo le tenía así... por hombre de cierto despejo...
- DOÑA MARCELA En conversación, tal cual; pero cogiendo la pluma en la mano... No tiene ni para una administración de loterías. Figúrese usted que escribe *vaca* con *b*, y hasta con *h* o sin *h*, no sé cómo... ello es que lo escribe mal... ¡Oh, mi marido maneja la pluma...!
- PINTO *Desde adentro, gritando.* ¡Es un robo infame! ¡Un asesinato! ¡A la calle todo el mundo, a la calle!

Escena IX

Dichos. Pinto.

Llega violentamente agitado con una caja de cartón en las manos.

- PINTO ¡Repito que es un robo, una iniquidad! Yo daré parte a la policía; yo representaré a las Cortes²⁷.
- SANTOÑA ¿Qué hay?
- PINTO ¡Me los han llevado! Mis alumnos, mis clientes, los hijos de mis entrañas, mis gusanos de seda.
- SANTOÑA ¿Cómo, y no es más que eso?
- PINTO ¡Eso, eso! ¿Te parece poco?

²⁶ En el ms., de nuevo por equivocación, *Sangüesa*.

²⁷ *representaré a las Cortes*: elevaré una representación, esto es, una queja, un memorial a las Cortes.

- DOÑA MARCELA ¡Jesús! Me da usted un miedo... ¡Ponerse así por unos miserables insectos!
- PINTO Señora, usted me insulta. Pero yo descubriré al culpable. No, eso no ha de quedar así: nos veremos las caras, sí, señor; aunque él sea un Cid²⁸, nos veremos las caras... ante un alcalde constitucional.
- DOÑA MARCELA ¡Ah! Mi marido llega.

Escena X

Los mismos. Valdemoro. Tomasa.

Valdemoro entra con una caña de pescar y una redcilla llena de peces.

- VALDEMORO *Entra tarareando y llama. ¡Tomasa, Tomasa! Tomasa entra un momento después. Hola, señores. Viendo a Santoña. ¡Señor de Santoña!... Perdone usted si me presento de esta facha: es un vestido de caza que me he hecho para la pesca.*
- SANTOÑA Usted está en su casa.
- VALDEMORO Gracias. Hoy me ve usted en uno de mis mejores días: vamos, este ha sido magnífico, completo. *Viendo a Pinto, que conserva un aire sombrío. ¿Qué diablos tienes tú, Pinto? Pareces un búho.*
- DOÑA MARCELA No es nada.
- VALDEMORO Hoy estoy de buen humor. Mira, hombre, mira. *Le enseña los peces.*
- PINTO Aparta. Todo me fastidia.
- VALDEMORO *A Tomasa, que coge los peces y se los lleva. Tomasa, llévalos... para principio²⁹, ¿entiendes? Pasados por la sartén. Pinto, en descargo de mi conciencia*

²⁸ aunque él sea un Cid: o sea, muy valiente y hábil en el manejo de las armas.

²⁹ para principio: como entrante de la comida.

declaro delante de testigos que a ti te debo la victoria.

PINTO ¿Cómo?

VALDEMORO Me retracto solemnemente de la burla que he hecho de ti y de tus gusanos de seda: desde este instante los aprecio, comprendo todo su valor. No hay tal cebo para los peces del canal como los gusanos de seda.

PINTO ¡Explícate, desdichado!

VALDEMORO En pocas palabras: tu caja está vacía y mi red está llena.

PINTO *Apretando los puños.* ¡Señor Valdemoro, usted es un monstruo!

VALDEMORO ¿Cómo?... ¡Pobre Pinto!, ¿y eso te da que sentir? Pues si lo hubiera sabido...

PINTO Lo ha hecho usted adrede, señor Valdemoro.

DOÑA MARCELA Pinto, ¿puede usted imaginarlo? Nosotros somos incapaces de una mala acción: tan incapaces como usted, como su señora... *Vuélvese y ve entrar a doña Claudia exageradamente vestida. [Aparte.]* Hela ahí, me ha vendido, me ha vendido infamemente.

Escena XI

Dichos. Doña Claudia.

SANTOÑA *Dándole la mano.* Señora...

DOÑA MARCELA *Haciendo gestos y hablando con su marido.* ¿Has visto qué mamarracho? ¡Ponerse plumas para comer!

DOÑA CLAUDIA *Con afectación a Santoña.* Perdone usted, caballero, si he tardado: he querido recibir a usted con el honor que se merece.

SANTOÑA ¿Cómo, incomodándose por mí?

DOÑA MARCELA Señora, parece usted una novia.

- PINTO Hace bien: con eso da pruebas de que quiere honrar a mis amigos.
- VALDEMORO *A su mujer.* Tú tienes la culpa. ¿Por qué no te has puesto el mantón de dos mil reales y la mantilla de mil y quinientos? Anda a buscar tu mantón de dos mil reales.
- Las criadas entran la mesa servida.*
- DOÑA CLAUDIA *Riéndose a carcajadas.* ¡Ja, ja, ja! ¡Mantilla para comer!
- DOÑA MARCELA Puede usted reírse de la gracia: ¡como está tan bien con esas plumas!
- SANTOÑA Amigos míos, la sopa está en la mesa.

Escena XII

Los mismos. Cecilia. Antonio. Pepa. Tomasa.

- ANTONIO *A Cecilia.* ¡Ando en unas intrigas!... Si supieras.
- CECILIA Intrigas ¿para qué?
- ANTONIO Para que caiga el Ministerio y enseguida nos casamos.
- CECILIA ¡Como no nos casemos en Filipinas!
- SANTOÑA La sopa es excelente.
- DOÑA MARCELA Deliciosa... si no estuviese salada.
- SANTOÑA *Tomando un vaso.* Echa vino, Pinto. Después de la sopa, un traguito. Propongo un brindis a vuestra antigua amistad y a la próxima unión de vuestros hijos.
- DOÑA MARCELA ¿Cómo?... ¿Ya sabe usted que Antonio y Cecilia...?
- SANTOÑA Se aman hace mucho tiempo.
- ANTONIO *Vivamente.* Mucho.

- CECILIA *A Antonio. ¿A quién se refiere ese mucho, al tiempo o al amor?*
- VALDEMORO Hablaremos de eso más tarde.
- PINTO Pero... yo creo que es una cosa arreglada, y cualquiera que sean las atrocidades que se hagan aquí con mis gusanos de seda...
- Doña Marcela le hace señas que Valdemoro sorprende y este le pregunta vivamente.*
- VALDEMORO ¿Qué es eso?
- DOÑA MARCELA Nada, nada, son cosas nuestras.
- PINTO *Viendo llegar a Tomasa. ¡Magnífico! Ya llega el frito.*
- DOÑA CLAUDIA *A su marido. Tu plato favorito, ¿no es verdad?*
- VALDEMORO *Descubriendo el plato que Tomasa ha puesto en la mesa. ¿Qué es esto? ¡Sesos! Arroja su servilleta. ¡Ya no como, ya no como!*
- SANTOÑA ¿Por qué?
- CECILIA ¡Padre!
- VALDEMORO He dicho que no como: me iré a una fonda.
- Se quita de la mesa y va a sentarse en un sillón agitando las piernas con violencia.*
- DOÑA CLAUDIA ¡Qué grosería!
- DOÑA MARCELA En verdad que no hay idea de semejante encarnizamiento.
- SANTOÑA Pero en fin, ¿no pudiéramos saber...?
- VALDEMORO Señor de Santoña, duéleme en el alma lo que pasa; pero, amigo, las cosas llegan a tal extremo que no hay aguante. Quince días hace que vivimos juntos y quiere usted creer que los quince días seguidos, seguiditos sin faltar uno solo, me están espetando en la mesa sesos de carnero, cuando es sabido que el carnero es un animal antipático para mí.

- PINTO Pero si a nosotros nos gusta.
- VALDEMORO Entonces la cosa es muy sencilla: coman ustedes solos y a ver cómo no se hartan.
- SANTOÑA Vamos, señor Valdemoro.
- DOÑA MARCELA Vamos, hijo mío, que luego viene un plato de tu gusto.
- VALDEMORO Me siento, pues, por el señor; declaro que es únicamente por el señor, y no por el plato que va a venir.
- PINTO Yo no sé cómo hay gentes que se enfadan por semejante bicoca. ¿No gusta un plato? Corriente: llega otro y se desquita uno.
- SANTOÑA *Indicando a Pepa, que trae otro servicio.* Tienes razón, y a Dios gracias aquí viene la prueba.
- PINTO Vamos, voy a servirte. *Descubriendo el plato.* ¿Qué es lo que veo? ¡Almondiguillas!³⁰ Yo no quiero comer.
- SANTOÑA Otro que bien baila.
- PINTO Yo quiero explicarme; yo necesito explicarme; yo me explicaré. A ti te persiguen con sesos, a mí con almondiguillas. No seré yo quien prohíba los sesos... El hombre es libre en sus opiniones y en su paladar. Pero lo cierto es que los sesos están recibidos dondequiera que hay hombres de juicio; pero las almondiguillas son un plato de ropavieja³¹, grotesco, estrambótico y tabernario.
- ANTONIO Tiene razón mi tío: no hay taberna, no hay una mala posada donde no se saque almondiguillas.

³⁰ ¡*Almondiguillas!*: forma vulgar por *albondiguillas*. Al bueno de Sancho Panza le gustaban mucho, a tenor de lo que le dice Antonio Moreno: «Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran las guardáis en el seno para el otro día» (*Quijote*, II, 62).

³¹ *ropavieja*: «Plato de la cocina criolla que se hace con carne de res cocida y luego deshilachada y sazonada con tomate y otros condimentos que se agregan al freírla ligeramente» (*DRAE*); y, en general, cualquier comida hecha aprovechando las sobras del cocido.

- VALDEMORO *Furioso*. Caballerito³², usted debe coserse la boca porque no está en su casa.
- PINTO El señor debe hablar porque está en casa de su tío.
- DOÑA CLAUDIA Y de su tía.
- VALDEMORO *Levantándose*. Esto es demasiado; esto ya pasa de raya.
- DOÑA MARCELA *Levantándose*. Es una tiranía.
- DOÑA CLAUDIA Una mezquidad.
- PINTO Una bajeza.
- Las dos familias se separan al levantarse colocándose una a la derecha y otra a la izquierda en el prosenio*³³. *Santoña permanece en la mesa.*
- SANTOÑA *Sentado*. Señora, con permiso de ustedes. *Continúa comiendo.*
- DOÑA CLAUDIA Usted que había venido a pasar un buen rato con nosotros, y por esta canalla...
- DOÑA MARCELA Este caballero tiene educación y sabrá distinguir unos de otros. Yo no acuso al señor Pinto.
- VALDEMORO ¿Cómo, le defiendes otra vez? Mira que me vas dando en qué pensar con tus señas de antes y tus defensas de ahora. ¿En qué consiste que le defiendes? Yo te mando que no le defiendas. Y una vez que hemos llegado a tal extremo, señor Pinto, yo pido una explicación; la exijo delante del señor, delante de tu amigo.
- PINTO Consiento, y sostengo, y sostendré delante del mundo entero, que nadie puede vivir contigo, con tus almondiguillas, con tus eternas almondiguillas...
- VALDEMORO Que devora su esposa de usted, aunque sean de mi propiedad.
- PINTO Es preciso reventar de una vez.

³² *Caballerito*: aquí el diminutivo tiene valor despectivo.

³³ *prosenio*: es la parte del escenario teatral situada más cerca del público.

- VALDEMORO Que las mujeres y los niños se alejen. Aquí va a pasar alguna cosa horrible.
Desde este momento todos hablan a un tiempo disputando.
- [PINTO] Tú tienes la culpa
- [VALDEMORO] La culpa es vuestra.
- [DOÑA MARCELA] No queremos marcharnos.
- [PINTO] Idos con mil³⁴ diablos.
- [VALDEMORO] Afuera, afuera, nosotros nos arreglaremos.
Doña Marcela coge a su hija de la mano; Antonio del brazo a su tía y salen las dos parejas por su lado.

Escena XIII

Pinto, Santoña, Valdemoro, y luego Tomasa.

- VALDEMORO *Paseándose muy agitado.* Cuando la copa está llena y cae una gota más, tiene que desbordarse.
- PINTO *Haciendo lo mismo.* Cuando el fruto está pasado, tiene que venir al suelo.
- VALDEMORO Esta crisis no puede durar.
- PINTO Salgamos pronto de este infierno.
- SANTOÑA *Levantándose.* En fin, bien o mal, ya he comido.
Encontrándose en medio de los dos. Señores, poco a poco: no atropellar a la gente.
- TOMASA *Entrando con una bandeja.* ¡El café!
- VALDEMORO Es inútil: yo no tomo.
- PINTO Ni yo tampoco.
- SANTOÑA Yo lo tomaré.
- PINTO Es muy justo. Te acompaño.

³⁴ *mil*: en el ms. se lee *mi*, que enmiendo como pide el sentido.

- VALDEMORO Tomasa, sal de aquí. No he de ser yo menos. *Se sienta.* ¡Tomasa, que salga usted de aquí! ¿Está usted sorda?
- TOMASA Como usted no es mi amo... Espero que me lo diga el señor.
Pinto le hace una indicación y se va.
- VALDEMORO Ya lo ve usted, hasta sus criados me insultan.
- SANTOÑA Ábrese la sesión³⁵. Tiene la palabra el señor Valdemoro.
- VALDEMORO Comenzaré por decir que hace treinta años me unen a este caballero los lazos de la amistad más íntima, más sincera y más tierna... *Movimiento.* No, no quiero decir eso, sino que en otro tiempo nos conocíamos por...
- PINTO Está usted equivocado: no hace treinta años, sino treinta y dos, ocho meses y tres días que dura nuestra amistad.
- SANTOÑA Pues bien, entonces hay prescripción³⁶. Por de pronto dense ustedes un abrazo y luego se explicarán.
- VALDEMORO Yo me opongo: he sido engañado de la manera más indigna. En estos quince días que llevamos de vivir en común, la parte contraria ha desarrollado toda la barbaridad de su carácter.
- PINTO Pido la palabra.
- VALDEMORO Y no obstante, ¡cuántas concesiones no hemos hecho mi esposa y yo a estos tiranos domésticos!
- PINTO Pido la palabra para una alusión personal.
- SANTOÑA *Aparte.* Apuesto a que todo ello no vale dos cominos.

³⁵ *Ábrese la sesión*: desde este punto la reunión imita una sesión parlamentaria, presidida por Santoña.

³⁶ *prescripción*: aquí en el sentido legal del término, «Modo de extinguirse un derecho como consecuencia de su falta de ejercicio durante el tiempo establecido por la ley» (DRAE).

- PINTO Articule usted, yo quiero que articule usted.
- VALDEMORO No diré una palabra en el artículo de la mesa, aunque seguramente me daría margen para estar hablando de aquí a mañana; pero si yo quisiese recordar cierto mechado³⁷ con ajos...
- PINTO Si se atreve usted, yo contaré lo de las morcillas.
- VALDEMORO Basta: me coseré los labios. Tenemos un jardín...
- PINTO Y el señor no siembra en él más que patatas.
- VALDEMORO Y usted nabos de Fuencarral³⁸: váyase lo uno por lo otro. En política, señor Pinto, es donde yo he mostrado toda mi longanimidad³⁹. Por ejemplo, en la cuestión alemana⁴⁰ yo estaba por los húngaros y solo por complacer al señor me hice eslavo⁴¹: he aquí una concesión.
- PINTO El señor es comunista, y una de las excusas de habernos reunido aquí es porque el señor quería realizar una especie de falansterio⁴²: yo, por el contrario, yo no me rozo sino con la aristocracia; eso bien se deja ver por mi conversación y mis modales. Pues bien, ¿podrías tú creer que solo por adular las inclinaciones anárquicas de este caballero he consentido en suscribirme al *Tío Camorra*⁴³, hasta el punto de pasar el otro día por rojo?

³⁷ *mechado*: guiso hecho con carne deshilachada.

³⁸ *nabos de Fuencarral*: eran muy famosos, tanto que Leandro Fernández de Moratín usó el tema para satirizar a los enemigos de su protector Cabarrús en la desconocida «Carta sobre el comercio de los nabos de Fuencarral».

³⁹ *longanimidad*: magnanimidad.

⁴⁰ *la cuestión alemana*: en el siglo XIX, fue un debate sobre la mejor manera de lograr la unificación de Alemania, tema de actualidad en el periodismo y las conversaciones de la época.

⁴¹ *eslavo*: en el ms., *Slavo*, que modifiqué para mayor claridad.

⁴² *falansterio*: «Comunidad autónoma de producción y consumo, en el sistema de Fourier. [...] Por extensión, alojamiento colectivo para mucha gente» (*DRAE*).

⁴³ *Tío Camorra*: *El Tío Camorra* fue un periódico satírico semanal, subtítulo «periódico político y de trueno», que se publicó en Madrid entre 1847 y 1848, durante el reinado de Isabel II, en la llamada Década Moderada. Estuvo dirigido y redactado por Juan Martínez Villergas, liberal demócrata ‘progresista’.

- VALDEMORO No hables nada de rojo, que a mí se me ha llamado cangrejo solo por estar suscrito al *Crepúsculo Vespertino*, redactado por Leoncio, el amigo de tu sobrino.
- PINTO Tú llamaste a mi mujer lechuza.
- VALDEMORO Y tú a la mía cotorra.
- PINTO A mí me insultaste diciéndome pájaro pinto.
- SANTOÑA *Levantándose.* ¿Cómo, señores? Están ustedes locos rematados. ¿Cómo? ¿Por semejantes simplezas van ustedes a romper una amistad de treinta años?
- PINTO ¿Amigo suyo? ¡Jamás, le detesto!
- VALDEMORO ¡Y yo también, con toda mi alma!
- SANTOÑA Van ustedes a perjudicarse en sus intereses.
- VALDEMORO ¡Maldita sea la fábrica, y la casa, y la hora en que nos acordamos de vivir en comunidad! Cuando me acuerdo que estuvo en poco que yo no pudiese entrar en este negocio con el señor. Figúrese usted que la quiebra de un comerciante me llevó de un golpe cien mil reales... Entonces me vino a proponer el señor que comprásemos el molino de chocolate y la casa... ¡Bueno estaba yo para entrar en negocios!... Pero tuve la fortuna..., ¡mire usted qué desgracia!..., tuve la fortuna de recibir de un desconocido..., acaso del mismo mercader de la bancarrota..., la misma suma de cien mil reales que había perdido... Y yo, en lugar de guardármelos en mi gaveta... o de comprar treses⁴⁴, hice el desatino de alquilar a medias con el señor esta casa, y de poner abajo el molino, y me decidí a pasar el resto de mi vida con un hombre a quien yo creía mi mejor amigo, y que ya me es antipático, insufrible... hasta por temperamento.

⁴⁴ *comprar treses*: así en el ms.; supongo que se refiere a ciertos títulos bancarios a un interés del tres por ciento.

- SANTOÑA Está usted engañado... Pinto le quiere a usted de todo corazón.
- VALDEMORO ¿Quererme? ¡No, señor!... Es un ingrato que no se acuerda de lo mucho que me debe: yo con mi laboriosidad y mi aplicación he hecho producir a la fábrica..., yo...
- PINTO Ciertamente soy un ingrato..., y como en adelante no podemos vivir juntos... *Conteniéndose*. Como tus inauditos procederes llegarán a echar de aquí a mi amigo, a mi único amigo..., antes de abandonar esta casa recuerdo que tengo que cumplir con él una obligación. *Mientras dice estas palabras se dirige a la cómoda y saca unos papeles. En voz baja*. Toma, Santoña; faltan todavía mil duros para el último plazo...; tómalos..., y por Dios te encargo que no digas una sola palabra.
- SANTOÑA *Aparte*. ¡Pobre Pinto!... ¡Y dirá todavía que le aborrece!
- VALDEMORO *Aparte*. ¡Cómo, le está sobornando sin duda para el destino! ¡Qué venalidad! *Alto*. ¿Pinto?
- PINTO ¿Valdemoro?
- VALDEMORO Digo que no tengo que añadir sino una sola palabra... ¡y es que conozco todas tus infernales maquinaciones!
- SANTOÑA ¡Sus maquinaciones!... Vamos, aquí hay sin duda un *quid pro quo*⁴⁵, y... No hay remedio, voy a declararlo todo.
- VALDEMORO Es inútil, caballero. ... Estoy al cabo de la calle⁴⁶. Y como yo me precio de independiente, a pesar de haber cedido por afecto hacia el señor en la cuestión de los húngaros, me permitirá usted que le diga que para candidato ministerial se os hace representar un papel... a la verdad... poco...

⁴⁵ *quid pro quo*: «Error que consiste en tomar a una persona o cosa por otra» (DRAE).

⁴⁶ *Estoy al cabo de la calle*: 'Estoy enterado, estoy al corriente'.

- SANTOÑA ¡Caballero!
- VALDEMORO Yo no le digo a usted nada..., no le echo a usted la culpa... No es usted el primero a quien el señor ha engañado...
- PINTO ¿Yo? ¿Yo engañar?
- VALDEMORO Sí, tú... ¡Sí, usted! Usted a quien ayer, sin ir más lejos, cogí en un renuncio⁴⁷ en el tresillo.
- PINTO Yo me sofoco y rabio y me desespero. Santoña, hombre, Santoña..., ¿qué haces ahí? ¡Sepáranos, por Dios, que aquí va a suceder alguna catástrofe!
- VALDEMORO Sí, señor, en un renuncio voluntario con el cual me ibas a dar codillo⁴⁸; y como todos en mi familia hemos sido puros, intachables, desde ahora te digo que mi hija Cecilia no se casará con tu sobrino.
- PINTO Ni mi sobrino Antonio con tu hija.
- SANTOÑA ¡Gracias a Dios! Ya están ustedes de acuerdo alguna vez.
- VALDEMORO Y en cuanto a la casa..., voy a demoler mi mitad.
- PINTO Y yo a dar fuego a la mía.
- Vanse.*
- SANTOÑA ¡Señores, señores..., poco a poco!... ¡Esperad al menos que yo me haya marchado!

Escena XIV

Santoña, y luego Tomasa.

- SANTOÑA ¡Vamos, que este ensayo de la vida común produce magníficos resultados!... Y yo que de buena fe

⁴⁷ *cogí en un renuncio*: 'le descubrí haciendo adrede una jugada indebida'.

⁴⁸ *dar codillo*: frase propia de algunos juegos de cartas, como el tresillo; *codillo* es el «lance de perder el que ha entrado, por haber hecho más bazas que él alguno de los otros jugadores» (DRAE).

creí que estos hombres disfrutaban de una felicidad envidiable.

TOMASA *Entrando con un periódico.* Si quiere usted leer, caballero... Acaban de echarlo debajo de la puerta.

SANTOÑA ¡Gracias! *Se sienta a leer.* ¿Qué es esto? «A última hora. Sabemos que el motivo de haber rehusado el señor Santoña la cartera de Hacienda no es la falta de salud, ni otra alguna de las causas que han indicado nuestros apreciables colegas, sino un sentimiento de dignidad que le impide formar parte de un gabinete tan débil y desautorizado como el actual.» ¿Quién habrá puesto estas líneas? ¡*El Crepúsculo Vespertino!* Ninguna relación tengo en este periódico. Fuerte está el párrafo... Yo no lo hubiera puesto... pero ya que está impreso... ¡Me alegro! El gabinete no puede resistir a semejante golpe... ¡Oh, van perfectamente mis negocios! Vamos a ver si arreglamos antes los de estas pobres gentes... *Escribe.*

Escena XV

Valdemoro. Santoña.

VALDEMORO *Entrando pálido y desencajado con un billete en la mano.* ¡Aquí está, aquí está! ¡Es su letra..., no hay duda! ¡Infame! ¡Perverso!

SANTOÑA ¿Me permite usted que acabe, señor Valdemoro?

VALDEMORO ¡Yo voy a rematar de una vez! ¡Esto solo se remedia a pistoletazos!

SANTOÑA *Levantándose con el papel en la mano.* ¡A pistoletazos! ¿Con quién?

VALDEMORO ¡Con su amigo de usted!

- SANTOÑA Eso es demasiado: permítame usted que le diga que ya me parecen ustedes locos de veras. Yo no puedo consentir...
- VALDEMORO Pues aunque viniese aquí toda la Audiencia, y todo el Tribunal Supremo, y todos los ministros habidos y por haber, les diría: «Caballeros, cada cual a sus negocios... El mío es de verter sangre, ¡de beber sangre!... ¡Sangre quiero, sangre..., que soy un tigre!».
- SANTOÑA ¿Ha perdido usted la cabeza? ¿Cómo? ¡Por motivos tan pueriles!...
- VALDEMORO Sí, señor: ahora confieso que todo lo pasado no vale nada..., todo ello no importa un pito... ¡Pero lo que acabo de descubrir!... ¡Oh, este es un crimen, caballero! ¡Un crimen social!
- SANTOÑA Tenga usted la bondad de explicarse... ¡Por Dios, explíquese usted!
- VALDEMORO A eso vengo. No sé si ha reparado usted la constancia con que mi esposa ha defendido al señor Pinto..., las señas que le estaba haciendo en la mesa... ¡Pase, pase todo!... Pues, señor, acabo de entrar en la alcoba de mi mujer, a tiempo que ella estaba por la cocina, recogiendo sus cosas para marcharnos de casa, y en las mismas almohadas he visto un billete... escrito de prisa... Un billete amoroso... ¡Qué horror! *Presentándole la carta.* Léala usted..., yo no puedo..., la vista se me turba..., yo me ahogo...
- SANTOÑA *Leyendo.* «Querida Marcelita: antes de separarnos para siempre apelo a su tierno corazón. ¿Conque todo se ha concluido? ¿Conque es preciso renunciar a los dulces proyectos que formábamos juntos mientras su esposo de usted estaba pescando...?»
- VALDEMORO ¡Vea usted lo que uno pesca cuando pesca!

- SANTOÑA *Prosiguiendo.* «Dos tipos de amor y de felicidad, como usted decía, serán víctimas de una miserable disputa.»
- VALDEMORO ¡Firmado: *Manuel Pinto!*
- SANTOÑA ¡Qué laberinto!
- VALDEMORO Lea usted la posdata.
- SANTOÑA *LEYENDO.* «Aguardo a usted a las ocho en punto, en el comedor, si todavía es usted...»
- VALDEMORO «¡Mujer sensible!» Ahora bien, ¿qué dice usted a todo esto?
- SANTOÑA ¿Qué he de decir? ¡Que no sé lo que tengo en la cabeza!...
- VALDEMORO ¡Y yo lo mismo! Sí, señor; ayer mismo tuvo la audacia de decírmelo: «Todo es común entre nosotros», exclamaba con un aire de candor... ¡Y luego me acusaba de comunista!... ¡Traidor! ¡Infame!... ¡Proudhon hispano⁴⁹! Toma mi fusil; fúmate mis cigarros; bébete mis vinos; pesca con mis cañas... ¡Todo es común entre nosotros, todo es tuyo!... ¡Pero mi mujer!... Hombre, no exceptúas siquiera las mujeres... ¡Oh, esto es horrible! ¡Yo quiero batirme!... ¡Un duelo a muerte!...
- SANTOÑA Seré su padrino de usted. *Aparte.* Así a lo menos tendrán que explicarse.
Dan las ocho.
- VALDEMORO ¡La hora de la cita!... ¿Ve usted a mi mujer? Yo no me atrevo a mirar.
- SANTOÑA Hacia aquí viene.
- VALDEMORO ¡Ah! ¡Sostenedme..., socorred a un marido... desgraciado!

⁴⁹ *Proudhon hispano*: Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865) fue un célebre político y filósofo francés, defensor de ideas comunistas (se le considera uno de los padres del pensamiento anarquista y de su primera tendencia económica, el mutualismo).

- SANTOÑA Vamos, calma, calma. ¡Alejaos un instante! Dejad que yo los aceche... Id a prevenir a doña Claudia, y a cierta señal convenida, saldremos todos a sorprender a los culpables.
- VALDEMORO ¡Cuidado, señor Santoña! ¡Cuidado, que tiene usted mi honor en sus manos!
- SANTOÑA Adentro, adentro antes de que le vea a usted. *Empújale.*

Escena XVI

Santoña. Doña Marcela.

- SANTOÑA ¡Yo no sé qué es esto! ¡Pero me parece imposible!... *Viendo entrar a doña Marcela.* Aquí está. *Se queda un rato en el fondo.*
- DOÑA MARCELA ¿En dónde habré puesto yo la carta de Pinto? No la encuentro en ninguna parte. ¡Hipócrita! ¡Y yo que le defendía con todo calor!... ¡Intrigante! ¡Ahora quiere enternecerme hablándome del enlace y de la felicidad de nuestros hijos!...
- SANTOÑA *Aparte.* ¡Ahora caigo!...
- DOÑA MARCELA Pero no, no me dejaré engañar. Un hombre que nos insulta y que según ha dicho mi esposo ha tenido la bajeza de pedir a Santoña la administración de loterías que nosotros solicitábamos...
- SANTOÑA *Aparte.* ¡Esto va de bueno a mejor!
- DOÑA MARCELA Pues no; yo le probaré que tenemos dignidad; yo le echaré con cajas destempladas⁵⁰...
- SANTOÑA *Aparte.* Eso será lo que tase un sastre⁵¹. *Tosiendo.* ¡Hum, hum!

⁵⁰ *le echaré con cajas destempladas:* echar o despedir a uno con cajas destempladas significa 'echarle o despedirle de malos modos'.

⁵¹ *será lo que tase un sastre:* es locución coloquial usada para señalar que lo que dice o pide una persona se hará o no se hará, o es muy incierto. O sea, 'ya veremos'.

- DOÑA MARCELA *Reparando en él.* ¡Señor Santoña! Perdone usted, no sabía que estuviese usted aquí todavía.
- SANTOÑA Conozco que soy molesto; pero no lo seré por mucho tiempo... Venía a despedirme de usted.
- DOÑA MARCELA ¿Se marcha usted?
- SANTOÑA En este mismo punto; y como tengo cierta repugnancia en ver a Pinto, después de su conducta un poco ligera conmigo...
- DOÑA MARCELA *Aparte.* ¡Magnífico! Está enfadado: ya no le dará el empleo si es ministro.
- SANTOÑA ... he creído que usted tendría la bondad de entregarle de parte mía este importante papel.
Salúdanse y vase.

Escena XVII

Doña Marcela, y luego Pinto.

- DOÑA MARCELA ¿Qué papel será este? ¡Importante! ¿Lo leeré?... Está abierto... Pues cuando me lo entrega abierto, señal de que no hay inconveniente de que yo lo lea. *Abre el papel y le pasa los ojos por encima.* ¡Qué veo!... ¡Será posible! ¡Oh, no puedo dudar! ¡Cómo! Y ese Pinto, de quien habíamos concebido tales sospechas..., a quien acusábamos sin piedad..., ¡ese hombre nos amaba hasta ese extremo!... ¡Ah, vergüenza tengo de presentarme delante de él! *Entra a la sazón Pinto como vacilante.* ¡Aquí está! ¡Toda me tiemblo!
- PINTO *Hablando consigo mismo.* Vamos..., ha venido. Buena señal. Sin embargo, es una cobardía lo que estoy haciendo..., es una debilidad... Pero esos pobres chicos..., ahora los he dejado llorando a lágrima viva... ¡Van a ser tan desgraciados!... ¡Vaya, el último esfuerzo! *Alto y queriendo disimular su turbación.* ¡Señora!...

DOÑA MARCELA ¡Caballero!

Quedan un instante como indecisos y confusos.

Escena XVIII

Los mismos. Santoña. Doña Claudia. Valdemoro.

SANTOÑA *Llevándolos misteriosamente al fondo. ¿Lo veis? Ya están juntos.*

VALDEMORO ¡Uff!

DOÑA CLAUDIA ¡Uff!

PINTO *A doña Marcela. ¿Ya sabe usted el objeto de esta entrevista?*

DOÑA MARCELA Sí, señor.

VALDEMORO Yo también.

SANTOÑA ¡Silencio!

PINTO *A doña Marcela. Nada diré a usted de los sentimientos que nos han unido hace tanto tiempo.*

VALDEMORO *Siempre en el foro*⁵². ¡Oh, que venga un marido a presenciar estas cosas!

SANTOÑA *Lo mismo. ¡Silencio!*

PINTO *A doña Marcela. Crea usted que me traspasa el corazón solo el pensar que... Pero no lo diré más: es indigno de un hombre, y sobre todo de un hombre que tiene razón... Nada, nada..., prefiero marcharme.*

DOÑA MARCELA *Deteniéndole. ¡Querido Pinto!*

VALDEMORO ¡Uf!...

DOÑA CLAUDIA ¡Uff!... ¡Yo voy a desmayarme!...

SANTOÑA *Siempre en el foro. ¡Todavía no!*

⁵² *foro*: «Parte del escenario que está al fondo y por la que suelen acceder los intérpretes» (DRAE).

- PINTO ¿He oído bien? ¿Ha salido de sus labios de usted una palabra tan dulce?
- DOÑA MARCELA *A Pinto.* Es que... al tiempo de separarnos... es cuando yo he comprendido lo mucho que usted vale.
- PINTO No concibo...
- DOÑA MARCELA De nada de lo que ha pasado tiene usted la culpa..., toda es de su mujer de usted.
- DOÑA CLAUDIA ¡Uff!... ¡Uff!... ¡Yo me ahogo!...
- SANTOÑA Todavía no.
- DOÑA MARCELA Pinto..., mi querido amigo..., deme usted su mano...
- PINTO ¡Me llena usted de asombro!
- DOÑA MARCELA La mano, la mano de amigos, hombre admirable, corazón generoso. ¡Orgullo tendría yo en ser su esposa de usted!
- DOÑA CLAUDIA *A Santoña.* Caballero..., déjeme usted...
- SANTOÑA ¡Chist!...
- PINTO Esto me lisonjea y me sorprende..., lo confieso..., pero su marido de usted...
- DOÑA MARCELA Mi marido es un necio que no sabe lo que se pesca. *Valdemoro da un salto.* Yo quiero seguir como hasta ahora. ¡Ea, venga un abrazo! Así acabamos antes.
- VALDEMORO *Reventando.* ¡¡A mi mujer!!
- DOÑA CLAUDIA *Idem.* ¡¡A mi marido!!
- DOÑA MARCELA ¡Cómo! ¡Pobrecillo!... ¿Nos estabas escuchando?
- DOÑA CLAUDIA ¡Y yo también, señora!
- VALDEMORO Esta misma noche irá usted a dormir a casa de sus padres, señora.
- DOÑA CLAUDIA Mañana mismo voy a pedir el divorcio, caballero.

- VALDEMORO Es excusado, señora: no han de ser los tribunales sino yo quien ha de libertar a usted de ese monstruo. *A Pinto*. ¡Al campo, caballero, al campo!⁵³
- PINTO El diablo que lo entienda: ¡la mujer me abraza y el marido me quiere matar!
- DOÑA CLAUDIA *Riéndose*. ¡Cómo!... ¿No adivina usted?... ¡Ah, ah, pobre marido!..., está celoso.
- SANTOÑA *Riéndose*. ¡Es un lance original! ¡Ah, ah, ah!
- VALDEMORO *Exasperado*. ¡Reírseme en mis barbas!... Aquí viene bien lo del refrán: «Tras de...»⁵⁴. ¡Todavía se ríen ustedes! *Sentándose y dando patadas en el suelo*. Voy a dejarme llevar de toda mi rabia... ¡Quítense ustedes de ahí, que soy un antropófago⁵⁵!...
- DOÑA MARCELA No digas desatinos... Lea usted, tigre de Hircania⁵⁶.
- VALDEMORO *Furioso*. No quiero oír..., no quiero ver..., no quiero leer..., no quiero gustar..., no quiero palpar..., ¡no quiero sino matar!
- SANTOÑA Pues bien, yo leeré por usted. *Leyendo*. «He recibido de don Manuel de Pinto la suma de mil duros, complemento de los veinte mil que le presté para facilitar a su amigo don Juan Valdemoro la adquisición de su casa y fábrica de chocolate. Firmado: *Alberto Santoña*.»

⁵³ *¡Al campo, caballero, al campo!*: para batirse en duelo de honor, se entiende.

⁵⁴ *Tras de...*: el refrán completo reza «Tras de cornudo, sacarlo a bailar», o «Tras de cornudo, apaleado».

⁵⁵ *antropófago*: dicho de una persona, 'que come carne humana'; pero aquí con el sentido más amplio de 'salvaje, dispuesto a cometer cualquier locura'.

⁵⁶ *tigre de Hircania*: el tigre de Hircania (una antigua región histórica del Asia central) es prototipo de la crueldad, con muchas referencias en la literatura de los Siglos de Oro; por ejemplo, en el romance que comienza «Cuidando Diego Láinez...», leemos: «Encarnizados los ojos / cual fiera tigre de Hircania, / con tanta ira y denuedo, / que atemoriza y espanta»; y en su novela ejemplar *Rinconete y Cortadillo*, Cervantes escribe que «la Cariharta dijo que era Repolido como un *Marinero de Tarpeya* y un *Tigre de Ocaña*, por decir *Hircania*, con otras mil impertinencias».

- VALDEMORO ¿Conque esa entrega misteriosa de un dinero anónimo... es cosa tuya? ¡Ah!, eso prueba buen corazón..., es un buen rasgo... Lástima que venga de un hombre tan villano.
- PINTO Santoña, me has vendido..., lo siento mucho.
- DOÑA CLAUDIA ¡Y yo que nada sabía!... Esposo, todo te lo perdono.
- VALDEMORO ¡Yo no, yo no le perdono!... Seductor, sus razones tendría él para obrar así. El negocio de mi honra está cada vez más complicado y nadie me puede quitar de la cabeza... ese billete que hallé en su cama de usted, señora..., esa cita de amor...
- DOÑA MARCELA ¡Imbécil, majadero!, ¿no has sospechado siquiera que se trataba del amor y de la felicidad de nuestros hijos, de su proyectado enlace al que tú te oponías y que a pesar tuyo estábamos arreglando nosotros?
- VALDEMORO ¿Cómo es posible? Esposa mía, amigo mío... A vuestros pies me postro.
- PINTO A mis brazos, querido, a mis brazos.
Se abrazan.

Escena XIX

Dichos. Tomasa y Antonio.

- TOMASA *Entrando con una carta.* Esto acaban de traer, caballero. *A Santoña.*
- SANTOÑA ¿Cómo es eso? ¿Quién sabe que yo estoy aquí? *Leyendo.* ¡Ah! Señores..., a consecuencia de un párrafo del *Crepúsculo* ha caído el gabinete... y yo he sido nombrado ministro de Hacienda.
- PINTO ¡Hombre!
- DOÑA CLAUDIA
- Y DOÑA MARCELA ¡Que sea enhorabuena!

- VALDEMORO ¿Y cómo ha sido eso?
- SANTOÑA Yo lo estaba esperando, amigos míos, aunque no tan pronto. Pero sin duda la mano de un amigo ha escrito hoy unas líneas a ese periódico...
- ANTONIO *Apareciendo triste.* Pido a usted perdón de este atrevimiento.
- SANTOÑA ¿Cómo? ¿Has sido tú?
- PINTO Claro está; por medio de su primo Leoncio, director del periódico.
- ANTONIO Sí, señor..., y en seguido⁵⁷ he ido a su casa de usted a dar orden de que cualquier carta que llegara se la trajesen a usted aquí.
- SANTOÑA Es listo tu sobrino, amigo Pinto. Vamos, bien merece un empleo en mi secretaría.
- ANTONIO No, señor; muchas gracias, me contento con volver a Barcelona.
- PINTO ¿Estás loco? ¿Ahora que vas a casarte con Cecilia?...
- ANTONIO No, señor... *Casi llorando.* ¡Hemos tronado!⁵⁸
- VALDEMORO ¿Qué es eso de tronar, ni llover? *Llamando.* ¿Cecilia?

Escena XX

Dichos. Cecilia.

- CECILIA *Entrando con los ojos encendidos de llorar.* Mande... usted..., papá.
- VALDEMORO Te mando que te cases con el señor.
- CECILIA *Sollozando.* Gracias..., papá..., pero... no... puede... ser...

⁵⁷ *en seguido*: de seguido, enseguida.

⁵⁸ *¡Hemos tronado!*: *tronar*, dicho de una persona, vale 'perder su caudal hasta el punto de arruinarse'. Aquí han *tronado* los novios, es decir, 'han roto su relación'.

- VALDEMORO ¡Cómo! ¡Tú también!
- CECILIA ¡Esta... mos... tro...nados!
- VALDEMORO ¡Me gusta con lo que salen los niños! Cecilia, yo te mando como padre que ames y adores a Antónito, que te cases con él... ¡o si no voy a darte mi maldición!...
- CECILIA *De repente, con gozo.* Deténgase usted, papá. ¡No quiero que me maldiga⁵⁹!
- Se abrazan Antonio y Cecilia.*
- VALDEMORO Pinto, vales más que yo.
- PINTO *Conmovido.* No.
- VALDEMORO Sí.
- PINTO No.
- SANTOÑA ¿Riñas todavía?
- DOÑA MARCELA Y usted también, Claudia... En adelante, sus gustos de usted serán los míos... El sofá será verde.
- DOÑA CLAUDIA Jamás volveremos a tener disputas, y esta casa será lo que los primeros días...: un modelo de comunidad..., el paraíso en la tierra... Viviremos siempre juntos, siempre...
- SANTOÑA *Interrumpiéndola.* ¡Nada de eso! Esta casa será la morada de los nuevos esposos: Antonio tendrá además esa administración de loterías, que ha estado a pique de desbaratar una amistad de treinta años.
- PINTO
- Y VALDEMORO ¿Por qué separarnos?
- SANTOÑA Porque dentro de ocho días volverían ustedes a las andadas... Ustedes se verán con frecuencia; pero no todas horas⁶⁰. Amigos míos, de muy cerca los defectos aparecen y las buenas cualidades se

⁵⁹ *maldiga*: en el ms. *maldigas*, que modifíco para mantener el trato de usted.

⁶⁰ *todas horas*: hoy diríamos *a todas horas*.

borran... Para verse siempre con gusto es preciso desearse alguna vez... Dondequiera que haya dos, es necesario que uno mande⁶¹.

⁶¹ Siguen en el ms. unas pocas líneas tachadas: «La comunidad [es] para los esposos, para los hijos, para los padres, no para distintas familias, porque dice el refrán: “Dos tocas en un hogar, mal se pueden gobernar”». Compárese con el título original tachado.

RELATOS LITERARIOS

LA MUERTE DE CÉSAR BORJA¹

En la noche del jueves 11 de marzo de 1507 estalló en Viana, villa entonces, y ciudad ahora², del reino de Navarra, una furiosa tormenta. Los negros nubarrones que encapotaban el cielo hacían completa la lóbreguez de la noche, y solo a la súbita y momentánea luz de los relámpagos podía distinguirse sobre la robusta torre de la iglesia de San Pedro el estandarte real, juguete de los vientos, que sin piedad le desgarraban³. Tan calamitosos y revueltos eran aquellos tiempos, tan erguidas andaban la rebeldía y ambición particulares, que necesaria era esta señal de dominación para conocer si un pueblo situado dentro de los límites de la monarquía vasca obedecía, o no, a sus reyes don Juan III y doña Catalina⁴. En el caso presente hasta las apariencias nos engañaban.

Cierto es que aquella noche albergaban los muros de Viana nada menos que a la primera de las dos augustas personas, acompañada de un ejército demasiado numeroso para guarnición de la villa; pero el punto más interesante de esta, el castillo, situado dentro de sus mismas murallas y en el extremo oriental, estaba muy lejos de reconocer-

¹ Esta leyenda histórica fue publicada originalmente en el *Semanario Pintoresco Español*, 1841, pp. 210-212, bajo el epígrafe «Leyendas nacionales». Edité este relato en mi libro *Viana en la vida y en la obra de Navarro Villoslada. Textos literarios y documentos inéditos* (en Mata Induráin, 1999c, pp. 99-111).

² *villa entonces, y ciudad ahora*: porque Viana compró el título de Ciudad el año 1630.

³ *le desgarraban*: caso de leísmo, que alguna vez encontramos en los escritos de Navarro Villoslada.

⁴ *don Juan III y doña Catalina*: los últimos reyes privativos de Navarra, destronados por la invasión castellana.

le por dueño y señor. A la bandera del monarca, donde se veían pintadas las famosas cadenas y esmeralda de Navarra, oponíase sobre las almenas de aquel otra bandera con una roca, castillo y escala, escudo de armas del conde de Lerín, condestable del reino, y rebelado contra don Juan. Vasallo era el conde tan poderoso, que a veces hacía sombra a la majestad, y tan turbulento y descontentadizo, que ni los halagos y humillaciones, ni las amenazas y rigores de esta, podían contenerle mucho tiempo en tranquila obediencia y pacífica posesión de sus estados.

En la época de nuestra historia, tan de cerca le hostigaba el rey, y de una manera tan cruda y vigorosa, que parecía impropia de su mansa y apacible condición. Ya no quedaban a aquel vasallo, que tenía humos de soberano, más plazas que las de Larraga, Lerín y el castillo de Viana, que parecía próximo a sucumbir ante el ejército realista, tan numeroso y mandado por el capitán más grande de su siglo, a no haber existido en él Gonzalo Fernández de Córdoba⁵: por el célebre CÉSAR BORJA.

César fue lanzado al mundo como un anatema, por medio del más horrendo sacrilegio. Entró muy joven en el gremio de los pastores de Jesucristo, recibiendo el capelo, y la investidura de los obispados de Valencia y de Pamplona. Como no era hijo de matrimonio, valiose para legitimar su nacimiento, circunstancia indispensable para aquella dignidad, de una horrible farsa que autorizó su padre, el Sumo Pontífice Alejandro VI. Torpemente enamorado de su hermana Lucrecia, mandó asesinar a su marido; y, abrasado de celos al ver a su hermano don Juan Borja, Duque de Gandía, algo cariñoso con la misma Lucrecia, apostó asesinos para que le matasen en el puente del Tíber y le tirasen al río. Esta muerte hizo recaer en César todos los estados de su familia; y dueño del Ducado de Gandía, renunció en público consistorio sus dignidades y órdenes eclesiásticas con ánimo de casarse con una hija del rey de Nápoles. Para que favoreciese sus amorosas pretensiones llevó un capelo al obispo de Septa; pero no habiendo tenido aquellas feliz resultado, envenenó por despecho al desgraciado

⁵ *Gonzalo Fernández de Córdoba*: célebre general español (1453-1515), nacido en Montilla (Córdoba), conocido como «el Gran Capitán». Destacó en la guerra de Granada, en los territorios de Italia (venció a los franceses en Ceriñola y Garellano en 1503) y en la lucha contra los turcos. Fue virrey de Nápoles por don Fernando el Católico. Con él comienza una nueva concepción de la guerra, que prima el uso de la infantería y la artillería, en detrimento de la caballería.

obispo, y se desposó con doña Carlota, infanta de Navarra, hija de nuestro rey don Juan III. Su padre le nombró luego general de las armas pontificias, y el rey de Francia le dio el Ducado de Valentinois. Afeó sus grandes hazañas militares con una crudeza y perversidad de corazón inauditas. Monstruo con apariencia de hombre y con entrañas de tigre, que no puede compararse con ninguno de aquella época, a no ser con su mismo secretario Maquiavelo.

Poco antes de pasar a Navarra el Duque de Valentinois, tenía preso el rey Católico en el castillo de la Mota de Medina⁶; pero escapándose de allí, se acogió a la protección de su suegro el monarca de Navarra. Puesto a la cabeza de las tropas reales hacía muy poco tiempo, estaba impaciente por exterminar la rebelión que tan mezquina gloria ofrecía al émulo del Gran Capitán.

Ni los sitiadores dejaban de seguir con obstinación el cerco del castillo, ni los sitiados, flacos y amarillos, devorados por el hambre y sed más rabiosas, que les obligaban a sustentarse de viles inmundicias, pensaban entregar su fortaleza; porque unos y otros eran navarros.

La tempestad agitaba con furor sus negras alas que entoldaban la inmensa concavidad del cielo⁷. Persuadido César Borja de que nada tenía que temer de los exánimes sitiados, mandó retirar las centinelas⁸ que tenía alrededor del castillo. Tan deshecho era el temporal, que temió no se quedasen arrecidas o sofocadas.

En efecto, nada más que su constancia y sufrimiento podían oponer los bravos defensores; pero no sabía el duque que a tres horas de distancia, en la villa de Mendavia, velaba un hombre atrevido, inquieto por la suerte del castillo, y más aún por la de un hijo que dentro se encerraba. El conde de Lerín quería salvar a su primogénito, gobernador de aquel alcázar, y los obstáculos del arte y de la naturaleza parecen débiles al amor paternal.

⁶ *el castillo de la Mota de Medina*: se refiere a Medina del Campo, en la provincia de Valladolid.

⁷ *La tempestad agitaba con furor sus negras alas*: en la literatura romántica, suele ser muy habitual que los episodios más dramáticos o sangrientos (muertes violentas, asesinatos, etc.) coincidan con el momento en que se desata una furiosa tormenta; pero en este caso, además de ajustarse al tópico, el dato parece responder a la realidad histórica.

⁸ *las centinelas*: en la lengua clásica, esta palabra se usaba siempre en femenino (aunque se refiera a hombres), de ahí que a continuación diga «arrecidas o sofocadas».

Así fue que en medio de aquella recia borrasca se vieron venir por las llanuras de Mendavia sesenta caballos a todo escape, cargados con sacos de harina y panes cocidos, y montados por intrépidos jinetes, que con grave y sereno rostro desafiaban la furia de los elementos. Antes de trepar la escarpada pendiente sobre la que está fundado el castillo por la parte exterior de la villa, detuvieron el paso a los fogosos caballos, y con el mayor silencio se apearon; y subiendo en hombros las vituallas, llegaron hasta una puerta falsa de la fortaleza, cuyo umbral se levanta algunas varas del suelo, para hacer más difícil su acceso.

El castillo de Viana forma un cuadrilongo cuyos lados mayores son los del Norte y Mediodía. En sus cuatro ángulos se elevaban otras tantas torres salientes, que defendían con sus flancos llenos de saeteras las cortinas de las murallas, coronadas de almenas, y terraplenadas hasta los adarves⁹. En medio de esta explanada había (y existe aún) otro cuerpo de fortificación que se llamaba el alcázar, que consistía en un robustísimo torreón, de figura redonda, cuyos muros de piedra sillar tienen tres varas de grueso. Descollaba sobre toda la fortaleza, como el cedro del Líbano sobre los arbustos de los campos. Por la parte del Norte y Occidente, que miran a la ciudad, debió tener¹⁰ el castillo un grande foso y puente levadizo para defender la puerta principal; pero por la de Oriente y Mediodía no hubo necesidad de él a causa de lo escarpado del terreno. En este último lado estaba colocada la puertecilla falsa, a cuyo pie aguardaban los sesenta guerreros que venían a socorrer a los sitiados. Echaron estos una escala de mano, por la cual subió primero un anciano de pequeña estatura, pero de grandes y juveniles bríos: arriba le esperaba un joven no menos valiente, pero más extenuado por la falta de sueño y de alimento. Era el primero el conde de Lerín, y el segundo su hijo don Luis de Beaumont. Abrazáronse; las tiernas palabras que mutuamente se dirigieron se confundían con el trueno y el huracán; los soldados, con el mayor silencio y apresuramiento subieron los víveres, no atreviéndose a resollar por temor de ser sentidos de los sitiadores, que en número tan excesivo pernoctaban en la contigua villa. Así que concluyeron

⁹ *adarves*: «Camino situado en lo alto de una muralla, detrás de las almenas» (DRAE).

¹⁰ *debió tener*: en la época no se distinguía entre *deber* + infinitivo (obligación) y *deber de* + infinitivo (suposición).

su trabajo, y después de otro abrazo, más tierno que el primero, entre el padre y el hijo, emprendieron su vuelta los sesenta de facción, calados de agua y enlodados hasta el yelmo. Don Luis de Beaumont los siguió algún tiempo con la vista; y perdidos luego en la oscuridad, cerró aquella puerta, que desde entonces se la llamó *Puerta del Socorro*.

La tempestad huyó con las tinieblas: la aurora presenciaba atónita los terribles desastres de aquella noche, y al silbido de los vientos sucedió el bramar de los torrentes que, enriquecidos con despojos, brotaban de las más áridas colinas. Las gentes del pueblo y los soldados del rey salían a los adarves de la villa, y vieron con sorpresa a los rebeldes que huían presurosos y que, satisfechos del buen éxito de su empresa, gritaban: «¡Beaumont! ¡Beaumont!».

César Borja oyó sus desaforadas voces¹¹ e, informado de su origen, juró vengar aquella burla y ofensa hechas a su pericia militar. Mandó tocar alarma; vistió el arnés, ayudado de su criado Juanicot¹², que lo había sido del conde de Lerín, y bramando de cólera, no sufriendole su orgullo y su impaciencia el retardar un momento la venganza, salió antes que sus tropas estuviesen dispuestas. La tradición nos ha conservado el color de su caballo, que era rucio¹³, y tenía la nariz hendida. Aún más: cuentan que al salir por la Puerta de la Solana, que ahora se llama de la Concepción, se le fueron las manos al caballo, animal brioso y soberbio, hasta dar con la cabeza en el suelo, que por la lluvia estaba muy resbaladizo; y aquel hombre feroz, en vez de hacer mérito de tan aciaga circunstancia, que según nuestros abuelos debía tenerla por de mal agüero, prorrumpió en una espantosa maldición; espoleó fuertemente al caballo, y ciego de rabia prosiguió su camino. Seguiale el rey su suegro a poca distancia con más de mil caballos y triple infantería, y César iba diciendo con voz atronadora: «¿Dónde, dónde está ese condecillo? Que, juro a Dios, hoy es el día en que lo tengo de matar o prender. ¡Y no he de parar hasta que enteramente quede destruido, sin perdonar la vida a ninguno de los suyos, hasta los gatos y perros!» Y, blandiendo su gigantesca lanza de dos hierros, prosiguió: «Esperad, esperad, caballeros.»

¹¹ *desaforadas voces*: voces potentes. Es adjetivo de sabor cervantino.

¹² *su criado Juanicot*: este subalterno es también personaje real. El nombre de este paje se documenta también como Juanito Grasca.

¹³ *rucio*: «De color pardo claro, blanquecino o canoso. Aplícase a las bestias» (DRAE).

Así fue en seguimiento de los rebeldes hasta que llegaron estos a un sitio llamado la *Barranca Salada*¹⁴, que forma una pequeña hondura encharcada por las aguas de una fuentecilla salobre, y que divide la jurisdicción de Viana de la de Mendavia. Viendo el conde de Lerín que ninguno de los suyos se atrevía a hacer frente a aquel insultante y arrojado desconocido, les animó con estas palabras:

—¿Es posible que no ha de haber alguno de los míos que salga al encuentro de ese caballero?

—¡Yo!... —dijeron a un tiempo tres hidalgos de sus guardias, Garcés, Pedro de Allo y otro cuyo nombre no recuerdan ni la tradición ni la historia. No quisieron dejar el uno para el otro la gloria de acometer aquella empresa, y juntos fueron a encontrar a César en lo más hondo de la Barranca Salada. A pesar de ser el combate tan desigual, hízole durar mucho tiempo la destreza y el valor del duque, hasta que, al tiempo de levantar el brazo para dar una lanzada a uno de ellos, Garcés le traspasó con la suya por la parte del lado que queda descubierta del arnés, al hacer aquel movimiento. Cayó muerto el famoso César Borja con tremendo golpe de lo alto de su caballo, el día 12 de marzo por la mañana del año 1507, pocos momentos después de haber pisado el territorio de la diócesis de Pamplona, de cuyo obispado había tomado posesión en tal día del año 1492. Circunstancia rara, que no dejan de notar nuestros cronistas: *manifestándose la mano justiciera de Dios, contra los que por intereses del mundo entran en el estado eclesiástico, y después retroceden con escándalo*, como dice el Padre Alesón.

Los hidalgos, que no le conocían, le despojaron de sus ricas armas y vestiduras, cubriendo tan solo con una piedra lo que el pudor no les permitió dejar descubierto; y sumergido en un lodazal, y nadando en su propia sangre, abandonaron el cadáver de aquel hombre, cuyos crímenes, bosquejados por nuestra pluma estremecida de horror, desvanecen la compasión que debía inspirarnos su miserable fin.

El primero que llegó tras de Borja fue Juanicot, que, llevado prisionero ante el conde, por las sangrientas vestiduras que le mostraron, dijo que el muerto era su amo, y el de Lerín le despachó para que lo noticiase al rey.

¹⁴ un sitio llamado la Barranca Salada: como vamos viendo, el autor es muy exacto en los topónimos vianeses que menciona. Navarro Villoslada tenía una finca cerca de allí, en las Jالبías, y conocía perfectamente esa zona de aguas salitrosas.

Vino este poco después con su gente, y quedó atónito al saber tanta desgracia. Hizo envolver el cuerpo de su yerno en un capote de grana, y con los ojos llorosos y el semblante mustio, tornose a la villa llevando en pos de sí el cadáver de aquel hombre que tan soberbio había salido dos horas antes por el mismo sitio. En la iglesia parroquial de Santa María de Viana, después de celebrarle grandes y solemnes exequias, le mandó enterrar el monarca, construyéndole un magnífico sepulcro de mármol lleno de bajos relieves que representaban a varios reyes del Antiguo Testamento en ademán de llorar tan funesta desgracia.

En la urna sepulcral se esculpió el siguiente epitafio, que nos ha conservado el famoso obispo de Mondoñedo don Antonio de Guevara¹⁵:

Aquí yace en poca tierra
el que toda le temía;
el que la paz y la guerra
en su mano las tenía.
¡Oh tú, que vas a buscar
dignas cosas de loar!
si tú loas lo mas dino,
aquí pare tu camino,
no cures de más andar.

En el día no existen más que los restos de este grande monumento, empleados en el zócalo del altar mayor de dicha iglesia; y urna, cenizas, relieves, todo ha desaparecido: no quedando ni un solo vestigio de aquel monstruo de ambición, que tenía por lema en sus armas y monedas: *Aut Caesar, aut nihil; O César, o nada*. Pero en cambio queda el horror de sus crímenes en la memoria de los hombres y de la historia, cuyo severo fallo no podrá suavizarse mientras la humanidad abrigue un sentimiento de su propia grandeza.

¹⁵ don Antonio de Guevara: escritor español (1480-1545), de la orden franciscana, que fue obispo de Mondoñedo, autor de obras literarias de estilo fantasioso e imaginativo como *Relox de príncipes*, *Epístolas familiares* o *Menosprecio de Corte y alabanza de aldea*. En el verso 7 del epitafio, *dino* es forma con reducción del grupo culto, en vez de *digno*, para que rime con *camino*.

UN HOMBRE PÚBLICO¹⁶

Una cualidad positiva supone naturalmente la existencia de una cualidad negativa; una calificación cualquiera, la posibilidad de una calificación contraria; un hombre de bien, los hombres malos; un hombre público, los hombres secretos, y como estos no los encuentre yo clasificados ni en Buffon, ni en Cuvier, ni en Virey, ni en Humbolt¹⁷, sino en las nóminas de la jefatura política, naturalmente deduzco que es preciso negar la existencia de los hombres públicos, o calificar de tales a cuantos no pertenezcan a la policía secreta.

¿Qué quiere decir hombre público?

De haberse llevado a cabo la extravagancia de aquel filósofo de la antigüedad que aconsejaba a sus discípulos que habitasen en casas de cristal¹⁸, para que todos sus actos pudieran ser observados de sus vecinos, claro es que los verdaderos hombres públicos serían aquellos que se resignasen a vivir en diáfanas moradas, como Anfítrite¹⁹, las ninfas y las ondinas. Pero llamar públicos a hombres cuya vida es un secreto, un enigma, un misterio inexplicable, por más que el vulgo tenga clavados en ellos los ojos, que no penetran más allá de la corteza, parécenos una extravagancia del moderno lenguaje o jerigonza.

¿Qué es un hombre público?

Hace muchos días tenía yo mis dudas acerca de la verdadera acepción de esta palabra; hoy, sin embargo, me encuentro con algunos datos para resolver cuestión de tanta importancia; y no es esto solo, sino que me encuentro con ganas de comunicárselos a mis lectores.

La casualidad es la grande inventora de los más célebres descubrimientos científicos; la casualidad ha hecho más héroes que el valor, más grandes hombres que el talento. Si en el mundo físico somos deudores a la casualidad de la apreciación de la fuerza del vapor, de la atracción y de otras cosas buenas; en el mundo moral le debemos el verdadero conocimiento de un hombre público.

¹⁶ Este relato, a medio camino entre el cuento y el artículo costumbrista, fue publicado originalmente en la *Revista Literaria* de *El Español*, 1847, núms. 1 y 3, pp. 14-16 y 41-45, bajo el epígrafe «Costumbres».

¹⁷ *Buffon ... Cuvier ... Virey ... Humbolt*: apellidos de varios naturalistas que clasificaron las especies animales y vegetales.

¹⁸ *aquel filósofo de la antigüedad ... casas de cristal*: cfr. con lo que escribe Santa Teresa de Jesús en una de sus cartas: «Deseaba un filósofo que fuesen de cristal las paredes de su casa, para que todos viesén su modo de vivir y obrar».

¹⁹ *Anfítrite*: diosa del mar tranquilo, esposa de Poseidón.

La casualidad, sin duda, ha hecho que yo fuese hijo de alguien, y que mis padres tuviesen un primo, el cual, casado sin dispensa con una que no era parienta suya, tuvo un hijo muy amigo a la cuenta de don Ambrosio Roblegordo, hombre más fuerte que un roble y más gordo que un buey. Vivía el señor don Ambrosio en el lugar de no sé cuántos, y dio la casualidad de que se le antojase venir a la Corte, no sé si por ver las ferias o por ver las fieras²⁰; ello es que la casualidad hizo que viniese, y la fatalidad que se acordase en el camino de cómo en Madrid tenía un hijo del padre del primo, casado sin dispensa, cuyo hijo debía ser amigo suyo.

Hizo la casualidad que supiese las señas de mi casa, lo cual no era muy difícil; y que la encontrase, que ya es un poco arduo y peliagudo para un lugareño recién llegado.

Plantose el don Ambrosio en mi excéntrica habitación. No me conoció; yo tampoco a él; espetome de memoria una porción de fes de bautismo, fraguó sobre el papel un árbol genealógico, con la misma seguridad y presteza que Napoleón un plan de batalla sobre un mapa, y no tuve más remedio que dejarme convencer de la obligación en que estaba, por nuestras íntimas y antiguas relaciones, de hospedarle en mi casa y de acompañarle a todas partes.

Quiso la casualidad que una noche entrásemos a beber al Café Suizo, y que aun antes de coger asiento reparase en un caballero alto, elegante, aunque bastante grueso.

—Oyes²¹, chico: ¿quién es ese? —me preguntó Ambrosio, que tenía la gracia de tutearme— No, pues dime ahora que me equivoco: ese hombre tiene traza de ser de mucha suposición. Chico, mira, míralo ¡qué gordo!, ¡qué satisfecho de sí mismo!, ¡qué aire de importancia!, ¡cómo lo saludan todos!, ¡cómo ahueca la voz!, ¡cómo se despide sin bajar la cabeza, con una sonrisa, con una mano así al desaire...! Pero ¡calla! ¡Pasa por aquí!, yo conozco esa cara: no hay duda; ¡es el mismo!, voy a saludarle.

Ambrosio se marchó al encuentro de su conocido.

Tenía mi amigo la gracia de olvidarse de mí, y dejarme plantado dondequiera, como no me necesitase. Se encaró con el personaje, le miró desde arriba abajo, le dio una palmada en el hombro. Luego una

²⁰ *no sé si por ver las ferias o por ver las fieras*: nótese el juego de palabras paronomástico.

²¹ *Oyes*: expresión coloquial, por *Oye*.

bofetada que hubiera sido casi imperceptible con manos menos ásperas y callosas, y como nada de esto bastase para volver al caballero de su estupefacción, mi Ambrosio le hacía mamolas²² y le decía en alta voz:

—¿Juanillo? ¡Eh!, chico: ¿Juanillo? ¡Caramba cómo has engordado!, ¡qué estirón y qué...! ¿No me conoces? ¿Pues no te acuerdas del tío Ambrosio, que siempre ha sido tu parroquiano? No arrugues las cejas, hombre, que justamente todavía llevo puestos los últimos pantalones que tienen cuchillos de tu mano.

—¿Qué es eso? ¿Quién es usted?

—Ambrosio.

—¿Ambrosio de qué?

—¡El tío Ambrosio!, ¡el alcalde de tu pueblo!, ¡el que te daba...!

—¡Ah! sí, ya caigo, qué cosas tienes, Ambrosio... No hablemos de eso. Yo mudé de carrera...

—Hola, ¿conque tú por tú?, ¿a la pata llana?²³ Sea; pero vamos, ¿qué oficio tienes?

—Vente, ven por aquí adentro: tomaremos un ponche, un helado.

—Lo que tú quieras, dos o tres... lo que tú quieras: veo que, con todo tu boato, y tus medros, y tu... vamos, tienes buen corazón. ¿Te acuerdas de las muchas veces que te guardábamos las sobras del puchero?... ¡Caramba qué esmirriado estabas, y qué hambre tenías! ¡Voto al chapiro verde!²⁴ ¿Cómo has hecho para echar esos mofletes? ¡Si pareces un caballero!

Ambrosio siguió al buen Juanillo, y me dejó con un palmo de narices. ¡Ingrato! No sabía él cuán cara me era su compañía.

Yo no sé si por afición a mi amigo, o por curiosidad de conocer el suyo, me tentó el diablillo de seguirlos y de sentarme cerca de ellos, detrás de un poste, donde les oía perfectamente la conversación.

—Por Dios, señor don Ambrosio —decía el caballero en tono más humanizado—, ¿quiere usted tener la bondad de bajar la voz? Usted extrañará... ya se ve mi posición social, mi dignidad, mi...

²² *le hacía mamolas*: hacer a alguien la mamola es expresión coloquial que significa «Darle golpecitos debajo de la barba en señal de mofa o burla» (DRAE).

²³ *Hola, ¿conque tú por tú?, ¿a la pata llana?*: expresiones que ponen de relieve la excesiva familiaridad con que le trata el otro, tuteándole.

²⁴ *¡Voto al chapiro verde!*: juramento coloquial, que se reitera en otros textos de Navarro Villoslada.

—Vamos, ya entiendo; te has examinado de maestro, ¿no es verdad? ¡Acabáramos de una vez con mil demonios! Hombre... no lo digo por ti, pero ¡cómo robáis por aquí los sastres!

—¡Señor don Ambrosio!

—¡Qué diantre, no te enfades! No hay regla sin excepción; y eso que tú, para tener ese lujo, y esa prosopopeya, y... Yo no sé cómo hacéis esos milagros. Pero ya se ve. Figúrate tú que han tenido valor para pedirme por una anguarina, o gabán, o como le llaméis... ¿Cuánto te parece? Pero digo, ¡si tú lo sabrás! ¡Treinta y cinco duros! ¡Hombre, treinta y cinco duros! ¡Qué escándalo! Si con poco más tenía para una yunta de bueyes. Eso sí, la anguarina estaba hecha: no tenía que darle una puntada, y toda forrada de seda, lo mismo que las casullas que sacan allá por el Corpus. Chico, me parecía más maja por dentro que por fuera. ¡Pero treinta y cinco duros! ¡Qué barbaridad! Si con media docena de gabanes, ¡pongo el dote²⁵ de una de mis hijas!

—Señor don Ambrosio, ya le dije a usted que había cambiado de carrera.

—Pero, hombre —exclamó el lugareño, como quien ve visiones—, ¿qué significa eso de carrera? ¿Te has hecho médico, abogado, teólogo? Yo no sé que haya otra cosa que se llame carrera si no es la de los caballos.

—Soy hombre público, señor don Ambrosio.

—¡Hombre público!, chico, no entiendo esa jerga. Si fuera mujer...

—Hombre público quiere decir hombre de Estado...

—¡Acabaras de una vez! ¡Vete con mil diantres que ya te entiendo a la postre! ¿Con qué te has casado?

—¡Oh, Dios me libre!

—Pues tú de cura maldita la traza que tienes...

—Pero ¿no nos entenderemos alguna vez? Hombre de Estado no quiere decir que yo lo haya tomado; hombre público es lo que usted no entiende... ni yo tampoco, a decir verdad; pero... en una palabra: soy un funcionario...

—No digas más, hombre, no digas más. ¿Conque te has metido a dar funciones?... Ya me parecía que tenías traza de comediante... No, pues para eso no te faltaba desparpajo, y mucha labia, y...

²⁵ *el dote*: la dote.

—Señor don Ambrosio, veo que mi país no ha dado un solo paso por la senda de la civilización: al cabo de cuatro años viene usted tan... tan selvático y cerril como cuando le dejé. Soy funcionario público, es decir, alto empleado: tengo dos o tres cruces, he publicado un par de folletos políticos, soy diputado...

Estaba a la sazón el buen Ambrosio zampándose un vaso grande de leche merengada con sus correspondientes bollos, barquillos y bizcochos; y fue cosa de ver el estufido²⁶ y el brinco que pegó al escuchar a Juanillo, echando a rodar por la mesa el vaso que tenía cogido con ambas manos.

—¡Diputado tú!

—Sí, señor.

—Pero ¿diputado de qué?... ¿De esos que hablan tan bien, que cantan la cartilla a los ministros, y de esos que se ponen como ropa de pascua? ¿Diputado como el señor conde, que ha salido por nuestro pueblo, y por señas que me ha perdonado el arrendamiento del año pasado?

—Sí, señor, tan diputado como el conde.

—¡Pero, hombre! —exclamó con sencillez el buen Ambrosio—, ¿y quién te ha dado dinero para ser diputado?

—No he gastado un cuarto.

—¡Esa es otra!

—En la provincia por donde he salido nadie me conocía...

—Ya lo supongo: conociéndote a ti, ¡quién diablos...! Pero ¿cómo se hacen estas cosas?, los sesos se me vuelven agua de tanto discurrir —dijo el lugareño acabando de recoger en el vaso la leche vertida, y saboreándola después sin aprensión alguna.

—Escuche usted, señor don Ambrosio —respondió el caballero—; por poco que usted discurra debe conocer que su presencia me incomoda...

—¡Hombre! Te vienes con unas indirectas...

—Soy franco.

—No lo jures.

—Me incomoda usted, lo repito; porque me hace recordar cosas que algunas veces me figuro que todo el mundo las ha olvidado como yo. Pero en medio de la mortificación de mi amor propio, soy agradecido y leal; y aunque exijo de usted que en público me trate

²⁶ *estufido*: bufido, expresión de enfado o sorpresa.

con respeto, privadamente seré para usted el Juanillo de nuestro pueblo, que después de comer las sobras del puchero se subía a las bardas del corral a matarle las gallinas a pedradas, o pescarle pavos con anzuelo.

—¿Conque eras tú, pícaro, quien diezmaba mi gallinero?

—Sí, señor, pero hoy quiero restituirle cuanto le debo: quiero que venga usted a mi casa, y antes de que vea usted al hombre público que ha llegado al apogeo de la fortuna, le contaré a usted los medios de que se ha valido para ascender a tan elevado puesto.

Aquí noté yo cierto movimiento de sillas, un ruido seco de restregamiento de manos callosas, una tosecilla, un estruendo como de dejar caer dos codos semejantes, dos pesadas mazas sobre la mesa, síntomas todos de atención y curiosidad.

—Vamos a ver —dijo por fin Ambrosio con cierta inquietud y complacencia.

El caballero después de un rato de silencio, en voz baja, pero perceptible, con aire complacido y tono familiar, comenzó su relación en los términos siguientes:

—Ha de saber usted, señor don Ambrosio, que en alas de mi próspera fortuna llegué a Madrid como los aventureros del siglo XVI arribaban a las Indias: con ciertos instintos ambiciosos, con un no sé qué de inquietud y desasosiego que me hervía en el corazón y en la cabeza, haciéndome sospechar, sin atreverme a pensarlo detenidamente, que yo llegaría a ser grande hombre. Ya yo me tenía casi por un héroe; pero sepa usted, amigo mío, que los héroes tienen apetito, por más que las historias y las novelas autoricen a usted con su silencio a pensar lo contrario. Los héroes comen: verdad terrible, necesidad cruel que ha engendrado y ha sepultado a la vez proezas inauditas. En la precisión de comer hay que gastar, y para gastar, tener dinero, y si no se tiene, ganarlo, robarlo o pedirlo prestado, especie de hurto en hombres irresponsables. Acomodeme, pues, a lo primero en la imposibilidad absoluta de contar con lo último. Me presenté a Utrilla²⁷. No me turbé ante la majestad de los sastres: le hizo impresión la soltura de mis modales y de mis dedos; el aplomo de mi continente y de mi plancha, la finura de mi conversación y de mis pun-

²⁷ *Utrilla*: se refiere al célebre Juan Utrilla, maestro en el arte de componer fracs y levitas, prenda que convirtió en su especialidad; su taller se ubicaba en el número 16 de la Carrera de San Jerónimo, esquina a la antigua Ancha de Peligros.

tadas, y sobre todo quedó prendado de mis prendas, es decir de las que le presenté de muestra²⁸. Utrilla se sonrió y el grande hombre quedó hecho oficial de sastre.

»Estaba yo cosiendo en el obrador, y trazando en los respuntes del cuello de una capa los planos de mi felicidad, cuando a la puerta de la tienda se paró un coche simón²⁹, no sé si por imposibilidad de seguir adelante, o por necesidad de algún respiro; ello es que la desvencijada máquina vomitó un hombre... No pintaré a usted su fisonomía: el ojo de un sastre examina primero el corte que el porte; la expresión está para ellos en el vestido, no el rostro. Gall y Delille con solo palpar un cogote le dicen a usted: «Aquí hay un hombre que es un pícaro, un bribón de cuatro suelas», y es preciso confesar que cuando auguran mal los frenólogos, pocas veces se equivocan: Lavater³⁰ tiene que echar su plomada y arrimar el cartabón para medir el ángulo social; un sastre, con solo dirigir una rápida ojeada a la ropa del sujeto, dice al punto: «Aquí hay un hombre de pro», y las más veces: «Aquí hay un pobre diablo», como en la ocasión presente. Por el traje quedó pues calificado de hortera³¹ el entrante. Sin embargo, ¡oh falibilidad de la ciencia frenólogo-sastreril!... El hortera era un ministro; pero entendámonos: ministro constitucional.

²⁸ *quedó prendado de mis prendas, es decir de las que le presenté de muestra*: juego de palabras basado en la paronomasia de *prendado* / *prendas* y en la dilogía de esta última palabra ('cualidades' y 'tejidos').

²⁹ *coche simón*: carruaje de alquiler tirado por animales, que debe su nombre a quien lo diseñó en el siglo XVIII, el español Simón Tomé Santos.

³⁰ *Gall y Delille ... Lavater*: el anatomista y fisiólogo alemán Franz Joseph Gall (1758-1828) fue el fundador de la frenología; en su opinión, la forma y el tamaño del cráneo determinaban el comportamiento humano. Por su parte, el escritor y teólogo suizo Johann Caspar (o Kaspar) Lavater (1741-1801) es el padre de la fisiognomía, según la cual se podría descubrir el carácter de las personas a través de sus rasgos físicos. No localizo exactamente a Delille, pero, por el contexto, se trata de un seguidor de las teorías de Gall, que estuvieron muy de moda a mediados del siglo XIX. Un poco más abajo el narrador alude burlescamente a la «falibilidad de la ciencia frenólogo-sastreril» (estos adjetivos en *-il*, como por ejemplo *venteril*, *dueñil*, *cenceril*..., abundan en el *Quijote* y Navarro Villoslada también los emplea con cierta frecuencia).

³¹ *hortera*: en sentido estricto, un hortera es un dependiente de comercio; aquí, con sentido algo más amplio, 'una persona vulgar y corriente, un cualquiera'. La palabra se utiliza también para referirse a aquel «Que aunque pretende ser elegante o moderno resulta vulgar, ordinario y de mal gusto» (*DRAE*).

»Llegó el hombre muy apurado preguntando con cierta mezcla de orgullo y de humillación:

—¿El señor Utrilla?

Yo tengo para mí que el arte de ser hombre eminente consiste en el talento de rodearse de personas que lo sean, o que le hagan aparecer a uno como tal explotándolas sin compasión. Napoleón, sin los generales del Imperio, hubiera sido un mequetrefe; César Borja³², sin Maquiavelo, un botarate, y yo sin mi hortera presunto, un pobre sastre. Le vi, lo calé, me levanté de mi banquillo, y con aire complaciente le dije:

—¿Pregunta usted por el maestro?

Mi introducción con el desconocido era una tontería; pero el hombre parecía incapaz de cogerlas al vuelo.

—Sí, señor; quiero verle.

—Sírvasse usted pasar adelante.

—¿Usted es el señor Utrilla? —dijo al entrar en el despacho el desconocido.

No tenía necesidad de esta pregunta para dar a entender que por vez primera hollaba el alcázar de la moda.

—Servidor de usted.

—Hombre, me encuentro en un apuro.

—¿De dinero?

—¡No, ca!, dinero me sobra... es decir, me sobraré desde hoy en adelante.

—¿De ropa?

—Justamente, necesito un frac.

—A ver, Juan, me dijo el maestro desenrollando la cinta de medir. Apunta: señor don... ¿Cómo se llama usted?

—Don Diego del Cerro Becerril —contestó el necesitado, como si hubiese pronunciado el «Yo soy el Salvador del mundo», o el *qu'il*

³² *César Borja*: César (Cesare) Borgia, noble italiano nacido en Roma en 1475, de origen aragonés, duque de Valentinois, obispo de Pamplona, arzobispo de Valencia, capitán general de la Iglesia, etc., «muerto en campos de Viana» el 12 de marzo de 1507. Ha quedado en el imaginario colectivo como prototipo de individuo cruel, ambicioso y sin escrúpulos (Nicolás Maquiavelo lo retrata en el capítulo VII de *El príncipe*). Navarro Villoslada (que siempre utiliza la forma española del apellido, Borja) evocó su muerte en una leyenda histórica.

mourût de Corneille³³; y luego añadió—: Ahora ya comprenderá usted lo crítico de mi situación.

—Bien hombre, bien —repuso el maestro—, si no puede usted pagarlo ahora, yo no apuro con la cuenta a mis parroquianos.

—¿Pero no comprende usted?...

—¿Que no tiene usted un cuarto?

—Señor de Utrilla —exclamó don Diego con cierta entonación dramática—. ¿Nada ha oído usted acerca de crisis ministerial?

—Sí, hombre, dicen que han hecho ministro a un pobre diablo.

—Ese soy yo.

—Señor, perdone V. E.

—Sé que la opinión pública no me favorece; tanto mejor: es una garantía para mi estabilidad.

—Conque V. E. quiere un uniforme...

—No, señor, un frac, y ha de ser para esta misma noche.

—¡Para esta noche!... ¡Imposible!

—¡Cómo imposible! ¿Sabe usted que esta noche tengo que jurar delante de S. M.? ¿Sabe usted que sin traje de etiqueta no puedo presentarme delante de S. M.? ¿Sabe usted que delante de S. M. ...

—Sé que no puedo hacer esa prenda para esta noche.

—¡Hombre, usted está pagado por la oposición! —exclamó el ministro aterrado—. ¡No poder hacer un frac en doce horas, cuando a mí me han hecho ministro en dos minutos!...

—¡Ya! Se figura usted que es lo mismo hacer un ministro que un frac.

—Pero, señor —tornó a exclamar el recién llegado, casi muerto de pesadumbre—: ¿Y la patria? ¿Y la salvación del país? ¿Usted no sabe que de sus tijeras está pendiente la felicidad de la nación? ¿Usted no sabe que si esta noche no juro me soplan la cartera los enemigos de... de las instituciones y del reposo? ¡Figúrese usted si los enemigos del reposo descansarán toda la noche, cuando sepan que no he jurado! Por esas cuatro puntadas que usted se niega dar, la patria se hunde, el país se pierde, la crisis se prolonga, y tal vez un cataclismo social nos amenaza, tal vez yo deje de subir al poder.

³³ *qu'il mourût*: se refiere a una frase que pronuncia el personaje Le vieil Horace en la obra teatral *Horace*, de Pierre Corneille: «Qu'il mourût, / Ou qu'un beau désespoir alors le secourût».

—¿Qué quiere usted que yo le haga, si usted estaba desprevenido para gobernar?

—¡Cómo desprevenido! Señor, tengo en mi cartera cien proyectos de ley, doscientos reglamentos, cuatrocientas circulares...

—Sí, pero no tenía usted frac donde meter la cartera; y no hay remedio, los partidos, los hombres públicos, los candidatos para ministros, deben contar que con las tijeras de la oposición les han de cortar un sayo, y las tijeras del sastre les han de cortar un frac.

—¿Desprevenido dice usted? Pues esto me hace recordar que yo debí encargarlo hace unos días... Sí, pero, no... ¡Jesús, qué cabeza la mía! Yo creo que tuve intención de hacerlo.... pero ya se ve, con estas cosas, lo mismo me acordaba yo del frac que de la primera camisa que me pusieron.

—¡Pues —contestó el sastre— descuidan ustedes los más indispensables negocios, y se paran en bagatelas, en fruslerías!...

—Pero, señor maestro, ¿en qué artículo de fondo ha leído usted nunca que, para gobernar bien, se necesite ese traje ridículo...?

—En los artículos de fondo de mi casa. Ahí tiene usted esos estantes llenos de piezas de paño que en alta voz están pregonando la necesidad de que todo el mundo se vista, incluso los aspirantes a ministros.

—Vamos, ya veo que usted se ablanda, y que...

—Nada: es imposible.

—Pero, ¿no ha de tener usted más patriotismo?

—¡Oh! Patriotismo, y sobre todo deseos de ganar, me sobran; lo que me falta son manos y tiempo para cortar y coser.

Don Diego se fue desesperado.

Mientras departía inútilmente con el maestro, estuve yo escudriñando todas las entradas, y salidas, y protuberancias, y sinuosidades de su talle: tomé perfectamente mis medidas, me sonreí maliciosamente, concebí un proyecto atrevido, y antes de que subiese al carruaje volé a su lado, y llamándole aparte le dije:

—¿Señor don Diego?

—¿Qué hay? —me respondió con un bufido.

—Soy una víctima de los ministros dimisionarios.

—Eso a la secretaría... un memorial... y... veremos.

Veremos es la palabra sacramental de los ministros; don Diego sabía pronunciarla: no le faltaba todo para consejero de la Corona.

—Nada vengo a pedir, señor don Diego —le contesté—: por el contrario; vengo a sacar a V. E. de un apuro.

—¡El frac! ¿Me hace usted el frac?

—Sí, señor, aunque mi profesión no es esa, aunque mi genio esté oscurecido en un obrador, yo le haré un frac a V. E. Me consta que los enemigos de la pública tranquilidad saben que V. E. carece de las prendas necesarias para ser ministro... y han ganado a todos los sastres de la capital; pero yo, que soy una víctima suya... yo, que perseguido por los ministros salientes por mi adhesión hacia V. E. y sus dignos compañeros (no los conocía) he tenido, con rubor lo digo, he tenido, señor excelentísimo, que abdicar de mi dignidad y sumirme en un taller para ganar mi cotidiano sustento; yo les probaré que hombres de mi temple, de mi patriotismo, de mi arrojo, no tienen precio; que tan buenos son para un fregado como para un cosido; y saben sacrificarse por el bien público, saben hacer un frac en diez horas, o perecer en la demanda.

—¡Chico, me dejas con la boca abierta! —exclamó a la sazón el buen Ambrosio, que hasta entonces la había tenido cerrada—. ¿De dónde sacabas tú esas palabrotas?, ¿de dónde esos embrollos de víctima y de ministros, si tú no habías conocido otros ministros que los de justicia? Y sobre todo, ¿de dónde sacabas el fraque?

—Le diré a usted, tío Ambrosio: para la carrera que llevo se necesita mucha audacia, mucho desparpajo, y poquísima...

—Sí, ya entiendo.

—Poquísima aprensión. Ya sabe usted que mi difunto tío cura quiso enseñarme a leer y escribir y ciertos puntos de gramática latina: aprendí lo primero, sin saber lo que aprendía, y renegué de lo segundo porque conocí que el aprender cuesta trabajo. Sin embargo, di pruebas de no ser un zote; porque a pesar de mi poca aplicación, al cabo de algún tiempo de estudios intermitentes, ya le daba quince y falta³⁴ a mi tío en la gramática, lo cual no quiere decir que yo supiese mucha. Murió el infeliz: quedé huérfano; me recogió un pariente sastre, donde, como usted sabe, aprendí el oficio. Pero ¿cree usted que se necesitan grandes estudios para encajar en la conversación o en los escritos esas frases huecas del lenguaje político que suenan mucho y nada significan? ¿No las está usted oyendo todos los días, y a todas

³⁴ *le daba quince y falta*: le superaba con creces.

horas, y en todas partes? Un papagayo las repitiera a fuerza de oírlas, y yo creo que tengo algo más de entendimiento que un papagayo.

»¡Los embrollos! Para embrollar solo se necesita audacia... y ya ve usted que no me falta; y si se trata de meter embrollos con un pobre hombre, aturdido con la idea de ser ministro, aterrado con la posibilidad de dejar de serlo, y preocupado por un solo pensamiento, es la cosa más fácil del mundo.

»¡El frac! Pregunta usted de dónde saqué el frac. El frac estaba hecho, señor don Ambrosio: el frac estaba en el Monte de Piedad, a donde fui a rescatarlo.

—¡Cáspita!, cuéntame eso.

—Ya sabe usted que, aturdido don Diego con la crisis ministerial, se olvidó de que había encargado esa prenda. Ya sabe usted cuánto me chocaron las curvas de su talle, y sabe usted por fin la perspicacia del ojo de un sastre. Al irle a tomar medida en el despacho del maestro, me dije yo: «Dos talles como este no hay en Madrid, y el frac que estaba haciendo un oficial amigo mío, y que trabajaba para otro maestro, no sirve sino para este talle. Consecuencia: luego el frac de mi amigo es para este». Tanto mi camarada como yo, que vivíamos juntos, teníamos unas mismas mañas y unas mismas necesidades, y hallándonos sin un cuarto, el día anterior habíamos llevado a empeñar aquel traje recién concluido.

—¿Y tenías dinero para desempeñarlo?

—Ni un cuarto; pero cuando llegó el ministro se acordará usted de que estaba yo cosiendo una capa: marché de la tienda con pretexto de acabarla en casa, y fui derecho al Monte de Piedad, dejando allí la capa cautiva, y rescatando el frac. Pasadas algunas horas me dirigí a casa de S. E. que me estaba esperando como al Santo Advenimiento. Cuando vio el frac y se lo probó, cuando su esposa le hizo notar que no tenía ni una arruga, ni un solo defecto, y que estaba perfectamente cosido, y que entre el ministerio y el traje le había remozado, fue cosa de abrazarme, de llamarme su salvador, de perder el juicio.

—¡Vamos! ¡Que bien te pagaría el frac!

—Nada quise aceptar. Seguí haciendo mi papel de víctima, de hombre de mérito arrinconado en un obrador por mi honradez, por mi probidad, y sobre todo por la consecuencia de mis principios.

—Te ofrecería su protección.

—Todo lo contrario: yo le ofrecí la mía.

—¡La tuya! ¡Tú protector de un ministro! ¡Vamos, si en este Madrid oye uno cosas!...

—Un ministro constitucional, un ministro de un rey que reina y no gobierna, parece un monarca absoluto, y sin embargo es la criatura más débil, flaca y menesterosa de la tierra. ¿Sale un periódico nuevo? Ya está sudando el ministro. ¿Se juntan cuatro amigos a comer? El ministro no puede tragar un bocado con el miedo de los conspiradores. ¿Corre un perro por la calle, a quien los chicos han puesto un cencerro en la cola; la gente corre y se cruzan los gritos del amo y los silbidos del público? «¡Dios mío! ¡Que toquen generala! ¡Dónde me escondo! ¡Motín, pronunciamiento!», exclama el ministro exánime. Un ministro puede sin mengua ser protegido por un cabo de rondas de policía secreta, por un charlatán de café, por un capitán de nacionales, por el escribiente de un periódico que tiene maña para enjaretar un párrafo: figúrese usted si un ministro incipiente podía ser mi ahijado.

Le doné el frac, le di la mano con aire teatral llamándome su amigo, y le tendí una mirada suprema de protección. Había dado el primer paso en mi carrera. El oficial de sastre se llamaba amigo de su parroquiano, su Mecenás³⁵ además de amigo: había perdido treinta, o cuarenta duros, y una portería por ganar toda mi posición, toda mi fortuna. En una época en que tan poco sabemos o queremos saber los hombres unos de otros, en la que todos aparentamos respetar el secreto del prójimo, porque el prójimo tenga consideraciones con el nuestro, los hombres, señor don Ambrosio, valen en lo que se estiman. En esta comedia o farsa del mundo nuevo no hay director de escena: cada cual toma el papel que se le antoja: el que se contenta con el de parte de por medio, como llaman a los vigésimos galanes, con su pan se lo coma; aquel está destinado a no tener un cuarto, y a ser silbado toda su vida. Que no se queje: en su mano estuvo escoger otra cosa. El que toma el papel de primer galán, esté seguro de que nadie se lo disputa, y entre silvas y aplausos ganará el sueldo y los honores de actor de primer orden. La dificultad consiste en tener audacia para fijar desde el primer momento bien alta la puntería. Mientras probaba

³⁵ *Mecenás*: el noble romano Cayo Cilnio Mecenás, confidente de César Augusto, fue un generoso patrón de las artes en Roma; luego el nombre se aplica a cualquier persona que ejerza el mecenazgo de artistas o científicos.

yo el frac al excelentísimo señor don Diego, sentándole las costuras, me estaba pensando en reemplazarle en el ministerio...

—Hombre, no digas barbaridades.

—Lo que usted oye, tío Ambrosio: era una insolencia, lo conozco; pero con insolencias se labra el pedestal de nuestra fortuna.

»Estas palabras cuando se oyen por primera vez, asombran, escandalizan, dan náuseas: pero si el hombre de cuyos labios han salido, las repite con el mismo descaro, esté seguro de que el efecto no es tan irritante; y si las repite siempre impertérrito, otra vez y otra, la sociedad se familiariza con ellas y llegan a ser moneda corriente. Figurémonos que no llego a ser ministro, pero llego a ser subsecretario, oficial del ministerio, intendente, jefe político, yo que había nacido para portero. Para lograr algo, pedir mucho.

»Abreviando mi historia, señor don Ambrosio, diré a usted que me hice amigo, comensal y camarada del don Diego, que al cabo de poco tiempo no podía vivir sin mí; que yo resolvía todas sus cuestiones, desembrollaba sus negocios, le conquistaba aplausos en la prensa, en fin, que el buen hombre tuvo que ponerse de rodillas para obligarme a aceptar una plaza de oficial en la secretaría, y dos cruces que me colgó del ojal.

»Mi misión cerca de S. E. estaba concluida: comencé a quejarme de su ingratitud...

—Juanillo, ¡mira lo que dices! ¡Ingrato un hombre a quien tanto le debías!

—Sí, señor, ingrato. Me adelanté a llamárselo, para desvirtuar esta palabra que dentro de pocos días había de salir de sus labios.

»Me precio de tener buenas narices, y como estaba en las interioridades del gabinete, conocí que no podía pelechar³⁶ muchos días algunos antes de que el público lo trasluciese. Hícele la oposición terrible, desencadenada: renuncié el destino; me volví el rostro al sol que comenzaba a levantarse... en fin, cayó don Diego, subió don Juan y luego don Pedro, y entre Pedro, Juan y Diego, me han hecho lo que usted ve, un hombre público, que hoy o mañana será llamado para regir los destinos de esta nación...

—¡Digna de mejor suerte! —exclamó enfáticamente Ambrosio, que por la vez primera había soltado una gracia, que me hizo sonreír,

³⁶ *pelechar*: mejorar en salud.

en medio de la hiel que las palabras de Juanillo iban destilando gota a gota sobre mi corazón.

Embocame en mi capa; arrelleneme en la silla, y dando rienda suelta a mis cavilaciones, quedé tan hondamente sumergido en ellas, que no sentí marcharse a los paisanos.

—¿Qué es esto? —pensaba yo...

Pero lo que yo pensaba debe ocurrírsele a cualquiera; y no hay para qué molestarnos en consignar aquí los pensamientos de nuestros lectores.

UN HIDALGO³⁷

El tipo de estos hombres nobles, honrados, sencillos en sus gustos y costumbres, altivos al mismo tiempo que modestos, tan común en el siglo de García de Castañar y del Caballero del Verde Gabán³⁸, va desapareciendo rápidamente en el siglo de la desamortización³⁹ y de la industria; pero no se ha extinguido del todo por fortuna. Yo he conocido al hombre a quien pretendo describir y he vivido con él el tiempo suficiente, no solo para estudiar y conocer su carácter, sino también para merecer su confianza hasta el punto de haberme referido los sucesos que en forma de novela voy a narrar contando con la indulgencia de mis lectores.

Llamábase don Íñigo Pérez de Berrueta: es un hombre de edad madura, que dista tanto de la juventud como de la ancianidad, de elevada estatura, enjuto de rostro, ágil de miembros, de buen color, aunque tostado por el sol y por los vientos; su frente altanera... Pero

³⁷ Texto que permanecía inédito en el archivo de Navarro Villoslada, Universidad de Navarra, y que reproduce en Mata Induráin, 1996b. Es quizá el esbozo de un texto narrativo más amplio, según apunta el autor, aunque puede leerse independientemente, como artículo costumbrista.

³⁸ *el siglo de García de Castañar y del Caballero del Verde Gabán*: sendos personajes literarios, el primero protagonista de la comedia de Rojas Zorrilla *Del rey abajo ninguno* o *El labrador más honrado*, *García del Castañar*; el segundo, personaje cervantino, del *Quijote*, muy del gusto del escritor de Viana, pues lo menciona en otros escritos suyos.

³⁹ *desamortización*: proceso histórico-social que puso en el mercado, previa expropiación forzosa y mediante subasta pública, las tierras y bienes que estaban en poder de las llamadas «manos muertas» (la Iglesia católica y las órdenes religiosas), así como los denominados *baldíos* y las tierras comunales de los municipios.

no me satisface el sistema de ir describiendo una por una todas sus facciones. Pudiera hacerlo fácilmente: tan fijo le tengo en mi imaginación que, si supiera manejar los pinceles, haría de memoria su retrato; pero se me figura que para pintarle con la pluma debo seguir un método diferente y atenerme más bien a las impresiones que produce, dejando a la imaginación del lector el arreglo de su fisonomía.

Figurémonos que nuestro hidalgo sale una tarde a paseo por un camino real y que uno de nosotros, nuevo en el país, por el cual vamos andando a caballo, lo divisa a lo lejos: en su continente grave, en su paso firme, en la serenidad de sus miradas, el viajero conocerá al momento que es una persona de respeto, por más que su traje sencillo y ordinario discrepe apenas de la esfera vulgar, y por poco inclinado que se sienta a la veneración, no dejará de quitarle el sombrero⁴⁰.

Pero el observador está lejos, y entre don Íñigo y él se alzan otras figuras intermedias, cuyos movimientos es preciso notar. Si delante de él pasa un aldeano, con toda esa gravedad y mesura que representa le saludará con cariño, con aire de padre más bien que de amo y señor, y se parará con él dos o tres minutos, los bastantes para informarse de sus bueyes, de sus hijos, de su mujer⁴¹, darle algún consejo o gastar con él alguna chanza.

Si detrás del aldeano viene una aldeana y esta, cosa que no es imposible, es una muchacha fresca, hermosa y aseada, la detención de nuestro hidalgo no será de dos o tres minutos, sino de cuatro o seis; su semblante perderá algo más de gravedad, sus ojos se mostrarán casi alegres y sus labios no dejarán de modular un requiebro, y tal vez más que un requiebro: la promesa de un buen regalo para el día de la boda; todo esto, sin embargo, con cierta delicadeza que está demostrando la superioridad de educación y de fortuna.

Si en pos viene un mendigo, forastero por supuesto, porque no los hay en el lugar donde vive nuestro hidalgo, don Íñigo no echará mano al bolsillo para dar una mezquina limosna, ni tampoco pasará de largo con aire altivo y gesto desdeñoso, sino que volverá el rostro

⁴⁰ *no dejará de quitarle el sombrero*: entiéndase 'no dejará de quitarse el sombrero ante él'.

⁴¹ Como sucede en «El arriero», el personaje se interesa primero por los animales, después por la familia. En el ms., *de su bueyes*, lapsus que enmiendo. El autor había escrito primero *de su buey*, y más tarde, al quererlo poner en plural, añadió al sustantivo la terminación *-es*, pero se olvidó de añadir también la *-s* del plural en el posesivo.

para mirar atrás, y extendiendo la mano en dirección de una casa, que se asoma entre acacias y castaños de Indias de blanca flor y oblongas hojas en forma de penacho, le enseñará una casa al pie de una risueña colina de hayas, madroños y ancianos y huecos robles, a cuya falda se extienden largos prados y maizales, huertos y caseríos.

La hora es el anochecer; la estación, el otoño; el sol ha desaparecido tras una de las innumerables montañas, que en onduloso declivio⁴² vienen descendiendo desde la cima de los Pirineos, cubierta de eterna nieve, hasta la costa del mar Cantábrico, donde nacen los naranjos y limoneros, los plátanos y otras plantas que exigen la más suave temperatura; el cielo está cubierto de nubes o nieblas sutiles, teñidas de un arrebol que a cada momento cambia de matices, primero de un pardo tosco y poco delicado, que se convierte en vivísimo rojo, después de carmín que se torna cárdeno y, por último, de un anaranjado que viene a ser de oro y luego dulcísimo y delicado amarillo, que se desvanece en blanquecino hasta que todo se envuelve en las vencedoras sombras de la noche.

A este tiempo una campana tiende sus majestuosos y pausados sonidos por el profundo valle, por las sinuosidades y revueltas de la falda de las montañas; y el aldeano, la aldeana y el hidalgo se detendrán en el punto mismo en que los sorprende el primer sonido, se quitarán aquellos el sombrero y, levantando los ojos al cielo, brevemente invocarán su protección, poniendo por intercesora a la Madre de Dios.

El personaje que hemos colocado nosotros en observación de estas figuras y de este paisaje quizás se sonría compasivamente al ver que el caballero da muestras de respetar la religión de sus padres; pero esta sonrisa no impedirá que, viéndole volver la espalda y dirigirse hacia su casa, se adelante con el caballo para preguntarle si habrá cerca alguna buena posada.

—Buena o mala es difícil que usted la encuentre en menos de dos leguas, porque este camino es de muy poco tránsito; pero si usted no tiene precisión de llegar a un punto determinado y [quiere] honrar mi casa, tendrá en ella las incomodidades que ofrece la casa de un labrador, pero la mejor voluntad de complacerle y de servirle.

⁴² *declivio*: voz poco usada que hace referencia a una cuesta o inclinación de algún terreno.

—Gracias —contestó el viajero, que era un joven de buena figura y de finísimos modales—. ¿Qué tal es el camino?

—Camino real hasta el primer pueblo; pero cubierto enteramente de guijos en legua y media, muy incómodo de consiguiente para andar a caballo.

—¿Y seguro?

—Enteramente seguro: en este país puede usted ir con la bolsa en la mano.

—Entonces no me importa andar un par de horas de noche, que el caballo, aunque no de fatiga, bien puede completar la jornada.

—Sin embargo, me parece que le falta la herradura de la mano derecha, en cuyo caso, si se empeña usted en seguir, va a quedar estropiado⁴³ del casco.

—¡Caramba! —exclamó el viajero sorprendido—. Y lo peor es que el caballo no es mío, sino de un amigo, que ha tenido la bondad de dejármelo⁴⁴. Yo soy de Madrid, y hoy he salido de la capital de la provincia a dar un paseo; y distraído con mis imaginaciones, y encantado con la belleza del país, he llegado hasta aquí.

—¡Cáspita! Ha dado usted un paseo de más de seis leguas.

—¿Y al cabo del camino real no habrá alguna senda desembarazada?

—Ninguna: el camino es nuevo y abierto entre peñas. Antes ofrecía a usted con la franqueza y cordialidad de un hidalgo una cama y una mesa; ahora vuelvo a ofrecérsela, pero si antes le dejé en libertad de proseguir su camino, ahora que veo que su situación es más apurada, permítame usted hacerle alguna violencia y llevarlo a casa.

Y diciendo estas palabras, don Íñigo, con galante sonrisa, asió las riendas del caballo y le puso enfrente de una senda que desde el camino real iba a parar a la casa del hidalgo.

Obligado el caminante, más que por la necesidad, por la cortesía de su huésped, no pudo menos de aceptar sus ofrecimientos.

⁴³ *estropiado*: así en el ms.

⁴⁴ *dejármelo*: caso de leísmo, habitual en Navarro Villoslada

PAÍS DE EFECTO DE LUNA⁴⁵

Era el invierno de 1836. Yo residía en una ciudad de España, cuyo nombre no tengo inconveniente en declarar, si mis lectores se toman la molestia de preguntarlo. Un día... martes por cierto, pues a la fatalidad de su nombre se agregó la de haber recibido por el correo de Madrid media docena de dramas del género fulminante, unos traducidos del francés y otros servilmente copiados con ínfulas de originales; a cosa de las cuatro de la tarde me senté a leerlos con ansia devoradora, si lectura puede llamarse el engullir páginas, escenas y jornadas sin la debida masticación intelectual. Tan embelesado estaba con las maldiciones, parricidios e incestos dramáticos, que ni aun vi la mano bienhechora que puso al anochecer un quinqué encendido sobre mi bufete, de manera que tuvo algo de misterioso y quedé un poco sorprendido de reparar en aquella luz milagrosa en el momento de dejar un drama concluido, y coger otro nuevo; única tregua concedida a la lectura. Mi rostro estaba encendido como una hoguera; ardía mi cabeza como una ascua⁴⁶ de hierro, las letras pasaban confundidamente delante de mis ojos como una procesión de fantasmas, o disciplinantes encapuzados... A despecho de mi cansada y turbia vista, quise apurar las heces del último drama: faltaba el crimen postrero, el indispensable suicidio del protagonista: ¿cómo dejarlo con vida después que había envenenado hasta el apuntador? ¡Imposible! Ya saboreaba con placer las imprecaciones finales, cuando ¡qué horror!, ¡el velón relumbró con una luz más viva... en que agotó sus fuerzas y murió dejando impune el asesino⁴⁷!

Mi habitación quedó sumergida en tinieblas, y es lástima que mis lectores no la hayan observado a su debido tiempo. Era la habitación de un poeta: bajo una capa de polvo bastante gruesa, un curioso anticuario que quisiese hacer excavaciones hubiera descubierto muebles, libros y manuscritos ininteligibles: oíase tan solo en el silencio sepulcral de la noche el sordo ruido del diente roedor del ratón, cebado en

⁴⁵ Con este título (y el subtítulo *cuento romántico*) se reprodujo en la *Revista Literaria de El Español*, 5 de abril de 1847, núm. 14, pp. 217-220. Había sido publicado previamente con el título «La luna de enero» en el folletín de *El Correo Nacional*, núm. 793, 20 de marzo de 1840; y más tarde, en 1855, saldría en el *Semanario Pintoresco Español*, 1855, pp. 218-219 como «La luna de enero. Cuento romántico».

⁴⁶ una ascua: hoy escribiríamos más bien *un ascua*.

⁴⁷ el asesino: entiéndase *al asesino*.

fragmentos románticos, que maldito el miedo que tenía aquellos días en que mi gato andaba de galanteo: el débil reflejo de la luna que daba de lleno en la pared de enfrente penetraba por los escarchados vidrios de mi ventana.

¡La luna! ¿Qué romántico no consagra algunas horas de silenciosa conversación a la cándida virgen de la noche? ¿Quién siente el frío penetrante de enero si la diosa de los amantes desgraciados no le escasea sus penetrantes y lánguidas miradas? De pechos sobre la ventana⁴⁸ encontraba yo en ellas un consuelo, y mucho mayor en la frescura que templaba el ardor de mi frente. Descollaba delante de mí un negro y gigantesco edificio, coronado de magníficas torres y góticas agujas que, débilmente iluminadas por la luna, velada de transparentes nubecillas, producían sombras fantásticas y caprichosas: la profunda oscuridad de la angosta calle le hacía parecer como fundado en un abismo; revolaban en torno las lechuzas dando al aire su desapacible y fatídico graznido... jamás, jamás la catedral se había presentado ante mis ojos con atavíos tan lúgubres, con más sublime melancolía.

¡Qué recuerdos me excitó! Yo contemplaba aquel misterioso cuadro con profunda conmoción. ¡Flotaban en mi memoria los héroes de los dramas; con ellos, sus puñales; con ellos, sus adúlteros amores; con ellos, sus laúdes tristemente olvidados sobre las rocas! Engolfado en tan dulces ilusiones no había reparado en la luna, que, sin dársele un ardite⁴⁹ por todas ellas, besaba ya los bordes de su tumba. Las sombras de las torres proyectaban en el tejado de la iglesia más prolongadas; el reloj dio en aquel momento dos fuertes campanadas, que estremecieron el aire con retumbantes vibraciones; todo quedó después de un momento enmudecido, de manera que hasta el tiempo parecía dormir. Ignoraba que no hay narcóticos para las pasiones frenéticas que, enseñoreándose del corazón del hombre, traban con la razón un combate a todo trance y sin descanso. Un acontecimiento que presencié aquella misma noche hizo que no lo olvidase jamás.

Aparecieron dos bultos negros en el tejado de la catedral, que lenta y misteriosamente se encaminaban a la sombra de una cúpula: no pude reprimir un movimiento de curiosidad y de alegría; porque todo un romántico iba a presenciar una aventura novelesca, porque

⁴⁸ *De pechos sobre la ventana*: la formulación *de pechos sobre* es usual en la lengua clásica, el *Romancero*, etc. Poco más adelante escribirá *de pechos sobre el balaustre*.

⁴⁹ *sin dársele un ardite*: sin importarle nada.

aquellas no eran las ilusiones de mis dramas... Yo sentía el ruido que hacían las tejas bajo los pies de los bultos, yo los veía moverse, y si tal vez echaba de menos el lente para distinguirlos con exactitud, ¿cómo perderlos de vista ni un momento para buscarlo, cuando ni aun me atrevía a respirar?

Las dos personas entre tanto se acercaban, y confundidas con sus sombras, caprichosas por las curvas de los canales, tomaban formas extravagantes que me infundían cierto respeto: el sitio, la hora, una dosis suficiente de miedo, que debo ingenuamente confesar les daban un barniz sobrenatural y misterioso. Yo me estremecí al sentir algo más lejos un grito horrible, furioso como el eco de la venganza lanzado por otro tercer bulto. No era meramente humano aquel berrido espantoso: tenía algo del rugido de un tigre que vaga furibundo por el desierto, buscando sus perdidos cachorros; parecía el de un gato en el frenesí de sus amores. Los bultos primeros se cobijaron bajo un machón de la torre, y centellaron sus ojos en la oscuridad, como una luz fosfórica, como un fuego fatuo en las tumbas de un pueblo; y aquellos ojos ardientes me hicieron recordar una historia, y no me dejaron duda con respecto a los personajes del drama atroz que debía representarse en los tejados de la catedral.

En dicha iglesia, nació un niño a quien pusieron por nombre Esquilón, por ser hijo de un campanero que murió satisfecho de ver a su hijo en posesión de su destino. Su morada era la torre. Yo le comparaba cien veces a Quasimodo desde que leí a *Notre Dame de París*. Jamás salía del campanario, y cuando más se alejaba era por las vecinas galerías y balaustradas de la anchurosa catedral. Su condición era adusta, ceñuda y desabrida, sin que dejase de abrigar algún afecto blando y cariñoso: una gatita linda y relamida era el ente privilegiado que acertaba a desanublar su faz sombría, y el único que participaba de los gorrones que cogía el diestro campanero, enemigo el más temible que conocieron los chillones pajaritos. Un día solemne después del toque de vísperas, Esquilón, de pechos sobre el balaustre más bajo de la torre, que caía perpendicular sobre la puerta principal del templo, contemplaba atentamente los mendigos que en el pórtico pedían limosna. Jamás los melancólicos e indiferentes ojos del campanero se habían fijado tanto tiempo sobre un objeto. Desaparece súbitamente de allí, y a poco rato le vieron las gentes asombradas traspasar el dintel de la puerta de la catedral, y arrebatarse entre sus brazos a una

joven mendiga. Subiola a su habitación, hízola sentar: ella estaba trémula, asustada, y Esquilón contemplándola con ojos abrasadores.

«¿Estás pura?», le dijo por fin con voz agitada y balbucientes labios, procurando suavizar su tono naturalmente brusco y desdeñoso. Si Esquilón hubiese conocido al mundo más cerca que de las torres de la ciudad, excusaría en todo tiempo una pregunta indiscreta, y que habría embarazado a la misma verdad disfrazada de joven, bella y mendiga. Lo cierto es que las respuestas de Rosa, que así se llamaba la doncella, de tal manera trastornaron el juicio del apasionado Esquilón, que, cogiendo segunda vez a la hermosa en sus robustos brazos, sube como un relámpago a la torre, y... jamás, jamás los vecinos de aquel pueblo oyeron un repique de campanas más estrepitoso, más prolongado y sobre todo más inoportuno. A poco tiempo fueron esposos Esquilón y Rosa.

A pesar del corto conocimiento del mundo que antes inculpamos al campanero, no dejaba este de sospechar que su esposa era demasiado linda para que, en su primitiva vida abandonada, hubiese dejado de tener algún apasionado. En efecto, prescindiendo de los elegantes que cuando iban a oír la magnífica orquesta de la capilla, tan caritativa, desinteresada y abundantemente la socorrían; un flamencote sano y colorado de su misma profesión penaba por la doncella en la época de la terrible interpelación del campanero. Llamábanle el Cojo, por tener una pierna que daba compasión cuando la exponía al público; pero que más bien hecha y torneada no se presenta en la Academia de San Fernando, si la quitaba los ciertos trapos cuando la noche tendía su manto encubridor. Esquilón amaba a su esposa con delirio, y no dejaba de ser celoso, y poco instruido además en las arterías de los hombres, quedaba satisfecho con ponerse detrás de su mujer cuando oía misa desde las afiligranadas galerías del templo, y observar el movimiento de sus ojos. Estos se fijaron un día en un sacristán que tocaba la campanilla en los oficios divinos, y la astuta Rosa procuró reprimir un estremecimiento de gozo al conocer bajo el roquete y la ropilla al nunca olvidado Cojo, su antiguo amante.

Referir los medios de que se valió el mendigo para tan singular metamorfosis; los que inventó para quedarse escondido tras del frontal del altar mayor; la destreza con que a la noche trepaba lleno de telarañas por las entalladuras y cornisas de las capillas y naves, llegando por término de su viaje al tejado más oculto donde Rosa le esperaba, y las astucias y enredos de esta para que su esposo la tolerase aquellos

paseos nocturnos, las razones por que la estatura del campanero creció prodigiosamente de la frente arriba⁵⁰, y los empeños del Dios de las confianzas para que el sobredicho aumento fuese invisible... todo esto fuera para mí la cosa más grata; pero es necesario tener compasión de tres bultos que hemos dejado tomando el fresco; y a la verdad no era nada apetecible.

Por lo que acabo de referir, pude conjeturar que había sorprendido a los amantes en una cita, y que no solo yo los había cogido infraganti, sino también el desdichado campanero. Los bultos de la sombra, o sea el sacristán y Rosa, no osaban pestañear para no ser sentidos; pero era tarde: acercábase a ellos lentamente Esquilón con sus rugidos de tigre, con sus ojos terribles de gato montés.

En estos leía yo la sentencia de una venganza feroz, y en su paso medurado la irrevocable resolución de ejecutarla. Cerca estaba de los criminales, cuando estos, seguros ya de haber sido descubiertos, por instinto de propia conservación, se levantaron unánimes para huir; y el campanero con otro grito furioso se precipitó sobre ellos, y cada una de sus manos de hierro apretaba con desesperación a cada uno de los amantes desdichados. No escuché ni una palabra. Helóseme la sangre en las venas viéndolos casi al borde de la cornisa, suspendidos sobre un abismo: Esquilón quería sin duda precipitarlos, porque se oyó una confusa gritería como de lloros y amenazas, y comenzó una lucha terrible, desesperada, tocando a veces los combatientes en la última teja que volaba más de una vara hacia el abismo. En vano yo desde mi ventana les llamaba por sus nombres, les amenazaba... el miserable sacristán atravesó el aire con fragor, y un estruendo horroroso resonó en el fondo de la lóbrega calle... Enmudecí.

Yo imaginé que la venganza del bárbaro campanero estaba satisfecha; yo imaginé que los lloros de su esposa pudieran conmover un corazón que la idolatraba; pero eran extremadas y volcánicas sus pasiones, y aborrecía a la infeliz tanto como la había amado. Yo miraba con horror que todavía duraba la guerra sacrílega entre los esposos; solo en la muerte del uno se cifraba la vida del otro, y peleaban con desesperación y encarnizamiento; pero el combate no podía ser muy largo, ¡las fuerzas eran desiguales!

⁵⁰ *la estatura del campanero creció prodigiosamente de la frente arriba*: perífrasis humorística para aludir a los cuernos.

Rosa, agarrada con las dos manos al extremo de la comisa, colgada perpendicularmente sobre el cuerpo, que yacía en el hondo, del infeliz sacristán, esforzándose por subir al tejado, parecía una de las matas que pendían del altísimo edificio, y que el viento bamboleaba. Esquilón, inmóvil, y un poco distante, contemplaba sereno sus agonías y escuchaba con frialdad los penetrantes chillidos de su esposa; mas, temiendo que aquellos se prolongasen demasiado, fue sin duda a pisar las manos, único apoyo de su miserable mujer, la cual, haciendo un esfuerzo, agarrose a una de las piernas del campanero; sacudiose después con violencia, y los dos esposos y una teja cayeron al fondo del abismo. ¡Ninguno salió vencedor!

Todos los de mi casa se habían alarmado con mis gritos: subieron a mi habitación y me encontraron anegado en un sudor de muerte, pálido y erizado el cabello. Pude con palabras cortadas indicarles algo de la horrorosa catástrofe que había presenciado, y bajamos con luces para ver si alguna de las infelices víctimas conservaba el aliento. Un criado fue a toda prisa a llamar al alcalde, al cirujano y al cura; y los demás, temblando y despavoridos, nos acercamos a tres bultos, que divisamos en la calle, bajo la teja que faltaba en la catedral y... ¡oh sorpresa!, eran tres enormes gatos los que yacían destriparrados⁵¹: el gigantesco de mi casa que hizo el papel de campanero; uno negro sin rabo y sin orejas, de la vecina, que desempeñó perfectamente el de sacristán, y la malhadada gatita de Esquilón a quien iban a cortejar.

En mucho tiempo no salí de mi casa temiendo la rechifla de los muchachos, entre los cuales fueron públicos mis gritos, la venida del cura, del alcalde y cirujano a presenciar los cadáveres de tres gatos.

Mas no pasé ocioso los días de enero: expurgué mi librería de tantas novelas, cuentos y dramas románticos que habían exaltado mi imaginación, y a los cuales atribuí, más que a la incierta claridad de la luna, más que a mi pereza en buscar el lente, toda la parte que tuvieron en tan ridículo suceso.

⁵¹ *destriparrados*: sic en el original. Parece cruce de *destripado* y *despatarrado*.

MI VECINA⁵²

«Huésped joven que, bramando,
 por mal trato que recibe,
 diga que está deseando
 dejar la casa en que vive
 si hay buena vecina en frente,
 miente.»
 (Villergas⁵³)

Así canta un poeta amigo mío, y por cierto que, apenas vi en estampa esa coplilla, pedí la palabra para una alusión personal. Está visto que en estos miserables tiempos no puede uno, por mil razones, tener amigos: la primera, porque no los hay, y la segunda... pero basta con la primera. Como no hay regla sin excepción, he tenido yo la fortuna o la desgracia de tropezar con media docena de ellos, y algunos poetas satíricos, que son la plaga mayor del universo, los pronunciamientos inclusive⁵⁴. Por lucir un chiste sacan a relucir la vida y milagros de quien jamás sospechó que había de dar que hacer a biógrafos ni a poetas; y con sin igual frescura le plantan un par de banderillas que levantan en el aire.

Pues señor, yo soy joven... (—Por muchos años, amigo.) (Dios te oiga, caro lector.) Ya ven ustedes que esto no es cosa mala: soy huésped; esto es siempre malo: pero soy joven huésped que anduve buscando buenas vecinas, lo cual podrá muy bien tener de todo; pero sin embargo nada tiene de particular. El hombre (y por el hombre entiendo yo al varón y a la mujer bonita), el hombre, pues, es animal sociable... En que es un animal han convenido todos los sabios del mundo: desde los siete de Grecia⁵⁵ hasta nuestros flamantes folletinis-

⁵² Publicado originalmente en la *Revista de Teatros*, 17 de octubre de 1843 y reproducido después en la *Revista Literaria* de *El Español*, 1848, núm. 2, pp. 20-22.

⁵³ *Villergas*: se refiere a Juan Martínez Villergas (1817-1894), que fue poeta satírico, periodista y político.

⁵⁴ *la plaga mayor del universo, los pronunciamientos inclusive*: por aquellos años, los pronunciamientos militares estaban a la orden del día, y es algo de lo que se hace eco el escritor en otros lugares.

⁵⁵ *sabios ... los siete de Grecia*: los siete sabios de Grecia es una denominación tradicional dada a siete antiguos sabios (c. 620-550 a. C.), filósofos, estadistas o legisladores, famosos por sus enseñanzas en forma de aforismos, que sirven como guía para la vida de los hombres. El listado —alguno de cuyos nombres puede variar— está

tas; en eso de lo sociable no hay tanta conformidad, y sabio hubo en el siglo pasado, que nos quiso quitar de encima esa carga de vivir en sociedad; y cuidado que el tal sabio, si no hizo folletines,

engendró quien los ficiera.

Así que nace el hombre ya busca la sociedad... Francamente, él no la busca, porque el pobre, si quieto le dejan quieto se está, y era rorro perdido si la sociedad no viniese en figura de madre a darle de mamar, y a mecerle en la cuna, y a arrullarle, cantándole:

Duérmete, niño mío,
que viene el coco... etc.

Si ha celebrado con la madre algún pacto antes de salir de sus entrañas, no se lo disputo al susodicho sabio, porque tengo muy flaca memoria y no me acuerdo de lo que a mí me pasó por aquellos adentros. Y si el hombre busca la sociedad, ¿por qué no ha de preferir la buena a la mala? Y la vecindad ¿no es la sociedad más íntima? Luego es casi un precepto de ley natural el buscar buenas vecinas.

En cumplimiento de este deber me eché a bogar por esos mares de Dios, hasta dar de manos a boca con una buena vecina siquiera, porque siempre he tenido para mí que lo bueno es el género más escaso en el comercio del mundo: quince días anduve recorriendo hoteles, fondas y casas de huéspedes, no comiendo jamás donde dormía, y viceversa; y treinta pesetas hube de soltar para el mozo de cordel, que dos veces al día cargaba con mi equipaje. En todas partes me perseguían patronas viejas, grasosas, corpulentas, hombrunas o diabólicas, por mejor decir; vecindad horripilante, contraria, opuesta diametralmente a los preceptos de la ley natural; mas al fin, después de haberme reventado de subir y bajar escaleras, y de haberme roto una pierna en un mal paso; reducido mi baúl a la más mínima expresión, porque en cada cuarto me dejaba olvidada una prenda, tuve el gusto de sentar mis reales perpetuamente, y asomándome al balcón por las mañanas, después de refregar los soñolientos ojos, veía coronadas rejas y ventanas de cien muchachas a cuál más lindas, que a disfrutar de la fresca y en seductor *negligé*, alias en manga de camisa, se

formado por Cleóbulo de Lindos, Solón de Atenas, Quilón de Esparta, Bías de Priene, Tales de Mileto, Pítaco de Mitilene y Periandro de Corinto.

levantaban en verano. Niñas eran de diferentes clases y ocupaciones: las había sin otra que la de asomarse al balcón y hacer tal cual guiño a tal cual *flaneur*⁵⁶, o paseante en corte; habíalas que adrede parecían nacidas para dar gusto, y que, como las ollas de Camacho el rico, estaban diciendo «comedme, comedme»⁵⁷.

Celoso de mi adquisición, a nadie ofrecía mi casa: ni aun a ti mismo, lector amado, que has tenido la paciencia de seguir hasta aquí, ni aun a ti mismo te hubiera dicho una palabra, a riesgo de pasar por ingrato y por grosero. En esa parte tú y el emperador de la China estabais iguales. ¡No, sino que de buenas a primeras, de bóbilis bóbilis, y como quien dice *allá voy*, como Pedro por su casa, te colases en la mía, y comieses la sopa boba, después que tantos afanes, sudores y fatigas me costó su conquista! Allí me estangué como expediente en oficina del Gobierno; y así pensaba yo en moverme como los empresarios de teatros en sacudir el polvo a dramas originales... carcomidos por la edad. No, señor, mientras tenga yo buenas vecinas y malas traducciones, los empresarios debemos permanecer *in statu quo*: yo hasta que insensiblemente vaya enterrando a mis muchachas, y ellos hasta que sepulten el teatro nacional⁵⁸.

Pero entre todas mis vecinas di en la flor de prendarme de una tan solo; moderación sin ejemplo en los anales de mi vida.

Hícela señas⁵⁹ y guiños: me puse la mano en el corazón, y aunque la temperatura atmosférica era sumamente benigna aquellos días, me acometió un catarro más tenaz que un necio presumido. Apenas me asomaba al balcón principiaba a toser por efecto del susodicho ataque pulmonar, que solía durar hasta que mi hermosa vecina aparecía en su

⁵⁶ *flaneur*: el término francés *flâneur* significa 'paseante', 'callejero'.

⁵⁷ *las ollas de Camacho el rico* ... «comedme, comedme»: se evoca un célebre pasaje del *Quijote* (el de las bodas de Camacho), y las palabras que le dice el ventero a Sancho Panza en II, 69: «Lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, o dos manos de ternera que parecen uñas de vaca; están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: "¡Coméme! ¡Coméme!"».

⁵⁸ Se queja Navarro Villoslada en este párrafo de la situación del teatro español de su época, en un momento en que se escribían pocas obras originales y se dependía de las traducciones y adaptaciones de piezas extranjeras, sobre todo francesas (o de otros países, pero vertidas al español desde el francés).

⁵⁹ *Hícela señas*: caso de láismo.

ventana⁶⁰. Varios amigos temieron no se hiciese crónica esta enfermedad, y estaban con su poquillo de cuidado; pero yo sabía que la ambición y las crisis son las únicas enfermedades crónicas de este siglo; me reía en mis adentros de su simplicidad y vivía sin aprensión maldita.

Lo malo fue que la dolencia se hizo contagiosa: tosía yo, y tosía mi vecina y formábamos luego unos dúos celestiales que hubieron de incomodar al resto de mi amable vecindad, cuyo apergaminado tímpano percibía, cual yo, la dulzura de aquellas sublimes armonías.

A propósito de música. Mi vecina era filarmónica: todos los días me regalaba con arias, romances y cavatinas⁶¹ que cantaba, acompañándose al piano, con una voz sonora, metálica, limpia, robusta, angelical, divina. Las ventanas abiertas de su casa brotaban raudales armoniosos que inundaban de júbilo mi corazón. Aquellos trinos de ruiseñor, aquellos ecos desconocidos acabaron por trastornarme el juicio; porque han de saber ustedes que soy furioso *dilettante*⁶² y que me muero por una que cante bien y con tal de que sea buena moza.

A todo esto, la tos iba en aumento, y un amigo mío me dio un remedio para ella, que fue escribir a mi adorada cantatriz un billete que él mismo tuvo la bondad de traducirme de una novela francesa. ¡Admirable específico⁶³! Por el ventanillo de mi puerta lo recibió mi ninfa, y a la media hora pasé a recoger su producción literaria; la leyó, y desde aquel momento no hubo necesidad de toses ni estornudos, y ella y yo quedamos radialmente⁶⁴ curados.

¡Oh mágico poder de una traducción!, ¡y luego escatime usted aplausos a los traductores, y ovaciones, y glorias, y triunfos cuando tal poder ejercen sobre los pulmones!

Sucede muchas veces que tomamos una medicina por necesidad y luego continuamos usándola por vicio. El que principia a fumar por un simple dolor de muelas de un par de días, es fumador hecho y derecho toda su vida, aunque el humo del cigarro le eche a perder la

⁶⁰ Clarín tiene un cuento titulado «El dúo de la tos» cuyo argumento es similar a esta situación que esboza aquí el escritor de Viana.

⁶¹ *cavatinas*: diminutivo italiano de *cavata*, término musical, originalmente una canción corta de carácter simple, sin una segunda cuerda o cualquier repetición del aria.

⁶² *dilettante*: «Que es aficionado al arte, en especial a la música» (DRAE).

⁶³ *específico*: receta.

⁶⁴ *radialmente*: radicalmente, por completo.

dentadura que respetara la fluxión. Esto me sucedió con las cartas, tras de las cuales me chupaba los dedos. Se repitieron con tanta frecuencia cual puede verlo el curioso lector en mi archivo de billetes amorosos, faja número 59 (sigo el orden cronológico), que es el más abultado de los antecedentes y subsiguientes.

Algunos días pasaron de esta volcánica correspondencia. El ventanillo de la severa puerta de mi adorado tormento continuaba siendo el cauce por donde corría aquel río de felicidad; pero siempre la felicidad venía trazada en malos caracteres. Mi encantadora vecina llegaba con tal sobresalto y prisa, y miedo, y silencio, que, puesto el dedo índice de su mano izquierda en sus divinos labios, con la diestra entregaba o recibía el papel, me miraba un momento con una dulzura melancólica, acompañada de una extraña sonrisa, desapareciendo al punto como por encanto. Ardía yo en deseos de escuchar aquella su voz dulcísima, que debía hacer vibrar con inefable estremecimiento las fibras de mi corazón. Sus cantos eran cada día más frecuentes, más expresivos: quedaba yo estático al escucharlos, y decía para mí en medio de mi embeleso: «¡Oh, cuando tú seas mía tengo de hacerte socia facultativa del Liceo, del Instituto de la Academia Filarmónica o cuando menos del Museo!».

Un día la escribí⁶⁵ terminantemente que, siendo su voz la que más me enamoraba, y no permitiéndoseme por entonces introducirme en su casa, era preciso que, cuando saliese de ella su mamá, entrase yo a su cuarto para escuchar de cerca por vez primera sus acentos, más dulces que los ecos de un arpa, oídos entre sueños en medio de la noche. En vano esperé contestación; en vano quise desde mi balcón darle mis quejas: puertas y ventanas se cerraron para mí, y ¡oh martirio!, dejé de escuchar también sus cantos celestiales. Aturdido me tenía semejante conducta; ¿cómo podía yo figurarme que tanto la ofendiese mi propuesta de pasar a su cuarto, cuando en el corto tiempo que nos tratábamos pudo conocer mis intenciones, siempre las más puras y honradas del mundo?

De pechos en mi balcón⁶⁶, mordiéndome estaba el labio de rabia y desesperación, cuando veo a la mamá que salía de casa. No bien cruza el esquinalo, cojo el sombrero, bajo de cuatro saltos las escaleras de mi casa, llamo a la puerta de mi vecina, ábreme un criado, pregunto

⁶⁵ *la escribí*: nuevo caso de láismo, y más abajo *la digo, la dije*.

⁶⁶ *De pechos en mi balcón*: ya queda anotada antes esta expresión.

por la señorita, sin aguardar la respuesta entro en la sala, encuentro a mi hermosa sentada en un sofá, llorando a lágrima viva, lanza al verme un grito inarticulado y espantoso, queda como una estatua y yo, postrado a sus pies, con reverente y conmovida voz la digo:

—Perdona, Matilde, perdona mi osadía: érame ya imposible vivir sin verte. Tu conducta es incomprensible para mí... ¡Ah! Dime que has dejado de amarme... habla... sácame de esta mortal inquietud. Abre tus labios, aunque sea para pronunciar mi sentencia de muerte. ¿En qué pude yo ofenderte, bien mío?... ¡No llores, mi bien, no llores...! Una sola palabra tuya puede hacerme eternamente feliz o desgraciado... Escuche yo una sola vez el eco de tu voz divina, y moriré contento.

Yo no sé lo que pasaba por aquella mujer, la sorpresa, el aturdimiento la tenían como muda; pero la congoja se aumentaba; sus ojos derramaban lágrimas a borbotones; la expresión de su rostro, tenía una mezcla indefinible de placer y desesperación; su silencio era sepulcral, y apenas tuvo ánimo para levantar una mano y tirar del cordón de una campanilla.

—¡Cómo! —la dije yo—, ¿duda usted de mí? ¿Puede usted sospechar de la delicadeza de mis sentimientos? ¿O es que te sientes mala, vida mía? Habla... una palabra tuya es mi mayor felicidad.

—¡Caballero...! —dijo una voz sonora, dulce y majestuosa.

Aquella voz me hizo estremecer súbitamente. Los labios de Matilde habían permanecido cerrados. Vuelvo la cabeza atrás y veo una figurilla de mujer como de tres pies y medio, raquíta, jorobada, de enorme cabeza y horrible catadura.

—Caballero... —dijo otra vez—: comprendo la situación a que la imprudencia de mi hermana...

—¡Su hermana!

—O llámela usted falta de valor para anticiparle un cruel desengaño...

—¡Dios mío!, ¿está comprometida?...

—Es muda.

—¡Muda! ¡Gran Dios! —añadí con una especie de terror pánico. Y usted...

—Sí, señor: yo soy la que cantaba —me interrumpió con cierta sonrisa entre burlona y amarga, como dando a entender que comprendía mi embarazo. Mucho debía padecer la bella muda, que por lo visto no lo era de nacimiento, al oír aquellas breves, pero terribles,

palabras de su hermana. Sus ojos estaban clavados en mí, y no perdían una sola de las más leves contracciones de mi semblante.

Yo me hallaba en uno de los mayores conflictos y compromisos de mi vida; por un lado, veía aquella magnífica estatua griega, eternamente silenciosa; por otro, aquel bicho dotado del metal de voz más suave y plateado que jamás había oído. Estuve vacilando cuatro minutos, al cabo de los cuales hice a la muda una profunda inclinación; con los ojos arrasados en lágrimas saludé torpemente a su hermana, y al cuarto de hora ya estaba cargado un mozo de cordel con mi baúl por la trigésima prima vez, y yo jurando a Dios y a mi ánima⁶⁷ vivir en un desierto.

AVENTURAS DE UN FILARMÓNICO⁶⁸

La ópera debe ser el espectáculo más digno de un pueblo civilizado. Las tres bellas artes, música, pintura y poesía, cada una de las cuales tiene por sí bastante poderío para conmover profundamente nuestro ánimo, reúnen sus esfuerzos en la ópera, y su resultado no puede menos de ser el *non plus ultra* de la belleza y del encanto. Magníficas serán las impresiones que produzca; sublimes como las de los Andes, del Océano tormentoso y de la inmensa catarata del Niágara, y mucho más en un joven que de repente se traslada a un teatro de primer orden, sin haber oído más sinfonías que el fandango punteado a su vecino el barbero⁶⁹, ni más arias que algunas de *La gazza ladra*⁷⁰ a la hija del organista de su pueblo, acomodadas a los gozos de la novena de Nuestro Padre San Francisco.

Yo me hallaba felizmente en este caso. Aunque furioso filarmónico, aún conservaba con el mayor recato la virginidad musical de mis oídos: había preferido dejar de asistir a las funciones líricas que diera una compañía ambulante en la capital de mi provincia con ánimo de

⁶⁷ *jurando a Dios y a mi ánima*: muletilla de juramento usual en la lengua clásica.

⁶⁸ Publicado originalmente en la *Revista Literaria* de *El Español*, 1848, núms. 3 y 4, pp. 45-47 y 63-64.

⁶⁹ *el barbero*: eran aficionados a cantar y tocar instrumentos de cuerda.

⁷⁰ *La gazza ladra*: o sea, *La urraca ladrona*, es un melodrama u ópera semiseria en dos actos creada por Rossini en 1817, con libreto de Giovanni Gherardini y Louis-Charles Caigniez.

disfrutar más de lleno de la grande sorpresa que me esperaba muy luego en los teatros de Madrid.

Llegó por fin el suspirado día de ponerme en camino. Era el principal motivo de mi viaje un pleito que en última apelación seguíamos en la Corte, y cuya favorable sentencia debía agregar un nuevo mayorazgo a los que ya posee la antigua y noble casa de mi padre. Al despedirme no dije a mis amigos, «Adiós, chicos, que me voy a Madrid», sino: «Voy a la ópera», y cátenme ustedes entrando por la Puerta de Alcalá, sentado en el pescante de una galera después de doce días de sosegado viaje, amén de cuatro que permanecemos estacionados en una venta, esperando a que se despejara un nublado de pronunciamiento⁷¹ que nos hubo de caer encima. No llamaba mi atención la bella perspectiva de la anchurosa calle de Alcalá; porque a tiro de ballesta pude columbrar en una esquina una inmensa sábana pegada a la pared que en letras de pie y medio comenzaba: TEATROS.

—Esto es hecho —dije para mi capote⁷²—, función tenemos esta noche, y juro que, a pesar de amigos y parientes, y de diez y seis días de movimiento...

Un siniestro y prolongado monosílabo del mayoral interrumpió mi juramento y detuvo a las seis mulas que arrastraban el incómodo carruaje. Nos hallábamos al pie de la administración, y... ¡oh instinto previsor del que fija los carteles!, allí había también uno colosal sentado sobre las ruinas de otros muchos, orleado⁷³ de los ruborosos anuncios del Dr. Carbó, coronado de un excelente método para curar el cáncer, y hollando con sus gigantescas plantas un específico⁷⁴ contra el mal venéreo. Al saltar a tierra me recibe entre sus brazos un paisano y amigote; me estruja sin compasión, y no bien se cansa, cuando llega de refuerzo una tía baronesa que Dios me dio, pimpollo del pasado siglo, arrugada, seca y blanda de ojos por añadidura. Fuera muy de enojoso el referir todas las caricias que me prodigó; pero mucho más me fue a mí el sufrir un beso de sus acartonados labios, y algunas lágrimas de ternura que de las suyas cayeron en mis mejillas. Desesperado de no poder acercarme a leer el anuncio, saqué la cabeza por el hombro de mi tía, y entre las angustias de semejantes apreturas,

⁷¹ *un nublado de pronunciamiento*: alude a los pronunciamientos militares, que eran muy frecuentes en la época.

⁷² *para mi capote*: para mí.

⁷³ *orleado*: lo mismo que *orlado*.

⁷⁴ *específico*: remedio, medicamento.

noté que hablaba de función lírica; pero el título de la pieza estaba rasgado. Contento ya de tan feliz descubrimiento y no menos de haber salido del potro femenino, he aquí que me arremete un enjambre de chiquillos, todos nietos de mi tía, y todos importunos pedigüeños como ellos solos.

Huyendo de aquella barahúnda entré en el coche de mi tía, y allá se coló mi amigo, allá la enemiga turba de diablillos, y allá por fin una robustísima pasiega con una criatura en el pecho y otra de la mano. Suponga el holgado lector los sudores y trasudores que pasaríamos durante la larga carrera que anduvimos, y yo particularmente, que, por mal de mis pecados⁷⁵, iba embutido en medio de mi tía y de la anchurosa nodriza llevando un par de sobrinillos en cada pierna.

Pero todo lo sufría con resignación. Informado de que era la *Norma* del sublime Bellini la que aquella noche se representaba, «¡Loado sea Dios!», exclamé. ¿Conque se van a estrenar mis oídos con una de las obras maestras del arte? ¿Conque voy al fin a penetrar en la región del encanto, de la metamorfosis y de la melodía? Con estas reflexiones soportaba el sofocante calor de aquella infernal caverna, que tal podía llamarse el interior del coche.

Llegamos por último a casa. Abriéronse entrambas portezuelas del carruaje, que por uno y otro lado principió a vomitar gente y más gente, y aun así llevaba trazas de no quedar desocupado en todo un año; sudando a mares como estaba, me adelanté a dar la mano a mi tía; y como soplaban un agudo vientecillo de Guadarrama, y la operación se hizo con bastante calma, quedé traspasado de frío.

No bien la complaciente baronesa puso los pies en el umbral de su casa, cuando mandó que nos trajesen un par de lunetas⁷⁶ para mi amigo y para mí; y, ¡oh dicha!, ya las tenía en mis manos, ya iba a vestirme para salir, cuando he aquí que una tos seca y pertinaz me acomete, tórname mi voz gangosa, empieza mi nariz a destilar y...

—¡Jesús, qué constipado estás, sobrino! —me dice afligida.

—Esto no vale nada. Es un simple romadizo. Como salimos sudando del coche...

—¡Qué sudando, ni qué coche! La *grippe* es lo que tú tienes.

⁷⁵ *por mal de mis pecados*: locución adverbial usual en la lengua clásica, 'por mis pecados'.

⁷⁶ *lunetas*: en el teatro, la luneta es el espacio que hay entre la orquesta y el patio, con bancos desde los cuales se puede asistir a la representación. Estos bancos y, por extensión las entradas que dan acceso a ellos, se llaman también *lunetas*.

—¡La *grippe*! —dije yo espantado— ¿Qué especie de animal es ese?

—Vamos: esta noche te acuestas tempranito, te darán unos pediluvios, una taza de flores cordiales, unas...

—Señora, esta noche voy a la *Norma*, aunque esa *grippe* sea el cólera o la fiebre amarilla.

—¡Qué disparate! ¿Piensas que estás en la provincia? Aquí es necesario tener mucho respeto a los resfriados, a las pulmonías...

Y diciendo y haciendo⁷⁷, me lleva hasta la alcoba; un criado estaba ya calentándome la cama; mi tía me quita el levitón, mi amigo con aire socarrón me suelta los botones, y heme aquí en calzoncillos sin otra apelación que la de meterme en cama, si no quería morir helado.

Al otro día ya estaba yo casi enteramente restablecido. Trajéronme con el desayuno el *Diario de Avisos*: pasé rápidamente la vista por las gangas, pérdidas, ocurrencias y nodrizas; y tropecé por fin en los teatros. «Hoy no hay función. Pasado mañana se pondrá en escena el aplaudido drama lírico...». «¡Maldito seas!», exclamé tirando al suelo el insulso periódico, «y tú también, Corte de las Españas, que con tantas compañías no puedes sostener una función lírica por día. ¿En dónde estoy?, ¿si habré salido de mi pueblo?».

En los tres días de vacación quise ocuparme de mi pleito. Anduve visitando a jueces, abogados, relatores, agentes, etc., etc., pero ¡para casualidad!, no encontré en casa más que al último, a quien tenía que entregar bastante cantidad de dinero. Algunos de aquellos a la segunda visita me citaron para el sábado a la noche... «¡Estáis frescos!», decía yo; para el sábado a la noche tenía dos billetes de teatro y había aprendido a ponerme el pañuelo en la boca, y con tan extraordinaria precaución tenía tanto miedo a las *gripes* y a las pulmonías como al moro Muza; y en fin, aunque llevara el diablo todos los mayorazgos del mundo, el sábado a la noche entraba por las puertas del teatro con mi inseparable amigo.

El telón estaba caído; casi desiertos los asientos; iban llegando poco a poco los músicos y la araña de cristal subía lenta y majestuosamente, al parecer en alas de sí misma, desde la humilde región de la tierra, a ser un sol en medio de la bóveda del coliseo. Alarmados por la poca concurrencia salimos al pórtico, y allí la misma soledad y ma-

⁷⁷ *diciendo y haciendo*: expresión para ponderar la rapidez con que se ejecuta una acción, lo mismo que *dicho y hecho*.

yor frío. Un grupo de gente leía a la luz de los faroles el cartel de la función; nos acercamos y vimos un papel manuscrito que estaba fijado en mitad del otro y decía así: «Por repentina indisposición de la *prima donna*, la señora doña...

—¡San Ginés me valga!

... no puede ejecutarse la ópera anunciada en los carteles, y en su lugar se pondrá en escena el nunca bien ponderado drama en seis actos y doce cuadros.»

—¡Doce mil santos que te lleven! —dije con furia, haciendo añicos los billetes. ¿Es posible que todas las enfermedades se han de conjurar contra mí? ¿Es posible que todo un público haya de estar pendiente del catarro de una *prima donna*? ¿Es tanta la escasez de buenos actores que no tengan quienes les sustituyan?

Al día siguiente la *prima donna* estaba sin novedad en su importante salud; pero una alarma hízome detener en casa. Al otro el bajel del Estado llegó triunfante al puerto de salvación; pero me cogió el abogado de su cuenta, le llevé a una fonda para charlar despacio de nuestro asunto, como él dijo, y el resultado fue quedarnos, a poco rato, en disposición de alborotar, o de dormir con el humillo del Champaña.

¡Al otro!... ¡Al otro me enamoré!...

¡Qué muchacha la mía! Vivía en una calle retirada, cuarto bajo, con su madre, viuda de un brigadier, y que contaba treinta y dos meses de atraso en pagas, ¡excelente señora! Pero sobre todo su hija. ¡Ah, su hija era toda una alhaja, tan vivaracha, con unos ojazos!, ¡un talento!... Vamos, al momento conoció que yo era forastero. Pasaba por su calle y me quedé mirándola a la reja con la boca abierta.

—¡Caballero!

—Dispense usted, señora, mi curiosidad, o más bien dicho mi embeleso.

—¿Es usted forastero?

—Y de bastante lejos.

—¡Jesús!, juraría que era usted de mi pueblo.

—¡Cómo, señora!, ¿mi lugar habrá de tener la honra de ser patria de una deidad?

—Viene usted tan lisonjero que no puedo menos de ofrecerle mi habitación.

Y sin darla más gracias, entré volando en su cuarto a tiempo que la bendita de su mamá la regañaba por aquella libertad, suspendiendo el rezo del santo rosario.

Según vimos luego la niña se había equivocado; pero no se equivocó la maldita en la puntería que con sus negros ojos hizo a mi corazón.

La brigadiera me fue informando de las prendas de su hija, de su mucha aplicación; todo cuanto veía, muebles, cuadros, mantillas bordadas y vestidos, todo era producto de su trabajo. Y para descansar, añadió, se sienta al piano y se pasa tocando las horas muertas.

—¡Toca usted el piano! —la dije en tono suplicante.

—Y canta como un ruiseñor.

—No me sonroje usted, mamá —dijo la hermosa bajando la vista ruborosamente—. ¿Qué dirá el caballero?

—Lo que yo digo, señorita, es que me hará usted un singular obsequio en mostrarme su habilidad. Sepa usted que soy muy filarmónico.

—¿*Dilettante*⁷⁸?

—Pues⁷⁹.

—Niña, no te hagas de rogar.

¡Y cantó!...

¿Necesitaba aquella ninfa convertirse en sirena para acabarme de enamorar? Al resonar los últimos acentos la hubiera abrazado de entusiasmo, y cuando en medio de mis ponderaciones oí a la brigadiera decir que pagaba con mucho gusto los cuatros duros mensuales por el alquiler del piano, yo le di mi palabra de traerles al otro día uno de seis octavas y de cola, a pesar de la resistencia que quiso oponerme, hija sin duda de su misma delicadeza. Yo fui perdido, muerto por Elisa, dispuesto a casarme con ella, a llevarla a mi pueblo, encargar un piano a Londres, y pasar todos los días de mi vida contemplando en mi esposa y oyéndola cantar enajenado.

Aquella noche se ejecutaba una función extraordinaria. La empresa, infatigable en despertar afición del público, había contratado y traído de Italia una notabilidad musical. Una derrota del enemigo iluminaba el teatro; pero yo, embebido en amorosos pensamientos,

⁷⁸ *Dilettante*: aficionado a la música, igual que en un texto anterior.

⁷⁹ *Pues*: aquí con valor afirmativo, 'así es, en efecto'.

no me acordé hasta el anochecer de que había ópera en el mundo. Fui entonces al despacho de billetes... ¡Billetes!

¡Ca!, ni por un ojo de la cara se encontraba uno. Me acosté despechado a las diez, a la hora que me acostaba en mi pueblo; pero no dormí tan sosegado como en él dormía.

Algún tiempo después de amanecer volví a casa de mi hermosa. Su madre había salido a misa y ella estaba sola bordando.

Manifestose no poco inquieta por hallarse sin testigos delante de un hombre a quien veía por segunda vez.

Pero yo no deseaba otra cosa, veía los cielos abiertos, y la hice una acalorada declaración de amor⁸⁰, que si bien al principio aparentó escucharla con indiferencia, al término de la jornada me devolvió todas mis oraciones por pasiva. Solo temía a su mamá, bastante rara y severa en materia de amoríos; «pero usted —añadió— le ha caído en gracia...».

No bien hubo dicho estas palabras, cuando se me presentó la brigadiera delante, y en los términos más formales del mundo le pido la mano de su hija. «No extrañe usted —le decía— esta mi determinación: yo soy un hombre franco, hidalgo, castellano viejo, y quiero jugar limpio ante todas cosas.»

Por de pronto no tuve respuesta alguna decisiva; pero no pasaron muchos días sin conseguirla, y la más satisfactoria del mundo.

Tan felices acontecimientos me habían hecho olvidar mis negocios, de tal manera, que se falló el pleito en contra mía, y todos echaron la culpa a mi poca actividad. Mi tía, que sospechó mis amores por mis distracciones y continuas ausencias, amostazada por el mal éxito del litigio, regañó conmigo formalmente, y yo, que jamás pude sufrir ni a mis maestros, rompí con ella y trasladé mis cofres a una fonda.

Entre tanto, ni mis amores, ni mi pleito, ni mis desavenencias domésticas me hicieron olvidar de la ópera. Pero el diablo, que todo lo enreda, hizo que mi novia supiera mi afición; y que, ya fuese por probar mi cariño, ya por otras causas, me impusiera desde el principio de nuestro conocimiento el precepto de no asistir por un mes al teatro. Algo durillo era el tal precepto para un hombre como yo, mayorazgo, hijo único, muy mimado y muy mal educado, pero ¿qué podía

⁸⁰ *la hice una acalorada declaración de amor: nuevo caso de laísmo.*

yo negar a unos labios como los de mi Elisa? Fuera de que un mes de abstinencia musical debía pasarse muy pronto a su lado.

Todas las noches me hacía ir a su casa de tertulia, para cerciorarse sin duda de que cumplía religiosamente su mandato; pero lo extraño era que ella faltaba no pocas de su casa y que yo tenía que apechugar con la eterna charla de su mamá, que ya me iba fastidiando. Extrañábalo yo con justo motivo; pero me satisfizo diciéndome que, para ocurrir a la subsistencia de la casa, se había visto obligada a dar algunas lecciones de música a las hijas de no sé qué Grande de España, prometiéndome dejar a fin de mes esta ocupación.

Amaneció por fin un día en que recibí por correo una carta de mi padre, corta de razones, pero preñada de misterios, en que me mandaba volver a casa con la mayor urgencia. Hubo muchos juramentos, muchos abrazos, muchas lágrimas y muchas promesas; hubo que me dio mi Elisa un rizo de sus negros y lustrosos cabellos, en cambio de mi retrato engarzado en oro, y pendiente de una magnífica cadena, la dejé con un brillante aderezo, en prenda de mi amor y de mi palabra de casamiento.

Aquella noche, víspera de mi marcha, quise hacerla traición⁸¹ y asistir a la ópera, siquiera por tener que responder a mis paisanos, que conociendo mi grande afición se burlarían si, después de un mes de residencia en Madrid, supieran que me venía tan fresco como cuando salí de mi pueblo.

Mi amigo estaba ausente hacía algún tiempo y por lo mismo fui solo. Hallábame en las puertas del teatro; los coches iban llegando a toda prisa, las gentes acudían que era un contento y sitiaban la ventanilla del despacho de billetes; pero yo ya tenía el mío en el bolsillo.

Llamaron mi atención unos hombres de mal aspecto y peor facha, que se arrimaban misteriosamente al oído de los que venían, murmurando no sé qué palabras. Yo me temí que la ópera se convirtiese en una conspiración; me temí que aquellos hombres diesen orden de que dejásemos el puesto; me temí... todo puede temer la imaginación de un hombre que tantos chascos había recibido.

—¿Qué gente es esa? —le dije con voz aterrada a un conocido que se paseaba en frente del teatro.

⁸¹ *hacerla traición*: de nuevo un laísmo.

—Son revendedores de billetes —me respondió—, que se apoderan muy de mañana de cuantos pueden para hacerle a usted el favor de dárselos a la tarde por el doble precio de su valor.

—¿Y no castiga la policía tan escandaloso monopolio?

—Es una raza inextinguible. Llenas están las esquinas de bandos⁸² contra tamaño abuso; pero ya sabe usted lo que son los bandos: los ladridos de un perro que avisa para no morder.

Entré con mi conocido a las lunetas, y precisamente las teníamos juntas y en primera fila. La hora anunciada en los carteles para dar principio había pasado, y el público ocupaba casi todos los asientos; pero la orquesta callaba y el telón estaba inmóvil⁸³, y yo tiritaba no de frío, sino de miedo. El patio explicaba su impaciencia con un estrépito horrendo de pies y bastones, no sin dejar de llevar cierto compás en medio de tan desordenada algarabía; hubiera yo hecho mis observaciones sobre nuestra tendencia musical, a tener más buen humor y menos desasosiego. Contentábame con maldecir a los alborotadores, y manifestar a un vecino el temor de que los actores, irritados de semejante descortesía, no quisiesen por lo mismo salir a las tablas, y no se rio poco el buen hombre de mi simplicidad.

Los músicos comenzaron a templar los instrumentos... «¡Bárbaros!», clamaba yo volviéndome al patio, «¡silencio! ¿Cómo han de afinar, si no les dejáis oír?» ¡Pero nada!, ellos seguían tenaces con su monótono estruendo, hasta que un sonido armónico de toda la orquesta junta les hizo enmudecer.

El corazón me latía con más violencia a medida que se acercaba el momento de conseguir lo que tanto anhelaba.

¡Álzase al fin el telón! ¡Oh!, no pude reprimir una exclamación de júbilo y quedé como extasiado.

Era la obertura un magnífico coro de guerreros, ora sordo y conmovedor como el ruido que precede a un terremoto, ora terrible y violento como la voz de los huracanes.

Siguiose luego otro coro de vírgenes que, vestidas de blanco y coronadas de flores, salían con lento paso...

—¡Santo Dios! Diga usted, caballero, ¿quién es esa corista? —pregunté azorado.

—¿Cuál?

⁸² *de bandos*: añadido estas dos palabras.

⁸³ *inmóvil*: quieto.

—La tercera de la izquierda. ¿Quién es? ¿La conoce usted?

—Y mucho.

—¿Su nombre?

—Elisa.

—¡Elisa! —repetí con voz ahogada.

—Sí, señor —prosiguió mi compañero—, es una muchacha que la empresa ha ajustado provisionalmente para corista por un par de meses. La contrata concluye de aquí a quince días; pero la empresa no piensa renovarla, porque aunque tiene buena voz y mejor presencia, su conducta no corresponde a tan bellas prendas y en cierta manera deshonra a otras de su clase que están muy lejos de imitarla.

—Conque su conducta... su conducta —le dije, cortado y balbuciente.

—Vamos, es... Cuando le digo a usted que asociada con una vieja que se dice su madre, y es...

—¡Vea usted, vea usted cómo la pérfida me mira y sonrío!...

No pude aguantar más; atropellando a todo el mundo salí del teatro, fui a casa y llorando de cólera y de vergüenza me precipité en el lecho...

A las cuatro de la mañana del día siguiente estaba fuera de Madrid: un mes de permanencia fue suficiente para que perdiese un pleito, riñera con una tía respetable, malgastase mi dinero y me hiciese digno del enojo de mi padre que, informado de tantas locuras, me mandaba llamar. Y no solo no pude conseguir ver una ópera, sino que quedé imposibilitado de asistir ni siquiera a un mero concierto; porque la música me recordaba muy vivamente aquella mujer que no podía menos de amar, y aquellas aventuras cuya memoria me abochornaba.

ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS Y POLÍTICOS

MADRID DE ARRIBA¹

La verdad y la bondad relativas están muy lejos de ser la verdad y la bondad absolutas, y lo que en un concepto, y bajo un punto de vista nos parece bello, útil y agradable, examinado por otro lo juzgamos repugnante, inútil y aborrecible. Así, no hay cosa más fatal en este mundo para los adelantos y aprovechamientos del hombre que los conocimientos a medias, los estudios incompletos, los exámenes parciales, los casi sabios, los semieruditos; las medianías, en fin, cuyo imperio se ha creído la plaga de las bellas artes, y nosotros creemos la plaga del universo.

El que forma su juicio y lo emite sin aprensión de buenas a primeras al retratarse la imagen de un objeto en sus ojos o en su corazón, está expuesto a contradecirse algunos momentos después, o a mantener con acaloramiento un error, si no quiere arrostrar la mortificación que sufre el amor propio al confesar su equivocación o engaño.

Espantan por eso las consecuencias que en este siglo se han de experimentar de la educación frívola, de los conocimientos superficiales que ahora se usan; y más que todo, del espíritu de orgullo que con ellos se nos infunde, para no desdecirnos ni retractarnos, para sostener el error como verdad inconcusa, el juicio precipitado, como la más profunda de nuestras convicciones.

¹ En la *Revista Literaria* de *El Español* publicó Navarro Villoslada un trabajo con el título de «Madrid de arriba abajo y de abajo arriba». Reproduzco el artículo primero, la parte correspondiente a «Madrid de arriba» (segunda época, núm. 16, 19 de abril de 1847, pp. 250-253), que fue incluida en las *Obras completas*, ed. de Segundo Otatzu Jaurrieta, vol. III, Pamplona, Mintzoa, 1992, pp. 225-231.

¿Qué es lo que ahora se llama conciencia política, opiniones y principios? En algunos, en muy pocos, es el resultado de estudios detenidos, de madura experiencia, de comparaciones y desengaños; en los más, cuando no es el resultado del propio interés, del que no hace ahora a nuestro propósito hablar, es la consecuencia de una manifestación pública y ligera de una opinión acerca de una cosa que no entendíamos, y que luego nos consideramos obligados a sostener toda la vida por no incurrir en la de ser considerados tornadizos.

Pregúntese a la mayor parte de nuestros hombres de Estado y de gobierno por qué defienden con tanto calor, con tan bien fingido convencimiento, los principios tales o cuales. La verdad es que en el parlamento, que en la prensa, que en una reunión pública, han soltado un voto, una proposición, un artículo, de que luego se han arrepentido, porque cedieron nada más que a un influjo pasajero, a un examen efímero.

¿Por qué abundan hoy entre los sabios las teorías extravagantes, los absurdos más ridículos? ¿Por qué los más solemnes desatinos se quieren sostener con el aparato de creencias, de opiniones y de sistemas? Porque se saben muy poco profundamente las cosas, y con nuestro poco saber queremos parodiar a Newton, a Copérnico, a Galileo, a Colón, a Bacon, a Vives y a tantos otros cuyos pensamientos han sido un nuevo sol arrojado en ese mundo infinito de la inteligencia, en el cual nos estaba reservado el modesto destino de satélites de algún planeta de segundo o tercer orden.

Aquellas luminarias no han aparecido en las esferas al calor del ponche de un café, ni en el arrebató de una declamación improvisada, ni en libros escritos en el papel continuo de los folletines; han sido el fruto de interminables vigiliás, de estudios sólidos, y de hondas meditaci6nes, en que se han ejercitado los más privilegiados ingenios, que miraban las cosas por un lado, las examinaban por el otro, las veían por dentro, por fuera, de arriba abajo.

El estudio, el trabajo son una cosa insoportable en este siglo de obras, y de viajes al vapor, y de socialismo no menos vaporoso.

Saber sin estudiar y comer sin trabajar son los dos grandes lemas de la sociedad presente, que con la fuerza de más de doscientos caballos (las fuerzas se miden ahora por cuadrúpedos) de un zoque hace un filósofo, un ministro, y de un filántropo un capitalista.

¿Quién es el que ahora ve las cosas de frente, que se tome el trabajo de volverlas para contemplarlas de espaldas? No, señor. Ya no

hay calma filosófica, ni paciencia, ni tiempo. Así se ve hoy con tanta frecuencia los contrastes que nos ofrecían los Demócritos y Heráclitos que lloraban y se reían de una misma cosa².

Llega hoy un viajero francés a reponerse de las fatigas del espíritu o traído de su volubilidad que no le permite estarse quieto en ninguna parte, o porque es moda venir a España. Como trata de dejar dinero, permanece aquí poquísimos tiempo. Otra cosa fuera si llegase con patente de introducción para chuparnos hasta la médula espinal. Ocho días le bastan para recorrer veinte y cuatro mil leguas que tiene la superficie de nuestro suelo, y cuatro para escribir otros tantos tomos de cartas filosóficas sobre España; cuyo clima, costumbres, cultura, literatura, industria y comercio ha examinado en una semana, y aún le ha quedado tiempo para recorrer una de las cuatro partes del mundo. Por supuesto, que en prueba de la realidad de sus viajes, porque también en Francia se viaja sin moverse del café de París o de Tortoni alrededor del monte Sinaí, empedrará sus cuatro tomos con palabras que tienen la pretensión de pasar por españolas, y sirven para dar a la obra lo que se llama *colorido local*, y sobre todo sirven para hacerla ininteligible a los españoles y a los franceses.

Un paseo militar es lo bastante para conocernos mejor que nosotros mismos, y para pintarnos de modo que nosotros mismos no nos conozcamos, incluso la madre que nos parió.

¿Nos quiere bien? ¿Le choca nuestro cielo despejado, nuestras costumbres francas, nuestro templado clima? ¿No ha tenido felizmente ningún percance en el camino? ¿No le han robado, ni ha volcado la diligencia, ni las posaderas le han torcido el hocico?

¡Venturosos nosotros los españoles, que a tan poca costa nos hemos conquistado un apologista para quien Circasia no tendrá mujeres comparables a nuestras manolas, ni héroes la antigüedad que puedan descalzar a nuestros toreros ni los salvajes del Canadá costumbres más sencillas que nuestros gitanos! Su libro no debe titularse: *Cartas sobre España*, sino *España a la luz de bengala, y con acompañamiento de violón*, por Mr. A.

² *los Demócritos y Heráclitos que lloraban y se reían de una misma cosa*: es un tópico literario (y artístico) muy repetido este de los dos filósofos de la antigüedad griega, uno de los cuales (Heráclito) siempre lloraba y el otro (Demócrito) siempre reía. Simbolizan, por tanto, dos actitudes opuestas ante la vida: pesimismo / optimismo, tristeza / alegría, seriedad / burla, etc.

Por el contrario; ¡miseros de nosotros si en el parador A o B no encuentra nuestro escritor pavos con trufas, si nuestro sol le da dolor de cabeza, o si un destacamento de guardias civiles se le antoja una partida de ladrones! Pues ya nuestras danzas serán insulsas, nuestras mujeres sucias, nuestros toreros bárbaros. Su libro no debe titularse *Más allá de los montes*, sino *Más allá de Europa*.

Solo vemos las cosas por el lado feo, o por el lado hermoso. Exagerados, parciales, injustos siempre; porque la justicia y la imparcialidad, exigen detenimiento, cuestan mucho tiempo, y ahora se piensa, se escribe, se pinta en carros de vapor.

El caso aquel de los tres pintores de la antigüedad encargados de retratar a una mujer hermosísima, pero tuerta³, debe servirnos de ejemplo y enseñanza. Uno de ellos adulador, poco diestro, no queriendo deslucir con esta falta un rostro tan bello, sin andarse en escrúpulos la pintó con los dos ojos igualmente buenos; el otro, no queriendo faltar a la verdad, la retrató tal como era: tuerta; mas el tercero, conciliando la verdad con la lisonja, la retrató de perfil y por el lado del ojo bueno. La mentira del primero a nadie conviene, y será de todos reprobada; la verdad severa del segundo es la imagen de la crítica que debe presentar las cosas tal como son; pero la ingeniosa ocultación del último es el tipo de las bellas artes que deben conciliar la belleza con la verdad.

Sin embargo, ni la crítica, ni la filosofía ni la pintura, ni la poesía, pueden obtener estos resultados sin conocer antes las cosas bajo todos sus aspectos.

Y no solo es preciso atenerse en el juicio de las cosas a las variaciones que ellas tienen en sí mismas, sino a las que nosotros estemos sujetos. Es ya común el dicho de que el hombre forma sus juicios con arreglo a su estómago, y que, según el buen o mal estado de esta entraña, así le parecen las cosas feas o bonitas. El canónigo de aquella comedia que, en compañía de su ama, y sentado a una mesa cubierta de ricos manjares, enarbolando una polla exclamaba: «—¡Ay, ama!, ¡qué bueno es Dios!»⁴ es una prueba de lo dispuesto que entonces se halla uno para echar bendiciones. Así es como un hombre, teniendo satis-

³ *tres pintores de la antigüedad ... una mujer hermosísima, pero tuerta*: los tres pintores son Timantes, Zeuxis y Apeles y la anécdota suele referirse a un retrato de Alejandro Magno. Solo Apeles acertó con la solución adecuada, pintando al emperador (que padecía estrabismo) de perfil por el lado bueno.

⁴ Se trata de *Don Gil de las calzas verdes*, de Tirso de Molina.

fechas todas sus necesidades y aun sus antojos, al salir en una mañana de primavera a la calle dice:

El mundo es bello, sí; ¡la vida es bella!
Dios en sus obras el placer derrama.

Pero el que después de haberse acostado sin cenar pasó la noche revolcándose en un colchón tísico, pugnando por sacudirse de los insectos que le consumían cantará sarcásticamente como el otro al asomarse a la ventana:

¡Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno!
¡Al fin como de Dios obra maestra!⁵

Después del estómago, la limpieza y el aseo del cuerpo influyen también en nuestro ánimo, y modifican nuestros pensamientos.

Acaso no haya un hombre habitualmente sucio y desaliñado que pueda concebir nobles y generosas ideas. Un famoso médico decía que abundaban más los crímenes donde los hombres andaban más groseramente vestidos. Casi todos los escritores de estilo culto y elegante han sido tan esmerados y pulcros en sus personas como en sus escritos. Cervantes lo fue en medio de su pobreza: y sabido es que el elocuente y poético Buffon no podía escribir una sola frase sino después de haber pasado algunas horas en el tocador.

Pero sobre todas estas causas accidentales y pasajeras, acaso no hay una de mayor influencia que el habitual estado de pobreza o de bienestar, de escasez o de abundancia. El prisma del hambre tiñe todos los objetos de un color amarillento: convierte las más bellas y frescas hermosuras en cadáveres ambulantes, marchita las flores más lozanas, amengua las colosales proporciones, adelgaza las formas mórbidas, y a la misma sonrisa la presta su melancolía. El hambre, sin embargo, y por una de esas contradicciones aparentes del corazón humano, se ríe, se chancea, y se divierte consigo misma y con todos los demás; pero su risa es sarcástica: esa risa es su venganza, y tal vez en lo que nos parece un libro escrito con humor festivo y con la intención de entretener, se descubre una obra cuyas páginas están empapadas en lá-

⁵ Los versos son de Miguel de los Santos Álvarez, y Espronceda los usa como lema en su «Canto a Teresa».

grimas de amargura, y lo que hoy era una fábula que tenía por objeto pintarnos las chistosas locuras de un hombre empeñado en resucitar las hazañas de los libros de caballerías, es mañana la más cruel acusación de un siglo en que principiaban a decaer la fe, la abnegación y el entusiasmo, cuya personificación es don Quijote.

Ahora bien, nosotros queremos demostrar con ejemplos prácticos en estos artículos la verdad de todo ese indigesto farrago de filosofía que hemos querido sentar, y procurando ponernos en el lugar del pobre que ve todas las cosas de color pálido como el tinte de sus ojos, y en el lugar del rico que las ve de color de rosa, examinaremos por estos dos lentes unos mismos sucesos.

Subiremos a la altura donde descuellan los unos, y desde la elevación del poder y de las riquezas observaremos aquello mismo que ven los menesterosos desde el polvo y el fango en que se arrastran. De esta manera advertiremos si el efecto que hacen las cosas de arriba abajo es el mismo que de abajo arriba, y notando la exageración en que unos y otros puedan incurrir por defecto de su ilusión óptica, estaremos seguros de ver los objetos como son en sí.

Antes, sin embargo, de entrar en estas comparaciones, bueno será dar una idea general de la vida del pobre y de la vida del rico; lo cual viene a ser como la descripción del lugar de la escena o del punto en que colocamos los dos diversos panoramas.

Hemos elegido a Madrid⁶ para ejercitar en él nuestro escalpelo, porque Madrid es acaso el pueblo de España que más lleno está de pobres y de ricos, de afortunados y de infelices, y como todo el mundo habla de la feria según le va en ella, unos y otros hablarán de Madrid según el estado en que se ven.

¿Qué idea tendrán de él los que habitan sus buhardillas? ¿Será la misma que tengan los que viven en los pisos principales, o los que están sepultados en los sótanos? Para saber esto comparemos las costumbres de unos y otros, y hagámoslos hablar a todos en su propio idioma.

Madrid está dividido en tres sociedades que moran en tres muy distintas regiones; en la del aire, en la del fuego y en la del agua: estas tres sociedades tienen su método de vida propio de cada una, los eslabones que las unen son muy débiles, y casi siempre están en gue-

⁶ *Hemos elegido a Madrid*: en la lengua clásica, es normal que los nombres de ciudades lleven preposición en frases como esta.

rra unas con otras. Todas gozan de las propiedades de los elementos en que viven sumergidas, como más adelante diremos.

La primera de estas sociedades puebla las buhardillas y es la de que primero vamos a ocuparnos. Esta sociedad vive en la región del aire por aquella ley de física que hace nadar el aceite sobre el agua.

A los desvanes en su origen no se les daba otro destino que el de amontonar en ellos y arrinconar los muebles viejos y deteriorados para después hacer de ellos carbón, o darles otra nueva forma para que de alguna manera volviesen a ser útiles.

Bien pudiera decirse en vista de la repugnancia y mala voluntad, y de las causas que fuerzan a muchos infelices a morar en las buhardillas, que ellos son una especie de muebles inútiles, o de trastos viejos que la sociedad amontona en ellas.

Pero nos vamos metiendo poco a poco en honduras que no son de esta introducción: para concluir diremos únicamente que, habiendo los pobres en Madrid en los pisos más altos, el Madrid material de arriba no es el Madrid moral a quien aplicaremos el mismo adverbio, por seguir la metáfora común que coloca a los grandes y opulentos en el último tramo de la escala social.

EL LIBRO DE JOB⁷

El libro que vamos a examinar es el más antiguo del mundo, y compuesto por Moisés antes probablemente del *Pentateuco*.

Por esta sola consideración era acreedor a nuestro más profundo respeto, como los restos arqueológicos de tiempos desconocidos; pero si atendemos al alto origen de esta obra, que se remonta nada menos que a la divinidad, el respeto se convierte en veneración religiosa.

Nosotros, prescindiendo de esta circunstancia que le pone fuera del alcance de la crítica, hablaremos del libro de Job como de una producción del entendimiento humano, comoquiera que el Señor, al inspirar sus misterios a los autores de sus sagrados cantos, se acomodó a la capacidad y estilo de cada uno.

⁷ Publicado originalmente con el título «Job» en *El Arpa del Creyente*, 1842, núms. 7 y 10, pp. 49-50 y 73-75, y reproducido con el título «Literatura religiosa. El libro de Job» en la *Revista Literaria de El Español*, 21 de junio de 1847, núm. 25, pp. 385-390, y también en otros lugares.

Sin embargo, lugar es este de declarar que los que de literatura religiosa escribimos no miramos la religión cristiana y la Biblia como una brillante mitología, cuyos sueños más o menos espléndidos y apacibles nos proponemos explotar, como ya se dijo de Chateaubriand⁸, para que su magia se refleje en nuestros pálidos escritos: no, si algún mérito pueden tener los que salgan de nuestra pluma es el de brotar del corazón, bañados en él con las dulces lágrimas que los consuelos de la fe cristiana hacen asomar a nuestros ojos.

La poesía hebrea tiene como la de todos los pueblos un sello, un carácter peculiar que la distinguen aun entre los mismos orientales. En los monumentos que de ella nos restan, ya derramados en los libros prosaicos de la Biblia, ya formando un cuerpo aparte de ese archivo de las armonías y de los misterios del Señor, apenas hay género alguno intacto, desde el sencillo pastoril hasta el lírico y épico sublimes. Pero todo bajo formas extrañas para nosotros, que por muchos siglos hemos marchado como encajonados entre los valladares que levantan los serviles imitadores de los griegos. El estilo varía según la diversidad de autores, según su carácter y condición social; pero en todos hay una vehemencia y energía de pensamientos que raya muchas veces en dureza; en todos sencillez y lisura en la frase, y un raudal impetuoso de incierto y revuelto giro en la fantasía, que obliga al poeta a adoptar ya el estilo narrativo, ya el dramático, con transiciones bruscas y repentinas. Por último, distínguese la poesía hebrea en la magnificencia de sus ideas y en la estructura del verso y de la sentencia.

Aún no se ha podido averiguar con seguridad la índole particular de su prosodia y metrificación; y comoquiera que carezcamos de pauta segura en la pronunciación de sus palabras y entonación de las sílabas, es muy fácil sin embargo distinguir los libros poéticos entre los prosaicos de la Biblia, no solo por su estilo, sino también por el corte de sus períodos.

Los hebreos cantaban en el templo sus himnos o salmos a coros: uno de estos entonaba la mitad de la estrofa, y el otro la cerraba cantando la otra mitad. El primero emitía un concepto, una sentencia, y

⁸ *Chateaubriand*: François-René de Chateaubriand (1768-1848), político y escritor francés considerado el fundador del romanticismo en la literatura francesa, y es el máximo representante de su corriente tradicional-católica. Es autor de obras como *Atala*, *René*, *Génie du christianisme*, *Les martyrs*, *Aventures du dernier Abencerrage* o *Mémoires d'outre-tombe*, entre otros títulos.

el segundo la repetía con distintas palabras, la amplificaba, o bien por antítesis presentaba en contraste un pensamiento opuesto.

Decía el uno, por ejemplo: «Los cielos cuentan la gloria de Dios».

Y respondía el otro: «Y las obras de sus manos anuncian el firmamento».

El primero: «Perezca el día en que nací».

Y el segundo: «Y la noche en que por mí se dijo: concebido queda un varón».

No obstante, esta gran diferencia material que existe entre la poesía sagrada y la profana, aún es mucho mayor si descendemos al fondo de los pensamientos, como que la una bebía en purísimas fuentes emanadas del trono del mismo Dios, y la otra se abrevaba en los raudales de inspiración de la naturaleza impuros, ya desde el pecado del primer hombre. Es curioso sin embargo comparar a Salomón, que en el *Cantar de los cantares* se aleja más al parecer de su divino objeto, con Teócrito, Moses y Bion, bucólicos griegos, con los cuales tiene la mayor analogía. Teócrito es el poeta griego de más sencillez y de mayor ternura, y no obstante, ¡qué frío parece al lado de los dulcísimos arranques y melancólicas inquietudes de la enamorada esposa! Es necesario convenir con la Iglesia para comprenderlos completamente que en aquellos suaves coloquios y dolientes arrullos se encierra un amor desconocido en el mundo, y que es un destello del de la fruición de los bienaventurados.

Los dioses de los griegos no eran más que hombres, y no por cierto de los mejores, con todas sus debilidades y pasiones, y con el triste privilegio de la perpetuidad de una vida que llegaba a serles aborrecible. El Júpiter de Homero, con una perfidia que los mayores apasionados de este célebre poeta no han sabido disculpar, es tan pérfido, que envía un sueño engañoso a Agamenón, para que este príncipe, teniéndole por una inspiración divina, salga al combate, y sea víctima de los troyanos. En el Dios de la Biblia, a pesar de la terrible magnificencia de que se ciñó en el monte de Sinaí, se deja ver al mismo Dios del Evangelio, Padre universal de todo lo criado, rebosando bondad, y muriendo por último para abrir las puertas del Cielo a sus verdugos.

El pasaje en que Homero pinta con mayor sublimidad a Júpiter, el pasaje citado justamente como uno de los trozos más brillantes de la *Ilíada*, es el siguiente:

Dijo, así; y el Saturnio mover hace
 sus formidables cejas. Los cabellos,
 que ambrosía destilan, se estremecen
 en la inmortal cabeza del Tonante,
 y hace que todo tiemble el gran Olimpo.

El Dios de la Biblia se retrata generalmente en sus palabras, lo cual supone mayor inspiración, mayor conocimiento de su esencia.

Dice: «Sea la luz», y fue la luz; le preguntan, «¿Quién eres?», responde en una sola palabra: «Yo soy el que soy»; esto es: yo soy el que existo por mí, todo lo cual significa la palabra *Jehová*. Ponderando Dios a Job la distancia de la criatura al Criador, después de acumularle mil imágenes sublimes, le dice *Nunquid mittes fulgura, et ibunt, et revertentia dicent tibi: adsumus?* He aquí el lenguaje de un Dios Omnipotente; las arengas de Júpiter y de todas las divinidades del Olimpo demuestran claramente que son obra de los hombres.

Cuando la Biblia quiere pintar a Dios, no se contenta con hacer estremecer los cielos como Homero; con una rapidez inconcebible de imaginación, en poquísimas palabras reúne cuanto sublime puede caber en la mente del hombre: fuego, rayos, torbellinos, oscuridad, truenos y estremecimiento, todo se reúne en uno o dos versículos, y hace aparecer al Dios de Sinaí infundiendo asombro al universo. Todo desaparece a la llegada del Señor, y Él es siempre la única figura de cuadro tan magnífico y misterioso.

Esta sublimidad, este lujo de imágenes terribles y de rapidísimas y vivas comparaciones, es más común en Job que en todos los poemas sagrados.

Se ha dudado hasta de la existencia de este personaje, cuyo nombre es el símbolo de la paciencia y del sufrimiento en todas las lenguas cultas; sin embargo, testimonios irrecusables deben desvanecer hasta el menor asomo de duda. Job, según la opinión más recibida, fue rey de alguna pequeña comarca de la Arabia desierta, y descendiente de Abraham por Esaú; y como en el tiempo en que se supone su existencia (poco antes de Moisés) no había ley alguna escrita, vive según la natural como Melquisedec, el sacerdote del Altísimo⁹, y otros varones justos. Algunos filósofos modernos han asegurado que el libro de Job era una especie de poema dramático, más antiguo aún que

⁹ *Melquisedec, el sacerdote del Altísimo*: es, en efecto, un rey y sacerdote mencionado durante la narración de Abraham en el capítulo 14 del libro del *Génesis*.

Moisés, y que principiaba desde el capítulo tercero, fundados únicamente en que desde ese capítulo empieza el verso, siendo los dos anteriores al aparecer escritos en prosa. Quiénes le hacen también de origen persa, sin duda con el afán de arrancar su más brillante joya a la poesía hebrea; pero estos asertos, que destituidos de fundamento ni aun puede pasar por hipótesis, no bastan a destruir la tradición de tantos siglos, y las decisiones canónicas.

Por otra parte, la índole y la estructura de sus períodos no solo son conformes al carácter general de los poemas hebraicos, sino que tiene todavía, según los conocedores del idioma, el estilo particular del de Moisés, y no hay sino comparar los cánticos del *Cantemus Dominum* y el de Séfora para convencerse de esta verdad.

El objeto que tuvo el Señor inspirando este poema al caudillo de su pueblo fue, como dice el señor Amat¹⁰, el de presentarles un ejemplo de paciencia y resignación durante su larga y penosa resignación por el desierto.

Al escribir el libro de Job propúsose Moisés, como dijimos en nuestros anteriores párrafos, presentar a los hebreos un dechado de sublime paciencia y sufrimiento que les animase a sobrellevar los padecimientos inevitables en su larga peregrinación por el desierto. Este objeto, secundario si se quiere, puesto que más altos y misteriosos fines debía abrigar la palabra de Dios, no podía ser ni más propio, ni más oportuno de parte del caudillo de Israel, pueblo ingrato y murmurador, una vez que aquel estado incierto y transitorio debía prolongarse hasta cuarenta años, siempre pisando arenales estériles, necesitando la milagrosa vara de Aarón para aplacar la sed devoradora, y que el sustento lloviese de los cielos para satisfacer el hambre y conseguir una victoria para dar un solo paso.

El ejemplo de Job, varón temeroso de Dios pero que no pertenecía a su escogido pueblo, rey de la Idumea oriental, colmado de riquezas y nadando en prosperidades, convertido súbitamente en asqueroso mendigo, abandonado y desconocido hasta de su propia mujer, rodeado de tres amigos que en vez de consolarle le insultaban, y restituido en fin con centuplicado aumento a sus antiguos goces, ¡cuánto aliento no debía infundir a los israelitas que de día en día estaban esperando una tierra de promisión que parecía huir ante sus

¹⁰ *el señor Amat*: se refiere a Félix Torres i Amat de Palou (1772-1847), obispo, traductor y escriturista.

ojos! Pero Moisés, al trazar el cuadro de las miserias humanas combatidas por la resignación triunfante, no quiso encerrarse en tan grandioso pero limitado círculo, sino que al mismo tiempo planteó y dilucidó una cuestión de metafísica divina, a la que tanto propende el aguzado ingenio oriental. Cuestión sobre el gobierno temporal de la Providencia en el mundo moral, en la que se trata de averiguar si los malos son felices en esta vida, aunque desgraciados en la eterna; y si los justos deben ser venturosos en el cielo a costa de los tormentos que hayan sufrido en la tierra.

Moisés tuvo que luchar con la preocupación de que las felicidades temporales no se reparten con igualdad entre los hombres, preocupación que existe hoy tan arraigada como en aquellos tiempos lo estaba en la mente de los amigos de Job. Desde que estos la suscitaron ha sido examinada mil y mil veces hasta nuestros días, y es forzoso convenir en que los autores ascéticos han sentado con este motivo proposiciones peligrosas, que pueden retraer a las almas tibias del camino de la virtud. Sin duda que el entendimiento de estos hombres, empapado en celestial sabiduría, no ha sabido comprender otros goces que los que emanan inmediatamente de la presencia del Señor, y a sus endiosados labios le causan hastío los manjares que saborean con gusto los menos delicados.

Conocido el objeto y fondo de la obra, pasemos a examinar su desempeño.

Desde que Homero principió con tan poca ampulosidad y arrogancia la obra más grande y más sublime que han inspirado las musas profanas, Aristóteles y los demás preceptistas que erigieron en reglas del arte las proposiciones que resultaron después de bien medido a compás el poema del cantor de Aquiles, establecieron por una de ellas que la introducción debía ser clara, sencilla y poco elevada. Casi todos los poetas griegos siguieron esta máxima. Teócrito las pocas veces que es descriptivo y narrador es trivial, pero conciso en extremo. Los latinos se apartaron algo de esta costumbre; Virgilio, sin embargo, es modesto y sencillo todavía; pero donde hay que buscar estos dotes y elevados al más alto grado de perfección, es en el libro de Job. Imposible parece que un poema donde el lujo poético brota a borbotones, donde las imágenes y conceptos más elevados están amontonados en grupos colosales como el que con montañas formaron los gigantes de la fábula para escalar el ciclo, comience de esta manera:

Había en la tierra de Hus un varón llamado Job, hombre sencillo, recto y temeroso de Dios, y que se apartaba del mal...

Indudablemente un poeta mediano, un poeta de los siglos presentes, en que tan distantes estamos de conocer los verdaderos arranques de la naturaleza que nuestros ojos miran por el viciado prisma de la civilización refinada, hubiera puesto en tortura su fantasía para abrir el magnífico poema con el aparato y estruendo que revelase su importancia. El cantor divino se lanza a su objeto por el camino más corto; el trastorno, el éxtasis del poeta al sentirse inspirado, es para él un estado habitual: nada le asombra, nada le sorprende, y para dar a conocer a su héroe apenas emplea media docena de palabras. Pero nada le sobra, nada le falta; quitadle una sola, y el retrato queda incompleto. Esta es la piedra de toque del verdadero talento.

Con igual laconismo, con igual justeza e ingenuidad, si nos es lícito hablar así, nos informa exactamente de sus riquezas, familia y ocupaciones análogas a la idea que de Job nos ha hecho concebir; y todo en cinco versículos y en muy pocas más frases.

La imaginación del poeta se remonta sin hacer el menor esfuerzo hasta los cielos, y nos describe al Señor en medio de sus ángeles, y a Satanás también que se aparece entre ellos.

—¡De donde vendrás tú! —le dice el Señor—; y él responde: —Vengo de dar la vuelta por toda la tierra, y de recorrerla toda.

¿Has parado tu atención en mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón sencillo, recto, y temeroso de Dios, y ajeno de todo mal?

Parece que vemos aquí a todo un Dios complacerse en la obra de sus manos, por lo mismo que se detiene tanto en recordar sus virtudes. Respóndele Satanás:

—¡Acaso Job sirve a Dios de balde! ¿No le tienes a cubierto de todo mal?

... ¿No has echado la bendición sobre las obras de sus manos?... Ex-
tiende un poquito la tuya, y toca a sus bienes, y verás cómo en tu cara te desprecia.

—Ahora bien, todo cuanto poseo lo dejo a tu disposición; pero no extiendas la mano a su persona.

Desde este instante comienza el interés del libro: interés grande, inmenso, que abarca la divinidad y la humanidad entera; interés que en todos los siglos debe excitar igualmente, porque es eterna la lucha del bien y del mal. Nótese aquí también a cuántos autores no ha servido de modelo esta introducción; pero ninguno ha sabido conservar la sencillez del original primitivo que constituye el fondo de su mérito, desapareciendo la cual, desaparece con ella la sublimidad. Los coros de ángeles, las descripciones magníficas, la cohorte de bienaventurados que otros introducen, no hacen más que sobrecargarla de adorno con mengua del efecto.

A los profetas de Sión les era familiar la presencia del Altísimo, y por lo mismo nos la pinta en dos palabras: «Bajó Dios y dijo...».

El demonio hace llover desastres y calamidades sobre los hijos, sobre los bienes, sobre los objetos más queridos del varón justo, los mensajeros fatales se atropellan unos a otros para venir a notificarle desolaciones sobre desolaciones; el mundo parece arruinarse en torno suyo; él solo queda con vida para llorar sobre sus ruinas. El furor del infierno se ha agotado, y Job exclama:

Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a la tierra.
El Señor me lo dio todo; el Señor me lo ha quitado; se ha hecho lo que es de su agrado: bendito sea el nombre del Señor.

Satanás ha sido derrotado con estas edificantes palabras. La resignación del rey de la Idumea es una virtud heroica que no formaba parte en el catálogo de virtudes gentílicas. En los paganos se suplía por el orgullo y egoísmo. Diógenes cuando por único favor pedía desde su tinaja al emperador Alejandro que no le quitase el sol¹¹, cedía a un movimiento de vanidad la más refinada.

Cincinato cuando dejaba el cetro por el arado¹² en circunstancias espinosas, marchaba en pos de sus comodidades domésticas; pero en

¹¹ *Diógenes ... no le quitase el sol*: es anécdota bien conocida referida al filósofo cínico Diógenes de Sínope, que recogen Cicerón (*Tusculanae Disputationes*, 5.32), Valerio Máximo (4.3. ext. 4) y Plutarco (*Vida de Alejandro*, 14). Estando Diógenes en Corinto, dormía en un tonel o tinaja. Cuando llegó a la ciudad Alejandro Magno, conocedor de la fama del filósofo, lo buscó y prometió darle cuanto le quisiera solicitar. Diógenes solo le pidió una cosa: que se apartara, para que no le tapara el sol.

¹² *Cincinato ... arado*: Lucio Quincio Cincinato (519 a. C.-439 a. C.) fue un patricio romano, cónsul, general y posteriormente dictador durante un breve periodo

las grandes calamidades en que Job besa la mano que empuñó el enemigo azote, los Brutos y los Catones se suicidan.

La obstinación es el sello de las almas réprobas: despechado Satán, osa volver a la presencia de Dios, y demanda el permiso para afligir al justo personalmente. El Señor se lo concede.

La rabia de Satanás se ceba en el predilecto del Altísimo, y le cubre de una úlcera que le cogía desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza; y el príncipe más poderoso de aquella comarca, sentado en un estercolero, se rae con una teja la podredumbre. Job todavía bendecía al Señor, y su mujer le insulta de esta manera: «—Sí, bendice a Dios y muérete».

Tres príncipes amigos vienen a visitarle y están sentados a su lado siete días sin hablarle una palabra. Ya se sabe que el número siete se toma en hebreo indefinidamente por muchos, como en castellano cien y mil.

Al cabo de este tiempo abrió Job sus labios...

Desde aquí principia a remontarse el estilo del poema: los labios de Job son el cauce de un torrente cada vez más impetuoso, más fecundo cada vez.

¡Qué imágenes tan enérgicas, tan terribles para pintar su profunda melancolía!

¿Por qué no morí yo en las entrañas de mi madre, o salido a luz no perecí luego? ¿Para qué al nacer me acogieron en el regazo? ¿Para qué me arrimaron el pecho a fin de que mamase? Pues yo ahora estaría durmiendo en el silencio de la muerte, y en mi sueño lograría mi reposo... ¿Por qué se concedió la vida a un hombre que no ve el camino por donde anda, habiéndole Dios cercado de tinieblas? Suspiro antes de tomar alimento, y suenan mis rugidos como las aguas que inundan.

Desahogado apenas el corazón de Job con estas lamentaciones, entablan sus tres amigos la disputa sobre su inocencia y el temporal de la Providencia divina; y el resto del libro es una serie de argumentos y contestaciones que se termina con la aparición del Señor, y que al dar a su siervo la razón, le reprende no obstante de algunas inconsideraciones. Manda también a sus amigos que hagan un sacrificio en expiación de las culpas que han cometido, y aplacado por la oración de

por orden del Senado. Fue modelo de rectitud, honradez, integridad y falta de ambición personal.

Job, los perdona y devuelve a este doblados bienes de los que antes poseía.

Como muestra del estilo de este precioso libro, copiaremos aquí dos diversas descripciones, la una de su presente miseria, y la otra de su felicidad antigua.

Mis males pesan más que la arena del mar; de aquí es que mis palabras están llenas de dolor. Porque todas las saetas del Señor están clavadas en mí; el veneno de ellas va corroyendo mi espíritu, y terrores del Señor combaten contra mí. ¿Por ventura brama el buey teniendo delante un pesebre bien provisto? ¿Habrà quién coma con gusto lo que probado causa la muerte? Las cosas que antes ni hubiera querido siquiera tocar, ahora en la estrechez en que me hallo son mi alimento. ¡Quién me diera... que el que ha comenzado a herirme acabe conmigo; deje caer su mano y corte mi vida!... Mirad cómo yo por mí no puedo valerme, y cómo hasta los más allegados míos me han abandonado. Quien no tiene compasión de su amigo, abandona el santo temor de Dios.

Mis hermanos han pasado de largo delante de mí, como pasa un rápido torrente por las cañadas.

La pintura de su felicidad pasada no puede ser más poética:

¡Quién me diera volver a ser como en los tiempos pasados, como en aquellos días venturosos en que Dios me tenía bajo de su custodia y amparo!, entonces que su antorcha resplandecía sobre mi cabeza, y guiado por esta luz caminaba yo seguro entre las tinieblas como fui en los días de mi mocedad, cuando Dios entraba secretamente en mi casa; cuando el Todopoderoso estaba conmigo y alrededor de toda mi familia; cuando lavaba mis pies con la nata de la leche, y hasta las peñas me brotaban arroyos de aceite; cuando salía a las puertas de la ciudad y en la plaza me disponían un asiento distinguido. En viéndome los jóvenes se retiraban y los ancianos se levantaban y mantenían en pie... Me llenaba de bendiciones el que sin mí hubiera perecido; y yo confortaba el corazón de la viuda. Porque siempre me revestí de justicia, y mi equidad me ha servido de manto y de diadema. Era yo ojos para el ciego y pies para el cojo... Quebrantaba las quijadas a los malvados, y les sacaba la presa de entre sus dientes. Y yo me decía: «Moriré en paz en mi nido, y como la palma multiplicaré mis días. Está mi raíz extendida junto a la corriente de las aguas, y el rocío descansará sobre mis ramos...». Los que me escuchaban estaban aguardando mi parecer y atendían silenciosos mi consejo... y como rocío así caían sobre ellos mis discursos. Aguardábanme

como a la lluvia de los campos, y abrían su boca como la tierra seca a las aguas tardías.

Es imposible citar en ningún autor profano un trozo cuajado de imágenes más vivas, más tiernas y más sencillas. ¡Cuánto sentimos no poderlo insertar íntegro, cuánto tener que renunciar a otros mil y mil pasajes iguales a este! ¡Léase el discurso que pone en boca del Señor sobre su poder divino, y la distancia que media entre la criatura y el criador! Léase la profecía de la resurrección de la carne; léase el libro entero, pues todo él es el colmo de la perfección humana. A su lado, ¡qué pálidos parecen los héroes de Ilión y los dioses del Olimpo! El libro de Job no necesita estar declarado auténtico por la Iglesia: basta leerlo para conocer que no puede ser obra de los hombres.

DE LA FILOSOFÍA POPULAR EN ESPAÑA¹³

Siendo la filosofía la primera y más alta de las ciencias humanas, la ciencia de las últimas razones de las cosas, es moralmente imposible que exista, ni haya existido jamás, en el riguroso sentido de la palabra, un pueblo de filósofos.

Tan lastimado quedó el entendimiento humano con la culpa original que, entregado a sí propio, caminó como a tientas aun después de la revelación primitiva, y apenas pudo producir en la investigación de la verdad más que delirios y crasísimos errores, y hallar a fuerza de perspicacia, de reflexión y de largos y constantes estudios tal cual verdad incompleta, restaurando tradiciones cuasi borradas, pero nunca completamente desvanecidas, ha constituido el mérito de los grandes hombres de imperecedera memoria en los siglos de paganismo. Tales son, en efecto, los gloriosos timbres de Aristóteles, Platón, Sócrates, Pitágoras y algunos otros filósofos de la antigüedad; y, sin embargo, ninguno de ellos, ni todos ellos juntos han resuelto jamás, como dice San Agustín, los tres grandes problemas de la filosofía: los problemas del ser, de la verdad y del bien.

¹³ *El Pensamiento Español. Edición Semanal*, Madrid, sábado 2 de marzo de 1867, tomo I, número 9, pp. 131-133. Forma parte de la serie «Estudios sobre la Inquisición española en sus relaciones con la civilización».

Aun después de haber brillado la luz en las tinieblas, de haberse hecho carne el Verbo divino y de habitar entre nosotros, siendo camino, verdad y vida¹⁴, la filosofía no puede ser popular en nación alguna, en el sentido de que todos los que racionalmente discurren hayan de discurrir por altísima y soberana manera. Dios no vino al mundo para hacer al hombre sabio, sino para hacerlo santo y justo, y las palabras altas no dan santidad ni justicia: solo la vida virtuosa es la que nos hace gratos a los ojos de Dios.

Ciertamente la bondad que Dios exige de nosotros requiere el conocimiento y creencia de verdades muy encumbradas; pero estas verdades sobrenaturales, necesarias al último fin del hombre, se alcanzan con la fe, fundada en la autoridad de la infalible palabra divina, mientras que las verdades naturales de la filosofía descansan únicamente en la evidencia humana, en cierta serie de principios indemostrables que el entendimiento percibe con tal claridad, que tras ellos no hay razones, pues se presentan con inmediata evidencia y por lo tanto subyugan la razón.

Por otra parte, Jesucristo vino al mundo a redimirnos del cautiverio del demonio, a volver el hombre al estado de gracia primitivo, no a restituirle en el orden de la naturaleza a su primitivo estado de clarísima luz de inteligencia y de rectitud de voluntad; y necesitando nosotros como necesitamos de grande entendimiento para comprender las últimas verdades que forman la universalidad y unidad de la ciencia filosófica, nunca esta podrá ser general, ni patrimonio de los necios, cuyo número es infinito¹⁵; siempre han de ser escasos los filósofos en una nación, por mucho que entre sus habitantes florezcan los estudios y descuellen la agudeza y profundidad de ingenio. Por eso repetimos que un pueblo de filósofos es un verdadero imposible moral.

Mas, a pesar de cuanto llevamos dicho, puede existir y de hecho ha existido y existe en las sociedades civiles una filosofía verdaderamente popular. Cuando en la Edad Media salió del desierto un oscuro ermitaño y persuadió a príncipes y pueblos a rescatar el Santo Sepulcro y echó sobre el Asia la mitad de Europa, ¿qué razones daba

¹⁴ *siendo camino, verdad y vida*: adapta las palabras de Jesús «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Juan, 14, 5-6).

¹⁵ *los necios, cuyo número es infinito*: «Los perversos con dificultad se corrigen, y el número de los necios es infinito» (Eclesiastés, 1, 15).

para convencerlos? Nada más que esta: «—Dios lo quiere». Razón verdaderamente última de las Cruzadas; porque no hay ninguna superior para el cristiano a la soberana voluntad de Dios. El panteísmo emanantista de la India, el paganismo de los gentiles, el catolicismo, el mahometismo, el protestantismo, en fin, han producido su filosofía y la han popularizado en todos tiempos, y de la popularidad de los diversos sistemas filosóficos que proceden de tan diversas creencias ha nacido la varia índole de las razas y sociedades en que han dominado.

¿Cómo, pues, no pudiendo ser popular la filosofía, existe realmente filosofía popular?

Esta aparente contradicción nace de la diferente acepción en que tomamos unas mismas palabras. Cuando decimos que la filosofía no puede ser popular aceptamos el riguroso sentido de la palabra filosofía, considerándola como ciencia que da las superiores razones de las cosas; cuando confesamos que existe una filosofía popular entendemos, no la razón científica y verdadera de todo cuanto existe, sino la razón que el pueblo alcanza, la razón última para el pueblo, que puede ser muy bien razón falsa, o razón de un orden secundario para la verdadera ciencia. Porque, no hay duda, el hombre se siente inclinado por su naturaleza a buscar la razón de cuanto percibe y conoce. El niño siempre está preguntando el porqué de todas las cosas; el hombre de más rudo entendimiento siempre desea saber la causa de lo que siente, y no se aquieta hasta haber encontrado la última razón, esto es, la razón que le deje convencido.

De donde se sigue que cuanto más se acerque la filosofía popular a la verdadera filosofía, tanto más se acercará un pueblo a la verdadera civilización, tanto más culto e ilustrado será este pueblo, porque sabrá darse mejor razón de mayor número de verdades.

En esta parte, los pueblos católicos llevan, como en todo lo bueno, inmensa ventaja a los pueblos que profesan una falsa religión cualquiera.

El pasaje tantas veces citado del racionalista francés Mr. Jouffroy¹⁶, acerca de las verdades filosóficas contenidas en el Catecismo católico, lo prueba concluyentemente. En efecto, un niño cristiano recién salido de la escuela, una humilde viejecilla que no hubiere olvidado

¹⁶ Mr. Jouffroy: se refiere al filósofo francés Théodore Simon Jouffroy (1796-1842).

el Astete¹⁷, habrían dejado asombrados a Sócrates y Platón al contestarles satisfactoriamente acerca de los más altos problemas que ellos trataban en vano de resolver. Todo cristiano conoce el Ser, la Verdad y el Bien, y aunque los conozca por la revelación, cuyas verdades no son siempre evidentes, comprende la evidencia de los motivos de la fe, y por consiguiente, su fe es racional y tiene fundamento filosófico.

Habiendo probado, pues, que el pueblo español, en los tiempos llamados de oscurantismo, esto es, en los siglos inquisitoriales, sabía no solo el Catecismo de la doctrina cristiana, sino la teología, no tenemos que esforzarnos mucho para concluir que ese mismo pueblo sabía toda la filosofía que es dado conocer a las muchedumbres.

Habitualmente se nutría su inteligencia con este sustancioso alimento, que podemos llamar también en cierto sentido el pan de los fuertes. La predicación de la palabra divina era copiosa¹⁸, la enseñanza segura, la fe inmensa, el entusiasmo por la verdad religiosa ardiente y emprendedor. Con tales elementos, no es de extrañar el progreso y extensión de la filosofía popular en España.

Había también una razón principal para que esta cundiese rápida y fácilmente. De la unidad religiosa nace la unidad filosófica, y toda unidad es esencialmente fecunda y maravillosamente activa. Seguía en las escuelas sin contradicción la tradición científica elevada a la sazón por Suárez a su más alto grado de esplendor; no se conocía, o con admirable instinto se rechazaba después, la revolución filosófica iniciada por Descartes, que, como fundada en la duda, era tan opuesta a un pueblo que vivía por la fe y para Dios; y merced a la unidad de doctrina se conservó en España más que en ninguna otra parte la verdadera filosofía católica, la filosofía escolástica, que hoy solo desprecian los ignorantes y que los hombres pensadores, los verdaderos católicos se esfuerzan por restaurar. «Toda la atmósfera filosófica de nuestros tiempos —dice el ilustre Prisco¹⁹— anuncia un próximo regreso a esta filosofía, y nadie, sino los ignorantes, deja de respirar esa atmósfera.»

Para probar que el pueblo español, en los tiempos a que nos referimos conocía y saboreaba las principales verdades filosóficas, no hay

¹⁷ *el Astete*: junto con el de Ripalda, el *Catecismo de la doctrina cristiana* compuesto por el jesuita Gaspar Astete gozó de enorme popularidad.

¹⁸ *copiosa*: abundante.

¹⁹ *Prisco*: se refiere a Prisco de Panio (Tracia), un político, sofista e historiador del Imperio romano de Oriente del siglo v.

más que poner de manifiesto sus portentosos conocimientos en teología, y esto ya lo hemos dicho en una serie de artículos que se publicaron en el mes de diciembre próximo pasado; para llegar directamente a esta conclusión tendríamos que recurrir a los refranes, que como obra espontánea del pueblo son la cifra y compendio de su sabiduría; mas tratando de hacer ver las aficiones del pueblo a la escolástica, hay necesidad de recordar las obras destinadas a lisonjear el gusto y conquistar los aplausos de la muchedumbre.

El campo que debíamos recorrer para esta prueba es inmenso y no alcanzarían para ello ni nuestras propias fuerzas, ni los límites de un escrito destinado a ver la luz en un periódico. Afortunadamente los hechos son tales, que basta apuntarlos para que todo lector medianamente ilustrado los admita sin contradicción.

En efecto, todos, amigos y adversarios, convienen unánimes que el sabor, el espíritu escolástico es uno de los caracteres, o si se quiere defectos de la literatura española. De escolasticismo adolecen nuestros libros de caballería, de escolasticismo nuestras novelas principiando por la *Celestina* y concluyendo por el *Desiderio y Electo*²⁰. El escolasticismo se muestra en la poesía lírica y épica, y hasta se le ve asomar a nuestros romances.

Si de aquí pasamos a la dramática, los popularísimos autos sacramentales son tesis filosófico-teológicas desenvueltas en el fondo con iguales medios que en una Academia. Poco conocimiento del teatro profano se necesita para conceder que en nuestras antiguas comedias, aun en las de capa y espada, la acción se interrumpe con frecuencia para dar lugar a discusiones filosóficas en que los galanes, y a veces las mismas damas, sostienen el pro y el contra de una proposición en forma silogística y sobre materias sutiles y puramente metafísicas, con la misma gravedad y empeño que si estuviesen en el aula con sotana y manteo.

Hay sobre todo en nuestro teatro antiguo, tanto sacramental como profano, una costumbre a que no se falta jamás, que es la de poner en boca de los dos principales personajes, galán y dama, sendas relaciones sumamente prolijas, en que el poeta suele agotar todo su ingenio para dar ocasión de que brille el arte del actor. ¿Qué son por lo regular

²⁰ *Desiderio y Electo*: se refiere a la obra *Luz de la senda de la virtud: Desiderio y Electo en el camino de la perfección*, de Jaime Barón y Arín (1657-1734), publicada en Madrid, en la imprenta de don Benito Cano, 1790.

estos obligados trozos del poema dramático español sino pura filosofía escolástica, que unas veces constituye el fondo del asunto y otras transpira por cada una de las cláusulas del relato?

¿Ni qué otra cosa que escolasticismo eran los *desires*²¹ de la Corte de don Juan II, en que tomaban parte desde los mismos príncipes y magnates hasta los judíos?

Es, pues, indubitable que la filosofía escolástica se mezclaba más o menos, pero siempre notablemente en todas las obras de imaginación y principalmente en aquellas que estaban destinadas a cautivar el ánimo del vulgo. No es nuestro ánimo calificar el hecho mirándolo por el prisma del buen gusto literario. Nos basta hacerlo constar para deducir de él una consecuencia tan natural, que no creemos que nadie se atreva a negarla. Si esto se hacía general y constantemente, señal de que agradaba al público; y si le gustaba, lisonjeaba sus aficiones; y como no puede haber volición²² que deje de nacer de la inteligencia en un ser racional, aquello que gustaba al público, del público era comprendido. Se escribía filosóficamente cuando se trataba de dar gusto; luego la filosofía era uno de los placeres predilectos del pueblo español.

Véase, pues, como los hechos evidentes e incontestables examinados con imparcialidad, pero con verdadero criterio, desmienten una vez más a los que afirman que los tiempos de Inquisición eran tiempos de tinieblas y de embrutecimiento.

²¹ *desires*: el *dezir* es una forma estrófica frecuente en la poesía cancioneril del siglo XV.

²² *volición*: acto de la voluntad.

DE LA LENGUA CASTELLANA
COMO PRUEBA DE LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA²³

I

La filología o estudio de los idiomas, desde el punto de vista histórico y filosófico, está aún en mantillas, y ciertamente es uno de los campos más interesantes, amenos y fecundos de la inteligencia, y que puede proporcionar sabroso y nutrido pasto a la insaciable curiosidad, al inquieto afán de investigar y descubrir tesoros de ciencia en que se agita nuestro siglo. En los idiomas se reflejan, en efecto, la historia, la civilización, la índole y el espíritu propio de cada pueblo, de cada una de las sociedades civiles que componen la gran familia del género humano. Quizás con ser este campo tan vasto y adecuado al rumbo que llevan los estudios en nuestra época, no haya sido recorrido con el debido anhelo y perseverancia, por lo mismo que cuantas excursiones se han hecho, cuantos pasos se han dado en sus lindes y contornos confirman la verdad histórica del milagro de la confusión de lenguas con que Dios castigó la soberbia de los constructores de la torre de Babel; quizás, y en esto no creemos calumniar al espíritu moderno, si se hubiese vislumbrado desde las costas de ese país desconocido que el resultado final de tales estudios era el de poder desmentir el Texto Sagrado, la impiedad filosófica no se hubiera arredrado ante la magnitud y dificultad de la empresa.

Así lo hizo con los jeroglíficos de Egipto, hasta que Champollion²⁴ dio con la clave y averiguó que las inscripciones en que se fundaban tantas y tan perversas esperanzas de destruir la relación de Moisés, tantos y tan exagerados cálculos astronómicos, confirmaban o no contradecían la verdad histórica de las Santas Escrituras. Desde entonces el estudio de los jeroglíficos egipcios perdió todo su interés

²³ *El Pensamiento Español. Edición Semanal*, Madrid, sábado 16 de marzo de 1867, tomo I, número 11, pp. 161-166 (I-III); y *El Pensamiento Español. Edición Semanal*, Madrid, sábado 23 de marzo de 1867, tomo I, número 12, pp. 177-180 (IV-V). Forma parte de la serie «Estudios sobre la Inquisición española en sus relaciones con la civilización».

²⁴ *Champollion*: Jean-François Champollion (1790-1832), historiador, lingüista y egiptólogo francés, que logró descifrar la escritura jeroglífica gracias sobre todo al estudio de la piedra de Rosetta.

para los filósofos modernos, los cuales no estudian ciertamente para investigar la verdad sino por el loco intento de destruirla.

Volviendo al estado en que hoy se halla el estudio filosófico de los idiomas, citaremos las palabras de un moderno aficionado francés, el vascófilo Mr. Chaho, cuyo testimonio no puede ser sospechoso por venir de la escuela racionalista a que desgraciadamente pertenecía este ingenioso aunque poco conocido autor:

La alta filología está hoy todavía (1847) en el punto en que la astronomía se hallaba con las ideas de Copérnico: todavía está por fundar la fisiología del lenguaje universal. La teoría del verbo, desde el punto de vista intelectual, corresponde a la teoría de la luz, de los fenómenos de óptica y de los colores en el orden físico; y para abordar estas cuestiones misteriosas que exigen completa y perfectamente sólida erudición, superior perspicacia, rica y fecunda inspiración, la inspiración de un genio; para esparcir a manos llenas la luz en las tinieblas históricas de Babel, se necesita otro temple de alma que el de Astarloa y sus continuadores.

Desde entonces acá, alguno que otro de esos hombres que se creen inspirados, algún profundo erudito, pacientísimo alemán, de esos que pasan su vida examinando la anatomía de un insecto o tratando de descubrir el sentido oculto de diez versos cartagineses de una comedia de Plauto, se ha dedicado con alma y vida a los estudios filológicos, y pese a las temerarias esperanzas de Mr. Chano, y sobre todo al gárrulo mercantilismo literario del orientalista Mr. Renan, la verdad histórica de la confusión babélica va resultando un hecho incontrovertible y necesario para explicar humanamente la diversidad del lenguaje humano, que primitivamente tuvo que ser uno e inspirado por Dios.

Pero hay otros puntos de vista históricos que hacen este estudio sobremanera interesante. El idioma, como hemos dicho, es reflejo de la historia, testimonio vivo de la inteligencia, costumbres, carácter, y por consiguiente, de la civilización de un pueblo. ¿Cuál fue el habla primitiva de una nación? ¿Cómo llegó a perderse este idioma? ¿Cuáles son sus restos? ¿Qué palabras, qué giros, qué construcciones gramaticales han depositado en esa sociedad las razas o los pueblos invasores o que con ella han estado en trato y comunicación? ¿Qué ideas, qué sentimientos, qué caudal científico, qué religión tenían esas distintas razas, aluviones que han dejado su limo en las lenguas moder-

nas, las cuales, siguiendo esta imagen geológica, no son más que terrenos de acarreo?

Por otra parte, las lenguas son una especie de barómetro tan sensible a la impresión de las ideas y sentimientos, que no hay uno, uno solo, que llegue a ser general y no modifique más o menos profundamente el lenguaje, estampando en él huellas que debe tener siempre en cuenta el filósofo observador. Hoy mismo, a pesar de haber transcurrido tantos siglos desde la desaparición del paganismo en Europa, los modernos idiomas están saturados de expresiones paganas que no por haber cambiado de significación pueden disimular su origen. El cristianismo las ha santificado. El cristianismo, que vino a cambiar por completo la dirección de las almas mostrando al hombre su verdadero fin y encaminándole rectamente hacia él, es quien indudablemente ha ejercido omnímoda influencia en la formación de todas las lenguas cultas de Europa, de tal manera que, si por desdicha del humano linaje, ¿qué decimos?, si por la suprema calamidad que pudiera sobrevenirnos, se lograra el sacrílego y temerario intento de los Michelet, de los Quinet, de los Sue, Proudhon y Mazzini²⁵, y en general del perverso liberalismo revolucionario, los idiomas europeos tendrían que desaparecer, modificándose tan esencial y profundamente, que serían ininteligibles para la sociedad cristiana de nuestros días.

Esta verdad la ha demostrado con su acostumbrada elevación de miras y brillantez de expresión el reverendo Padre Félix de la Compañía de Jesús, tan conocido y estimado en todo el orbe católico por sus famosas pláticas o Conferencias predicadas de algunos años a esta parte por la Cuaresma en la catedral de Nuestra Señora de París. En la magnífica revista francesa intitulada *Estudios religiosos, históricos y literarios*, redactada por los Padres de la expresada Compañía, y en el cuaderno correspondiente a los meses de mayo y junio de 1863, publicó el ilustre jesuita un precioso artículo con este epígrafe: «El ateísmo a las puertas de la Academia».

Tratábase en Francia de cubrir una vacante de la Academia, y se presentaban dos candidatos: uno Mr. Littré, «conocido entre los sa-

²⁵ Michelet ... Quinet ... Sue, Proudhon y Mazzini: apellidos de diversos pensadores liberales; son el historiador Jules Michelet (1798-1874), el intelectual Edgar Quinet (1803-1875), el escritor Eugène Sue (1804-1857), autor de las novelas *Los misterios de París* y *El judío errante*, Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), filósofo político y revolucionario, y Giuseppe Mazzini, político y periodista italiano que luchó por la unificación de Italia.

bios por sus obras filológicas y célebre principalmente por su empeño de borrar, o por valernos de su expresión, de eliminar al alma y a Dios», y otro el conde de Carné, publicista, historiador y literato eminente, cuya fama no era por cierto menor que la de su competidor, aunque afiliado, según creemos, en la escuela liberal católica.

La cuestión fue ruidosísima; tanto, que el venerable e infatigable obispo de Orleans, señor Dupanloup, se vio obligado, cuatro días antes de la elección, a publicar un libro intitulado: *Avisos a la juventud y a los padres de familia acerca de los ataques dados a la religión por algunos escritores de nuestros días*, por el obispo de Orleans, de los Cuarenta de la Academia francesa.

Tomando el asunto desde el elevado punto de vista a que naturalmente le llevan la índole de su ingenio y su dignidad episcopal, el sapientísimo autor de este libro, sin descender por un instante siquiera a las miserias de las luchas de amor propio y de mezquinas rivalidades personales, convenía de anticristianismo, de materialismo y de ateísmo a cuatro escritores a la sazón muy en boga, a saber: Renan, Taine, Maury y el candidato de la Academia Mr. Littré.

Los partidarios de este, irritados con la oportuna embestida del obispo de Orleans, confundidos con la autoridad de que goza en Francia, no solo como escritor apologista y polemista católico, sino como castizo y eminente literato, tornaron a la arena, rehaciéndose como pudieron del golpe que los había dejado tan maltrechos y quebrantados, y con la furia de la desesperación y la vergüenza de la primera derrota arremetieron de nuevo proclamando la libertad en la Academia de la lengua, ni más ni menos que se proclamaba el ateísmo en el Estado, la ley atea, que es el mismo principio, aunque menos hipócritamente formulado que el de Cavour y Ricasoli: Iglesia libre en Estado libre.

«¡Cómo! —exclamaban—: ¡excluir de una sociedad literaria a un ateo, solo por serlo! ¡Pronunciar exclusiones académicas y anatemas literarios fundados, no en la forma, sino en la doctrina! ¿Es la Academia Iglesia por ventura? ¿Tiene acaso un símbolo de fe? ¿Tiene autoridad para lanzar excomuniones?». Y por ahí seguían declamando casi con las mismas frases huecas y campanudas con que se ha sostenido que el Estado no debe profesar religión alguna, que la ley debe ser atea, o lo que es igual, que el Estado debe romper todo vínculo con la Iglesia dejándola en la misma libertad que a las sectas, para quedar él completamente libre y exento de todo deber religioso.

Poco después de la contienda que terminó con la derrota de Littré, salió el Padre Félix con su artículo en los *Estudios religiosos*, demostrando que es imposible ser buen hablante francés no creyendo en Dios, ni en la espiritualidad del alma.

Proseguiremos esta materia que, sobre ser curiosa²⁶, nos parece más grave y trascendental de lo que algunas personas superficiales pudieran sospechar, y que de todas suertes conduce directamente a probar que el idioma es el termómetro de la civilización, punto de donde ha de arrancar la nueva prueba que vamos a presentar de la vida intelectual de España en tiempos del Santo Oficio.

II

«Tengo necesidad de la hipótesis de Dios para justificar mi estilo», decía un ateo francés; y el Padre Félix, que cita estas palabras, añade:

... ciertamente que el ateo tenía razón por esta vez, pues se sentía forzado a admitir en su lenguaje misma al Dios que negaba su pensamiento. Tan profunda es la huella que Dios y el alma han dejado en el trasparente tejido de nuestra lengua, que cualquiera que niegue a Dios o al alma queda reducido a la impotencia de hablar o a la impotencia de justificar su lenguaje.

El sabio jesuita lo demostró prácticamente, y tomando en una mano el *Diccionario* de la Academia francesa y en otra mano el *Diccionario* de Nysten, compuesto por Mr. Littré, comparó definiciones con definiciones, y vio que era imposible que quien hablase el idioma de Bossuet, de Fenelon, de Racine y de Corneille, que es el idioma de la Academia, pudiese entenderse jamás con los que tuvieran por guía el Diccionario de Littré.

Pongamos algún ejemplo.

¿Qué es percepción? Percepción, según la Academia, es la idea que produce en nosotros la impresión de un objeto. Percepción, según Mr. Littré, es el estado del cerebro, estado resultante de una impresión recibida por los nervios periféricos.

¿Qué es pensamiento? La Academia: la operación de la sustancia inteligente: solo los espíritus son capaces de pensar. Littré: pensamiento es la actividad general de todas las partes del cerebro, y es

²⁶ sobre ser curiosa: además de ser curiosa.

inherente a la sustancia cerebral, como la contractilidad a los músculos y la elasticidad a los cartílagos.

¿Qué es idea? La Academia: la noción que el espíritu se forma de alguna cosa. Littré: idea es el modo de actividad propio de cada parte del cerebro.

¿Qué es el hombre? La Academia: un animal racional; un ser formado de cuerpo y alma. Littré: el hombre es un animal mamífero de la familia de los bimanos, caracterizado taxonómicamente por una piel de vello o de pelo raro.

¿Qué es amor? La Academia: un sentimiento por el cual se inclina el corazón a lo que le parece amable, y cuya posesión desea. Littré: amor es un conjunto de fenómenos cerebrales.

Basta. Creemos que no se necesitan más ejemplos para demostrar el completo antagonismo que existe entre uno y otro idioma. —«¡Afuera!», exclamaremos con el Padre Félix, repitiendo las palabras que él pone en boca de la Academia: «¡Afuera el bárbaro que no hable francés! ¡Anatema al audaz que solicita entrar en este recinto ultrajando la gloria mayor de la Academia; la lengua francesa noblemente marcada para siempre con el sello del alma y de Dios; idioma que no hablará ni escribirá jamás en su nativa pureza, con su belleza original, quienquiera que niegue, negando el alma y a Dios, el genio de la humanidad y particularmente el genio de Francia!».

Mr. Littré fue, en efecto, despedido a la puerta de la Academia.

Ahora bien, si esto se dice con tanta razón de una lengua como la francesa, sobre la cual ha pasado el siglo XVIII, el siglo de la *Enciclopedia*, el siglo de Rousseau, Diderot, D'Alembert y Voltaire, el siglo de Condillac y Lamettrie; si esto puede afirmarse después de la Revolución francesa que principió en 1789 y no ha terminado aún; después de la jerigonza de los tribunos de la guillotina, después de las innovaciones del liberalismo, de la democracia y del socialismo, ¿qué diremos del hermoso y rico idioma castellano salido de las entrañas del catolicismo, martillado en el yunque de la unidad religiosa y perfeccionado con los magistrales toques del más acendrado espiritualismo, con esas para otros inefables delicadezas místicas, en que no hay estado del alma que deje de tener su nombre propio, matiz de sentimiento que carezca de dicción, afecto que no se exprese con gallardía, ni concepto subido que no pueda decirse con frase castiza, magnífica y feliz?

El habla castellana, amamantándose a los pechos de la religión católica, participa de su sangre generosa, de su inmortal sustancia, de su índole intolerante y al propio tiempo asimiladora y caritativa. Inflexible en la exposición de la verdad, libre en la variedad de la frase, armoniosa, rotunda y musical en la construcción de sus períodos; en su inflexibilidad nos está revelando que la teología y filosofía escolástica han impreso en ella el sello de la precisión y exactitud de la ciencia de Dios y de la metafísica; en su variedad de giros nos da noble muestra de la libertad cristiana; y, por último, en el número y cadencia que exige siempre a los períodos, bien a las claras manifiesta que no por hablar al alma desdeña el agrado y recreo de los sentidos.

Hay más: hablar con perfección el castellano es no solo irrecusable prueba de verdadero y sólido talento, sino de numen, de soberana y avasalladora inspiración. Hay en la poesía secretos de ritmo que solo conocen los que hoy llamamos genios, y solo perciben las almas privilegiadas, los hombres dotados de exquisita sensibilidad, de grande corazón. Pues bien, nuestra prosa está dotada del mismo misterioso encanto que la poesía. La inspiración del escritor español no solo se ostenta y patentiza en los conceptos, en los rasgos de ingenio, sino en la construcción gramatical, en los giros, en la frase, en la colocación, al parecer fortuita, de las palabras, en la gallarda disposición y desinencia gráfica de los periodos.

Un buen escritor francés tiene que ser esclavo de la gramática; un buen escritor castellano solo es esclavo de la verdad. Dentro de la verdad goza de cierta libertad amplísima, y el uso que de ella haga le caracteriza de escritor mediano o de escritor de primer orden. Las diosas de Virgilio se dejan conocer solo en cuatro pasos que dan; los genios españoles solo en cuatro frases que pronuncian. No hay autor más incorrecto y desaliñado, entre los de nuestro Siglo de Oro, que Santa Teresa de Jesús, ¿y quién puede leer una sola página de cualquiera de sus libros sin comprender que la Santa escribía inspirada?

¡Oh! Estos secretos resortes del romance, este modo misterioso y natural de mover los ánimos, sin poder uno darse cuenta a sí propio de por qué se mueven; esa fascinación de la frase, sencilla como una mirada y conmovedora como el toque que siente el corazón, están revelando, no hay duda, el sublime espiritualismo del idioma castellano, pues solo la espiritualidad puede producir tan íntimos, tan recónditos y, sin embargo, tan indubitables efectos.

¿Qué sería, pues, del romance robándole, no ya la idea de Dios y el concepto del alma, que eso sería arrancarle de cuajo las entrañas, sino arrebatándole ese encanto de la mística, esa quintaesencia del espíritu cristiano, que trasforma al habla de Castilla en un habla endiosada, embriagada con vino celestial, vivificada con el amor de Dios y al propio tiempo desfallecida a fuerza de vida espiritual, como aspirando en dulces desmayos y arrobamiento de los sentidos a más alta manera de expresarse, al idioma de los bienaventurados, a la lengua de los serafines, a la palabra única, al Verbo divino?

Nada más frecuente entre nosotros que exclamar en vista de los neologismos del lenguaje moderno: «—¡Oh, Cervantes! ¡Oh, Fray Luis de León! ¡Oh, Granada! ¡Si hoy resucitarais, al oír a nuestros oradores y al leer nuestros libros y periódicos, tornaríais desconsolados al sepulcro por no parecer extranjeros en vuestra patria!». Esta exclamación confirma la verdad de cuanto estamos queriendo persuadir a nuestros lectores. Ciertamente no tenemos en España un *Diccionario* de Nysten: no hay aquí un Littré, un ateo, un materialista que ose llamar a las puertas de la Academia española; no han pasado por nosotros, por el Estado, ni el socialismo, ni la guillotina, y, sin embargo, se confiesa que nuestro idioma sería ininteligible para nuestros escritores del siglo XVI.

¿Y por qué?

¡Por qué! ¡Ah! Las palabras son hoy casi las mismas que entonces; la gramática es igual; pero no es uno mismo el espíritu que informa al siglo de Santa Teresa de Jesús y a nuestro siglo. Y solo esta diferencia produce esa diversidad de rumbo en los razonamientos, de estructura en la frase, de armonía en los períodos; esa falta de encanto, de majestad, de serenidad apacible y de señorío completo en el conjunto. Fáltanos algo que está sobre las reglas escritas, porque solo puede escribirse en el corazón: fáltanos la sed que solo puede templarse en aquel vino espiritual con que se emborrachaban nuestros escritores místicos; fáltanos aquel incesante acudir a tomar el alimento del hogar; porque está averiguado que el pan ajeno puede gustar un día, pero que no hay pan que a la larga sepa como el de casa; fáltanos el pan partido por nuestra madre, que es el más sabroso y rico de todos los manjares, el que más nutre y conforta; el que más presto restaura las perdidas fuerzas.

Hace tiempo que nuestra literatura lleva la vida del hijo pródigo; hace tiempo que no ha probado la olla de casa; que vive de prestado

mendigando de puerta en puerta, llamando hoy a las de Francia, ayer a las de Alemania. Susténtase de despojos muchas veces corrompidos y emponzoñados, sin acordarse de que los brazos de la madre Patria siempre están abiertos para recibirla, y su despena abundantemente provista de los manjares y regalos que ha recibido del catolicismo.

Por eso dicen la verdad los que afirman que Granada y Fray Luis de León parecerían hoy extraños en su patria. Hijos de una misma madre, pero criados a sus pechos y en su dulcísimo regazo, apenas podrían reconocer por hermanos a los que, niños, han vivido con nodriza; jóvenes, se han educado a la francesa o a la inglesa, y adultos, no han podido saborear los manjares condimentados por manos de su madre.

III

Decía Carlos V que el inglés era lengua para hablar con los pájaros; el alemán con los caballos; el francés con los hombres; el italiano con las damas, y el español para hablar con Dios. Este juicio de persona tan imparcial y competente como el emperador de Alemania, que poseía todas las lenguas cultas de Europa y trataba con familiaridad a los grandes hombres de su gran siglo, más que a las condiciones eufónicas de los idiomas, puede, respecto del nuestro, aplicarse también a sus cualidades gramaticales y filosóficas que lo hacen el menos imperfecto de los modernos y el más propio y adecuado de ellos para hablar con la Divinidad; ora explicando en lo posible sus inefables atributos, ora anegando el corazón en el inmenso piélago de afectos que la caridad engendra en las almas que por el Sumo Bien anhelan y suspiran.

Porque acomodando, como debemos, nuestro estilo y lenguaje a la categoría y capacidad de las personas con quienes hablamos, y a la alteza y magnificencia del asunto que vamos a tratar, claro está que para pensar en Dios, inteligencia infinita, para hablar de Dios, bondad por esencia, o para conversar con Dios, en quien vivimos, nos movemos y somos, todas las lenguas del mundo son mudas y hasta los labios seráficos torpes y balbucientes, no existiendo, como no existe, otra palabra digna de Dios que la que Dios pronuncia en la eternidad engendrando al Verbo divino, Dios de Dios, lumbre de lumbre; porque en Dios es una misma cosa el ser y el comprenderse, como son igualmente una esencia misma el ser y el comprenderse y el amarse.

Si, pues, la lengua española es de todas las lenguas vivas la menos imperfecta para hablar con Dios y de Dios, no hay duda que debe de ser la más excelente de las modernas, la más propia de la criatura racional, la que presupone más esmerada y discreta cultura en la nación que por misteriosas combinaciones la ha formado, pulido y perfeccionado, más clara y elevada inteligencia, más abundancia viveza y suavidad de afectos, más riqueza y lozanía de imaginación. Porque al hablar con el Hacedor y Señor del hombre, todas las facultades del alma, todas nuestras potencias y sentidos deben pagarle tributo y rendirle pleito homenaje.

Las palabras representan ideas, que primero se han concebido que expresado, y es obvio que el pueblo de lengua más rica haya de ser el más acaudalado en conceptos y sentimientos, el pueblo de más vigorosa vida intelectual y afectiva, pues la perfección del artefacto, irrecusable testimonio será siempre del ingenio y habilidad del artífice.

Demstrar la excelencia de la lengua castellana analizando su estructura gramatical, su condición libre, su índole generosa, su aptitud para las ciencias, su facilidad para expresar todo linaje de afectos, comparándola con los demás idiomas cultos y vivos, sería impropio de este sitio, en el que bastan algunas indicaciones de tan preciosa cuanto inagotable mina, que otros más felices podrán explotar con holgura.

Detengámonos solo un momento a considerar nuestro romance en el orden puramente intelectual. Es la filosofía la primera y más subida de las ciencias humanas, y la metafísica el ápice de la filosofía. Sin metafísica no hay lenguaje filosófico ni rigurosamente propio y fijo; porque sin ella tartamudea el entendimiento, y en la más perfecta operación intelectual, titubear es dudar, y dudar es no saber. Última razón de las cosas y evidencia inmediata, que son el fundamento de la filosofía, implican contradicción con la duda, con la indecisión del juicio. La metafísica fija el concepto de las cosas, y por consiguiente, el valor y significado de las palabras. Cuanto más abundan en un idioma las dicciones metafísicas, o menos dificultad nos ofrezca en su organismo para expresar conceptos metafísicos, más propio será de criaturas racionales, más culto y mejor trabajado en el yunque de nuestra oficina intelectual.

Esta riqueza científica de una lengua no se ha de calcular ni estimar por la copia de voces técnicas que posea. «Me parece —dice Capmany— que debíamos distinguir dos lenguajes, o mejor, dos

diccionarios: el uno llamaré racional, que incluye el moral, y es el peculiar de cada nación; y al otro científico o técnico, que es común a todas cuando han de tratar unas mismas materias... La abundancia de la lengua francesa, comparándola con la española, no se ha de sacar de un término de relojería, mineralogía, tintura o peluquería, etc., ni de los que explican nuevas operaciones en artes que solo conocemos por los artefactos que compramos. Nuestra lengua admite estos términos siempre que carece de otros equivalentes, y su diccionario los adopta... La riqueza de nuestro diccionario usual y general nace del caudal propio de la lengua: caudal que no ha tomado prestado de otra vulgar, ni puede prestarlo» (*Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, Tomo I.)

El diccionario técnico, no vulgar sino científico, es general y común a todas las lenguas cultas, porque se compone de raíces griegas o latinas o de palabras greco-latinas, que, al acomodarse en los respectivos diccionarios, no hacen más que modificar la terminación, según la índole del idioma que las acoge. Tan francesas como turcas son las voces de *endocarditis* o *pericarditis*, y tan españolas como francesas en sus raíces, las de *geología*, *monografía*, *monolito*, etc., que respectivamente se componen de dos palabras griegas.

Pero ¿será posible, sin convertir en otra la gramática, que el verbo sustantivo *ser*, que en castellano no se confunde jamás con el auxiliar *estar*, dejen de confundirse a cada paso tanto en francés como en italiano? Pues este solo privilegio constituye de suyo uno de los más preciados timbres filosóficos de nuestra lengua.

No menor es por cierto nuestro artículo neutro aplicable a los adjetivos sustantivados, con que facilísimamente y sin esfuerzo alguno ni menoscabo de la claridad elevamos el pensamiento de lo particular a lo universal, de lo concreto a lo abstracto, de lo relativo a lo absoluto.

Y esta facultad de convertir el lenguaje a las más altas regiones de la filosofía, no se circunscribe meramente a los adjetivos, sino que, hasta cierto punto se extiende a frases enteras; comoquiera que con igual desembarazo y propiedad hacemos de *el santo* *lo santo*, como decimos: *lo que se ha de creer*, *lo que se ha de obrar*, etc.

Nosotros tenemos, además del nombre sustantivo *ser*, el de *ente*; además de esencia, sustancia, con todos sus derivados, en cuyo acertado uso se prueba y aquilata la fineza de estilo filosófico: nosotros sacamos a manos llenas todo el tesoro escolástico de la lengua latina,

sin que ni la teología, ni la filosofía nos nieguen y escatimen sus conceptos, ora macizos, ora delicados y sutiles; nosotros gozamos la facultad de sustantivar verbos y de convertir a veces en verbos los sustantivos, y poseemos veneros de verbos frecuentativos e incoativos que tanto agilitan²⁷ una lengua para expresar las ideas parciales y secundarias.

Hase tenido por atrevida innovación de Kant el convertir en nombre sustantivo el pronombre personal *yo*, cosa al parecer tan peregrina que dio cierto renombre a la filosofía alemana, caracterizada y conocida por *filosofía del yo*. Pues bien: dos siglos antes de Kant y de Fichte, fue usada gallardamente esta licencia por nuestros escritores más castizos.

Léanse los siguientes pasajes del maestro Alejo Venegas, escritor del primer tercio del siglo XVI:

No le aprovechará más al christiano el nombre de christiano sin las obras por el tal nombre significadas, que aprovecharan las letras deste vocablo *pan* al hambriento. Reírnos iamos, y con mucha razón, de este hombre hambriento... y no echamos de ver a los que presumen hartar la hambre y sed que tienen de Dios con solo el nombre de christianos engastonado en tetrarcas y reyes, vándalos y godos... queriendo hacer caudal de su yo... La humanidad sacratísima de Christo dende el primer instante de su concepción hincó la rodilla con tanta reverencia delante de la divinidad, que tomó en unidad de persona, que en lugar de cortesía y acatamiento que a la divinidad hizo, se quitó el yo de la persona que fuera, si no fuera subpositada y personada con el Verbo divino. Y con toda esta reverencia que la humanidad hace a la divinidad, hay algunos miembros que presumen tanto de sí y de su yo, que en este mundo se tienen por más hombres por ser la imagen de Cesar que de la imagen de Dios (*La agonía del tránsito de la muerte*, cap. VII).

Ni fue solo este autor quien hizo discreto uso de tamaña licencia. Santa Teresa de Jesús dice en las *Exclamaciones* o *Meditaciones*: «No me castiguéis en darme lo que yo quiero o deseo, si vuestro amor (que en mí viva siempre) no lo deseare. Muera ya este yo, y viva en mi otro que es más que yo, y para mi mejor que yo, para que yo le pueda servir».

²⁷ *agilitan*: lo mismo que *agilizan*.

Gramaticalmente considerado, el *yo* de Kant, Fichte, Schelling y Hegel, es el mismo *yo* de Venegas y Santa Teresa de Jesús: es el pronombre con que se explica la primera persona, convertido en nombre de esa persona; es el hombre, no como naturaleza abstracta o humanidad, sino como ente individual, como persona que siente y piensa. Pero en la aplicación filosófica y moral de la palabra, ¡qué inconmensurable distancia hay entre el *yo* castellano y el *yo* alemán! Es el abismo que media entre la soberbia y la humildad, entre la verdad y el error, entre la filosofía católica y la miserable filosofía racionalista.

En cuanto a la docilidad de nuestra lengua en la expresión de los afectos, no hay más que hojear los autores místicos, y particularmente aquellos que, como Santa Teresa y San Juan de la Cruz, no solo no limaban el estilo, sino que lo desdeñaban y no lo tenían en cuenta, reputándolo por cosa vana y terrenal; no hay más que hojearlos, repetimos, para comprender hasta qué punto de sublime afectuosidad podía subir un corazón que volaba con las alas del amor divino y se derretía en el fuego de la caridad. Este fuego, purificando el alma, acrisolaba el idioma por tal manera, que ningún otro puede expresar con tanta vehemencia y verdad lo que sentían aquellos corazones endiosados, que reventaban en palabras de ternura incomprensibles en otra lengua que en la lengua de Castilla, inventadas por serafines más que por hombres.

Tan cierto es esto, y tan claro es además que esta libertad de la inspiración dentro de los límites de la índole del idioma se comunicó a este, llegando a ser corriente y vulgar, que ninguno de nuestros buenos hablistas, ora místicos, ora profanos, es traducible a lenguas modernas extrañas. Cervantes y Santa Teresa, Quevedo y San Juan de la Cruz, ¿qué son en otro idioma que el español? Sombra del original. Quedarán norabuena más correctos, pulidos y tersos en la traducción; pero menos elocuentes y expresivos. Serán otros, que no ellos: su cadáver, no su persona.

Y esta insuperable dificultad de traducir a nuestros autores, no es la común del estilo, que al fin pudiera vencerse por un traductor de igual ingenio que el escritor original: es la materialmente insuperable de la gramática y del diccionario, contra los cuales tiene que estrellarse el talento más privilegiado, cuya desesperación es el más vivo testimonio de la excelencia de nuestra lengua bien manejada por nuestros autores de los siglos inquisitoriales.

IV

Hemos visto que la lengua castellana por sus cualidades esenciales, y condiciones propias, esto es, por su riqueza metafísica, por su abundancia y finura afectivas y, sobre todo, por su peculiar libertad de construcción gramatical, piedra de toque de los buenos hablistas, como el estilo es la del escritor elocuente; lleva en sí la prueba de la vigorosa y lozana vida intelectual de nuestro pueblo. Ahora nos falta patentizar esta misma verdad por los hechos, por la historia del idioma.

Al efecto seguiremos a Capmany (de quien ya hemos tomado algunas especies), en sus *Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana*. Alboreaba esta en el siglo XI, en cuya época ni los legos entendían el romano de los libros, ni por el de estos se podía conocer el romance del habla común. En tal estado el Santo Rey don Fernando quiso ennoblecerla con la versión del *Fuero Juzgo*, ordenando igualmente componer las leyes de las *Siete Partidas*, que su hijo don Alfonso X concluyó en 1260. Debe, pues, nuestra lengua su fomento, existencia y uso público a San Fernando, siendo muy raras las escrituras que se pueden citar en vulgar anteriores a su reinado.

Acerca de Alfonso X todos los historiadores convienen en los grandes servicios que prestó a la lengua patria con la terminación de las *Partidas* y la formación del *Fuero Real* y otras muchas obras de legislación, de historia, de ciencias naturales, de filosofía y poesía que le granjearon el sobrenombre de Sabio, que la posteridad con harta justicia le ha conservado. Él mandó que se extendiesen en romance los instrumentos públicos que hasta entonces solían escribirse en latín; y la lengua vulgar, por él manejada, progresó tan admirablemente que, asombrados al contemplar su raudo y remontado vuelo, algunos críticos creen inverosímil ascensión tan atrevida, y en ella se fundan para dudar de la autenticidad de las obras que más irrecusablemente la demuestran. Como si pecho y alas de águila hubiesen de medirse por los de las moscas. No debe olvidarse, sin embargo, que el plan y cimientos de tan glorioso monumento se deben al Santo Rey conquistador de Sevilla.

En aquella época, según escribe Capmany, ninguna lengua de Europa había alcanzado una forma tan pulida, bella y suave como la castellana, pues en ninguna se escribió en tan diversos géneros de

prosa y metro. San Luis, rey de Francia por aquel mismo tiempo, formó sus *Establecimientos* u ordenanzas civiles; más en romance tan desaliñado y anticuado, que no solo su lectura es hoy difícil, sino que hasta su sentido se ha hecho casi incomprensible a los franceses mismos.

Constantemente llevamos a Francia la delantera en el idioma. Pero ¿qué mucho²⁸ si en este punto nadie puede disputarnos la primacía en Europa?

Nuestro romance, como hemos visto, principió a formarse en el siglo XI, uno por lo menos antes que el romance francés. Nadie nos había precedido en la formación de un código de leyes tan completo y acabado como el visigodo; nadie tampoco en la versión de esta clase de colecciones legislativas al idioma vulgar. Las ordenanzas civiles de San Luis de Francia necesitan intérprete: nuestras *Partidas*, no obstante de contar la misma antigüedad, tienen un lenguaje que guarda aun tanta conformidad con el moderno, que el más rudo amanuense de abogado sin dificultad alguna penetra su sentido. El dialecto de Joinville, de Villehardouin, de Monstrelet, Brantome, Froisart, etc., es el más auténtico testimonio de la grosería y dureza del francés de los siglos XIII, XIV y XV, y no admite comparación, si sucesivamente vamos parangonándolo con el del *Poema del Cid*, y los de Gonzalo de Berceo, Juan Lorenzo, Alfonso el Sabio, el arcipreste de Hita, el marqués de Santillana, Juan de Mena, Jorge Manrique, y con el de los prosadores de las *Partidas*, del *Conde Lucanor*, de las *Crónicas*, del *Centón Epistolario*, de la *Visión deleitable*, de los *Claros varones de Castilla*, del *Tratado de Providencia*, de la *Celestina*, y de otras cien obras que fuera prolijo enumerar.

Desde el reinado de Francisco I principió el francés a tomar una forma más culta y suave; pero continuó en los dos reinados siguientes con tanta languidez y desaliño, que con propiedad no se podía llamar lengua perfecta, ni hasta fines del reinado de Luis XIII empezó a percibirse en ella rastro alguno de armonía, nervio y precisión. Pues bien, ya para entonces el romance castellano había alcanzado su más alto grado de lucimiento. El período de que hablamos principia en 1559 y concluye en 1643; comprendiéndose en él precisamente el Siglo de Oro de nuestra literatura. El gran siglo literario de Francia comienza en Luis XIV, cuando desaparecía el de España, siendo in-

²⁸ ¿qué mucho...?: '¿qué tiene de extraño?'.

dudable que hasta entonces la lengua francesa había caminado a la zaga de la española.

Acerca de las demás naciones europeas, dice el mencionado autor: que cuando la Italia en el siglo décimo sexto empezó a cultivar su lengua con las composiciones prosaicas de sus más acreditados oradores, los españoles contaban mayores adelantamientos en este género; que cuando los franceses eran todavía toscos y descuidados sin haber alcanzado el gusto y arte del bien decir, la elocuencia española empezaba a declinar ya y corromperse; que cuando Inglaterra apenas podía contar dos o tres escritores elegantes, España había más de un siglo que gozaba de la más alta reputación por el número y mérito de sus elocuentes autores; que Portugal la imitó como buena vecina, más en sus vicios que en sus virtudes del arte del bien decir; y que Alemania, cuando España iba perdiendo el buen estilo y lenguaje, aún no había cultivado su lengua vulgar, ni dado a luz una producción que mereciese ser leída por su elegante expresión.

En resumen: ninguna de estas naciones tiene en el siglo XII un poema en lengua vulgar como el del Cid; ni a principios del siglo XIII un escritor como el monje Berceo, ni un código en romance como el *Fuero Juzgo*, cuya versión, aunque de incierto tiempo, no puede ser posterior al año 1250; ni desde esa época a la de 1284, las *Partidas* y demás obras en prosa y verso de Alfonso el Sabio. Dante escribía a fines de este siglo y principios del XIV; Petrarca y Boccaccio mucho después; Isabel de Inglaterra es posterior a los Reyes Católicos y Carlos V; Luis XIV a Felipe II. Por consiguiente, si la formación, cultura y pulimento de una lengua es prueba de la civilización popular, la historia de nuestro romance demuestra con plena evidencia que el pueblo español es más adulto en su vida intelectual que el pueblo francés, inglés, alemán e italiano.

Pero aún hay otro hecho histórico que confirma nuestro aserto, haciéndonos ver al propio tiempo el secreto y la índole de esta civilización.

Investigando los orígenes de la lengua castellana, nos encontramos a los primeros pasos con el idioma árabe, de donde tomó aquella no solo multitud de palabras, sino también parte de su condición groseramente sensual. A los árabes puede con todo rigor aplicarse lo que tomado de San Agustín aplica el Padre Félix a los escritores modernos: «El hombre, que debía ser espiritual hasta en su carne, se ha vuelto carnal hasta en su espíritu». —*Qui futurus erat in carne spiritualis,*

factus est in mente carnalis. Pues bien, nuestra lengua se perfeccionó desprendiéndose poco a poco de esta grosera corteza del sensualismo musulmán, informándose más y más del espíritu católico, y haciendo con todo resabio de voluptuosidad oriental lo que el cristianismo hizo con el latín pagano: purificarlo en el fuego de la caridad y sahumarlo, por decirlo así, con incienso.

Tal era el empeño de Fray Luis de León cuando intentaba con feliz éxito, para hablar de Dios en romance, poner en la lengua número, levantándola del decaimiento ordinario; este el de Fernando de Herrera, cuando escribía: «Los italianos, hombres de juicio y erudición, y amigos de ilustrar su lengua, ningún vocablo dejan de admitir sino los torpes y rústicos; mas nosotros olvidamos los nuestros, nacidos en la ciudad, en la Corte, en las casas de los hombres sabios, por parecer solamente religiosos en el lenguaje, y padecemos pobreza en tanta riqueza y abundancia». Esto procuró hacer el mismo Herrera en la poesía, siguiendo las huellas de Juan de Mena, hasta tal punto que, si hubiese tenido imitadores, nuestra locución poética nada tendría que envidiar hoy a la italiana, superior a la de todas las naciones modernas; esto consiguió Fray Luis de León en la prosa, a fuerza de arte, de ingenio y de recto espíritu católico; y esto, por último, sin arte, pero con soberano ingenio, y sobre todo, con un amor de Dios que con nada se hartaba, que todo lo veía y penetraba, y que santificaba cuanto veía; esto hicieron San Juan de la Cruz y Santa Teresa, para hablar de lo inefable, y pintar lo indescriptible, y hacer sentir lo que sobrenaturalmente se siente y humanamente no puede salir del corazón a los labios, apelando con libertad de espíritu a todo lenguaje, desde el más culto al más familiar, vulgarizando aquel y ennobleciendo este, haciendo espiritual hasta lo carnal y místico hasta el sensualismo que habíamos tomado de los árabes.

Así se explica cómo *emborracharse* es un vocablo nobilísimo en los escritos de estos bienaventurados, para quienes la embriaguez era poco expresiva; así se comprende cómo el *robar*, el *arobo* y *arrobamiento*, el *desenfrenamiento*, el *aparejar*, el *adobar* y otras cien dicciones cuya primitiva acepción es tan poco espiritual, se convierten en boca de nuestros buenos escritores en palabras que abrillantan el estilo más levantado.

Muy al contrario de lo que acontece con los escritores modernos que insensiblemente van tornando al sensualismo, y en los cuales, como observa el mismo Padre Félix, a pesar de su afectación de mis-

ticismo, de su culto a lo ideal y de sus aspiraciones a lo infinito, se deja ver el sensualismo que se abre paso bajo el disfraz de un espiritualismo engañoso. Tan cierto es que los siglos pasan por los idiomas vivos dejando en ellos su espíritu como la culebra deja la piel al pasar por entre las peñas; y que no podemos comprender nuestra civilización en tiempos del Santo Oficio, ni la parte que en ella tuvo el espíritu católico de nuestros padres, sin conocer las modificaciones, vicisitudes y excelencias de la lengua castellana, así como no podemos tener barómetro más seguro para saber el descenso moral de nuestros tiempos que el miserable decaimiento de esa misma lengua.

V

En los reinados de Carlos V, de Felipe II y Felipe III, llegó la lengua castellana a su máxima perfección; y pudiendo considerarse esta gloriosa época como el periodo de tiempo en que ejercía omnimoda influencia el tribunal del Santo Oficio, hay que deducir forzosamente la consecuencia de que esta católica institución no detuvo los progresos del idioma.

En efecto, desde que la Inquisición fue establecida por los reyes don Fernando y doña Isabel como tribunal permanente, parece como que a porfía se esmeraron el ingenio y el valor de los españoles por engrandecer e ilustrar la patria que acababa de recibir aquel sello de catolicismo. Concretándonos al habla vulgar, sus progresos desde el siglo XV al XVII fueron admirablemente rápidos. El romance estaba formado antes de los Reyes Católicos; pero carecía de gracia, de fluidez y dulzura, y sobre todo de precisión y propiedad en la dicción. Ya hemos visto que Juan de Mena intentó crear un lenguaje poético más culto y desembarazado; porque, a la verdad, se arrastraba con pesadez en boca de los cortesanos de don Juan II, al lado de cuyos poemas y certámenes poéticos corría más suelta y noble la prosa del bachiller de Ciudad Real, la de Fernán Pérez de Guzmán, de Fernando del Pulgar y mosén Pedro de Valera. Este empeño del autor de las *Trescientas* nos hace ver que todavía en su tiempo no se había fijado el idioma, y que unos cuantos escritores de primer orden podían haberlo dirigido felizmente por un rumbo determinado, aunque fuese contrario a la corriente vulgar.

Pues bien, cincuenta años después de establecida la Inquisición, la empresa hubiera sido temeraria y loca, como lo fue más tarde en

manos de Góngora y los cultos; prueba evidente de los progresos que para entonces había hecho el romance. En efecto, Granada, León, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Cervantes, Rivadeneira, Estella, Mendoza, Fuentemayor, Acosta, Mariana, Yepes, Sigüenza, Malón de Chaide, Zárata y otros cien escritores más de los tiempos inquisitoriales, mostraron que la lengua no podía ser ya más sublime y afectuosa en la expresión del sentimiento, más rápida y vigorosa en las sentencias, más rica, varia y pintoresca en las descripciones, ni más precisa y exacta en la exposición de la doctrina.

Esta prueba negativa del influjo del Santo Oficio en la perfección de la lengua castellana nos parece concluyente; pero aún podemos presentar argumentos directos y positivos que confirmen nuestro aserto.

A primera vista parece que un tribunal establecido para conservar en nuestro pueblo la pureza de la fe nada tuvo que ver con la precisión y gallardía del idioma; más a poco que se reflexione en que la fe no ha de quedar oculta en el entendimiento, sino que ha de manifestarse exteriormente por medio de la palabra, nos convenceremos de que el Santo Oficio no podía menos de cuidar con esmero, cumpliendo en ello el principal deber de su instituto, de que la palabra religiosa y sobre todo la teológica y dogmática fuese propia, precisa, rigurosamente técnica. Y como de la teología depende la metafísica, siendo como es esclava de la ciencia de Dios, la vigilancia del Santo Oficio debía extenderse naturalmente al lenguaje filosófico. De aquí esa flexibilidad que hemos notado en nuestro idioma para expresar todo concepto metafísico; de aquí esa facilidad de tomar de la lengua latina, que es el idioma oficial, por decirlo así, de la religión en las regiones occidentales, toda palabra necesaria para expresar ideas teológicas y escolásticas.

Pero hay más: el influjo de la Inquisición en el lenguaje no se circunscribía meramente a la exposición del dogma, sitio que se extendía a la moral, comoquiera que esta sea una parte esencialísima de la teología. Influyendo la Inquisición en la propiedad del lenguaje teológico moral, había de influir incontestablemente en el decoro y decencia de la frase. Libros, en efecto, que se sometían a la censura eclesiástica no podían pasar sin corrección y expurgo, si el censor veía en ellos algo que ofendiese a la moral y a las costumbres. El escritor que se sometía a la corrección había de procurar en lo posible no ser corregido, y para ello tenía que adquirir el hábito de la cultura y decen-

cia. Este hábito, común a todos los escritores, poco a poco había de hacerse general y descender del escritor al lector, y del lector al vulgo. ¿No se está aquí viendo la influencia directa, positiva e inmediata del Santo Oficio en el pulimento y perfección del habla castellana?

Los hechos lo comprueban además. Por efecto de la sencillez de costumbres y de la falta de cultura, nuestros escritores del siglo XV, particularmente los autores de obras de imaginación, abundan en expresiones groseras, hoy chocantes e indecorosas; pues bien, esta falta fue desapareciendo poco a poco, y al lenguaje sensual y lúbrico de nuestros novelistas y poetas del siglo XV sustituyó el más limpio y aseado de nuestros dramáticos, así eucarísticos como profanos. Si algún resabio les quedó de la antigua grosería, más que a malicia debe atribuirse a candidez; pues, por lo demás, aun el lenguaje amatorio, a fuerza de ennoblecerse, adoptó una forma de sutileza platónica que no pocas veces perjudica a la naturalidad de la expresión y al verdadero sentimiento. Este, por lo regular, hay que buscarlo en los autores místicos más que en los profanos; porque aquellos calentaban la dicción y el estilo al fuego del amor divino, y derramaban el corazón sin miedo de perderlo y de mancharlo, y estos, temiendo enlodarse con el deleite terrenal, se remontaban a las esferas de lo ideal y se perdían en lo conceptuoso.

El influjo de la Inquisición en la perfección del habla castellana se ve palpable en los dramas sacramentales y en las canciones y demás poemas sagrados. Sin una autoridad que constantemente vigile por la pureza de la fe, es imposible que en metro y en idioma vulgar se escriba con tanta agilidad como precisión, con tanta abundancia y soltura como propiedad sobre materias en que, no usando el vocablo propio y técnico, se expone uno a decir lo que no debe y a hablar, o con vaguedad o con error. Los conocimientos, tanto teológicos como filosóficos, eran generales; pero esta sabiduría común, suficiente para la inteligencia del escrito, no bastaba para la propiedad con que debe expresarse el escritor; y cuando vemos que el poeta de los autos sacramentales, venciendo la dificultad del metro y del consonante, trataba los más sublimes y delicados puntos de teología, como pudiera hacerlo un catedrático de prima que compusiese en latín, tenemos que reconocer la mano del Santo Oficio, que revisaba y corregía todas estas obras.

Estimulados los ingenios por esta censura, se esforzaban en no dar lugar a ella, para lo cual no tenían más remedio que estudiar y aguzar

el entendimiento enriqueciendo la lengua, embelleciéndola con palabras y giros latinos, haciéndola cada vez más culta, decorosa y elegante.

Es indudable, pues, que la Inquisición, lejos de haber puesto obstáculo alguno a los progresos del habla castellana, contribuyó eficazísimamente a la perfección que alcanzó en su tiempo; y siendo asimismo evidente que en la construcción gramatical de esta lengua hay una libertad íntima que habla al corazón lisonjeando al propio tiempo los sentidos, resulta igualmente demostrado que la censura inquisitorial en nada absolutamente daña a esta libertad que responde armónicamente a la del espíritu. Tan cierto es, que el catolicismo es el único amigo de la verdadera libertad, y que esta anida siempre en el seno de toda institución católica, sin excluir la del Santo Oficio.

DE LA TEOLOGÍA POPULAR²⁹

Hemos dicho que una de las pruebas más palmarias y concluyentes de que los conocimientos teológicos eran vulgares en España, la suministraban los autos llamados sacramentales, y nos hemos comprometido a demostrarlo; pero antes de justificar nuestro aserto, creemos necesario dar al lector alguna idea de este género de composiciones.

Cuando consideramos que los autos han sido el espectáculo más popular en nuestra Península durante los siglos XVI y XVII y parte del XVIII, un acontecimiento singular y característico de la nación española, y tan propiamente suyo que en ninguna otra ha tenido siquiera imitadores, que ha influido poderosísimamente en el descubrimiento de su inteligencia, en sus costumbres y civilización, sentimos cierto empacho al dirigir a los lectores españoles esta pregunta: ¿qué son los autos sacramentales? Porque, a la verdad, no solo las personas literatas, sino las menos ilustradas debieran contestarnos ofendidas de que se pusiese en duda sus especiales conocimientos en la materia.

Y sin embargo, no es así. Los autos sacramentales que subsistían en España hace poco más de un siglo ya no se representaban en ninguna parte, ni siquiera se leen por la generalidad de los hombres estudiosos; los escritores que los mencionan hablan de ellos casi de oídas; costaría

²⁹ Serie de artículos publicados en *El Pensamiento Español* los días 19, 20, 22, 28 y 29 de diciembre de 1866. Aquí reproduzco solo su artículo segundo.

trabajo hallar rastros de estas obras en las tradiciones populares que aún subsisten, y solo algún curioso aficionado a libros viejos, algún erudito historiador de nuestro teatro, algún cura de aldea, conoce hoy, no todos nuestros autos, que eso es materialmente imposible, sino tal cual parte de ellos, los de Calderón, por ejemplo, que se han impreso en colección, y alguno que otro de Lope de Vega y demás autores sacramentales. Tan completo es el vuelco que han dado las cosas de cien años a esta parte.

Preguntemos, pues, sin miedo de ofender a la generalidad del público, preguntemos con el eruditismo, elocuente y malogrado redactor de *El Pensamiento Español*, de cuya robusta voz tienen que ser humilde eco nuestro artículos, qué son los autos sacramentales, para definirlos con él: obras dramáticas en un acto, escritas en loor del misterio de la Eucaristía; farsas que por lo regular se celebraban el día del Corpus y sus Octava, primero en la iglesia, luego al aire libre, y más tarde en el teatro, explicando y celebrando el adorable misterio del Sacramento del Altar; y si se atiende a que en su representación entraba por mucho la música vocal e instrumental, alternando con la declamación, pudiéramos llamarlas zarzuelas místicas o melodramas teológicos.

Es posible, es más que probable que alguno de nuestros lectores se haya removido ya con inquietud en su asiento al ver esta explicación de los autos sacramentales. ¡Cómo! —exclamará—, ¡el misterio más profundo del amor divino, lo más santo y adorable que existe bajo los cielos, el Santísimo Sacramento del Altar, llevado al teatro, representado en farsas, explicando a modo de zarzuelas, por boca de comediantes, por texto de poetas! ¡Qué horrible profanación!, ¡qué escándalo!

El lector que en estas o semejantes exclamaciones profiriese, con bonísima intención, con envidiable celo por la santidad con que se han de tratar siempre las cosas santas, se haría eco inocente, pero tristísimo y aun lastimoso, de los aspavientos y declamaciones de los protestantes y filósofos a la moderna, que se levantan unánimes para censurar nuestra rancia y castiza costumbre de los auto sacramentales. No hay dicterio que no se le haya dirigido, nunca han parecido demasiado fuertes las frases que se les han aplicado.

¿Por qué es?

Téngase en cuenta que aunque nosotros no solo administramos, sino que aplaudimos con el entusiasmo de nuestros abuelos esas farsas

eucarísticas de los siglos inquisitoriales, no teníamos por qué aprobarlas ni desaprobarlas, ciñéndonos meramente a nuestro propósito de presentarlas como una prueba de la educación, de la sabiduría teológica del pueblo español en aquellos tiempos. Pudieran ser inoportunas, inconvenientes y hasta repugnantes, y probar, sin embargo, tomadas como documentos históricos o monumentos arqueológicos, que el pueblo que las entendía o las componía era docto en la ciencia de Dios, por más que fuese deplorable el uso que de ella hacía. Pinturas y estatuas nos han quedado en Pompeya y Herculano que patentizan el uso infame que de su talento artístico hacía la *bella antigüedad*, pero que, sin embargo, no pueden recusarse como testimonio de la disposición de los antiguos para las artes.

Pero, francamente, no podemos menos de sospechar, al ver a protestantes y enciclopedias revolverse furiosos contra los autos españoles, que su pluma se mueve menos por pasión literaria que por antipatía religiosa, y que hay en esas composiciones algo que les duele y le escuece y les llega al alma, como sectarios, como enemigos más o menos encubiertos del catolicismo.

El Sr. Pedroso, con la perspicacia de su agudo entendimiento y la seguridad de miras de su acendrada religiosidad y patriotismo, ha descubierto el secreto de las iras filosóficas contra los autos sacramentales. Oigámoslo de sus labios:

Revisten de extraordinaria importancia el primer periodo (de los autos sacramentales) los profundos cambios introducidos en Europa por el advenimiento del protestantismo. Aunque hoy esté juzgada definitivamente su causa, no es inútil retroceder con el pensamiento a aquella gran rebelión, para conocer los efectos que hubo de producir en el espíritu de nuestros antepasados. Sorprendíalos desde el Norte el clamor de los novadores, precisamente cuando, a fuerza de constancia, acababan aquéllos de acorrallar por el Mediodía a la secta de Mahoma. Los que unidos habían consumado maravillosas empresas, oían predicar la división entre naciones y familias hermanas,; veneradores de autoridad, veían elevarse a doctrina la desobediencia; hijos de la iglesia, mirábanla abofeteada por manos que de su amor habían recibido misión de perdonar y bendecir, habíanlo, en fin, pospuesto todo a su deber, y contemplaban con pasmo sacrificada la misma fe católica a la proclamación de derechos, no en mejor base fundados que en altivas pasiones y viles apetitos. Y la voz del despechado fraile que tales cosas predicaba y hacía, llevando a su manceba de una mano y empuñando con la otra la *santa botella*, no enmudecía

ahogada por un grito de execración universal; que antes bien; según iba sonando claustros y presbiterios, palacios, alquerías y talleres, echaban de sí, como obedientes a un conjuro, ejércitos de gente ansiosa de batir el alcázar del catolicismo, con la espada y con el cetro, con el hacha y con la tea, con la lengua y con la pluma. Clausuras rotas, templos violados, apóstatas laureados, santos perseguidos; transferido el pontificado a los poderosos, el imperio a los audaces, el doctorado a niños y mujeres; escarnecida la castidad y condecorada la rapiña, erigida la envidia en agente social y la soberbia en fuente de toda virtud; esto encontró España cuando, arreglados sus negocios interiores y cumplida su parte en la obra de la civilización, volvía por primera vez la vista a Europa, como torna a sus amigos, después de larga ausencia, el que, por salvar intereses comunes, acudió a sostener y acertó a ganar sangrientas batallas.

Poderosamente tenía que influir sobre las costumbres populares, y en particular sobre los espectáculos religiosos, aquel inmenso trastorno, bien que se ejerciese por muy diferentes caminos su destructora acción, según era vario el estado de los pueblos a la que alcanzaba. Viéronse entonces expulsas de la protestante Inglaterra las representaciones sagradas, por favorables al catolicismo, mientras que Francia, nación dividida en banderías religiosas bajo el gobierno de un monarca católico, dictaba la propia prohibición, alegando ser opuestos los dramas sacros al decoro de la religión verdadera. Y así como adoptó rumbos contradictorios la influencia reformista en pueblos disidentes, y en los que, aun guardando fidelidad padecieron contagio herético, de la propia manera produjo en España consecuencias adecuadas al estado de esta nación y lógicamente deducidas de la índole de sus sentimientos y tradiciones. En un pueblo, no solamente libre de herejías, sino constituido por la fe católica, y con ella identificado política, social y moralmente, gracias a un prolongado trabajo, cabría que la sarcástica o rabiosa gritería de gente que se alzaba, acusando de corrupción al cristianismo, modificase aquellas espontáneas manifestaciones a que hasta entonces se había abandonado sin escrúpulo su candorosa piedad; pero no era preciso que acabase con ellas. Por el contrario, la súbita explosión de tantas blasfemias y ataques contra sus prácticas más queridas y sus dogmas más venerandos, a tiempo en que los presentaba España al amor y agradecimiento de toda cristiandad, triunfantes de sus adversarios naturales, a costa de indecible fatiga, debió provocar en nuestros antepasados una recrudescencia de afectos que acarrase mil demostraciones externas, ya como actos ostensibles de fe, ya como públicos desagravios de las ofensas hechas a la majestad del cielo. Ceder, pues, algún tanto a miras de conveniencia y tomar amplias represalias de tales concesiones, enfervorizándose con nueva energía e insistiendo con mayor tenacidad en su antiguo espíritu, era para nuestras representacio-

nes sagradas un resultado tan natural de la reforma como lo había sido abolir aquellos espectáculos en otros territorios.

Cuando la nueva que Lutero y Calvino osaban negar, aquel la transubstanciación y este la presencia real de Jesucristo en la Hostia consagrada, llegó a oídos del católico pueblo español, era tan su fe, su piedad y devoción, que se irritó contra la más horrible de las blasfemias, se sintió profundamente conmovido, y casi casi, hasta personalmente ultrajado. No nos podemos hoy figurar hasta dónde llegaba la fe de nuestros mayores; fe cuyos ojos eran más claros que los corporales; fe que engendraba una santa, una inefable familiaridad entre Dios y aquel pueblo que propiamente se consideraba como suyo; pueblo criado con dios, nacido para Dios y dispuesto a perder mil vidas por la causa de Dios, a quien veía en el altar como si cara a cara lo estuviera contemplando en la eterna bienaventuranza. La Inquisición era poco para ese pueblo; las guerras religiosas contra los herejes no le bastaban; necesitaba combatir y protestar contra la herejía, hasta en sus diversiones, en sus mismos ratos de solaz y esparcimiento. Desde entonces, todos los autos que antes eran simplemente religiosos se convirtieron en sacramentales o eucarísticos. No hubo ya uno que no lo fuese. Cada *cascabel*, se decía, *es un silogismo contra los herejes*. Dramas eucarísticos pedía a voces en todas partes aquella nación entusiasta, con el entusiasmo más santo que cabe en el corazón del hombre, con una especie de locura angelical. Autos sacramentales se representaban con magnífico aparato en la plaza de la villa de Madrid; los mismos autos delante de los Consejos y de la Inquisición, y no bastando ocho días de autos, se repetían luego en los corrales de comedias, y allí no se hartaba de verlos el público madrileño que en calles o en plazas los había visto.

Autos se hacían a porfía y generosa competencia con la corte, en Sevilla, Zaragoza, Barcelona y principales ciudades de la monarquía. Autos en las poblaciones de segundo y tercer orden, y ¿qué más?, compañías de cuatro o cinco personas miserablemente retribuidas llevaban los autos a las más insignificantes aldeas.

Casi podía considerarse como renglón obligado de todo presupuesto municipal una cantidad para los autos. Nunca se ha visto, ni acaso se vuelva a ver, espectáculo más popular, más deseado ni más fervorosamente aplaudido. Las corridas de toro son hoy débil reflejo de la afición del pueblo español a los dramas eucarísticos. ¿Quién en

vista de eso puede acusar a Carlos V y Felipe II de haber llevado al pueblo español, fuera de su patria, a combatir contra los herejes que blasfemaban contra el Santísimo Sacramento del Altar? ¿Era posible contener a una nación que tan enérgicamente protestaba contra la herejía? ¿Quién, en vista de eso, no concibe la inmensa popularidad de la Inquisición? ¿Quién no comprende ya la importancia, el valor, la santidad de los autos sacramentales? La fe, purificaba todas sus faltas, si alguna tenían; la fe purificaba todo: la fe, que basta en un alma para renovar los montes de su eterno asiento, abrasando las entrañas de todo un pueblo, obraba las maravillas de las magníficas epopeyas españolas de aquellos siglos; la fe era el alma de aquella prodigiosa y repentina civilización que sin la fe sería un misterio, un enigma indecifrabable de la historia.

¡Benditos una y mil veces aquellos siglos en que llegaron a ser populares composiciones que hoy son para el pueblo poco menos ininteligibles que los jeroglíficos egipcios y los primeros libros de China!

LA GUERRA CONTRA LOS MOROS³⁰

Cualquiera que ignorase lo que está pasando en España diría que vamos a referir o juzgar sucesos, no ya de los tiempos presentes, ni siquiera de los últimos siglos, sino de remotas edades, harto diferentes de la nuestra.

En efecto, si al oír hablar de guerra entre moros y cristianos nuestra imaginación se transporta involuntariamente a los siglos medios cerniéndose en las misteriosas regiones de la tradición, abarca de una ojeada la campaña de ochocientos años³¹ que viene a ser el centro y la clave de toda nuestra historia.

Milagros y apariciones, reyes caudillos, nobles y mesnadas, obispos guerreros, frailes militares, victorias que no hartan al acero, derrotas que no quebrantan el ánimo, yelmos y lorigas, picas y ballestas, retos y mandobles, treguas y zambras, cautivos y mazmorras, Cides y

³⁰ *El Pensamiento Español*, 2 de enero de 1860.

³¹ *la campaña de ochocientos años*: la Reconquista de la Península, que dura aproximadamente ocho siglos (desde la invasión musulmana del año 711 hasta la toma de Granada por los Reyes Católicos en 1492).

Guzmanes, Cegries y Abencerrajes³²; crónicas sencillas de tiempos heroicos; toda una epopeya de autores desconocidos, todo un romanero de inimitable poesía, todo eso y mucho más trae a la memoria de los españoles una sola frase: «la guerra contra los moros».

¡Cómo es que estas mismas palabras han perdido su tradicional significado para expresar una serie de acontecimientos contemporáneos, un suceso de actualidad, en una época de tanto por ciento y deuda flotante, de progreso indefinido y clases pasivas que no tienen fin, de izquierdas y derechas y centros parlamentarios, de unión liberal y unión de fracciones, de amigos de don Juan, y don Pedro, y don Alejandro, y don Salustiano, etc., etc., que forman la sarta de partidos de calendario bajo cuya dominación hace tantos años está gimiendo el país?

No podemos, no debemos contestar hoy a esta pregunta. El hecho es cierto, sin embargo: la guerra está no solo declarada, sino bizarramente emprendida. A pocas leguas de nuestra Península, españoles y marroquíes, moros y cristianos, combaten sin tregua ni piedad: estos con la enseña de la cruz, aquellos con el estandarte de la media luna, como en los tiempos de Orán y de Lepanto, de las Navas y Clavijo, de Sobrarbe y Covadonga.

Mientras nosotros en el seno de la familia, al amor de la lumbre y en el recinto de una ciudad tranquila tomamos la pluma para escribir sobre la guerra, nuestros deudos y amigos, nuestros hermanos, que hoy lo son muy especialmente los españoles que pelean en África, desde el general en jefe hasta el último soldado, están luchando con un pueblo semisalvaje que sabe morir, mas no rendirse, luchando con la humedad y los hielos, con las enfermedades y el acero... ¡Salud, hijos de la patria, dignos émulas³³ de los Corteses y Pizarros, de los Córdoba y los Cides! ¡Salud! Para vosotros es nuestro primer arranque de entusiasmo; nuestras oraciones son para vosotros. ¡Ojalá que entre admiraros y bendeciros nos robéis el tiempo que necesitamos para pensar en las miserias políticas que nos rodean!

La guerra está empeñada; el honor nacional comprometido: no nos queda otro camino que el de la victoria.

³² *Cegries y Abencerrajes*: célebres bandos enemigos de Granada, cuyas guerras civiles cantó Ginés Pérez de Hita.

³³ *dignos émulas*: este nombre (y adjetivo) puede usarse como masculino, *émulo*, o como femenino, *émula*.

Estos son los hechos, y nosotros los aceptamos en el estado en que se encuentran. Llegamos tarde para discurrir acerca de los preliminares diplomáticos y los preparativos morales y materiales de la guerra. No es hoy digno volver la cara atrás, teniendo como tenemos enfrente al enemigo. Triunfemos ahora, y hablaremos después. Nosotros nos proponemos ser muy prudentes, porque tenemos que ser mañana muy explícitos. Si este es el rumbo que el Gobierno ha querido trazar a la prensa, antes nos lo había indicado a nosotros el patriotismo.

Al emprender una guerra exterior contra un enemigo valiente hasta rayar en la desesperación, pero inferior a nosotros en cultura, en fuerza y en todo género de recursos, la nación se ha decretado a sí misma la victoria o el deshonor, que es la muerte de las naciones, y ningún sacrificio puede parecernos grande para conseguir el triunfo. Este será más o menos costoso, pero es seguro, Dios mediante.

Para obtenerlo no basta que la nación sea grande, nuestros generales expertos y entendidos, nuestros soldados sufridos y valientes. Se necesita que nación, caudillos y soldados se penetren de un mismo espíritu y tiendan la vista al África con un mismo fin.

¿Y cuál puede ser este? No hay más que uno: el sentimiento nos le ha revelado³⁴ antes de que la mente lo haya discernido; la fuerza de las cosas lo hace necesario; ni siquiera tenemos en qué elegir. Cualesquiera que hayan sido los instintos del Gobierno al emprender la guerra contra Marruecos, y las miras con que todos los partidos se han puesto a su lado en esta cuestión, la guerra ha tomado ya un carácter grandioso y elevado, verdaderamente nacional. Es guerra de la civilización contra la barbarie, de la verdad contra el error; guerra del espíritu tradicional de los españoles, que los lleva a combatir a los moros, contra el espíritu nacional de los africanos, que sueñan con la restauración de las mezquitas de Sevilla, Córdoba y Granada.

Se han encontrado frente a frente dos razas, dos civilizaciones, dos religiones, y causas grandes no pueden producir pequeños resultados. Las montañas no paren ratones sino en la fábula³⁵. A combatir a nuestro ejército no han salido unas cuantas kabilas³⁶ indómitas y mal organizadas, sino todo un imperio, todo un pueblo fanático y bizarro

³⁴ *nos le ha revelado*: caso de leísmo.

³⁵ *Las montañas no paren ratones sino en la fábula*: alude a una conocida fábula en la que un violento volcán solo produce, en su erupción, un ratoncillo inofensivo; de ahí que se use también la expresión *ser algo el parto de los montes*.

³⁶ *kabilas*: *cabila* es una «Tribu de beduinos o de bereberes» (DRAE).

dispuesto a morir con deplorable ceguera en defensa de su falsa religión y sus hogares. Pues bien, contra una nación no puede luchar más que otra nación, y contra el fanatismo, la verdadera fe que ablanda los peñascos y remueve las montañas.

Y así lo ha comprendido España al enviar sus hijos a la guerra. El pueblo se mueve más por el sentimiento que por las ideas, por el espíritu tradicional que por lucubraciones filosóficas. En vano será decirle que la guerra contra el moro tiene hoy distinto carácter del que le dieron nuestros padres: lleno su corazón de fe y entusiasmo, y su memoria de narraciones transmitidas de generación en generación, de siglo en siglo, nuestros mayores, dice, lidiaron con los moros para defender la religión de Cristo, y los hijos no han de ser menos que sus padres.

Esto dice el pueblo en sus cantares, en las conversaciones del hogar. Esto dice el prelado en sus pastorales, el predicador en el púlpito, el soldado en el cuartel y en el campamento; y sería vano empeño, falta de previsión y verdadera crueldad el intento de arrancarle esas firmísimas creencias, ese gran secreto de su fuerza, ese dulcísimo consuelo. Todos, por el contrario, debemos seguir el torrente del espíritu nacional, el partido del orden, porque los sentimientos religiosos del pueblo son sus propios sentimientos; los partidos que a sí propios se llaman populares, porque no pueden por su propia índole oponerse a la opinión general.

Forzosa, pues, irremisiblemente la guerra contra los moros tiene que ser guerra de civilización, guerra religiosa. Ella ha venido a probar que, a pesar de tantos vaivenes y sacudimientos sociales, no existe verdadera solución de continuidad entre la España antigua y la España moderna; que el pensamiento español es hoy el mismo que ayer; que la monarquía que nació armada, como los soldados de Cadmo³⁷, para pelear contra los infieles, armada contra infieles subsiste hoy al cabo de doce siglos.

¿Queréis que las madres españolas se conviertan en matronas griegas y enjuguen el llanto que surca sus mejillas al desprenderse de sus

³⁷ *nació armada, como los soldados de Cadmo*: en cierta ocasión, aconsejado por la diosa Atenea, Cadmo plantó en tierra los dientes de un dragón y de ellos nacieron cientos de fieros guerreros, los *Spartoi*.

hijos? ¿Queréis que su última palabra sea: «O con el escudo o sobre el escudo»³⁸? Decidlas³⁹ que sus hijos van a defender la religión.

¿Queréis oponer al fanatismo musulmán un sentimiento mil veces más poderoso y enérgico? Mostrad al soldado la cruz y repetid: «*In hoc signo vinces!*»⁴⁰.

¿Queréis que la nación se levante para caer sobre el Atlas? Dejad que resuene la voz de Pedro el Ermitaño, gritando de pueblo en pueblo: «Dios lo quiere»⁴¹.

Y al mismo tiempo que esto se diga, es menester que a la vista de un pueblo unido y entusiasmado bajo el antiguo pendón de Castilla, añada el Gobierno: «La Providencia nos ha deparado la ocasión de ver a todos los españoles inspirados de un mismo sentimiento; yo os empeño la palabra de mantener vivo, ileso, inmaculado el sentimiento católico que a todos mutuamente nos enlaza; al pensamiento de los zurcidores de fracciones y remendones de mayorías y minorías va a suceder el pensamiento español; a la unión de nombres propios, la unión española».

Así, y solo así, la guerra de África puede llegar a ser fecunda, rápida y gloriosa, y el año de 1860 un segundo 1808.

EL HOMBRE QUE SE NECESITA

(VERSIÓN 1)⁴²

«¡No ha de haber un hombre que nos saque de la anarquía en que vivimos!»

Tal es la exclamación que se escapa de todos los labios, que se oye en todas partes: «¡No ha de haber un hombre!...».

³⁸ *O con el escudo o sobre el escudo*: célebre frase dirigida a los hoplitas espartanos para alentarlos al combate: 'Vuelve victorioso (con el escudo) o muerto (sobre él)'.

³⁹ *Decidlas*: laísmo.

⁴⁰ *In hoc signo vinces!*: 'Con este signo vencerás'. El emperador Constantino I adoptó esta frase como lema después de su visión de un crismón en el cielo justo antes de la batalla del Puente Milvio contra Majencio el 12 de octubre del año 312.

⁴¹ *Dios lo quiere*: traducción de la frase latina «Deus vult» («Deus lo vult» en latín vulgar), usada para alentar las guerras de Cruzada contra los musulmanes.

⁴² Artículo de Navarro Villoslada presentando a don Carlos a los españoles, publicado en *El Pensamiento Español*, 11 de diciembre de 1868, tal como figura en el periódico (no se menciona expresamente a don Carlos).

Reparadlo bien: es una frase hecha, y nadie altera sus términos ni su construcción gramatical; y cuando una frase sale de igual modo formulado por todos los labios, señal es indefectible de que una idea predomina en todas las inteligencias, un sentimiento en todos los corazones.

Seguid reparando: se dice un hombre, y no se dice una mujer. La frase construida de este modo: «¡No ha de haber una mujer!...» sería ridícula, y no lo sería menos con estas variantes: «¡No ha de haber un pueblo!, ¡no ha de haber unas Cortes!, ¡no ha de haber un Congreso!», etc., etc. Y es que cuando la necesidad apremia, cuando un pueblo necesita gobierno, todos somos monárquicos, todos, sin exceptuar siquiera los mismos republicanos, que usan el lenguaje común y apelan a la frase hecha por el pueblo y para el pueblo, construida por todos los entendimientos y por todos los labios repetida. «¡No ha de haber un hombre!...»

¡Oh fuerza de la necesidad! ¡Oh poder del instinto de salvación! ¡Oh poder —permítasenos decirlo—, oh poder del Poder verdadero! Se necesita un hombre, porque el poder es uno; poder dividido no es verdadero poder.

Sigamos, pues, observando cómo en momentos críticos, en circunstancias angustiosas, no solo somos todos monárquicos, los republicanos inclusive, sino que somos monárquicos puros. No hay nadie que en tales días se atreva a ser monárquico constitucional.

Y esta no es sutileza, ni ingeniosidad, ni sofistería, no. Cuando por abundancia de corazón y dejando exhalar la voz de la conciencia se dice: «¡No ha de haber un hombre que nos saque de esta anarquía!», suele añadirse por comentario de la frase: «Un hombre que nos ponga a todos una mordaza, un hombre que nos haga entrar a todos en vereda, un hombre que nos traiga el orden, aunque para el orden eche mano de la vara de hierro». ¡No se necesita tanto! Hemos oído explicarse en semejantes términos a unionistas, a progresistas, a republicanos; pero francamente, se dejan llevar un poco del impulso de la reacción, y exageran el remedio hasta desnaturalizarlo. Se necesita un hombre, no un tirano.

La necesidad que sienten los liberales en este conflicto, cuando ruge el socialismo en Andalucía y gruñe en el resto de la Península mal contenido con las piltrafas que le sueltan los Ayuntamientos, y mirando de reojo al amo que no tiene provisiones con que saciar su voracidad, esa necesidad la hemos sentido, la hemos anunciado noso-

tros en tiempos al parecer bonancibles, cuando el liberalismo halagaba a la fiera alegre y retozona, y la alimentaba con los bienes de la Iglesia y las comunidades religiosas, y a falta de estos, con los de propios y los de beneficencia. ¡Ay!, en medio de aquellos espléndidos banquetes de Príamo, hacíamos nosotros el triste papel de Casandra⁴³, y con el mismo acento con que los troyanos pedían un hombre después de la muerte de Héctor, lo pedimos nosotros antes que los griegos hubiesen cercado los muros de la ciudad.

Ellos, los convidados, con la copa en la mano y coronados de rosas, burlábanse de nuestros vaticinios y nos llamaban agoreros y exagerados, y nosotros, al verlos hoy perdida la color y demudado el semblante, temblando, pero no de frío —si se nos permite volver del revés la frase de Baylli delante de la guillotina⁴⁴—, nosotros tenemos que decirles: «No exageréis las cosas»; no se necesita un hombre que mande a palos, como pretende *La Iberia*, ni una mano que haga crujir el látigo de González Brabo sobre las espaldas de los republicanos, como con no menor energía, aunque con más literatura pide *El Diario Español*; no exigiremos la dictadura en latín como los demócratas, que apenas saben otro latín que el *salus populi*, no; lo repetiremos: nosotros los absolutistas, los reaccionarios, los inquisidores, nosotros queremos un hombre, no un déspota.

Queremos un hombre para toda la nación, y no para uno ni dos ni tres partidos; un hombre que mande con justicia, que gobierne con la moral del Evangelio, que administre con el orden y economía de un buen padre de familia.

Se necesita un hombre que sea hijo de las entrañas de la patria, que tenga los sentimientos hidalgos y generosos del pueblo español, su ardiente fe, su valor caballeresco, su constancia tradicional.

Se necesita un hombre que diga al padre de familia: «Tú eres el rey de tu casa»; y al municipio: «Tú, el rey de tu jurisdicción»; a la diputación: «Tú, la reina de la provincia»; y a las Cortes: «Yo soy el rey». «Vengan aquí las clases todas de que se compone mi pueblo: venga el clero, sacerdotes, venga la nobleza, venga la milicia, venga el

⁴³ *Príamo ... Casandra*: en la mitología griega, Casandra era hija de Hécuba y Príamo, reyes de Troya.

⁴⁴ *volver del revés la frase de Baylli delante de la guillotina*: Jean Sylvain Bailly (1736–1793) fue un político de la Revolución francesa, científico y académico francés. En el momento de ser ajusticiado, alguien le espetó: «Parece que tiembles», a lo que respondió: «Si tiemblo, pero es de frío».

comercio y la industria, y venga la clase más numerosa y más necesitada de todas, la clase pobre o, mejor dicho, la clase de los pobres; vengan a exponer sus quejas, sus necesidades; pero tened entendido que aquí no mandan los sacerdotes, ni los nobles, ni los militares, los abogados, los banqueros, los comerciantes, los industriales, ni los jornaleros: el rey soy yo.

»Yo a la Iglesia la daré libertad⁴⁵ y protegeré su independencia; yo no nombraré un canónigo ni un cura párroco; yo renunciaré mis privilegios en favor de la Iglesia, de quien los he recibido; yo capitalizaré las asignaciones concordadas con la Santa Sede y se las entregaré a la Iglesia en títulos de la Deuda; yo dejaré en libertad a toda comunidad religiosa para establecerse donde quiera, cuando quiera y como quiera, con tal que no pida al Estado más que amparo y libertad.

»Yo daré libertad y protección al comercio, libertad y protección a la industria, libertad y protección a la propiedad, y a los pobres, el pan del orden, de las economías y del trabajo, que es su verdadera libertad.

»Abogado, a tus pleitos: no busques en los bancos del Congreso la clientela que no has sabido conquistar en el foro; médico, a tus enfermos: no vengas a matar con discursos políticos a los que puedes curar con tus recetas; escritorzuelo, a la escuela: aprende primero lo que te propones enseñar; empleado, a tu oficina: la nación te paga para que la sirvas, no para que medres en los bancos del Parlamento; y a trabajar todo el mundo, que la política está siendo la trampa de la ley de vagos.

»Yo reduciré los empleos a la tercera parte de los que hoy se pagan, yo reduciré la clase de cesantes con sueldo, empleando a todos, sin distinción de colores políticos, por orden de antigüedad, y manteniendo en su empleo a cuantos lo sirvan con inteligencia y probidad, aunque hayan sido progresistas, moderados o republicanos; yo reduciré asimismo los presupuestos y os daré el ejemplo de modestia para que gocéis el fruto de las economías. Yo pagaré las deudas que el liberalismo ha contraído, y procuraré no contraerlas más.

»Yo me pondré a la cabeza del ejército, yo protegeré las ciencias, las letras y las artes; yo llamaré a los sabios a mi país, las letras y las artes a mi palacio, los pobres a mi mesa.

⁴⁵ *la daré libertad*: caso de laísmo.

»Yo lo perdonaré todo, lo olvidaré todo; quiero ser padre antes que rey; mis brazos se extenderán más pronto para abrazar que para mandar.»

Este es el gobernador cristiano; este es el príncipe católico; este es el hombre que se necesita: el hombre que piden de lo íntimo de su corazón cuantos en las angustias de una situación cuyo origen quisiéramos olvidar exclaman: «¡No ha de haber un hombre que nos saque de esta anarquía!...».

¡Hombre ciertamente deseado! ¡Hombre verdaderamente popular! ¡Hombre exigido por el sufragio universal de las lágrimas y sollozos universales! Hombre libertador, que vale un poco más que liberal, pacificador y por lo tanto enemigo de ese constitucionalismo que es la guerra inevitable, esencial, orgánica entre los que mandan y los que deben obedecer, guerra entre el rey y el súbdito, guerra entre la nación y los partidos, guerra de los partidos entre sí, guerra sin tregua ni reposo y cuyos gastos forman ese abismo sin fondo que se llama deuda perpetua.

No lo neguéis: vosotros los republicanos, cuando apeláis al *salus populi*, pedís un dictador; vosotros los progresistas, cuando enarboláis el palo, pedís un déspota; vosotros, unionistas, cuando esgrimís el látigo, llamáis a un amo; pero como vuestros labios están hechos al lenguaje liberal, no aciertan a modular el lenguaje cristiano. Os equivocáis: esos no son los sentimientos de vuestro corazón. Vuestro corazón, como el nuestro, como el de todo el pueblo español, pide no un amo, ni un déspota, ni un dictador, pide un rey, un rey que reine y que gobierne, un pacificador, un libertador, un príncipe cristiano.

El rey que sepa serlo, que gobierne con derecho, con justicia, con moralidad, con capacidad y sin agobiar a los pueblos bajo la losa de tantos y tantos impuestos, ese tiene ya en su favor la popularidad más augusta, sufragio irresistible y, en este concepto, el único sufragio soberano.

Tal es el hombre que se necesita.

EL HOMBRE QUE SE NECESITA»
(VERSIÓN 2)⁴⁶

«¡No ha de haber un hombre que nos saque de la anarquía en que vivimos!» Tal es la exclamación que se escapa de todos los labios, que se oye en todas partes. «¡No ha de haber un hombre!...»

Reparadlo bien: es una frase hecha y nadie altera sus términos ni su construcción gramatical; y cuando una frase sale de igual modo por todos los labios, señal es indefectible de que una idea predomina en todas las inteligencias, un sentimiento en todos los corazones.

Seguid reparando: se dice un hombre y no se dice una mujer. La frase es construida de este modo: «¡No ha de haber un hombre que nos saque de esta anarquía!»; y es que cuando la necesidad apremia, cuando un pueblo necesita gobierno, todos somos monárquicos, todos, sin exceptuar siquiera los mismos republicanos, que usan el lenguaje común y apelan a la frase hecha por el pueblo y para el pueblo, construida por todos los entendimientos y por todos los labios repetida. «¡No ha de haber un hombre!» ¡Oh fuerza de la necesidad! ¡Oh poder del instinto de salvación! ¡Oh poder!, permítasenos el decirlo, ¡oh poder del poder verdadero! Se necesita un hombre porque el poder es uno; poder dividido no es poder.

Sigamos, pues, observando cómo en momentos críticos, en circunstancias angustiosas, no solo somos todos monárquicos, los republicanos inclusive, sino que somos monárquicos puros. No hay nadie que en tales días se atreva a ser monárquico constitucional.

Y esta no es sutileza, ni ingeniosidad, ni sofistería, no.

Cuando por abundancia del corazón y dejando exhalar la voz de la conciencia se dice: «¡No ha de haber un hombre que nos saque de esta anarquía!», suele añadirse por comentario de la frase: «Un hombre que nos ponga a todos una mordaza, un hombre que nos traiga el orden, aunque para el orden eche mano de una vara de hierro». ¡No se necesita tanto! Suspiramos todos por un hombre que sea para toda la nación, y no para uno ni dos o tres partidos; un hombre que man-

⁴⁶ El mismo artículo de Navarro Villoslada según lo reproduce José Burch y Ventós, *Datos para la historia del tradicionalismo político durante nuestra revolución*, Barcelona, Librería Católica Internacional Luis Gili, 1909, pp. 86-88. Además de pequeños cambios o variantes en palabras y expresiones, se suprimen algunos párrafos y se añade uno final en el que se menciona expresamente a don Carlos; quizá sea la versión que circuló en hojas sueltas.

de con justicia, que gobierne con la moral del Evangelio, que administre con el orden y economía de un buen padre de familia.

España necesita un hombre que sea hijo de las entrañas de la patria, que tenga los sentimientos hidalgos y generosos del pueblo español, su ardiente fe, su valor caballeresco, su constancia tradicional.

Un hombre que diga al padre de familia: «Tú eres el rey de tu casa»; y al municipio: «Tú, el rey de tu jurisdicción»; y a la diputación: «Tú, la reina de la provincia»; y a las Cortes: «Yo soy el rey». Vengan aquí las clases todas de que se compone mi pueblo: venga el clero, venga la nobleza, venga la milicia, venga el comercio y la industria, y venga la clase más numerosa y más necesitada de todas, la clase pobre o, mejor dicho, la clase de los pobres; vengan a exponer sus quejas, sus necesidades; pero tened entendido que aquí no mandan los sacerdotes, los nobles, los militares, los abogados, los banqueros, los comerciantes, ni los jornaleros: el rey soy yo. Yo a la Iglesia le daré libertad y protegeré su independencia; yo no nombraré un canónigo ni un cura párroco; yo renunciaré mis privilegios en favor de la Iglesia, de quien los he recibido; yo capitalizaré las asignaciones concordadas con la Santa Sede y se las entregaré a la Iglesia en títulos de la Deuda; yo dejaré en libertad a toda comunidad religiosa para establecerse donde quiera, cuando quiera y como quiera, con tal que no pida al Estado más que amparo y libertad.

»Yo daré libertad y protección al comercio, libertad y protección a la industria, libertad y protección a la propiedad, y a los pobres, el pan del orden, de las economías y del trabajo, que es su verdadera libertad.

»Abogado, a tus pleitos: no busques en los bancos del Congreso la clientela que no has sabido conquistar en el foro; médico, a tus enfermos: no vengas a matar con tus discursos políticos a los que puedes curar con tus recetas; escritorzuelo, a la escuela: aprende primero lo que te propones enseñar; empleado, a tu oficina: la nación te paga para que la sirvas, no para que medres en los bancos del Parlamento; y a trabajar todo el mundo, que la política está siendo la trampa de la ley de los vagos.

»Yo reduciré los empleos a la tercera parte de lo que hoy se pagan, y reduciré la clase de cesantes con sueldo, empleando a todos, sin distinción de colores políticos, por orden de antigüedad, y manteniendo en su empleo a cuantos que lo sirvan con inteligencia y probidad, aunque hayan sido progresistas, moderados o republicanos;

yo reduciré asimismo los presupuestos y os daré el ejemplo de modestia para que gocéis el fruto de las economías. Yo pagaré las deudas que el liberalismo ha contraído, y procuraré no contraerlas más.

»Yo me pondré a la cabeza del ejército y protegeré las ciencias, las letras y las artes; yo llamaré a los sabios a mi país, las ciencias y las artes a mi palacio, y a los pobres a mi mesa.

»Y lo perdonaré todo, lo olvidaré todo; quiero ser padre antes que rey; mis brazos se extenderán más pronto para abrazar que para mandar. Este es el gobernador cristiano; este es el príncipe católico; este es el hombre que se necesita: el hombre que piden de lo íntimo de su corazón cuantos en las angustias de una situación cuyo origen quisiéramos olvidar exclaman: «¡No ha de haber un hombre que nos saque de esta anarquía!».

Pues este hombre libertador que tanto desea el pueblo español, este hombre que reúne en sí completamente las ideas expresadas, es el hombre o príncipe que se necesita en España, es el Sr. don Carlos de Borbón y de Este, hijo de cien reyes españoles y representante del derecho y de la legitimidad. Este es el hombre providencial que nos ha deparado Dios para poder salvar a España de la anarquía en que vive, de la ruina adonde llegó en treinta y cinco años de un reinado de calamidades, de un reinado ganado por la traición y fundado en el derecho de usurpación.

BIBLIOGRAFÍA

- Álbum biográfico*, Madrid, Oficinas del *Semanario Pintoresco Español*, 1849.
- ÁLVAREZ CRUZ, Joaquín Manuel, «El monumento a Francisco Navarro Villoslada en Pamplona», *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, 99, 2007, pp. 7-42.
- AMÉZAGA, Elías, *Los vascos que escribieron en castellano*, Bilbao, ed. del autor, 1977.
- ANSÓN, Francisco, *Fernando III, rey de Castilla y de León*, Madrid, Palabra, 1988.
- ANTOÑANA, Pablo, «Evocación sentimental de Navarro Villoslada», en Ignacio Arellano y Carlos Mata Induráin (eds.), *Congreso Internacional sobre la Novela Histórica (Homenaje a Navarro Villoslada)*, Pamplona, Institución «Príncipe de Viana», 1996, pp. 13-25.
- ARELLANO, Ignacio, y MATA INDURÁIN, Carlos (eds.), *Congreso Internacional sobre la Novela Histórica (Homenaje a Navarro Villoslada)*, Pamplona, Institución «Príncipe de Viana», 1996 (anejo 17 de la revista *Príncipe de Viana*).
- AROZAMENA AYALA, Ainhoa, «Navarro Villoslada, Francisco», en *Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco. Cuerpo A: Diccionario Enciclopédico Vasco*, tomo XXXII, San Sebastián, Auñamendi-Estornés Lasa Hermanos, 1992, p. 157.
- ARTAGÁN, B[arón] de [pseudónimo de Reynado de Brea], «Don Francisco y don Ciriaco Navarro Villoslada», en *Políticos del carlismo*, Barcelona, Biblioteca Tradicionalista de la Bandera Regional, s. a., p. 119.
- BARELLA VIGAL, Julia, «Amaia da hasiera», *Kultura* (Vitoria), VIII, 1985, pp. 119-122.
- BERGQUIST, Inés L., «Amaya», en *El narrador en la novela histórica española de la época romántica*, Berkeley, University of California, 1978a, pp. 187-222.
- BERGQUIST, Inés L., «Doña Blanca de Navarra», en *El narrador en la novela histórica española de la época romántica*, Berkeley, University of California, 1978b, pp. 157-186.
- BIJUESCA, K. Josu, «El “vizcaíno” de Sor Juana y la lengua del imperio», *Revista de Humanidades* (Monterrey), 5, otoño de 1998, pp. 13-28.

- Biografía de Claros varones de Vizcaya por D. Juan E. Delmas*, prólogo y notas de Ángel Rodríguez Herrero, Bilbao, Biblioteca de La Gran Enciclopedia Vasca, 1970.
- BLANCO GARCÍA, Padre Francisco, *La literatura española en el siglo XIX*, Madrid, Sáenz de Jubera, 1891, 2 vols.
- BOTREL, Jean-François, «Les aveugles, colporteurs d'imprimés en Espagne, I. La confrérie des aveugles de Madrid et la vente des imprimés du monopole à la liberté du commerce (1581-1836)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 9, 1973, pp. 417-482. Versión española en *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1993, pp. 15-98.
- BURCH Y VENTÓS, José, *Datos para la historia del tradicionalismo político durante nuestra revolución*, Barcelona, Librería Católica Internacional Luis Gili, 1909.
- BURGO, Jaime del, *Bibliografía de las guerras carlistas y de las luchas políticas del siglo XIX. Antecedentes desde 1814 y apéndice hasta 1936*, Pamplona, Diputación Foral / Editorial Gómez, 1953-1960, 15 vols.
- CALZADA, Ana María, *La prensa navarra a fines del siglo XIX*, Pamplona, Universidad de Navarra (Instituto de Periodismo), 1964.
- CAMIÓN, Arturo, «Amaya. Estudio crítico», *Revista Éuskara*, III, 1880, pp. 54-64, 74-86, 115-122 y 145-154.
- CAMPOMAR FORNIELES, Marta M., *La cuestión religiosa en la Restauración. Historia de los heterodoxos españoles*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1984.
- CARRETE PARRONDO, Juan, *El grabado a buril en la España Ilustrada. Manuel Salvador Carmona*, Madrid, Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, 1989a.
- CARRETE PARRONDO, Juan, «El grabado en el siglo XVIII. Triunfo de la estampa ilustrada», en *Summa artis*, Madrid, Espasa Calpe, 1989b, vol. 31.
- CARRETE PARRONDO, Juan, «Las academias de Bellas Artes. La Academia de San Fernando y el arte del grabado», en *Maestros del grabado. Siglo XVIII. Real Academia de San Fernando*, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando / Calcografía Nacional, 1991, pp. XI-XXIV.
- CARRETE PARRONDO, Juan, «La ilustración de los libros. Siglos XV al XVIII», en Hipólito Escolar (dir.), *De los incunables al siglo XVIII*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1994, pp. 271-359.
- CÁTEDRA, Pedro M., «Arnao Guillén de Brocar: impresor de las obras de Nebrija», en Pedro M. Cátedra y María Luisa López-Vidriero Abello (coords.), *El libro en Palacio y otros estudios bibliográficos*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996, pp. 43-80.

- COMELLAS GARCÍA-LLERA, José Luis, «El espíritu de las Academias en el siglo XVIII», en Rogelio Reyes Cano y Enriqueta Vila Vilar (eds.), *El mundo de las Academias de ayer a hoy*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2003, pp. 29-46.
- CORELLA, José María, «Navarro Villoslada, autor dramático», *Pregón*, año XXVI, núm. 97, otoño de 1968, s. p.
- CORELLA, José María, «Francisco Navarro Villoslada, autor teatral», *Pregón* Siglo XXI, año III, núm. 5, San Fermín 1995, pp. 21-22.
- COTARELO Y MORI, Emilio, *Historia de la zarzuela, o sea el drama lírico en España, desde su origen a fines del siglo XIX*, Madrid, Tipografía de Archivos, 1934; reproducido en *Boletín de la Real Academia Española*, XXI, 1934, pp. 631-632).
- DENDLE, Brian J., «*Amaya o los vascos en el siglo VIII: A Catholic Novel of 1879 by Francisco Navarro Villoslada*», *Anales galdosianos*, 36, 2001, pp. 121-134.
- Diccionario Enciclopédico del País Vasco*, San Sebastián, Aramburu Editor, 1985.
- Diccionario histórico-geográfico del País Vasco*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1802, 2 vols.; ed. facsímil, Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, 1968.
- DOMÍNGUEZ CAPARRÓS, José, *Métrica española*, Madrid, Síntesis, 1993.
- ENCISO RECIO, Luis Miguel, *Nipho y el periodismo español del siglo XVIII*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1956.
- ENCISO RECIO, Luis Miguel, *La «Gaceta de Madrid» y el «Mercurio histórico y político», 1756-1781*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1957.
- ENTRAMBASGUAS, Joaquín de, «Algunas noticias relativas a don Francisco Mariano Nipho», *Revista de Filología Española*, 28, 1944, pp. 357-377.
- ESARTE MUNIÁIN, Pedro, *Cien años de Gamazada*, Pamplona, Line Grafic, 1993.
- ESLAVA OCHOA, Esther, «Clasificación del archivo personal de Francisco Navarro Villoslada», *Boletín de la ANABAD*, 58.3, 2008, pp. 81-88.
- FERRER, Melchor, *Historia del tradicionalismo español*, Sevilla, Editorial Católica Española, 1941-1960, 29 vols.
- FERRERAS, Juan Ignacio, *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1979.
- GALINDO HERRERO, Santiago, *Pensadores tradicionalistas*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1955.
- GALLEGO, Antonio, *Historia del grabado en España*, Madrid, Cátedra, [1979] 1999.
- GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, Ángel, *La Navarra de «La Gamazada» y Luis Morote*, Pamplona, Lente, 1993.

- GAVIRA, José, «La Hermandad de Ciegos de Madrid», *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, año IV, número 16, octubre de 1927, pp. 482-484.
- GONZÁLEZ OLLÉ, Fernando, «Introducción literaria. De la Edad Media al siglo XIX», en *Tierras de España. Navarra*, Barcelona, Noguer / Fundación Juan March, 1988.
- GONZÁLEZ OLLÉ, Fernando, «Por fin, la novela», en *Introducción a la historia literaria de Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1989, pp. 167-183.
- GOY, P. Juan Nepomuceno, «Flores del cielo. Don Francisco Navarro Villoslada», *El Perpetuo Socorro*, 1913-1916; reproducido en *La Avalancha*, 1914-1917; y también, en parte, como prólogo de las *Obras completas*, ed. de Segundo Otatzu Jaurrieta, I, Pamplona, Mintzoa, 1990, pp. 11-95.
- GOY, P. Juan Nepomuceno, «Francisco Navarro Villoslada. Católico. Político. Literato», semblanza previa en su edición de las *Obras completas de Navarro Villoslada*, Madrid, Fax, 1947, pp. V-XVI.
- GOYA, Francisco de, *El libro de los Caprichos. Dos siglos de interpretaciones (1799-1999). Catálogo de los dibujos, pruebas de estado, láminas de cobre y estampas de la primera edición*, Madrid, Museo Nacional del Prado, 1999.
- Gran Enciclopedia Navarra*, vol. VII, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1990.
- HARTZENBUSCH, Juan Eugenio, *Fábulas*, ed. de Ricardo Navas Ruiz, Madrid, Espasa-Calpe, 1973.
- HENAO, Gabriel de, *Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria*, Zaragoza, Juan Lanaja, 1637; Salamanca, por Eugenio Antonio García, 1691.
- HERRÁN, Laurentino María, «La Inmaculada en la literatura de los siglos XVIII-XIX», *Estudios Marianos*, año XIV, vol. XVI, Madrid, 1955, p. 358-408.
- HIBBS, Solange, «Enrique Gil y Carrasco (1818-1846) y Francisco Navarro Villoslada (1818-1895): filiación romántica e ideológica», en Valentín Carrera (ed.), *Enrique Gil y Carrasco y el Romanticismo. Actas del Congreso Internacional, El Bierzo, 14-18 de julio de 2015*, León, Andavira / Servicio de Publicaciones de la Universidad de León, 2015, pp. 145-160.
- Historia de la imprenta hispánica*, Madrid, Editora Nacional, 1982.
- HUGO, Victor, *Œuvres poétiques*, vol. I, *Avant l'exil 1802-1851*, édition établie et annotée par Pierre Albouy, Paris, Gallimard, 1964.
- IMBULUZQUETA ALCASENA, Gabriel, *Periódicos navarros en el siglo XIX*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1993.
- IRIBARREN, Manuel, *Escritores navarros de ayer y de hoy*, Pamplona, Gómez, 1970, pp. 157-158.
- Juan Párix, primer impresor en España*, Burgos / Segovia, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2004.

- JUARISTI, Jon, *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid, Taurus, 1987.
- JUARISTI, Jon, *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, 13.^a ed., Madrid, Espasa Calpe, 1997.
- JUARISTI, Jon, *El chimbo expiatorio (La invención de la tradición bilbaina, 1876-1939)*, Madrid, Espasa Calpe, 1999.
- JURADO, Augusto, *La imprenta. Orígenes y evolución*, Madrid, Capta Artes Gráficas, 1998.
- LABANDEIRA FERNÁNDEZ, Antonio, «Introducción de la imprenta en España. Estado de la cuestión», en *Primeras jornadas de bibliografía*, Madrid, FUE, 1977, pp. 387-420.
- LABANDEIRA FERNÁNDEZ, Antonio (comp.), *La Imprenta en España: compilación de repertorios clásicos, [recurso electrónico]*, Madrid, Fundación Histórica Tavera / Digibis, 1999 (Clásicos Tavera de la Bibliografía Iberoamericana), 3 discos CD-rom.
- LABEAGA, Juan Cruz, y SAINZ RIPA, Eliseo y Pelayo, *Tres obispos vianeses*, Viana, Ayuntamiento de Viana, 1997.
- LARRAZA MICHELTORENA, María del Mar (dir.), *La Gamazada: ocho estudios para un centenario*, Pamplona, Euns, 1995.
- Las Bienandanças e Fortunas que escribió Lope García de Salazar estando preso en la su torre de Sant Martín de Muñatones*, Madrid, Librería de Gabriel Sánchez, 1884; ed. facsímil, Bilbao, Editorial Amigos del Libro Vasco, 1985 (col. «Antiguos Recuerdos de Vizcaya», vols. I-IV).
- Las cien mejores poesías del siglo XIX*, ed. de Narciso Alonso Cortés, Valladolid / Palencia, Artes Gráficas Afrodisio Aguado, 1934.
- LEGARDA, J. Anselmo de, *Lo vizcaíno en la literatura castellana*, San Sebastián, Biblioteca Vascongada de los Amigos del País, 1953.
- LÓPEZ DE ZUAZO, Antonio, «La prensa periódica», en Hipólito Escolar (dir.), *De los incunables al siglo XVIII*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1994, pp. 361-393.
- LÓPEZ SAINZ, Celia, «Francisco Navarro Villoslada, autor de *Amaya*, la *Iliada* de los vascos (1818-1895)», en *Cien vascos de proyección universal*, Bilbao, Editorial La Gran Enciclopedia Vasca, 1977, pp. 379-384.
- LÓPEZ VIDRIERO, María Luisa, «La imprenta en el siglo XVIII», en Hipólito Escolar (dir.), *De los incunables al siglo XVIII*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1994, pp. 201-269.
- LLANOS Y TORRIGLIA, Félix de, *Germán Gamazo, el sobrio castellano*, Madrid, Espasa-Calpe, 1942.
- LLORENTE, Juan Antonio, *Noticias históricas de las Provincias Vascongadas en que se procura investigar el Estado civil antiguo de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya y el origen de sus Fueros*, Madrid, Imprenta Real, 1806-1808, 5 vols.

- MADOZ, Pascual, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, Tipografía Madoz y Sagasti, 1845-1850, 16 vols.
- Maestros del grabado. Siglo XVIII. Real Academia de San Fernando*, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando / Calcografía Nacional, 1991.
- MAGGI, Eugenio, «Diecinueve siglos de lucha: el complot judío en *El Antecristo* de Navarro Villoslada», *Salina. Revista de lletres*, 22, 2008, pp. 77-86.
- MAGGI, Eugenio, «Amaya de Navarro Villoslada en el siglo XX: avatares de una narración antijudaica», *Impossibilia*, 7, 2014, pp. 122-136.
- MARÍN DEL CAMPO, Juan, «Lo mejor de D. Francisco Navarro Villoslada», *La Avalancha*, núm. 563, 6 de julio de 1911, p. 217.
- MARTÍN ABAD, Julián, *Los primeros tiempos de la imprenta en España (c. 1471-1520)*, Madrid, Laberinto, 2003.
- MARTÍN ABAD, Julián, «Sobre incunables españoles y sobre incunables de las bibliotecas españolas: las últimas aportaciones», en *Juan Párix, primer impresor en España*, volumen colectivo, Burgos / Segovia, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2004, pp. 45-63.
- MATA INDURÁIN, Carlos, *Francisco Navarro Villoslada (1818-1895) y sus novelas históricas*, Pamplona, Gobierno de Navarra (Departamento de Educación, Cultura, Deporte y Juventud-Institución «Príncipe de Viana»), 1995a.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española (1830-1870)», en Kurt Spang, Ignacio Arellano y Carlos Mata (eds.), *La novela histórica. Teoría y comentarios*, Pamplona, Eunsá, 1995b, pp. 145-198 (en la 2.^a ed., Pamplona, Eunsá, 1998, pp. 113-151).
- MATA INDURÁIN, Carlos, «Dos novelas históricas inéditas de Navarro Villoslada: *Doña Toda de Larrea* y *El hijo del Fuerte*», en Ignacio Arellano y Carlos Mata Induráin (eds.), *Congreso Internacional sobre la Novela Histórica (Homenaje a Navarro Villoslada)*, Pamplona, Institución «Príncipe de Viana», 1996a (anexo 17 de la revista *Príncipe de Viana*), pp. 241-257.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «El archivo de Navarro Villoslada. Dos textos inéditos», *TK. Boletín de la Asociación Navarra de Bibliotecarios*, 2, diciembre de 1996b, pp. 69-73.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «Francisco Navarro Villoslada: político, periodista, literato», en Ignacio Arellano y Carlos Mata Induráin (eds.), *Congreso Internacional sobre la Novela Histórica (Homenaje a Navarro Villoslada)*, Pamplona, Institución «Príncipe de Viana», 1996c (anexo 17 de la revista *Príncipe de Viana*), pp. 259-267.

- MATA INDURÁIN, Carlos, «Navarro Villoslada (1818-1895). En el Centenario de la muerte del autor de *Amaya o Los vascos en el siglo VIII*», *Muga*, 94-95, enero de 1996d, pp. 58-71.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «Dos cartas inéditas de Cándido Nokedal a F. Navarro Villoslada sobre las elecciones de 1881», *Huarte de San Juan*, sección de Geografía e Historia, 3-4, 1996-1997a, pp. 291-298.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «Notas sobre la documentación de *Amaya*. Cinco cartas de Luis Echeverría a Navarro Villoslada», *Archivum* (Oviedo), XLVI-XLVII, 1996-1997, pp. 325-346.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «Correspondencia inédita entre J. M. Ortí y Lara y F. Navarro Villoslada acerca de *Amaya*», *Sancho el Sabio*, año 7, 2.ª etapa, núm. 7, 1997, pp. 97-105.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «Don Carlos de Borbón y Austria-Este y Francisco Navarro Villoslada. Documentos inéditos (1872-1888)», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo CXCV, cuaderno II, 1997, pp. 291-326.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «Para el epistolario de Navarro Villoslada. Cuatro cartas inéditas de José Manterola (1880-1881)», *Letras de Deusto*, núm. 76, vol. 27, julio-septiembre de 1997c, pp. 207-217.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «Reminiscencias quijotescas en el *Pedro Ramírez* de Navarro Villoslada», *Pregón Siglo XXI*, 10, Navidad de 1997d, pp. 63-66.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «Sobre la génesis de *Amaya o Los vascos en el siglo VIII*, de Navarro Villoslada. Documentos inéditos», *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*, LIII, 1997e, pp. 445-464.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «Noticia sobre el archivo de Navarro Villoslada. Algunos documentos de los años 40», *Revista de Literatura*, tomo LX, núm. 119, 1998a, pp. 207-241.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «Siete cartas del conde de Melgar a Navarro Villoslada (1885-1886)», *Príncipe de Viana*, año LIX, núm. 213, enero-abril de 1998b, pp. 307-324.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «La influencia cervantina en la novela histórica romántica española. Nuevas aportaciones», en José Ramón Fernández de Cano y Martín (coord.), *Actas del VII Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas, El Toboso (Toledo), 23-26 de abril de 1998*, El Toboso, Ediciones Dulcinea del Toboso, 1999a, pp. 369-379.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «Navarro Villoslada, periodista. Una aproximación», *Príncipe de Viana*, año LX, núm. 217, mayo-agosto de 1999b, pp. 597-619.

- MATA INDURÁIN, Carlos, *Viana en la vida y en la obra de Navarro Villoslada. Textos literarios y documentos inéditos*, Viana, Ayuntamiento de Viana, 1999c.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «Quince documentos inéditos sobre la polémica entre C. Nocedal y F. Navarro Villoslada relativa a la dirección única de la prensa carlista (diciembre de 1871-febrero de 1872)», *Revista de Historia Contemporánea*, 9-10, 1999-2000, *Estudios en Homenaje al Profesor D. José Luis Comellas*, vol. I, pp. 37-61.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «“Amaya da asiera”. La actitud de Navarro Villoslada ante el vascuence», en Roldán Jimeno Aranguren (coord.), *El euskera en tiempo de los euskaros*, Pamplona, Gobierno de Navarra (Departamento de Educación y Cultura) / Ateneo Navarro, 2000, pp. 113-144.
- MATA INDURÁIN, Carlos, *Doce estudios sobre Navarro Villoslada. Semblanza y obras literarias*, Viana, Ayuntamiento de Viana, 2002.
- MELGAR, Conde de, *Veinte años con don Carlos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1940.
- Memorias y diario de Carlos VII*, Madrid, Europa, 1957.
- MINA, María Cruz, «Navarro Villoslada: *Amaya* o los vascos salvan a España», *Historia Contemporánea* (Revista del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco), 1, 1988, pp. 143-162.
- NAVARRO CABANES, José, *Apuntes bibliográficos de la prensa carlista*, Valencia, Sanchis, Torres y Sanchis, 1917.
- NAVARRO VILLOSLADA, Francisco, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*, Madrid, Giner, 1979 (col. «La Novela Histórica Española», 23).
- NAVARRO VILLOSLADA, Francisco, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*, San Sebastián, Txarttalo, 1991.
- NAVARRO VILLOSLADA, Francisco, *Doña Toda de Larrea o la madre de la Excelenta*, ed. de Carlos Mata Induráin, Madrid, Castalia, 1998.
- NAVARRO VILLOSLADA, Francisco, *El hijo del Fuerte*, Carlos Mata Induráin, *Viana en la vida y en la obra de Navarro Villoslada. Textos literarios y documentos inéditos*, Viana, Ayuntamiento de Viana, 1999, pp. 107-201.
- NAVARRO VILLOSLADA, Francisco, *Obra poética*, estudio preliminar y edición de Carlos Mata Induráin, presentación por Kurt Spang, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1997.
- NAVARRO VILLOSLADA, Francisco, *Obras completas*, ed. de Segundo Otatzu Jaurrieta, Pamplona, Mintzoa, 1990-1992, 6 vols.
- NAVARRO VILLOSLADA, Francisco, *Obras completas de Navarro Villoslada*, ed. y semblanza previa de don Juan Nepomuceno Goy, Madrid, Fax, 1947.
- NOMBELA, Julio, *Detrás de las trincheras. Páginas íntimas de la guerra y la paz desde 1868 hasta 1876*, 2.^a ed., Madrid, Imprenta de Manuel G. Hernández, 1876.

- NÚÑEZ DE PRADO, Sara, «De la *Gaceta de Madrid* al *Boletín Oficial del Estado*», *Historia y comunicación social*, 7, 2002, pp. 147-160.
- ONTORIA OQUILLAS, Pedro, «El impresor Diego de Gumiel», *Biblioteca: estudio e investigación*, 6, 1991, pp. 91-142.
- OYARZUN, Román, *Historia del carlismo*, Madrid, Alianza, 1969.
- PALACIO ATARD, Vicente, *La España del siglo XIX (1808-1898)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981.
- PALAU Y DULCET, Antonio, «Navarro Villoslada, Francisco», en *Manual del librero hispanoamericano*, 2.^a ed. corregida y aumentada por el autor, Barcelona, Palau, 1948-1977, vol. X, pp. 449-450.
- PALAU Y DULCET, Antonio, «Wisdom, Thomas», en *Manual del librero hispanoamericano*, 2.^a ed. corregida y aumentada por el autor, Barcelona, Palau, 1948-1977, vol. XXVIII, p. 148.
- PEERS, Edgar Allison, *Historia del movimiento romántico español*, trad. de José María Gimeno, Madrid, Gredos, 1954, 2 vols.
- PÉREZ, Joseph, *Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*, Madrid, Nerea, 1988.
- PIZARROSO QUINTERO, Alejandro (coord.), *Historia de la prensa*, Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces, 1994.
- Poesía española del siglo XIX*, ed. de Jorge Urrutia, Madrid, Cátedra, 1995.
- PREMÍN DE IRUÑA (pseudónimo de Ignacio Baleztana), «Un “al alimón” de Arrieta y Navarro Villoslada», *Pregón*, año VI, núm. 22, diciembre de 1949, s. p.
- PRIETO ARCINIEGA, Alberto, «La dependencia melancólica y la dependencia divina: *Amaya*», *Arys. Antigüedad: religiones y sociedades*, 3, 2000, pp. 279-298.
- QUIJADA CORNISH, Beatrice, «A Contribution to the Study of the Historical Novels of Francisco Navarro Villoslada», en *Homenaje a don Carmelo de Echegaray*, San Sebastián, Imprenta de la Diputación de Guipúzcoa, 1928, pp. 199-234.
- QUIJADA CORNISH, Beatrice, «Francisco Navarro Villoslada», *University of California Publications in Modern Philology*, vol. VII, núm. 1, 1918, pp. 1-85.
- QUILIS, Antonio, *Métrica española*, Madrid, Ediciones Alcalá, 1969.
- RIVERO, Carlos, «Francisco Navarro Villoslada, una primera figura del periodismo carlista», *Gaceta de la Prensa Española*, año XVIII, núm. 167, 15 de mayo de 1965, pp. 50-57.
- RODRÍGUEZ PELAZ, Celia, «La ilustración en los impresos de Guillén de Brocar», *Ondare*, 17, 1998, pp. 437-445.
- ROMERO DE LECEA, Carlos, *El V centenario de la introducción de la imprenta en España*, Madrid, Joyas bibliográficas, 1972.
- ROYO LATORRE, María Dolores, «Francisco Mariano Nipho (1719-1803)», *Boletín del Centro de Estudios Bajoaragoneses*, 9-10, 2005, pp. 145-150.

- RUBIO, Enrique, «Las estructuras narrativas en *Doña Blanca de Navarra*», en *Romanticismo 3-4. Atti del IV Congresso sul Romanticismo Spagnolo e Ispanoamericano. Narrativa romantica*, Génova, Universidad de Génova, 1988, pp. 113-121.
- SÁNCHEZ-PRIETO, Juan María, *El imaginario vasco. Representaciones de una conciencia histórica, nacional y política en el escenario europeo (1833-1876)*, Barcelona, Ediciones Internacionales Universitarias S. A., 1993.
- SANTANDER RODRÍGUEZ, Teresa, «La imprenta en el siglo XVI», en Hipólito Escolar (dir.), *De los incunables al siglo XVIII*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1994, pp. 95-139.
- SARASOLA, fray Modesto, *Vizcaya y los Reyes Católicos*, Madrid, CSIC, 1950.
- SARRIÁ RUEDA, Amalia, «Los inicios de la imprenta», en Hipólito Escolar (dir.), *De los incunables al siglo XVIII*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1994, pp. 45-93.
- SEMINARIO DE BIBLIOGRAFÍA HISPÁNICA DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE MADRID, *Veinticuatro diarios (Madrid, 1830-1900). Artículos y noticias de escritores españoles del siglo XIX*, Madrid, CSIC (Instituto Miguel de Cervantes), 1973.
- SEOANE, María Cruz, *Historia del periodismo en España*, vol. II, *El siglo XIX*, Madrid, Alianza Editorial, 1983.
- SIMÓN DÍAZ, José, «Para la biografía de Navarro Villoslada», en *Homenaje a Van Praag*, Ámsterdam, Librería Española Plus Ultra, 1956, pp. 117-122.
- SIMÓN DÍAZ, José, «Vida y obras de Francisco Navarro Villoslada», *Revista de Bibliografía Nacional*, VII, 1946, pp. 169-220.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, *Isabel, mujer y reina*, Madrid, Rialp, 1992.
- Tesoro del Parnaso Español*, ed. de José Quintana, París, Baudry, 1838.
- UPDIKE, Daniel B., *Printing Types: Their History, Form and Uses*, Cambridge, Harvard University Press, 1922.
- URIGÜEN, María Begoña, *Origen y desarrollo de la derecha española en el siglo XIX*, Madrid, Servicio de Reprografía de la Universidad Complutense de Madrid, 1981, 2 tomos.
- URIGÜEN, María Begoña, *Orígenes y evolución de la derecha española: el neocatólicismo*, Madrid, CSIC, 1986.
- VEGA, Lope de, *Rimas humanas y otros versos*, ed. y estudio preliminar de Antonio Carreño, Barcelona, Crítica, 1998.
- VIZCAÍNO CASAS, Fernando, *Las mujeres de Fernando el Católico*, Barcelona, Planeta, 1988.
- VIZCONDE DE LA ESPERANZA, *La bandera carlista en 1871*, Madrid, Imprenta de *El Pensamiento Español*, 1871.
- ZALBA, José, «Navarro Villoslada, autor dramático», *La Avalancha*, año XXIV, núm. 563, 8 de octubre de 1918, pp. 222-223.



Este año 2018 se cumple el Bicentenario del nacimiento de Francisco Navarro Villoslada (Viana, Navarra, 1818-1895), que resulta conocido sobre todo por sus novelas históricas románticas: *Doña Blanca de Navarra* (1847), *Doña Urraca de Castilla* (1849) y *Amaya o los vascos en el siglo VIII* (1879), si bien cultivó todos los géneros literarios habituales en la época. Tuvo además una destacada actividad como periodista y como político. En este volumen se recogen diversos trabajos que abordan todas esas facetas de Navarro Villoslada y se ofrece una antología de textos (literarios, periodísticos y políticos), incluyendo dos piezas de teatro hasta ahora inéditas: *Enamorar con peluca* y *Vida común*.

Carlos Mata Induráin, Profesor Titular acreditado, es investigador y Secretario del Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO) de la Universidad de Navarra y Secretario del Instituto de Estudios Auriseculares (IDEA). Es asimismo correspondiente en España de la Academia Boliviana de la Lengua Española. Sus líneas de investigación se centran en la literatura española del Siglo de Oro (Calderón, Cervantes, Lope de Vega, etc.), pero también ha trabajado sobre literatura española moderna y contemporánea. A la figura de Navarro Villoslada ha dedicado varios libros: *Francisco Navarro Villoslada (1818-1895) y sus novelas históricas* (1995), *Viana en la vida y en la obra de Navarro Villoslada* (1999), *Doce estudios sobre Navarro Villoslada* (2002), *La «Historia de la Imprenta Nacional»*, de Navarro Villoslada (primera parte). Estudio y edición (2012, con Ignacio Arellano), o la edición de su *Obra poética* (1997), de *Doña Toda de Larrea* o *La madre de la Excelenta* (1998) y de *Amaya o los vascos en el siglo VIII* (2002). Es autor del blog «Ínsula Barañaria» (<<http://insulabaranaria.wordpress.com>>).



AYUNTAMIENTO
DE VIANA

